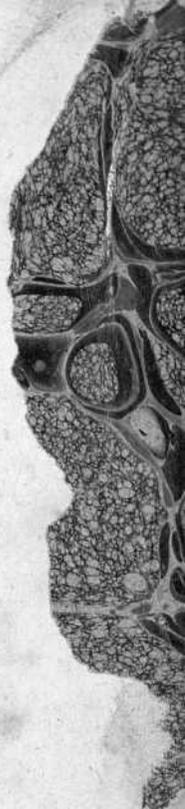




DG
A



C. 1173129
t. 137719

Segura
Segura

Segura
Segura

Segura

Segura

Pedro Segura

Segura

Pedro Segura

CARLOS I°,

6

LOS SIETE EMBAJADORES.

P. Y.

CARLOS M.

LOS SIETE EMBARRAQUES

CARLOS I.º DE ESPAÑA,

ó

LOS SIETE EMBAJADORES,

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL DEL SIGLO XVI,

de

D. JOAQUIN SANCHEZ DE FUENTES.



RUIZ, EDITOR.



ES PROPIEDAD DEL EDITOR.

Madrid: 1851.

Imprenta de REPULLÉS, calle del Nuncio, 19, principal.



R.103889

Á MI QUERIDO HERMANO EUGENIO

en testimonio de acendrado cariño.

El autor.

Rafael Segura

A MI QUERIDO HERMANO EUGENIO

en la ciudad de...

Edward Grant



D. Carlos I.



CAPÍTULO PRIMERO.

ESTRELLA.



AY en una hermosa llanura de Castilla la Vieja una antigua ciudad que bañan juntamente el Esgueba y el Pisuerga. Esta ciudad tiene hoy alguna importancia, aunque no puede compararse con la que alcanzó en el siglo XVI, en que fue Valladolid centro y emporio de dos mundos, corte de los reyes de España, orgullo de nacionales y envidia de extranjeros. En una de las deliciosas noches de abril de 1518, y hora como la una, no lejos del palacio real y al fin de una calle que hay enfrente, un hombre que revelaba por la rapidez de su paso ser muy joven

y caballero por la soltura de sus movimientos y dignidad en el continente, echado el embozo de su ondulante fer-reruelo, el sombrero calado hasta la ceja, la mano derecha colocada en la cintura, y la izquierda sobre la empuñadura de la espada, cuya plateada punta asomaba por debajo del negro manto, marchaba en direccion opuesta al palacio sin que se oyera mas ruido que el acompasado eco de sus pisadas... Si hubiésemos llegado unos momentos antes quizás le hubieramos visto salir del regio alcázar; mas es lo cierto que la marcha de aquel jóven por lo rápida hacia que debiera llegar pronto á cualquier punto de la ciudad adonde se hubiese propuesto ir, mucho mas aun cuando resolvió pararse en una de las últimas casas que habia en la calle indicada anteriormente.

Con efecto, al pie de una ventana y con alguna cautela hizo sonar dos palmadas.

No se oyó contestacion alguna por de pronto desde arriba ni desde ninguna otra parte de la casa, cuyo silencio, ya que no el sueño de todos sus moradores, se pretendia interrumpir.

Mientras que el embozado espera que contesten á la seña pudiéramos sin duda á fuer de novelistas hacer la descripcion de la casa; pero basta y sobra con decir que era grande y de buena apariencia, y por último, que no tenia nada de particular, siendo poco mas ó menos como la anterior, la de enfrente ó cualquiera otra de la calle.

Mas reparemos que aunque con visibles muestras de precaucion han abierto la ventana y por entre sus hierros se ha asomado graciosamente una linda jóven que ha recibido de mano del caballero una sortija, desapareciendo al momento, despues de cerrar con precipitacion el postigo, probablemente porque habrá reconocido la sortija.

Con efecto, aquella jóven ha volado á abrir la puerta de la calle, y devolvió el anillo al galan con mas donaire que presteza: este se disponia á entrar sin perder su embozo, cuando oyó á la jóven que le dijo:

— Señor don Luis...

— El mismo, respondió el caballero.

— Pues seguidme; arriba os esperan; repuso la guía, y tomando la delantera, después de haberse asegurado con la luz que llevaba en la mano de que la puerta quedaba bien cerrada, subió la escalera seguida del caballero.

En silencio atravesaron un corredor que daba á un patio, después del corredor una ancha estancia alumbrada débilmente por un tibio rayo de la luna que entraba por el quicio de una ventana; después de dicha estancia cruzaron otra de grandes dimensiones, en cuyos lucientes espejos se reflejaba rápidamente la luz de la palmatoria de plata que llevaba la jóven. Al llegar al extremo de la sala se paró la misma junto á una rica colgadura de damasco, cogió la gran borla del cordón de seda que pendía á la izquierda, descorrió la cortina, señaló con la mano el dorado pestillo de la puerta, y volviéndose para dejar paso al recién venido:

— Por ahí, le dijo.

Pasó aquel, la jóven cerró la puerta y se sentó á la parte de afuera de la manera decidida que manifiesta claramente el cumplimiento de una orden.

La habitación, de forma prolongada, no era muy grande. Aunque iluminada solamente por un par de bugías colocadas sobre el marmol de una magnífica pieza de escultura, que hoy llamariamos *consola*, se destacaban perfectamente todos los muebles del fondo blanco mate de las paredes que terminaban por la parte superior en un rico artesonado: ostentábanse en sus testeros de en frente retratos de familia de respetables señores de ambos sexos, y en los colaterales lucían brillantes lunas de Venecia, recortadas por ricos marcos de ébano tallado. Anchos y cómodos sillones de aquella madera y terciopelo carmesí estaban colocados simétricamente al rededor de las paredes. En uno de los testeros habia un velador de mosaico de maderas preciosas y sobre él un rico laud; en los ángulos de la sala magníficas figuras de marmol blanco, y junto á las cortinas que ocultaban grandes venta-

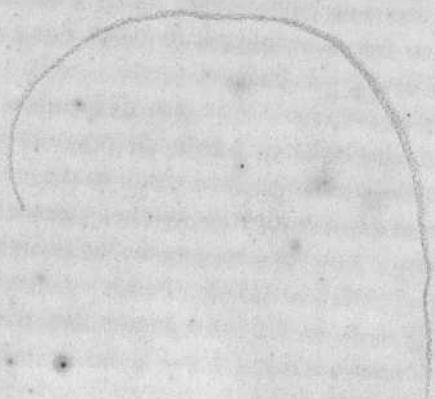
nas hermosos jarrones de china: en el espacio que dividía aquellas se notaba un elegante escritorio de cedro con relieves de oro y nacar abierto, y sobre él una grande escribanía de plata y un primoroso libro de terciopelo con broches y adornos de oro, conociéndose á primera vista ser un devocionario. Por último, algunos taburetes de tafíete de un color oscuro y varios almohadones de terciopelo hallábanse esparcidos sin orden sobre un grueso tapiz que ocultaba sin duda un hermoso pavimento de marmol.

En uno de los sillones que habia junto al escritorio estaba muellemente reclinada una jóven como de veinticinco años, preocupada con una idea que alejaba de sus ojos el sueño.

Era de estatura aventajada; su cabeza, apoyada en su blanca mano izquierda, estaba completamente iluminada por la luz de la estancia, y se destacaba de una manera graciosa del respaldo de su sillón por el contraste sorprendente que formaba la blancura de su rostro con sus negros y ensortijados cabellos, que acariciaban una torneada garganta, medio escondida entre los picos de una plegada gorguera. Sus grandes y rasgados ojos, del mismo color que el cabello, parecían dos luceros, cuyo disco formaban sus negras cejas; su frente despejada revelaba una gran inteligencia, que confirmaba su ardiente y penetrante mirada; la nariz larga y delgada, la boca no muy pequeña y de labios poco sonrosados, completaban un conjunto bastante sorprendente y casi fascinador: y sin embargo aquella muger no era enteramente hermosa, mas bien que un rostro académico de la escuela italiana debido al pincel de Rafael, ó Miguel-Angel, era el tipo severo y magestuoso de las bellezas del norte de España. Su fisonomía revelaba á veces alguna dulzura y gran sentimiento, pero siempre mucho idealismo al par de la energía de carácter, lucha de grandes pasiones, y sobre todo un excesivo orgullo, hijo del convencimiento de su propio mérito como muger de elevado origen y especialmente de la superioridad de su inteligencia. Aquella jóven habia recibido una educacion co-



Los Siete Embajadores. — Lám. 1.^a



mo dueña de sus acciones desde la infancia, nada á propósito para enervar la fuerza de su carácter, puesto que desde su buen tutor el señor marques de Astorga hasta el último de sus criados jamas habian desplegado sus labios para pronunciar una sola palabra que pudiera oponerse en lo mas mínimo á su firme voluntad. Tal era doña Estrella de Ulloa, duquesa de San-Rafael.

En el momento á que nos referimos lucía un hermoso vestido de brocado en forma de coselete; gruesos cordones de oro ceñidos á la cintura caían hasta sus pies, que ocultaban breves zapatos de terciopelo, completando su traje un transparente velo blanco que acababa de dejar, pues venia pocos momentos antes de prestar su servicio en palacio, como dama de la reina doña Juana. Sin duda la idea que tenia preocupada á aquella jóven era la cita con el personage que entró.

En aquel instante sus ojos se fijaron en el reló, y levantándose al ver al recién llegado, le hizo un respetuoso saludo de cabeza, y se adelantó hácia él algunos pasos, ofreciéndole con gracia y dignidad un sillón, que él aceptó. Despues soltó con desemboltura su capa y su sombrero, arrojándolos sobre un cogin. Quedó el jóven completamente descubierto, y asi podremos examinarle á nuestra satisfaccion.

Su edad dieciocho años; blanco el color y algo sonrosado; los ojos azules y brillantes denotaban una audacia extraordinaria, y su mirada agradable era sobre todo imponente é investigadora; la frente ancha y algo prominente; su pelo castaño claro recortado con estremo dejaba ver sus grandes entradas, que junto con la dilatacion de su ángulo facial, indicaban una inteligencia de primer orden; en sus labios delgados y un poco sumidos habia mucha sagacidad; bajo su aguileña nariz asomaba un ligero bozo del color del cabello; su redonda cabeza era la de un valiente; en todo su rostro habia una espresion indefinible de superioridad, atrevimiento para acometer árduas empresas, grandeza de alma y elevacion de sentimientos; los rasgos de aquel rostro no

estaban mas que indicados, y sin embargo, al través de su fisonomía se notaba bastante bondad de carácter, mucha energía y tambien la impetuosidad de los pocos años: en su apostura y en la erguida cabeza se descubria sumo aprecio de sí mismo; aunque tan jóven revelaba costumbres de mando; sus ademanes sueltos y graciosos eran los del hombre de elevada clase, pero conservando siempre toda la dignidad de un hombre de Estado; su noble continente predisponia mucho en su favor, aunque infundia al par un gran sentimiento de respeto.

Sobre la finísima camisa de estrecha valona vestía jubon de seda negra, acuchillado y bordado con proligidad y riqueza, distribuido por el brazo en bufos prendidos con cordoncillo de oro; ajustados gregüescos de la misma clase que el jubon, medias calzas lisas de igual género y bota de ante ajustada hasta la mitad del muslo: al cuello llevaba un rico collar de oro, simple adorno de los caballeros de aquella época; y en su pequeña mano una sortija de sello de gran valor, que brillaba por tener quitado el perfumado guante.

En el momento de entrar el caballero un rayo de profunda alegría animó el rostro de la jóven, creyéndolo él recién venido de feliz agüero en su llegada, pero no siendo en realidad mas que de amor propio satisfecho. Sin embargo, el jóven aparentó no haber reparado en aquel gesto favorable, y tendiendo á la dama uná mano le dijo:

— Por qué habeis tardado tanto en manifestaros tierna y bondadosa conmigo?

— Condescendiente direis, señor.

— Hace seis meses que solo me alumbra en la corte la luz de vuestros divinos ojos, de esos ojos que allá en Flandes no se ven por dicha de sus habitantes. Entre los planes de ambicion que hierven en mi cabeza, porque yo no soy bastante poderoso aun, en medio de una corte llena de mugeres hermosas y brillantes, no encuentro mas hermosura, señora, que la vuestra, ni me embriaga otro per-

fume que el embalsamado aliento de vuestros labios. La suerte me ha favorecido, es verdad, desde que el primer rayo de luz hirió mis ojos; pero nunca me he considerado tan dichoso como ahora, porque amándoos puedo deciroslo sin testigos, libre de la etiqueta fastidiosa de la corte, y porque vos me amais. No es verdad, Estrella mia?

— Yo, señor, ni puedo ni debo amaros.

— Estrella, qué decis? Entonces, por qué me hallo en este sitio, del que no pienso salir sino con el alma satisfecha y el pecho rebosando alegría?

— Os habeis empeñado en venir; he resistido durante seis meses, y al fin he creído que debía condescender con un deseo de mi rey.

— Figuraos pues, duquesa, que soy tan solo duque de Atenas, marques de Oristan, ó un caballero cualquiera de la corte.

— Entonces, dijo ella vivamente como herida en su amor propio, no estaríais aquí, señor.

— Es pues solo al rey á quien se abre vuestra cámara?

— Para ningun hombre en el mundo se ha abierto todavía, señor, escepto para mi viejo tutor el de Astorga, y probablemente no volverá á abrirse ni aun para vos mismo, rey don Carlos.

— Qué lenguaje es ese, duquesa?

— Yo no puedo amar al hombre que es superior á mí por su condicion, señor.

— El amor no tiene mas condiciones que la reciprocidad. Yo os ofrezco todo el de que es capaz un hombre en la edad del entusiasmo.

— Eso no me basta á mí.

— Entonces, qué quereis?

— Lo que vos no me podeis otorgar, porque entre los dos hay un mar, una inmensidad de distancia. Yo quiero un amor santo y esclusivo: vos ademas amais tambien á otra; sí! tengo una rival...

— Y quién es esa rival?

— La gloria.

— Ah! sí, la gloria, murmuró el jóven príncipe, y su fisonomía tomó una espresion sublime de grandeza y magestad.

— En vuestra posicion, señor, no os perteneceis á vos mismo, porque sois del Estado; y yo quiero que el hombre que me ama sea mio completamente: quiero dominarle, quiero ser su reina.

Al decir estas palabras un rayo de orgullo brilló en su rostro. Carlos, fascinado por el irresistible atractivo de aquellos hermosos ojos, cogió una mano de Estrella, é imprimió en ella un ardiente beso. Retiróla al punto la duquesa, como si la hubiese picado una vibora.

— Por qué, repuso don Carlos, he nacido rey?

— Decid mas bien, príncipe, por qué no hé nacido yo reina!

— Sois digna de serlo!

— Debierais haberlo conocido antes de amarme. El amor de los reyes no puede honrar nunca á uha muger como yo.

— Estrella, no destroceis mas mi corazon con esa frialdad que me mata.

— Esperaba, señor, que vos tuvierais la misma calma de que yo me envanezco.

— Esa calma como vos decís, esa frialdad como digo yo, es muy propia de quien no ama, y á lo que veo vos no amais porque no teneis corazon, señora.

— Ojalá fuera así, y me hubiera ahorrado el sentimiento de escuchar ahora de vuestros labios esa reconvençion! Ojalá! y aun siendo el rey no estaríais en este sitio. Una muger que comete la imprudencia á que me han arrastrado vuestras miradas penetrantes y vuestras lisonjeras palabras escapadas en el bullicio de la corte, no puede menos de amar.

— Luego al fin confesais vuestro amor?

— Y podeis dudarlo? Ahora bien, despues de esta confesion arrancada á mis labios, despues de haberos dado una cita solo para mostrarme á vuestros ojos digna de ser mas aun que la favorita de un rey, os diré, señor, que ademas del

respeto como tal, me habeis inspirado un sentimiento sublime como hombre; conocia todo lo delicado que era para mi reputacion el paso que acabo de dar recibiendoos en mi casa á solas y de noche, porque estoy muy celosa de ella, mas fiaba en vuestra circunspeccion. Conozco tambien hasta qué punto son investigadoras las miradas de los palaciegos y de un amante verdadero, y yo tengo uno á quien estoy destinada desde la infancia.

— Proseguid, duquesa, proseguid, le interrumpió el rey con muestras de disgusto é impaciencia.

— Joven, gallardo, galante y primogénito de una de las principales casas de España, el conde de Burgos es digno por su nacimiento y cualidades de aspirar á la mano de la primer muger de la corte. Yo debia estar satisfecha, y sin embargo lo diré; no amo al conde, si bien estoy dispuesta á darle mi mano como á mi amigo de la infancia...

— Proseguid, señora!

— Sí; yo, que siento tambien hervir en mis venas sangre real, como lo revelan los cuarteles de mi escudo por mas de un tronco en mi familia con príncipes españoles y extranjeros; yo, señor, en vos amo al hombre y á la dignidad real de una manera inseparable. Vos sin la corona no seriais nunca capaz de lo que sin duda llegareis á ser con ella: oh! se puede subir muy alto cuando se tiende el vuelo desde un trono!

— Sí, sí, repuso súbitamente el rey; Alejandro desde Macedonia voló á la India, Cesar desde Roma al Africa, Carlo-Magno voló por toda Europa, y Fernando el Católico hasta un nuevo mundo!

— Pues bien, príncipe, el nieto de este gran rey debe ser tan grande como él, debe ser mas grande aun. Sí, y yo os amo por la gloria pasada que os circunda, como nieto augusto de Fernando é Isabel; os amo, porque aun en la adolescencia y en el primer año de vuestro reinado, no buscáis modelo en vuestros contemporáneos, sino que os acordáis siempre de Carlo-Magno deseando ocasion de imitarle; os

amo en fin por otra gloria futura, porque quizás llegéis un día á ser envidiado de los reyes de la Europa y apoyo del padre de la cristiandad.

— Ah! callad, duquesa, porque esas palabras son capaces de hacérmelo olvidar todo...

— Por la gloria! Teneis razon, príncipe. Cuán magnífica no ha de ser la púrpura imperial, si en realidad es tan hermoso el manto azul y son tan bellas las treboladas hojas de vuestra corona de rey!

— Oh! el manto azul trocado por el de escarlata! dijo por lo bajo el rey, y luego continuó con un tono otra vez amoroso. Por qué pues quereis, duquesa, contrariar los sentimientos de vuestro corazon? por qué haceis, hermosa Estrella, alarde de dominar vuestros afectos?... Me amais, puesto que acabo de oirlo de vuestros labios, y amáisme aun contra vuestra voluntad. Oh! sí, esa es la ley terrible del destino que os arrastra hácia mí, como á mí me arrastra instintiva é irrevocablemente hácia vos. Por qué pues esquivais el hacerme dichoso?... Duquesa, miradme á vuestros pies... pronunciad una sola palabra!

— Un rey á mis pies! dijo Estrella interiormente, y parecia que sus ojos querian salirse de sus órbitas.

La expansion del orgullo en aquella muger era grande como el Océano.

— Una palabra vuestra, Estrella! repitió el rey con un semblante que aterró á la duquesa, estampando en su mejilla un ardiente beso.

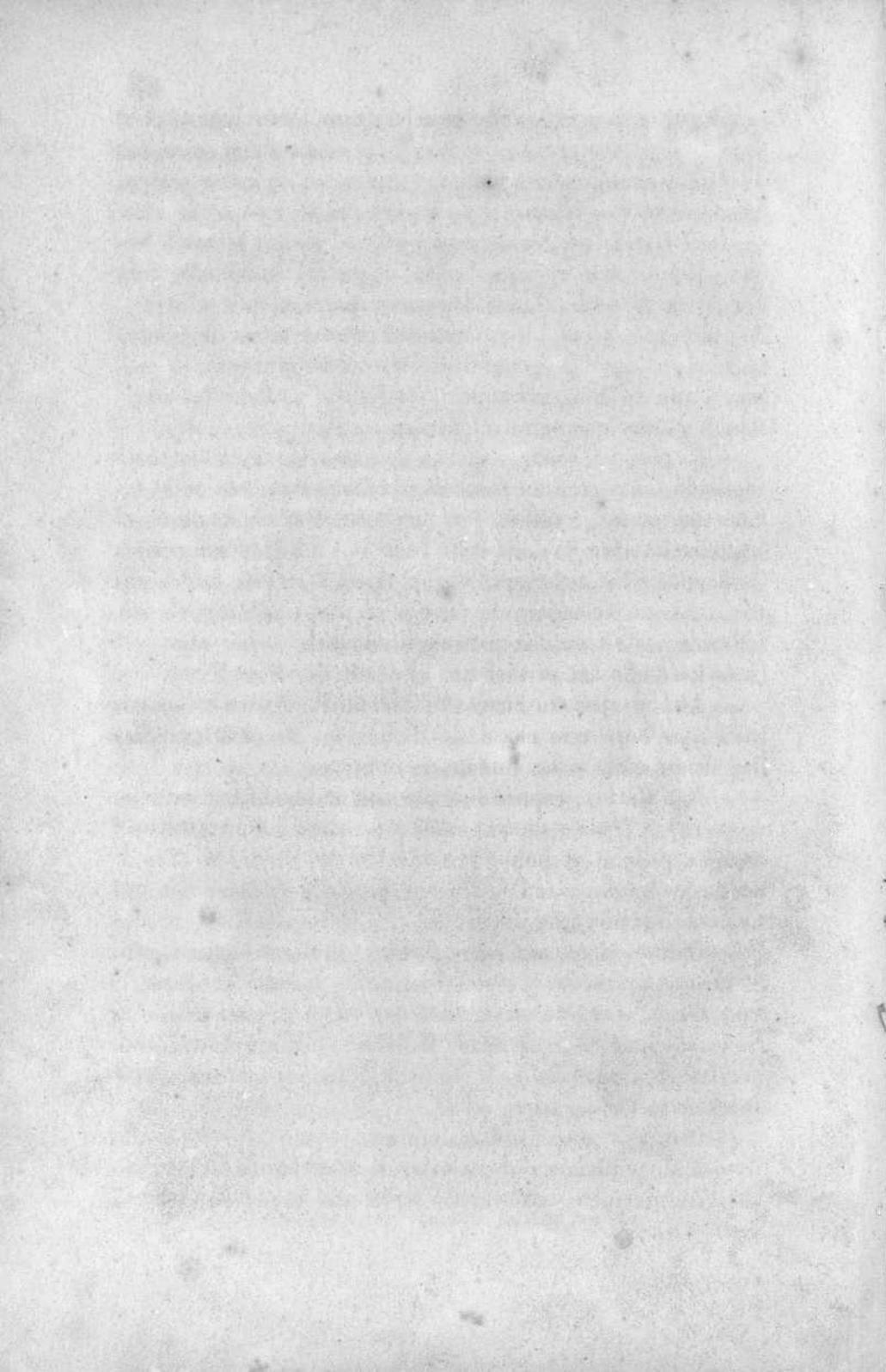
— Nunca! nunca! exclamó ella con indecible muestra de orgullo levantándose de su asiento.

— Pues bien! concluyamos! dijo el rey. Sabeis que os amo, habeis dicho que me amais. Ahora bien; qué quereis de mí? qué puedo esperar de vos, duquesa?

— Nada quiero, nada espereis. Entre ambos, señor, no puede nunca haber mas que distincion de vos á mí, respeto de mí á vos. Olvidad, príncipe, esta pasion que sería la tumba de mi honra; vos sois demasiado grande para



Siete Embajadores. — Lám. 2.



exigir que os la sacrifique en prueba de un amor que os confieso... Pero si necesitais que os diga una palabra, despues de olvidar cuanto hemos hablado esta noche, aunque esa palabra queme mis labios,... os la diré, señor: *ya no os amo*.

Don Carlos estaba desesperado: su pasion le habia hecho durante seis meses solicitar el cariño de aquella muger, tiempo acaso demasiado largo para un jóven atrevido, ardiente, y por último rey del primer trono de la cristiandad en aquella época. Lleno de sorpresa, de amor propio, y aun de indignacion por las palabras de Estrella, sentimientos todos que se retrataban en su fisonomía, le dijo:

— Es posible, señora, que os domineis hasta ese extremo teniendo tanto corazon como decís? Duquesa, sois verdaderamente imcomprensible. Por una palabra de amor de vuestra boca hubiera yo dado hace poco la mitad de mi corona de España y de mis esperanzas al trono imperial de Alemania... Ahora me separo de vos con el pecho lacerado horriblemente, y ademas sé que tengo un rival.

— Para ello era preciso que el conde fuera rey!

— Ah! yo quitaré cuantos estorbos encuentre en mi camino, yo haré que el sol de España oscurezca á las estrellas de su cielo y las hunda en el ocaso!

— Don Carlos, repuso Estrella con indignacion, aunque no es rey, y á pesar de que no le amo como á V. A., seré su esposa; porque al poner sus ojos en mí no me ha ofendido!... los hombres todos solo comprenden el amor de una manera... reniego de ese amor.

— Oidme, duquesa; teneis feudos, títulos, riquezas, que es cuanto un monarca puede ofrecer... teneis adoradores... un amante, pero no un corazon que os ame como el mio... no lo aceptais? A Dios pues, Estrella; quisiera aborreceros por haber destruido con vuestros desdenes mi mas dulce esperanza. Vos no sabeis amar.

— Otra vez! murmuró la duquesa.

— Y sin embargo quiero dejaros un recuerdo de esta noche, Oidme bien, señora. Si algun dia necesitais del rey

de España, haced que me presenten esta sortija. Juro por mi corona que quedareis satisfecha.

Dijo estas palabras entregándole la de sello con las armas reales que le habíamos notado antes.

— Gracias, señor! repuso con serena voz Estrella aceptando el anillo.

— Con Dios quedad, duquesa! añadió don Carlos, tomando su ferreruelo y su sombrero.

— El guarde á V. A.

Estrella entonces inclinó su cabeza, se adelantó hasta la puerta, cuya cortina sostuvo, y acompañó al rey hasta el corredor. Al volver á su estancia exclamó:

— Por qué no he nacido reina!

Rendida de la lucha que acababa de sostener se recostó en un sillón. En aquella lucha habia habido todo el heroísmo de que en tales casos solo son capaces las mugeres. Habia resistido al monarca porque comprendia que las flores de la corte se ajan siempre al contacto abrasador de la púrpura real. La duquesa de San-Rafael habia visto á sus pies al rey de España: su orgullo de muger estaba satisfecho, pero su corazón quedaba destrozado. Por lo mismo huyó de sus párpados el sueño en las primeras horas de la noche. Llamó entonces á su doncella.

— Duerme mi tutor?

— El señor marques de Astorga dormía profundamente desde las doce en que entraste en tu aposento despues de haberle saludado en su cámara. A poco solo velábamos, tú, en este aposento, y yo junto á la ventana del estrado esperando oír la señal.

— Oíste nuestra conversacion?

— El murmullo de las voces; solo que me pareció por el tono de tu voz que estabas algo apesadumbrada.

— Margarita, oye. Si alguna persona trasluciera lo ocurrido aquí esta noche, no sabiendo que se trata de negocios públicos del mayor interes, me comprometería: el mundo solo juzga por apariencias y...

— Las apariencias engañan. Cuenta con mi discrecion, señora.

— Toma el laud, y canta mi cancion favorita.

— Sí haré, puesto que no estás satisfecha.

— Satisfecha! oh! mucho; asi estuviera tranquila! murmuró para sí la duquesa.

Obedeciendo Margarita á su señora tomó el laud del velador, templó con presteza sus cuerdas, y preludiando un sentido arpeggio cantó la siguiente trova muy popular entonces y análoga á la situacion en que se acababa de encontrar pocos momentos antes Estrella, porque seguramente habia dicho mas de lo que queria.

(1) *El corazon.* No sé quién pueda valerme
de mi secreta fatiga;
pues tú mi lengua enemiga,
hecha para obedecerme,
no has curado
del oficio que te es dado,
con que puedes socorrerme.

.....

(1) *Coplas de don Alonso de Cartagena, que nació en 1585, y obispo que fue de Burgos.*

El corazon. No sé quién pueda valerme
de mi secreta fatiga;
pues tú mi lengua enemiga,
hecha para obedecerme,
no has curado
del oficio que te es dado,
con que puedes socorrerme.

Si vieses que mis porfias
fingidas podian ser,
en callar y enmudecer
digo que razon tenias.
Mas bien sabes
que aunque hables y no acabes,

:

Concluida la cancion, Estrella hizo seña á Margarita para que se retirara, y esta se fue, dejando á su ama presa de mil ideas que atormentaban su mente.

no dirás las ansias mías.

Quién quitó tu atrevimiento?...

pues claro se está y de suyo
no ser del oficio tuyo
sino decir lo que siento.

Cómo agora
delante de esta señora
se turba tu sentimiento?

De quién me debo quejar
sino de tu encogimiento?
que mientras mas penas siento
mas te precias de callar?

La lengua.

Habeis dicho:
sabed que pone entredicho
el dolor en el hablar.

El corazon.

Quién puede pensar de ti
qu'en aquel tiempo mas callas,
cuando mas que decir hallas?
Nunca tal contrario vi.

La lengua.

Cata, cata:
agora sabes que ata
la mucha pasion á mi?

El corazon.

Nunca podré perdonallo,
pues que mis congojas cresces,
porque siempre t'enmudesces
cuando en mas pena me hallo.

La lengua.

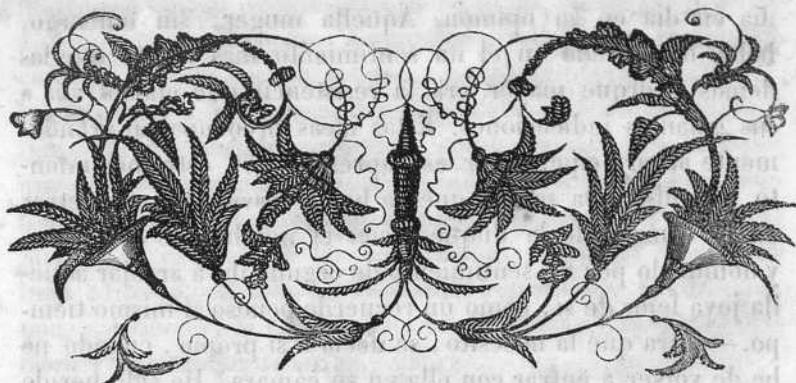
Cómo, cómo!
Sabed que los males tomo
tan en grueso que los callo.

El corazon.

Bien parece qu'es ageno
y de ti mi mal extraño.
Puede ser mas claro engaño
que callar cuando yo peno?

La lengua.

No es cautela;
que lo que á vos es espuela
aquello me es á mi freno.



CAPÍTULO II.

CRISTIAN BLEIMBERG.



oco mas de una hora despues de haber llegado á casa de la duquesa de San-Rafael, salió Carlos I con el alma combatida por distintos sentimientos, habiendo entrado lleno de amor, pensando en el deleite y la embriaguez que creía encontrar en los brazos de la hermosa Estrella.

Un jóven como el principe debia ser necesariamente el blanco de las miradas de todas las hermosas de la corte: era el rey asaz discreto para que esa idea á su razon se oscureciera, y afortunado por demas para no ratificarse de

dia en dia en su opinion. Aquella muger, sin embargo, habia despertado en él un sentimiento mas fuerte que las demas, porque mayor era la resistencia que encontraba á sus galantes indicaciones. Estas ideas preocupaban grandemente al príncipe, y por eso apretaba con estremecimiento convulsivo la sortija que le habia servido para penetrar en la cámara de la duquesa con el nombre de don Luis, y dominado por un sentimiento de orgullo iba á arrojar aquella joya lejos de sí, como un recuerdo penoso al mismo tiempo. — Para qué la necesito, se decia á sí propio, cuando no he de volver á entrar con ella en su cámara? He sido herido en mis mas dulces afectos y sentimientos, en mi amor de jóven, en mi amor propio de hombre, en mi orgullo de rey... Ah! es preciso despreciar á esa muger!... Le faltará amor á la duquesa? Y aunque sienta alguno hácia mí, tambien le sobra ese frio cálculo que le dicta huir de los brazos amantes del rey por tomar la mano de esposa del conde. Es, pues, preciso renunciar á ella, olvidarla completamente... Cierto; pero tambien es verdad que yo debo respetar y proteger á la duquesa; otra cosa no sería digna de mí.

El rey habia tomado el mismo camino que habia escogido para la ida; es decir, que se volvia á palacio directamente, aunque no andando tan vivamente como antes, pues si entonces la impaciencia era aguijon de sus deseos, luego por el contrario fue el desengaño rémora á su natural viveza.

Al llegar junto á una boca-calle oyó el ruido que forman dos aceros al cruzarse, y vió casi en el momento mismo á dos hombres que se batian en silencio. Por un movimiento instintivo echó don Carlos mano á su espada, conservando aquella quieta sobre su empuñadura y el embozo sobre el rostro; pero habiendo dejado caer inadvertidamente la sortija que llevaba en la derecha. El primer movimiento de los combatientes al verle, fue pararse sobresaltados sin perder la guardia, como si cada uno de ellos sospechara que el

nuevo personaje de la escena podía venir en perjuicio suyo á complicar la situacion. Comprendió don Carlos el significado de aquella escena muda, y queriendo conservar el incógnito, lejos de interrumpir á los caballeros en su importante tarea, porque respetaba como hombre los motivos que para ventilar aquel asunto pudieran tener los dos, sintiendo no haber conocido tampoco á ninguno de ellos, merced al embozo de los ferreruelos, y á pesar de que la luna brillaba con todo su esplendor, prosiguió su camino, poco satisfecho, al paso mesurado que traía, y entonces oyó clara y distintamente estas palabras:

«Ha sido prudente, señor conde!»

El rey reconoció muy bien, por aquella voz de pronunciacion flamenca, á uno de sus favoritos, y continuó su camino hasta entrar en palacio.

Le dejaremos alli por ahora, puesto que el hilo de nuestra historia nos hace esplicar las causas del duelo que hemos dejado pendiente, y por último tambien sus consecuencias.

Mientras el rey habia ido á su aventura amorosa varios palaciegos españoles y flamencos se ocupaban en la cámara real de los negocios de Estado con la rivalidad constante que, desde la llegada á España de los segundos con el jóven monarca, existia entre unos y otros. La conversacion, al principio ligera y picante, fue luego acalorando los ánimos, y se retiraron antes de la hora acostumbrada aquellos señores por temor de que el rey llegara y se enterase de la cuestion. Por entonces no hubo consecuencia alguna.

En la propia cámara del príncipe estaba el flamenco Bleimberg esperando la vuelta de aquel y oyó toda la conversacion, exasperándose toda su irritabilidad nerviosa, que era suma, especialmente contra el jóven conde de Burgos, porque fue el que atacó con mas calor á los flamencos: ademas, Bleimberg sospechaba, y hasta cierto punto con razon, que ya no habia sido presentado para una mitra, su sueño dorado, á causa de la grande influencia que ejercia el con-

de en el ánimo del rey. Encontráronse el de Burgos y Bleimberg en la calle, y este dijo al primero:

— Imprudente estuvisteis asaz, señor conde.

— No sois vos, le replicó el de Burgos con dignidad, quien tiene derecho para reconvenirme, señor diácono; y á ser otro vuestro estado, no dudeis que os hiciera entender cómo tratamos en Castilla á los extranjeros que pretenden dirigirnos.

— El rey sabrá lo que habeis dicho esta noche para que corrija vuestra osadia.

Bleimberg queria exasperar con estas palabras al conde para provocar el duelo.

— Estoy por cortaros la lengua para que no fragueis chismes y no llegueis al rey á pedirle un obispado.

El rencor del flamenco estalló en aquel instante, porque creyó que aquella frase era una alusion sarcástica, y lleno de cólera exclamó:

— Sois un mal caballero, señor conde, y quiero vengarme de vos!

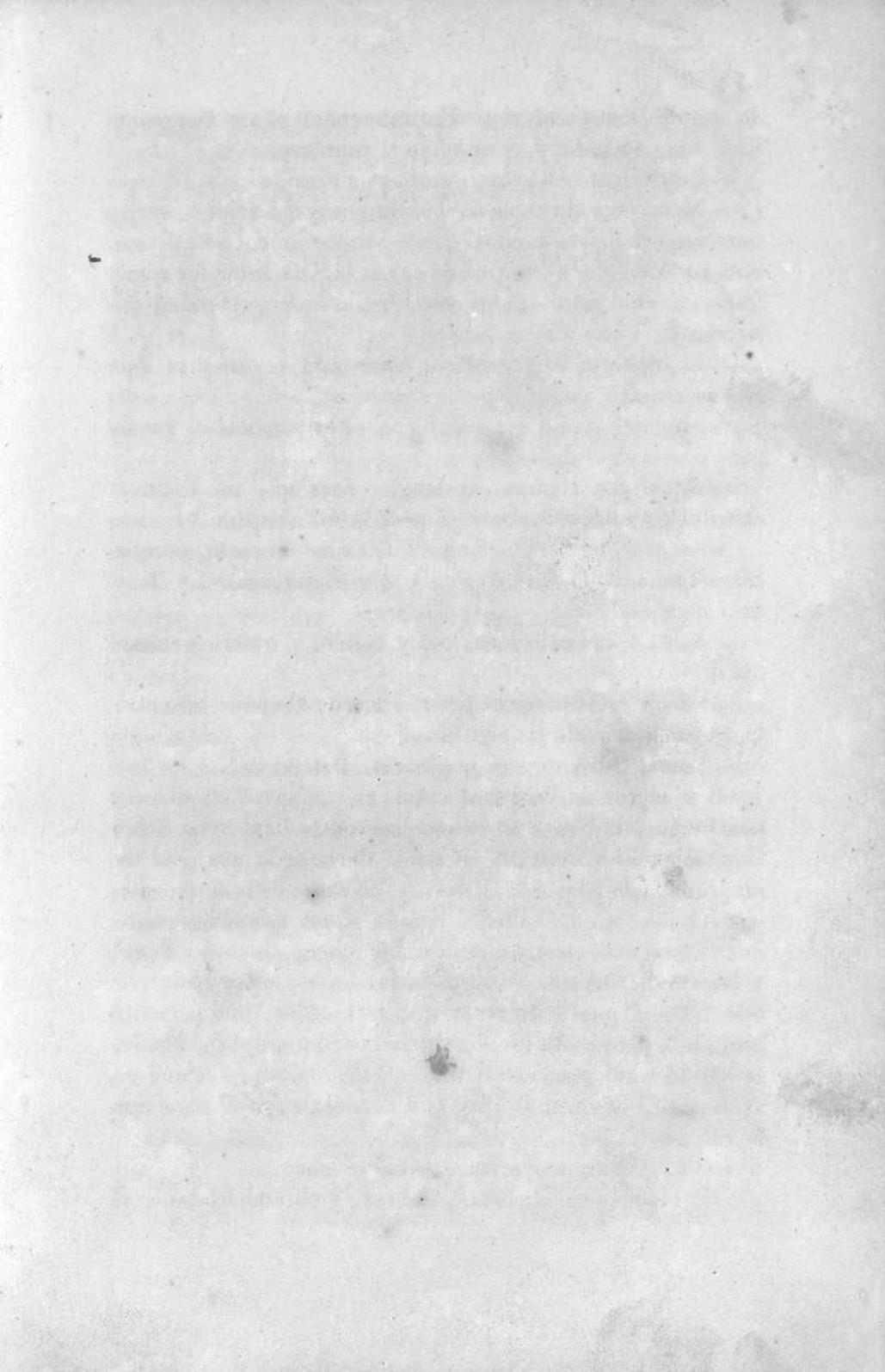
Al decir estas palabras tiró del acero; el conde hizo otro tanto pronunciando las siguientes:

— Yo castigaré vuestra insolencia. Defendeos!

Los aceros se cruzaron entonces y empezó en silencio una lucha terrible. Uno de aquellos contendientes no debia llegar á su casa. Aun no se habia derramado una gota de sangre cuando pasó don Carlos, y fue causa de la suspension instantánea de aquel duelo. Pasado aquel momento continuaron con mas calor que antes. Bleimberg, menos valiente y menos diestro que su adversario, se vió estrechado por este hasta el punto de tener que retroceder gradualmente junto á la pared: allí fue desarmado por un quite del conde, el cual al verlo, y con su natural caballerosidad, envainó su acero y dijo á su contrario, señalándole el suyo para que lo recogiera:

— Por esta vez os perdono, señor diácono.

Herido este con aquellas palabras, y abrigando desde el





Siete Embajadores. — Lám. 3.

principio un pensamiento infernal, en premio de aquella generosidad verdaderamente castellana, lo puso en ejecucion en un momento.

— Gracias, señor conde, le contestó, y espero que me deis vuestra mano en prueba de que ya no abrigais ningun resentimiento.

El noble conde creyó en aquellas insidiosas frases del flamenco, y le tendió su diestra. Ya se habia acercado este, y en vez de estrechar con gratitud la mano que acababa de perdonarle la vida, clavó su daga á traicion en el pecho del leal caballero. Un instante despues el desgraciado conde de Burgos yacía á los pies de su asesino, sin que hubiese salido ni un ¡ay! de los labios de la victima. «Me he vengado!» murmuró con estúpida alegría el flamenco; y embozándose en su manto se retiró á largos pasos de aquel sitio en que solo Dios habia sido verdadero testigo de su delito.

Llegado el rey á palacio se puso á reflexionar y pasó aquella noche desvelado con la aventura que habia corrido, y con la que presenció á su salida de la casa de Estrella. Pero á la mañana siguiente ya tuvo que ocuparse con mas seriedad en aquel suceso, puesto que muy temprano oficial y estraoficialmente supo lo que de público se decia en la ciudad acerca de la trágica muerte del de Burgos. Recordó entonces que habia visto á su amigo Bleimberg en una esquina de calle batiéndose con otro de la misma estatura que el difunto, al cual habia oido designar con el dictado de conde.

El haber sido hallado el cadáver con oro en los bolsillos y cintillo de diamantes en la gorra era prueba de que no habia sido asesinado para ser robado; y por último, el que la daga con que tenia atravesado el pecho era de forma flamenca y de lujosa construccion, denotaba que necesariamente Cristian Bleimberg, su favorito, era el asesino de su buen amigo el conde.

Sorprendido con este descubrimiento, hizo llamar muy temprano á aquel con orden terminante de que se presentase al punto en palacio.

Desde la comunicacion de la orden, Carlos se paseaba á grandes pasos por la cámara, fijando con frecuencia sus ojos en la puerta, espiando la entrada del personage que acababa de caer de su gracia, y al cual esperaba con tanta impaciencia para hacerle sentir todo el peso de su justa indignacion, á pesar de que en su concepto habia Bleimberg dado muerte á un hombre á quien odiaba desde la noche anterior. Pero el suceso ocurrido borró completamente de su alma aquel innoble sentimiento para dar lugar á otros mas dignos, la justicia y la compasion.

Mientras está esperando creemos necesario ocuparnos de la persona que va á entrar.

Una de las que vinieron á España con el principe don Carlos de los Países-Bajos, y que obtenia particularmente su aprecio, era el diácono Cristian Bleimberg, á quien ya han visto nuestros lectores en un suceso que revela en gran parte su carácter; sin embargo, no le conocen bien todavia, porque es muy difícil, y no deja de ser grave empresa el empeñarse en presentarlo tal cual era bajo todas sus fases.

En la época en que tuvieron lugar estos sucesos frisaria Bleimberg en los treinta y cinco años, y sin embargo á primera vista revelaba muchos mas. El estudio, las vigiliass y su vida constantemente desarreglada habian impreso en su rostro el sello de una ancianidad prematura. Su cabeza, levemente inclinada sobre el pecho, hacia que apareciera de estatura menos que mediana. El color de su rostro era blanco pálido con tintas azuladas, señal inequivoca de su temperamento bilioso; sus ojos pequeños, pero vivos y hundidos, y sin mirar jamas á la persona con quien hablaba, manifestaban la deslealtad y cobardia de su alma; sus labios delgados y movibles, la astucia sin límites, al par que la hipocresia, su constante sonrisa, su frente ancha y muy aplaclada por el nacimiento del pelo, daban á conocer claramente que en ella cabian muchas ideas grandiosas, aunque ajenas siempre á todo sentimiento de benevolencia, y sin embargo su barba aguda y saliente y el rojo color de su pelo,

daban á aquella fisonomía cierta gracia, teniendo el conjunto de su rostro una ligera espresion de bondad, que él sabia no desmentir nunca por ningun gesto ni palabra alguna que pudiera hacerle traicion. Ejercia aquel hombre sobre sí un dominio grande que empleaba con éxito en todas las situaciones de la vida. De humilde cuna, habia llegado por su aplicacion constante á ser opositor á cátedras de teología en la Universidad de Lovaina, y luego en comision del claustro de la misma hubo de pasar varias veces á distintos puntos de los Países-Bajos, donde tuvo ocasion de granjearse la confianza de Guillermo de Croy, sobrino de Gesvres, siendo luego recomendado á este por el jóven Guillermo, y despues el tío, maestro del príncipe Carlos, le procuró la amistad de su discípulo.

Distinguió el príncipe á Bleimberg como á un hombre de talento, si bien la inmensa diferencia de posicion social entre ambos hacia imposible entre ellos una gran intimidad. Bien pronto el flamenco, ambicioso por carácter, comprendió que el príncipe Carlos habia de llegar á ser rey de España, y hasta pensó en la posibilidad de mayor engrandecimiento en Alemania para su nuevo amigo. Dócil con las personas en quienes reconocia superioridad de alguna clase, Bleimberg halagaba con su asentimiento constante al príncipe, estimulando sus instintos ambiciosos y justificando sus atrevidos proyectos. Instruido y picante en su conversacion hacia grata su sociedad, y que Carlos la apeteciera. Escéptico, hablaba del Papa y de la unidad católica como el mismo Lutero, y se reía de este por sus debilidades y se mofaba de su intolerancia y de sus pequenezes en los graves asuntos, llevando muy á mal el que se dejara arrebatar de la pasion y de la cólera en sus escritos, especialmente en las polémicas con los frailes; pero esto que él pensaba lo disimulaba, y en público defendia ostensiblemente al Papa, porque de Lutero no esperaba nada.

Entonces andaban los ánimos muy agitados en Europa con la controversia religiosa, y la Alemania, á semejanza de

un frondoso bosque de la Bohemia, se iba encendiendo con el fuego de la *reforma* que hacia estremecer hasta sus hondos cimientos la silla de San Pedro; y la intolerancia religiosa y la animadversion hácia los católicos subieron de punto, poniendo en gran conflicto á toda la Europa.

El diácono Bleimberg habia manifestado su opinion para sacar partido de ella, y en honor de la verdad, si no llegó á escribir contra Lutero fue porque le faltaba arrojo para ello, que entonces una polémica no era tanto una serie de discursos impresos, como un reto á muerte; cada escrito, efecto de la intolerancia propia de la época y de la materia, era un sable pronto á herir en el pecho al contrario: escribir era luchar á manera de gladiadores del circo; para ello entonces se necesitaba mucho mas valor que ahora: Bleimberg no tenia corazón para tanto, aun cuando le sobraba talento para despreciar á los ignorantes, y sin embargo, la bastante ciencia y suma erudicion que habia adquirido empezó por hacerle reformista *in pectore*, luego escéptico, y finalmente ateo decidido. Llegó á aquel periodo en que la ciencia orgullosa todo lo quiere explicar con razones evidentes, lo mismo el principio que el fin del mundo y todos los fenómenos físicos y morales del mundo, del universo y de la sociedad; lo mismo los orígenes de los pueblos que la clave de sus mitos y simbolos religiosos. No habia aun llegado á la poderosa virilidad de la ciencia, nuevo período en el que el hombre vuelve á ver brillar con todo su esplendor la luz de la fé y del sentimiento religioso en toda su pureza y grandiosidad, y en el cual reconoce por la revelacion divina el origen del mundo, la mision del hombre sobre la tierra y el porvenir de la humanidad, y comprende la inmortalidad del alma como un fenómeno necesario en la constitucion del hombre, y admira en él fenómenos físicos de causa desconocida, como la atraccion del iman al acero y del polo norte al iman, y la electricidad y el calor interno de la tierra, y las armonías naturales en las grutas, y la fuerza de las corrientes en los mares, y en fin, el poder de Dios velando por la criatura des-

de que germina en el seno materno y vive con una existencia interna, hasta que nace á la vida exterior, se desarrolla y muere para luego como materia descomponerse y volar á reunirse á los elementos de que fue formada, y como espíritu subir hasta el trono de Dios á comprender sus arcanos y gozar de él por toda una eternidad.

Bleimberg era ateo, porque para serlo es menester no tener corazon, y Bleimberg solo lo tenia en ciertas épocas de su vida, cuando tenia miedo, y temia como temen la muger y el niño, mejor, como teme el criminal. Su apego á la vida se comprenderá diciendo que era sibarita en sus goces, italiano en su venganza, rey en su ambicion. Para él vivir era gozar, para gozar necesitaba mucho oro, y mas oro todavía para atesorar, porque ¡cosa rara! espléndido, dilapidador en público, era avaro en el hogar doméstico no tratándose de su propia persona, á quien amaba como puede amarse á Dios y como él no podia amar á nadie. Para Bleimberg la ciencia no era nada si no contribuía á proporcionar bienes materiales, elevacion y riquezas. El amor, segun él, no existia mas que en el corazon de los niños y en la cabeza de los tontos: tampoco comprendia mas que el amor de los sentidos, el amor adquirido á vil precio, resultado de una orgía. Bleimberg era único. Su mismo estado, lejos de enervar sus sentidos, servia para hacerle mas atrevido cuando se encontraba en frente del objeto de sus deseos y en ocasion propicia. En la corte, sin embargo, era uno de los hombres que mejor recibimiento obtenian de las damas, porque á la muger superficial le hablaba con el lenguaje de la galantería y de la cabeza, y á la muger de corazon de la manera mas apasionada; pero nunca en público á una ni á otra, sino con toda la reserva y circunspeccion posibles. Bleimberg sabia salvar las apariencias de un modo sorprendente, y jamas se presentaba tal cual era, porque hubiera sido temido y rechazado. Bleimberg era hipócrita.

Comprendiendo que con talento y firme voluntad se logra todo en el mundo, á su natural ambicion unia una ener-

gia incontrastable, capaz como la palanca de Arquimedes de levantar al mundo entero si hubiese hallado un punto de apoyo. Para él querer era insistir, insistir era vencer, y con tal de vencer no habia medio, por inusitado, por violento, por criminal que fuera, que él no lo aceptase con decision; al fin, sacrificaba hasta su reposo: aquel talento, aquella energia con buenos instintos hubiera hecho de él un santo ó un héroe, y sin embargo, Bleimberg fue un malvado.





CAPÍTULO III.

EL INTERROGATORIO.



El señor diácono Cristian Bleimberg! dijo en alta voz un gentil-hombre abriendo la puerta de la cámara real y dando paso al diácono.

Este entró con una imperturbable serenidad, y examinando al príncipe con una rápida ojeada, comprendió al momento que estaba sumamente enojado: fingió no reparar en ello, y se contentó con decir con serena voz:

— Dios guarde á V. A.

El rey contestó á su saludo en estos términos llenos de reconcentrada ironía:

— Tenia muchos deseos de veros.

Y luego continuó con notables muestras de cólera:

— Sabeis, señor diácono, qué árboles son mas altos, los de Flandes, ó los de España?

— No he reparado nunca en ello, señor... ademas, no comprendo qué interes pueda tener V. A. en averiguarlo.

— No es verdad, *meinher* (1) Bleimberg, que Absalon colgado del arbol por los cabellos estaria un interesante mozo?

Bleimberg no contestó ni hizo gesto alguno. El rey prosiguió:

— Supongo que en Valladolid no faltará algun arbol bastante alto de donde para diversion de mi pueblo pueda colgarse al asesino de mi ilustre pariente el desgraciado conde de Burgos.

— Toda la dificultad consiste en averiguar quién sea el matador: ese descubrimiento no debe de ser facil, señor.

— Precisamente os he enviado á llamar, señor diácono, para que con vuestra penetracion me ayudeis en esta empresa... Es seguro que entre los dos descubriremos pronto al asesino...

— Teneis algun indicio, señor?

— Mucho mas que indicios: tengo evidencia.

El flamenco estaba sereno en apariencia, porque no habia reconocido al rey cuando este pasó por juntó á él en el momento en que se estaba batiendo con el conde; por eso contestó:

— Entonces, de qué pueden servir á V. A. mis escasas luces, cuando yo tan solo sé lo que de público se dice, la desgracia ocurrida, nada del autor de ella.

— El gentil-hombre de guardia me dijo que salisteis de esta estancia á las dos de la madrugada.

(1) Tratamiento que en aleman equivale á señor.

- Es verdad, señor.
- A las tres mi ronda recogió ya cadáver al desgraciado conde.
- No lo dudo, señor.
- Y bien, qué decís de esto, Bleimberg?
- Que no comprendo qué tenga que ver mi salida de palacio con el hallazgo del cadáver.
- Y si yo os dijera, *meinher*, que hay quien asegura haber visto esta madrugada á dos hombres batiéndose, comprenderíais lo que significa aquella coincidencia unida á esta otra?
- El diácono no hizo gesto alguno de sorpresa, y dijo:
- Digo que ahora lo comprendo menos.
- Asegura el testigo haber oído á uno de los combatientes estas palabras: «Ha sido prudente, señor conde.»
- El diácono sospechó si sería el mismo rey el testigo, y continuando sereno, añadió:
- Y bien, señor?
- Afirma también que las pronunció con acento flamenco... Qué decís de esta nueva coincidencia?
- Solo comprendo que fue un duelo.
- No, señor diácono, fue un asesinato alevoso, interrumpió vivamente el príncipe.
- No comprendo...
- Ignorais acaso que el desgraciado conde tenía atravesado el corazón por una daga?
- Lo ignoraba.
- Y que esa daga es de forma flamenca, y tiene en el pomo las armas de los Países-Bajos?
- Lo ignoraba.
- Lo cual, unido al otro indicio del acento de la persona que pronunció aquellas palabras, prueban que el asesino es un flamenco.
- Y qué hay de extraño en eso? En todas partes nacen asesinos; lo mismo en Flandes que en España.
- Con efecto, esto es bastante común por desgracia: lo que no es muy común, es ver clérigos asesinos.

— No os comprendo, señor, dijo Bleimberg con la misma sangre fría que al principio del interrogatorio, y añadió con una ligera sonrisa: — En Valladolid no hay mas clérigo flamenco que este humilde vasallo de V. A. Es acaso de mi de quien se ha sospechado?

— No se sospecha de vos, *meinher* Bleimberg, se os acusa.

— Y quién tiene valor para acusarme?

— Quien os reconoció perfectamente por vuestra voz.

— Pero no se dignará V. A. decirme el nombre de esa persona?

— Es el mismo que os hará ahorcar en el arbol mas alto de Valladolid. Me entendeis ahora, Cristian Bleimberg?

— Y comprendo tambien vuestra pregunta de arboricultura y vuestra magnífica alegoría bíblica.

— Os chanceais conmigo, *meinher* Bleimberg?

— Solamente recuerdo las palabras que V. A. se dignó dirigirme al principio de esta sesión. Si V. A. hubiese empezado por donde ha concluido, diciendo «yo te he visto esta madrugada batiéndote con el conde de Burgos,» V. A. no se hubiera molestado tanto.

— Ahora bien; qué diriais si os entregase á la desconsolada madre, ó al hermano del conde, añadiéndole estas palabras: «Castiga á tu gusto al asesino de tu hijo, ó de tu hermano, pues tu rey te asegura que Cristian Bleimberg es su matador, y la palabra del rey es la primera é incontrovertible prueba judicial?»

— En ese caso, el rey cometería una inexactitud y una injusticia.

Carlos, enfurecido y dando una palmada en el hombro á Bleimberg, le dijo con ademan amenazador:

— *Meinher* Cristian, quiere decir que si á vuestra infame cualidad de asesino unís la de insolente para con vuestro monarca, en vez de haceros ahorcar por el cuello, mandaré que os cuelguen por los pies.

— No es insolencia, señor, lo que me hace hablar así;

es el derecho de defensa de que V. A. no me querrá privar, atendida su justificación.

— Con efecto, quiero oír vuestra defensa. Proseguid.

Aquí el diácono, contando con toda la travesura de su ingenio, se prometía que al fin concluiría el príncipe por agradecerle su delito. El rey continuaba sus paseos, y entonces dijo Bleimberg.

— Señor, V. A. está en un error. La generosidad de vuestro corazón ha hecho que abrigéis contra vuestro humilde vasallo Bleimberg sospechas que no creyó posible que hubiéseis abrigado nunca, vos que tan discreto y sagaz sois en el consejo.

El rey se paró mirando al valido con menos severidad: este lo notó y prosiguió con calma.

— Si veinte veces me hallase, señor, en el caso de esta noche, otras tantas obraría del mismo modo. V. A. me llama vil asesino, y sin embargo, fuerza es decirlo, yo no he estado nunca más satisfecho de mí mismo. He tenido la desgracia de ser homicida, señor, porque á ello me arrastró la imprudencia de un joven cuya vida tuve que arrancarle por salvar la mía; pero no fui asesino, sino homicida.

— Pues cómo es que el conde tenía atravesado el pecho por una daga? Si hubiese muerto en duelo leal, no hubiera sondeado su corazón aquel arma alevosa. Además, qué significa, en primer lugar, vuestra negativa á todo el trágico suceso cuando yo os interrogaba? Ignorábais que el rey estuviera tan bien informado, porque no le conocísteis al pasar; y por eso negásteis con tanta insistencia y mentísteis para engañar á vuestro rey.

— Yo no quería hacer alarde de que mi acción, lejos de ser punible, era meritoria.

— Meritoria á nuestros ojos vuestra acción! meritorio un asesinato á los ojos del rey! *meinher* Bleimberg, explicaos.

— Sí haré, señor, que ya lo desea tanto como V. A. vuestro humilde vasallo. V. A. conoce todas las circunstancias del desgraciado suceso, puesto que he tenido la hon-

ra de oírlo de sus augustos labios, y dijo: «Bleimberg ha asesinado traidoramente al conde de Burgos.» Pero la causa de la muerte estuvo en la necesidad; de consiguiente fue un homicidio involuntario, del que nadie como yo mismo se duele. V. A. va á saberla, puesto que me dispensa la honra de escucharme.

El flamenco con su gran serenidad primero, y con su delicada adulacion despues, iba ya dominando la situacion: comprendiólo muy facilmente, y por esto continuó:

— Yo estaba anoche en esta misma cámara esperando á V. A., segun tengo de costumbre. En la pieza anterior habia algunos jóvenes españoles y flamencos que hablaban de negocios politicos: el conde de Burgos murmuró con harta ligereza de las supuestas dilapidaciones de *meinher* Selvagio y de vuestro ministro monseñor de Gesvres, sin respetar tampoco á su esposa; del escandaloso nombramiento del mismo Selvagio para canciller de Castilla y de la venalidad y corrupcion que suponen en todos los flamencos y funcionarios del Estado.

— Tales cosas decian esos caballeros? preguntó Carlos con acento de indignacion.

— Que habiamos, es decir, V. A., remitido á Flandes en menos de diez meses por valor de un millon y cien mil ducados, con lo cual estábamos saqueando á España; y que por eso habia ya síntomas de alarma en Toledo, Segovia, Sevilla y no sé en que otros puntos mas.

— Insolentes! murmuró el rey.

— Que era, prósiguió Bleimberg como si no hubiese oido aquella exclamacion, un escándalo mayor y mas insufrible aun que todas las exacciones el nombramiento de Guillermo de Croy, el sobrino de Gesvres, para el arzobispado de Toledo, que es la primera dignidad eclesiástica de España, porque no tiene ni la edad que prefijan los cánones...

— Si no la tiene, Leon X se la dispensará, y si no se la dispensaré yo, respondió con orgullo Carlos.

— Lo cual ha sido una injusticia escandalosa hecha al clero español y un insulto á la nacion.

— Y qué contestaban á tanta insolencia mis flamencos?

— Sus contestaciones hicieron que la discusion fuese acalorando los ánimos, pero afortunadamente hubo alguno de recordar que V. A. podia oírles y se callaron. El conde de Burgos estuvo mordaz.

— Qué osadía! y en mi propio palacio!

— Pues dónde cree V. A. que se murmura mas del Cesar? No son los palaciegos de ordinario los mejores amigos de los reyes.

— Tienes razon, Bleimberg: prosigue.

— La conversacion tomó entonces otro rumbo, merced á la prudencia de nuestros compatriotas, y siendo ya una hora avanzada se retiraron aquellos señores. Cuando todo estuvo en silencio, me marché yo por esta puerta, dijo el flamenco señalando una perfectamente disimulada en el muro. Habia pasado la hora en que suele venir V. A. y juzgué prudente retirarme.

— Prosigue, que tengo ya impaciencia por saber lo demas: á lo que veo estos son los precedentes del duelo.

— Asi es en efecto, señor. A pocos pasos de palacio encontré al conde, el cual me dijo en tono burlesco: «A Dios, señor obispo.» Lo seré, le repuse, aunque indigno de tal honra, cuando S. A. lo tenga á bien.— S. A., insistió el conde, deberia estar loco para cometer semejante desacierto, y me está viniendo en mientes el quitaros de enmedio para evitar á los españoles el disgusto de otro nombramiento de la clase del de Guillermo de Croy, de ese niño mimado que está aun en los Países-Bajos en brazos de impúdicas mugeres.— Sed comedido y prudente, señor conde, le repuse con dignidad, que no es dado á un vasallo el murmurar de los actos de su rey.

— Bien dicho! exclamó aquel.

— Ni á vos murmurar de los míos, volvió á replicar el conde, y puesto que ceñís espada, el diácono, defendeos,

que quiero castigar vuestra altanería. — Tened, le dije entonces, caballero, y no cometáis una nueva imprudencia comprometiéndome con un duelo. — Nada oyó el conde; en su temeridad tuve que defenderme, pues á ello me obligó con sus atrevidas palabras...

— Cosa rara en la moderacion y natural bondadoso del de Burgos! repuso con desconfianza Carlos.

— Si V. A. recuerda que salió irritado ya de palacio, muy irritado, no deberá estrañarlo. Ademas que la cuestion, como de españolismo, subleva á los españoles de carácter menos borrascoso.

— Continudad, continuad.

— Arremetió el conde contra mí de una manera que revelaba bien á las claras la cólera de que estaba poseido: apurado por mi adversario y herido ya en este brazo (Bleimberg mostró el izquierdo con una leve herida), quedé desarmado á un quite violento.

— Y qué hizo entonces el conde?

— Lleno de furor no vió que estaba desarmado y seguia avanzando...

— Bleimberg, cuenta con lo que decís, que es vuestro rey quien os escucha... el conde era tan generoso como valiente, y tan valiente como sereno, dijo con alguna desconfianza el principe.

— Señor, esa duda me hace daño, mucho daño, y es la primera vez que veo á V. A. preocupado con un suceso por querer ser justo.

— Quiero y debo serlo.

— Holgárame de que V. A. pudiese olvidar por un momento el nombre de la victima... acaso no es mas digno de lástima hoy el matador?

— Decíais si no me engaño que el conde os habia desarmado...

— Y herido, señor; hubo un momento fatal en que viendo brillar el acero de mi contrario sobre mi pecho, y seguro de que iba á ser victima de su ceguedad, tuve, Dios

es testigo, que parar con este brazo el golpe, y hacer instantáneamente uso de mi daga con el derecho. Yo no queria causar una muerte, queria evitarla... yo tiré á contener, no á matar... mi golpe fue demasiado certero...

— Al corazon! Pobre conde, pobre amigo mio! qué fatal encuentro!... y dijisteis que os encontrásteis en la calle, dijo el rey como abrigando aun un resto de desconfianza.

— En la calle.

— Y fue él quien os provocó?

— El conde, señor!

— Y á pesar de vuestras prudentes reflexiones no se calmó... Decís que venia muy encolerizado...

— Oh! mucho!... Y como se habia declarado tan abiertamente contra vuestros amigos, le exasperó la justa oposicion que hubo de encontrar en los flamencos.

— Pasó todo como me has referido, Bleimberg? Sino fuérais ateo daria mas crédito á vuestras palabras.

— V. A. puede calificarme como guste. Pero nada deploro tanto como la falta de la confianza de V. A., que seria prueba de que habia perdido su amistad: en la desgracia de anoche no ha intervenido nada mas que el destino, la fatalidad.

— La fatalidad invocais, y quereis que no desconfie de vos?

— Yo no quiero hacer á Dios causa de un efecto cuyas consecuencias son siempre desgraciadas... de otra manera creeria que Dios era injusto, y eso...

— No puede ser... Retiraos Bleimberg.

— Estais satisfecho, señor, de mi inocencia? Solo asi podré salir de aqui mas tranquilo, porque el recuerdo de esa catástrofe desgarrá mi corazon... y sin embargo Dios sabe que si mis manos se han manchado con la sangre de un desgraciado, mi corazon está puro; que me pesa de haber segado en flor la existencia de quien quizás hubiera un dia honrado á su nacion, y el cual era ayer uno de los mejores caballeros de la corte.



El rey justiciero fue también generoso; por eso quería averiguar la verdad de aquel suceso y estuvo espiando hasta el menor movimiento de Bleimberg, al par que deseaba que este se justificase de una manera cumplida y satisfactoria; por la misma bondad de su carácter el monarca sentía tanto la muerte de su amigo, cuya ofensa referida por el flamenco no recordaba desde que supo al mismo tiempo su muerte. Por su juventud debía haber sido fácil sorprender á Carlos y convencerle muy pronto; y sin embargo su gran talento hacia más difícil que así sucediera, á pesar de la gran habilidad desplegada por el diácono para producir en el jóven príncipe aquella idea.

— Puedes retirarte tranquilo; estoy satisfecho, Bleimberg.

Este saludó, besó la mano que le presentó el rey, y se disponía á salir, cuando retrocedió al eco de la voz de Carlos, que le decía:

— Espera: he sido injusto contigo, amigo Cristian; las apariencias todas obraban contra tí de una manera que probablemente no se hubiera justificado en mis tribunales, porque ellos no tienen en cuenta para nada lo que yo he tenido... tu conducta merece mi aprobacion. El conde criticó mis operaciones, fue harta imprudencia! Luego que le advertiste de ello (de lo cual ojalá te hubieses excusado) te insultó y aun provocó á un duelo; á tí, buen diácono, te hirió y tuviste que matarle en defensa propia... Un rey presenció vuestro duelo, y solo Dios vió su desenlace... ese Dios, que conoce tan bien tu inocencia, haya tenido piedad del conde. De esa desgraciada catástrofe no hay más que un testigo; Carlos de Gante: y tu rey te asegura que aquel será discreto: cuenta con su reserva, á pesar de que doña Constanza de Mendoza, madre del conde, y don Antonio de Leiva, comendador de Santiago, han venido á pedirme justicia, y el comendador ha jurado por su patria no volver á ponerse la cruz al pecho, ni usar el título de su hermano mayor hasta que se haya vengado ó le hayan hecho justicia los tribunales.

— Gracias, señor. En este caso solo V. A. podía hacer justicia.

— Y la hago, Bleimberg.

El rey tendió la mano al flamenco de una manera amistosa, por lo que este comprendió que era la señal de la reconciliación: es que á Carlos no se le alcanzaba con su carácter noble y con su juventud tanta maldad y astucia de parte de su valido. Este volvió á saludar y se retiró.





CAPÍTULO IV.

¡GUERRA A LOS FLAMENCOS!



STRELLA por verdadero sentimiento y por respeto á la memoria de su prometido esposo el conde de Burgos, estuvo nueve días encerrada en su aposento sin recibir á nadie mas que á su curador y á sus mas próximos parientes.

La buena reina doña Juana comprendió mejor que nadie el dolor de aquella pobre jóven, pues sabida es su pasión vehemente por su marido el archiduque de Austria durante su vida y su sentimiento profundo, su frenesí amoroso, y por último su locura á la muerte de Felipe *el Hermoso*.

Por eso la augusta madre del rey don Carlos dispensó á la duquesa de San-Rafael de todo servicio en palacio durante el tiempo que juzgara conveniente.

Esta última estaba sumamente afectada no solo por la muerte del ilustre conde, sino porque se creía causa inocente de ella, y esa idea era desgarradora.

Con efecto, recordaba de continuo en su mente aquellas palabras que el rey pronunció en su cámara la noche de su entrevista con ella, las cuales vibraban aun en sus oídos como un eco pavoroso, como una amenaza fatídica, que no tardó sino cortos momentos en realizarse.

Entre tanto revolvia en su mente mil ideas que le servían de constante tormento; la del orgullo exasperado del jóven príncipe, la de su imprudencia al haberle dispensado el favor de una entrevista, y sobre todo el haber sido tan esplicita y tan altiva con la corona.

Todo esto, unido á las circunstancias que ya conocen nuestros lectores de la hora y sitio en que ocurrió la catástrofe, con la circunstancia del hallazgo de la sortija suya junto al cadáver del conde, siendo así que momentos antes estaba en poder del rey; la evidencia que tenía como todo el mundo de que el asesinato había sido una venganza, y no para robarle, pues no ignoraba ella los menores detalles, eran precedentes harto fundados para que una pobre muger, aun la de mas nobles sentimientos y mas ingenio, creyese al rey autor de aquel trágico suceso.

La duquesa de San-Rafael olvidó por un momento la elevación de ideas, los nobles instintos, la magnanimidad del jóven príncipe, y por eso esclamó, dominada del afecto que estaba abrigando en su corazón:

— Necesito una prueba que poder presentar á sus ojos y que me dé derecho para decirle: — Rey don Carlos, la dignidad real ha manchado con sangre su manto azul!: os aborrezco, don Carlos, y os juro vengarme de una manera digna de mí. Vengaré la muerte del conde de Burgos, no como destrozásteis su corazón con la punta de una daga,

sino como habeis herido el mio , con el puñal de la venganza... y tendré energía sobrada para abatir vuestra fiereza, vuestro amor propio , vuestra ambicion de rey en cuantas ocasiones se me presenten y por cuantos medios esten á mi alcance. En mi venganza habrá ademas nobleza , porque vengaré la muerte del hombre á quien no amaba en la persona del que obtenia mi amor.

Con estas ideas parecia como que se encontraba algo mas tranquila: su cabeza hacia descansar á su corazon; y en eso era muy feliz, porque disminuía las emociones que matan verdaderamente al alma despues de debilitar las fibras del cuerpo.

La duquesa de San-Rafael , herida en su dulce y tierno afecto hácia el conde , era la muger vulgar que llora cuando siente , y por eso tributaba lágrimas verdaderas á la memoria de aquel. Estrella , herida en su amor propio porque no se hacia justicia á sus eminentes cualidades y herida por su rey que la solicitaba con afan y pasion , debia estar sublime desde el momento en que desarrollara cumplidamente su venganza. La lucha iba á ser grande: de potencia á potencia: de Estrella á Carlos I.

Ella tenia una ventaja, la de que el rey no sabia que iban á combatir contra él: tambien en esto mismo ereía Estrella estar en su derecho, puesto que su enemigo la habia herido de sorpresa , casi en el momento mismo de amenazarle con su venganza y sin darle por consiguiente tiempo para la defensa.

Y en verdad, aunque ella hubiese querido arrojar el guante al príncipe para hacer aun mas grande su venganza y presentarse como digno adversario del mismo á sus ojos, cómo podia una muger formular contra su rey una acusacion de asesinato alevoso? En dónde tenia una *prueba evidente*, como las llama la sociedad, y cuándo, aunque asi fuera, se le depararia una ocasion propicia?

En estas reflexiones estaba cuando se le presentó el hermano del difunto conde, al parecer muy afectado. Desde

que le vió en el umbral de la estancia observóle con atencion la duquesa.

Entró un caballero de rigoroso luto y saludó cortesmente á Estrella.

Despues de tomar el asiento en un taburete junto á aquella, y mientras jugaba con la gorra de terciopelo negro, fue contestado á su saludo en estos términos :

— Que me place de vuestra visita , conde.

— Antonio de Leiva, señora ; antes que heredar el titulo de mi hermano , es el vengarle ; y lo he jurado , duquesa , por Santiago ! Hasta aquel dia ni conde ni comendador.

— Habéis averiguado algo , señor don Antonio ?

— Entonces , señora , ya hubiera yo castigado el horrendo crimen que deploramos , sin necesidad de verdugo.

— Qué daga es esa que llevais en la cintura ?

— La que motiva vuestra curiosidad. *El que á hierro mata á hierro morirá* , dice Dios , y yo pienso que la justicia divina debe cumplirse en este caso *con el mismo hierro* , repuso con tono solemne el de Leiva.

— Quiero vengarme yo tambien , es decir , quiero vengar su muerte.

— Vos , señora?... Y cómo ?

— El tiempo nos lo dirá , repuso Estrella , y luego continuó con calor :

Quereis darme esa daga , señor Leiva ?

— Ahí la teneis , tinta todavía en la generosa sangre de mi buen hermano , dijo con visible emocion el caballero , entregando el arma á la duquesa.

— Espero que la lavaremos , dijo Estrella palideciendo y tomando en sus manos el arma fatal : tambien por su megilla rodó una lágrima , que se apresuró á ocultar con su pañuelo porque la duquesa no queria que nadie la viera llorar.

— Necesito esta daga , Leiva ; quizás al devolvéros la pueda daros noticias exactas... quizás pueda deciros quién es el matador de vuestro hermano por alto y poderoso que sea , como lo revela este arma de lujosa construccion.

— Aunque desconfío de que podáis cumplir lo que ofrecéis, señora, porque juzgo que os alucina el deseo... ahí la teneis ya, conservadla... solo á vos en el mundo confiaria yo esta joya, ni por un momento siquiera.

Don Antonio entregó entonces la vaina de la daga que llevaba prendida en la cintura, y Estrella guardó el arma en su escritorio.

La conversacion entonces tomó otro giro.

— Sabeis, Leiva, que el rey piensa marchar á Zaragoza?

— Y por cierto hará mal, porque toda Castilla está hecha un volcan que puede vomitar llamas muy pronto.

— Y despues trata de pasar á Barcelona, añadió la duquesa.

— Eso son consejos de ese diablo de Gesvres, á quien Dios confunda!

— Pues Guillermo de Croy es hombre de talento y sagaz. Ved cómo evitó que Carlos llegara á tener una entrevista con el cardenal Gimenez, al cual mató en Roa la carta ingrata del rey con que lo despedia de los negocios públicos.

— Lo cierto es, duquesa, que monseñor de Gesvres es tan perverso como todos sus compatriotas. El rey por si solo vale mucho; pero lo pierde la influencia del ministro.

— Pues Carlos es bastante independiente por carácter.

— Pero como cayó tan niño en manos de ese picaro flamenco, obedece á su maestro de una manera tan ciega que mas parece un discípulo que un rey: Gesvres le hace sentir de ordinario todo el peso de la autoridad paterna. Esta es la verdad, señora.

— El se emancipará, y mas pronto todavía si los buenos españoles le ayudan.

— No os entiendo, doña Estrella.

— Es menester declarar la guerra á los flamencos.

— Los odiaba ya porque causan la desgracia de mi pueblo, y los odio mas ahora porque aquella daga me demuestra que el asesino de mi hermano fue un flamenco. Guerra, pues, á los flamencos!

— Debemos rodear al rey de españoles, Leiva amigo. Decidme: no podremos contar para eso con los partidarios de la reina?

— Mas son los del infante don Fernando, el hermano del rey. Todos podrán trabajar de consuno, porque los descontentos son en el reino todos los españoles por las exacciones cuantiosas de los flamencos y por su insoportable despotismo. Los aragoneses tampoco piensan reconocer á Carlos como rey mas que en union de su madre, y sus cortes serán presididas por el gran Justicia, como sucede en los interregnos, á pesar, duquesa, de lo mucho que anhela el rey esa presidencia.

— Y de Francisco I no se podria sacar algun partido?

— Picado está vivamente porque no se hace caso de su protegido el hijo del destronado rey de Navarra, el cual dicese que piensa ahora enviar embajadores á Zaragoza.

— Quién, ese que reclama su corona apoyado en el tratado de Noyon? Nada mas justo, señor don Antonio.

— Lo será sin duda, duquesa, pero lo cierto es que los españoles tienen tan pocas ganas como el rey de ceder la Navarra.

— Sin embargo, la violacion de un tratado es cosa muy grave... es menester ayudar á Enrique de Albret, Leiva.

— Para qué, señora?... Qué tenemos nosotros con eso?

— Que Francisco I, que le apoya, podrá ayudarnos tambien á nosotros contra los flamencos.

— Pues creo ahora por esa idea vuestra que los agentes del monarca francés y los de Enrique de Albret, influyendo en los ánimos de los habitantes de nuestras ciudades, pueden dar que sentir al rey. Sevilla, Segovia, Toledo y algunas otras ciudades fermentan en silencio en defensa de sus derechos y privilegios, y contra esos canallas de estrangeros. La liga de esos varios reinos será muy poderosa.

— Pues tenemos media partida ganada, exclamó Estrella.

— Con eso solo basta y sobra, sin necesidad de agentes de los reyes de Francia, ni embajadores del preten-

diente de Navarra, para poner en combustion á todo el reino.

— Quiénes son los gefes de esa liga, Leiva?

— Solo sé que don Juan de Urbina, don Hugo de Moncada y algun jóven como don Diego de Mendoza, estan con ellos.

— Les conoceis?

— Son amigos. Ellos contaban con mi hermano, á pesar de que sabian en cuánta estima le tenia el rey. Yo poco puedo hacer, porque, segun creo, debo volver á Milan muy pronto. En la corte se embota mi espada.

— Dónde estan esos valientes que me habeis nombrado?

— Don Hugo de Moncada el marino en Valladolid, proyectando contra Argel una espedicion, de la que será probablemente nombrado gefe. El rey fia mucho en su lealtad y pericia, y por cierto con razon. — Don Juan de Urbina acaba de venir de Nápoles, y don Diego de Mendoza está para llegar de Granada, y luego pasará á Zaragoza, porque marcha alli la corte; de todos modos no hay que escribirle, es jóven decidido y estará con nosotros.

— Sí, y averiguad tambien el nombre de los gefes de la liga en las varias capitales que han dado ya muestras de descontento, y noticiádmelo inmediatamente.

— Qué pensais hacer, duquesa?

— Irme de Valladolid.

— Adónde?

— A toda España para fomentar el descontento y estimular á los gefes de la liga.

— No sería mas conveniente que partiese yo con ese encargo?

— Por mi parte no desisto: saldremos los dos... tanto mejor: vos ireis con la corte sin perder de vista al rey para contrarrestar la influencia perniciosa de los flamencos; yo recorreré entre tanto varios puntos.

— Sois una muger admirable!

— Soy una muger que quiere vengarse!

Sois valiente, discreto, y habeis hecho un juramento: nada mas tengo que deciros.

— Cuándo marcha el rey, doña Estrella?

— Dentro de seis dias.

— Pues dentro de seis dias marcharemos todos. — A Dios, duquesa!

— A Dios, señor don Antonio.

• Leiva salió de la estancia.

Cuando Estrella se vió sola en su aposento esclamó:

— Con oro fomentaré la rebelion! de qué no es capaz una muger que odia?... Y os odio, don Carlos; habeis sido cruel conmigo, porque creiais que una muger no puede vengarse. Ah! os engañásteis... Mi repulsa os arrastró á cometer un asesinato, y creeis que yo puedo quedar tranquila y satisfecha?... Ah! yo os probaré que si una muger que ama puede ser un angel, una muger que aborrece puede ser un demonio! Yo me interpondré en vuestro camino, rey don Carlos... tengo oro, libertad y odio; qué pues me falta para ser un enemigo terrible? Sí, soy libre como el ave que cruza el espacio, y mis ojos, como los del águila, pueden mirar fijamente al trono sin que me cieguen sus resplandores!...

El acento con que Estrella pronunció estas últimas palabras era decisivo, y su rostro habia tomado una espresion verdaderamente amenazadora.

Aquella muger estaba entonces sublime, como debió estar Judit al penetrar en la cámara de Olofernes.

Estrella llamó á Margarita y le dijo:

— Haz anunciar á mi ilustre pariente que necesito hablarle, por lo cual pasará á su aposento con su venia.

La camarera salió y volvió á poco.

— El señor marqués, dijo aquella, espera ya á la señora.

Estrella se trasladó á la habitacion del noble marqués de Astorga, del cual fue recibida con cariñosa afabilidad.

Grave y bondadoso de aspecto, de edad como sesenta años, cano el pelo y de aristocrático continente era el buen tutor de Estrella.

Al oír anunciar á su pupila se levantó para ofrecerle un asiento, y le dijo con el tono mas afectuoso del mundo:

— Qué quieres, querida mia?... En qué puede este buen anciano complacerte?

— Sabeis, señor marqués y mi querido tío, respondió la duquesa haciendo al anciano ademán de que se sentara, que el rey se marcha?

— A Zaragoza y luego á Barcelona, segun tengo entendido, replicó el anciano.

— Pensais ir con la corte?

— Preciso es que me quede contigo, puesto que la reina doña Juana no sale de Valladolid, y tú estás á su servicio.

— Desde mañana quedaré libre, porque he pedido licencia para retirarme. — Mi salud está quebrantada, y no puedo continuar al servicio de S. A. por mas tiempo.

— Entonces qué piensas hacer, hija mia?

— Irme al convento de Santa Engracia. — La abadesa se alegrará de verme, y me quedaré en su compañía hasta que me restablezca física y moralmente.

— Apruebo tu idea, querida Estrella; de todos modos yo me quedaré en esta ciudad, porque no voy con la corte. Aquí esperaré tus cartas y tu regreso... Tambien si puedo iré algun dia á verte.

El marqués estaba muy achacoso, y por eso la duquesa tenia la seguridad de que no iria al convento á verla.

— Don Antonio de Leiva se marcha, querido tío.

— Adónde?... Con el rey?

— Antes tiene algun asunto pendiente que quisiera arreglar en Segovia, Toledo, Sevilla y algun otro punto...

— Pues esas ciudades estan ahora en fermentacion... Ah! ya comprendo!... negocios públicos tal vez... Don Antonio sin duda es...

— De la liga... ciertamente... y si vos pudieseis protegerle...

— Lo haria, claro está... Conoce á los gefes de la liga?... sino, puedo darle letras mias para la mayor parte de ellos...

— Se necesitan cuanto antes para todos esos buenos españoles... Es menester que no nombreis en las misivas á la persona que las ha de llevar, eso sería indiscreto como conocereis, mi buen tutor.

— Lo creo así, Estrella mía. — Cuando esten escritas te las daré para que tú misma las pongas en manos del señor de Leiva... Y cuándo piensas marchar al convento, amada niña?

— Dentro de muy pocos días... tardaré cinco ó seis á lo mas, señor marqués.

— Puedes disponerlo todo como gustes.

— Sobre todo las cartas, querido señor.

Estrella se disponia á salir al decir estas palabras, cuando entró Margarita y puso en sus manos un rollo de pergamino sellado con cera, de manera que se distinguia completamente el águila negra de dos cabezas del condado de Flandes.

— Señora, le dijo la camarera, un criado acaba de entregarme esto para vos.

— De parte de quién?

— Solo dijo «para la señora duquesa de San Rafael,» y desapareció inmediatamente

— Está bien.

Estrella cortó con presteza el sello, desarrolló el pergamino y leyó en caracteres góticos pero de clara forma lo siguiente:

«Señora duquesa:

»Vuestros esfuerzos y los de don Antonio de Leiva para averiguar quién sea el asesino de su difunto hermano serán inútiles.

»El secreto mas impenetrable rodea este trágico suceso.

»Dios y un hombre tan solo lo poseen: el hombre será mudo.

»El matador está tan alto que no puede temer vuestros tiros.

»No pongais á prueba un poder oculto, porque os sería funesto, señora.»

Estrella arrojó lejos de sí aquel escrito como si le abra-sara las manos, y quedó un momento en suspenso.

Despues, volviendo en sí, exclamó llena de indignacion:

— Y pensásteis intimidarme como á un niño?... No, se-ñor don Carlos; por esta vez la paloma perseguirá al milano!

Y la duquesa alargó el pergamino á su tutor, quien des-pues de haberlo leído detenidamente se lo devolvió con visi-bles muestras de sorpresa.

— Qué decís de esto, querido pariente?

— No me atrevo á formar juicios que podrian ser teme-rarios.

— Eso es porque ya los habeis formado. Con la impruden-te amenaza que contiene ese pergamino se me arroja el guan-te?... Pues bien, lo recojo; sí, lo recojo! A Dios, señor mar-qués! dijo y salió.

Ya en su estancia, escribió á don Antonio de Leiva el re-sultado de la conferencia que habia tenido con el marqués de Astorga, y le llamó la atencion sobre el anónimo que acaba-ba de recibir para que, irritado su amor propio, desplegase todo el empeño posible en la empresa que ella habia conce-bido.

Y con efecto, el estímulo era muy poderoso en cualquie-ra, mayormente en una persona como Leiva y tratándose de vengar la muerte de un hermano suyo.

Estrella le repetia por escrito las mismas palabras que le habia dirigido en su entrevista:

«Sois discreto, valiente, y habeis hecho un juramento: so-lo tengo que añadir que nada he podido adelantar con el examen de la daga que ayer me confiásteis.»

Al cerrar este billete la de San-Rafael no pudo menos de esclamar:

— Ah, señor don Antonio! si supierais quién es el mata-dor de vuestro hermano!...

Y quedó absorta en una profunda melancolía.

En aquellos dias el ministro Guillermo de Croy habia anunciado á Bleimberg la marcha del rey á Zaragoza y Barcelona, esperando que fuera de la comitiva del príncipe; pero con estrañeza de Gesvres, el flamenco le manifestó que tenia que permanecer algun tiempo mas en Valladolid, en donde esperaria las órdenes de Carlos, ó desde donde iria despues á reunirse con la corte.

Luego esplicaremos esas causas, refiriendo algun nuevo suceso y dando á conocer á alguno de los personages que mas deben figurar en esta novela.

Pero ahora volvamos á Estrella.

Dió todas las disposiciones necesarias para el viaje, y como en aquellos tiempos felices en que no habia diligencias, sillas de posta, vapores de mar, caminos de hierro ni telégrafos eléctricos, un viaje siquiera de cincuenta leguas era un acontecimiento en la vida de muchas personas, se comprende muy bien que toda la casa anduviese en revolucion desde que Margarita comunicó la orden de partida á todos los criados.

Sin embargo, habia mucho disimulo por parte de la duquesa para que el marqués no llegase á sospechar que el viaje no era al convento verdaderamente, sino á otra parte, lo cual hubiera disgustado mucho al buen anciano, que no comprenderia en una jóven tanta resolucion y valor.

En aquella época habia muchos ladrones y salteadores de caminos, lo cual era efecto de las guerras constantes que asolaban los campos y desmoralizaban completamente al agricultor y al *villano*, como se llamaba entonces. Y la vagancia y la miseria los conducia al crimen.

Todo lo sabia Estrella, y no obstante estaba deseosa y hasta impaciente por emprender su marcha.

Con efecto, iba primero al convento para preparar á la abadesa y desde alli burlar la vigilancia de todos los que pudieran sospechar su viaje.

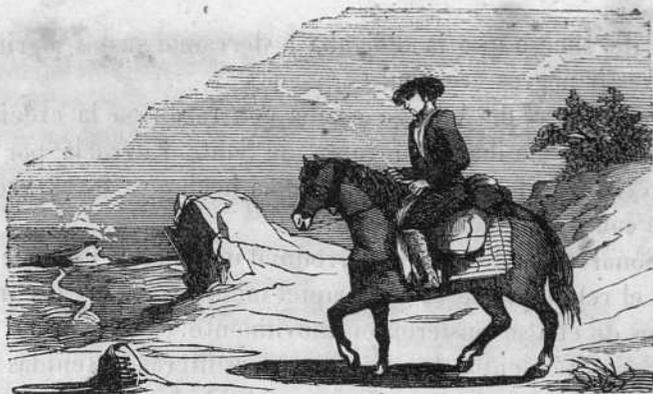
Margarita solamente lo supo para arreglar definitivamente todo lo necesario.

Despues de mil preparativos y de haberse Estrella proporcionado las cartas de su tutor, las cuales se guardó muy bien de dar á Leiva, amaneció el dia de la partida, y con él el principio de la realizacion de una venganza.

Quería ella ponerse en comunicacion con los principales agentes de la conmocion popular que iba ya estallando en muchas partes.

Podemos decir que ya era la duquesa de San-Rafael un nuevo partidario de la liga.





CAPÍTULO V.

INJUSTA ACUSACION.



UÁN agena estaba Estrella al amanecer del día siguiente de que iba una persona á poner todavía á prueba sus afectos!

Muy de mañana aun recibió el anuncio de la visita de una persona para las doce del día. Las horas que mediaron desde el aviso á la visita fueron muy angustiosas para Estrella, pero su discrecion le hizo resolverse á adoptar un partido: el de hacer entender

á las personas que la visitaron hasta qué punto estaba ente-

rada del suceso que la obligaba á derramar justas lágrimas y á vestir negros crespones.

Su tutor el de Astorga estaba con razon en la creencia de que Estrella iba al convento de Santa Engracia por un corto tiempo, lo cual, como lo habia hecho ya otras veces, no le causó ninguna estrañeza.

Sonaron las doce en la parroquial inmediata, las doce repitió el reló de la casa, y en aquel momento todos los individuos de ella se pusieron en movimiento.

Pocos momentos despues unas ricas literas sostenidas por ataviados lacayos pararon en la puerta de la casa.

El de Astorga bajó hasta el zaguan y desde allí acompañó al recién venido mas autorizado, con el cual venian dos personas de gran valía en la corte.

Estrella esperaba en la sala de estrado de la casa, en pie y vestida con esmero á pesar de su negro trage.

A poco entró un jóven acompañado del marqués y seguido de dos caballeros. — El jóven era Carlos I, los dos caballeros eran uno don Antonio de Leiva, el otro el flamenco Cristian Bleimberg.

La duquesa se puso en pie desde que, habiendo un page anunciado al rey, este apareció en el umbral de la puerta.

En la etiqueta el rey debia romper el silencio.

— Salud, bella duquesa, le dijo Carlos.

— Tanta honra para los Astorgas y San-Rafael? — No la esperaba ciertamente, señor! repuso Estrella conmovida.

— Os pesa acaso de mi visita, ilustre prima? replicó el rey, atribuyendo á distinta causa la emocion de la duquesa.

— Aunque razones especiales me hiciesen aborrecer á Carlos I, el hijo de la reina doña Juana mi señora, el rey de España sería siempre bien venido á esta casa, como es cierto que siempre viene á honrarla.

— Podeis sentaros, señores, dijo el rey dando ejemplo.

Estrella, el marqués y Leiva le imitaron desde luego, colocándose en frente del rey; Bleimberg permaneció en pie detras del sillón de aquel; sin embargo se adelantó algun

tanto á una indicacion del príncipe, quedando colocado por casualidad entre este y Estrella.

El rey continuó:

— Ayer estuvimos á hacer el duelo á la madre de nuestro difunto amigo el conde de Burgos. La condesa viuda está horriblemente afectada: hoy venimos, duquesa, como pariente á acompañaros tambien en vuestro duelo, y al mismo tiempo á haceros una súplica.

— Yo agradezco de todo corazon á V. A. su fina cortesía en lo que vale, pues conozco la nobleza de sus generosos sentimientos, dijo con reconcentrada ironía Estrella, y continuó:

— Repito que no esperaba tanta honra en esta ocasion, porque consideraba al rey muy ocupado en graves negocios de Estado, á diferencia de otro hombre cualquiera que á pesar de hallarse en un alto puesto, quizás se entregaria á ocupaciones ajenas de su dignidad, á devaneos amorosos ó tal vez á distracciones criminales.

El rey no entendió la ironía dolorosa con que hablaba Estrella, pues estaba muy lejos de creer que le suponía autor de la muerte del de Burgos; juzgó tan solo que aludía á su entrevista.

Bleimberg adivinó la diferente situacion de aquellos dos personajes, y comprendió tambien que debía estar sereno como nunca, porque tenia enfrente de sí á don Antonio de Leiva, quien aunque nada sabia, era un enemigo temible.

La posicion del flamenco era comprometida.

El rey prosiguió la conversacion en estos términos:

— Sabeis, amable prima, que mi señora y augusta madre doña Juana no admite vuestra renuncia?

— Cómo, señor? Pues yo tenia entendido que era cosa concluida, y por eso habia dispuesto mi marcha para hoy mismo. En el convento de Santa Engracia me estan ya esperando.

— Ciertamente, señora, estaba aceptada atendidas vuestras circunstancias actuales; aunque la reina y yo suponía

mos que pasado vuestro justo dolor volveriais á ser uno de los mas brillantes astros de la corte: despues hemos pensado de distinta manera.

— Ah! señor, es muy temible aspirar á ser astro en un cielo en donde su brillante sol oscurece facilmente las estrellas y... *sabe hundirlas en el ocaso!* dijo la duquesa con doble ironía y mirando con fijeza al rey.

Bleimberg interpretó perfectamente el sentido de aquella frase: una acusacion contra Carlos. Por lo mismo distrajo la atencion de este diciéndole por lo bajo:

— Ella tiene algun proyecto al marcharse al convento.

— Decia, continuó Carlos, que habiendo resuelto ir la reina mi augusta madre á Santa Engracia á practicar algunos ejercicios devotos, puesto que vais allá tambien, os tendrá á sus órdenes como antes; sabeis cuanto os estima la reina, Estrella, por eso os suplico que retireis vuestra renuncia.

La duquesa miró á don Antonio de Leiva como para darle á entender el disgusto con que miraba aquella nueva idea de la reina, que venia á trastornar sus proyectos.

— La duquesa seguramente tiene con esto una nueva prueba del afecto que le profesa vuestra augusta madre, dijo Bleimberg con afectada galantería.

— Si vuestro estado de salud, repuso Leiva, no os permite seguir prestando vuestros servicios á la reina nuestra señora, S. A. es sobrado bondadosa para exigir de vos ningun esfuerzo. No es verdad, señor?

— Acaso, contestó Carlos, necesite doña Estrella mas tranquilidad de espíritu que de cuerpo. Ademas, creo que en el convento solo se curarán las ilustres huéspedas de dar consuelo al alma.

— Sin duda; á pesar de que la reina no lo necesita, porque es una santa, y de que yo, señor, respondió Estrella, tengo mi conciencia muy tranquila.

El rey no comprendió la alusion.

— Lo creo, señora duquesa; pero ahora todas las damas

de la corte han dado en volverse beatas... Sabeis en qué consiste esto, prima? dijo Carlos.

— Es que tenemos que pedir al cielo por los crímenes de los hombres, exclamó Estrella con visible indignacion.

— Supongo que no rogareis á Dios por el asesino de mi hermano el conde, interrumpió Leiva con energía.

— Y qué mal hay en ello? repuso el rey.

— Yo rogaré por el asesino de mi buen hermano cuando mi rey ó mi brazó me hayan hecho justicia, añadió con mas entereza don Antonio.

— Vuestro rey tan solo tiene ese derecho, Leiva, replicó aquel indignado.

— Mas observaré, señor, insistió Leiva, sin que esto sea ofender por su justificacion á V. A., que pudiera ocurrir que, sabido el nombre del autor, por cualquiera circunstancia dejáseis de castigarle, sin duda obedeciendo á un noble sentimiento. Y en fin, porque el rey tiene el derecho de perdonar, y yo solo el de vengarme.

— Quizás nos halleemos ahora en este caso, dijo Estrella.

— Cómo, duquesa! qué quereis decir? repuso el rey.

— Explicaos, señora, añadió Leiva.

— Que es muy posible que V. A. sepa ya el nombre del asesino y por altos respetos lo haya ocultado.

— Es una suposicion, duquesa, lo que decís? exclamó el príncipe con calor y alterándose visiblemente su rostro.

— Yo creía que cuando se trataba de un asunto tan ruidoso por la persona y por las circunstancias del suceso, el rey estaria ya perfectamente instruido de todo. Yo creía que los reyes eran omniscientes como son omnipotentes.

— Y qué interes, señora, pudiera hacerme obrar asi? repuso picado el rey.

— No lo comprendo, añadió Bleimberg con aparente sencillez.

— Pienso que no habrá sido vuestro ánimo, señora, dudar de las palabras del rey, dijo Carlos con seriedad.

— Y si yo os dijese en este momento el nombre del ma-

tador del conde, qué hariais, señor? añadió la duquesa.

— Acaso lo sabeis, señora? contestó vivamente Leiva.

Bleimberg estaba en un potro. El rey prosiguió :

— No es á vos, Leiva, sino á mí á quien se ha dirigido la duquesa, y yo tan solo debo contestar.

— Precisamente, dijo Bleimberg.

— Ahora, prima, pudiera yo preguntaros á mi vez antes de que os atrevais á pronunciar imprudentemente un nombre, si teneis pruebas.

— Serian inútiles, señor, exclamó Estrella dirigiendo á Carlos una mirada significativa.

— Por qué, duquesa?

— Porque las pruebas no bastarian nunca ni contra el matador, ni para V. A., repuso la duquesa con gravedad y sin quitar sus ojos del rey.

— Segun eso esa persona no está al alcance de mi justicia! No os entiendo, señora, insistió Carlos.

Doña Estrella estrañaba tanta osadía en aquel hombre, al cual amaba con el corazon y odiaba con la cabeza. El rey por su parte estaba asombrado de ver cómo suponía ella saber la verdad del suceso, constándole que eso era imposible, pues solo él como testigo y el diácono como actor la conocian.

Leiva no quitaba ojos de Estrella, y pensaba si quizás la daga le habria hecho entrever algun rayo de luz acerca del nombre del delincuente.

El buen marqués de Astorga no sabia qué pensar, y miraba alternativamente á todos los interlocutores de aquella escena.

Leiva, levantándose de su asiento, exclamó con solemnidad :

— El primer magistrado del reino, el rey de España tiene el deber de oir el nombre que la duquesa ha indicado conocer, porque ese nombre es el de un cobarde y vil asesino. V. A. no puede desentenderse de esta observacion.

— Me dais lecciones, don Antonio? exclamó colérico el rey.

— Digo tan solo, señor, y estoy como vasallo y como noble autorizado para ello, que si V. A. no oye á la duquesa de San-Rafael como debe...

— Callad, Leiva, ó mandaré borrar de vuestro escudo el *azur* que ha acreditado el realismo de vuestra familia!... Ahora, duquesa, os escucho, añadió Carlos cada vez mas irritado.

— Mis heridas, señor, y mis campañas en diecisiete años que hace que solo escucho el estruendo de las armas, son mejor testimonio de mi lealtad que todo el *azur* y todos los esmaltes de mi escudo. Diganlo sino por mí los moriscos de las Alpujarras primero, los tercios de Nápoles al mando del Gran Capitan, mi ilustre primo, despues; diganlo por mí las murallas de Rávena, regadas con mi sangre, repuso con noble fiezeza don Antonio de Leiva.

Hubo un momento de silencio. El rey hizo al caballero un signo de aprobacion, y entonces dijo Estrella sumamente conmovida:

— Me faltan pruebas, señor, vos lo habeis dicho, para pronunciar un nombre.

— Juro por Santiago, exclamó el rey, que en probándome quién es el matador del ilustre conde de Burgos, su cabeza rodará sobre un patibulo!

Bleimberg palideció.

— Lo oís, señores? El rey os empeña su palabra y os hace este juramento. — Ahora, Estrella, á pesar de que careceis de pruebas, quereis revelarme el nombre de la persona de quien sospechais?

— A vos solo puedo decirlo, señor; á vos solo, como primer magistrado del reino, debo comunicar mis sospechas.

— Hablad, duquesa, dijo Carlos retirándose con ella á un ángulo de la estancia.

Estrella se acercó al rey, y con un acento que revelaba todo el asombro de que estaba poseida, porque creía que Carlos trataba de poner á prueba su prudencia, murmuró las siguientes palabras:

— El asesino, señor, no es español.

— Y bien?

— Es un flamenco: su gerarquía es muy elevada, tan elevada...

El rey no comprendía á Estrella, é impaciente ya, la interrumpió en estos términos:

— Que está fuera de la ley... no queréis decir esto, señora? Segun eso es algun príncipe estrangero á quien aludís, y vive el cielo, que ahora os comprendo menos!

— El asesino del conde, señor, es superior á la ley... Me entédeis ahora? La víctima tenia una sortija junto á sí con las armas de...

— San-Rafael!... No es eso, duquesa? Ah! callad, callad! Señores, vámonos. Duquesa, tarde volveréis á tener la honra que hoy os hemos dispensado. Vuestra renuncia está aceptada en nombre de la reina... y del rey.

Este salió con el corazon lastimado, porque comprendió la acusacion de Estrella, que tan infundada era realmente. Su semblante enojado dejó mudos á los que le rodeaban.

Estrella cayó desvanecida sobre un sillón. Habia experimentado una lucha grande, lucha que solo pudo resistir hasta el fin por la gran energia de su carácter.

Amaba al rey, y sin embargo se vió precisada á acusarle de un asesinato porque su amor propio estaba herido como amante y como muger.





CAPÍTULO VI.

URSULA.



En una sala de modesta apariencia en su mueblage y junto á una ojiva ventana está una jóven de unos dieciseis años, con los ojos fijos en la bóveda de los cielos, y la cabeza ligeramente apoyada sobre una mano, mientras lleva la otra al corazon que le palpita con violencia. Su estatura es mediana, su talle flexible como el tallo de la amapola, su cabeza sostenida por un cuello gracioso como el del cisne.

Era hermosa; pero de una hermosura ideal. Aquel rostro era el que en la infancia os creó vuestra imaginacion de

vuestra madre, sino tuvisteis la dicha de conocerla, y el rostro de un angel para los que tuvimos ese inefable placer: imagen formada con la belleza del idealismo, con la poesia del sentimiento religioso, con toda la pureza de la infancia.

Van-Dyck no pintó jamas unos ojos tan llenos de fuego y sentimiento; ojos que no eran rasgados, como si hubiesen temido abrasar con sus rayos todo el rostro, ó como si de esa manera fuesen sus tiros mas certeros para el corazon.

Rafael no dió jamas á la tabla ni al lienzo la brillantez de su colorido.

Miguel-Angel jamas trazó un perfil tan severamente correcto, ni Murillo alcanzó nunca á reproducir la pureza que habia en aquella frente blanca como la azucena, la dulzura de aquellos rojos labios, y por último, la indefinible vaguedad de aquella fisonomía, la constante mutacion de la misma, produciendo el efecto de la reverberacion de la luz sobre el agua de un rio, que es el sello perceptible que Dios da á la jóven mientras cual perla encerrada en la concha en el fondo del mar, existe virgen hasta de pensamiento, defendida tan solo por su propia inocencia.

Aquel rostro revela la bondad de su corazon tierno, apasionado, sincero. Su cabello finísimo cae dividido por mitad sobre su frente, formando al rededor de sus sienes una diadema de oro á la griega, que oculta el resto arrollado en espiral por la espalda. Sus megillas parecen de ordinario dos rojos claveles estampados sobre blancas hojas de azucena: sus ojos azules, de un azul de cielo, tienen tambien su refulgente transparencia.

Aquella jóven ofrece á la vista toda la belleza casi fabulosa de las georgianas, ó la hermosura tradicional de las mugeres de los tiempos primitivos, de puras razas y sencillas costumbres, con toda la ligereza de lineamentos, con toda la finura y delicadeza de contornos de una Venus de Médicis.

Aquel dia, cuya aurora ha brillado sobre su frente reflejando en los pintados vidrios de la ventana, al asomar su

hermosa cabeza para aspirar el puro ambiente de la mañana, ha pasado con lentitud, madre de la impaciencia y del desasosiego interior que afectaban á la pobre jóven desvaneciéndose las rosadas tintas de sus mejillas.

Está melancólica porque un vago presentimiento que no puede desechar la absorve hasta cierto punto sus facultades, reduciéndola á un estado de abstraccion moral que la tiene silenciosa. — La preocupa una idea; su amante, hermoso, noble, jóven, discreto, á quien desea ver aquel dia como el anterior, como todos, lleno de pasion. — Ursula ama de una manera instintiva, como si obedeciese á un secreto impulso, porque al ver á don Fernando sintió arder su cabeza, oscurecerse sus ojos y latir con violencia su corazon; porque la imagen de su amante la acompaña en sus vigiliass y en sus sueños, y si le faltase un momento se moriria, como el pez al que quitaran el agua, ó el ave á la cual robaran el aire: le ama con la ternura que ama á su madre, con la sublimidad que ama á su padre, con el fervor que ama á Dios.

Para Ursula, su amante es hermoso como la Creacion, amoroso, tierno y solícito como él solo, y grande en la elevacion de su amor y de su dignidad; le ama con toda la pasion sublime de la muger, con la expansion de su idealismo, con toda la intensidad de la primera pasion, con todo el encanto inefable con que nuestro corazon responde al llamamiento magnético de otro corazon amante, con el ardor de sus dieciseis años, con la pureza de los ángeles. Ursula, en fin, amaba á Fernando como puede llegar á amar la muger, á quien Dios crió para amar.

Cuán dichosa era Ursula! Durará mucho tu felicidad, hermosa é inocente niña? Ah, no! que muy pronto va á azotarte el cierzo de la desgracia y no tendrás abrigo en el hielo del infortunio!... y no serán escudo á tu desgracia la aureola de inocencia que te circunda, ni la santidad de tu hogar doméstico, ni el dolor que va á herir el corazon de tus padres.

Pobre Ursula! Hoy por la vez primera tu corazón te lo presagia, tu rostro palidece y asoma en tus hermosos ojos una lágrima que va á rodar por tu hermosa megilla. Infeliz niña! Con esa tinta melancólica estás aun mas hermosa, como no se puede siquiera espresar.

Es la caída de la tarde de uno de los deliciosos primeros días del mes de abril: el aroma de las flores del jardín que cultiva Ursula embalsama el ambiente.

Ursula ha pasado el día con visible impaciencia: llegó por fin la noche, y apenas el reloj de la iglesia mas inmediata llamó á los fieles á la oración, oyó la jóven clara y distintamente los pasos de su amante que se acercaba á su casa; pero los oyó á una distancia inconcebible, fenómeno que, como otros muchos, produce el amor en el organismo de la muger.

Pocos momentos despues entraba en la sala en que estaba Ursula un jóven, como de veinte años, de alta estatura, gentil continente, gracioso en su andar y delicado en las maneras: hermoso el moreno rostro, negros los ojos, arqueada la ceja del mismo color, como el ensortijado cabello y el finísimo bigote mas pretencioso que poblado, escondiendo pequeños labios para dejar con su dulce sonrisa entrever blancos dientes: es espresiva é inteligente la mirada, y se adivina pronto el valor como la discrecion por aquel rostro, en el cual hay tambien aquella tarde mucha melancolia que procura combatir y ocultar.

Bajo el hermoso tabardo de vellorí forrado de pieles luce almilla de seda y gregüescos, acuchilladas ambas piezas: cubre su cabeza sombrero de ancha ala con una delgada pluma al lado izquierdo: calza bota alta hasta medio muslo, ajustada y de ante amarillo; lleva guante de lo

mismo y ciñe larga espada de ancho guarda-mano, pendiente de bordado talabarte.

— Bien venido seais, señor de Acuña, exclamó al ver al apuesto mozo doña Beatriz, madre de Ursula, que estaba en discreta conversacion con su marido.

— Dios guarde á vuestras mercedes, dijo el recién venido, llevándose la mano al sombrero con presteza.

— Os esperaba, don Fernando, repuso Ursula mirándole con alegría y ternura, tomando el sombrero del jóven y acariciando la blanca pluma.

— Siempre tan hermosa y tan pura como los ángeles, Ursula mia! añadió don Fernando de manera que solo ella oyó aquel tierno galanteo, que hizo ruborizar á la jóven y bajar sus hermosos ojos.

— Qué nuevas nos trais de la ciudad y de la corte? dijo Alfonso García, padre de aquella.

— Que hay ya síntomas de descontento en muchas ciudades por los escándalos y tropelías de los flamencos, repuso Acuña.

Los padres de Ursula permanecieron en el fondo de la estancia, mientras su hija, en el alfeizar de la ventana donde habia esperado á su amante, pronunciaba con un eco argentino estas palabras:

— Hace mucho tiempo que os esperaba: jamas me habian parecido tan largas las horas del dia, ni tan tristes las de la noche... Sabia que ibais á venir porque mi corazon me lo decia, y mi corazon no me engaña nunca... pero siento una ansiedad que me abate, una congoja que oprime mi corazon... Oh, yo tengo un presentimiento, pero horrible!... presentimiento que desde el amanecer ha hecho huir el sueño de mis párpados y la alegría de mi rostro... Cosa rara! hoy como ayer, como todos los dias desde el primero en que os vi, no era completamente feliz pensando en vuestra venida, porque un vago sentimiento que no puedo explicar me á mí misma destroza mi corazon.

— Ursula, por qué preocupas asi tu mente? Destierra

ese vago presentimiento que nada es en sí, pero que te mortifica. Esta noche mas que nunca necesito verte serena, y aun quisiera que no me amaras tanto, á trueque de no verte padecer.

— Qué lenguaje es ese, don Fernando? qué significan vuestras palabras?

— Tengo un secreto que confiar á tu discrecion, dijo Acuña con un marcado acento de tristeza.

— Qué desgracia ocurre? Vuestra fisonomia revela una impaciencia y una incertidumbre horribles!... ah, no, será ilusion de mis sentidos?... no es verdad que soy una pobre niña llena de vanos temores?... Vos me amais y venís esta noche á repetirme como siempre que ningun poder de la tierra será bastante á separaros de mí. Oh, decidme eso, decidmelo por Dios!... porque si pasara un dia sin veros, sin sentir que vuestras manos estrechaban las mias, y que, como ahora, acariciasen las trenzas de mis cabellos... Si yo pasara una noche sin que el eco de vuestras pisadas hiriera mis oidos y el eco de vuestras palabras resonara aqui, en el corazon... Oh, no sé lo que me sucederia... Ah, yo me volveria loca de dolor y desesperacion!... Sí, porque creeria que ya no me amábais, porque amariais á otra muger y... sabedlo, don Fernando, en el mundo no hay otra muger que pueda amaros como yo... ni vos tendriais valor para amar á otra, para olvidarme, porque vuestro olvido sería la muerte de vuestra pobre Ursula; yo no podria sobrevivir ni á vuestra inconstancia, ni á vuestra indiferencia.

— Pero, Ursula mia, tranquilizate: yo te amo como antes, como siempre, mas que nunca... pero ahora tengo que hablarte de...

— Yo no quiero oiros hablar mas que de vuestro amor; porque para mí es lo primero vuestro amor.

— Ursula... sabes que te amo, que te amo mucho; pero que tengo una noble ambicion. A los veinte años ya he derramado mi sangre en la guerra hace cuatro, y he lo-

grado que el rey haya oído hablar de mí y de que S. A. mismo me distinga en palacio entre personas de cuenta y valía en la corte... Estoy como alferéz agregado á una coronelia de las que vinieron conmigo de Italia de guerrear con el Gran Capitan, y tenemos que marchar...

— Cuándo? esclamó Ursula con voz ahogada.

— Mañana, Ursula mia.

— Ah!... volvió á esclamar aquella sorprendida.

Entonces hubo unos momentos de silencio. Ursula con los ojos clavados en don Fernando, sus manos trémulas estrechando fuertemente las de aquel, padecia horriblemente; luego el llanto vino en abundancia á correr por sus megillas, dando paso y tregua al sentimiento del dolorido corazón.

— Pobre niña! le dijo entonces Acuña. Tú no comprendes lo que es la ambicion, ni menos lo que son los negocios de la corte. Bien sabe Dios que no me voy por mi gusto, sino porque con esa marcha obedezco á mi rey y ademas en secreto presto un gran servicio á mi nacion.

— No os comprendo, ni quiero comprender nada de eso... Ya os lo he dicho, continuó la pobre Ursula con frases entrecortadas por los suspiros... me volveré loca... me moriré sin veros!

— Hermosa mia, yo volveré pronto á estrecharte entre mis brazos... la ausencia, Ursula mia, es como la brisa que con su aliento da á las flores mas lozania y color... La ausencia, amada mia, es el crisol del amor.

— El mio no puede resistir á esa prueba, lo sé, sin que pierda mi razon ó mi vida. Ah! si supieras, Fernando, cómo te ama este pobre corazón... si lo presumieses siquiera no ofenderias la delicadeza de mi amor suponiendo que necesita pruebas... no, Fernando mio, tú no comprendes el amor como yo; para tí hay deberes que cumplir, hay un rey á quien obedecer, ambicion que satisfacer, y para mí no hay mas rey ni mas ambicion en el mundo que tu amor.

— Pero yo te amo, Ursula, y por esto temia nuestra separacion; por esto te la he ocultado hasta el último momento.

— Adónde vas, Fernando?

— A Zaragoza al brillar el nuevo día.

— Cruel! y dice que me ama... ah, que no pudiera yo arrancar del corazón esta pasión que me matará necesariamente!

— Mi ausencia no debe ser larga... la corte no permanecerá allí mucho tiempo.

— Creo haber oído que os marcháis, señor don Fernando, dijo entonces Alfonso. Adónde vais, amigo mío?

— Marchó á Zaragoza con la fuerza que acompaña al rey.

— Entonces probablemente será vuestra ausencia indefinida, porque dicen que piensa Carlos ir después á Cataluña.

— Lo veis? Luego ireis á Cataluña, y sabe Dios cuándo os volveré á ver, repuso Ursula con aflicción.

— El rey, continuó Alfonso, quiere deshacer los proyectos de la liga y...

— Callad, callad, interrumpió vivamente don Fernando. No pronuncieis esa palabra que quema los labios y pudierais acarrear vuestra ruina.

— Pues yo estoy por la liga, señor Acuña, volvió á replicar Alfonso. La liga quiere librar á la España de los males que la están acarrearando los flamencos.

— Callad, señor Alfonso García... Hay muchos que están con los coligados, pero en secreto... entendeis? repuso don Fernando.

Entonces cambiaron el viejo y el jóven una mirada de inteligencia.

— Os comprendo, jóven. Dios os ayudará, porque Dios protege las buenas causas, dijo el buen anciano, estrechando la mano del oficial.

Ambos se entendieron perfectamente. Beatriz y su hija eran las que no entendían una palabra siquiera.

— Toma, Fernando, dijo Ursula volviéndose hácia el sitio en donde había principiado su amoroso coloquio con su amante; toma este lazo rojo, símbolo de mi eterno amor;

llévalo siempre y acuérdate que al marcharte, al separarte de mi lado, lo han bañado mis lágrimas.

Al pronunciar estas palabras con voz entrecortada por los sollozos, se quitó un cinturón de seda que sujetaba los pliegues de su transparente vestido blanco. Don Fernando lo llevó con entusiasmo á sus labios y le dijo:

—Juro no abandonar este lazo un momento en nuestra ausencia. Guarda tú, hermosa Ursula, este recuerdo de mi amor tan puro como ese metal,

Y se quitó del cuello, poniéndolo al rededor del de su amada, un cordón de oro finísimo.

—Ah! continuó él... si supiese que tras de esta partida podía sobrevenir la indiferencia ó tu inconstancia... créeme, Ursula, yo también moriría de dolor, pero antes haría pedazos el corazón de mi rival afortunado si lo llegase á conocer... Pero no, necesito irme con el ánimo tranquilo y rebosando amor mi alma; necesito acariciar constantemente en mi cabeza mil ideas halagüeñas, porque sino no tendría valor para abandonarte... Mas ya es tarde... A Dios, hermosa mía, á Dios, Ursula!

—Tan pronto! exclamó ella con voz llorosa.—A Dios, Fernando, dijo y cubrió su rostro con ambas manos para ocultar sus lágrimas.

Ursula con la vista fija en el espacio, vió desde su ventana marchar lentamente á su amante, que volvió repetidas veces la cabeza para verla otra vez. Y le siguió con su oído hasta que cesó el eco de sus pisadas, es decir, mucho despues que hubieron cesado. Ella pasó aquella noche en un estado horrible, porque la ausencia de su amante era el mayor mal que ella suponía que podía sobrevenirle. Creía que aquel jóven podría tal vez dar un lugar en su corazón á un nuevo amor, ó que los graves negocios de la política podrían enervar la efusión de su cariño. Qué no teme una amante en los momentos de la ausencia de su amado, y mas una amante como Ursula!

No era fácil que esta en una situación tan nueva para

ella como violenta, y siendo tan jóven aun, quedara sino en un estado lamentable de resultas de su entrevista con don Fernando. Mil ideas vagas, contradictorias, atormentaban aquella cabeza jóven y un presentimiento cruel pesaba sobre su corazon, como una losa de marmol, y le embargaba todas sus facultades á manera de una horrible pesadilla, de la que no podia descartarse ni aun arrancándose del lecho y asomándose al balcon á respirar el fresco ambiente de la noche. Ursula padecia horriblemente.

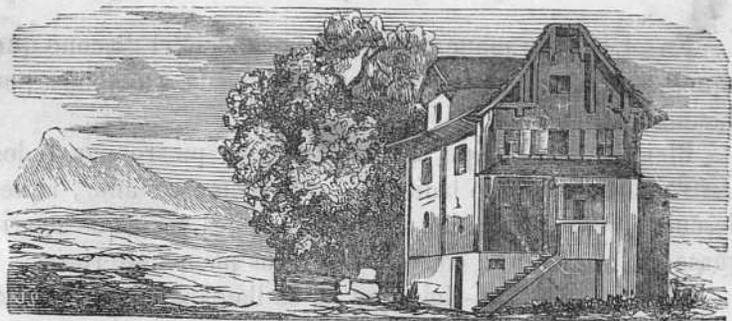
A la mañana siguiente don Fernando de Acuña marchaba hácia Zaragoza en la vanguardia del rey.

Para la tarde del mismo dia estaba fijada la partida de Estrella al convento de Santa Engracia.

Don Antonio de Leiva marchó con el rey.

Mientras estos personages abandonan á Valladolid tendremos lugar de referir algunos nuevos sucesos que ocurrieron en aquella ciudad y que tienen relacion con esta historia. Pero esto, con permiso de los lectores, será en el capítulo siguiente.





CAPÍTULO VII.

ANGEL Y DEMONIO.



NTES de la marcha de Carlos I había muchos días que el diácono Cristian Bleimberg se propuso interesar el corazón de una encantadora jóven, á la cual había tenido ocasion de ver repetidas veces en los días de fiesta en una iglesia próxima al palacio y adonde concurría él algunos días.

Le habían encantado la belleza y modestia de aquella jóven, la cual iba siempre acompañada de una señora que, á juzgar por su edad, bien pudiera ser su madre.

En el traje y maneras de ambas conoció el diácono que aquellas personas eran de clase acomodada é hidalgos por nacimiento.

Bleimberg participó á su camarero, pícaro por todos cuatro costados, pero ladino y osado como su amo, aquel descubrimiento, y le dió sus instrucciones para que averiguase cuanto le fuera conveniente á sus planes ulteriores.

Hízolo Judas Van-Gel, que así se llamaba el que poseía la confianza de Bleimberg, y con toda reserva y circunspeccion llegó aquel á saber, sin gran dificultad por su parte, que las dos señoras vivían en una calle algo retirada del centro de la ciudad en compañía del esposo y padre respectivo de las mismas.

Supo también que en su modesta posición vivían tan tranquilos como felices, sin tener más visitas que la de un jóven que por las apariencias requería de amores á la jóven.

Bleimberg ardía en deseos vehementes de acercarse á la misma, subiendo de punto su impaciencia cada vez que la veía en la iglesia; y por más que se había empeñado en llamar su atención, los ojos de la jóven no se habían encontrado una vez siquiera con los de aquel. Era pues necesario valerse de recursos poderosos.

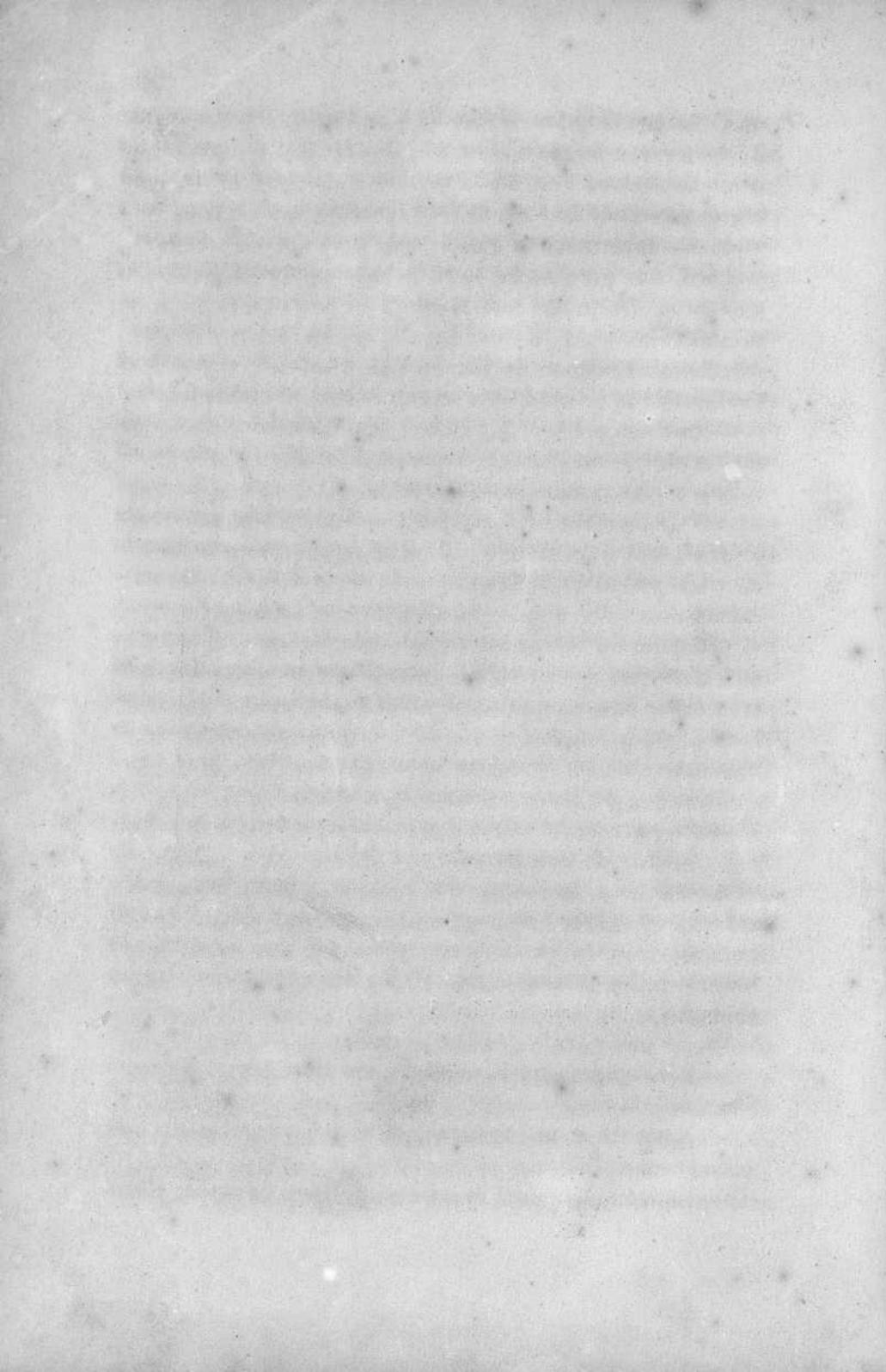
El siguiente diálogo, que tuvo lugar entre Bleimberg y su criado en el cuarto de estudio de aquel, en uno de los días que coinciden con el principio de esta historia, nos dará á conocer más pormenores siempre indispensables para completo conocimiento de la situación presente y de los mismos personajes que en ella figuran.

Bleimberg está sentado en un sillón en frente de su mesa escritorio, vestido de ropa talar con una tira especie de beca que le cae desde el hombro y con una gorra larga que le llega hasta aquella parte de su cuerpo, con un ancho manto prendido por el costado izquierdo junto al cuello, siendo todo su traje negro y de un fino tejido de lana.

Sobre la mesa se ven en ordenado desorden libros, papeles, manuscritos, pergaminos, alguna carta geográfica y



Siete Embajadores. — Lám. 4.



un globo con compás, escuadra y lapiceros: en un ángulo de la mesa é incrustado en ella tintero, y en medio un pequeño facistol con un libro abierto. Detras de su sillón ancho y cómodo hay un estante lleno de libros. Pendiente y al costado derecho de aquel mueble un crucifijo de marfil y ébano. Las paredes del aposento estan forradas de tapices flamencos. No se ven mas muebles ni adornos que los expresados.

Bleimberg acaba de llamar á su ayuda de cámara, el cual entró con un semblante sereno y cínico al mismo tiempo.

— Qué has averiguado, Judas? dijo Bleimberg sin levantar los ojos de un libro que tenia en el facistol, y que continuaba hojeando en ademan distraido.

— Algo *meinher* Cristian que podrá muy bien acomodar á vueseñoría. Por ejemplo. El padre de la niña es un honrado y leal servidor que tuvo la reina doña Isabel, probablemente sin ser tan dichoso que llegara á su noticia.

Despues de la muerte de su reina no quiso continuar en el servicio, y con algunos terrones y unos cuantos centenares de escudos que tenia y habia sabido aumentar sobre la pequeña herencia de sus padres, quiso descansar de la vida activa de sus primeros años. Por San Wladimiro! que yo en su pellejo hubiera hecho lo mismo.

— No se trata de saber lo que hubieras hecho tú, Vangel, sino de lo que hizo él.

— Entonces, *meinher*, esto es, hará como unos dieciocho años, se casó el buen soldado con una muger que es la beata á quien ya conoceis, y la cual tuvo la dicha de hacerle padre de una hermosa niña dos años despues de su casamiento...

— No seas pesado, Judas, al caso.

— Pero qué niña, Satanás se me lleve! mas hermosa que...

— Adelante y no comentes, mira que ya empiezo á impacientarme.

— La niña, que es el único objeto de sus cuidados y ter-

nezas... pues, señor, la familia es lo que se llama una familia del siglo XV, de la clase de hidalgos como se dice aquí en España, donde solo hay buen vino y buenas muchachas... Pues, como iba diciendo, esa familia es muy arreglada por dentro y por fuera. Esas buenas gentes no tienen mas compañía que su hija y su nodriza ¡vieja de Belcebú!, ni mas porvenir que el vivir ella con sus padres en paz y gracia de Dios hasta que se case ó se muera... Pero se divierte oyendo contar á su padre hechos de armas que le realzan á sus ojos y á los de su madre, alguna descripción de un torneo empezando desde la altura de la barrera hasta el último banco en donde se colocaba el pueblo, desde la primer lanza que rompieron hasta el último lazo arrojado de los tendidos y balcones, desde el primer caballero que entró en el palenque...

— Hasta cuándo has de molerme con tus digresiones, Judas Van-Gel? Acaba, ó vete.

— Ya acabo, *meinher* Cristian... Y todo lo cuenta por su orden, con sus nombres, con sus colores, divisas y blasones. Oh, qué hombre sería tan admirable ese padre para coronista del rey!

— Vete, vete, exclamó enfurecido el diácono, no tengo paciencia para oír tus majaderías...

— Señor si ya llegaba á lo interesante; por San Zacarías, que debería de ser un buen hombre os juro!...

— Pues prosigue sencillamente y cuéntame lo que creas que puede interesarme, ó te ofrezco cincuenta palos sino me obedeces.

— O cincuenta escudos, por San Lalisdao! que es un santo que tenía mucha paciencia, en caso de que os acomode mi narracion en adelante.

— Están ofrecidos unos y otros. Escoge, Van-Gel.

— Hace sin embargo dos meses que la buena familia tiene una visita diaria, que no parece sino que es voluntaria por lo constante. Oh! esta es una gran novedad, que ha cambiado completamente el aspecto de la casa antes tan silen-

ciosa y triste, *meinher*. Esta visita es la de un jóven barbilampiño, que apenas tiene sombreado el labio por un negro bozo, pero gentil y apuesto, y que maneja la tizona como la lengua; así es de discreto como valiente, según se hacen lenguas de él en la corte los hombres y las mugeres.

—Acabarás con dos mil de á caballo! Quieres decir ya quién es ese chiquillo?

—Don Fernando de... de Acuña, el oficial de los tercios españoles en Flandes que vino há poco.



A la noche siguiente de la partida de don Fernando, dos hombres del pueblo tuvieron un altercado en frente de la puerta de una casa. Graduándose el acaloramiento de ambos, concluyó la riña por herir uno de ellos al otro, el cual quedó dando gritos y quejidos en el umbral de la puerta de la casa.

A las voces corrieron dos señoras á la ventana y presenciaron la fuga del agresor.

Lastimadas las buenas gentes de la desgracia del herido, bajaron de seguida á la puerta y le ofrecieron sus socorros, brindándole á entrar para colocarle un vendage en el brazo, que era la parte lastimada.

La herida, aunque leve, habia alarmado á las señoras, quienes tuvieron la caridad de lavarla con sus propias manos, y de aplicarle luego un bálsamo y su correspondiente vendage.

El jóven se sintió algo débil, y notándolo aquellas buenas gentes, no permitieron que se marchara solo. Era pues necesario que esperara la venida del amo de la casa, para que pudiese acompañarle á la suya, ó fuera á avisar á la del jóven, pues este manifestó que se hallaba al servicio de un caballero principal de la corte.

Efectivamente, á poco de la ocurrencia que tanto sobresalto habia causado á las señoras, llegó el dueño de la ca-

sa, y enterado brevemente de todo, fue él mismo á avisar al amo del herido, que felizmente se encontraba en la suya.

Mostróse aquel personage sumamente agradecido por los cuidados que se le habian prodigado á su criado.

Mandó disponer una silla de manos para el caballero y para él, y otra para trasladar al herido.

Llegados á la casa, el amo del último espresó á las señoras su reconocimiento de la manera mas delicada posible, y les significó al mismo tiempo cuánto sentia la molestia que su criado les habia producido.

El dueño de la casa, á pesar de ser extranjero el huésped, estuvo con él tan cumplido y atento como si fuera un compatriota suyo.

Hay cosas en que la hidalguía de carácter no distingue de razas ni de partidos.

El herido se llama Jüdas Van-Gel.

La casa en donde fue socorrido era la de Ursula.

Bleimberg habia logrado dar un paso muy difícil en aquellos tiempos: atravesar el umbral de una casa, cuyos habitantes estaban bien lejos de creer que toda aquella escena habia sido una superchería.

La herida de Van-Gel habia sido causada por un compinche suyo, de acuerdo con él.

Pasaron algunos días, durante los cuales Bleimberg se presentó casi diariamente en la casa de la muger que era entonces objeto de sus atenciones. Sus modales y sus palabras se adaptaron completamente á los de aquellas buenas gentes, y á poco se ganó la confianza de los padres.

Ursula solo, la pobre Ursula miraba á aquel hombre con una desconfianza instintiva.

Ah, pobre niña! Estaba en aquella edad feliz en que la inocencia, semejante á un gran torrente de celestial armonía, embriaga todos nuestros sentidos y absorbe todas nuestras facultades trasladándonos á un paraíso de inefables delicias; edad en que todo nuestro organismo vive por el

corazon y con el corazon, ageno á las ideas materiales del mundo y á los azares de la sociedad; edad en que no hay pasado, ni de consiguiente amargos recuerdos; solo un porvenir de delicias y encantos tras de un presente lleno de puras é inefables emociones, las emociones de la inocencia y del amor.

Los dias corrian.

Ella puesta á la ventana en donde se despidió de su amante una noche, contemplaba todas las que le siguieron, en pie, en silencio y con los ojos clavados en el cielo, aquella hermosa capa del mundo, que como á ella, cubria tambien á su amante; pero que mas feliz que ella lo veía por todas partes.

Los tibios rayos de la luna, reflejando sobre su hermoso rostro, hacian mas peregrina su belleza, dándole un colorido tan dulce como melancólico.

Jamas una estátua griega presentó un tipo de belleza tan espiritual, porque sobre aquel divino rostro del que habia desaparecido el carmin para dar lugar á una palidez que realzaba doblemente su blancura, corrian gruesas lágrimas á lo largo de sus megillas, humedeciendo aquellos ojos empañados por el dolor y la tristeza.

Cada dia que pasaba, su palidez se hacia mas perceptible; algunas tintas azuladas cruzaban sus sienas, y bajo sus párpados aparecia un ancho anillo del color del lirio, que, como sus labios, revelaba bien claramente la amargura de que se hallaba poseida.

Al toque de oracion un estremecimiento convulsivo agitaba todos sus miembros, sus ojos perdian la facultad de ver, su oido era insensible á los sonidos, y sus labios murmuraban una sola palabra «Fernando.»

Aquella palabra era una historia, la historia de sus amores.

Aquella palabra era un canto de Malvina á la ausencia de Osian; y sin embargo, existia un hombre que se habia propuesto poseer á aquella infeliz, y que era inflexible en

sus propósitos. Para él era cuestión de tiempo: la oportunidad era una condición que no le detenía; si se presentaba pronto la aprovechaba; en caso contrario sus malas artes se la deparaban. El diácono, como todos los hombres de su temple, no creía en la casualidad, que reputaba solo patrimonio de los necios.

Había conocido aquel hombre el dolor de Ursula, los progresos que hacía en ella estenuando visiblemente su físico y anonadando su espíritu.

Conocía la causa de aquel padecimiento, y no obstante, no se apiadó del dolor de aquella desgraciada, ni de su inocencia. El tigre nunca se apiada de la cervatilla: procuró hacer desaparecer de aquel corazón el desvío instintivo que notó hacía él, y que en su amor propio solo lo atribuyó á un sentimiento de despego general, que en su opinión ella debería abrigar respecto á cualquier otro hombre que no fuera su amante.

Una noche se acercó Bleimberg al alfeizar de la ventana en donde se hallaba Ursula, como de costumbre, con los ojos fijos en la bóveda celeste, y con acento insinuante y aparentando en su rostro toda la bondad que pudo, le dijo:

— Ursula, padeceis mucho, y no teneis el único consuelo que hay para los dolores del corazón. Creedme, ese consuelo es el confiar nuestras penas á un amigo que nos comprenda y sepa endulzar con sus palabras la amargura de nuestro dolor.

Hablad, Ursula, y depositad en mí la causa de vuestro sentimiento.

Ursula no respondió.

Bleimberg, comprendiendo aquel silencio, hijo de la sorpresa que le habían causado á Ursula sus palabras, así como de la mala disposición de su espíritu para contestar, prosiguió esforzándose en dar al tono de su voz toda la dulzura conveniente.

— Vos amais, Ursula, y el amor á vuestra edad es una

necesidad, es la vida... Por qué, pues, llorais, amable niña?

— Es verdad, sí, amo mucho, cuanto yo puedo amar, le dijo ella estimulada por las inesperadas palabras de aquel hombre.

— Entonces por qué llorais? por qué padeceis dando tormento al alma con tanto sufrimiento? Llorais acaso un bien perdido? Lo llorais tal vez para siempre?

— Lo lloro ausente, y no sé qué fatal presentimiento me augura alguna horrible desgracia!... quizás su muerte, ó lo que seria para mí lo mismo, su inconstancia... Cualquiera de las dos cosas que sucediera me mataria sin remedio... Dichoso vos que no amais!

— Dichoso yo que no amo! ojalá! murmuró Bleimberg, pero no tan bajo que ella no percibiese claramente aquellas palabras, pronunciadas en un tono de la mas amarga ironia.

Y levantando mas la voz prosiguió:

— Acaso si no hubiera yo amado podria comprender vuestro dolor? Antes que mi estado me prohibiera dar rienda á ese noble sentimiento del alma, antes que una voluntad mas fuerte que la mia me obligase por sus fines egoistas á sacrificar á su ambicion todos mis planes de ventura y amor para lo futuro, tambien yo habia amado, Ursula, como vos, tambien mis ojos se cansaron de llorar y mis megillas se tornaron pálidas y la fiebre me devoraba constantemente.

— Con que vos tambien habeis amado, señor? Entonces, es verdad, comprendereis mi dolor.

— Solo la ausencia causa vuestra afliccion, y quizás ...

— Qué? interrumpió vivamente Ursula.

— No quiero lastimar vuestro corazon siquiera con una idea que pudiera ser pronto desmentida.

— Cuál? Corre algun peligro mi amante? Acaso me será infiel; no es eso lo que quereis decir, señor?

— Todo es posible.

— Ah! no, no es posible; él me ama como yo le amo,

y cuando vea mi lazo color de fuego recordará que su Ursula se abrasa por él, y me enviará un suspiro de amor.

— Tambien yo creí así en una muger, inocente niña, y no obstante el tiempo vino á demostrarme su inconstancia. — Mas por qué se ha marchado vuestro amante? os ha dicho acaso el motivo de su partida?

— Se ha marchado con su compañía. Ha recibido esa orden, y como soldado no tiene mas que cumplirla.

— Entonces debéis estar tranquila. El ignorará completamente las intrigas de la corte, que ahora abundan mucho. Ayer mismo se ha marchado á un convento una gran señora, efecto de las relaciones que se suponía haber entre ella y el rey... y al mismo tiempo tras de otra ilustre dama de la corte corrían presurosos dos apuestos caballeros, don Antonio de Leiva y don Fernando de Acuña...

— Ah! qué habeis dicho, señor! Callad, callad, eso no puede ser! No es verdad que os habeis engañado?... Será que yo no he oído bien; vos no habeis pronunciado el nombre de don Fernando...

— De Acuña... precisamente, y el de don Antonio de Leiva. Pero qué puede interesaros esto, para que así os sobresalteis, Ursula?

— Ah! acabais de verter, señor Bleimberg, una gota de plomo derretido en mi corazón... yo voy á perder el juicio... eso no es cierto, eso no puede ser. Don Fernando no ama á nadie en el mundo mas que á mí... — Perdonad, señor, porque no sé lo que me digo, y sin embargo es imposible que crea lo que acabais de revelarme.

— Calmaos, Ursula! Cómo habia yo de calcular que ese jóven oficial podia interesaros, ni aun que lo conociais siquiera?... No me perdonaré nunca una inadvertencia que os ha sido tan terrible.

— Don Fernando infiel!...

— Qué crueldad! abandonar así á una pobre jóven, murmuró el flamenco en tono que pudiera ser oído.

— Oh! si fuera cierto sería mucha crueldad! repuso ella

llorando amargamente. Pero no lo es, no tengo pruebas y...

— Podeis tenerlas, si con ellas habeis de tranquilizaros...

— Cuándo? cómo?... Quién me las puede dar?

— Mañana mismo; con vuestros propios ojos; yo os las daré. Pero para ello se necesita mucha discrecion, lo oís, pobre niña? mucha discrecion, y sobre todo que vuestros padres no se enteren de nada, porque sería proporcionarles un nuevo disgusto.

— Qué es menester hacer, señor Cristian? Yo seré discreta, oh! sí, muy discreta... la muger que ama...

— No suele serlo nunca... la pasion la vende.

— Pero qué es preciso hacer? decídmelo, señor.

— Venir conmigo al oscurecer; basta con media hora y luego...

— Oh! qué decís! Cómo me he de separar yo de mi madre y de mi padre al oscurecer, y con vos...

— Un eclesiástico, Ursula.

— Es verdad, pero...

— Como gustéis.

— Imposible!

— Entonces no amais ni padeceis, y por esto no quereis tranquilizaros.

— Yo no puedo separarme de aqui un momento sin que me echen de menos.

— La muger que quiere una cosa vivamente sabe vencer todos los obstáculos... Cuántas grandes ideas se frustran en el mundo por no saber vencer algunas veces ligeros inconvenientes, ó aprovecharse otras de leves circunstancias, que el vulgo juzga indiferentes!

— Mañana! decia Ursula con acento dolorido. Ah! exclamó luego como si le ocurriese alguna idea feliz ó conveniente en aquella situacion, y continuó:— Mañana es sábado... los sábados va mi madre al oscurecer á rezar á la iglesia inmediata durante una hora... mi padre la acompaña, y yo me quedo con mi buena nodriza... que suele dormir profundamente.

— Muy bien! Al oscurecer yo esperaré enfrente de esa esquina á la parte opuesta, dijo Bleimberg señalando efectivamente en direccion contraria del camino que debian tomar los padres de Ursula. Y para que podais ir sin ser vista subireis en una silla de manos...

— Está bien; lo he resuelto. Vuestro estado y vuestra edad me tranquilizan. Respecto á las dudas con que en este momento lucho, necesito convencerme de su amor ó de su inconstancia con mis propios ojos!

— Mañana quedareis convencida y me dareis las gracias por haber vuelto la calma á vuestro espíritu, destruyendo, es verdad, una dulce ilusion que os fascinaba. Espero que sereis puntual... Tranquilizaos y callad... siento pasos en la estancia anterior; es vuestra madre que entra... serenaos, Ursula.

Poco despues de este diálogo Bleimberg se marchó algo satisfecho del éxito de su tentativa; pero como conocia muy bien el corazon humano, abrigaba todavía recelos de que fuese firme aquella resolucion de la jóven, atendida la inestabilidad de carácter natural en su edad y especialmente en el estado moral de Ursula.

Esta quedó fuertemente preocupada con la idea de que su amante le fuera infiel, porque se lo aseguraba un hombre á quien creía respetable por su carácter, y porque no veía en él mas que un deseo verdadero de que se tranquilizara por la ausencia de un amante indigno de su amor; y de ningun modo ella, inesperta niña, podia traslucir la perfidia de Bleimberg.

La impaciencia de Ursula crecia por instantes, y los de aquella noche fueron siglos para ella.

Tuvo fiebre: sintió arrebatarle á la cabeza toda la sangre de sus venas.

Aquella sospecha infundida en su tierno corazon era horrible, y tal vez superior á sus fuerzas... y sin embargo, no podia renunciar á esa idea cuando realmente era injusta en sus celos.

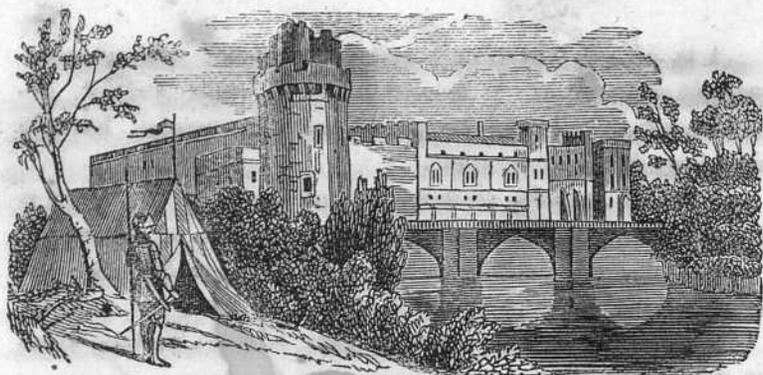
A la primer tentativa la amante cariñosa, que no comprendia por su parte la inconstancia, se vuelve celosa, pero celosa hasta el extremo que lo son las mugeres, hasta la sinrazon, hasta el desvario.

Por esto se halla resuelta á cometer un gran desacierto, que justifica facilmente para engañarse á sí misma.

Ah! por qué junto á la rosa del amor crió Dios la espina envenenada de los celos?

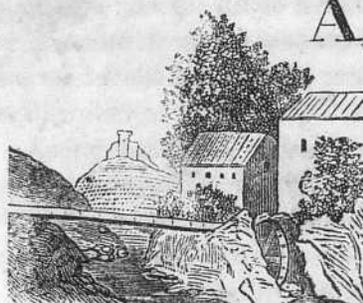
Aquella noche fue horrible para Ursula, porque estuvo celosa por primera vez.





CAPÍTULO VIII.

EL CONVENTO DE SANTA ENGRACIA.



A una legua de Valladolid por la parte del Sur hay un pequeño cerro desde donde se domina perfectamente una estension de terreno, que bien puede asemejar en ciertas estaciones del año á un horizonte de verdor, tal es la hermosura de aquellos hermosos campos y prados cubiertos de yerba y matizadas flores.

En la época á que nos referimos habia sobre la colina

una gran mole de piedra que parecía coronarla, y luego, cual un gigante que se alzaba magestuoso sobre la llanura, servir de centinela avanzado de la ciudad vecina, ó dominar como rey en toda aquella hermosa y rica comarca.

Desde el alba hasta el oscurecer reflejaba el sol sobre aquella inmensa mole de piedra, en la cual la mano del tiempo habia estampado ya su marca, trocando la rojiza tinta de la piedra nueva por la tinta oscura de la vieja.

Brillaban entonces los pintados vidrios de las ventanas de una manera misteriosa que predisponia el ánimo á oír los acentos armoniosos, que dirigian á Dios desde dentro mas de cien voces angelicales.

Aquel edificio, que contaba entonces mas de tres siglos de existencia, aquel monumento de arquitectura gótico-germánica, que descansaba sobre la meseta de la colina, como pudiera algunos años despues Felipe II en su asiento de piedra para contemplar la gran obra del Escorial; aquella suntuosa fábrica era un convento muy notable en toda la comarca, en toda la provincia conocido, en toda España nombrado: era el célebre convento de *Clarisas*, llamado de Santa Engracia, que debió su fundacion á una tradicion novelesca.

El lector desde luego podrá figurarse lo que guste, y las bellas lectoras con su romántica imaginacion podrán suponer duendes, espectros y vestiglos rodeando las paredes del convento, y un asesinato, dos ó veinte, origen de la fundacion del mismo con todos los accidentes y episodios que les sugiera su inventiva.

Unos y otros pueden ver en el convento de principios del siglo XIII lo que mas les acomode. Lo que el lector no pueda figurarse, ni adivinar, eso se lo diremos nosotros con mucho gusto, pues que hemos acometido voluntariamente tan entretenida tarea.

Al oscurecer de un dia de mayo de 1518 estaban llamando en la porteria del mismo convento algunas personas.

En primer lugar se distinguia una jóven, cuya fisone-

mía delicada é interesante contrastaba admirablemente con su manera varonil y decidida de hablar y mandar á las personas que la rodeaban, con especialidad á otra jóven de maneras mas modestas y rostro muy menos espresivo, y en el cual se demostraba la costumbre de obedecer. La una era el ama, la otra la doncella, aunque al parecer no dejaba de merecer alguna confianza de la primera.

Acababan esas dos jóvenes de apearse de unas altas y magnificas mulas, magnificas no solo por su valor, sino por la riqueza de sus arreos y de las sillas de brázos que aun ostentaban sobre los anchos lomos.

En derredor se veían algunos criados teniendo las riendas de aquellos animalitos, cuyos amigos parecian por las frases cariñosas y la conversacion seguida que por lo bajo sostenian con ellos.

Aquellos criados en número de ocho habían venido desde Valladolid armados de alabardas, espadas y grandes puñales en el cinto, y precediendo dos á las jóvenes, llevando otros dos á los costados cada una de ellas y guardándoles otros dos las espaldas á alguna distancia.

En el momento de la última luz del crepúsculo llegaron los delanteros é hicieron sonar la campana de la hospedería.

Como habia clausura, se quedaron aquellos en el patio primero que servia de apeadero, mientras la jóven, que se conocia muy bien ser la señora, comunicaba sus órdenes á la otra.

La doncella se aproximó á la portería, dijo unas palabras á la portera, y en el momento se descorrieron los cerrojos: mientras las puertas se franquearon fue avisada el ama, quien entró seguida de aquella.

La puerta volvió á cerrarse tras ambas y todo quedó en silencio por entonces, porque los hombres se retiraron tambien, llevándose pausadamente las cabalgaduras de la señora y de la doncella.

La abadesa esperaba en su cámara la llegada de aquella

jóven, y habiendo sido avisada de su arribo al convento, salió á recibirla.

— Bienvenida, señora duquesa, dijo la abadesa con un tono amable y tendiendo sus brazos á la jóven, en quien nuestros lectores habrán ya reconocido á la duquesa de San-Rafael, así como á la buena Margarita en su doncella.

— Dios os guarde, señora abadesa, repuso Estrella estrechando cordialmente á la persona que la recibía.

— Os esperaba con impaciencia, duquesa.

— Vino la reina, madre superiora?

— Antes de las cuatro de la tarde. Encerróse en su aposento y dijo que la dejasen sola, habiendo despedido á toda su comitiva.

— Quién vino con S. A.?, repuso Estrella siguiendo por un corredor á la abadesa y bajando algun tanto la voz.

— El marqués de Denia, encargado por el rey de su custodia y á las órdenes de S. A. Dos damas trae á su servicio, á las cuales no conozco.

— No hay mas huéspedes en el convento, señora abadesa?

— Cuatro caballeros con venia para entrar en él.

— Les conoce vuestra maternidad?

— Solo á don Juan de Urbina por haber venido aquí á visitar alguna vez á una parienta suya, que tomó el velo este año. Pero le acompañaban otros compañeros: un jóven que no llegará á veinte años, á quien llamó don Diego Hurtado, y otro que se nombra don Gonzalo de Rivera, y llevan el primero el uniforme de nuestros tercios de Italia, y el segundo el de nuestros marinos. Otro he visto á quien no he oido nombrar, y que debe de ser persona de gran valía por la consideracion con que todos le tratan.

— Digisteis que estaba aquí don Juan de Urbina, un tal Hurtado y otro á quien llaman Rivera... no conozco mas que al primero y necesito conocerlos á todos. Es menester que á la primera ocasion hagais avisar á don Juan de mi llegada, sino lo llevais á mal, señora abadesa.

— Nada sabia, señora duquesa, ese caballero; mas sí haré como decís.

— Ha preguntado por mí la reina?

— No ha hablado con nadie mas que algunas palabras conmigo sobre el estado de su salud. Aun no ha recibido á esos caballeros que, segun parece, estan de ello ganosos.

— Llamaré para que avisen al señor de Urbina, puesto que ya hemos llegado á la estancia que teneis aqui destinada.

— Cómo gustéis, señora. Os agradezco mucho vuestra constante solicitud y el que os mostreis siempre buena y obsequiosa conmigo.

— Todas mis pobres religiosas se alegrarán de veros.

— Que me place, señora abadesa; podeis mandar ya que avisen á don Juan.

— Es mejor que lo haga yo misma.

Al decir estas palabras levantó el picaporte de la puerta de la sencilla, pero elegante estancia que tenian dispuesta á Estrella; esta entró seguida de Margarita, y la abadesa cerró y pasó á la en que estaban don Juan y sus compañeros entretenidos en agradable conversacion, esperando que la reina los llamase á dispensarles la honra de besar su mano y oír el objeto de su comision.

Al ver entrar á la abadesa aquellos caballeros todos se pusieron en pie.

— Dios guarde á vueseñorías, dijo la abadesa.

— Y tambien á vuesa maternidad, señora abadesa, le contestaron los caballeros ofreciéndole un sillón.

— El señor don Juan de Urbina tiene deseo de ver á un amigo suyo en el convento?

— Yo siempre anhele ver á los amigos, aqui como en la ciudad y en los campos de batalla, por lo cual vuesa maternidad me tiene en este momento á sus órdenes.

— Podeis seguirme, señor don Juan, dijo y empezó á andar la superiora.

— Ya os sigo. — A Dios señores; soy con vueseñorías muy pronto, y si ese amigo lo es vuestro ó quiere le pediré per-

miso para presentaros á él, ó lo invitaré á que venga á nuestros aposentos.

Dichas estas palabras salieron de aquèl la abadesa y don Juan siguiendo á aquella: en el camino preguntó inmediatamente el caballero á su guia:

— Puede decirme la señora superiora quién es ese mi amigo, que me huelgo ya de ello?

— Es una amiga, señor don Juan: la señora duquesa de San-Rafael.

— La duquesa aqui! Que me place, señora mia.

— Esa es su estancia, dijo la abadesa señalando la puerta última del corredor en que se hallaban.

— Gracias, señora abadesa, replicó don Juan y se encaminó hasta la puerta.

Llamó con cautela, salió Margarita á abrir y en el momento anunció «el señor marqués de Oira,» quien entró con marcial talante.

— Salud, bella duquesa, dijo don Juan saludando con mucha galantería.

— Dios os guarde, noble marqués de Oira, repuso con afabilidad la duquesa brindándole para que se sentara.

Era don Juan de alta estatura y gran corpulencia, que no por eso hacia menos delicadas sus maneras, sino que revelaban todo el ardor bélico de que estaba poseido.

Representaba en aquella época como unos veinticinco años, su cara era noble y de facciones muy regulares, pero larga; tenia hermosos y espresivos ojos, nariz acaballada y larga, boca pequeña apenas perceptible porque llevaba toda la barba y muy marcados el bigote y la pera.

Era fabulosamente valiente y fuerte. Su frente espaciosa denotaba su no vulgar inteligencia, que acreditaba tambien en su discreta pero sencilla conversacion.

Era liberal, poseido de gran sentimiento religioso y de aventajada idea de sí mismo, hasta el extremo de ser terrible ofendiendo su amor propio ó provocando su venganza.

Astuto, sabia aprovecharse del flanco de su enemigo

para destruirle: aunque militando de muy jóven, era buen cristiano, castigando severamente á sus subordinados el menor juramento.

Su traje era el de viaje de los caballeros de la época: vestía rico tabardo, túnica ajustada por la cintura y cota fina de malla. Al pecho llevaba la cruz de comendador de Neliche.

Oigámosle ya.

— No creía encontraros en este sitio, duquesa, y me huelgo de veros.

— Y yo, marqués, os hacia en Italia, replicó Estrella.

— He venido esta tarde á Valladolid á cumplimentar al rey, y allí supe de su salida esta mañana y de la venida al convento de la reina, su madre y nuestra señora.

— Asi es en efecto: el rey marcha á Zaragoza á las cortes.

— Allá pues tendremos que ir, señora.

— Habeis venido varios caballeros juntos, marqués?

— Desde Barcelona Moncada y Rivera, los marinos, y ya en Madrid nos encontramos con don Diego Hurtado de Mendoza, un jóven oficial que venia de Granada á ver al príncipe, y cuyo trato amable, fino y discreto nos ha cautivado.

— No podré saber cuánto tiempo tendremos el gusto de teneros por Valladolid, marqués?

— Partiremos mañana mismo para Zaragoza á recibir las órdenes del rey. Don Hugo de Moncada está pensando en una expedicion marítima de importancia, y quiere ver si merece desde luego la aprobacion del rey. Como le acompaña don Gonzalo de Rivera, este es visto que no tiene mas voluntad que la del primero.

— Es muy natural. — Ese apellido Mendoza y en Granada... Y no sabeis, noble marqués, qué ideas trae ese jóven Mendoza al venir por acá?

— Yo creo que continuar sirviendo en nuestros tercios, aunque él tan bien maneja la lengua como la espada, y segun creo no ha de ser novicio completamente en intrigas de corte y aun en negocios públicos.

— Qué quereis decir, marqués?... Acaso sea partida-

rio de la liga ese jóven... Podeis hablar aqui sin recelo.

— Callad, duquesa, os ruego, dijo Urbina echando en derredor una mirada recelosa y siguió: creo que tiene con ella bastantes simpatías.

— Yo tambien las tengo y soy muger, don Juan.

— Señora duquesa, creo que esta no es cuestion de conjuracion, sino...

— De españolismo. Muy bien! Nos hemos entendido, marqués. Perteneceis á la liga? francamente.

— Los cuatro que estamos aqui; es decir, duquesa, á lo que entiendo, pertenecemos los cinco. No es verdad, señora?

— Desde hoy por compromiso voluntario; por deseo y amor á mi país, hace mas tiempo.

— El rey tiene sospechas de la existencia de la liga, noble duquesa?

— Tiene evidencia, marqués; y aun creo que conoce ya algunos nombres de los gefes.

— Si el rey sigue nuestros sanos consejos, se salvará y salvará á la nacion de mil horrores... sino, la guerra civil es inminente. En algunas capitales hay ya vivos sintomas de descontento y alarma.

— Teneis pormenores, don Juan? Los necesito, porque los que me dió mi tutor y pariente el noble marqués de Astorga son escasos.

— Pocos podré yo daros. Si el rey no condesciende con los deseos de la nacion entera, hay muchas cabezas dispuestas á todo.

Algunos jóvenes llevan su odio á los flamencos hasta el extremo de pensar en ponerse de acuerdo con el infante don Fernando.

— Carlos se ha llevado consigo á su augusto hermano, quizás para observarle mas de cerca. Estoy en que piensa enviarlo á Alemania con Maximiliano para quitar la esperanza á los revoltosos.

— Pues ellos son muchos, señora, y tienen razon para estar disgustados.

En Toledo el jóven don Juan de Padilla, hijo del comendador de Castilla y su primogénito que á *un alma arrogante y á un indomable denuedo une todas las prendas que junto con ambicion pueden en tiempo de revueltas y de guerras intestinas elevar á un hombre al mas alto grado de poder y de autoridad*, es uno de los gefes de la liga (1).

Don Pedro Lasso de la Vega, hijo del comendador de Leon, y don Fernando de Avalos, se pondrán en aquella ciudad á la cabeza de cualquier movimiento en sentido favorable á los españoles.

— Figuran entre los gefes de otras provincias don Francisco Pacheco y don Juan Bravo?

— Justamente. En Córdoba el primero y en Segovia el segundo.

— Y don Francisco Maldonado?

— En Salamanca.

— Y don Martin de Acuña?

— En Leon, y don Antonio de Mendoza en Granada.

— Está bien, marqués; ya veis que convienen nuestras noticias. Sin embargo hay otras ciudades declaradas en secreto por la liga, y las mas del reino estan próximas á hacerlo: necesitan unas ocasion tan solamente y otras estímulo.

— Se contaba con el infante don Fernando por algunos. Sabeis qué hay en eso, duquesa?

— Que él ha pensado seriamente en ello; su ambicion le deslumbra, pero teme á Carlos... Mas ahora que recuerdo: quereis presentarme ya á vuestros compañeros de viaje antes que la reina nos llame á unos y otros, marqués?

— Con mil amores, duquesa.

— Podeis pues ir cuando gusteis á decirles que espero tener la satisfaccion de recibir su visita.

Salió el noble don Juan de Urbina, comunicó á sus

(1) Palabras del historiador Roberson.

compañeros la mision que llevaba de Estrella, y en el mismo momento se dispusieron para pasar á visitarla.

Algunos instantes despues entraron los cuatro en el aposento de la duquesa. El marqués de Oira tomó la palabra.

— Señora, dijo, estos caballeros vienen solícitos á ofrecer sus respetos y besar los pies á la ilustre duquesa de San-Rafael.

— Que me place de vuestra venida, caballeros, y os ruego tomeis asiento.

Hiciéronlo asi, y la duquesa, dirigiéndose á Moncada, les dijo:

— Deseais mucho, señores, ver á la reina?

— Es lo único, contestó don Hugo el marino, que nos detiene en este sitio: á menos que vos, señora duquesa, no seais de contrario parecer, en cuyo caso creo que prevaleceria vuestro dictámen. No es verdad, señores?

Todos contestaron afirmativamente con un ligero movimiento de cabeza, á escepcion de Mendoza, que dijo:

— Señora, al llegar al convento creimos hallar una reina tan solamente, y hemos tenido la dicha de encontrarnos con dos, una del trono de España, y otra, segun pública voz y fama, de la hermosura y discrecion de la corte.

— Galante sois por demas, caballero, y á juzgar por lo que hasta ahora de vuestras prendas y claro ingenio he llegado á entender por el marqués de Oira, sois tan discreto como valiente y tan galante como jóven, y presumo que me dirijo á don Diego Hurtado, hijo del ilustre conde de Tendilla, marqués de Mondejar.

— Asi es la segunda parte de vuestro discurso cierta, duquesa y señora mia, como creo que inmerecida para mi pobre persona la segunda, respondió con galanteria y modestia el señor de Mendoza.

— Sabeis qué digo, señores? repuso la duquesa, que para cierto proyecto que todos tenemos nos está haciendo falta en este momento don Antonio de Leiva.

— Estará con la corte probablemente, contestó don Hugo de Moncada.

— Y es lo cierto: fué con el rey, porque yo le hice comprender cuán conveniente sería que no perdiese nunca de vista al príncipe para enervar la fuerza de la influencia de los flamencos... porque él, señores, así como yo, ha jurado guerra á los flamencos.

— Yo no necesito jurar que los odio, añadió Urbina, para que sepa todo el mundo que es así. — Es que el buen caballero no juraba nunca.

— Estamos conformes con que es preciso hacer la guerra á esos estrangeros, repuso Moncada.

— Todos estamos prontos, dijo entonces don Gonzalo de Rivera.

— Es pues menester que sin dilacion, caballeros, marcheis en seguimiento del rey con el mismo objeto que don Antonio de Leiva, dijo la duquesa.

— Está bien, señora, repuso Moncada, en cuanto la reina, á la cual deseamos saludar, nos haya dado á besar su real mano.

Con S. A. no se puede hablar de negocios porque su razon no está cabal. Es una gran desgracia para la nacion.

— Señores, nos veremos pronto: todos trabajamos con el mismo objeto, repuso Estrella.

Al decir estas palabras un rumor sordo como el de una tos comprimida llegó á los oidos de todos los que estaban en la estancia, y al mismo tiempo dirigieron sus miradas hácia la ventana, por cuya parte exterior sintieron aquel ruido. Don Diego, como el mas ligero, de un salto se colocó en el alfeizar de la ventana y vió bajar ligeramente del tronco de un árbol que estaba pegado á aquella á un hombre del pueblo, al parecer por su trage, el cual huyó mirando receloso de vez en cuando á la ventana.

— Nos han vendido! exclamó irritado don Diego. Nos espiaban; ved allí, señores, aquel hombre corriendo, estaba

subido en este arbol y es probable que haya oido nuestra conversacion.

— Bajando del arbol ha saltado la tapia del jardin, repuso Rivera, y ya está en el campo. Vedle aun cómo corre.

— A caballo uno de nosotros! gritó Moncada.

— A caballo! repitieron todos.

De un salto bajó Mendoza al arbol, del arbol al jardin y del jardin saltó al campo, porque con la rapidez de su imaginacion calculó que así llegaría mas pronto á la hospedería para tomar un caballo y correr en persecucion del fugitivo, que saliendo por la puerta de la celda y siguiendo las vueltas y revueltas de los corredores y andenes, que para él eran completamente desconocidos.

Llegó efectivamente á la hospedería, entró pidiendo un caballo á los criados que allí estaban suyos y de sus amigos, dirigióse á la cuadra y no encontró corcel ninguno ensillado.

Sin embargo no se detuvo por eso, y montando en pelo sobre el suyo, salió á escape en seguimiento del fugitivo.

Estaba ya para darle alcance cuando por detras de un ribazo salieron dos hombres que acometieron á Mendoza, facilitando completamente la fuga del espía.

Todo lo observaron desde la ventana Estrella y los otros tres caballeros, y en el momento de querer salir de la estancia para ir en socorro de su amigo y en persecucion del que ya creían ciertamente espía, se presentó en el umbral de la puerta con la abadesa una de las damas de la reina y dijo: «S. A. admite á su presencia á la señora duquesa de San-Rafael y á los cuatro caballeros que han solicitado ese honor y que la han venido sirviendo desde Valladolid.»

Dichas estas palabras se retiró con la superiora.

Todos se miraron y comprendieron la necesidad en que estaban de pasar á cumplimentar á doña Juana, dejando por entonces sin socorro al jóven Mendoza, porque la reina no podia esperar. Don Hugo dijo:

— Señora duquesa, creo que no debemos hacer esperar á la reina. Además que ya sería tarde.

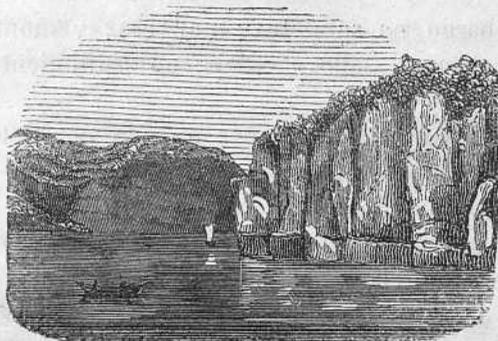
La duquesa repuso:

— Así es, señor de Moncada. Y qué diremos á S. A. cuando nos pregunte por el otro caballero?

Don Hugo se encogió de hombros. La duquesa añadió:

— Sigamos, pues, á aquellas señoras á la cámara de la reina.

Y todos se dirigieron hácia aquel sitio precedidos de la abadesa y de la dama de la corte.





CAPÍTULO IX.

TARDÍO ARREPENTIMIENTO.



OMO una niña puede arrepentirse á cada momento, dijo Bleimberg sentado en un sillón á su criado Livinus Vangel, que le escuchaba en pie con la mayor atención y muestras de adivinar el pensamiento de su amo, es preciso estar prevenidos contra una inconsecuencia de carácter.

— Por eso conviene que *meinher* tenga la bondad de llevar consigo la escala de seda y que en caso necesario se sirva ponerla en la ventana de manera que, mientras

meinher se marcha, su humilde criado trepe hasta el aposento de la niña y...

— Entiendo: entre tanto ese perillan de Zachæmus puede ayudarte perfectamente.

— El se encargará de hacer que la nodriza seã muda.

— Lo cual no será muy facil.

— Si no basta un pañuelo para atragantar á esa bruja de Satanás, Zachæmus y yo tenemos ademas otro argumento, dijo señalando una ancha daga atravesada en su oscuro cinturón de cuero.

— Eso en último caso... ya sabes que no me gustan los remedios estremos mas que en...

— Los casos estremos, por San Wladimiro! es cierto; pero como quiera que en vuestros proyectos nunca hay nada vulgar, de ahí el que siempre se trate de casos estremos.

— Ya sabes que no me gustan los comentarios. Quién llevará la silla de manos?

— Aquiles y Franz, muy robustos muchachos, y otros dos galopines observarán en la puerta de la iglesia si salen antes de tiempo los viejos, á fin de hacer allí de manera que se entretengan.

— Diez ducados te doy para tí y esos perillanes si sale bien el negocio; sino te vuelvo á tu pais por estúpido é indigno de servir á un hombre como yo.

— *Meinher* quedará complacido, ira de Dios! Tan facilmente como este estómago recibe seis azumbres de vino de España sin bautizar y sin que se me suba á la cabeza.

— Porque estás borracho desde que te tengo á mi servicio, que va ya para seis años.

— Decid mas bien, *meinher*, que es porque todavía no he averiguado la cantidad de vino que necesito para emborracharme.

— Cuidado con lo que se hace! A la oracion.

— *Meinher* puede ir en la silla para no ser visto.

— Me parece bien. Cuidado con que ninguno de esos

perillanes sepa de orden de quien se hace eso, sea que la remilgada de la niña entre en la silla de grado ó por fuerza... Mira que te haria cortar un palmo de lengua.

Mientras estas dos personas tenian la conversacion que hemos trasladado en el cuarto interior, ó sea gabinete de estudio del diácono Bleimberg, el dia siguiente al en que este hizo ofrecer á Ursula que iria con él para convencerse de la infidelidad de su amante, esta, que continuaba luchando con ideas tan contrarias como la del amor que profesaba á don Fernando de Acuña y las sospechas que un hombre, al parecer indiferente de todo punto á aquel negocio, habia despertado en su corazon, vió acercarse la hora de su vida ó de su muerte, segun que don Fernando fuera ó no constante, creciendo á cada momento su intranquilidad.

La madre, que habia notado en el semblante de su hija alguna alteracion mas que de ordinario, le preguntó la causa de ella y solo pudo obtener por respuesta algun monosilabo ó palabra mal articulada y muchas lágrimas, que deslizándose de sus hermosos ojos caían quemando sus megillas hasta las manos de la pobre madre. Esta le dijo entonces:

— Hoy no iremos ni tu padre ni yo á rezar á la iglesia porque te veo muy intranquila y temo, hija mia, por tu salud... ademas la compañía de Isabel tu nodriza es poca por si necesitas algo. Nos quedaremos esta noche, Ursula.

— Ah! mi buena madre, no dejeis de ir á la iglesia... yo no me encuentro peor... estoy como ayer, como otro dia cualquiera... id mas bien, señora mia, á pedir á la Madre de Dios que consuele mi tristeza... vos sois buena y si se lo pedis á la Virgen, ella os escuchará.

— Sea como tú quieras; no pienso disgustarte, pero ofrécame estar mas tranquila y...

— Sí, sí lo estaré, madre mia.

— Voy pues á prepararme, pues tu padre vendrá ya pron-

to y no quiero que tardemos en dar la vuelta. Hija mia, hermosa mia, yo pediré á la Virgen Santísima que traiga pronto y con bien y muy medrado de su viaje al señor don Fernando de Acuña, que tanto te quiere y que tan digno es de tu amor... oh! qué galan y apuesto es el mozo! ni tu padre estaba como él en sus mocedades.

Los negocios del servicio son tan exigentes... sino todavía estuviera con nosotros, pero cómo ha de ser! Él volverá y sereis felices un dia.

— Ay! madre mia, momentos tengo en que me parece un sueño mi amor y que no he de verle mas!... serán cosas de niña como vos decís, preocupaciones de mi mente...

— Sí, sí, desecha esos temores infundados... Tú eres buena y hermosa como un angel, Dios nos protegerá y hará que logres todos tus justos deseos... pero enjuga esas lágrimas... que te vea yo mas tranquila y entonces...

— Qué, madre mia?

— Lo estaré yo tambien. Pero tu padre llega ya. Dame un beso, Ursula, y tráeme el manto.

— Tomad, le dijo su hija entregándoselo, y ambas se besaron como sino hubiesen de volver á verse.

Las dos tenian el corazon oprimido por un secreto pesar. Es que el corazon tambien tiene sus misterios, y son los presentimientos.

Ya han salido el padre y la madre de Ursula, dejando á esta al cuidado de Isabel, quien está concluyendo de hilar un copo de lino y se dispone á ir á contar á su hija de leche cuentos y romances, que concluyen por exaltar la ardiente fantasía de la niña.

Es la oracion y Ursula no ha olvidado la cita; pero sus presentimientos se aumentan, siente que sus fuerzas le faltan y vacila en acudir con el diácono á convencerse por sí misma de su desgracia.

Llaman á la puerta. Silencio profundo reina en el interior de la casa. Ursula no sabe que hacer... parece la estatua de la muger de Lot: en pie en medio de la sala,

con los ojos fijos en la puerta que guía al corredor de entrada y sin poder articular una palabra; está sobresaltada, su pecho late con violencia, toda la sangre de sus arterias refluye al corazón y su palidez se aumenta. Vuelven á llorar; pero esta vez mas fuerte y con repeticion.

—Abrid, Ursula, amiga mia... es vuestro amigo Bleimberg, dijo desde fuera una voz dulce.

Entonces Ursula, como vuelta de un sueño ó éxtasis, al oír aquella voz llamó á Isabel haciendo un grande esfuerzo.

Isabel abrió y en el momento entró Bleimberg.

—Y bien, querida niña, estais sola? Qué esperais ya? Poneos vuestro manto y vamos... no perdamos tiempo... dentro de media hora estaremos de vuelta: Isabel está distraida en su cuarto. Vamos.

Ursula hizo un gesto negativo y se llevó primero la mano al corazón, luego á la cabeza, como si quisiera quitarse un gran peso que sintiera en uno y otra.

Bleimberg comprendió aquella situacion, y cogiéndole una de sus manos sintió que las abrasaba la fiebre... quiso conducirla suavemente hácia la puerta de la estancia, pero Ursula no anduvo mas que un paso.

—No puedo ir, señor, le dijo ella al diácono con voz desfallecida. Un fatal presentimiento embarga todas mis potencias, paraliza mis miembros y me roba la voluntad... no voy, no, no puedo salir de aqui, dijo y cayó la pobre jóven casi sin sentido sobre un taburete.

Bleimberg, que conocia el estado moral de aquella jóven, no se apiadaba de ella, y lejos de dejarla en paz, se exasperaba con su debilidad, que podia comprometer el éxito de su tentativa.

—Haced un esfuerzo, dijo él, y marchemos. Por vuestra tranquilidad os lo pido.

—No puedo ir... no puedo moverme, yo no quiero salir de aqui... qué importa? si me es infiel don Fernando, lloraré su infidelidad como lloraria su muerte... pero le

lloraré poco tiempo, dijo Ursula con un acento de profundo dolor.

— Si estais resuelta á quedaros me retiraré, repuso entonces Bleimberg acercándose á la ventana.

Aprovechándose entonces de un momento de distraccion de Ursula, sacó de debajo de su ferreruelo la escala de seda, que llevaba á prevencion, y asegurándola por dentro de la estancia en el borde de la ventana, la dejó caer por la parte de afuera.

— Como gustéis, le contestó ella al flamenco. Ya no salgo, no me atrevo, me es imposible.

— A Dios, pues, Ursula, hasta mañana, repitió el diácono echando sobre la pobre niña una mirada llena de cinismo y de feroz alegría.

Ursula tuvo miedo y no pudo moverse de su asiento para despedirle, aunque intentó hacerlo: así, se contentó con decirle á media voz:

— A Dios, señor.

Bleimberg bajó precipitadamente la escalera.

Isabel, con su paso corto y lento le hizo detenerse unos minutos en la puerta para poder bajar y abrirla.

Bleimberg salió y dió vuelta á la esquina.

Entonces un hombre principió á subir con rapidez por la escalera pendiente de la ventana, y con una seguridad y agilidad extraordinaria trepó hasta el alfeizar.

Entre tanto otro hombre que, como el que habia subido por la escala de mano, salió de detras de la misma esquina; al ver aparecer solo en el umbral de la puerta al diácono, se arrojó bruscamente sobre la buena muger, y sujetándola fuertemente, le puso un pañuelo en la boca y gritó al mismo tiempo: «Van-Gel: ya está.»

En efecto, Van-Gel saltó de un brinco hasta la mitad de la estancia, desenganchó la escala, cayó á la parte de afuera y echó en derredor suyo una mirada investigadora y rápida como la del águila.

Ursula, que permanecia sentada en su taburete, al oír

el ruido producido por un cuerpo que saltaba desde la ventana á la estancia, quedó sobrecogida de espanto: dió un grito penetrante y hubiera caído en tierra sin sentido, á no haberla cogido Van-Gel entre sus brazos.

Entonces fue cuando este oyó el aviso de sus compañeros, y en la misma posición en que tenía á Ursula, bajó con ella precipitadamente la escalera, atravesó el umbral de la puerta y en un momento depositó en la silla de manos que les esperaba á la jóven, que continuaba aun sin sentido y que así fue todo el camino.

Van-Gel y Zachæmus iban en silencio custodiando la silla, uno á cada lado, y prontos á hacer callar á Ursula si volvía en sí y quería gritar.

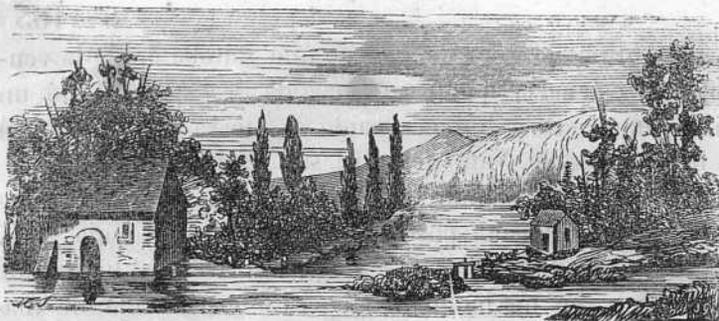
Siguieron en silencio su camino y por fin llegaron á casa de Bleimberg, en donde ya les esperaba este con muestras de impaciencia.

Cualquiera circunstancia podía haber hecho frustrar su empresa.

Un grito de Ursula al pasar una ronda hubiera podido tener consecuencias desagradables para él.

Llegados, pues, la robada y sus raptos, se tranquilizó el diácono y dió sus órdenes convenientes sobre la jóven á su ayuda de cámara Van-Gel.





CAPÍTULO X.

EL TIGRE Y LA OVEJA.



URSULA quedó colocada sobre un lecho en un aposento contiguo al cuarto de estudio del diácono Bleimberg. Este le hizo aspirar una esencia, y á poco abrió los ojos, echó una vaga mirada en derredor suyo, y exclamó:

— Madre mia! padre mio! dónde estoy! Y volvieron á cerrarse sus párpados.

Su rostro estaba pálido como la cera y sus miembros fríos como la nieve no tenían movimiento: un sudor helado bañaba su rostro: sus megillas, por la parte superior al

rededor de la cavidad del ojo, tenían un subido color morado: el cabello suelto caía á grandes rizos sobre su cuello: la palpitacion de su pecho era grande.

Bleimberg le volvió á hacer aspirar esencia y vertió unas gotas en los labios de Ursula: un ligero estremecimiento se notó en todo aquel cuerpo, que parecia luchar entre la vida y la muerte... poco á poco apareció una ligera tinta sonrosada sobre aquellas megillas, pálidas un momento antes... sus labios volvieron á entreabrirse y un ¡ay! se escapó de ellos... los ojos brillaron de nuevo... la rigidez de los miembros fue debilitándose... á poco la jóven se habia incorporado en el lecho.

Volvió á mirar en derredor, reconoció que no era aquel el suyo y para asegurarse recorrió lentamente con su vista la estancia.

El terror se iba pintando sucesivamente en su rostro, porque iba viendo claro en su situacion.

— Dónde estoy, Dios mio?, exclamó Ursula con sobresalto. Este no es mi lecho, esta no es mi estancia. Dónde me han traído?... Madre mia! padre mio!, volvió á exclamar; y poseida de la energía instantánea que infunde en nuestra alma la desesperacion, se puso en pié en medio de la sala.

Sus ojos parecian querer salirse de sus órbitas: llevábase frecuentemente las manos á la cabeza y ensayaba sus fuerzas para sostenerse y andar.

Bleimberg permanecia en pie detras del cortinaje de la cama, espiando todos los movimientos de su víctima.

Hubo un momento en que la jóven estuvo algo mas serena: entonces se presentó aquel á Ursula.

— Ah! sois vos, señor?, exclamó sorprendida. Dios mio! ayudad mi memoria, continuó. Un hombre...

— Calmaos, es un amigo el que os habla.

— Por qué me han traído á este sitio? exclamó ella prorumpiendo en llanto. Por qué me han arrancado de los brazos de mis padres? Qué les habrá sucedido cuando hayan

vuelto á mi casa y no hayan encontrado en ella á su pobre hija!

— Tranquilizaos, Ursula, y yo os lo explicaré.

— Que me tranquilice!... Y por qué os hallais vos en este sitio? Ah! yo no entiendo por qué tambien estais vos aqui, y sin embargo ahora todo lo recuerdo perfectamente.

Un hombre atrevido penetró por la ventana en mi aposento pocos instantes despues de acabar de salir vos de mi casa... luego caí desmayada y... me han traído á este lugar... acaso estoy en... pero no, no es posible. Sabeis dónde me encuentro, señor diácono?

Pero vos me volvereis á mis padres ahora mismo... no es verdad, señor?

Mis padres estarán locos buscando á su hija por todas partes... qué querian de mí? para qué me han traído aqui?

— Estais débil, Ursula: en sintiéndoos algo mejor, vereis á vuestros padres: yo mismo iré con vos.

— Ya estoy bien, muy bien; me siento perfectamente.

Yo quiero verlos, ir allá ahora mismo para estrecharlos entre mis brazos... yo quiero ver tambien á mi pobre Isabel... Ella me quiere mucho, casi tanto como mi madre, y creo que habrá llorado tambien tanto como ella.

Qué alegría tendrán todos al verme! no es verdad, señor, que vais á llevarme ahora mismo á casa de mis padres?... Vos habreis sorprendido á aquel hombre, que fue seguramente el que me robó de mi casa, y vais á volverme á ella.

— Pronto iremos allá, pero antes es preciso que os sereis, para que podamos llegar sin asustar á vuestros padres por vuestro estado... entre tanto aqui estareis bien, hermosa niña, nada os faltará, y...

— Qué decís, señor? Pues qué quereis de mí? Acaso he de permanecer yo aqui?... en esta casa... no comprendo... sería por ventura la vuestra?

— Todo lo comprendereis á su tiempo.

— A su tiempo! habeis dicho á su tiempo? Pues cuánto

es el que pensais tenerme aqui encerrada sin ir á casa de mis padres?

— Antes es menester que yo los prepare de vuestro hallazgo, y haremos que ellos mismos vengán á buscaros... Eso es mejor.

— Pues yo suponía que ya estarían avisados... oh! sí, no es verdad que vos les habeis avisado ya de que me encuentro aqui? Seguramente ellos van á venir ya al momento... oh! os lo agradezco mucho, señor!

— Sí, sí, vendrán muy pronto, es decir, van á venir... pero si entre tanto pudieseis descansar un poco...

— Descansar! Dormir yo esperando á mis padres! no es eso lo que quereis decir? Y creeis vos que podría yo conciliar el sueño, cuando pienso que voy á perder el juicio!

— Por lo mismo: se conoce que teneis fiebre, efecto del susto, de la impresion dolorosa que habeis recibido, y por esta misma razon necesitais descanso; sí, vuestras fuerzas estan desfallecidas, y con un poco de reposo volveriais á recuperarlas completamente.

Entonces se oyeron diez campanadas en un reloj cercano. Ursula las contó, y á cada vibracion de la campana respondia con un latido de su corazon.

— Las diez, Dios mio!, exclamó llevando sus manos á la cabeza.

— Las diez!, repitió friamente Bleimberg y continuó: Ya veis, es algo tarde; esta noche sin duda no vendrán ya vuestros padres... esperaremos á mañana. Qué remedio?

— Oh, vos me habeis engañado horriblemente!...

Mis pobres padres no saben aun dónde se halla su infeliz hija cuando no han volado ya á su socorro y á estrecharla entre sus brazos!

Pero qué idea me ocurre?... Ah! no quiero dar crédito á ella, porque no puedo comprender tanta infamia... Callais?... sí, ya caigo y ciertas son mis sospechas! Seriais vos el que me hizo robar de mi casa porque no quise seguiros unos momentos antes?...!

Con que soy victima de un engaño, estoy presa en vuestras redes y vos sois mi asesino en vez de mi libertador!

Ya comprendo! Vuestro objeto fue sacarme engañada de mi casa... y mi arrepentimiento ha sido tardío, porque me habeis arrancado violentamente de ella!... Callais?

Pues bien, señor diácono: para probarme que estoy loca, que os acuso injustamente, que mis juicios son temerarios no hay mas que un medio; adoptadlo y entonces os reconoceré como digno de mi amistad, confesaré que me he equivocado y os pediré perdon de la temeridad de mis juicios; ese medio es el de llevarme ahora mismo á mi casa... lo oís? ahora mismo.

— Es preciso esperar, Ursula, ellos vendrán.

— Ah! monstruo! Yo me ahogo... necesito respirar el aire libre, esta estancia es sofocante! dijo la jóven corriendo hácia la ventana que habia en el cuarto y asomando á ella su hermosa cabeza. Aquel ambiente fresco que llegó suavemente hasta su rostro la reanimó algun tanto.

Bleimberg se acercó; quiso estender hácia ella sus brazos y Ursula se refugió en un rincon de la sala instintivamente y sin que hubiera en su inocencia comprendido todo lo horrible de su situacion; la cara y ademanes de Bleimberg la asustaron.

Junto al ángulo en que se refugió vió colgadas algunas armas é instrumentos de caza y entre ellos un gran cuchillo de monte, y apoderándose rápidamente de él lo hizo brillar en sus manos al resplandor de la luz del aposento.

Bleimberg no habia previsto tanto y se maravilló de que una tierna niña hubiese tenido valor para desenvainar aquel arma.

Aun en este caso no creyó á la jóven temible con ella bajo ningun concepto y se atrevió á dar un paso mas; pero ella de un salto se colocó detras de una mesa que habia en el centro de la habitacion; y exclamó estimulada por el secreto impulso del pudor:

— Teneos! si dais un paso mas hácia mí, si llegais á tocar

el borde de mi saya, hundiré este cuchillo en vuestro pecho: Dios me dará fuerzas para ello.

El diácono, sorprendido de ver tanta energía, desarrollada por la violencia de la misma situación en que se encontraba su víctima, le dijo:

— Bien, puesto que continuais fuera de juicio, os ofrezco llevaros ahora mismo á vuestra casa.

Aunque él no lo sentia así, necesitaba ganar tiempo y engañarla.

— No os creo, respondió Ursula.

— Pues decid lo que quereis que haga, lo que exijis de mí y juro obedecerós, repuso el flamenco.

Ursula estaba entonces imponente para Bleimberg; para otro hubiera estado sublime.

En aquel momento Ursula iba dominando la situación y lo comprendió así, por esto dijo:

— Llamad á vuestros criados, prevenidles que no intenten acercarse á mí, en cuyo caso, no siendo yo bastante fuerte para contenerlos me daría la muerte con esta arma...

En aquel momento un hondo gemido que en otra ocasión menos crítica para aquellas dos personas les hubiera llamado la atención evidentemente y aun causado en la jóven un ligero estremecimiento, pasó inadvertido completamente para ambos.

El que hubiese asomado su cabeza á la ventana hubiera visto... pero no, no hubiera visto acaso mas que una catástrofe, de la que hubiera sido causa inocente sin duda; era preciso para ver á la persona que se unia de una manera tan muda á aquella terrible escena que se estaba representando en la parte de adentro de la ventana, era indispensable, decíamos, para verla sin esponer uno su vida, haberse colocado en un ángulo de los que formaba la plazuela en que se hallaba situada la casa del flamenco y desde allí en silencio tambien haber contemplado lo que pasaba por la parte exterior de la ventana, ó por último haber leído como nosotros los apuntes históricos de varios personajes de aquella época, con los

cuales vamos poco á poco guiando al lector del mejor modo posible.

Un hombre que llegó corriendo á la plaza por una de las estrechas callejuelas que la rodean, se paró enfrente de la casa del diácono, se aproximó á la parte derecha del edificio en donde vió luz, aproximóse mas, echó en derredor suyo una mirada investigadora y aun si se quiere de precaucion.

Cualquiera que hubiese visto á aquel hombre no hubiera sabido comprender si le sobraba sentimiento ó temor; pero sí hubiera adivinado facilmente que habia vacilacion en su conducta.

Tan pronto examinaba la puerta de la casa como quien intenta llamar, tan pronto la ventana como quien escucha si hablan en ella... de repente oye una voz que hizo estremecer todo su cuerpo como una chispa eléctrica.

Ya no hubo debilidad fisica, efecto del cansancio, ni irresolucion; en aquel momento, como Icaro, se sentia fuerte para volar hasta el cielo y como el águila orgullosa que mira el sol desde las elevadas cumbres del Dawlagiri ó del Chimborazo para cernerse luego magestuosamente en el espacio; examinó la fachada del edificio con la misma exactitud con que debió David de observar á Goliat para lanzarle la piedra homicida en medio de la frente, y la miró sin duda con la fé y deseo ardiente con que Josué miraria al sol al rogarle que se detuviese en su carrera.

Vió una reja baja, midió la distancia que por su parte superior la separaba de la ventana y en el mismo instante desenvainó su hermosa espada, se la puso entre los dientes y en dos saltos se colocó en la parte superior ó remate de la reja baja.

Alguna distancia la separaba todavia de la ventana.

La necesidad le dió energia y valor: hizo un esfuerzo grande, desesperado porque tenia que quedar sin apoyo sobre los yerros de la reja para poder alcanzar hasta el borde de la ventana, y estaba entonces colocado á una altura de doce pies del suelo y á cinco de distancia de aquella.

Pero en aquel esfuerzo ¡oh desgracia! perdió el equilibrio y quedó colgado su cuerpo sobre la reja baja, asido solo de una mano, y habiendo dejado caer su espada con el susto y contraccion nerviosa que esperiméntó en aquel momento.

Entonces fue cuando se escapó de su pecho aquel hondo gemido y temió entonces tambien, y con razon, que el ruido que hizo su espada al chocar su empuñadura contra el suelo, hubiera podido avisar de su intento á las personas que estaban en la estancia, inutilizando por tanto su deseo. Pero afortunadamente no fue asi.

Era necesario recoger la espada y por eso volvió aquel hombre á bajar. No por ello se debilitó su ánimo: con menos velocidad, pero con mas seguridad que antes volvió á colocarse de nuevo bajo el alfeizar de la ventana: fue menester que hiciera un nuevo y superior esfuerzo y que venciera el estorbo de la espada llevada horizontalmente en la boca, impidiéndole casi del todo la respiracion.

Por último, aquel infeliz mas que humana milagrosamente y diciendo en voz baja «valedme, Virgen de los Desamparados!» logró apoderarse por su base de la delgada columna que dividia por el centro la ojiva ventana.

Replegóse haciendo toda la fuerza de un atleta del Circo, encogió sus piernas y de un salto se halló colocado sobre el alfeizar de la ventana.

Un momento despues estaba en los brazos de la jóven, que no acertaba á dar crédito á sus ojos.

El diácono quedó sorprendido hasta el punto de no saber que hacer.

Sus ojos brotaban fuego y su boca estaba llena de espuma, señal evidente de su furor.

En aquel momento se oyeron dos grandes exclamaciones.

— Padre mio!

— Hija mia!

Ursula y su padre se arrojaron el uno en los brazos de la otra.

La escena que tuvo lugar entonces es muy difícil de describirla con exactitud.

El padre saltó en la estancia con la espada, no en la boca, como cuando subió, sino empuñada en su mano derecha con fuerza y resolución.

Por su alta estatura, por la nobleza que respiraba en toda su fisonomía al par de su cólera y su aspecto imponente y amenazador, parecía una creación sublime, el ángel arrojando del Edén á nuestros padres.

—Vengo á salvarte!, exclamó lanzando sobre el diácono una mirada terrible, que era todo un poema, porque compendia el sentimiento de aquel padre, el dolor de aquella madre y aun de aquella nodriza de todo lo cual se le pedía estrecha cuenta; compendia la ira justa y santa de un padre contra el cobarde y vil seductor, ó mejor dicho, raptor de un ángel de inocencia y hermosura, que era su encanto, su orgullo, su felicidad, porque era su única hija; compendia el castigo que pensaba dar por tanto cinismo á un hombre desalmado, castigo que bien podrá aparecer como escrito por el dedo terrible de Dios.

Hubo un momento en que el padre y Bleimberg se creyeron respectivamente el juez y el reo de aquel delito ante la víctima que estaba allí y Dios que se dejaba sentir de una manera terrible; y de consiguiente en aquel momento el diácono tuvo miedo, tanto miedo como júbilo experimentó la pobre Ursula.

Por esto dijo ella al ver á su padre y casi al mismo tiempo que aquel pronunciaba las consoladoras palabras «vengo á salvarte!» estas otras: «me he salvado!» revelando bien claramente en su acento y en la dilatación de su rostro, en la dulzura y viva expresión de su mirada todo el placer inefable que experimentaba entonces, ella que momentos antes no se creía con remedio en el mundo para la horrible situación en que la había colocado aquel hombre que tenía en frente, dirigiéndole aun cínicas miradas.

—Maldición! exclamaba el flamenco con acento ronco.

Ira de Dios!, repitió el blasfemo, y se vió pintado en su rostro todo el miedo de que se hallaba poseido ante aquel hombre que habia caído en la estancia, sin duda como un rayo del cielo, para esterminarle.

Retratábanse en su rostro la rabia, la sorpresa y el espanto, y por eso su mirada era fija, su boca estaba entrea-bierta y sus brazos sin movimiento, sus manos levantadas hasta la altura de los ojos, el cabello erizado y la cabeza inclinada ligeramente hácia la espalda.

Con su ropa talar negra parecia hasta fea y repugnante su figura en aquella situacion: la palidez de su rostro era suma y con la contraccion que espermentaban todos los músculos de su cara y que se aumentaba visiblemente, hacia que presentase la fisonomía de un loco en un momento de acceso, ó de un cadáver galvanizado por la pila de Volta, pues solo por su posicion recta sobre el suelo se comprendia que en aquel cuerpo hubiera verdadera vida y voluntad.

Pasado el primer instante, Alfonso iba á arremeter contra el diácono y lo hubiera hecho sin considerar que este estaba indefenso, no solo porque su delito era muy grande para merecer ninguna generosidad, sino porque conociendo el estado de su hija no queria desasirse de ella, pues sin duda hubiera dado con el cuerpo en tierra; pero Bleimberg, que veía llegar por momentos la hora segura de su muerte, hizo un esfuerzo desesperado, efecto del miedo y terror mismo que le dominaban, y con una gran ligereza aproximóse al sitio en que estaban colgadas las armas de caza: arrancó de un tiron un acero lleno de orin para defenderse y se puso en guardia.

Al verlo Alfonso, á pesar de tener cogida á su hija por la cintura, dió algunos pasos y empezó á acometer al flamenco.

Aquella escena, aunque duró poco, fue horrorosa: hasta el lugar en que se encontraban contribuía á aumentar el pavor de aquella escena muda.

La sala estaba toda cubierta de trofeos de caza, que

reflejando sobre el fondo blanco de las paredes hacia con su sombra un efecto raro por los extravagantes objetos que representaban variando la verdadera forma de los mismos.

Lanzas, flechas, arcos, dardos, picas, cuchillos, bocinas alternaban con cabezas de venados y jabalíes y con zurrones, bolsas y cinturones de cuero.

De un testero de la estancia se alzaba, como un fantasma sombrío, el lecho cubierto de oscuras colgaduras que llegaban hasta el techo de mas oscuro arteson, contribuyendo á hacer mas desagradable la perspectiva junto con los grandes taburetes negros que rodeaban la sala y la mesa del centro cubierta con una bayeta de un verde oscuro.

La luz de la estancia oscilaba por el soplo del aire de la noche y hacia mas melancólica su luz con la vibracion por las sombras vagas que producian los efectos.

Ursula tenia los ojos entreabiertos, como queriendo evitar ver una catástrofe segura, y sus manos entrelazadas, murmurando sus labios una oracion al Dios de las misericordias para que acabase de salvar á su padre de aquel riesgo inminente.

De pronto recuerda el diácono que lleva consigo el silbato con que llama á sus criados, y poniéndoselo apresurado en los labios dió un prolongado silbido, que en aquella situacion sonó como el de una lechuza desde el tejado de la casa de un moribundo, ó como el aire en una noche de huracan en un cementerio; pero que hizo estremecer á Alfonso como si volviera á temer por la honra de su hija ó por su vida de la manera que él, todo un valiente, podia temer; y á su hija le heló la sangre en las venas, porque en aquel silbido creyó oír las carcajadas y el rechinamiento de dientes de los condenados que venian en auxilio del diácono desde el interior de su propia casa y quizás la sentencia de muerte de su propio padre.

La lucha empezó.

— Dios mio, socorred á mi padre!, decia Ursula alzando sus hermosos ojos al cielo.

— Dadme fuerzas, Señor, para salvar á mi hija!, esclamaba el buen padre.

— Satanás te confunda! Satanás sea en mi ayuda!, gritó cada vez mas ronco Bleimberg. A mí, Van-Gell, volvía á gritar.

A poco no se oía mas que el crujir de los aceros que retumbaba por el ámbito de la estancia reproduciéndose hasta el infinito por la sucesion del sonido del choque de los aceros, semejando á un centenar de armas que se cruzaran á la par, ó al ruido que comprendemos que podrian hacer unos cadáveres en un estremecimiento galvánico chocando todos sus huesos unos contra otros.

Alfonso iba retrocediendo y casi arrastrando á su pobre hija, para lograr que se sostuviera contra la pared y tener él mismo resguardadas las espaldas por el muro para poder hacer frente á los que viniesen á ausiliar al diácono.

Este jugaba con destreza, á pesar de su miedo; su adversario no tenia mucho de lo primero, nada de lo segundo, antes por el contrario gran valor y mucha fuerza en sus brazos de hierro.

El diácono miraba de vez en cuando á la puerta esperando su socorro: cada instante que pasaba era horrible para aquellas tres personas.

Qué encontrados sentimientos surgian de aquellos corazones, reflejándose en los rostros de todos!

De repente una feroz sonrisa primero y una gran carcajada despues en boca del flamenco pusieron en evidencia la alegría brutal que inundaba su menguado corazon.

La situacion habia cambiado completamente, esto es, tocado á su desenlace con la aparicion de un nuevo personaje que se presentó en el umbral de la puerta y sobre el cual se fijaron con avidez las miradas de tres personas, aunque dos de ellas le veian como un nuevo verdugo, mientras otro como á un salvador.

Van-Gel era la persona que se presentó en aquella ocasión, llamado por el silbido de su amo, como podría compararse un demonio al conjuro terrible de la palabra divina, ó sea del poder de Dios.

Van-Gel tardó solo el tiempo preciso para subir desde el piso bajo de la casa en que se encontraba cuando oyó el aviso de su amo: subió precipitadamente la escalera y atravesó dos salas antes de llegar á la estancia en donde estaba pasando aquella escena de tan difícil descripción.

A la aparición del ayuda de cámara los aceros se cruzaron con mas furor.

El diácono miró á su criado y este comprendió en aquella mirada toda la necesidad que habia de obrar de manera que concluyera en silencio y pronto aquella escena muda y terrible.

No pensó en la causa que escitó al principio su sorpresa, esto es, el origen de hallarse allí el padre de Ursula y mas cuando ni él ni ninguna persona de la casa le habia visto entrar, ni subir la escalera, ni habia siquiera oído llamar á la puerta de la calle á nadie en toda la noche; y decimos que no pensó entonces en eso, porque Van-Gel rara vez pensaba y mucho menos en cosas inútiles; y allí lo conveniente era solo salvar de un compromiso á su amo.

Van-Gel entró desarmado; pero fijando su mirada de lince en el grupo del padre y la hija, vió con feroz júbilo que á los pies de la segunda estaba el cuchillo de caza con que habia contenido á Bleimberg.

A la mirada de su amo respondió con otra muy significativa.

Oh! es que el amo y el criado se comprendían, porque eran dignos el uno del otro.

Ah! pobre niña!

Aquella mirada de Bleimberg era una sentencia de muerte, y aquella mirada de Van-Gel era el hacha del verdugo... el puñal del asesino!

Qué cuadro se presentaba entonces á la vista de dos

seres! Qué cuadro tan oscuro tenemos que ofrecer á nuestros lectores, lleno de tintas negras y sangrientas!

El padre de Ursula seguia combatiendo y estrechando contra su corazon á aquella hija querida, por la cual en otra ocasion habria dado gustoso cien vidas.

De sus ojos brotaba el fuego del rencor con que hubiera querido abrasar á su infame adversario y á aquel cómplice tan infame como él: sus narices estaban hinchadas para dar paso á su angustiada respiracion, que no era bastante la boca pues tenia el pecho muy oprimido con la cabeza de su hija, que parecia querer esconderse en su seno y huir de la vista de aquellos otros dos hombres.

Sus labios convulsos se dilataban á lo ancho del rostro con una sonrisa amarga y dolorosa que espresaba á un tiempo mismo la alegría que sentia por el hallazgo de su hija y la amargura de su situacion.

Por su frente surcada corria un sudor copioso, efecto del cansancio, pues aquella noche habia puesto á prueba sus fuerzas.

El pecho saliente y elevado se alzaba y descendia por intervalos acompasados, efecto de los latidos de su angustiado corazon.

El pie izquierdo junto á la pared en donde se apoyaba y la rodilla izquierda un poco doblada, servian de descanso al débil cuerpo de su hija.

Con el pie derecho avanzado golpeaba furiosamente á cada estocada que asestaba á su contrario; pero la dulce carga que le abrumaba las hacia infructuosas por la ligereza y oportuna retirada de aquel.

La pobre niña sufría horriblemente, no acordándose mas que del peligro que corria su padre y á Dios le pedia solo por él.

De repente Van-Gel asió de un salto la daga que estaba á los pies de la jóven, y con segura mano y con la rapidez de la flecha clavó en el pecho del infeliz anciano el arma alevosa.

Un ¡ay! doloroso salió de aquella boca venerable para confundirse con el ¡ay! de una desolada é inocente niña y con un horrible murmullo de aprobacion del flamenco.

— Infame! me has asesinado! pudo todavía articular el infeliz moribundo, y dejó al mismo tiempo caer con estrépito su espada y el cuerpo casi inerte de su mas infeliz hija.

Aquel ruido resonó en todos los corazones helándoles de pavor, como resuena la encina tronchada por el huracan en medio de una noche de tempestad.

La sangre brotó á borbotones de su profunda herida, en la cual aun estaba el fatal instrumento de aquel horrible asesinato.

El buen anciano sintió que el sudor de su frente se tornaba frio, que sus ojos confundian los objetos antes tan claros, que luego se cerraban, que sus piernas se doblaban y... por fin cayó desplomado haciendo su cuerpo un ruido en su caída igual al del torrente que se precipita desde lo alto de una montaña hasta lo profundo del valle.

Dios lo quiso! Los juicios de Dios son incomprensibles... por entonces no permitió el triunfo de la virtud ni de la inocencia!

La escena que presentaba aquella estancia era sin duda aterradora.

— Padre mio! Padre de mi corazon!, exclamaba la pobre Ursula juntando las manos y levantando los ojos al cielo, pero secos sin derramar ya una lágrima siquiera, que habia enjugado la desesperacion.

— Dios de bondad! Dios de justicia! Cómo has permitido el triunfo de los malos sobre los buenos?, volvía á exclamar y llevaba sus manos alternativamente á su cabeza, á su corazon y las ponía sobre la hermosa frente de su padre, cuyo rostro besaba con frenesí, y luego las aplicaba sobre la herida...

— Muerto! muerto!, exclamaba con acento desgarrador, y sus ojos parecían salirse de sus órbitas, su pupila quedó unos instantes sin movimiento, sus manos se retorcian y se mesa-

ba los cabellos de finísimo oro, sus labios cárdenos dejaban ver unos dientes chocando entre sí; una contracción nerviosa había alterado toda su fisonomía, entonces de color amarotado, y se revolcaba por el suelo, después de haberse manchado sus manos con la sangre que bañaba el cuerpo inerte de su padre y el sitio de donde ella no podía moverse, porque le faltaban las fuerzas para abandonar aquel cadáver.

La luz de una débil lámpara iluminaba escasamente desde un rincón de la sala y reflejaba de una manera sombría las lúgubres facciones de Van-Gel y el tétrico rostro de Bleimberg.

Parecían aquellos dos hombres en pie y en ademán amenazador dos verdugos sobre un cadalso contemplando el cadáver de quien pocos momentos antes miraban lleno de vida; no, parecían más bien dos réprobos oyendo la sentencia de su condenación.

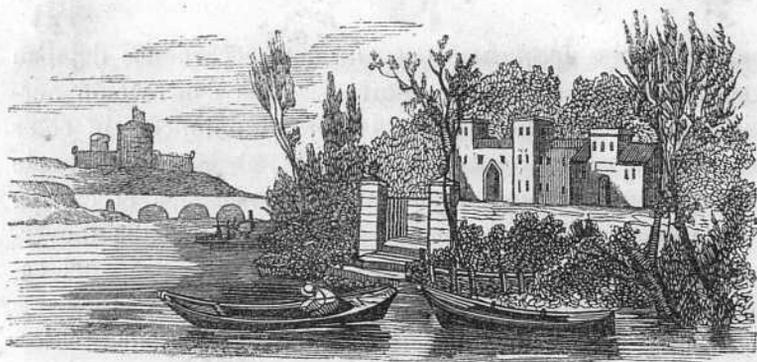
Aquel cuadro era horrible.

Ursula no pudo soportar más que algunos minutos tal escena, y lleno su pecho de sentimientos tan desgarradores, cayó también sin sentido junto á su padre, del cual aun estaba medio asida por la cintura.

Bleimberg miró á Van-Gel como en señal de gratitud.

Van-Gel soltó una estrepitosa y diabólica carcajada.





CAPÍTULO XI.



UN ENCUENTRO EN EL ESGUEBA.



UANDO Isabel, la nodriza de la pobre Ursula, se vió libre de las manos de aquel hombre feroz que la habia sujetado para favorecer el rapto de la jóven, despidiéndose de ella con aquellas palabras tan amenazadoras, fuera de sí, loca por la pérdida de su hija de leche, á quien queria como á las niñas de sus ojos, con ese cariño puro y maternal que parece que Dios quiere conceder tan solo á las madres y á las mugeres que dan con su licor la vida á los infantes; Isabel, decimos, volviendo de su sorpresa y llena de

una energía comparable solo con su dolor, vertiendo un mar de lágrimas, se encaminó á la próxima iglesia de San Felipe, en donde estaban los padres de Ursula.

Tenia el corazon desgarrado de dolor, y sin embargo casi á oscuras, porque la luna no iluminaba aquella desierta calle, y mas bien por instinto que por efecto de su razon, que tenia medio trastornada; llegó donde se hallaban los padres de Ursula, bien agenos de figurarse la horrible desgracia que acababa de sucederles.

Pronto notaron la entrada de la buena Isabel, en cuyo rostro demudado y trage decompuesto vieron al punto terribles anuncios de una desgracia.

El padre y la madre de Ursula sobrecogidos de espanto y sin atreverse á pronunciar una sola palabra ni á dirigir la menor pregunta á la nodriza, salieron con ella á la calle.

Ya fuera de aquel lugar sagrado, que no debian profanar con sentimientos ni espresiones mundanales, los padres de Ursula oyeron de boca de la nodriza Isabel la horrible desgracia.

— Hija de mi alma! exclamó la madre corriendo desalentada hácia la casa.

— Me la han robado! decia el padre con acento desesperado. Di, Isabel, continuó, quién ha estado en nuestra casa despues de nuestra salida?

— El señor diácono...

— Ah! el flamenco me la ha robado! voy en seguimiento del raptor. Oh! sí, él es... es flamenco!

Y marchó sin vacilar hácia la casa de Bleimberg, pues nuestros lectores recordarán que el padre de Ursula la conocia desde el dia de la simulada riña de Van-Gel con otro pícaro de su laya.

No corria, volaba el buen hombre aguijoneado por tan grave sentimiento como el dolor de haber perdido á una hija y el deseo de recobrarla, y su corazon presentia el hallazgo, si bien no veía completamente claro en aquel suceso: es que él no podia comprender el misterio de su leal corazon.

El lector que no sea padre no podrá formarse ni remotamente una idea del sentimiento profundo, del pesar horrible que aquel buen anciano experimentaba; dolor capaz de volver en un minuto blanca su negra cabellera y de enloquecer al hombre menos impresionable; dolor capaz de haberle dado la muerte, sino le hubiera animado la idea de recobrar á su hija y vengarla, y por último comparable solo con el dolor que desgarraba ferozmente otro corazón mas débil, el de la madre de Ursula. Sí, que nada iguala en el mundo al amor de madre!

Jadeando, sin fuerzas casi y sin aliento llegó el buen Alfonso hasta la casa del diácono, y allí se paró porque vió la luz que alumbraba una estancia y se puso á escuchar, y á pesar de tener casi embargados sus sentidos por el dolor y la desesperacion, oyó hablar y reconoció al punto aquella voz, porque resonó en lo íntimo de su corazón como una melodía de Schubert en los oídos de un alemán, ó como un cántico de vírgenes esposas del Señor en los oídos de un hombre religioso de nuestra España meridional.

Es que el desgraciado padre reconoció en aquella voz la voz de su hija.

Después de aquella escena que hemos descrito, ya cadáver el padre de Ursula y esta sin sentido, el diácono, frunciendo el gesto y con torva mirada, le dijo á Van-Gel:

— Es menester que no quede de esta catástrofe ni el menor vestigio. Lo entiendes, Van-Gel?

— Cómo! quereis por ventura también que despache á esta remilgada chiquilla?

— No, villano, quiero que esa sangre se lave de una manera que la gente de casa no comprenda nada, quiero que ese espantajo, dijo señalando al cuerpo inerte del desgraciado Alfonso García, desaparezca de aquí esta misma noche y no se vuelva á saber de él... entiendes?

Ahora me retiro. Ganaste tus cincuenta escudos y mañana doblaré esa cantidad para tí solo. Estás contento, Van-Gel?

— Por mi futura condenacion! para vino en todo el mes

ya habrá bastante... ello es preciso lavarse con algo estas manchas, repuso el criado mirando la sangre que tenia en sus manos y vestidos.

Salió de la estancia el flamenco y dejó á Van-Gel el cuidado de trasladar á su lecho á la pobre Ursula y de hacer cuanto fuese necesario á fin de ocultar aquel crimen á los ojos de todos.

En efecto, Van-Gel primeramente colocó en el lecho á Ursula, cubriéndola con el cortinaje á fin de que no viera lo que iba á hacer en la estancia.

Lavó luego la sangre que habia en el suelo y fue en seguida por un cajon; colocó en él como pudo el cadáver, y despues de cerrado le puso tambien algunos gruesos clavos en los extremos, de manera que con el peso el cadáver al ser movido no violentase alguna tabla y se descubriese lo que tanto se debia ocultar.

Era menester haber tenido valor para presenciar esta escena, para poder comprender hasta qué punto llega á embrutecer al hombre el crimen, y de cuánto cinismo no es capaz la especie humana en algunas situaciones como la que indicamos, pues no tenemos bastante serenidad para describirla.

Cuántos juramentos, cuántas exclamaciones no habia en aquella boca! Qué fresca, qué impasibilidad en su rostro y qué despejo en las acciones de Van-Gel en todo el largo rato que duró su espantosa ocupacion!

Ya todo arreglado, abrió la puerta de la sala y empujando con toda su fuerza pudo lograr colocar el cajon en la estancia inmediata, á fin de que no se oyesen sus órdenes ni el ruido que probablemente harian los criados, ni estos observasen que estaba la jóven en aquella estancia, puesto que lo ignoraban, en atencion á que Ursula desde el piso alto fue trasladada á las habitaciones del mismo sobre los hombros de Van-Gel.

Este creyó oportuno preparar á los criados para el objeto que se proponia, á cuyo fin bajó á la bodega, ofreció

á cuatro de sus galopines bastante vino, como en agasajo por el buen desempeño de su comision de aquella noche, y esperó á que sus cabezas no estuviesen muy seguras, porque no convenia á su proyecto el que ellos se enterasen de la nueva comision que iban á desempeñar.

Llamó á los criados, les sirvió vino en grandes jarros, y brindándoles á que lo bebiesen pronto á la salud del buen *meinher* Cristian, su escelente amo, fue corriendo á avisar á este de lo que habia hecho y pensaba hacer todavía aquella noche.

Mientras hablaba Van-Gel, Bleimberg le escuchaba con calma aparente, aunque la horrible lucha que aquella noche sostuviera le habia alterado completamente sus facciones.

Entonces tenia toda la fisonomía de un malvado, porque la máscara de la hipocresía habia caido de su rostro, dejando ver toda la perversidad que le caracterizaba.

La relacion de Van-Gel mereció la aprobacion de su amo, lo mismo que lo demas que pensaba hacer por conclusion.

Entonces el diácono se fue al cuarto de Ursula, y corrió á situarse junto al lecho en cuyo sitio mismo habia estado desde que sintió salir á Van-Gel, y permaneció espiondo el estado de la jóven poniéndole sobre el corazon la mano para sentir las palpitations, viendo si abria los ojos, haciéndole aspirar algun elixir antiespasmódico y vertiendo algunas gotas en su boca.

Mas de un cuarto de hora estuvo la infeliz con un síncope, cuya estincion de vida aparente por la inmovilidad de sus miembros y aun por la absoluta falta de respiracion, de latidos del corazon y del pulso, era completa. La piel estaba fria, y el rostro continuaba muy amoratado.

Bleimberg conoció aquel estado y por eso no se alarmó, como le hubiera sucedido á una persona menos conoedora.

Entre tanto que permanecia allí para proporecionar á la

enferma los recursos del arte que él poseía, su criado había notado ya en las cabezas de sus criados bastante desarreglo.

— Franz, dijo á uno de ellos, me parece que si tuviese que darte el vino que necesitas, era menester cambiar en ese oscuro licor todo el trasparente que corre entre las márgenes del Esgueba y del Pisuerga.

— Y eso, repuso Franz, que yo prefiero nuestro vino de Bruges porque se agarra mas al estómago, calienta mas y no...

— Se sube á la cabeza... no quieres decir eso? repuso Van-Gel. Vaya, continuó este, toma otro vaso, y tú, Zachæmus, y vosotros dos, tambien tomad y despachaos. Y les dió otro jarro á cada uno de ellos, que apuraron casi de un sorbo.

Aquellas caras estúpidas, con los ojos chispeantes y la alegría báquica empezando ya á desarrugar sus semblantes feroces, se dibujaban perfectamente sobre el fondo de la pared á la luz de un candil pendiente del techo enfrente del hogar.

Eran aquellos cuatro hombres dignos criados de Bleimberg y de su director Van-Gel.

— Por Judas! que tuvo el talento de vender á Jesus por tan poco dinero, exclamó aquel, espero, amigos míos y prometidas almas del diablo, que os despacheis y salgais de aqui pronto conmigo, sino quereis saber como manejo yo los puños. Ea! volando al piso alto; en la sala anterior al salon de los trofeos y armas de caza os espero.

— Y qué diantre quieres que hagamos alli, Van-Gel? repuso entonces Franz con estúpida mirada.

— Allá nos lo dirá *meinher* Van-Gel, repuso Zachæmus echándose de bruces sobre una mesa medio coja y dando con ella en tierra.

— Bestia! Cualquiera diria que estás ya como una cuba, dijo Van-Gel. Ea! arriba, muchachos, repuso echando á andar.

Los cuatro que estaban con él le siguieron en silencio hasta la estancia en donde se hallaba el cajon.

Alli se apoderaron de él, le colocaron sobre sus hombros y, á manera de ataud, lo llevaron hasta fuera de la sala; asi bajaron la escalera y salieron de la ciudad siempre en silencio, precedidos de Van-Gel.

Ninguno de los conductores tuvo una curiosidad que Van-Gel hubiera satisfecho de cualquier modo, porque eran máquinas acostumbradas á obedecer puntualmente sus órdenes sin meterse en indagaciones.

Llegados al Esgueba, mandó hacer alto y echó una mirada en derredor suyo para ver si algun curioso les espiaba.

No observó nada, y sin embargo una persona le reconoció al pasar por junto á un ribazo.

Era un jóven de la clase del pueblo, como de unos veinte años y el cual no tuvo á bien darse á conocer en aquel momento.

Sorprendióse sí, y desentendiéndose de lo que le habia llevado alli á aquellas horas, siguió á lo lejos á Van-Gel y á los otros cuatro que iban con él.

Su vista era buena, y al fulgor de la luna, que brillaba claramente reflejando sobre las aguas del Esgueba, distinguió que aquellos cuatro hombres á una seña de otro arrojaron al agua el cajon, que se sumergió en el fondo para no volver á aparecer mas, porque Van-Gel le habia añadido peso para evitar el inconveniente de la flotacion.

Aquellos cinco hombres volvieron tan pronto, que el jóven que les observaba tuvo que arrojar precipitadamente en tierra para no ser visto, escondiéndose entre la yerba y los arbustos que crecian en aquellas riberas.

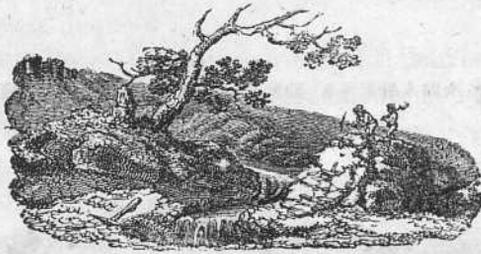
Cuando pasaron por junto á él, comprimó su respiracion para no ser oido, y con efecto tuvo la dicha de no ser sentido ni visto.

El jóven comprendió que el rio guardaba un grave secreto.

Aquella ocurrencia con la fisonomía del conductor principal se quedaron muy grabadas en la imaginacion del jóven.

Intentó seguirles; pero al llegar á la ciudad cada uno tomó diferente camino, burlando asi su deseo.

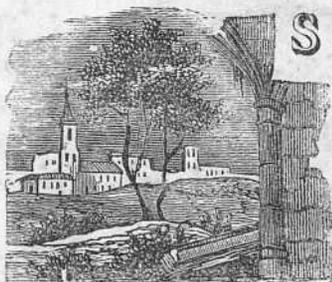
Precaucion digna de Van-Gel! Por entonces quedaba su delito confiado á la discrecion de su amo, de la niña que él tenia en su poder y de las aguas del Esgueba.





CAPÍTULO XII.

LA ABADESA DE SANTA ENGRACIA.



SEÑORA abadesa, dijo Estrella con resolución, es menester que yo salga de aquí esta madrugada sin que nadie lo llegue á entender. Tengo ya dispuesto todo lo necesario al efecto.

—Como gusteis, duquesa. Esos caballeros os acompañarán seguramente?

—Nada de eso. Me he despedido ya de S. A. diciéndole que marchaba á un castillo, antigua posesion de mi familia en esta provincia á unas doce leguas de aquí, pues mi salud así lo exigia y mi situacion moral lo reclamaba.

Ha estado conmigo como siempre, buena y afectuosa:

qué lástima que ese sol de España esté eclipsado por el estravío de su razón!

Esos caballeros le han ofrecido sus respetos y le han manifestado que cuente con su lealtad siempre, como ellos cuentan con su protección en cualquier caso de disturbios.

El señor de Mendoza le ha hecho presente cuánto sentía que el príncipe hubiera marchado ya, pues tenía que hablarle sobre no sé qué expedición marítima que proyecta.

El señor Hurtado ha ofrecido á sus pies los respetos del noble marqués de Mondejar su padre, y le ha manifestado el afecto de todos los granadinos hácia su reina: era portador de unos pliegos del ayudante de Granada.

— Pues ese jóven no es el que corrió en seguimiento de no sé quién despues de haber saltado por las tapias del jardín? Cómo estuvo en la entrevista con S. A.? Queréismelo decir, señora duquesa?

— Ciertamente, señora superiora. Estábamos todavía en conferencia con S. A., y afortunadamente no le habia aquella señora echado de menos, cuando le vimos llegar con agradable sorpresa nuestra.

Acababais de retiraros vos, señora abadesa. Aquel jóven entró risueño, sin que en su rostro se notase la menor alteracion, ni la mas leve descompostura en su traje.

Escusóse de su tardanza, porque se habia perdido en el laberinto de corredores y andenes de este gran edificio.

Don Juan de Urbina le miraba receloso, como quien se admira de la frescura y serenidad que tenia don Diego para salir de cualquier apuro.

Oh! el buen marqués de Oira necesitó contenerse y recordar que una palabra suya podia despertar sospechas en la reina y hacer necesaria una revelacion, para no contradecir bruscamente al jóven Mendoza.

Don Hugo miraba á don Juan con intencion, como quien quiere prevenir á su amigo que se domine y sea prudente. Por fortuna asi fue.

Crea vuesa maternidad que yo estaba en brasas. El jó-

ven Rivera oía, miraba y callaba: ese marino es completamente un reflejo de Moncada; tiene toda su franqueza al par de esa galantería exquisita propia de los marinos; oh! no parece sino que esos buenos caballeros, privados como estan por mucho tiempo del trato de las gentes, depuran mas sus gustos é inclinaciones durante sus viajes y miran luego á la sociedad bajo un prisma fascinador: á las mugeres sobre todo les tributan un culto fabuloso.

— Y por fin cuándo se marchan esos caballeros?

— Creo que inmediatamente. Todos quieren ir á Zaragoza.

— Sea en buen hora. Voy á recibir sus órdenes. Entre tanto decidme, señora duquesa, si os place, qué es lo que pensais hacer? podeis contar conmigo y con mis recursos.

— Sí haré; empiezo por agradecer y luego concluiré por exigir de vos...

— Qué quereis, señora?

— Necesito un guia hasta la provincia inmediata; pero un guia seguro y valiente...

— Lo tendreis.

— Necesito dos hombres de escolta.

— Son pocos, señora duquesa. Permitidme que sean siquiera cuatro: temo por vos, querida hija mia. Cómo os vais á esponer sola con vuestra doncella y dos hombres á atravesar todas estas llanuras de Castilla?

— No soy medrosa, señora. Voy á una empresa de hombres y necesito portarme como un hombre.

Judith entró sola con su criada en la tienda de Olofernes despues de haber atravesado asi todo el campamento de aquel general.

— Pero Judith queria libertar á su pueblo... el sentimiento religioso la animaba.

— Voy vestida de hombre y mi doncella irá lo mismo: pareceremos dos jóvenes que marchan en seguimiento de la corte.

— Sois tan atrevida, duquesa, como discreta.

— Ah! si leyese vuesa maternidad en mi corazon, veria sin embargo que no soy mas que una pobre muger.

— Me atrevo á creer que acometeis, duquesa, una noble empresa.

— No muy evangélica, señora superiora. Proyecto hace dias una venganza, que hierve en mi pecho como la lava abrasadora de un volcan, y necesito para estinguirla una venganza grande, digna de mí!

Ah! vos no sabeis, señora, lo que significan mis palabras.

Venganza! humillacion! palabras sueltas que matan en el siglo, como vosotras, santas esposas del Señor, decís; palabras vacías de sentido para vuestros corazones puros y libres de pasiones y afectos encontrados! Ah! cuán bella es la vida para quien sabe ó puede gozar de sus encantos! Cuán gratas ilusiones he acariciado hasta ahora, respetable y buena amiga mia!

Ya de hoy mas solo anhelo vivir para vengarme, y la venganza es una carga horrible desde que se proyecta, como debe de ser grata cuando se realiza.

— Y de quién pensais vengaros, duquesa? dijo con visible curiosidad la superiora.

— Oh! ese es mi secreto, repuso Estrella.

— Perdonad, amiga mia. Siento haber sido indiscreta. Pero me maravilla que vos, muger llena de hermosura, donaire, juventud y dotada de raro ingenio, prendas de todos conocidas y de muchas envidiadas, distinguida en la corte por la reina y por el mismo rey don Carlos, hayais de recurrir á la venganza, que hayais de quien vengaros.

Muy alta debe de ser la persona que causa vuestros enojos, el que os ha ofendido.

— Sin duda, señora superiora. Pero es preciso vengarme y lo haré. Cuándo estará todo dispuesto para mi marcha?

— Descuidad!

— Ah! os advierto que nadie ha de penetrar mis proyectos, ni esos caballeros siquiera. Pero, decidme ahora que

recuerdo. Sabeis que infundió en mis amigos graves recelos el haber sido espiada nuestra conversacion?

— Y yo lo he sentido mas que nadie, duquesa! Mas perdonad, vuelvo pronto... seré con vos en cuanto me llameis. A Dios!

— Hasta luego, pues, superiora.

La abadesa salió y se fue en derechura á su celda. Allí tomó la pluma y un pergamino y escribió lo que sigue:

«El águila herida se cierne altanera en el espacio y quiere con su mirada desafiar al sol.

»Ha abandonado el nido y va á recorrer regiones para vengarse del poderoso cazador que la ha herido.

»Para ello piensa que la apoyarán varios otros cazadores de mucha cuenta: un valiente marino á quien acompaña un jóven de la misma clase; otro en cuyo labio apenas sombrea el bozo, y que acaba de llegar de la hermosa vega de rivales rios, uno de los cuales encierra arenas de oro, y otro caballero muy notable por su bravura y prendas, el cual viene directamente de Italia.

»Los cuatro satélites del gran sol de España van ahora á la *ciudad-augusta* (1) á rendirle homenaje, aunque estan por el astro eclipsado.»

Escritos los anteriores renglones arrolló el pergamino, ciñóle un cordon de seda y púsole un sello de plomo con las iniciales S. E.

Llamó con su martillo en la semiesfera de metal que tenia sobre la mesa, y entró á poco una monja, á quien comunicó sus órdenes.

Desapareció esta y despues vino un criado de los que habia en la hospedería.

— Toma este pergamino y ocúltalo bien, le dijo la superiora. Es menester que vayas en busca del señor diácono Bleimberg y no pares hasta entregárselo.

Cuenta, Alvaro, con lo que se hace y con lo que se dice:

(1) Llamóse Zaragoza en tiempo de los romanos *Cesar-Augusta*.

ya sabes que las paredes de Santa Engracia oyen y ven cuanto se dice y pasa por fuera.

— Está bien, señora superiora, dentro de una hora tendrá el señor diácono en su poder lo que vuesa maternidad acaba de darme.

Y saludando respetuosamente salió presuroso de la estancia, montó á caballo, y la abadesa desde una de las ventanas de su celda le vió confundirse entre la nube de polvo que levantaba su corcel.

En esta actitud estaba todavía cuando entraron á despedirse de ella los cuatro caballeros don Hugo de Moncada, don Diego Hurtado, don Gonzalo de Rivera, y á la cabeza el marqués de Oira.

En términos corteses agradecieron á la abadesa sus atenciones, y despues de rogar el ilustre don Juan de Urbina á aquella señora que no les olvidase en sus oraciones, hicieron la última reverencia y salieron.

En la puerta de la hospedería hallaron sus caballos ensillados, y teniéndoles el estribo sus criados, montaron con gallardía.

— A Zaragoza!, señores, gritó el ilustre marqués.

— A Zaragoza!, repitieron los otros caballeros.

Los criados les seguían tambien á caballo á alguna distancia, y pronto desaparecieron entre el polvo, aunque el reflejo de sus armas llegó algunos instantes mas hasta los ojos de la abadesa, que les observaba con curiosidad.

Era ya la caída de la tarde y el sol heria débilmente con sus dorados rayos las torres del convento. Pronto tuvo aquella señora que volver á sus hábitos religiosos, como si solo de ellos tuviera que ocuparse.

Los caballeros emprendieron un camino opuesto al que habian traído, pues vinieron primero de Valladolid, y luego tomaron el que guiaba hácia oriente.

Ya en marcha todos preguntó el señor de Moncada á don Diego qué fue lo que le habia sucedido cuando saltó por la

ventana y salió en seguimiento del espía, lo cual les había puesto en cuidado en un principio.

— Sí haré con la mejor voluntad, contestó el de Mendoza, puesto que al fin y al cabo este es negocio de que todas vueseñorías deben estar enterados, siquiera porque vieron el principio del suceso.

Como pudisteis reparar, señores, no me detuve, á pesar de que mi mala estrella en aquel momento me impidió salir bien montado.

Iba ya á dar alcance á nuestro fugitivo, cuando fui sorprendido por dos hombres de la misma catadura que el primero, y los cuales de hecho estaban allí guardándole las espaldas.

A pesar de verme sin mas armas que mi espada, arremetí contra ellos y tuve la fortuna de herir á uno de tal manera que le puse fuera de combate; entre tanto, y eso es lo que mas cuidado me daba, continuaba en su fuga el espía, aunque pude distinguir que ya no corría.

Vóime contra el otro villano que osaba aun atacarme con espada y daga, y hablaba en esa pícaro jerga de los flamencos.

Hay que advertir que ya por su trage me habia yo hecho cargo de esa circunstancia, asi como acá para mí tengo tambien cierta sospecha.

— Cuál, señor de Mendoza?, repuso vivamente el marqués de Oira.

— Escusad, señor don Juan de Urbina. La narracion en la historia es lo primero, asi como los episodios son lo secundario, contestó don Diego.

— Pero cuando los episodios estan intimamente unidos á la accion principal, entonces hacen tanta falta que la narracion misma podria sufrir menoscabo sin la explicacion de aquellos, repuso con prontitud el mismo don Juan.

— Es que todavia no he dicho yo, señor marqués, que mi sospecha ó sea mi episodio estuviese tan intimamente unido con la accion principal, contestó don Diego.

— Pero se deduce facilmente de vuestras palabras , atendida vuestra discrecion , que no permite sea de otra suerte, replicó entonces con galanteria don Hugo.

— Precisamente, añadió el jóven Rivera. Pero es el caso que por de pronto ese episodio, ó como se llame, que asi yo entiendo de retóricas como de cantar misas *de requiem*, lo que ha hecho positivamente, es entorpecer á vuesa merced en su sabrosa narracion.

Quereis pues, el de Mendoza, continuar sin meteros en mas dibujos ni requilorios, que ya estamos ¡vive Dios! impacientes de oiros?

— Que me place vuestra dulce reconvencion, amigo Rivera! Prosigo. Decia que tambien arremetí contra el segundo bergante de los que interrumpieron tan importuna como inesperadamente mi marcha.

Le tiré á la cabeza un mandoble, que burló con presteza, y entonces salté en tierra: cogile por el cuello de su chupa é iba á darle una leccion, nada mas que una leccion, cuando se arrodilló á mis pies pidiéndome perdon y diciéndome en mal lenguaje castellano:

«No soy yo, señor, el culpable, yo sirvo al que huye, que es Van-Gel,» ó Vandiaiblos, porque no recuerdo bien ahora, señores míos, cómo me dijo.

No quise ya oír mas, pues comprendí que poco ó nada podria adelantar.

Vuelvo á montar sobre mi alazan sin perder nunca de vista al que huía, porque vueseñorías deben comprender que toda la escena de mi lucha con aquellos bellacos fue cosa de cinco minutos.

Mi caballo es el mejor troton, ya lo veis, señores, que se ha criado desde el rey Católico acá en la vega del Genil; de consiguiente no corria, volaba, y en menos que yo lo cuento mi buen hombre, que ya no tenia ribazo alguno, ni valle, ni quebradura de monte donde esconderse, ni río que vadear, y que me vió encima echándole en las espaldas la espuma de mi alazan, tuvo á bien pararse, llevarse res-

petuosamente la mano á la gorra, doblar una rodilla en tierra y pedirme perdon, como el anterior su compinche.

— Picaro flamenco! no te suelto vivo, le dije desmontánme y echándole mano al cuchillo con la izquierda, mientras con la derecha le amenazaba con mi espada, como no me digas quién te ha hecho espiar nuestra conversacion y con qué objeto. — Si haré y dejaré contento á vuesa señoría. — Pues habla, villano, le dije entonces, y ten cuenta que ya por tu camarada sé cómo te llamas; y si me engañas, te haré aprender para otra vez á no ser espía ni embustero haciéndote dar doscientos azotes por mano de un cuadrillero de la Santa Hermandad.

— La señora abadesa, me contestó, me habia encargado desde vuestra llegada al convento que os espiera y me dijo la sala que teniais destinada para vuestro alojamiento cada uno de vuestas señorías, asi como la estancia de la noble dama que tambien llegó hoy mismo á Santa Engracia.

Esta es la verdad, como me llamo Van-Gel y como es cierto que San Jorge mató al dragon.

— Y tú sabes quién es esa ilustre dama? le repuse yo.

— Lo ignoro, me respondió, aunque sospecho que sea de la servidumbre de S. A. la reina.

— Anda, canalla!, le dije, y montando á caballo volví precipitadamente al convento, y ya sabeis como llegué aun á tiempo de besar la mano á S. A. la reina mi señora.

— Y de mentir, añadió don Juan, con una serenidad que me admiró, señor de Mendoza.

Segun voy viendo, asi os manejaís en los campamentos de Italia como en los conventos y en la corte.

— De manera ello es, marqués, que no me parecia prudente hablar de otro modo para hacer entrar á S. A. en sospechas como las que se me habian hecho concebir poco antes, y como las he abrigado despues sin ayuda de nadie; y hé ahí el episodio de que os hablaba antes.

— No os comprendo, señor de Mendoza, repuso don Hugo.

— Ni yo, añadió don Gonzalo.

— Esplicaos, pues, que ya es hora, señor don Diego, añadió el primero.

— Voy á complaceros. Pues, señores, mis sospechas son que aquel pillastre me ha engañado.

— Cómo? qué decís? repusieron los caballeros alternativamente.

— Es muy sencillo. No puedo creer que aquel villano haya dicho la verdad de buenas á primeras, cuando él veía que yo no sabia nada y de consiguiente que tenia que contentarme con lo que me dijera.

A quién iba yo á preguntar? Dónde pedir pruebas? Pues sospecho que se nos espiaba...

— Eso es mas que una sospecha, es una verdad reconocida, confesada, señor de Mendoza, dijo impaciente-mente el marqués de Oira.

— No he concluido, señor de Urbina. Decia, repuso Mendoza, que sospecho que se nos espiaba por cuenta no de la abadesa, como se me ha querido hacer creer, sino de otra persona.

— De quién, señor don Diego? interrumpió Moncada vivamente.

— De alguna persona que vale mas... mas poderosa, mas elevada.

— Enigmático estais, don Diego, le dijo el marqués.

— Quereis ser mas esplicito? le preguntó sencillamente don Hugo?

— Sí, sí, hablad francamente, le dijo con ahinco don Gonzalo.

— No lo tengo por conveniente, señores. Respetad mis sospechas, es decir, mi pensamiento.

Mas adelante, es decir, algun dia puede ser que me explique mas.

Entonces se suspendió la conversacion y los caballeros prosiguieron su marcha, siempre á buen paso.

Todos iban pensativos, pues no habia para menos con

el suceso de aquella mañana y con las enigmáticas esplicaciones de su camarada.

Sin embargo, como en realidad sus conciencias estaban tranquilas, tranquilos continuaron su marcha, y así les dejaremos, pues por ahora hace falta que expliquemos algunos hechos que exigen nuestra presencia en los alrededores de donde hemos dejado á algunas de las personas que ya conocen nuestros lectores.

Como habia dicho Estrella, así se hizo. Cuatro criados la esperaban al amanecer, todos bien armados y precedidos de un guía.

Estrella y su doncella, vestidas de hombre, parecian dos hermosos muchachos, pues les sentaba perfectamente á ambas el vestido del otro sexo y la gorra de terciopelo negro; á la primera por su nobleza y gallardía, y por su coquetil manera y donosura á la segunda.

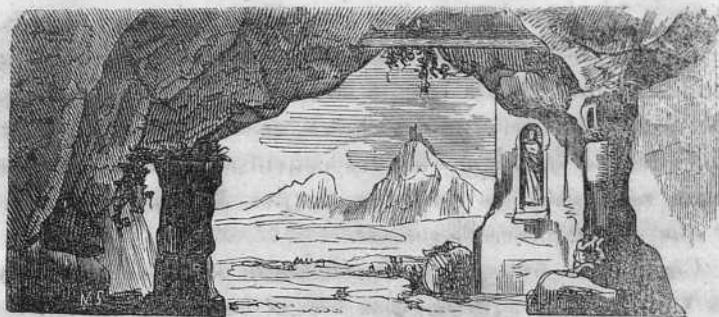
El ama y la doncella empezaron una plática indiferente muy agena la primera de que la abadesa hiciese traicion á su confianza, y de que estuviese en inteligencia con el hombre que, sin ella saberlo, era causa de su viaje, como de la desgracia que deploraba y de la que creía autor al rey.

Iba pues preocupada con la idea de su venganza, y por eso prestaba poca atencion á las palabras de su buena doncella Margarita.

Sin embargo le sorprendió el espionaje que habian descubierto, y eso la tenia asaz disgustada.

Antes de partir los caballeros que estaban con ella en el convento de Santa Engracia, quedaron convenidos en su plan; pero ella no les dijo que salia inmediatamente para Segovia, desde donde pensaba ir á algun otro punto para reunirse luego con la corte y allí desarrollar su plan.

Ella misma estaba muy lejos de creer que se le presentaria gran ocasion con el tiempo de realizar sus proyectos.



CAPÍTULO XIII.

UNA FLOR AGOSTADA.

URSULA quedó en un estado deplorable.

Las sensaciones que había experimentado en pocas horas desde que Bleimberg empezó á reducirla para que se marchase con él, hasta que vió caer muerto junto á sí á su padre en el mo-

mento de ir á salvarla, eran superiores á las fuerzas de una pobre niña.

Sobrevino una crisis fatal que embargó todos sus sentidos y facultades durante algunas horas, en las cuales el diácono la observaba junto á la cabecera de su cama.



Cuando notó en ella una ligera escitacion febril, le suministró una bebida que él mismo habia compuesto de *bella-dona*, alcanfor, miel y flores; pero al mismo tiempo habiéndose desarrollado fuertes convulsiones generales que hacian necesarios los esfuerzos de dos personas para evitar que se lastimase ella misma.

Como estos síntomas se manifestaran antes de que Livinus Van-Gel saliera de la casa con el cadáver, el diácono tuvo que luchar solo con los esfuerzos de su infeliz víctima durante la ausencia de aquel.

A poco de la vuelta de Livinus, en algun intervalo de tranquilidad, el diácono contaba á la enferma noventa pulsaciones por minuto y comprendió que estaba próxima á una manía con furor, pues no se le ocultaba que, aunque el temperamento linfático de Ursula no era el mas á propósito para engendrar aquella enfermedad, sin embargo era muy posible que asi llegara á suceder, porque las causas que obraban en la jóven, á saber, la vida sedentaria, las fuertes emociones que habia experimentado y hasta su edad, eran sobradas causas de desarrollo de una enfermedad mental de gran trascendencia.

Asi se pasó toda la noche.

Al amanecer del dia siguiente, Ursula no reconoció á Bleimberg y sin embargo padecia una alucinacion, por la que creía oír su voz constantemente pronunciando aquellas palabras que la aterraron en el momento mismo de penetrar su padre en el aposento en que se hallaba con el diácono «Satanás te confunda! Satanás sea en mi ayuda! A mí, Van-Gel!»

Y luego le parecia ver entrar al camarero homicida y hundir en el seno de su pobre y anciano padre el arma ale-
vosa.

Entonces se reproducian con mas furor las convulsiones, y corria desolada por el aposento en todas direcciones, creyendo oír á aquellos dos hombres que acababan de causar su eterna desgracia.

Pocos momentos despues en la fisonomía de la jóven se operaba un cambio completo, y entonces ella repetia las palabras de su padre: «Infame, me has asesinado!»

— Padre mio! exclamaba seguidamente, padre de mi corazon! y caia de nuevo en un estado de estupor y abatimiento instantáneo.

En este estado angustioso se pasaron veinticuatro horas mas.

La alteracion de aquel rostro era extraordinaria y nada á propósito para escitar los ímpetus indignos del diácono.

Ursula sufrió en los dos dias siguientes tal demacracion, que sin el cambio de fisonomía hubiera sido desconocida por sus mas próximos parientes.

Ursula estaba loca desde el amanecer del primer dia que pasó en casa del flamenco.

Al espirar el tercero y á las setenta y dos horas del primer acceso se le reprodujo con toda fuerza.

Bleimberg comprendió que era una nueva crisis á muerte ó vida, y temió con todo su corazon por la de aquella infeliz que se le escapaba de las manos, despues de haber meditado con tanta calma su plan y haberlo llevado á cabo tan cumplidamente.

Blasfemaba de la delicadeza de sentimientos de la pobre niña, y hubiera querido en aquel momento tener todos los recursos de la ciencia para salvarla del peligro inminente que la amenazaba, ó por mejor decir, en que la veía ya. Un cambio á la razon era muy difícil, á la muerte muy fácil: era lo que indicaba la ciencia al hombre iniciado en sus arcanos como Bleimberg.

De repente cesan los esfuerzos de Ursula; su cabeza, antes inclinada sobre el pecho, se alza y queda en posicion recta sobre el cuello; entreabre sus labios que vuelve á cerrar como si hubiesen dado paso á una palabra consoladora ó un á Dios al mundo; sus ojos, que durante mucho tiempo habian estado sin direccion y con una movilidad pauperal constante, se serenan y adquieren una mirada fija y brillan-

te; los miembros caen en un completo estado de inmovilidad.

Ya es insensible al sonido, el pulso es menos violento, sucesivamente disminuye en celeridad é intensidad, y al fin se hace imperceptible al tacto delicado del diácono. Como si sospechase la enferma que estaba próximo su fin, ó quisiese formular su última plegaria, cruza sus manos sobre el pecho; el rostro, antes pálido y triste, adquiere un aspecto risueño y mas fresca; aquellas ondas lívidas por bajo de los ojos desaparecen casi completamente y se presenta el rostro con mas gracia que de ordinario; quizás cruzó por aquella mente un rápido pensamiento de bienaventuranza eterna, ó tal vez se creyó ya en ella la infeliz Ursula, efecto de otra alumbración.

Este estado alarmó al diácono, pues no sabia si aquel cuerpo inmóvil que estaba sobre el lecho pertenecía aun ó no al número de los vivientes.

Entonces empezó á ensayar pruebas. Habiendo cogido un espejo, lo aplicó á los labios y nariz de Ursula y no se empañó ligeramente, ni tampoco osciló la luz de una bugia: estaba sorda al mayor ruido y resistió la acupuncion en un brazo con la insensibilidad mas completa; se le aproximó fuego á los pies... todo fue en vano.

El diácono alzó sus ojos al cielo, como para dirigirle una execración, y rechinando los dientes «muerta!, muerta!», exclamó, y salió precipitadamente del aposento.

Van-Gel vió en Ursula un cadáver y pensó hacer con ella lo mismo que hiciera tres dias antes con el del padre. Pero luego, poniéndose de acuerdo con el diácono, comprendieron ambos que era muy facil tener á Ursula en la iglesia próxima espuesta en una capilla y darle luego sepultura en la bóveda de la misma, como enterramiento general que aquellos lugares eran entonces; todo lo cual no tenia los inconvenientes de la conduccion de un cuerpo encajonado, que podia despertar sospechas con la repetición. Además, la distancia que le separaba del barrio en que vivió

Ursula, hacia que pudiesen obrar libremente sin temor de averiguaciones.

Al oscurecer de aquel mismo día la joven fue trasladada á la capilla mortuoria por los enterradores de la misma, sin que nadie lo hubiese notado durante el corto trecho que hubo que atravesar.

.....

Sobre un modesto paño negro, colocado en el centro de la capilla de la iglesia vecina y entre cuatro cirios, que despedían una tristísima y oscilante luz, quedó espuesto el cuerpo inerte de la joven.

El cura rezó un responso encomendando su alma á Dios, y el monaguillo contestaba por lo bajo con aire indiferente.

El diácono presenció aquella ceremonia, concluida la cual el cura y el monaguillo se retiraron y toda la iglesia quedó en silencio.

No habia en ella mas luces que las cuatro que acompañaban el cuerpo de Ursula y una lámpara de débil luz en medio de la crugia y delante de un gran crucifijo, hermosa pieza de escultura que se destacaba de la pared, como si quisiera lanzarse en medio de la oscuridad que reinaba fuera del disco luminoso descrito por la lámpara pendiente del techo.

El silencio, la soledad, la casi oscuridad y la presencia de la muerte en aquella iglesia predisponian á la oracion y al recogimiento; pero el diácono no oraba: pensaba que aquel cuerpo, poco antes lleno de vida, de fuego, de sentimiento, estaba ahora inerte y era real emblema de lo frágil de nuestra existencia.

En estas reflexiones se hallaba cuando volvió el monago con las llaves advirtiéndole que iba á cerrar.

Cristian Bleimberg estaba enagenado y no oyó hasta la segunda vez la intimacion de que era tarde y por lo mismo preciso salir; pero se le ocurrió en el momento que aun podria pasar allí algun tiempo mas contemplando aquel rostro que habia despertado en él tantas sensaciones y por cuya

reanimacion hubiera entonces sacrificado grandes tesoros, la mitad de lo que poseía debido á la liberalidad de Carlos I.

Al fin salió acompañado del infantillo, y para facilitar la operacion de cerrar, como hombre de mayores fuerzas, se brindó á ello y tuvo la precaucion y el disimulo de dejar abierto sin que se notara; el niño no lo advirtió ni lo sospechó siquiera, porque la inocencia no puede sospechar el crimen.

Afuera, el espectáculo no era menos imponente: amagaba una furiosa tempestad; la luna aquella noche ocultaba su débil resplandor escondida entre densos nubarrones; la bóveda celeste parecia un inmenso paño mortuorio tendido sobre el mundo; el relámpago brillaba y á su cárdena luz el espacio parecia encenderse instantáneamente, volviendo luego á quedar en una profunda oscuridad. Oh!, la noche con su negrura es mas sublime que el dia con su refulgente claridad; pero la noche es imponente cuando la ilumina la luz pavorosa del relámpago... entonces todos somos creyentes, todos somos religiosos. En la noche muda y oscura no hay ateos como á la luz del dia: es que la noche representa al hombre en la eternidad.

Poco despues la lluvia caía á torrentes impelida por la bravura del huracan, que hacia que se confundiera aquel ruido con el que forman los troncos de las viejas encinas al desgajarse heridos por una centella que los convierte en ceniza: silbaban los vientos y el torrente caía desplomándose con estruendo en el cauce del Esgueba y habia inundado desde su nacimiento toda la comarca hasta las calles y alrededores de la iglesia.

A poco de haber salido examina en derredor suyo y apenas divisa ya la luz del farol con que el monago y el cura se alejaban á pasos precipitados de aquel lugar sagrado que él queria profanar. Aplica el oido y no oye mas ruido que el del agua que seguia cayendo con fuerza y habia empapado ya sus ropas.

Empuja la puerta, que rueda sobre sus goznes pesados y chillones, y entra con paso vivo hasta la capilla mortuoria. Ya está Bleimberg junto al féretro.

Con la cabeza inclinada sobre el pecho, las manos cruzadas y caidos los brazos, contempla aquel rostro frio de peregrina belleza. «Satanás, esclama, hé ahí tu obra!» y no comprendia que él mismo era la personificacion del angel de las tinieblas. Aquella obra era su obra: en aquel drama no habia mas que dos personas, por mejor decir, un verdugo y una víctima.

Aquel recinto sagrado, capaz de volver religioso al hombre mas ateo, no era bastante á despertar en el flamenco ningun sentimiento religioso, porque su conciencia estaba muerta, y su cabeza tenia siempre toda la inteligencia y toda la frialdad de razon de un demonio.

No se acordaba del asesinato cometido por su causa en la persona de su honrado padre, porque aquel infeliz habia sido un obstáculo interpuesto á su pasion brutal entre él y su inocente presa: y el crimen cometido fue un medio adoptado para llegar al término que se habia propuesto; y de consiguiente estaba tranquilo porque no comprendia aquel hombre nada mas allá de la tumba; ni la inmortalidad del alma, ni la espiacion de nuestros crímenes en otra vida.

Miraba aquel rostro que le habia despertado sus groseros instintos y olvidó por un momento el abismo que los separaba: como incapaz de sentimientos no sentia, como ageno de todo espiritualismo no comprendia la inmensidad de distancia que hay entre la muerte y la vida.

Un vértigo horroroso le domina, y es á poco presa de una alucinacion: de repente le parece que aquel rostro se anima, que aquellos ojos fijan en él una mirada, que aquellos labios dejan escapar una palabra, tal vez tierna y apasionada, que las manos se desenlazan y... frenético se apodera de una de ellas y estampa en aquellas lividas mejillas un ósculo ardiente que fue el sello de su cinismo y el emblema real de su abominable pasion.

Las luces se multiplican á vista de Cristian y corren va-
gorosas por el ámbito de la iglesia, mil armonías satánicas
hieren sus oídos y cree distinguir una que le dice: «Aun
es hora!»

Sus ojos encendidos despiden llamas; se aproxima mas,
coge la esbelta cintura de la helada virgen y la estrecha con
delirio, aquellas formas graciosas, aquel pecho alabastri-
no le inflaman, aquel rostro inocente le parece mas her-
moso que nunca, y presa ya de un ardor febril, por prime-
ra vez deja de ver la realidad: cree estar en su aposento y
ver á la jóven en un lecho de flores, llena de vida y encan-
tos mágicos, indefinibles.

Bleimberg estaba ébrio de sensualidad.

.....

Pasados unos momentos, el diácono vió aquel sitio con
toda su imponente severidad. Creyó aun que aquel cuerpo
estendido sobre el féretro se alzaba para maldecirle y cor-
rer tras él á vengarse de su inaudita y sacrilega afrenta,
y por la primera vez de su vida tuvo miedo y horror de
sí mismo y se precipitó pavoroso fuera de aquel lúgubre
recinto.

La luz del relámpago que cruzó por el ámbito sagrado
fue como un sello infernal puesto á su crimen.

Con el alba fue trasladada Ursula á la bóveda de enter-
ramiento y depositada entre los cadáveres.

Entonces se produjo un nuevo fenómeno.

Aquel cuerpo empezó á estremecerse; la luz que pene-
traba débilmente por una pequeña claraboya del muro, que
separaba el enterramiento de la calle, hirió aquellos ojos
que se cerraron á tal impresion; las manos se estendieron
en todas direcciones, la respiracion de una persona se dejó
percibir en el absoluto silencio que reinaba en aquel sitio;
aquella cabeza se alza nuevamente y haciendo un esfuerzo
Ursula se incorpora en su estrecho atahud.

No sabe dónde está. Lanza en torno de sí una mirada
escudriñadora, y la escasa luz que allí penetra no es bas-

tante á hacer que distinga los objetos y que comprenda todo lo horrible de su situacion.

Ya está fuera del atahud y se arrima al muro junto á la claraboya.

— Dios mio! Dios mio! esclama, y se cubre los ojos con las manos. Dónde estoy? Dónde estais, padre mio?

Aun no recuerda los últimos momentos de su trágica historia, y duda aun si está despierta ó es presa de una horrible pesadilla.

Ah! que no vuelva enteramente en sí! que no reconcentre todas sus ideas, que no vea completamente claro en aquel lugar de pavor, en aquella mansion de la muerte, porque la suya sería entonces inevitable y quizás instantánea! Dios de bondad, apiadaos de la pobre Ursula!

— Madre mia! madre mia! volvió á esclamar la pobre niña, y Dios tuvo piedad de la jóven.

En aquel momento pasaba por la parte exterior una persona, y oyó claramente aquellas exclamaciones que salian del fondo del enterramiento.

Comprendió al instante que debió de enterrarse allí á un viviente creyéndole patrimonio de la huesa, y voló á prestar sus auxilios á la persona que necesitaba de ellos: por fortuna la puerta que el diácono habia dejado abierta dió franca entrada á un jóven en la iglesia, que corrió presuroso hasta el fondo de la misma.

Penetró en lo interior de un corredor que conducia á la bóveda, bajó unos cuantos escalones y se encontró frente á frente de la puerta: alza el pestillo, pero ¡oh fatalidad! el cerrojo permanece insensible á la presion de aquella mano salvadora.

— Vengo á salvaros! grita desde fuera una voz.

— Dios mio, dónde estoy? exclamaba desde dentro Ursula.

Aquellas palabras explicaron al jóven instantáneamente la situacion de la persona que estaba en la bóveda: comprendió que no habia tiempo que perder para evitar que

vuelta la desgraciada en sí, le sobreviniese tal vez un accidente mortal: por esto no podía ir en busca del cura y de los enterradores, todos los cuales eran necesarios para poder socorrer á la enterrada viva, pues á aquellas horas deberian estar profundamente dormidos.

Los momentos eran preciosos, la luz aunque débilmente empezaba á penetrar en los sitios mas oscuros, y dentro de poco las tinieblas que aun habia en la bóveda desaparecerian completamente, y aquella persona que luchaba con la incertidumbre de su estado, iba á comprender la realidad de él en toda su estension.

Aquel conflicto le dió fuerzas y entonces recurrió á la violencia.

— Apartaos! exclamó, porque voy á echar abajo la puerta!

Y tomando carrera cuanto permitia el sitio que media desde aquella hasta el primer peldaño de la escalera, dió un fuerte golpe con todo su cuerpo que hizo retemblar la bóveda sin producir ningun eco. La puerta quedó en el mismo estado, y entonces el jóven comprendió que sus esfuerzos serian infructuosos, porque la puerta tenia mucho espesor como lo indicaba el no haber producido ningun eco.

Su ansiedad creció de punto con los obstáculos, y de improviso, como iluminado por una feliz idea, sube la escalera, salta sobre el altar mayor, ase fuertemente una vara de hierro de la cortina que cubria la entrada del corredor, y sacudiéndola con un movimiento perpendicular queda todo su cuerpo pendiente de la vara y esta bastante encorvada aunque sin ceder.

Déjase caer, vuelve á subir al altar, cuélgase nuevamente del hierro, y al nuevo impulso que hizo, se desprendió del extremo por el cual estaba sujeta á la pared, y dió con su cuerpo en tierra.

Vuela hasta la escalera, casi de un salto se coloca frente de la puerta y pasa un extremo del hierro por el espacio que mediaba entre el cerrojo y aquella. El efecto

que queria producir era el de una palanca: en efecto, colocóse á la derecha del cerrojo, apoyó un pie contra la puerta, y haciendo un esfuerzo grande y repentino con todo su cuerpo trayendo los brazos hácia el pecho, hizo saltar la lengua del cerrojo que encajaba en la cerradura.

Un momento despues estaba dentro de la bóveda.

Lo que temia habia sucedido: la jóven á quien iba á salvar yacia tendida en el suelo sin sentido: aparentemente era un cadáver mas en aquel panteon; pero era un cadáver que se escapaba milagrosamente de las garras de la muerte.

Aquel jóven tomó con cuidado tan preciosa carga, y colocándola suavemente sobre sus hombros, subió la escalera sintiéndose latir el corazon, atravesó con la celeridad posible el corredor y la iglesia y se halló en la calle desierta aun, pero completamente bañada por la luz del dia.

Cerca de un cuarto de hora transcurrió antes de que pudiese llegar á su casa, pues el peso de aquella dulce carga enervaba toda su ligereza.

Llegó al fin sin que nadie le hubiese sorprendido en el camino, y por esto Ursula en el espacio de unas cuantas horas se encontró colocada en un lecho de casa de Bleimberg, esquesta en la capilla como un cadáver, no siendo realmente víctima mas que de una prolongada catalepsia, enterrada viva en el enterramiento general, lo cual afortunadamente por su estado no llegó á sospechar, y por último trocado el féretro en un lecho pobre pero de un hombre honrado.

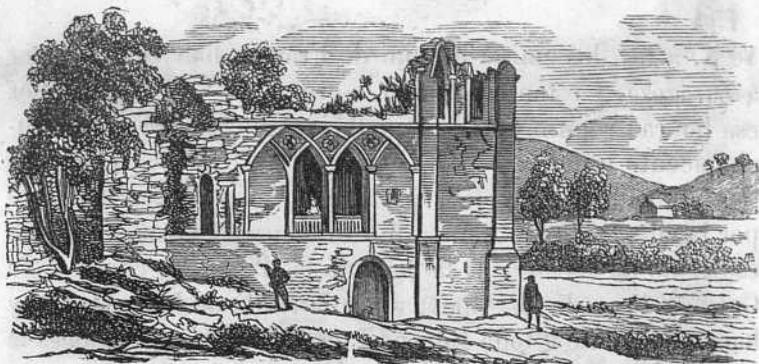
El fresco ambiente de la mañana, el movimiento acelerado y las palabras cariñosas pronunciadas al oido de Ursula, la sacaron poco á poco de aquel estado de aletargamiento y volvieron la alegría al jóven que habia tenido la dicha de salvarla.

Aquella dió primero señales de tener despejado el oido, y sin ver, preguntó quién la acompañaba y le estrechaba su mano: á poco tuvo despejado el sentido de la vista y por último el libre ejercicio de todos sus movimientos.

Al verse junto á un hombre que no era Bleimberg, le miró sobresaltada porque no acertaba con lo que veía, si bien la presencia de aquel jóven le infundió confianza y exclamó:

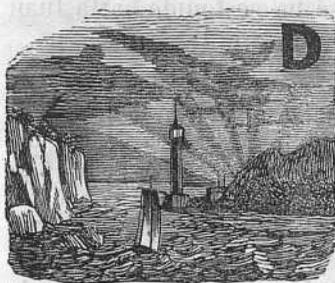
— Me he salvado! Sois vos quien me ha salvado?





CAPÍTULO XIV.

«CONTRA FLANDES.» — «CASTILLA Y LEON.»



Dos meses después de los sucesos que acabamos de referir, esto es, á fines de junio de 1518 un jóven al parecer muy preocupado se paseaba á largos pasos por una suntuosa estancia de la poderosa corte de Aragon, y en un ángulo de la misma sala estaban en conferencia otras cuatro personas que miraban de vez en cuando al jóven de una manera respetuosa. Paróse este de pronto y preguntó en alta voz:

— Cómo es que no veo á Gesvres, ni á Selvagio, señores?

— Han salido há poco para introducir á la presencia de
D. Carlos I.

V. A. á los dos emisarios que de Francia han llegado ayer á Zaragoza, y estan esperando la órden de V. A. para tener esa honra, repuso uno de aquellos caballeros que tenia mucho acento francés.

— Cuando Francisco I protege á Enrique de Albret es por la cuenta que le tiene, dijo Brabanzon. Ademas de que ese reino de Navarra es la llave de los Pirineos, como el de Cerdeña lo es de los Alpes, y por la razon de hallarse solo y haciendo frente á toda Europa Luis XII deseó ya entonces la alianza de ese pequeño estado.

— Y por eso, canceller, continuó Carlos, poco despues de la desgraciada batalla de Rávena se concluyó en Blois entre ambos reinos un tratado de alianza.

— Por lo cual en una de sus cláusulas, añadió Almerstoff, se estipulaba que no pudiese ninguno de dichos reinos permitir el paso á los enemigos del otro; y esto, á fé de tesoro, es claro que se espresó solo por España.

— La verdad es, contestó Carlos, que ni á Francisco I ni á mí nos acomoda esa division de Navarra: el francés protege al navarro para devorarlo despues, y eso es precisamente lo que yo no consentiré.

— No es menos cierto, señor, observó con sorna La Chaud, que la independenciam de Navarra se ha sostenido hasta Juan de Albret por la debilidad de los reinos limítrofes.

— Ciertamente, mi buen francés, esa es la razon porque me temo mucho que no llegue á ceñirse su hijo Enrique la corona que pretende, porque hemos llegado á unos tiempos en que los grandes estados de allende y aquende el Pirineo se han tragado á los pequeños que estorbaban nuestra completa vecindad, dijo el rey.

— Y precisamente, continuó Brabanzon, la esperanza de continuar independiente la Navarra, la perdió desde el momento en que su reina Catalina se unió al caballero Juan de Albret.

— Siento esta entrevista por el desaire que va á recibir mi ilustre hermano el de Francia, que no por los celos ni re-

celos que pueda inspirarme la proteccion que dispensa á los navarros.

— Quién podria temerlos en el lugar de V. A.? exclamó con necia lisonja Brabanzon.

— Mi buen hermano el francés se ha propuesto hacerme la contra en todo... insistió con indiferencia el principe.

— Tanto peor para él, pues que V. A. sabe la solicitud con que procura su amistad y alianza el inglés, observó con no menos adulacion Almerstoff.

— Sin embargo no está tan esplicito Leon X. No parece sino que la Iglesia Romana quiere dominar igualmente á los cuatro colosos de la cristiandad, Alemania, Inglaterra, Francia y España, símbolo de los cuales son sus tres coronas y el globo imperial y la cruz con que remata la misma tiara: esto es, tres reinos y á la cabeza un imperio.

Los palaciegos nada contestaron, pero lanzaron una mirada sarcástica al diácono, que era entre ellos el único representante del principio religioso, como queriendo adular tácitamente al nieto de la reina Isabel.

La puerta de la real cámara se abrió entonces y un gentil-hombre anunció á «Monseñor de Gesvres!»

El rey hizo á este una seña afirmativa con la cabeza.

Dirigióse entonces el ministro á Selvagio, que esperaba á la puerta seguido de otros dos personajes, le hizo ademán de que pasasen, y entonces un page anunció á *monseñor* Selvagio, canceller del reino, y despues á *monsiurs* los embajadores de Enrique de Albret.

El rey en aquel punto subió tres gradas del trono que se hallaba colocado en el testero de la sala y tomó asiento bajo el regio dosel de terciopelo carmesí, en cuyo fondo se veían bordadas de oro las armas de Castilla y Leon con las barras aragonesas.

Los recién llegados, acompañado cada uno de uno de los dos últimos personajes indicados, doblaron la rodilla izquierda, inclinaron respetuosamente la cabeza, y el mas joven de ellos puso un pergamino en manos del rey, el cual

despues de haber echado una ojeada sobre la firma y el escudo de la credencial y reconocido la menuda letra de Enrique de Albret y las ocho doradas lises de Navarra,

— Os escucho, señores, les dijo con magestad entregando el pergamino á Gesvres.

En tal sazón, el de mas edad tomó la palabra en latin y se espresó en los términos siguientes:

— Salud, rey de España. Nuestro rey y señor Enrique de Albret, hijo de Juan de Albret, rey que fue de Navarra y privado de su trono por vuestro augusto abuelo Fernando, rey de Aragon, nos envia hoy á Zaragoza para en su nombre pedirnos que, con arreglo al tratado de Noyon, le pongais de nuevo en posesion de aquel reino, que le pertenece por muerte y en representacion de Juan de Albret.

El rey contestó tambien en lengua latina lo siguiente:

— Y qué piensa de eso mi ilustre hermano Francisco I?

— Señor, repuso el embajador que aun no habia hablado, el rey cristianisimo apoya la reclamacion de nuestro amo y señor Enrique de Albret porque en 13 de agosto de 1516 se firmó el tratado de paz entre los embajadores de España y Francia.

— Atendidas nuestras buenas disposiciones en favor de Enrique de Albret, podeis hacerle presente que en concluyéndose las Cortes de Aragon nos ocuparemos detenidamente de este negocio. Entre tanto si necesita ausilios de dinero puede ocurrir á Nos, no obstante lo escaso que se halla nuestro erario, seguro de que en servirle tendremos grande contentamiento.

Dichas estas bellas frases, se retiraron los embajadores muy poco complacidos y resueltos á hacer todo el daño posible al rey Carlos, mientras este quedaba departiendo tranquilamente con sus amigos y dignatarios que hemos nombrado.

Dejemos por ahora la corte para trasladarnos á otro punto mucho mas modesto, pero no por eso menos importante, para seguir nuestra verídica historia.

En aquellos tiempos, segun las crónicas cuentan, bebiase

tanto ó mas vino que ahora en nuestra buena España, puesto que por fortuna no se conocia la amarguísima pero elegante cerveza, como hoy sucede aun entre los honrados menestrales y hombres del pueblo.

Esa antiquísima costumbre del vino, que nos ha transmitido la primer descendencia del buen Noé, que los sectarios de Mahoma ejercitan indispensablemente, siquiera porque les está prohibido su uso, y que nosotros como muy bíblicos seguimos practicando con el mismo fervor que si nos estuviera prohibido, hizo que al oscurecer de aquel mismo dia mas de veinte personas del pueblo, segun lo revelaba su traje al par que sus maneras y su mismo lenguaje, se hallasen reunidas en un punto con tan plausible deseo.

Aquel lugar era una taberna, ni mas ni menos, y en ella, como regularmente sucede en todas esas *ermitas*, se bebia con el mayor descanso del mundo y con la menor templanza posible.

La calle en donde se hallaba la taberna era chica, como la conciencia del tabernero, y traidora como su mirada: la casa tenia una puerta falsa que daba á un huerto, por el cual se llegaba hasta el muro mismo de la ciudad.

Por aquella puerta habian entrado sucesivamente y con misterio varias personas, que sin pasar de veinte no bajarían de diez y ocho: todos iban cubiertos con grandes sombreros y envueltos en anchos ferreruelos: en su lenguaje se conocia que eran de varios reinos de España, y en sus maneras sueltas todos gente honrada asi de dispuestos á vaciar unos cuantos jarros de buen mosto, como á solazarse con una moza ó á descargar sendos mandobles en caso de necesidad ó por la negra honrilla.

Aunque en la taberna, segun lo demostraba el secular ramo de empolvado pino colgado en la ventana encima del dintel de la puerta principal, estaban aquellos caballeros, á decir verdad, de la manera mas aristocrática posible, puesto que ocupaban el piso alto de la casa y su única sala, anterior á un verdadero camaranchon ó calabozo en donde

dormía el patron con su muger, una Maritornes ó esfinge que le servía con la menos amabilidad posible del mundo y con la cara peor que pudiera hallarse desde la Coruña á Cádiz, ó desde Perpiñan hasta Lisboa.

En el piso bajo de la casa, ó sea la parte pública, democrática y verdadera taberna, habia tambien desde la puesta del sol otro cuadro que merece llamar la atencion del lector porque, sin formar la aparente antítesis del primero, podrá serlo verdaderamente en el fondo, ó por mejor decir, era un cuadro que completaba sin duda el primero, como el acto segundo de un drama, distinto del primero y tercero, es sin embargo indispensable para la esplicacion del uno y desenlace del otro. Indudablemente es lo cierto que la accion de ambos era hasta cierto punto coexistente, simultánea, y de ahí el tener nosotros que dividir, sino la *continencia del pleito*, como diria un pedante leguleyo, de cuya casta toda nos libre Dios, al menos la atencion de nuestras lindas lectoras y de los desocupados lectores que nos dispensan la honra de leer estos renglones.

La algazara continúa que se oía desde cien pasos de distancia de la taberna del *Murciélago* era en Zaragoza cosa tan frecuente, que por lo mismo no llamaba la atencion de los pocos transeuntes de aquella callejuela estraviada, como tampoco se estrañaba la constante entrada y salida en ella de gente de todos sexos y edades; aunque en honor del *bello* debemos decir que sus representantes eran siempre en muy corto número.

A la hora que hemos indicado antes hallábanse mas de veinte personas del pueblo segun lo revelaba su trage, al par que sus maneras groseras y su misma conversacion.

En la cuadra, á cuyo extremo se veía el mostrador, habia al rededor unas mesas medio cojas y bastante desven- cijas, aunque no tanto como sus dignos compañeros los banquillos, de desnudo y mal cepillado pino de cuatro lustros de antigüedad.

La luz que despedía un candil mayúsculo de cuatro me-

cheros, si bien solo ardian los dos opuestos en línea horizontal, formaba una oscilacion constante que reflejaba sobre aquellos hombres, casi todos de mala catadura, é irradiaba de una manera muy poco poética aquellos rostros dignos de estudiarse por un Ticiano que hubiese querido trasladar al lienzo dos docenas de cabezas representando el *prendimiento* de Cristo en el huerto de Getsemaní, ó bien los que acompañaron al suplicio durante la época del terror á Luis XVI y á María Antonieta.

La algazara era bastante, y aunque particular la conversacion en cada mesa al principio, sin embargo la casualidad de haber recaido aquella sobre negocios públicos que traían los ánimos bastante revueltos, hizo que luego fuese haciéndose general.

— Cuánto apostais, maese Pujol, dijo un jóven de moreno y gracioso rostro con largos y finos mostachos á otro de mas edad y peor talante, á que si los flamencos se empeñan en que el rey presida vuestras Cortes, tenemos que romperles á todos las cabezas?

— Preciso será para que el Justicia-mayor no sufra tal desaire, contestó un nervudo mancebo en aragonés.

— Yo, repuso otro de idéntica laya en el mismo dialecto, creo que los flamencos han tapado los ojos al rey de manera que no ve lo que pasa, y se espone ¡por San Jaime mi patron! á que se arme la marimorena y no nos entendamos castellanos, aragoneses ni flamencos.

— Bien dicho!, contestó otro con voz aguardentosa. De fuera vendrá quien de casa nos echará, dice el adagio, y todo menos eso, por la Virgen del Pilar! que no somos mancos los aragoneses.

— Vaya, que si el niño se empeña, contestó desde otra mesa un tercero de tan ruines trazas como los anteriores, será cosa de enseñarle los dientes antes y con tiempo para que no olvide que los aragoneses se portaron muy bien con su abuelo don Fernando el Católico: dicho lo cual apuró de un trago medio jarro.

— No hay como hacer tiras del pellejo de esos flamencos empezando por el gitano de Gesvres y sus amigos, que así se guardan nuestro oro como si fueran alcancías, y nos van desplumando que ya es milagro ver un doblon de á ocho, repuso otro ofreciendo un jarro á un su compañero.

— Venga vino, maese Bartolomé!, que su merecé, dijo el jóven que inauguró la conversacion, merece que por él gaste el último que me queda y con ello le ahorro el trabajo de que se pierda en la hucha de ese estrangero á quien Dios perdona.

— Que se gaste!, contestaron unos.

— Vino por cuenta del pagecillo!, exclamaron otros golpeando en la mesa, aludiendo con el apodo á lo jóven que era el generoso mancebo.

— Prudencia!, señores, gritó maese el tabernero trayendo un jarro en cada mano y otro debajo de cada brazo.

Prudencia! que me comprometen usarcés y me tiran al degüello con esas vociferaciones.

Quién sabe quién nos escucha?, y al buen callar le llaman Sancho, que las paredes hablan, y á bien que no estamos solos, y cada uno es hijo de su padre y de su madre...

— Venga vino y calle, *seor* tabernero!, que ensarta mas refranes que un albeitar, y mas necedades que una beata oraciones.

— No tiene él la culpa, sino quien gasta blanca en su casa.

— Puede ser que despache vino á los estrangeros ese judío.

— Vamos callando, señores, que el olmo nunca puede dar peras, y Dios me dé contienda con quien me entienda, que mas al cabo sabe el loco en su casa que el cuerdo...

— Maese, si vendes como encajas razones descosidas y ensartas refranes, por el alma de Judas!, que fue menos ladron que tú, apuesto á que estarás ya rico.

— Calla, mentecato, que ya ves cuatro luces en la cuadra y no hay mas de dos, repuso amostazado el tabernero.

— Ois? dijo entonces en voz muy baja un jóven de peque-

ña estatura á otro *un poco* mas alto que le acompañaba, desde el rincon mas oscuro de la estancia donde no podian ser vistos, pero desde donde escuchaban con atencion cuanto se decia y observaban cuanto alli pasaba.

Entonces una persona pasó por junto de uno de ellos y le dió con cautela un papel.

— Bien está: repuso el interrogado á su amigo, procurando al mismo tiempo ocultar su rostro con el embozo, llevando el papel al bolsillo y un jarro á los labios aunque sin tocar el liquido que contenia. Pero es el caso, añadió, que van á dar las *Animas* y esta gente no tiene trazas de ser cosa buena, ni menos lo que buscamos.

— Pues es lo cierto, señor, que estamos en la taberna del *Murciélagos*, pero aun no es la hora.

— Esperaremos. Bebe, no nos observen y lo echemos todo á perder.

Cuando esta gente se vaya haremos como que dormimos ó nos ocultaremos como podamos aqui y...

— Las *Animas*!, repuso por lo bajo su interlocutor descubriéndose y dejando ver una rizada cabellera que caía sobre los hombros.

— Las *Animas*!, dijo con voz hueca maese Bartolo, poniéndose en pie detras del mostrador.

— Las *Animas*!, exclamaron todos levantándose, descubriéndose y haciendo la señal de la cruz.

Cuando dejó de oirse la campana que nos recuerda diariamente que tenemos en el otro mundo almas por las cuales debemos pedir al Dios de las misericordias, ya habian todos los asistentes, á pesar de no ser su fuerte la devocion, murmurado un *Pater noster*, un *Ave Maria* y un *Gloria Patri* por sus mas próximos parientes difuntos, y fueron desfilando en la mejor y mas chillona armonia los unos, y en un cuestionable silencio los otros, y todos cambiándose repetidos saludos de cabeza.

Cinco minutos despues entró maese Bartolomé en la taberna para recoger todos los jarros que habia sobre las mesas.

Entonces se oyó un silbido desde arriba, abrióse una trampilla por la cual se registraba cuanto pasaba en la parte baja del edificio, y de pronto, la escena que tenía lugar arriba cambió completamente. Pronto veremos de qué manera.

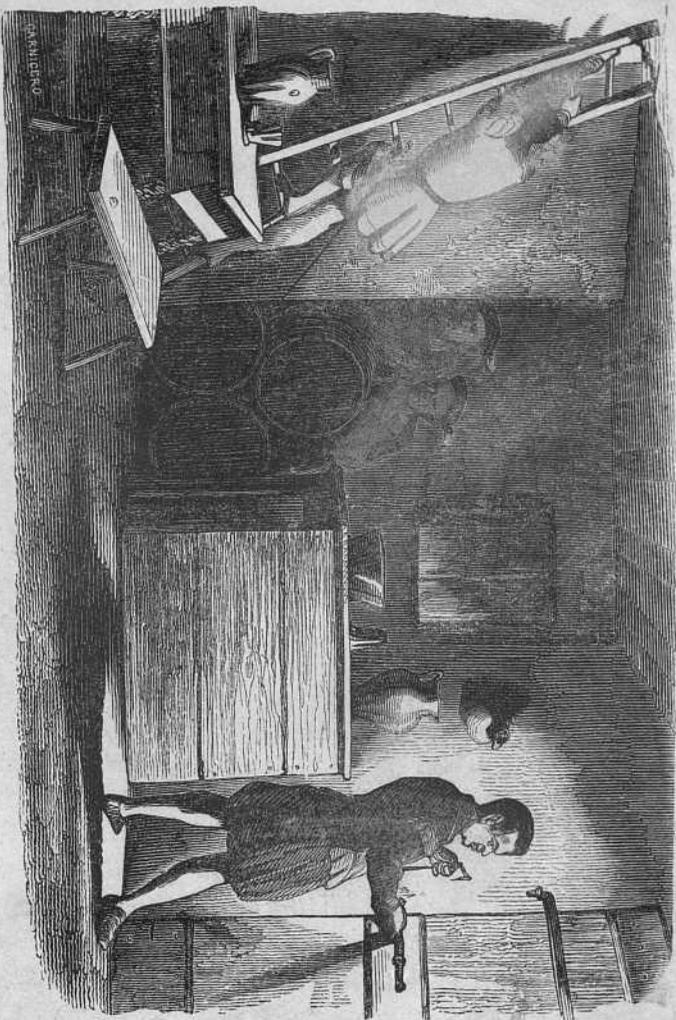
Maese Bartolomé, por un descuido imperdonable en un hombre de su clase, y probablemente debido al sueño que empezaba á dominarle desde la oracion á manera de una enfermedad nerviosa, como diríamos hoy que desgraciadamente hemos hecho el descubrimiento horrible de tener nervios, cosa absolutamente desconocida en el siglo XVI, como otras muchas para felicidad de aquellos vivientes; el ladino tabernero, decíamos, no registró con toda la debida escrupulosidad el rincón en donde se hallaban los dos jóvenes que llamaron nuestra atencion y cuyo diálogo fue interrumpido por el toque de Animas; porque habiendo visto una moneda de plata junto á los jarros de vino del lugar en que aquellos estuvieron, escitado por la alegría que le causó tan inesperada liberalidad de los nuevos parroquianos, recogió precipitadamente los cacharros, apagó las luces que, aunque con bastante inexactitud, debemos decir que iluminaban la taberna, y se fue corriendo á comunicar tan grata nueva á su estúpida consorte.

En aquel momento mismo comprimieron su aliento los dos escondidos forasteros á causa de haber oido, al descorrer la trampilla, decir con acento varonil desde el piso superior:

«Maese, cerrad bien la puerta, porque queremos estar solos, y os va en ello el pellejo.»

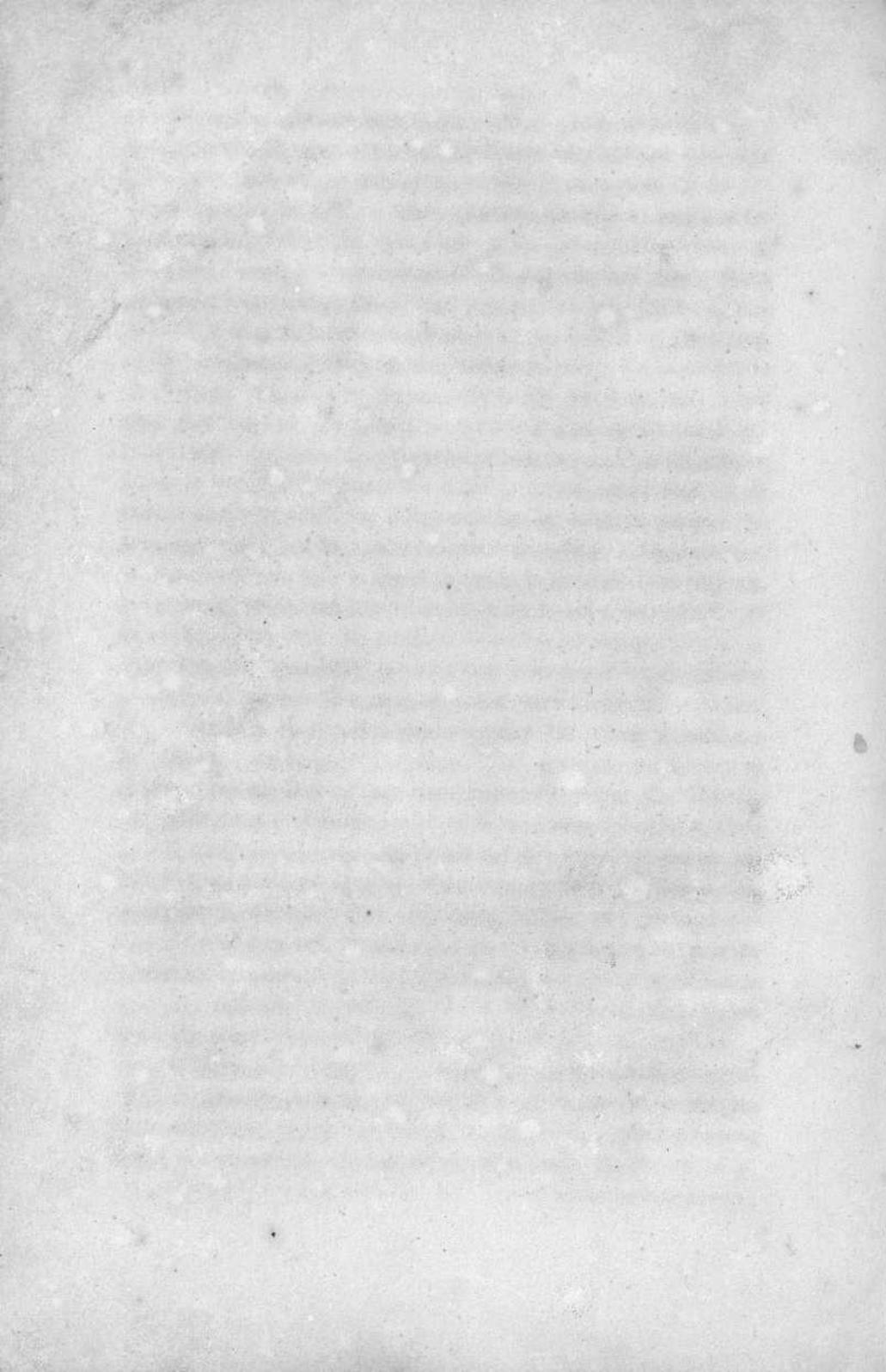
Obediente el tabernero al explícito mandamiento, que para mas solemnidad iba acompañado de sancion penal, cerró precipitadamente la puerta con llave y cerrojo, y puso horizontalmente por añadidura una barra de hierro, que bien podia por sí sola hacer inútiles todas las demas precauciones.

— Ya está hecho como ordenan vuestas mercedes!, exclamó con bronca voz y en el dialecto aragonés el tabernero.



Siete Embajadores. — Lámina 5.





—Venga la llave! y examinemos la puerta, dijo un embozado que se presentó entonces junto á maese, guiado por la luz de un candil, nieto del que estaba en la taberna, pero sin embargo capaz de contener un cuartillo de aceite, si alguna vez por algun trastorno de sus facultades mentales se hubiese atrevido á tanto el tio Bartolo.

Como el disco luminoso que formaba aquella raquíca luz no comprendia á los que estaban escondidos en el rincon, el embozado y maese pasaron sin que humanamente pudiesen vislumbrarles siquiera.

Estos últimos practicaron su reconocimiento en un momento, y se marcharon de la cuadra, el uno á la que habia en la parte superior, y el otro al camaranchon.

Los escondidos se apretaron las manos; quizás tuvieron algun miedo al verse en una completa oscuridad en un lugar que no conocian y en donde sin duda estaban comprometiendo sus vidas al menor ruido que hicieran.

Y sin embargo, la impaciencia y la curiosidad con que batallaban echó un sello á sus labios y redujo á la inmovilidad mas completa por de pronto á nuestros jóvenes.

La trampilla habia quedado abierta, y de este modo penetraba algo de luz, como si dijéramos un crepúsculo del astro tabernario ó sea candil con que se alumbraban en la parte alta, quedando de esta suerte hasta cierto punto en comunicacion ambos departamentos.

Al salir el jóven de los bigotes, á quien hemos oido designar con el apodo de *pagecillo*, sintió que le tocaban ligeramente en el hombro, y volviéndose con presteza vió que le hacia señas de que le siguiera un embozado, que echó á andar delante de él volviendo receloso la cabeza.

—Si el teñor Loyola no tiene miedo, escuche dos palabras á un camarada que quiere ser su amigo, dijo el embozado al mismo tiempo de emprender su marcha.

—Que me place, seor soldado! replicó el *pagecillo*, que ni el miedo es fruta que he conocido nunca, ni soy tan novicio como parece en llevar un mosquete al hombro, re-

plicó con donaire el jóven, siguiendo al que le habia hallado.

Llegados á una esquina, hizo alto el primero de ellos; lo propio hizo el segundo, y...

— Puesto que vuesarcé me conoce, le dijo al embozado, hable cuanto se le venga en mientes, que aqui me tiene á su disposicion y al servicio de Dios y de mi reina doña Juana.

— Y del rey don Carlos?

— Lo mismo; pero contra los flamencos.

— Pues vengan esos cinco.

— Allá van.

— Sirvo, como lo dice este trage, en la guardia del rey.— Aqui se quitó el embozo. — Estoy con los de la liga. Esta noche hay una reunion, á la cual no he asistido porque me han avisado en el *Murciélago* que entro ahora mismo de servicio, porque se ha mandado reforzar la guardia y se me anticipa la mia 24 horas.

— Y bien?

— Estais decidido?

— No digo las cosas mas que una vez.

— Necesito que vayais por mí á dar noticia á la reunion de que he faltado por esta causa, y que estan vendidos porque el diácono Bleimberg, que acaba de llegar de Valladolid, ha contado al príncipe todo lo que pasó á fines de abril en el convento de Santa Engracia el dia en que cuatro caballeros estuvieron á besar la mano á la reina, el mismo en que salió Carlos de Valladolid.

— Y ese diablo de flamenco ha dicho los nombres de aquellos caballeros?

— De todos, y ha referido de la cruz á la fecha toda su conversacion.

— Bribon! Os juro...

— Nada de juramentos, señor page; eso corre de mi cuenta. Ahora lo que importa es obrar con sigilo, prudencia y actividad.

— Tendré un candado en la boca y alas en los pies.

—Pues entonces en... (aquí dijo al oído una palabra que nadie pudo oír, y de consiguiente que nosotros no podemos decírsela á nuestros lectores) os esperan.

La seña es *Contra Flandes*, y os responderán *Castilla y Leon*.

La entrada por allí; y señaló una tapia que se descubría á lo largo de la esquina en donde se hallaban parados. Allí está la puerta; tres golpes, entendeis?

—Vaya vuesa merced descuidado. Hasta cuándo?

—Mañana á las doce en palacio! Con esta hebilla que presentareis al oficial de la guardia, me vereis: dijo, quitándose la que ajustaba su cinturon.

—Hasta mañana!

—A las doce!

Ambos se dieron de nuevo las manos, y marcharon á largos pasos en opuestas direcciones.

De buena gana seguiríamos á cualquiera de ellos, pero es el caso que hemos dejado á otros dos jóvenes muy comprometidos y en una situacion muy crítica; y tenemos que ir, sino á sacarles de allí, al menos á ver las trazas que ellos se dieron para hacerlo, pues claro es que allí no se habian de quedar.

—Desde aquí no se distingue claramente lo que hablan ahí arriba, ni menos alcanzo á conocer la voz de ninguno de los nuestros, decia en voz muy baja el mas alto de los jóvenes; los que seguian á oscuras, gracias á maese Bartolo.

—Ni yo tampoco, y tengo miedo; contestó el compañero por lo bajo, y continuó el diálogo siguiente:

—Buen conjurado haces. Ea, valor! que todos serán amigos...

—Como tú quieras. Pero y cómo hacemos para darnos á conocer aun caso de que lo sean, sino traemos contraseña ninguna, ni tenemos seguridad de que sea como tú imaginas?

—No estamos en la taberna del *Murciélago*?

—Sin duda.

— Y no somos día 30?

— En efecto.

— Pues hé ahí lo que decia el papel que me ha entregado ayer mañana, al llegar á la ciudad, aquel pobre que se arrimó á pedirnos una limosna en la puerta del *Angel*.

— Pero en ese traje no podía conocerte. Quizás sea una equivocacion ó un engaño.

— O algun amigo que no pudo darse á conocer, y necesitaba hablarme de nuestro negocio.

Aquí hemos esperado bastante: todos se han ido, y yo creo que han de ser los de arriba los que andamos buscando.

— Y sin embargo es comprometido, sin tener una seguridad.

— Y qué hacer? Lo de menos sería esperar hasta mañana; pero infundiríamos justas sospechas... Ah! en ese caso fingiríamos un profundo sueño...

— Que podria costarnos caro. Virgen de Covadonga, socorrednos!

— Callad; siento pasos por fuera del huerto... oyes? es alguien que se acerca siguiendo la tapia... llaman... uno, dos, tres. Contra Flandes! han dicho... Castilla y Leon! han contestado... abren... un embozado entra... cierran por dentro... se acercan... ya estan aqui.

Todo esto lo dijo el mas valeroso ó sereno de los jóvenes, mientras el otro callaba como un muerto y se aproximaba cuanto podia al primero.

Este habia ido siguiendo todos aquellos movimientos con el oido, que tenia atento al menor ruido, y vió cuando habia ido enumerando por la rendija de una ventana de la pieza en que se hallaban, la cual se abrió en aquel punto que el jóven lo dijo.

La puerta por fortuna estaba, como tambien la escalera, en la parte opuesta de donde se hallaban nuestros jóvenes; por lo cual y por lo escaso de la luz, como hemos indicado, los que entraron no pudieron hacer alto en ellos.

Afortunadamente para ambos de los que estaban allí antes, el que hacia de portero subió con el que acababa de entrar alumbrándole con una lámpara sorda.

Dejaron abierta la puerta de la taberna que caía al huerto, y antes de que tuviese lugar de volver, nuestros encerrados tuvieron tiempo de escapar ligeramente pero muy de quedo, de descorrer el cerrojo que tenia la puerta falsa de la huerta por dentro, y de estar, cuando el portero volvió, á doscientos pasos de la tapia para tomar una resolucíon.

Pero antes á la luz de la luna leyó el papel que decia:

«Por la puerta de la huerta tres golpes: seña «Contra Flandes,» responderán «Castilla y Leon» y seguireis al guia.»

Entonces comprendió el jóven que al darle la contraseña que él mismo acababa de oír pronunciar, se habian equivocado.

Entre tanto en el piso alto de la casa ocurría lo que es ya hora de referir.

Reunidos hasta dieciocho individuos con la precaucíon necesaria, como personas que, aunque sin crimen, pretenden llevar á cabo un proyecto reservadamente; se despojaron de sus mantos ó ferreruelos, quitáronse los chambergos y comenzaron en corrillos á platicar como quien espera.

De cuando en cuando las miradas de todos se dirigian á la ventana que daba al huerto, y al cual iluminaba, aunque débilmente, un tibio rayo de la plateada luna.

Pero no por esto cesaba la conversacion en los distintos corrillos, aunque en tono moderado, especialmente desde que la taberna quedó en silencio.

Entonces uno de ellos tomó uno de los dos candiles que habia en la estancia y dijo:

— Voy á asegurarme de que está bien cerrado, porque Dios no me ayude si me fio de ese judío de Bartolomé ó como se llame el verdadero *Murciélagó* de esta santa casa.

Y en efecto, fuése un jóven, á quien luego llamaron don

Diego Hurtado, y practicó el reconocimiento que hemos indicado antes, bien ageno de que hubiera allí quienes le observasen perfectamente.

— Qué diablos de punto de reunion habeis escogido, señores, tan poco digno de vuestras mercedes! exclamó el mismo.

— Pero muy seguro, que es lo que conviene; y puesto que ya estamos solos en la casa y seguros, creo que no debemos perder tiempo, señores.

El interes de la patria nos ha reunido en este sitio, y todos debemos dar cuenta de nuestros trabajos para poder combinar nuestro plan para lo venidero: dijo con grave acento un hombre como de treinta y ocho años, de elevada y gallarda estatura, de gran nariz aguileña, boca chica casi oculta con una poblada barba, ojos muy vivos aunque chicos, cabeza redonda y dilatado ángulo facial.

— Señor Leiva, repuso entonces otro caballero aproximadamente de la misma edad que el anterior, pero de escasa talla, cabeza y rostro redondos y formas muy marcadas, ojos hermosos un poco entornados, grandes cejas y boca regular; por lo cual revelaba inteligencia, audacia y bastante aprecio de sí mismo: creo que no estamos todos, y convendria quizás esperar.

Debiamos á lo que creo ser dieciseis y no estamos mas que catorce.

— Ciertamente, señor Moncada, asi es la verdad, contestó Leiva; pero es lo cierto que como la mayor parte han tenido que venir de fuera, puede haberse retardado alguno y...

— Hasta el alba, interrumpió don Garci Jofre de Loaisa, no hay prisa ni riesgo.

— En efecto podemos esperar aun, si place á vuestras mercedes, repuso Moncada. Vinieron, continuó, los representantes de Toledo?

— Aquí está Juan de Padilla, y dice que los ánimos se hallan predisuestos; y ademas cuento con don Pedro Las-

so de la Vega y don Fernando de Avalos que aqui teneis, señores, dijo un jóven lleno de dignidad.

— Para servir á Dios y á nuestros reyes, repuso Lasso.

— Y hacer la guerra á los flamencos con mil ducados que tenemos cada uno de nosotros para el objeto, y de los cuales parte se han invertido ya en armas y socorros á los pobres, añadió Avalos, jóven como los dos anteriores sus compañeros.

— Pues otro tanto aseguro yo por Córdoba, y hay disponibles aun mas escudos si se necesitan, porque pueden venderse doscientos potros á mas del dinero recogido, que no bajará de dos mil ducados, dijo otro jóven con acento andaluz.

— Pues en Segovia, continuó otro dirigiéndose al cordobés, señor Francisco Pacheco, no nos quedamos atrás.

Veinte pares de bueyes ofrezco yo en nombre mio y de un mi primo, y ademas cien ducados al mes cada uno de nosotros por término de un año ó mas si fuere menester.

— Yo he hecho que en Salamanca, señores, haya hoy disponibles doscientos hombres de armas por el término que ha fijado el señor Juan Bravo, dijo don Francisco Maldonado.

— Pues Leon, señores, pondrá el dia que se pidan ciento setenta y entregará mil ducados cuando se ofrezca, añadió don Martin de Acuña.

Levantóse entonces Mendoza y dijo con orgullo:

— Granada en mi nombre os ofrece, señores, diez mil maravedis de oro, cien caballos y mil lanzas.

— Pues yo, á fé de Gonzalo, no puedo ofrecer mas que mi persona como marino.

— Gracias, señor Rivera, repuso Leiva al jóven que habia hecho tan modesta revelacion. Vuestro arrojo en mar y tierra nos son conocidos, y sobre todo vuestra decision por la causa. Aqui todos valemos. Tampoco he ofrecido yo nada.

— Vuestro nombre solo, interrumpió un jóven como de veinticinco años, de alta estatura y poblada barba, es un tesoro.

— Bien dicho, señor Urbina, y si nada tengo que añadir por Granada, pues ya oisteis, señores, lo que manifestó don Antonio, puedo afirmar que aunque mozo, cual ninguno de los que aqui nos hallamos, haré lo que se me ordene; que en eso de ofrecer estoy como el señor Rivera con muy buenos deseos y sola mi persona.

— Convengo en todo con el señor Hurtado de Mendoza, continuó otro jóven dirigiéndose al que acababa de hablar, menos en que sea el mas mozo.

Siento serlo tanto como y mas que vuesa merced, pero mas que todo siento el no tener su ingenio, á fé de Garcilaso de la Vega.

— Quién falta, señores? pues debiamos ser dieciseis, preguntó Urbina.

— Dos valencianos llamados... Ramon Franquet y Luis Vallés, dijo don Antonio de Leiva.

— Cómo asi? replicó don Hugo de Moncada, si el señor Loaisa, encargado de esperar en la puerta del Angel á dos jóvenes, les entregó el aviso por escrito con las palabras mismas que á todos: *Taberna del Murciélago, á las Animas, 50 de abril.*

— Perdonad, interrumpió el aludido, llamé á un mendigo que lo hizo á mi vista con exactitud. De esa manera creo que fue mas disimulado.

— Pero estais seguro, preguntó Moncada, de que fuesen ellos?

— Las señas que me disteis, don Hugo, eran mortales. Dos jóvenes de veinte á veintidos años; uno de corta, y de regular estatura el otro; uno con barba rubia, sin ella el otro; que venian camino de Valencia montados; largas capas negras y sombreros blancos...

— Esas son sus señas. Mas luego no los visteis en la sala baja de esta taberna?

— Les vi y les alargué con disimulo la contraseña y me contestaron *está bien*. Luego me marché; y á poco observé desde la esquina que todos hicieron lo mismo, quedando en silencio la taberna y cerrada por dentro.

Entonces se oyeron tres golpes en la puerta del huerto y á poco el ruido de descorrer el cerrojo.

Unos momentos despues, la lámpara sorda del portero alumbró la entrada de dos personas.

Una de ellas se quedó esperando en el huerto.

— Ya estan aqui! exclamaron algunos.

— No son ellos! repuso don Hugo.

— Tanto vale: contestó el mas alto de los recién llegados, llevándose cortesmente la mano á su sombrero y dejando correr sobre sus hombros rizados y negros bucles.

— Nos han vendido! dijo don Juan de Urbina.

— Don Antonio de Leiva, me conoceis?

Al decir estas palabras el desconocido, se quitó la barba negra que ocultaba un rostro de delicadas y femeninas facciones.

Aquel cambio operado instantáneamente en la fisonomía del jóven y el eco de voz hicieron que Leiva reconociese á su interlocutor, y con suma sorpresa suya exclamó:

— Vos aqui, duquesa?

— Decid á estos señores que soy un partidario de la liga.

— Señores, la duquesa de San-Rafael hace tiempo que pertenece á la liga.

— La duquesa de San-Rafael! repitieron algunos sorprendidos.

— La duquesa de San-Rafael, señores, que viene á ayudaros. Testigos tengo en esta sala que me abonarán.

No es asi, señor de Urbina? no es cierto, señor Juan de Padilla? Señor Juan Bravo... tambien vos aqui? Don Martin de Acuña... don Hugo de Moncada, que me place...

Al dirigirse á cada uno, les fue dando la mano como en señal de antiguo conocimiento.

— Mas cómo estais aquí, señora? preguntó aquel.

— Por medio de la contraseña que he recibido esta misma noche en la taberna, poco antes del toque de *Animas*.

Lo demas no debe estrañaros, porque la mayor parte de los que aquí estan son personas con quienes he tratado por mi misma en las ciudades donde moran.

Hace dos meses que no dejo de recorrer la España de un punto á otro.

Teneis algo nuevo que comunicarme? porque los elementos con que contaís los conozco ya.

El pensamiento es siempre el mismo: «¡Guerra á los flamencos!»

Se convocaron ya las Cortes de Zaragoza, señores? dijo tomando asiento Estrella.

— El Justicia-mayor se ha adelantado al rey, porque es quien por derecho debe hacerlo en los interregnos.

La prudencia de Carlos de Austria ha hecho que desista de su propósito, y por ello presidirá el Justicia sin que haya ningun conflicto, contestó don Juan de Urbina.

— Tanto peor, porque así Zaragoza desperdiciará la ocasion que se le presenta de manifestar su odio contra los flamencos, dijo otro.

— Señor Hurtado de Mendoza, bien se conoce que se os arde la sangre en las venas, repuso Leiva.

La duquesa habló entonces:

— Pues bien, en un dia dado se enarbolará el estandarte en todos puntos al grito de «¡guerra á los flamencos!» porque de dia en dia crece su venalidad, su audacia tambien crece y crecen por fin los impuestos. Hasta á los nobles...

— Yo no puedo permitir, interrumpió Padilla, que á la nobleza de Castilla y de Leon se le reduzca á la degradante condicion de tributaria, porque, señores, todos sabeis que estas tierras y estos reinos se han conquistado con nuestra sangre, con la sangre de los nobles: recordad que Alfon-

so VIII y sus sucesores se estrellaron en tal empresa, y antes que consentirlo yo, estoy resuelto á arrostrar la muerte en defensa de nuestros derechos (1).

— Y yo! exclamaron unos levantándose.

— Y nosotros tambien! dijeron otros, cambiando una mirada, como si se interrogaran con la vista.

— Nosotros, continuó con calor el jóven Padilla, enviamos diputados á Valladolid para que le diesen cuenta de nuestras quejas; y en vez de escucharles y aplacar su enojo, se vino silenciosamente á Zaragoza, á pretesto de jurar los fueros, para que le proclamasen rey en Cortes...

— Hidalgos! estais vendidos: dijo presentándose de pronto en la puerta un jóven.

Todos los conjurados se alzaron y se miraron entre sí.

— Quién sois, mancebo? hablad, dijo Leiva.

— No falta alguno entre vosotros? repuso el jóven.

— Alguno falta en verdad...

— Y bien? volvió á preguntar el anterior, y continuó: El rey sabe cuanto pasó en Santa Engracia el dia de su salida. No han tenido tiempo para decirme mas. He llegado hasta vuestras mercedes con la contraseña que se me indicó. He cumplido, porque aborrezco á los flamencos.

— Antes de separarnos, dijo Moncada, podemos contar con Francisco I, señores? y se dirigió á dos estrangeros que se hallaban á su izquierda.

— Quanto dinero sea menester está á nuestra disposicion: dijo uno.

— Y mas de quinientos hombres de guerra que estan esperando el aviso de entrar por el Aragon, costeados por Enrique de Albret, mi amo y sus parciales de Navarra; replicó el otro estrangero.

— Retirémonos ya, señores, dijo Leiva. De todo lo que

(1) Palabras históricas de Juan de Padilla.

ocurra tendreis noticia por... aqui se detuvo como buscando un nombre.

—Nosotros: porque somos inviolables por nuestro carácter de embajadores. En nuestra morada tendremos la honra de veros y nos pondremos en comunicacion, señores, dijo uno de aquellos.

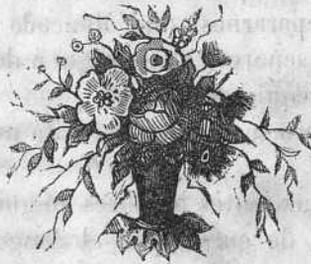
Al proferir estas palabras oyeron un fuerte ruido. Era la puerta del piso bajo que iba á saltar hecha pedazos.

—Lo veis? dijo el mancebo. Huyamos si aun es tiempo...

—Por el huerto! dijo don Hugo.

—Por el huerto! respondieron todos y se fueron en silencio, antes de que logran abrir los que atacaban la entrada principal.

Todos nuestros amigos se salieron silenciosa y tranquilamente de la taberna por donde mismo habian entrado, cuya puerta estaba franca porque la confidencia no se habia extendido á mas.





CAPÍTULO XV.



EL CONSEJO.



las doce de la mañana siguiente un jóven presentando una hebilla de cinturon á un oficial de la guardia del rey en palacio, era admitido á conferenciar con el gefe de la misma.

— Os esperaba, señor page, le dijo el capitán con impaciencia, porque no sé lo que pasó anoche despues que nos despedimos.

— Llegué á tiempo de evitar una sorpresa. Descuidáranse un momento mas y éramos todos sorprendidos.

— Cómo asi?

— Mientras echaban los del rey la puerta abajo, nosotros saliamos por un postigo falso, pero afortunadamente todos se salvaron, es decir, nos salvamos. En adelante nos veremos en casa de los embajadores del pretendiente Juan de Albret. Mas me dijo anoche vuesa merced, que me conocia de antaño...

— Señor page de Fernando V, os conocí cuando lo érais...

— Ciertamente. Y observo con placer que estais mas medrado que yo, pues solo soy alferez de una compañía.

— Y de dónde venís, señor alferez?

— De Valladolid en busca de otro bizarro oficial, al cual le traigo muy malas nuevas de su amada.

— Cómo?

— Está la pobre inconsolable porque no tiene noticias de su amante.

— A mí me sucede lo propio con la mia. Ah! señor page, la inconsecuencia en las mugeres es una flor que para que florezca no necesita luz, aire, ni agua. Mal haya quien en ellas fia!

— La pobre de cuya parte vengo es muy desgraciada; figuraos, capitan, que murió al parecer y fue enterrada viva.

— Oh! eso es horrible! Quereis contarme esa historia, que me interesa mucho ya?

— Que me place.

Entonces los dos jóvenes tomaron asiento junto á una ventana que caía á la calle, y frente á la puerta que daba paso á las habitaciones del rey.

En el mismo momento sirvieron la comida á el oficial de la guardia, y brindando á Loyola, que aceptó de mil amores; continuó de esta manera, despues de haber saboreado un vaso de vino de Toro.

Eran las cinco de la mañana del 20 de abril. Pasaba yo por la iglesia de San Juan, y por una claraboya que habia en

la tapia del enterramiento á flor de tierra y que daba á la calle, oigo gritos y lamentos de voz delicada como de niño ó muger.

Por un movimiento instintivo atravesé el atrio; llego con desconfianza á la puerta de la iglesia que creí que estaria cerrada, pero por fortuna estaba abierta, y ya en la bóveda, comprendí que alli habia una jóven pues claramente lo revelaba su voz. Mas aquella otra puerta estaba cerrada y Dios me iluminó el medio de abrirla: cuando entré... oh! aquello era un espectáculo horrible!... figuraos, señor capitán, muchos cadáveres envueltos en fúnebres sudarios ó en hábitos religiosos, unos en cajas, otros sin ellas esparcidos sin el menor respeto por el suelo... algunos ataúdes ¿lo creereis?... abiertos y vacíos... sí, sí, capitán,... es que los roban los judíos para hacer en ellos experimentos, de suerte que ni aun se respeta...

— La paz de los sepulcros! En efecto; continuad.

— Cuando vi aquella jóven desmayada junto á la puerta y con un traje que no era una mortaja, no, era un vestido sencillo... un vestido blanco, con el pelo suelto en madejas de oro... con una cara de angel... tendria mi edad... asi como unos dieciseis años. Cogila sobre mis hombros y encomendándome á Dios salí á la calle, y á poco noté con júbilo que volvia en sí.

— Qué situacion tan delicada la vuestra, buen page!

— Por dicha mia, cuando la infeliz pudo darme cuenta de lo que por ella pasaba, se miró colocada en un lecho, y la primer mirada que fijó en mí con sorpresa fue sin embargo de gratitud. Yo no sé qué misterio encerraba aquella mirada, capitán; en verdad fue un canto biblico en accion de gracias... y sin embargo ella no sabia que acababa yo de sacarla de la tumba... oh! ni lo sabrá nunca, porque...

— Capitán!, gritaron desde la cámara del rey en aquel momento.

— Perdonad. El rey me llama y...

— Entiendo... luego seguiremos.

El capitán volvió á poco.

— Alférez, dijo: presentóse al punto el de guardia que estaba en la habitación contigua á la escalera. Vino pliego de Valladolid?

El alférez salió y el capitán sentándose, dijo entonces:

— Proseguid, mi amigo, y su camarada continuó.

— Decíamos... ah! sí; que nunca sabría tal desgracia, porque era capaz la pobre niña...

— De volverse loca...

— Mucho me equivoqué ó ya lo había estado; porque su mirada, ordinariamente vaga y algunas veces fija, indicaba que había sufrido la desdichada algún ataque de enajenación mental.

— Qué decis?

— A poco de mirarme, me preguntó por su madre, por su pobre madre, y luego me dijo que habían asesinado á sus ojos á su infeliz padre que había ido á salvarla...

— Qué horrible historia!... proseguí, Loyola.

— Luego que me dijo dónde vivía su madre, fui á buscarla á la calle de...

— Capitán! Este pliego para S. A.: dijo, presentándose el alférez de su guardia, que se retiró al punto.

— De S. A. la reina: murmuró el capitán mirando el sello, y fuese corriendo á ponerlo en manos del rey.

Cuando volvió llenó el vaso á su camarada, llenó también el suyo, y le dijo:

— Continúa. (Apuraron los vasos).

— Preparé á la madre... no estábamos ahí, capitán?

— Precisamente.

Concluyeron en esto su comida, y después se pusieron á pasear por la estancia. Loyola prosiguió: Y la llevé á mi casa... No os pintaré aquella escena de gritos, de lamentos; de desolación. Oh! era aquello más cruel aun que cuando estaba en la bóveda!... una madre que encontraba á su hija, á costa de un esposo, y una hija que recobraba á su madre, después de haber visto espirar junto á sí á su padre por li-

bertarla!... No se oían mas que sollozos y voces entrecortadas «madre mia!» «hija del alma!» Ur...

— Capitan!, dijo presentándose el ministro Gesvres.

— El rey os espera: contestó don Fernando, levantándose de su asiento.

El ministro saludó y entró en la cámara real.

De nuevo el capitan púsose con cuidado á oír la interrumpida relacion de su jóven camarada.

Este volvió á proseguir.

— Yo no hablé mas que para consolar á aquellas pobres mugeres en su afliccion... mas no era posible... estaban hechas constantemente dos Magdalenas. A los pocos dias me dijo la jóven, que á su gran desgracia, unia la de que su amante ausente no le habia hecho saber noticias suyas: estaba con las tropas que marcharon de Valladolid...

— Para Toledo?

— No, para...

— Salud!, señores: dijo entrando un clérigo.

— Salud, señor diácono! El rey ha preguntado por vos hace poco y os espera en la real cámara: dijo Acuña abriendo la puerta y dando paso á Cristian Bleimberg.

— Gracias, señor don Fernando: contestó aquel á una distancia que no pudo ser oído de Loyola.

— La pobre chica, continuó este, me encargó que fuese en busca de su amante, porque yo le habia indicado que iba á incorporarme á mi coronelia, y le refiriese su desgracia horrible; y me añadió que le noticiara que habia perdido, al ser arrebatada, la alhaja que él le habia dado.

— Una joya?

— Sí, de gran valor, un...

— Se puede pasar, capitan? preguntó una persona entrando.

— El rey os espera, señores: dijo Acuña, viendo llegar á Almerstoff primero, y luego á Brabanzon.

— Podeis anunciarnos desde luego, capitan: contestaron aquellas personas.

Obedeció el jóven don Fernando, el cual escuchaba con impaciencia, sin saber cuán interesado estaba en aquellos sucesos que le contaban; es que tenia un corazon muy leal, que presentia malamente en aquella desgracia; y de ahí el no haberse atrevido á abordar la cuestion de una manera mas directa, preguntando terminantemente; fenómeno que se opera en general, al tener nosotros presunciones, probabilidades ó adivinaciones de una reciente desgracia, y sin embargo no nos atrevemos á salir del estado de incertidumbre ó presentimiento; esto es, preferimos una incertidumbre que mata á una realidad que podria herir.

— Señor page, callad. Aqui estan Selvagio y La Chaud, y con estos ya no falta ninguno: dijo don Fernando.

— Ha venido alguien?, preguntó con indiferencia el primero.

— Ahí estan tres personas: repuso Acuña saludando; los señores cardenal Adriano de Utrecht y Erardo de la Marck, como eclesiásticos, nunca son tan exactos como vueseñorías, no se precipitan jamas, continuó.

El señor obispo y príncipe de Lieja, Erardo de la Marck y el cardenal Adriano de Utrecht entraron en aquel momento.

Todos pasaron á la cámara del rey.

Una vez solos, Loyola continuó.

— Qué os parece de mi historia, señor capitan?

— Sangrienta por demas, á fè de Acuña! repuso este.

— Ah!, exclamó involuntariamente Loyola, con aquel inesperado descubrimiento, y mirando sorprendido al capitan.

— Qué teneis?, preguntó este.

— Nada, creí que llamaba el rey... seriais vos el don Fernando de Acuña, valiente y discreto oficial, de quien he oido decir que el rey hace particular distincion?, repuso con sobrado disimulo el page.

— Servidor de vuesa mercè, aunque no merezco esos elogios: dijo sencillamente el capitan:

Su compañero comprendió cuán cerca estuvo de revelar imprudentemente el nombre de la desgraciada Ursula á su amante, bien ageno de que fuera ella de quien se trataba.

Crejó conveniente guardar para otro dia, en que pudiese prepararle de antemano, el acabar de hacerle la revelacion completa; y pretestando alguna urgencia, se disponia á partir de aquel sitio.

La casualidad, que habia sido su inocente protector á fin de que no pronunciase un nombre durante su diálogo, le sirvió de nuevo, despues de haber tomado su resolucion.

— El cardenal de Gurck!, exclamó don Fernando poniéndose en pie.

— Señor capitán, escuchad: dijo aquel, y empezó á hablar por lo bajo con don Fernando.

Loyola se habia quedado á alguna distancia en posicion respetuosa, y viendo que la conversacion se prolongaba, saludó cortesmente con una inclinacion de cabeza y se marchó.

Despues de haberse informado el cardenal de quiénes eran las personas que estaban con el rey, saludó al capitán y entró.

— Qué se sabe de la ocurrencia de anoche, señores? preguntó el rey, tomando asiento é invitando á los demas á hacer lo mismo?

— De la conjuracion de los españoles, señor? contestó el cardenal Adriano.

— Señor cardenal, he dicho ocurrencia, que no conjuracion, y así quiero llamar á la reunión del *Murciélagos*; porque las personas que allí hubieran son españoles y leales.

El cardenal se mordió los labios, mas, como era de buen carácter, prosiguió:

— Qué desea pues saber V. A.?, repuso.

— El desenlace, señores.

— Si V. A. no desea saber mas que eso, le diremos que

las veinte personas, que aproximadamente habian llegado á reunirse, se escaparon por la puerta falsa de la taberna, mientras se atacaba por la principal.

— Eso era, Brabanzon, justamente lo que yo habia mandado.

— De esta suerte, señor, V. A. no tiene ni el placer de hacer justicia con los criminales, ni el de que le agradezcan el perdon.

— Señor obispo de Lieja, yo no puedo tratar como conspiradores á hombres que derraman su sangre por su patria y por mi corona; ni menos hago gracia para que me la agradezcan. En mi conducta hay generosidad, que no ha menester recompensa, y razon de estado que no necesito revelar á mis vasallos. Básteles saber que no se duerme el leon de Castilla sobre las barras de Aragon.

— Aquella reunion estaba presidida por los embajadores de Enrique de Albret, dijo el ministro.

— Tambien dudo mucho eso, señor Gesvres, porque los españoles son demasiado orgullosos, por lo que conozco en el año escaso que estoy entre ellos, para dejarse presidir por ningun extranjero, ni aun en casos como el de que hablamos. Decid mas bien, que habrá sido un auxilio que ellos no habrán querido despreciar.

— Pero esa gente, señor, vale muy poco, puesto que V. A. no tiene la rara ocurrencia de querer devolver la Navarra al pretendiente navarro.

— Cardenal de Gurck, no veis que los embajadores representan á Enrique de Albret, como Enrique representa á Francisco I; y que al fin si valen poco dos embajadores del hijo de un rey destronado, vale mucho un rey que tiene tres lises de oro en campo azul?

— En efecto, señor, dijo el príncipe de Lieja. Mas al parecer V. A. se digna reunir su consejo y no tiene á bien indicarle cuál es su idea.

— Decid mas bien, príncipe de Lieja, que parece mas natural que conozca yo las vuestras. Por ejemplo, qué me

decís vos del estado en que se encuentra la cristiandad, gracias á Selim II?

— Señor, que la desmesurada ambicion del Sultan...

— Y sus grandes talentos!... murmuró el rey.

— Tienen en grande inquietud á toda Europa, pues sus victorias contra los mamelucos son grandes hazañas...

— Tanto, interrumpió Carlos, que la destruccion de aquella valerosa milicia le ha hecho dueño de la Siria y del Egipto, y le ha proporcionado la mas completa tranquilidad interior en sus estados.

— Y hoy puede volver sus armas victoriosas contra la Europa, y seguramente no hay en la época presente estado que se sienta bastante fuerte para resistir al turco.

— Es verdad, señor diácono. Y no habria un medio para contener por de pronto una invasion marítima del mismo?

— V. A. querrá sin duda oponer una escuadra en el Mediterráneo, insistió Bleimberg.

— Es decir, Su Santidad quiere asegurar sus costas contra Selim, y al efecto desea que yo le proteja...

— Pues ciertamente que no merece Leon X esa generosidad de V. A. por la indecision de su conducta: añadió el cardenal Adriano de Utrecht.

— Pero me tiene cuenta el prestarle un servicio que podria otorgarle el francés, que tan interesado está en ella como nosotros, señor cardenal. Figuraos qué sería de Francia y de la España con las galeras vencedoras de Selim, despues de haber ondeado la media luna en las aguas de Civitavechia, Liorna, Génova y Niza.

— Entonces, repuso Gesvres, V. A. reconoce la necesidad de enviar alli una espedicion marítima. Y quién piensa V. A. que la mande?

— Don Hugo de Moncada, que es el primer marino que tenemos, y de esta suerte se quita tal vez el primer gefe á los partidarios de la liga, repuso el rey.

— Me parece muy buen medio ese, señor, digno de la prevision y tino de V. A., añadió el cardenal de Gurck. Y

asi habrá que suspender el procedimiento contra Moncada.

— Decid mas bien que no debe empezarse; sabemos lo que pasa entre los de la liga, les observamos de cerca... pues no hay mas sino desbaratar sus planes con sagacidad para que no nos encontremos con enemigos, en vez de amigos y servidores, el dia en que los aragoneses nos arrojasen el guante.

— Pero eso, señor, no lo harán, puesto que V. A. comprende la necesidad de que presida las Cortes de Aragon el Justicia.

— Eso me ha parecido mas prudente. Entre tanto los demas reinos de mi corona no tendrán ocasion de manifestar hostilmente su descontento, haciendo imposible el sofocar la rebelion que estallará en distintos puntos de la monarquía.

Por entonces nada mas se trató en el consejo.

Los consejeros aprobaron las ideas del rey, aunque los flamencos hubieran deseado imprudentemente que se hubiese hecho un escarmiento.

Los embajadores de Enrique de Albret volvieron á gestionar con el rey.

Este por su parte no temia la proteccion que dispensaba al navarro Francisco I.

El capitan Acuña buscó en balde al page Ignacio de Loyola; pero este no se dejó ver.

Estrella y Leiva observaban en silencio á Carlos I desde fuera del palacio.

El descontento empezó á hacerse sentir desde entonces por todo el reino, pues el germen lo tenian todos los españoles en sus pechos, al ver la proteccion del rey casi esclusiva é injustificada hácia los flamencos, al propio tiempo que la venalidad, favoritismo y corrupcion de los mismos.

Con su insolencia subió de punto el enojo, y los españoles, empezando por la queja y siguiendo por el motin, acaudillados por honrados villanos ó ilustres hidalgos, echaron en aquella época los fundamentos á la liga posterior, llamada de los *Comuneros*, tan notable en la historia y en la cual

Carlos V comprendió cuán temibles eran las *Comunidades* de Castilla apegadas á sus instintos y hábitos de municipio, con el auxilio además de la nobleza, que no quería consentir ningun menoscabo en sus fueros y derechos, adquiridos con la sangre vertida en cien combates desde que don Pelayo emprendió la alta y noble empresa de la reconquista de la Península al alfange sarracénico.

El poder oligárquico de los nobles españoles, bastante amenguado desde los Reyes Católicos, estaba rebelándose en tiempo de su nieto contra la agonía que ya sentía, y tuvo poco despues trágico fin en los campos de Villalar.

Pero sin anticipar sucesos, que podrán ser de nuestro dominio en otra ocasion, baste decir por ahora que se celebraron las Cortes de Aragon, y que asi se pasó el resto del año de gracia de 1518.





CAPÍTULO XVI.

CARLOS I.



finés de enero de 1519, dos hombres montados en dos caballos, cubiertos de espuma y sudor, entraron á todo escape en Barcelona por la puerta del Mar.

Uno de los ginetes vino á tierra porque su caballo cayó reventado, y al caer quedó el caballero tan mal parado y fuera de sentido, que tuvieron que socorrerlo por de pronto en la primer casa que dispensó su hospitalidad.

Venían armados completamente los forasteros aunque á la ligera, y todo en ellos indicaba que acababan de llegar al término de un largo y penoso viaje.

El mas viejo era el que habia perdido caballo y sentidos.

El mas jóven, presa, mas que del disgusto por la desgracia ocurrida á su buen compañero, de una viva impaciencia por no dar cima á su penoso viaje, observó completamente al primero, mas no pudo ver en él lo que buscaba; y la presencia de las personas que le rodeaban le impidió emplear el medio de registrarle, medio no solo evidente en sus resultados, sino que en aquella situacion se justificaba.

Visto lo cual por el mismo, montó de nuevo en su caballo, tampoco muy bien parado por cierto, y preguntando por el alcázar real llamado por los catalanes *Palau*, se encaminó por la calle del *Re-Gomi*, á dar fin á su importante comision.

Llegado, preguntó inmediatamente por la persona á quien deseaba ver, y oponiéndosele no poca resistencia, contestó en flamenco:

—Eso me faltaba despues de atravesar la Francia toda reventando caballos! Decid que vengo de Gante con una nueva importantisima!

Vista la insistencia del estrangero y oidas las palabras que acababa de pronunciar, fue á poco introducido á la presencia de la persona á quien debia comunicar una importante noticia.

Un jóven de aspecto imponente le recibió, y mirándole de pies á cabeza,

—Qué hay? le preguntó con viveza en flamenco.

—Señor, Maximiliano de Austria ha muerto, contestó el reciénvenido en el mismo idioma.

—Es cierto lo que me dices, enviado? preguntó el jóven haciendo brillar sus ojos como dos carbunclos, dilatándose su fisonomía y ahogando una esclamacion de alegría en su pecho al oir la inesperada nueva.

—*Meinher* Guillermo de Croy, arzobispo de Toledo, nos dió en Gante á otro leal servidor y á mí un pliego que contiene lo que tengo la honra de comunicar á V. A.

—El pliego! repuso impaciente Carlos.

— Lo trae mi compañero, y como al llegar á la ciudad ha caído reventado su caballo y ha dado con el ginete en tierra, está este en un estado lastimoso é imposibilitado no solo de venir á entregar el pliego á V. A., sino hasta de dármele ni decirme donde lo trae escondido.

Sabiamos ambos el contenido, por si en nuestro viaje teniamos algun percance que nos imposibilitara llegar á ponerlo en manos de V. A.

— Cuando esté ese hombre en disposicion haced que os entregue el pliego, y con vos irá quien me lo traerá luego; vos se lo entregareis

El rey llamó entonces á un ugiar, y mandó que fuese una persona á acompañar al flamenco con el fin indicado.

Saludó aquel al monarca, y se retiró con la persona que se le designó para que le acompañara.

Aquella noticia llegó á Barcelona con una celeridad fabulosa, desconocida en aquellos tiempos, y no hay que extrañarlo, porque era un acontecimiento que podia cambiar la faz de toda Europa y que por de pronto iba á despertar grandes ambiciones en algunos monarcas de la cristiandad.

Desde que el rey recibió la noticia, se encerró en su cámara sin permitir que entrase nadie á interrumpirle en su meditacion.

Un imperio vacante era para Carlos I la perspectiva mas halagüeña que podia ofrecerse á sus ojos de águila.

Desde aquel momento su ambicion no tuvo límites, porque hasta entonces se habia hallado encerrada en el pecho del jóven monarca.

El que apenas habia gozado las delicias de un trono por completo, pues tenia que dividirlo con su madre doña Juana y hasta en los documentos oficiales suscribir despues de ella; él que se sentia fuerte, grande y digno de un trono, veía en el imperio la realizacion de su sueño de oro, porque en el imperio de Alemania tenia sus ojos fijos desde el punto mismo en que de Flandes partió para venir á tomar posesion

de la tan poderosa monarquía, que le habia conservado intacta el genio belicoso y sublime del cardenal Jimenez de Cisneros, regente del Reino.

Pocas horas le bastaron á Carlos para comprender su situacion y su importancia.

No discurrió, porque el genio, á deferencia de las medianías ó espíritus vulgares, no discurre sino ve, no prevé sino adivina.

El principe, apenas salido de la adolescencia, pensaba y obraba como el hombre experimentado, porque habia nacido para reinar con condiciones propias de existencia en su vida de rey; no como yedra real que necesita para medrar del arrimo de la caña de un valido, no como el enfermo de constitucion débil y raquítica que necesita del médico para arrastrar una existencia miserable.

Carlos habia nacido para ser grande y héroe, y supo serlo.

Tomada ya su resolucion, comunicó sus órdenes á un gentil-hombre, y se puso á examinar un mapa de Europa mientras venian las personas que habia hecho llamar.

A poco entró un caballero, que un page anunció diciendo:

— El virey don Hugo de Moncada !

— Nuño, despeja, dijo el rey.

Hacia pocos dias que, por recomendacion del mismo Moncada, Nuño Fuensalida, jóven de dieciseis años al parecer, habia entrado en Barcelona al servicio de Carlos.

Al llegar Moncada, se cambiaron el caballero y el page una mirada significativa.

Al oir la orden el segundo, en vez de salirse de la cámara, alzó la cortinilla de una puerta que habia frente á la que habia dado entrada á don Hugo y abrió y cerró la puerta como si saliese, pero quedándose en el espacio que mediaba entre aquella y la tapicería.

El rey no sospechó el fraude, y merced á ello pudo nuestro curioso page oir la conversacion que tuvo lugar entonces.

— Puesto, dijo el rey, que por fortuna os hallais aqui, don Hugo, quiero que hablemos de cosas importantes.

— Como V. A. guste: me dispensa en ello inmerecida merced.

— Dejemos al turco y á Leon X y hasta nuestra escuadra de observacion para otro momento, y decidme: no os parece que el mejor medio de oponer un poderoso enemigo á Selim, es presentarle un nuevo emperador de Alemania, que á esos estados reuna otros limitrofes de importancia y que sea capaz de hacerle frente con los recursos de una gran monarquía y las riquezas del comercio de los Países-Bajos y hasta con los tesoros del Nuevo-Mundo?

— Se trata de destronar á Maximiliano, señor, ó de hacer que renuncie el imperio?

— Mi ilustre abuelo Maximiliano ha muerto, Moncada: sois en España el primero que lo sabe despues del rey.

— Gracias, señor! Ya comprendo: y quién mejor que V. A. puede aspirar al imperio?

— Hace tanto tiempo que mi casa de Austria ocupa el trono imperial, que yo no veo en él mas que una herencia que nadie puede disputarme.

— Dificil será que ningun otro príncipe pueda competir dignamente con V. A.

— Ademas de que estoy convencido de que los alemanes no se atreverian á ensalzar al Imperio á ningun extranjero.

— Sin embargo estoy seguro de que Francisco I ha de presentarse como pretendiente al imperio.

— Es posible; pero ni su carácter, ni su gobierno, ni sus mismas costumbres, tan diferentes de las de los alemanes, hacen creer que sea posible la amalgama de esos dos pueblos. Cuento tambien con que las negociaciones, que últimamente tenia pendientes Maximiliano Augusto con los electores del imperio, habrán predispuesto su ánimo favorablemente para su nieto.

— De todos modos, señor, creo que el primero que se presente, cualquiera que sea el número de pretendientes al



Siete Embajadores. — Lám. 7.



manto de escarlata, urge no perder tiempo: el tiempo, señor, en casos tales es media eleccion.

— Para asegurar mi triunfo, aun en el caso de contienda, estoy pronto á valerme de todo el oro, de todos los medios de persuasion y aun de intimidacion que fuesen necesarios.

— Qué os parece, señor, de un cuerpo de tropas levantado por los estados del *círculo de Suavia* para defender en la Dieta la independenciam de los electores?, dijo don Hugo con intencion.

— Estoy pronto á costearlo, Moncada.

— Y vuestros vasallos de España, cómo llevarán la eleccion de V. A. si va á hacerse cargo del imperio?

— Te empeño mi palabra real de que aun cuando la suerte favorezca mi empresa, no abandonaré el suelo español mas que para prestar el juramento.

— Pero, señor, esa seguridad la tengo yo porque acabo de oír esa solemne promesa de los labios de V. A...

— Y los españoles, que son nobles y leales, la tendrán tambien, como yo la tengo de la lealtad de los conjurados de la taberna del *Murciélagos*, don Hugo.

— Señor, los flamencos han escitado justamente el rencor de mis compatriotas.

— Pues por esa consideracion, virey, he olvidado yo los nombres de los gefes de la liga hecha entre muchas provincias y los emisarios de ese loco de Albret.

— Qué pues dispone V. A.?

— Mañana mismo partirás para Italia en la galera Capitaná. Es menester ver á Leon X con urgencia.

— Vuestras órdenes é instrucciones, señor.

— Esta noche las oírás de mi boca.

Despidióse Moncada y salió de la real cámara con la mayor gravedad, cerrando tras sí la puerta.

Carlos no advirtió con el ruido que al mismo tiempo hizo, que se habia cerrado nuevamente la de enfrente.

Mientras don Hugo atravesaba las salas exteriores del alcázar regio, el page Nuño se encerraba misteriosamente

en su cuarto, y tomando su sombrero, calzándose antea da bota, ajustándose el talabarte del que pendia una linda espada, y embozándose en su ferreruelo, se salió por una puerta trasera del edificio y echó á andar con suma presteza por una calle de enfrente.

Despues de mil vueltas y revueltas llegó á una casa, llamó con precipitacion y salió á abrir una jóven.

—Hola, Nuño!, qué ocurre?

—Y la señora?

—Voy á avisar que estás aqui.

Nuño impaciente echó á andar tras de la jóven, y dos minutos despues estaba en presencia del ama de la casa.

—Qué tenemos, buen Nuño?

—Grandes novedades, señora.

—Habla, pues.

—Mi amo aspira al imperio de Alemania.

—Ha muerto el emperador?

—Ha recibido una carta de Alemania hoy mismo.

—El virey de Italia ha estado en conferencia con S. A. durante media hora, y yo he escuchado toda su conversacion desde el umbral de la puerta.

—Don Hugo de Moncada ha recibido alguna comision del rey?

—Le ha mandado que vaya esta noche á recibir órdenes, despues de decirle que mañana sale para Italia para besar el pie al pontífice.

—Bien, Nuño amigo! Podrás decirme algo mas?

—Ha dicho el rey que pretende la corona imperial de Alemania á toda costa. El de Moncada le ha aprobado su idea...

—Si puedes adelantar algo ven á avisarme.

—Descuida, señora; si haré como deseas, que en ello te complazco y yo satisfecho quedo.

—Margarita, dijo entonces el ama.

Margarita se presentó.

—Qué quieres, señora?

—Es menester que yo vea esta noche á don Antonio de

Leiva. Que vaya un palafrenero en su busca. Lo oyes? indispensablemente.

— Señora duquesa, á Dios: dijo Fuensalida.

— A Dios, Nuño! cuenta con mis encargos.

Nuño salió, y nuestra antigua amiga Estrella quedó pensativa mientras Margarita fue á acompañar al page.

— Qué guapa estás siempre, Margarita!

— Tú, burlas conmigo, Nuño?

— No tal, repuso el picaruelo, y le dió un beso por despedida.

— Atrevidillo!, repuso sonriéndose la doncella y volvió á encontrar á su ama, despues de avisar á Ferran el palafrenero que fuese en busca de Leiva.

La duquesa, despues de una vida activa como un hombre, llena de atrevimiento al emprender sus viajes con mil riesgos y privaciones y espuesta á la inclemencia del tiempo, y ademas alimentando en su corazon una pasion terrible, la venganza, estaba aun mucho mas hermosa.

Sus delicadas formas se habian robustecido, y presentaban con mas realce la seguridad y decision del perfil griego.

Por el estado moral en que se encontraba, por la actitud hostil que habia tomado su corazon, tenia aquel rostro menos de ese algo divino que ofrecia á la vista en su estado natural, y si mas de humano; por lo cual hasta en su mirada habia mas semejanza aun con la belleza griega, pero sin la poesia que engendra el cristianismo en la fisonomia de la muger.

Y no carecia de espiritualismo aquella jóven de ordinario, tanto que al darla á conocer á nuestras discretas lectoras le concederán ese don; pero entonces no estaba asi, porque en la muger los buenos ó malos instintos, sus buenos ó malos sentimientos, desarrollados por una gran causa, suplen de ordinario al talento investigador del hombre. Y Estrella, por su amor propio de muger, era víctima de una sospecha que la hacia abrigar el deseo vehemente de la venganza,

pasion de la cual solo por esa causa era capaz de sentirse afectada.

Al saber que Carlos se disponia á pretender el Imperio, trató de combatirlo en su naciente idea, porque comprendia no solo que ella por sí sola habia hecho bastante con asociar á su causa á Enrique de Albret, sino que por entonces, no habiendo podido librarse de la delacion, estando Carlos prevenido de sus proyectos, y conociendo á los gefes de la liga, esta no podia adelantar por entonces. Era pues necesario hacer un esfuerzo, y resolverse en la grandeza de su alma á presentarse como enemigo mortal de Carlos.

Estrella en Francisco I á quién veía? Cómo consideraba á Enrique de Inglaterra? Como dos dignos rivales del rey Carlos de Austria, y de consiguiente la misma victoria que cualquiera de ellos obtuviera no podia ser para el jóven rey tan sensible como ver que se la disputaba una pobre muger.

Háciase pues necesario que la sencilla paloma alzase su vuelo hasta el águila altanera y le arrancara las plumas de sus alas, para que haciendo impotente su vuelo, viniese á caer desplomada llena de despecho, por ver defraudadas unas esperanzas concebidas y acariciadas desde la misma cuna atendido su origen.

Las razones dinásticas que Carlos tenia que oponer sobre los demas reyes de Europa, las conocia Estrella; las demas causas de ambicion, encubiertas con el manto de la diplomacia y presentadas á la Dieta como razones de estado y conveniencia pública para mantener el equilibrio europeo, las adivinaba su superior inteligencia.

Don Antonio de Leiva entró á ver á Estrella, la cual le comunicó cuanto el page Nuño le dijo, y se marchó á esperar las órdenes del rey.

La impaciencia del caballero era suma y su deseo de vengar la muerte de su hermano no era menor; sin embargo, á pesar de sus deseos, nada habia podido adelantar hasta entonces; pero renovaba diariamente su juramento.

Mientras la duquesa de San-Rafael estaba esperando la vuelta de Fuensalida, este, espiando la entrada de las personas que iban á conferenciar con el rey, vió llegar á Moncada cuando las primeras sombras de la noche estendian su negro manto sobre el azul brillante del firmamento.

Por fortuna suya, el rey no le habia echado de menos en su corta ausencia, y eso le dió ánimo para volver á salir de palacio, despues de haber oido lo que Carlos habló con Moncada relativo al negocio del imperio de Alemania.

Aquel jóven se hallaba en Valladolid cuando la salida del rey, y no pertenecia á su servidumbre hasta que llegó á Zaragoza, donde obtuvo su plaza por mediacion de don Hugo de Moncada, segun hemos indicado.

De ilustre cuna, aunque de fortuna escasa, Nuño era muy querido de la duquesa de San-Rafael, con quien tenia algunas relaciones de parentesco, y la cual le distinguia mucho, especialmente desde que el pobre niño, perdiendo á su madre, encontró en ella otra llena de bondad y dulzura.

Cuando Estrella vió que habian sido vendidos en Santa Engracia, comprendió lo conveniente que era establecer un sistema idéntico ó sea de revancha y contramina.

Llegada á Zaragoza con Hurtado de Mendoza, oyó de boca del mismo las sospechas que este concibió de resultas de la persecucion que entabló contra Van-Gel; esto es, que el espionage venia de mas alto origen que el diácono Cristian Bleimberg.

Esto la tenia muy disgustada.

El mejor medio pues de tener un espía en el palacio, era el colocar como page de Carlos á una persona de su completa devocion: pensó en el niño Nuño; y habiendo hablado del asunto con Moncada, por su mediacion-logró que su recomendado fuese nombrado page.

Hé aqui esplicadas las relaciones que entre ambos existian.

Margarita interrumpió nuevamente á su señora entrando á avisar la llegada de Nuño, el cual á su paso por la antesala repitió sus juegos con la linda doncella; pero nos consta que esta vez no se colorearon casi nada las mejillas de la jóven, sino que por el contrario se sonrió con mas gracia y estrechó al pavecillo fuertemente la mano.

— Siéntate, Nuño, le dijo la duquesa al verle, mientras él se quitaba prontamente el sombrero.

— Monseñor el cardenal La Marke ha escrito de orden del rey varias cartas á distintas personas, cuyo contenido no he podido oír por la distancia que separaba á este de mí y por lo bajo que hablaba con el cardenal.

— Para quiénes eran esas cartas?

— Para el arzobispo monseñor Guillermo de Croy, para monseñor el cardenal de Gurke, para el tesorero francés La Chaud y para los flamencos el diácono Cristian Bleimberg, el canciller Brabanzon y el consejero Almerstoff.

— Cuándo se han llevado esas cartas?

— Todas deben llevarse esta noche, y ahora acabo yo de entregar al último la suya... la fortuna para ellos, es decir, para el rey, es que vos no sabiais el flamenco ni yo tampoco; sino os la hubiera traido...

— Pues no estan en Zaragoza el cardenal, el canciller, el tesorero y los otros dos flamencos que has nombrado?

— Será cosa muy urgente que no dará tiempo á que pasen esos caballeros á ver al rey, ó quizás este querrá marchar tambien.

— Veremos! dijo Estrella, que no encontraba ninguna razon para escribir cartas á personas que se encontraban en Zaragoza.

— Pero he visto al entrar en casa del diácono á una persona, á quien hace mas de ocho meses que observé una noche y de una manera tan misteriosa, que no se borrarán ya nunca de mí memoria sus facciones.

— Mientras llega la hora de que vuelvas á palacio, dime eso que indicas, Nuño.

— Ya sabéis que há poco perdí á mi pobre madre: dijo el page, y se le escaparon dos gruesas lágrimas.

— Vamos, serénate, y continúa, pobre niño.

— Sabéis, señora duquesa, que junto al Esgueba se halla la ermita de San Nicolás, en donde está enterrada mi madre. Yo iba allí frecuentemente á orar; una noche del mes de abril se prolongó mi contemplacion mas de lo ordinario, porque mi espíritu se hallaba mas predispuesto á la oracion, por lo mismo que hacia un mes que, no habiendo conocido á mi padre, me habia dejado huérfano tambien de madre mi negra estrella. Absorto en el recuerdo de sus dulces caricias, que tanto me prodigaba la pobre, como si hubiese querido indemnizarme de la falta de las de un padre, ó como si previese que ella misma me las dispensaria poco tiempo; volvia yo hácia la ciudad, cuando observé que cuatro hombres capitaneados por otro llevaban en hombros un gran cajon. Ocúltame como pude al pasar, y vi claramente que llegados al cauce del rio, arrojaron en sus aguas el cajon á una señal del que dirigia el acompañamiento. Señora, desde luego se me representó una idea terrible que procuraba desechar como un mal pensamiento, y sin embargo, lo creerás? me ratifiqué en ella cuando noté que el cajon no volvió á aparecer sobre las ondas del rio... Oh! no lo dudes, señora, aquel cajon escondia...

— Un cadáver quizás? interrumpió Estrella con acento conmovido.

— Aquel cajon era el símbolo...

— De un crimen? volvió á preguntar la duquesa.

— Sin duda! repuso el jóven y prosiguió. La sola mirada que el guia de aquellos cuatro hombres lanzó al rededor volviendo todo su cuerpo, como si hubiese rodado sobre un eje, me habria convencido de que eran ciertas mis sospechas; aunque no lo revelaran en parte sus horribles facciones de réprobo y las de los hombres que le acompañaron,

todos de estúpida mirada y de muy mal aspecto. Aquellos hombres vinieron á robar toda la poesía al cuadro que yo contemplaba y á arrojar sobre aquel panorama un barniz sangriento. Cuando pasaron por delante de mí tuve que comprimir la respiracion, y por dicha mia no fui observado por ninguno de ellos. Fui cautelosamente siguiendo sus huellas, y al llegar á la ciudad cada uno de ellos tomó por rumbo distinto, como para burlar la vigilancia, y yo solo pude averiguar donde entró el que guiaba, cuyas facciones tengo muy impresas; es decir, tenia aun antes de haberle visto hoy.

— Cómo! le has visto? Dónde, Nuño?

— Él ha sido quien ha recibido la carta para Cristian Bleimberg, el señor diácono. No sé cómo al dársela no se me ha caído al suelo, ó no me ha conocido en mi semblante, en mi accion y hasta en mis palabras alguna variacion instantánea.

— Estás seguro de lo que me has dicho, Nuño amigo?

— Don Hugo de Moncada! dijo Margarita, y entró en la estancia el virey de Italia, que iba á despedirse de la duquesa, porque motivos del servicio del rey le obligaban á ello.

No se esplicó mas, ni tampoco fue preguntado por la duquesa; pero esta y el page de Carlos I cambiaron entre sí una mirada de inteligencia.

Don Hugo participó á Estrella que tenia que marchar al dia siguiente, y que á la vuelta de su viaje continuarian hablando de sus negocios.

Al mismo tiempo refirióle la generosidad del rey, que no quiso abusar de las noticias que tuviera en tiempo oportuno para haberse apoderado de todos los de la liga.

— Y quién defenderia hoy sus estados en caso de guerra exterior, ni le apoyaria en sus ambiciosos proyectos, sino contara con la bravura y nobleza proverbiales de los españoles? contestó entre picada y vengativa Estrella.

El virey se retiró á poco, y en verdad sea dicho quedaron nada satisfechos el uno del otro.

— Margarita, mañana marchamos...

— Adónde, señora?

— A la corte de Francisco I.





GARNICERO

CAPÍTULO XVII.

CASUAL ENCUENTRO.



CARLOS no había olvidado á Estrella: todo menos eso. Verdad es que su amor propio había sido herido de la manera mas lastimosa é injusta del mundo por la muger, único objeto entonces de su cariño; verdad es que su cólera al oírle aquella cruel revelacion fue grande; pero la amaba, la amaba mucho, y está dicho todo.

Carlos era tan joven!

Necesitaba ya ver á aquella muger, aunque solo fuese para decirle «Señora, os engañásteis,» y luego perdonarla. Es que Carlos necesitaba engañarse á sí propio, necesitaba volver á ver á Estrella.

Preocupado con este recuerdo renegaba de la razon de estado que le obligó á salir de Valladolid y emprender su marcha á Zaragoza, maldecia los fueros del reino y el orgullo de su Gran-Justicia, y estuvo á punto, olvidándose de quien era, ó por mejor decir de quien llegaria á ser, de volverse á Valladolid, por supuesto solo para reconvenir y perdonar generosamente á la duquesa. Asi lo creía el príncipe.

Pero Bleimberg, que seguia gozando de toda la confianza del mismo, le habia manifestado ya lo ocurrido en Santa Engracia, y le tenian con cuidado los caballeros españoles que tanto odio manifestaban á su política parcial y á sus flamencos.

Temeroso de que el resentimiento pudiese minar directamente su engrandecimiento, tuvo buen cuidado de llevarse de Valladolid á su hermano el infante don Fernando, pues no faltaban parciales de este que hubieran sacrificado con gusto haciendas y vidas por colocarle en el trono que ocupaba don Carlos, siquiera por ver el cetro y la diadema en manos de un español y librarse de la pesada carga de los flamencos, contra los cuales diariamente crecia el encono por su sórdida avaricia, su petulante ambicion y gran exclusivismo.

Carlos lo conocia, Carlos lo queria remediar; pero estaba supeditado por su maestro Gesvres, y no se atrevia tampoco á romper con él por no quedarse sin algunos defensores, vista la popularidad de su hermano el infante.

Su posicion era pues difícil, y sin embargo no veia posible salir de ella por entonces, resolviéndose al fin á seguir su potítica de predileccion en favor de los flamencos, ó como si dijéramos de familia, por no verse huérfano.

Aunque el príncipe tuviera noticias de la reunion habida en la taberna del *Murciélago*, no supo la llegada de Estrella á Zaragoza, porque, como recordarán nuestros lectores, su presentacion en aquel lugar fue inopinadamente y al fin de la escena por una feliz casualidad.

El hijo de doña Juana creía que la duquesa de San-Rafael estaba en el convento de Santa Engracia; y queriendo, deseando vivamente verla, y aconsejado de Bleimberg, resolvióse al cabo á mandarla llamar.

La exigencia era grande ciertamente, como conocerá el lector, pero á qué no se atreverá un jóven y rey además?

Rápido el príncipe como en el pensamiento en la accion, hizo llamar á don Fernando de Acuña, al cual distinguia extraordinariamente entre los jóvenes oficiales de su guardia por las buenas calidades de valor y discrecion que en el amante de Ursula resplandecian.

Carlos se aficionó pronto á él, y el jóven don Fernando le pagaba con lealtad y celo entrañables.

Habló el rey con don Fernando, y pronto quedó este enterado de su nueva comision.

Al dia siguiente era el capitan, camino ya de Valladolid, ó por mejor decir del convento de Santa Engracia, portador sigiloso y valiente de un pliego del príncipe para la abadesa.

Figúrese el lector, si es jóven y ha tenido alguna vez la desgracia de estar enamorado, lo gozoso que se pondria el mancebo al ver que iba á saludar nuevamente á su amada antes, mucho antes de lo que él creía, siendo al mismo tiempo un comisionado especial para entregar una carta del rey.

El corazon del capitan estaba para salirse del pecho, tan fuertemente latia, y sin embargo cierto siniestro presentimiento turbaba de vez en cuando aquella justa alegría.

Por qué no le habia enviado noticias suyas su amada? Habria sido inconstante? Eso no era posible. Habriale ocurrido alguna desgracia? eso era mas facil.

En esta incertidumbre empezó el jóven su camino con valor, con amor y sobre todo con esperanza de gozar mucho viendo á su querida Ursula y oyéndole esplicarse sobre la causa de su silencio.

La espedicion era arriesgada en aquellos tiempos y por aquellos paises, en donde apenas habia caminos. Pero era jóven y valiente, y no reparó en peligros.

En el mismo dia en que Carlos le comunicó su pensamiento estaba ya don Fernando en camino, sin mas compañía que su caballo, y sin mas esperanza que su amor, pero sin miedo de ninguna clase.

Nadie supo la partida del capitan, ni siquiera el picauro y atisvador Nuño, y de consiguiente tampoco llegó á noticias de Estrella.

Entre tanto que Acuña salia de Zaragoza, Nuño necesitaba acompañar á la duquesa, y oyó de la boca de esta que era preciso pedir una licencia al rey para estar secretamente á su servicio algun tiempo, y Nuño tenia interes y gusto en complacer á la duquesa.

Al efecto se presentó al rey, y en el momento en que este le dirigió la palabra preguntándole cariñosamente qué se le ofrecia, Nuño, por cierto que sin muchos rodeos, le dijo que le permitiese ir á acompañar á una hermana suya de leche á una peregrinacion á Compostela.

El rey no estrañó la demanda, y accedió desde luego á ella. Carlos nada podia sospechar, y de consiguiente nada sospechó.

Nuño salió precipitadamente de la regia cámara para ir á dar cuenta de todo á la duquesa y ponerse desde luego á sus órdenes.

Entre tanto el page de Fernando V y ya oficial de una compañía, andaba mohino en busca de una ocasion propicia para preparar á don Fernando de Acuña y poderle dar pormenores de la desgraciada ocurrencia de Ursula.

Al dia siguiente se presentó en palacio á preguntar por el capitan Acuña, y nadie supo darle noticias suyas.

Al otro dia volvió á hacer sus indagaciones, y no fue mas feliz esta vez que la anterior.

Impaciente el jóven Loyola, no sabia cómo procurarse noticias del capitan, cuando al pasar por una calle reconoció por el uniforme á dos soldados de la guardia del rey y fuése en derechura á ellos con ánimo de interrogarles.

Hízolo en efecto y oyó de boca de uno de ellos que se habia encargado del puesto de don Fernando otro oficial de orden del rey, y que no se sabia de él.

Era en sentir de aquellos veteranos evidente que don Fernando no se hallaba ya á la sazón en Barcelona, pues sus mismos camaradas le echaban de menos, y él no parecia enfermo ni sano por su hospedage.

Loyola no necesitó oír mas, y al momento formó la resolucion de volverse á Valladolid, aunque con el sentimiento de no haber podido dar cima á su noble propósito.

Pero el ex-page del Rey Católico era muy religioso, y sentia en su pecho cierto presentimiento de que antes de su total regreso á Valladolid encontraria medio de poner en noticia de Acuña todo el suceso que le habia hecho salir de aquella ciudad. Era providencialista nuestro jóven, como diriamos hoy, y asi, resuelto y confiado, emprendió aquella misma tarde su viaje.

Nada de particular sabemos que le ocurriese en él hasta Zaragoza, adonde llegó á los diez dias de camino tan risueño y satisfecho, cual si ya hubiese dado cima á su empresa.

Como en recuerdo de la escena que le ocurrió en la taberna del *Murciélago*, el buen oficial quiso entrar en ella á beber un jarro de buen vino, y facilmente encontró la casa.

Tan pronto jovial y alborotador, tan pronto mohino y cabizbajo, pensando en la pobre Ursula y en el capitan, estaba nuestro jóven apurando á regulares sorbos un jarro del mejor vino que tenia para los amigos en su bodega maese Bartolo, cuando vió entrar embozado á un hombre de buena planta y dirigirse á una mesa que tenia enfrente.

Ya estaba oscureciendo, por lo que no pudo distinguir

las facciones del recién llegado, pero se puso en observacion y oyó que llamaba á maese una voz conocida.

Al momento saltó de su asiento, y plantándose en frente del recién venido con aire satisfecho,

— Loado sea Dios, mi capitán! le dijo.

— Qué es esto, vos por aquí, Loyola? le replicó el desconocido para nuestros lectores, si es que no han adivinado ya que era Acuña, el nuevo huésped de la taberna del *Murciélago*.

— El mismo en cuerpo y alma, para servir á Dios y á vuesa merced. Por cierto que os marchásteis tan de improviso y en silencio de Barcelona, que nadie supo darme razon de vuestro paradero.

— Es verdad; no me dieron tiempo para nada, y si la orden de salir en derechura para Valladolid.

— Cómo, vais á Valladolid?

— Por supuesto; pero hablad mas bajo, señor page, porque no debe saberlo nadie. Entendéislo? Nadie.

— Pero podré saber qué os ha hecho salir de esa manera de Barcelona, y á lo que vais?

— Sois algo curioso.

— Quizás con fundamento.

— Llevo una comision del rey, pero muy reservada.

— Y á lo que veo es cosa muy urgente...

— Claro está.

— Y no teneis algun otro estímulo para ese viaje, capitán?

— Cómo?

— Apostaría á que algunos ojos hermosos allá en Valladolid...

— Quizá... y qué mal habria en ello?

— No lo digo por tanto, mi capitán... Mas sino es encargo del rey, no podreis decirme cómo se llama esa niña?... debe, á lo que presumo, y por vuestros merecimientos, ser niña de provecho. Yo conozco á todo lo bueno que hay en Valladolid. Quereis decirme su nombre?

- Y para qué necesitais saberlo?
- Acaso pudiera yo daros algunas nuevas...
- De ella? de mi Ursula?...
- Ursula dijisteis? Ursula... la hija de Alfonso Garcia?
- La misma. La conoceis vos?
- Pobre muchacha!...
- Pues!...
- La dejé algo enferma....
- Cielos, no me oculteis la verdad... Qué le ha sucedido á mi Ursula?
- Poco á poco, capitán... estuvo enferma despues de vuestra salida, pero ya, á Dios gracias, se va mejorando.
- No me engaÑais?
- A fé de page.
- Proseguid, proseguid.
- Supo que yo iba á evacuar ciertos asuntos á Barcelona, y me encargó que os dijera que habia perdido vuestro collar...
- Perdido, no es posible!
- Es decir, que se lo quitarian... acaso.
- Pero, cómo, quién, dónde?
- Poco á poco, señor Acuña, no hay que alarmarse por eso... Un diablo de flamenco...
- Un flamenco, decis? Qué hizo ese flamenco?
- Empezó á requerir de amores á Ursula...
- A Ursula, un flamenco!... Ira de Dios! sabeis quién es? decid su nombre, su nombre al punto, y aunque se esconda en...
- Calma, mi capitán, ó no prosigo. Es un eclesiástico.
- Eso mas? Infame! Pero su nombre, decidme su nombre, Loyola amigo, y...
- Calma, señor don Fernando, calma. Le han sucedido á vuestra amante muchas desgracias... su padre, su pobre padre ha muerto á manos de...
- De quién? oh, por favor, decid!...
- Del diácono Bleimberg.

— Maldicion! Bleimberg, el favorito del rey es el asesino del buen Alfonso García? Yo le arrancaré su vil corazón!

Hasta aquí llegaban de su diálogo el alférez y el capitán, cuando se vieron interrumpidos por otras gentes que venían á hacer gasto al buen maese Bartolo.

El page hizo una seña á su compañero, y este comprendió que era menester prudencia; embozóse en su ferruero, calóse el sombrero hasta los ojos y, cogiendo del brazo á su amigo Loyola, le dijo en voz baja:

— Me vengaré! lavaré con sangre aquella sangre!

Y luego, ya en la calle, dijo en voz mas alta mirando fijamente á Loyola:

— A Valladolid!

Y el alférez repuso, poniéndose en marcha con sereno continente,

— A Valladolid!

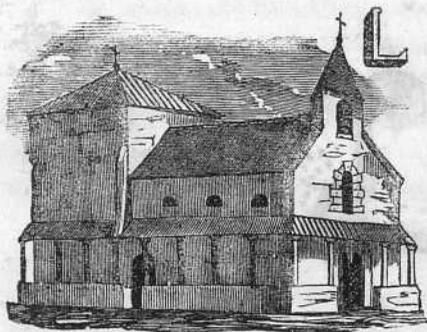
Aquella misma noche ambos salían juntos en direccion de dicha ciudad, aunque á un paso corto de sus caballos, porque el buen don Fernando tenia lastimada una pierna de una caída, merced á lo cual le alcanzó sin saberlo el alférez Ignacio de Loyola.





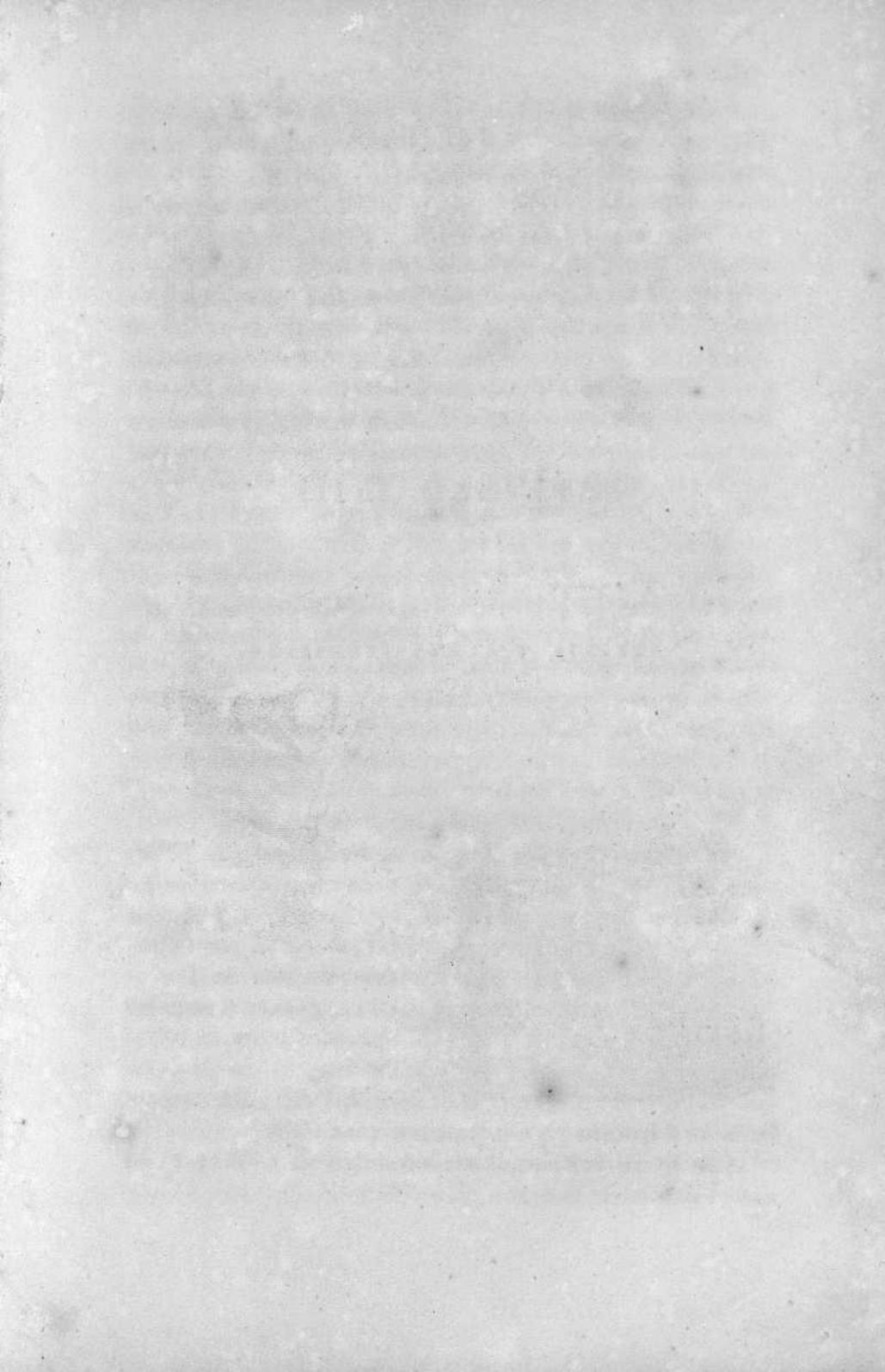
CAPÍTULO XVIII.

ASTUCIA Y BUENA INTENCION.



La verdad es que de los personajes conocidos en esta novela, solo uno, el rey, quedaba por entonces tranquilo en Barcelona, y sino tranquilo, al menos bastante impaciente.

Estrella, Margarita y Nuño se disponían para embarcarse para Italia.
Don Hugo de Moncada recibió orden de partir para el mismo punto.





Siete Embajadores. — Lám. 6.

El capitán don Fernando de Acuña y el alférez Ignacio de Loyola llevaban buen trote y metiendo el acicate á sus caballos, camino de Valladolid.

La abadesa seguiria probablemente en su convento de Santa Engracia.

Don Antonio de Leiva quedaba en Barcelona.

Y Ursula, la infeliz Ursula estaria en Valladolid pensando en su amante.

Seguiremos como podamos á los viajeros, empezando por el enamorado don Fernando y por su nuevo amigo Loyola. El hilo de nuestra historia así lo exige, y el título de enamorado es de mucha cuenta para que el narrador de esta historia además lo desatienda.

Dejamos ya en camino en el capítulo anterior á nuestros dos jóvenes, y como es de presumir entablarían sino sabrosas, al menos tristes pláticas durante sus largas y penosas jornadas.

Claro es; entre un mozo enamorado y un joven que probablemente desearia estarlo, como suele acontecer á los que llegan á los albores de su juventud, la conversacion no debia de girar mas que sobre ese asunto.

Efectivamente así fue en las dos primeras jornadas, pero á la tercera impacientóse algun tanto Loyola de ver suspirar á su compañero, de oír quejas y amenazas continuas, y determinó, no como joven sino como hombre prudente, dar un nuevo giro á la conversacion.

Toda su curiosidad y verdadero empeño se cifraban en adivinar el mensaje que el buen don Fernando llevaba del rey, pero queria saber mas; queria saber á quién iba dirigido aquel pliego, dado que llevase un pliego, y para ello empezó á esplicarse de esta manera.

—Decia, don Fernando amigo, que debeis de des impresionaros algun tanto de esa pena que os acongoja, que ni hay para tanto, ni es tampoco cosa conveniente para un hombre que, como vos, se halla encargado de una comision del rey.

— Teneis razon , amigo Loyola ; pero quién domina los afectos del corazon , cuando es presa de horrible incertidumbre ?

— Justamente por eso debeis estar mas sereno , que la incertidumbre al fin no es un mal sino en nuestra imaginacion . Si de la incertidumbre pudiese sacarse algo en claro , mas que cosa mala fuera , por mi vida , yo os aconsejara que en ella insistierais ; pero tened entendido , señor capitán , que del caos nada sacarse puede , sino es Dios quien se empeñe en sacar algo . Y no es ofenderle , á mas de mortificarnos á nosotros mismos , el sentir prematuramente las penas en mayor grado de lo que ellas son , en número , ó en condicion ? Y pensais acaso , amigo Acuña , que con sentir las penas por delante , ellas han de ser menos ó mas tardías en llegar ? Ea , pues , que la melancolía ni la desesperacion son de pechos cristianos y valerosos , sino la conformidad en los males seguros y la serenidad en los contingentes . Estad pronto siempre para oír malas nuevas , que ellas se os harán luego menores ; pero no las deis por ciertas sin que las toqueis con vuestras propias manos , que ellas son harto pesadas para no dejarse sentir cuando Dios sea servido enviárnoslas para probar nuestra paciencia . Entendeis , amigo mio ?

— Hablais como un misionero , Loyola amigo .

— Será como gustéis ; pero es lo cierto que no pienso que hablemos mas en adelante , como vinisteis haciendo desde que de Zaragoza nos partimos ; pues ya van mas de dos dias que asi se me han hecho de largos , como si los pasaramos sin pan .

— Tan mala os párece mi compañía ?

— Es que á no parecerme tan buena y tan perdonables todas vuestras quejas , vive Dios , que viniera ya hace cincuenta horas dando de cabezadas á diestro y siniestro de la mejor manera del mundo sobre este troton , á guisa de cuadrillero de la Santa Hermandad cuando no lleva ningun juicio ó malandrín preso .

— Qué es pues lo que quereis, el alferez?

— Decia que para quién diablos es esa comision ó epistola ó lo que sea que llevais? Acaso para S. A. la reina doña Juana?

— Nada de eso.

— Entonces no adivino...

— Con que os proponeis adivinar?...

— No por cierto; me propongo escuchar lo que tengais á bien decirme.

— Es que mi deber...

— Dudais, el hidalgo? Acaso olvidais que me conocisteis todo un page del buen abuelo de S. A. nuestro rey y señor don Carlos, que os he hecho revelaciones que prueban por adelantado mi amistad, y por último...

— Basta, no os canseis mas: teneis razon, y por cierto que fuera ofenderos encerrarme en un silencio innecesario. Fio en vuestra lealtad, Loyola amigo, en verdad sea dicho, en vuestra amistad y en vuestra discrecion impropia de vuestra edad.

— Gracias, Acuña; mas decid, que ya os escucho.

— Esa epistola, que sospechásteis con razon llevaba, es para la muy noble y respetable señora abadesa de Santa Engracia.

— La abadesa de las Clarisas?

— Qué os asombra?

— Bien sospechaba yo que esa buena señora era pájaro de cuenta.

— No os entiendo.

— Me explicaré. Las abadesas de ese convento han sido desde su primera época, desde su fundadora, parientas de los reyes de Castilla y han ejercido siempre mucha influencia con sus deudos los monarcas en los negocios de Estado. Esto supuesto, creo que yendo dirigida esa carta á la citada abadesa, en cuyo convento se halla actualmente la reina doña Juana y mi señora, y no estando esta dama en su cabal juicio, al decir de muchos, y por remate viniendo la

carta de la parte del príncipe, es claro que la abadesa es flamenca, no lo dudeis.

— Cómo flamenca! qué quereis decir, Loyola?

— Quiero decir, y es llano, que la abadesa no está con nosotros.

— Con nosotros? esplicaos, Ignacio.

— Pues mas claro... Con los nuestros... con los de la taberna del *Murciélagos*; entendedislo ahora?

— De modo que creeis vos que la abadesa se mete en esos negocios mundanos, en negocios de Estado...

— Qué si lo creo?... así Dios no me perdone, como mejor saben los frailes y las monjas de esos laberintos de lo que vos pensais, señor capitán.

— Pero y qué sospechas teneis, el alferéz, para esas suposiciones?...

— Pues os dije poco? Creedme, la abadesa conspira...

— Pues yo creo que en ese caso nosotros somos los que conspiramos, Loyola.

— Es decir que nosotros conspiramos contra los flamencos, y ella, la santa abadesa, conspirará contra nosotros: mas claro, que ella está en favor de S. A. el príncipe, como nosotros estamos en favor de S. A. la reina.

— A fé de Acuña os digo, camarada, que yo estoy por mi rey y solo contra los flamencos.

— Dale; y yo soy en un todo de vuestra opinion; pero eso y lo que yo he dicho antes es todo uno, y cierto como es cierto que quemaron á San Lorenzo.

— Por último, y aun cuando fuese como sospechais y como decís, qué tiene eso que ver con la carta ni con que yo la entregue?

— Con que no lo entendeis, vos que tan discreto sois, Acuña?

— Entiendo que sirvo al rey, y como me mandó S. A. entregarla, yo no veo mas medio de servir á Dios y á mi rey que cumplir sus mandatos sin meterme en dibujos ni en cavilaciones.

— Pues yo os digo que vos hareis como gustéis, pero que yo en vuestro lugar antes procuraria... es decir, trataria á toda costa y es muy conveniente...

— Qué?

— Saber lo que contiene.

— Cómo! os atreveriais...

— Mucho que sí. Con que vos, portador de un pergami-
no para la abadesa de Santa Engracia, vos que jurásteis la
liga, pudiendo acaso evitar grandes desgracias á nuestra
causa, cuando la fortuna se os viene á las manos, la dejareis
ir sin mas ni mas?... pues cuenta, amigo don Fernando, que
la ocasion tiene solo un cabello, y que si ahora que se os
entra de quedito por las puertas no se lo arrancais, podreis
decir que vos y solo vos os teneis la culpa.

— Pero, qué quereis que haga?

— Yo quisiera que antes la vieseis, y luego despues de en-
terado de su contenido...

— Ea, callad... que me disgusta oiros!...

— Como gustéis: mas sospecho ó barrunto que habeis de
arrepentiros presto.

— Yo no me arrepiento nunca de lo que hago...

— Esa es la manera de hacer muchos disparates de la
misma laya.

— Cuando se obra con hidalguía, señor alferez...

— Cuando se puede uno encontrar con la carta de Urías,
señor capitan...

— Mas que fuese... mi deber...

— Y el deber de vuestro juramento á la liga?

— Y quién os ha dicho que esta carta tiene que ver con
la liga?

— Y decidme vos, capitan, cómo podreis sin leerla saber
si se habla de ella?

— No leyéndola sirvo á mi rey.

— Leyéndola servis á vuestra patria.

— Loyola!

— Haced como gustéis, y plegue á Dios que no llegue á

pesaros pronto de esa estremada y mal entendida severidad. El fin, capitan del alma, justifica los medios... andaos ahora con melindres de monja y ya vereis.

— Yo no me resuelvo.

— Eso está bien y no me empeñaré ya en ello; pero puedo resolverme yo... es decir, ya estoy resuelto. Dadme acá la carta.

— No puede ser, Loyola.

— Como gustéis, Acuña.

— Es imposible, Ignacio.

— Mañana me lo direis, don Fernando.

— Por qué?

— Quizás será ya tarde...

— Pero por qué?

— Y vos tendreis la culpa, Acuña.

— Pero, Loyola, Loyola, por qué?

— Porque ya no estará en Valladolid la abadesa, quiero decir, en Santa Engracia.

— Y por qué no estará en Santa Engracia la abadesa?

— Y de consiguiente no podreis entregarle la carta cuando lleguemos.

— Estais en vuestro cabal juicio, buen Ignacio?

— Asi Dios me ayude, como es cierto lo que os digo.

— Sois acaso brujo, ó teneis los diablos en el cuerpo?

— Ni lo uno ni lo otro. Pero me consta que mañana ya no estará la abadesa en Santa Engracia.

— Explicaos.

— Dadme la carta.

— Explicaos antes.

— Me dareis luego la carta?

El capitan vacilaba.

— Pero si la abris ya no se podrá entregar.

— Es que tampoco llegareis á tiempo aunque no la abrais.

— Y quién me lo asegura?

— Yo, á fé de Loyola!

— Eso no me basta.

- Os lo juro por vuestra Ursula!
- Por mi Ursula, dijisteis?
- Que tampoco estará ya en Valladolid cuando lleguemos.
- Eso mas? Pues dónde estará, qué se ha hecho de ella?
- Dadme la carta, y os lo diré.
- No puede ser.
- Enhorabuena. Mañana será ya tarde.
- Ah! mi Ursula, Ursula mia! dónde está, decid?
- Venga la carta, y lo sabreis...
- Tomadla, y caiga sobre vos mi responsabilidad.

El capitán se la entregó al joven, que se la arrebató con alegría. «Venci,» dijo para sí el ex-page de Fernando V y se puso á leer el pergamino, despues de haberlo abierto con mucho primor y con ayuda de su puñal.

Una nube de polvo se alzó en aquel momento y envolvió á los dos viajeros.

Nuestros lectores nos perdonarán que no sepamos decirles lo que pasó luego entre aquellos dos jóvenes.





CAPÍTULO XIX.

LOS SIETE EMBAJADORES.



N la noche del 12 de febrero de 1519, caía abundantemente la nieve sobre la imperial ciudad de Francfort.

El reloj de San Gotardo acababa de dar doce campanadas, cuya brivacion se perdía tranquila y gradualmente en el espacio. La luna escapada de agrupadas nubes brillaba con todo su esplendor, pero con la luz melancólica de los países del norte, y su reflejo sobre la nieve, que se extendía hasta las cúpulas de los edi-

ficios y medias naranjas de las iglesias gótico-germánicas, con su arrogante y graciosa esbeltez que descollaban por su atrevimiento, las hacía aparecer como de plata, y el suelo como cubierto de una blanca alfombra.

A la estremidad oriental de una inmensa plaza se encontraba en aquella época una angosta y tortuosa calle, desde cuyo pavimento apenas podían distinguirse los elevados tejados en forma de caballete, que á derecha é izquierda se asentaban formando mil caprichosos contornos sobre altos y cenicientos muros de romanesca perspectiva.

Sobre la nieve del suelo de aquella calle que parecía una blanca cinta tendida sobre él con graciosas ondulaciones, no se notaba impresa huella alguna; prueba de que hacia largo rato que por allí no se había transitado, y de que los honrados moradores de dicha calle se habían entregado había algún tiempo en los deliciosos brazos de Morfeo; y probablemente no porque les hubiesen fatigado mucho las tareas del día, sino por una higiénica costumbre, porque aquella tortuosa calle no estaba situada en un barrio fabril de la ciudad, antes por el contrario toda su apariencia denotaba ser en lo general mansion circunspecta de muy graves aristócratas.

Componíase entonces la calle de grandes casas, casi en forma de palacios de la época, las cuales hoy tomaríamos nosotros, atendida su lóbrega y deforme perspectiva, por establecimientos públicos destinados á la custodia ó mortificación de criminales, ó á albergar en su recinto á la humanidad doliente, que no ha sabido encontrar el secreto de hacerse rica á costa de sus semejantes por medio de unas cuantas operaciones de bolsa ú otras tantas contratas de suministros, ó mejor aun de un par de empréstitos para la nación.

Entre todas aquellas fábricas monumentales de un orden arquitectónico de muy difícil clasificación, aunque siempre con tendencias al gótico, puesto que á pesar de estar los anchos arcos romanos en armónica confusión con

los elevados torreones, solia predominar la esbelta ojiva, se distinguia de una manera notable por la excesiva sencillez, que revelaba la infancia del sublime arte de Herrera, una casa con muchas almenas, pocas ventanas, algunas claraboyas y una oxidada verja de hierro, colocada en medio de una monotonía tapia.

A la hora que hemos dicho, estaba abierta la verja, dando paso hasta el atrio que formaba el espacio intermedio de la pared de la casa á la tapia exterior. En un costado se hallaba colocada la puerta principal.

Al dar el reloj de San Gotardo la última campanada, un hombre embozado en un ancho ferreruelo y cubierto con un sombrero chambergo de grandes alas que le ocultaba completamente el rostro, se adelantó hasta la verja: ya dentro del atrio, examinó cautelosamente en derredor: nadie aparecía ni se oía el menor ruido; resuélvese el incógnito, y hace resonar la puerta con tres aldabazos.

— *Quién va?* preguntaron desde dentro en buen idioma flamenco.

— *Santiago!* respondió el encubierto.

— *Contra?* repusieron desde adentro.

— *San Luis y San Jacobo!* replicó el que llegaba.

Entonces se oyó descorrer un pesado cerrojo, la puerta rodó sobre sus macizos goznes, dando paso á aquel personaje, cerróse tras él, y todo volvió á quedar el en mismo silencio que antes.

Un cuarto de hora despues llegó hasta la casa otro embozado, tambien de largo manto negro y sombrero de ancha ala; llamó á la puerta de la misma manera; la misma voz repitió el *Quién va?*—tambien el nuevo personaje respondió *Santiago*:—replicáronle *Contra*:—*San Luis y San Jacobo*: repuso el caballero, y algunos momentos despues la puerta le dió franca entrada en la casa, volviéndose tambien á cerrar tras él.

A poco, y por opuestas direcciones, dos nuevos personajes se paran junto á la verja.

Hubo un momento de silencio, precursor al parecer de una querrela, porque las capas se movieron de modo que respectivamente pudieron sospechar aquellos caballeros, uno de otro, que acariciaban los puños de las largas espadas, que dejaban asomar por bajo de los ferreruelos.

Sin perder el embozo uno de ellos, quizás el mas valiente ó el menos prudente quizás, acompañando á sus palabras un visible gesto de impaciencia, y dando á su brazo la direccion que aquellas espresaban, en alta y sonora voz y en buen aleman,

— *Meinher*, arriba ó abajo, dijo.

— Ni abajo ni arriba, sino aqui, por San Estanislao mi patron! repuso el otro con calma y en el mismo idioma. Y diciendo y haciendo cogió con la mano izquierda el aldabon y dió rápidamente tres golpes, mientras que con la derecha se quitó el embozo y tiró de una luciente espada.

Imitóle el otro con suma presteza.

Entonces se oyó la misma voz que preguntaba desde dentro, y fue contestada por ambos personajes en los mismos términos que lo habian hecho los anteriores.

Miráronse con sorpresa los caballeros, y en el mismo punto bajaron las puntas de los aceros, tendiéronse las manos simultáneamente, y exclamaron cada uno á su vez con evidentes muestras de alegría:

— Vos aqui, señor arzobispo?

— En Francfort vos, *meinher*?

— Os creía en España con el príncipe mi pariente y señor...

— Y yo os hacia en Flandes, sin curaros mucho de vuestra silla primacial.

Tuvo lugar entonces un ligero altercado de cortesía sobre la entrada, y pocos instantes despues todo volvió á quedar ensilencio, y al resplandor de la luna no se proyectaba sobre el blanco suelo la sombra de ningun viviente.

Despues de aquel breve altercado, otros dos personajes,

que llegaron sucesivamente, fueron introducidos en la casa con las mismas precauciones.

Aquéllos respetables señores, guiados por el portero de la casa, que probablemente sería también palafrenero ó cosa equivalente, subieron una ancha y hermosa escalera de piedra; atravesaron un largo y no muy angosto corredor que daba á un patio formado por cuatro andenes de arcos, sostenidos por columnas de mármol, con su correspondiente baranda de hierro; entraron luego en una antesala; y por último, levantando la pesada cortina que se veía en el centro de la estancia en frente de la puerta de comunicación con el patio, se hallaron en la habitación en donde se fueron reuniendo todos los que eran esperados por el dueño de la casa.

Aquella sala estaba perfectamente iluminada: una magnífica lámpara de bronce oscuro pendía del centro, sostenida por un águila del mismo metal clavada en el artesón de dorados relieves: reflejaban en cuatro cornucopias doce luces de amarilla cera, y se reproducían en atrevidas lunas de Venecia encerradas en severos marcos de ébano: las paredes estaban cubiertas de ricos tapices de Flandes, sostenidas por medias cañas doradas así en su parte superior como en la inferior, de modo que recortaban perfectamente aquellas telas.

Veíanse cogines de damasco verde al rededor de la estancia, y de forma elíptica una gran mesa de nogal de una sola pieza, sostenida por cuatro barras de hierro cruzadas en forma de aspa, sobre la cual alternaban fiambres, dulces, conservas, quesos, frutas secas, pasteles, bizcochos y vinos delicados; en agradable armonía el refrigerante Rhin con el seco Jerez, el espumoso Borgoña y el dulce Lacrima-Cristi, sirviendo de buen estímulo al apetito; al rededor de la mesa se hallaban colocados elegantes taburetes carmesíes á la flamenca sobre una rica y gruesa alfombra, también de los Países-Bajos.

Siete caballeros están ya sentados, sorprendiéndose agra-

dablemente al verse, y celebrando la llegada de cada uno de ellos con una copa de buen Rhin, ó de excelente Jerez.

No se sentía frío en aquella estancia, porque además de estar cerrada con todo el esmero posible, y cubiertas las puertas y ventanas de pesadas cortinas, había en el fondo de uno de los testers una chimenea, cuya voracidad se alimentaba con grandes troncos de encina.

Desde el principio estuvo muy animada la reunión, como no puede menos de suceder donde hay una consoladora chimenea, estando la temperatura á cinco grados bajo cero, cuando se destapan botellas por cabeza cada cuarto de hora, cuando se acaba de llegar de un largo, penoso y precipitado viaje, y por último, cuando de siete personas casi todos compatriotas, la mayor parte de ellos son menores de treinta años y abrigan halagüeñas esperanzas.

El que hacía los honores de la casa estaba muy satisfecho entre aquellos compatriotas suyos, flamencos todos excepto un francés; y tomando de pronto una gran copa de Jerez, que brilló á la luz como un enorme topacio, se puso en pie, y dijo con firme y sonora voz:

— Brindemos, respetables señores, por la salud y victoria de nuestro rey y amo Carlos I de Austria, futuro emperador de Alemania.

— Cómo? exclamaron todos los circunstantes, levantándose cada uno con otra copa de vino en la mano.

— Bebamos primero, y luego os contestaré, señores, dijo el anfitrión de aquella noche, apurando mesuradamente el contenido de su cristal.

— A la salud de nuestro rey y señor! dijeron unos.

— A la salud del futuro emperador de Alemania! exclamaron otros.

— Poco á poco con eso de futuro emperador, añadió un joven de agradable fisonomía, aire pretencioso, con acento francés y visible muestra de desconfianza.

— Voy á esplicároslo, señor consejero, repuso el que presidia, con acento de profunda convicción, ó como quien

posee un secreto. Tendré el gusto de revelaros, lo mismo que á estos dignos señores, el objeto de vuestro viaje. Qué diablos! bien vale la pena de saberse por qué se han andado mas de trescientas leguas españolas desde Barcelona, en donde se hallaban vueseñorías, y sobre todo cuando encargados de una mision importante del rey, estareis esperando con impaciencia el que os la revelen.

La conversacion desde el principio era en idioma flamenco.

— Ciertamente, monseñor cardenal de Gurke; pero yo agradezco siempre al rey mi amo que me haya proporcionado el placer de ver los ojos azules de las alemanas, despues de haber admirado durante algun tiempo los negros y rasgados de las graciosas y vehementes españolas, contestó el francés.

— *Monsiur* de La Chaud, quereis tener la bondad de que escuchemos á monseñor el cardenal, y despues podreis ocuparos de las mugeres, puesto que tanto os interesan? replió un venerable eclesiástico de cincuenta años, con mucho énfasis y alguna aspereza, y sin mirar mas que á su copa con la mayor veneracion.

— Voto á San Ladislao! dijo un caballero de apuesto continente, barbudo y fiero rostro: monseñor de Gurke, sois acaso el ayo del buen francés? no lo presumia á fé de Brabanzon.

— Pues voy creyendo que no necesita andadores, añadió otro.

— Y lo prueba, *meinher* Almerstoff, el que hemos hecho todos lo mismo hasta ahora sin distincion de clérigos ni legos, de viejos y jóvenes; recibir la orden de venir de paseo á estilo de saeta y hallarnos aqui todos sin saberlo el uno del otro, ni para qué hemos venido, contestó el canciller Brabanzon.

— Y sin embargo, yo esperaba á todos, porque asi lo dispuso el rey en Barcelona; *rex jusit*, dijo tranquilamente el buen cardenal.

— El rey sin duda no podía escoger á persona mas digna y entendida: verdaderamente deseaba oiros acerca del objeto de mi viaje, monseñor cardenal, dijo con afabilidad y disimulo el habil obispo de Lieja, Erardo de Lamarke.

— *Gratias hagamus Domino*: repuso sin entender la ironía del obispo, el cardenal, gefe de aquella reunion, y continuó: debeis ya saber, señores, en el corto tiempo que hayais tenido de descanso en esta imperial ciudad de Francfort, que el doce del mes de enero último ha fallecido el poderoso Maximiliano de Austria, emperador augusto de Alemania.

— Emperador de hecho, de derecho tan solo rey de romanos, observó con aparente sencillez el diácono Cristian Bleimberg, que hasta entonces habia permanecido en silencio.

— *Romanorum rex*, es muy cierto, segun las Cancillerías Imperial y de San Juan de Letran: añadió con calma el buen cardenal.

— Señores, si os place dejad las observaciones para otra ocasion, y vamos al asunto. Podeis proseguir, monseñor cardenal, dijo Guillermo de Croy, el jóven Primado do Toledo.

— El rey os escribió, señores, previniéndoos que en la noche del 12 de febrero, y dadas las doce, estuviéseis en esta ciudad y os presentáseis en esta casa. Al efecto os dió dinero, que es como si dijéramos viento á las velas de vuestro buque, y desde el Mediodia de Europa enderezásteis la proa al Norte con buen ánimo y santa obediencia; *vela dabant læti et spumas salis ære ruebant*: habeis volado, esto es, habeis hecho vuestro viaje en menos de dieciseis dias, que es cosa nunca vista en los tiempos que alcanzamos...

— Aun desde que Gaston de Foix enseñó á los franceses á andar ligeros como las balas de cañon de Este: dijo el tesorero Almerstoff.

— El jóven libertador de Bolonia y vencedor por asalto

de la plaza de Brescia: exclamó con satisfacción el francés La Chaud.

— El rey, continuó el cardenal, piensa hacer valer sus derechos de sangre al trono imperial, y debeis saber que Carlos de Austria no retrocede en sus resoluciones, y ha resuelto conseguir su pretension, contando con la lealtad de sus buenos vasallos los flamencos...

— Bien pensado! dijo para sí el obispo de Lieja.

— Cuenta tambien con la fuerza de sus lanzas, continuó el cardenal sin notar la interrupcion.

— No hay como ese medio, indicó La Chaud.

— Para eso, prosiguió monseñor de Gurke, es menester desplegar mas astucia que fuerza, puesto que la Dieta, que debe reunirse muy en breve en esta ciudad, consta de siete electores, y es menester hacer que á toda costa recaiga la eleccion en Carlos I. Este es el deseo del rey, este es el objeto de nuestro viaje y esto lo que no podemos menos de realizar.

— Cuidado con Francisco I que es ambicioso, y no podrá menos de disputar las águilas del Imperio al leon de Castilla!, observó con profunda gravedad el obispo y príncipe de Lieja.

— Se estará quieto Enrique VIII?, repuso sencillamente Bleimberg.

— Claro está que la victoria mas honrosa es la mas disputada. Si Francisco I y Enrique VIII, junto con los príncipes electores, se estuviesen quiéto, ningun mérito tendría nuestra empresa. La verdad es que, alarmada toda la Europa, continuó el cardenal, con las conquistas de Selim, nadie podría resistirle sin tentar invadir sus vecinos estados, lo mismo por mar que por tierra.

Es menester oponer un dique á ese hombre tan sagaz como valiente, y tan afortunado como audaz: los pueblos de Europa conocerán esto, y no podrán menos de apoyar las pretensiones de Carlos, único príncipe que tiene estados fronterizos de los suyos y una monarquía poderosa, y sobre

todo cuando puede decir con razón, que jamás se pone el sol en sus dominios.

— Convengo sin duda, interrumpió el diácono viendo dificultades en todo, mas los suizos aun en caso de competencia al Imperio, como que deben temer por su debilidad el engrandecimiento de cualquier pretendiente, es regular que permanezcan neutrales. Mas probable es que esten por Carlos de Austria por aversion á los franceses, añadió Guillermo de Croy.

— Ciertamente, *in odium gallorum*, concluyó el cardenal, meneando la cabeza con satisfaccion.

— Esa misma razon de conveniencia que alegais, *meinher Bleimberg*, para suponer que los suizos deberian permanecer neutrales, hace presumir que los revoltosos marineros del Adriático, á tener juicio, deberian contentarse con estarse quietos, repuso con fatuidad el canceller; y sin embargo, continuó, me temo que no suceda asi, sino que se declaren en favor del francés por su ojeriza hácia la casa de Austria.

— *In odium domus Austriae*, murmuró el cardenal. Y por último, en nosotros confia Carlos I, y debemos probarle que hemos sido dignos de su eleccion.

Pero basta ya de preparaciones: es menester concluir pronto, porque los momentos son preciosos. Oidme pues por fin, señores.

Tenemos á nuestra disposicion todos los recursos de S. A. Católica, que consisten en tres cosas: astucia, dinero y fuerza; la primera corresponde esclusivamente á vosotros; la segunda la tendrán en breve los judíos á nuestra disposicion, y la tercera la pone el rey en esta ciudad con un cuerpo de tropas de uno de los círculos de Alemania, para asegurar la independencia de los electores, y guardando las espaldas á esas lanzas todas las coronelias españolas, si fuese necesario.

— Gran pensamiento!, exclamó el ambicioso obispo de Lieja.

— Pues mi primo sabe lo que se hace, dijo el arzobispo de Toledo.

— Venceremos, porque el príncipe solo ha confiado á flamencos su empresa.

— Perdonad! pero yo no soy flamenco, repuso el francés.

— Me temo que va á costar muy cara la empresa, dijo vaciando un vaso el tesorero Almerstoff.

— Un imperio no tiene precio. Ya os reintegrareis con usura, añadió Bleimberg.

— Antes de separarnos, volvió á decir el cardenal, os indicaré los nombres de los judíos que os proporcionarán el oro á manos llenas.

Levantóse el buen anciano y todos le imitaron. El cardenal tomó del brazo al obispo Erardo de La Marke, y le dijo por lo bajo en un ángulo de la estancia: si reducís á Luis, rey de Bohemia, mi querido príncipe de Lieja, á que vote en la Dieta por nuestro rey y señor don Carlos, os premiará con un arzobispado.

Llamó en seguida aparte á Guillermo de Croy y, en el mismo tono que á el anterior, le dijo: catequizando á Joaquín I, marqués de Brandeburgo, colocareis sobre vuestros hombros la púrpura cardenalicia.

Señor canceller Brabanzon, en nombre del rey os ofrezco, por el voto de Luis, conde palatino del Rhin, que pintareis sobre vuestro escudo las catorce perlas de la corona condal: Dijo tambien el cardenal y continuó:

— Señor tesorero, si haceis que sea de los nuestros el elector Alberto de Brandeburgo, arzobispo de Maguncia, rodeareis vuestro cuello con el toison.

Si *monsiur* La Chaud obtiene el voto de monseñor Herman, conde de Vied, arzobispo de Colonia, titularéis marqués de la Lealtad.

El arzobispo de Tréveris, Ricardo de Gressenklan ha de ceder, señor diácono, á vuestra instancia; siendo su voto favorable, escogereis obispado en España. Esto me dijo el rey que os hiciése entender. Cuento pues con vos.

Después de haber conferenciado en voz baja con cada uno de dichos señores, el venerable cardenal dijo en alta voz:—Yo me dirigiré á Federico *el Sajon*. *Septem pro septem*: uno para cada uno. Por si tuvieseis que salir á Francfort para entenderos con algun representante del elector verdadero, caso de que este no pudiese presentarse personalmente; ó bien por si en otros planes entra el tener que abandonar esta ciudad, además de que convendrá mucho para la reserva necesaria en este negocio que se ignoren en lo posible nuestras relaciones, así como nuestro objeto; por si ocurre algo de esto, señores, decia: ahí va la manera de dirigirse á mí, dijo dando á cada uno de ellos un pedacito de papel. Ahí teneis el nombre de Simeon Gerlerz, residente en nuestra corte de España, quien habrá dado ya sus órdenes para que dentro de poco estos perros judíos de Alemania se nos presenten á ofrecernos cuanto dinero necesitamos.

De este modo nos escusaremos de llevar nuestra comitiva ocupada en la conduccion del dinero, que á la esposicion de perder este á la violencia, reúne la circunstancia de llamar escandalosamente la atención de los curiosos por su volúmen, debiendo disponer de cantidades dignas de quien ha de recibirlas, de quien las deberá entregar y de la alta persona sobre todo que las envia.

—Magnífico!, repuso el jóven arzobispo de Toledo. No es verdad, señor cardenal, que aunque solo fuera por lo cómodo de esas *cartas de seguro*, ó como se llamen, que ahorran el trasporte del dinero en especie, debería estar reconocida toda la cristiandad á esos buenos judíos?

—Brindemos, repuso el obispo Erardo de La Marke, llenando una copa hasta derramarse el rojo licor, brindemos, señores, por el feliz éxito de nuestra empresa!

—*Amen dico vobis*, contestó el cardenal, y todos bebieron la última copa, viendo ya al vislumbre de cada una de ellas una perspectiva halagüeña por su triunfo.

Mañana mismo, añadió el cardenal, podreis hacer vues-

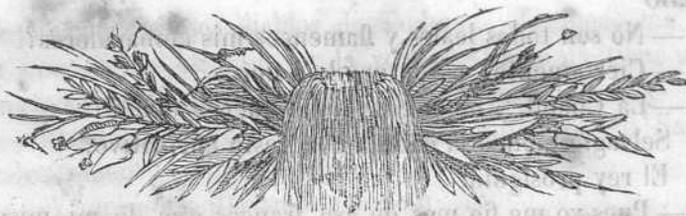
tra composicion de lugar. Tened en cuenta que en la ciencia de los estados, el fin justifica todos los medios, y que vais á oponer astucia á la astucia, oro al oro, y fuerza á la fuerza; y que todo esto, caballeros, puede hacerse sin empañar el esmalte de vuestros escudos. Carlos I rey de España me ha dicho: «vais á alcanzarme lo que de derecho me pertenece.» Nosotros pues, como buenos y leales, debemos á nuestra vez decirle: «nosotros te alcanzamos lo que de derecho te correspondia, la corona imperial de Alemania: ahí la teneis, Cesar.»

— Y por San Guillermo mi patron que es magnífico regalo!, exclamó Guillermo de Croy.

— Ya es tarde, señores, repuso el bueno del cardenal. En esta casa tendreis hospedage, hasta que nos separemos mañana todos.

Entonces cogiendo un pequeño martillo de plata, que habia sobre la chimenea, dió un golpe sobre una media esfera del mismo metal que estaba junto al martillo: á su sonoro y vibrante sonido se presentó un ayuda de cámara, quien, á una indicacion de su amo, se fue á instalar en sus respectivos aposentos á los *siete embajadores*.





CAPÍTULO XX.

DISCRECION Y DINERO.



ocos días antes de la escena que tuvo lugar en la casa de Francfort la noche del 12 de febrero, el rey Carlos I se hallaba departiendo amistosamente con un italiano de su consejo, llamado Selvagio, á quien S. A. dispensaba bastante favor. El italiano hizo

recaer la conversacion sobre varios puntos importantes, y el rey satisfizo á todos ellos de la manera que lo solia hacer siempre, y cuando no podia comprometerle su franqueza.

Mas oigamos á ambos.

— Cómo irán nuestros asuntos de Alemania, señor?

— No son todos leales y flamencos mis embajadores?

— Ciertamente, esceptuando á uno...

— La Chaud... no es eso lo que quereis decir?

Selvagio meneó la cabeza con gesto afirmativo.

El rey prosiguió:

— Pues yo me fio mas de ese francés que de mi mismo primo Guillermo de Croy.

— Como podéis fiaros de mí, señor...

— Y sin embargo sois italiano, mi buen amigo Selvagio.

— Es que los italianos somos lo mismo para amar que para aborrecer.

— Perdonad, mi buen tesorero, creo que estais en un error. En Italia aman las mugeres y aborrecen los hombres siempre; eso al menos es lo que yo he llegado á entender... Qué tal, me equivoco?

— Es preciso convenir que sois injusto algunas veces, Alteza.

— Por ejemplo, enviando á Alemania á La Chaud, y haciéndoos quedar á vos... envidiosillo... Y no os consuela el tener las llaves de mi caja? Sois bien descontentadizo á fé.

— Y guardásteis, señor, con vuestro primo monseñor de Croy la misma reserva que con los demas embajadores?

— La misma.

— Desconfiabais acaso, señor?

— De ellos no, de alguna imprudencia. Ignorando todos mi resolucion y su cometido, mal podian revelarlo por mala fé ó imprudencia. Por eso les escribí estando aqui ellos y les hice marchar sin dejarme ver siquiera de ninguno, escepto del venerable cardenal de Gurke.

— Es preciso confesar que anduvisteis, señor, prudente por demas.

— Pues aun asi y todo, es posible que haya graves tropiezos en la empresa... No me fio de...

— Francisco I?

— Ese es el que menos cuidado me da, porque es adversario leal. Puede presentarse tambien Enrique VIII. Son

muy testarudos esos diablos de Tudors... Tampoco me fio de Leon X, si he de decir la verdad. Roma no tiene mas amistad ni mas móvil que su egoismo.

— Quereis que vaya en vuestro nombre á ver al Santo Padre, señor?

— Y qué adelantariamos con eso?

— Disponer el ánimo de Su Santidad en favor vuestro.

— Su influencia en la Dieta es nula. Creeis que en ella se hace algo sino con mucho oro?

— Pues lo que es eso no lo da la curia romana, al contrario, recibe cuanto puede.

— Leon X se estará quieto respecto de la Dieta, pero acaso proteja al francés, ó al inglés en perjuicio mio.

— Por qué?

— Porque el buen Enrique VIII es devoto y erudito, el magnifico Francisco I rey *Cristianísimo*, y yo no soy mas que A. Católica y el mas jóven de los tres. Leon X hará poco caso de un rey sin barbas... No es verdad, señor tesorero? Mas dejemos á Roma, París y Londres, y ocupémos de aqui. Qué dicen mis vasallos de la marcha á Alemania de mi hermano don Fernando?

— Les ha sabido muy mal, señor, lo cual prueba que ha sido muy bien hecho: el infante tenia muchos partidarios... puede decirse que la conjuración de la taberna del *Murciélagu*, que fue el resultado del descontento público de algunas ciudades revoltosas de España, no tenia otro origen, señor, y que el príncipe era la cabeza de aquellos rebel...

— Callad, Selvagio, hablais del infante de Castilla, y el infante será siempre mi hermano, aunque estuviese exaltado con el cuento de la aparicion del fraile que le dijo en el bosque que sería rey de España.

— Y por eso, señor, tenia locas pretensiones.

— Por eso reinará si quiere en Alemania, y sus parciales no tendrán ningun pretesto para la rebelion.

— Y no os enviará subsidios en premio del lugar en que le coloca V. A.?

—Quereis mas oro todavía, Selvagio? Veo con disgusto que sois mas codicioso que Almerstoff mi tesorero en propiedad, y que el mismo Gesvres.

—Señor, un cuerpo de tropas en Alemania, como os habeis dignado indicarme, costará mucho... al pie de...

—Cueste lo que quiera, es preciso!

—Pero sino hay dinero, señor, en las arcas reales.

—Pedídselo á Gesvres.

—Me haria desollar vivo.

—Sois un imbécil. Creeis por ventura que el tesorero del rey no tiene mas que guardar el dinero que haya en arcas?

—Precisamente.

—Pues os repito que sois un imbécil. Un tesorero que pertenece al consejo del rey debe saber algo mas.

—Yo no puedo engañar á V. A., pero...

—Sino hay fondos, se buscan...

—Podeis pedir subsidios, señor.

—Olvidais que estamos en Cataluña, y que los catalanes en eso de dar se parecen á la curia romana?

—Ciertamente, señor, se me olvidaba.

Y podré saber á quién pensais dar el mando de ese cuerpo de tropas, que ha de pasar á Alemania á sostener la independencia de los electores?

—Irá... enviaremos... pero, decid, señor tesorero, de dónde pensais sacar dinero para la expedicion?

—Qué os parece de esta idea? pedirle á la abadesa de Santa Engracia algunos miles de escudos...

—Ya lo he hecho.

—Tanta prevision, señor... sois admirable! Y qué os ha dicho?

—Todavía no hay tiempo para saber la respuesta... de aquella buena señora... pero creo no engañarme no dudando de su adhesion. El diácono Bleimberg me ha hablado de ella en ese sentido, y para eso he enviado al capitan de mi guardia.

— Don Fernando de Acuña ?

— El mismo.

— Sabeis, señor, que ese es partidario del infante ?

— Direis mas bien que es buen español.

— Es uno de los de la liga, pues el diácono tenia esas noticias por la abadesa de Santa Engracia.

— Pues él ha llevado á su maternidad una carta nuestra, señor consejero y tesorero interino.

— Pidiéndole dinero ?

— Y algunas nuevas.

— De S. A. vuestra augusta madre y mi señora ?

— Sois por demas curioso, señor tesorero.

— El interes verdadero por V. A. escusará mi aparente curiosidad.

— Y os dijo el diácono algo sobre la sesion habida en Santa Engracia, entre los caballeros españoles y la duquesa de San-Rafael ?

— Ciertamente, señor. Ellos fueron espiaados por los agentes de la abadesa desde el momento en que llegaron á Valladolid. Aquella avisó á Bleimberg, y por eso os escribió una carta por su conducto. En vuestra prevision, señor, supongo que aquellos caballeros se habrán ya inutilizado para seguir en sus proyectos.

— Don Hugo de Moncada marcha á... no recuerdo en este momento... Leiva aun permanece aqui... los demas son insignificantes.

— Asi lo creo; pero bueno será no perderlos de vista, porque al fin los de la liga son muchos, y no se sabe dónde se encuentran fijamente.

— Yo les conozco bien, Selvagio.

— Y les perdonais ?

— El perdon concedido ostensiblemente es una accion orgullosa... los perdono sin que tengan que agradecerme nada.

— Los espiais, señor ?

— Los observo y les inutilizo sus planes. Ya lo veis; Mon-

D. Carlos I.

cada... ha ido á... le he hecho embarcar. Don Diego Hurtado de Mendoza está en las cercanías de Barcelona, don Antonio de Leiva aquí, don Gonzalo de Rivera sigue á Moncada, y el capitán Acuña marcha camino de Valladolid... Una persona me falta... es decir, no sé de ella, y acaso pueda hacernos daño...

— La duquesa acaso, señor?... Ah! ya recuerdo que Bleimberg aseguró que se hallaba en Santa Engracia.

— Sino hubiese estado mas que allí, señor tesorero...

— Cómo?

— La duquesa, Selvagio, estuvo en la taberna del *Murciélago*.

— Qué decis, señor?

— Lo que oís: lo que he visto yo mismo.

— Vos?

— Estuve disfrazado en la taberna, y les vi entrar en la parte baja. Allí estaba también Acuña: mas á él le vi salir y á la duquesa; á su compañero no. Ciertamente eran de los conjurados.

— Y no supisteis mas?

— Nada mas sé, y eso es lo que me incomoda, señor Selvagio. Es menester buscar á la duquesa, ella debe de estar en Barcelona.

— Teneis antecedentes?

— Tengo el de su españolismo y el de su odio á nuestra persona.

— Despreciadla!... una muger!...

— Una muger como enemiga es mil veces peor que un hombre: á las mugeres lo que les falta de corazón les sobra de ingenio. Hay nada mas temible que un italiano en la venganza, mi querido Selvagio? Pues es menester que convegnais conmigo, en que no hay hombres en el mundo que mas se parezcan á las mugeres.

— Gracias, Alteza.

— Soy justo, tesorero.

El gentil-hombre anunció en este momento á un caballero.

El rey se puso en pie, tendió la mano á su tesorero, la besó este respetuosamente, y el rey le dijo en voz baja:

— Selvagio, discrecion y dinero: necesito dinero para enviar al circulo de Suavia un cuerpo de tropas... ved á ese judío de Efrain.

Dijo el rey con mucho interes.

— Lo veré, señor, al momento, pero...

— Es preciso: replicó el rey con un gesto de disgusto, y señalando la puerta, concluyó: podeis contar con mi firma en blanco... mas advertid que me respondeis de la usura escesiva con...

Selvagio no dejó al rey concluir la frase, acaso porque le parecia poco armoniosa. Ello es que bajó la cabeza, y el rey se quedó murmurando, de manera que lo oyó bien Selvagio, *con vuestra cabeza, con vuestra cabeza*. Y luego dijo en voz alta: que pase el caballero.

Un momento despues entraba en la estancia regia un antiguo conocido nuestro.

— Don Antonio de Leiva, seais bien venido.

Dijo el rey, alzando al caballero que le doblaba la rodilla.

— Salud al monarca español, repuso don Antonio.

— Caro os vendeis, el de Leiva.

— Gracias, señor. Quería pedir os una merced.

— Hablad, os escucho.

— Mi madre, señor, la noble condesa y yo os rogamos que no hagais justicia en el negocio trágico de la muerte de mi hermano el buen conde.

— Qué quereis, Leiva? qué puedo yo hacer, habeis adelantado algo?

— Se me ha asegurado que el matador está para marchar fuera acaso de España, y vos, señor, sabreis á quién habeis enviado fuera de España ó á quién vais á enviar.

— Don Hugo de Moncada se ha embarcado recientemente.

— Señor, ese no es; es español y leal.

— Don Diego Hurtado va á marchar pronto.

— Tampoco es ese, señor; estaba en Granada cuando la desgracia de mi hermano.

— Don Gonzalo de Rivera está á las órdenes de Moncada.

— El San Juanista, señor, estaba como su gefe en alta mar, bien lejos de Valladolid por cierto, príncipe mio, cuando ocurría la catástrofe.

— Entonces, Leiva, no sé quién pueda ser, no comprendo sobre quién recaer puedan vuestras sospechas.

— Acaso el obispo de Lieja... el cardenal de Gurke... Qué decís, tienen trazas de...

— Señor, es imposible! son dignos prelados. No habeis enviado á ningun flamenco fuera, ó vais á enviarle?

— Y si yo no os pudiese contestar á esa pregunta, señor Leiva?

— Eso me confirmaria en mis sospechas, y en que me han dado un aviso exacto.

— Pues bien, señor Leiva; el canciller Brabanzon, el consejero Almerstoff y el tesorero La Chaud, junto con el diácono Bleimberg, mi consejero tambien, han salido de España, y ellos mismos lo ignoraban de todo punto el dia antes de su partida. Sospechais de alguno? decid.

Leiva estaba perplejo.

El rey prosiguió entonces entre grave y cariñoso:

— Podeis hacer lo que gustéis, Leiva amigo: os concedo dos meses, tres, cuatro de licencia, para salir si gustais de Barcelona y del Reino. Buscad al asesino de vuestro hermano... si lo encontrais, probadme bien su crimen y, os lo he jurado, su cabeza rodará sobre un patíbulo.

— Gracias, señor, replicó Leiva, y se llevó la mano al corazon, como para sofocar un suspiro hondo y desgarrador.

Dos palmadas sonaron entonces junto á una ventana de la estancia.

El rey adivinó quién era la persona que así llamaba, y haciendo ademan á Leiva de que saliera, se quedó solo despues de haber dado á aquel su mano á besar y haberle dicho luego al salir:

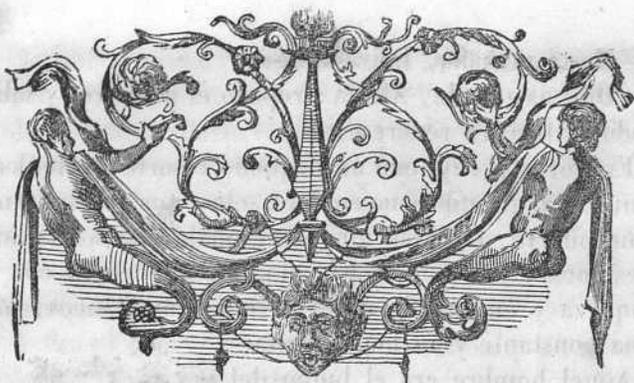
—Hasta mañana, Leiva amigo.

—Dios os guarde, Alteza: repuso el primero, y salió haciendo la tercera reverencia.

Entonces el rey tocó un pequeño resorte disimulado en el muro, y girando suavemente sobre sus goznes una pequeña puerta, tambien muy disimulada con los tapices de la estancia, dió paso á un hombre que entró con suma franqueza y enseñando unos dientes muy blancos, merced á una constante y burlona sonrisa.

Aquel hombre era el bufon del rey.





CAPÍTULO XXI.

ESPLICACIONES.



PECTIVAMENTE Carlos, que tuvo toda la precaucion de ahuyentar, por decirlo asi, de Barcelona, y con ello de su corte, á todos los caballeros de importancia en la liga; Carlos, que les habia puesto con maña superior á su edad fuera de combate; Carlos tan previsor, en fin, que á seis hombres que le rodeaban constantemente los envia á una nacion estraña sin prevenirles de su viaje ni de su mision y hasta sin permitirles una despedida

personal ; ese hombre no podia menos, necesitando dinero, de haberlo buscado con tiempo.

Carlos conocia la codicia de los flamencos y sus espantosas exacciones, asi como sus frecuentes remesas de dinero á Flandes en socorro de sus familias ; el príncipe comprendia el mal efecto, el descontento público que se iba apoderando de todos los buenos y generosos españoles al ver tales demasías, tan frecuentes y tan injustificadas: todo lo veía, tocaba y deploraba en silencio ; mas no podia evitarlo, porque entonces ejercia aun sobre él mucha influencia el ministro Gesvres y se hallaba en el principio de su largo reinado.

Estaba convencido de que Francisco I se opondria al Imperio, y que no perdonaria medio al efecto ; lo estaba tambien de que Enrique VIII haria otro tanto, asi como de que Roma procuraria influir en favor de la persona que mas cuenta pudiese tenerle de entre todos los opositores, cualquiera que fuese su condicion, esto es, lo mismo monarca de la importancia de los nombrados, que príncipe de estados soberanos, como los electores de la Dieta. Roma queria dinero entonces, mucho dinero, y esa codicia insaciable produjo la reforma protestante ó protestantismo religioso en Europa. Sin embargo, el magnifico Leon X tuvo entonces razon, y todo el mundo pudo convencerse de ello.

En tiempo de ese gran Pontifice se ideó la grande obra de la *Basilica de San Pedro*, orgullo de las artes y honroso resultado de la caridad de los fieles cristianos.

La iglesia de San Pedro se hizo con las sumas adquiridas ó limosnas dadas á cambio de indulgencias ; pero los enemigos del principio de la unidad católica tomaron de ahí pretesto para murmurar primero y escandalizar despues en toda la Italia, por suponer que á las limosnas de los fieles se daba otro destino menos piadoso. La maledicencia y la calumnia, dos águilas que atacan siempre las mas puras intenciones, hincaron sus dientes y sus uñas en el pontificado, pasando del hombre á la institucion.

La verdad es que la simonía existió por algunos malos religiosos que hicieron un tráfico escandaloso de las indulgencias, abusando de su ministerio de una manera descarada.

Un predicador llamado Ulrico Zoingli en Zurich y don Martin, natural de Gisleben, fraile agustino y profesor de la nueva universidad de Witemberg, clamaron contra el escándalo, predicando y escribiendo mucho y con mucha energía contra el espantoso comercio que algunos emisarios impuros hacian de las indulgencias.

Por entonces fue cuando el célebre Martin Lutero propuso la discusion pública de noventa y cinco proposiciones, condenando la venta de las indulgencias. Esto era el 31 de octubre de 1517.

Para contestar á Lutero se presentaron muchos grandes hombres, habiendo aquel derrotado á varios, incluso el cardenal de Gaeta en Augsburgo. Entonces en vista de aquella superioridad y pertinacia con que el apostol del protestantismo empezaba á revelarse á toda la cristiandad, y apurados todos los medios de persuasion, Leon X lanzó contra Lutero una bula que alcanzaba tambien á sus partidarios, sin que le valiera al primero la proteccion que le dispensaba decididamente Federico el Sajon, ó el Nestor, principe elector de los siete de la Dieta, y el que quedó gobernando el Imperio por muerte de Maximiliano.

Necesitaba pues oro Carlos, en vista de que probablemente se atravesaria mucho en aquellas circunstancias, ya para con los electores, ya para con Roma, respecto de los monarcas que pretendiesen su influencia. Esto supuesto habia pedido á la abadesa de Santa Engracia que le facilitara todos los escudos que pudiese; esperando pagarle con subsidios que le votasen los pueblos y sobre todo con lo que pudiese realizar desde el momento en que triunfase de sus opositores al imperio de Alemania.

Nuestros lectores saben ya quién era la persona encargada de aquella misiva para la abadesa, asi como tambien que la carta contenia otro particular importante para el rey, á

saber; averiguar el paradero de la duquesa de San-Rafael, de la cual sospechaba que tenia intenciones hostiles á su persona, puesto que le constaba que se hallaba de acuerdo con los partidarios de la liga, por haber él mismo presenciado su entrada en la taberna del *Murciélago*.

Entre tanto Loyola, antes de salir de Valladolid, enterado de todos los pormenores de la desgracia de Ursula, y convencido por ella misma de que era Bleimberg el autor criminal de las desdichas de la jóven, quiso ir á buscar á don Fernando de Acuña, como ella se lo suplicara, despues de conocer los recursos que pudiesen servirle un dia para escaermentar al culpable.

La inteligencia que Bleimberg tenia con la abadesa era facil de calcular, atendiendo á que Loyola habia visto al diácono algunas veces en la iglesia de Santa Engracia cuando él iba á hablar por el locutorio á una parienta suya, que tambien le confirmó en la buena armonía que existia entre aquel y su superiora.

El jóven Ignacio solicitó y obtuvo de la abadesa una entrevista, y de ella resultó que vendiéndose por amigo de Bleimberg, le dijese la superiora que doña Estrella de Ulloa se habia marchado del convento con ánimo deliberado de ejecutar alguna empresa importante contra el jóven monarca, en vista de la sorpresa hecha por el agente de Bleimberg el dia de la entrevista con los caballeros y la duquesa en el mismo convento.

Por la abadesa supo tambien el jóven Loyola la permanencia de Bleimberg en la corte de Valladolid hasta poco despues de la marcha del rey, y que continuaba aquel junto á este por su privanza nunca desmentida.

Conocia tambien el carácter de Ursula, nervioso y atrevido despues de su larguísima enfermedad, y sospechaba, ó por mejor decir, no dudaba que trataria de ir en busca de su amante... Ella se lo habia dicho así muchas veces, y él le habia aconsejado que no adoptase ninguna resolucion sin esperar su vuelta de la corte, adonde iba en busca de Acuña,

ó al menos sin recibir nuevas de su amante, que si las tendria.

Y á pesar del desenlace que tuvieron tan trágicamente las palabras insidiosas usadas con ella por Bleimberg para infundirle celos y hacerla salir de su casa, aquel arpon terrible quedó clavado en medio de su pecho, y dia y noche era víctima de su amor. Por eso desde que Ursula volvió á la vida, por decirlo asi, esto es, desde que aquel jóven caritativo la devolvió á los brazos de su madre, su vida era horrible, era un continuado martirio... Ursula habia sufrido en su físico un cambio completo, y en su moral y en su inteligencia un inesperado desarrollo de facultades... Su fisonomía no era ya la de la jóven inmaculada, aunque si conservaba toda su natural modestia. Sin embargo, sus ojos estaban mas animados, despedian rayos de fuego unas veces, y otras tibios resplandores de melancolía... Ursula tenia un malestar y una ¡ntranquilidad que no podia vencer; la pobre jóven sufría mucho en silencio, por no molestar á su pobre madre; pero esta comprendió que por su hija pasaba una cosa que no podia esplicarse ella misma, pero que la hacia padecer grandemente.

La horrible causa del malestar de Ursula era todavía un misterio para ambas, y en su melancolía esta no tenia mas consuelo que oír las palabras dulces de la madre de su razon.

Pero ya habian pasado los dias que ella le habia dicho á Loyola que esperaria en Valladolid las nuevas de su amante; pues pasado dicho plazo sin recibirlas, iría en su busca, ella pobre niña, sola, sin guía y sin amparo.

Loyola calculaba, pues, bien cuando le decia á don Fernando de Acuña que al dia siguiente sería ya tarde para encontrar á Ursula en Valladolid, porque en su concepto ella debia ya de haber abandonado el hogar materno; en todo caso era bueno que el amante estuviese prevenido de lo que podria ocurrir. Efectivamente, Loyola habia resuelto ponerlo en conocimiento de su amigo, y lo logró de la manera que hemos visto.

Tampoco mentia al suponer que la abadesa estaria fuera de su convento, porque en aquella época del año todas las monjas que designaba ella iban durante unos dias, y bajo su mando, con las precauciones de costumbre á hacer una romeria á un punto distante unas doce leguas del convento. Durante ese tiempo no era permitido á nadie la entrada en aquel recinto ni para el locutorio, y las puertas no volvian á abrirse hasta que tornaba la abadesa con su séquito.

Don Fernando de Acuña ignoraba todo esto que su jóven compañero sabia; y por eso pudo dar á sus palabras cierto aire profético ó misterioso, que cuadraba muy bien en aquella situacion en que lo empleó con tan buen resultado para lograr su objeto.

Efectivamente Loyola temia que el rey hiciese llevar al capitan la carta de Urías, pues conocia que no era conveniente al primero tener junto á sí á un mozo tan decidido como Acuña contra los flamencos; comprendió que aquel mensaje era un destierro real y una comision aparente, y se ratificaba en esa idea, cuando veía á quién se dirigia la carta en cuestion de que era portador don Fernando.

Ya sabemos hasta qué punto era desleal á los españoles la abadesa, y partidaria de los flamencos; lo cual se explica facilmente diciendo que fue nombrada á poco de llegar Carlos I á Valladolid, por influencia directa de su ministro, quien tenia algunas relaciones de parentesco con la familia de la abadesa.

Aquel desplegó en la eleccion toda su influencia, á la sombra del jóven monarca, y triunfó en la lucha femenina y conventual.

A tal distincion, la nueva abadesa no podia ser ingrata, y en efecto, no lo fue.

Por otra parte, el rey con mano pródiga procuraba aumentar los dominios feudales de Santa Engracia, contando á su vez con el apoyo que en casos dados debería alcanzar.

Así, pues, se explica que el rey recurriese á la abadesa, y que esta, caso de llegar la carta á sus manos, se apresurase á complacerle.

La abadesa tenia demasiada perspicacia para disgustar al príncipe, con mengua de su valimiento y del mayor apoyo que recibia con eso su santa casa.

La inteligencia recíproca de la abadesa y de Carlos I era conveniente á ambos, y en verdad, ambos procuraban consolidarla.

Nuestros lectores habrán ya comprendido hasta qué punto era justa la desconfianza que el jóven compañero de Acuña tenia sobre el contenido de la carta que este llevaba, por si podia producirle algun disgusto personal; y tambien habrán ya adivinado que en su contenido, muy lacónico por cierto, solo se pedia por el rey á la superiora la cantidad de dinero de que pudiese disponer por una parte, las nuevas acerca de la duquesa y sus planes por otra.

La carta decia así:

«A la abadesa de Santa Engracia, salud.»

«El imperio de Alemania está vacante. El rey de España lo pretende con mas derechos que podrá alegar ningun otro príncipe de la cristiandad.»

«Un imperio vale mucho. Apresuraos á poner á nuestra disposicion todo el oro de que podais disponer, del cual se-reis ámplia y liberalmente recompensada.»

«Si para proporcionarlo se necesita hacer sacrificios, los hareis, que de ello no os pesará nunca.»

«Sabeis algo de la duquesa de San-Rafael? Desde que el diácono Cristian Bleimberg hizo saber al rey su desaparicion del convento, aquel nada mas ha averiguado,»

«Hasta dónde la acompañaron vuestros emisarios á título de custodios de su persona?»

«Todo esto importa mucho al amigo, y debe saberlo cuanto antes.» = «El rey.»

«P. S. La respuesta, con el mismo portador.»

«Barcelona, etc.»

La lectura de esa carta tranquilizó al jóven Loyola, y como Dios le dió á entender arregló el hilo y la cera del sello, despues de arrollar perfectamente el pergamino, y lo entregó á su compañero.

El camino era largo y lleno de penalidades, que sufrían ambos con resignacion.

Nada de particular les ocurrió hasta su llegada á Valladolid, término de su viaje, y como quiera que los sucesos que al par ocurrían y que forman la serie de esta narracion nos llama á otra parte, dejaremos para mejor ocasion el ocuparnos de estos viajeros, á quienes daremos entre tanto tiempo para dar fin á su pequeña empresa.

Baste decir por ahora, que don Fernando seguía muy preocupado pensando en su amante, y que su amigo procuraba distraerle de la manera mas amable del mundo con sus ingeniosas observaciones, y sobre todo, encomendando el desenlace de aquellos sucesos á la bondad de la divina Providencia.

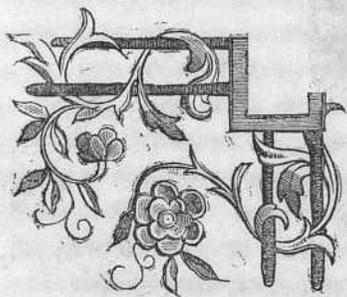




CAPITULO XXII.



UN BUEN AMIGO.



A mañana en que Carlos conferenció con su tesorero Selvagio, manifestándole lo urgente que le era proporcionarse dinero, recordarán nuestros lectores que luego recibió al buen caballero don Antonio de Leiva, y que últimamente entró en la cámara en donde se hallaba el príncipe un enano, que indicamos ser su bufon.

La frente del monarca se despejó algun tanto, y sentán-

dose en un gran sitial, hizo seña al enano de que se colocase á sus pies.

Obedeció aquel, y sonriendo maliciosamente, observaba á su amo, esperando que se le dirigiese la palabra.

El enano era hombre muy cortés.

El rey contemplaba aquella figura de pequeña talla, unos tres pies, pero muy proporcionada, con ojos vivos y penetrantes, nariz aguileña, color moreno y pálido, blancos y lustrosos dientes, y cabello y barba rubios.

El conjunto, de suyo original, no era antipático, porque habia cierta gracia en todo él, y su trage era muy airoso, aunque algo abigarrado en sus colores.

Llevaba en la mano una varita negra con cascabeles en un extremo, que hacia sonar segun las ocasiones y su buen, ó mal humor.

El metal de voz de aquel hombre pequeño era proporcionado á su estatura, por decirlo asi; esto es, como sería la de un niño de la edad que él representaba por su exterior.

Carlos le miró de hito en hito, y sonriéndose le dijo:

— Bufon, llegas á mala hora.

— Entonces me volveré: se apresuró á contestarle aquel.

El rey calló, y el enano prosiguió:

— Créo, sin embargo, que llego en la mejor ocasion.

— Y cuál es esa?

— La de remediar una necesidad, amigo Carlos.

— Insolente! exclamó el rey.

— Lo cual no quita para que diga la verdad. Pero puesto que te incomodas, hemos concluido; me voy, amado príncipe.

El enano se puso en pie, y el rey le hizo seña de que se estuviese quieto; y en efecto, volvió á colocarse á los pies de su amo, quien le tenia colocada una mano en el hombro, mientras con la otra jugaba con sus rizos.

El monarca continuó:

— Qué es lo que te ha desagradado en mi conducta?

— Varias cosas, Alteza.

— A saber.

— Me vas á tirar de las orejas, Carlos, y eso es de muy mal gusto, sobre todo entre nosotros los monarcas.

— Bien está, bufon, te tiraré de ellas mucho, sino acabas pronto.

— La primera necedad está en amar á doña Estrella de Ulloa, no porque sea duquesa, sino porque...

El rey miraba á su enano con curiosidad. El hombrecillo continuó al oír que el rey le preguntaba

— Por qué?

— Porque es muger, y las mugeres son de ordinario locas.

— Vulgaridad! Pero nunca me habias hablado de eso, Justino, y te advierto que no me gusta que se penetren mis secretos. Continúa.

— Amado príncipe, la segunda necedad es el haber perdido dinero á tu tesorero.

— Por qué?

— Muy sencillo, Carlos, porque no te lo dará.

— Cuál es la causa?

— El que tiene el empleo interinamente y quiere acreditarte su lealtad, negándote el dinero que le pidas, para que le declares ese oficio en propiedad.

— Eres muy malicioso, bufon. Prosigue.

— Tercera necedad. Haberle dado una firma en blanco.

— Me responde de su uso con su cabeza.

— Y si hace mal uso, que lo hará, no conoces, Carlos de Austria, que aunque tú le mandes ahorcar, tu sagrada firma estará en descubierto, ó lo que es lo mismo tu palabra, hasta que la cumplas?

— Alguna garantía tenia que darle, bufon.

— Pero le has dado un arma.

— Contra quién, Justino?

— Contra tí, Carlos. Está visto que todos los reyes y todos los niños sois...

— Qué, bribon?

— Unos tontos por sobra de orgullo ó de bondad.

— Abusas, enano, de mi amistad, y soy capaz de arrojarte por la ventana.

— Te duelen las verdades, Carlos? Tanto peor para tí, pues no quieres oirlas de la sola boca que tiene derecho para decirtelas. Oye, monarca mio, será envidia que tenga yo á ese mentecato de Selvagio? Será ambicion de una posicion social, á que no puedo en mi *pequeñez* aspirar jamas?

El rey comprendió el epigrama doloroso que se lanzaba á sí propio el enano, y le tendió cariñosamente la mano.

El bufon prosiguió:

— Entonces, Carlos, qué interes tendré yo en abrirte los ojos que tienes cerrados? Dudas de mi cariño, príncipe? Entonces, por qué me haces escuchar tus conferencias, y por qué me pides consejo?

— No te lo he pedido.

— No vayamos á reñir por eso; sin embargo, insisto en mi idea, porque tú me hiciste escuchar esa conversacion.

— Continúa, bufon.

— Cuarta necesidad. Decirle á Selvagio que pida dinero á Efrain, á ese perro judío que venderia á Cristo por menos dinero que Judas, y que se dejará morir de hambre por rescatar un maravedí. No ves que Efrain negará como siempre su dinero, y que pedirá como acostumbra garantías, y que Selvagio le dará tu firma en blanco aparentemente, y que entre los dos ladrones te saquearán? Príncipe mio, no recuerdas que tienes enemigos, que podrán explotar esa codicia de dos bribones y comprometer tu dignidad real de una manera lastimosa?

— Quiénes son mis enemigos?

— Doña Estrella de Ulloa, duquesa de San-Rafael, que...

— No me ama...

— Y por eso te aborrece, Carlos; las mugeres son asi: para ellas infierno ó gloria, no hay purgatorio para ellas.

— Y qué mas?

— Son tus enemigos don Antonio de Leiva, porque no has querido ahorcar al asesino del conde su hermano.

— Si supiera quién es...

— No mientas, Alteza; cuando tú has estado tan prudente, tan pasivo, cuando tú no revolviste á Valladolid despues que asesinaron al conde...

— Qué! enano malicioso?...

— Cuando tú enviaste tan temprano á llamar á Bleimberg, que disputó la vispera con el conde...

— Acaba, Justino.

— Es, rey mio, porque tú conoces al asesino y has querido salvarle.

— Mientes, enano, y he de castigar tu osadía.

— Lo ves como tu cólera te hace traicion? Vamos, Carlos, serénate y escucha á tu amigo. Son enemigos tuyos Bleimberg...

— Estás loco?

— Muy cuerdo. No ves que posees un secreto suyo, y ese secreto es un crimen?

— Adelante con tus temerarios juicios.

— Son enemigos tuyos todos los conjurados de la taberna del *Murciélagos*...

— Gente ruin!... los desprecio...

— Los temes, y por eso has aparentado un generoso sentimiento perdonándoles. Mas, con franqueza, dime: son gente ruin don Juan de Padilla, don Diego Hurtado de Mendoza, don Hugo de Moncada, don Pedro Lasso de la Vega, don Fernando de Avalos, don Francisco Pacheco y otros muchos nobles y esforzados españoles que alli se reunieron contra los flamencos?

— Á los principales les he quitado el medio de hacerme daño, y sin cabeza nada hará la multitud.

— Otras personas hubo tambien en aquella célebre reunion, que pueden hacerte mucho daño...

— Quiénes?

- Los embajadores del destronado Albret.
- Cómo? Y qué pueden hacer?
- Facilitar á Selvagio el dinero que tú necesites, y del cual pellizcará buena parte el tesorero y el judío.
- Enano, dónde estan esos hombres?
- Los he visto.
- Pero en dónde?
- Carlos, en Barcelona.
- Yo he tenido el gusto de saber que habian partido para Francia.
- Y yo, príncipe, el disgusto de saber que habian vuelto para hacerte daño.
- Cómo es eso, Justino?
- El cómo importa poco; pero es lo cierto lo que te digo.
- Qué hay que hacer? Averiguar su paradero, no es cierto?
- Nada de eso. Cortarle la cabeza á Efrain, y luego hacer otro tanto con Selvagio.
- Acaso empiece por tí, enano.
- Qué adelantarias, mancebo? Óyeme.
- Es difícil, porque estás muy pesado hoy.
- En obsequio tuyo, Carlos. Ahorca á esos dos amigos tuyos, y te salvas.
- Loco, loco!
- Príncipe mio, sino los ahorcas te pierdes irremisiblemente. Una firma en blanco, un tesorero interino y un judío viejo son una pícara trinidad.
- No me intimidas, Justino.
- Tú te arrepentirás de haber sido orgulloso, y no haber tomado mi consejo...
- El enano dió un brinco; sonó los cascabeles de su varita, en señal de burla, hizo un ridículo mohin, con lo cual se sonrió Carlos, y echó á correr, diciendo en voz alta:
- Orgulloso, orgulloso, *memento homo!*
- El rey frunció las cejas y se quedó un momento pensa-

tivo. Las palabras de Justino, tan leales como desinteresadas, le hicieron mucha impresion. El rey era jóven, impresionable y hasta irreflexivo en el primer momento; pero luego reflexionaba y era prudente hasta la sagacidad.

Yo lo remediaré: dijo, dándose una palmada en la frente y saliendo con precipitacion de la estancia.

Justino se habia marchado por la puerta secreta por donde habia entrado, y por ella salió tambien el rey.

Este bajó una escalera de caracol, salió á un corredor y al fin de él se paró. Miró en derredor, y viendo que no era observado por nadie, sacó del bolsillo una llave, abrió cautelosamente una puerta y entró en un aposento pequeño, en cuyo testero habia un gran armario.

Por medio de un resorte disimulado, y que obedecia á una ligera presion, se abrió aquella pieza de madera, y tomó de ella el rey un sombrero sencillo, pero de ala grande, un ferreruelo, una hermosa y luciente tizona, y envolviéndose con presteza en el segundo, despues de colocarse á la cintura la espada y sobre los ojos el sombrero, salió con cautela del aposento. Cerró sin ruido la puerta, atravesó el corredor de parte á parte, hasta encontrar otra puerta que comunicaba con un jardin, y por él se halló pronto fuera del palacio.

Dejémosle por ahora que siga su camino y el curso de su aventura, que ya tendremos ocasion de salirle al encuentro.

Entre tanto recordaremos que don Antonio de Leiva quedó muy disgustado aquel dia con la contestacion del rey, porque no podia formar sospechas contra una sola persona. La verdad es que el último le habia designado varias como que habian marchado fuera de España, pues en ello el príncipe no encontraba inconveniente ya.

Pero Leiva, que tenia todas aquellas noticias de Estrella, habia dado á sus palabras un sentido equivocado, pues ella aludia á Carlos cuando le dijo en una de sus últimas entrevistas que la persona sobre quien hacia

recaer sus sospechas estaba para marchar de España.

Esto se comprende facilmente por parte de Estrella al saber, como necesariamente hubo de saberse mas tarde, que el imperio aleman estaba vacante, y que ninguno antes que Carlos de Austria se opondria al globo y al manto de escarlata; y se comprende mejor todavia la insistencia de don Antonio, á fin de que la duquesa le dijese algo mas sobre el negocio trágico que les unia mas de dia en dia.

De la cámara real salió Leiva con una resolucion formada, que fue ir á Alemania en busca de aquellos señores, y uno por uno explorarles á todos; empresa ingrata de suyo y sobre todo muy dificil. Don Antonio de Leiva lo hizo como lo habia pensado: ese era su carácter.

Por aquellos dias, la duquesa se hallaba tambien fuertemente preocupada con la idea de su venganza.

Ella podia contar con grandes recursos, y para eso su voluntad decidida se los haria sacrificar todos gustosamente.

Conocia la influencia de la corte de Roma en una cuestion de tal magnitud, y se propuso valerse, como de auxiliares para con Leon X, de su talento, su oro y su destreza; de suerte que Estrella trataba de emplear con el Pontifice los mismos medios que Carlos con los electores del Imperio.

Habia completa antítesis en el pensamiento, y mucha analogía en los medios que se trataba de emplear por ambos.

Carlos ambicionaba el imperio.

Estrella queria que no lo alcanzase.

Carlos empleaba oro, astucia y fuerza para lograr la púrpura imperial.

Estrella pensó valerse de oro y astucia.

Carlos enviaba á siete embajadores para el logro de sus ambiciosos proyectos.

Estrella iba sola, acompañada es verdad de una jóven

y de un niño; pero que no participaban sin embargo de sus ideas ni de su secreto.

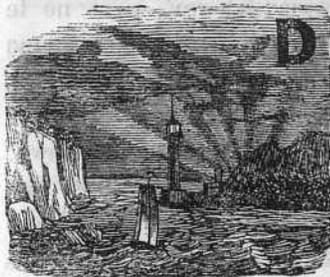
De potencia á potencia, de Carlos I de Austria, príncipe de Asturias y rey de España, á los monarcas de Europa; de la duquesa de San-Rafael, á Carlos I. La lucha va á empezar. Carlos, sin saberlo, ha dado la señal.





CAPÍTULO XXIII.

UNA FIRMA EN BLANCO.



DESPUES de la entrevista que tuvieron los embajadores de Juan de Albret con el rey, del cual nada satisfechos quedaron, porque conocieron la sagacidad de Carlos, al través de muy corteses palabras; aquellos leales servidores de su amo, y no menos de su protector Francisco I, porque apadrinaba decididamente á Juan de Albret en su gran obra de reconquistar su reino perdido, siquiera este fuese tan pequeño como la Navarra; aquellos buenos navarros, decia-

mos, juraron al monarca español guerra sin tregua, en cuanto sus fuerzas lo permitiesen.

Conocieron el público descontento, buscaron á los mal avenidos con los flamencos, tomaron parte en sus proyectos, y atizaron como pudieron el fuego de la discordia contra los amigos de Carlos, sin curarse mucho de la justicia ó injusticia de la causa.

Por eso se les vió en la taberna del *Murciélago* tomando una parte activa con los primeros que se proclamaron contra la tiranía y despilfarro de los flamencos, y por eso ofrecieron sus bienes á los conjurados y la proteccion mas decidida á los mismos para que no desmayase su celo.

Ellos entre tanto escribian con frecuencia á sus amos el rey de Francia y el pretendiente de Navarra, y escusado es decir que aprobaron la conducta de los embajadores.

Estos, despues de haber fingido una marcha á Francia desde Zaragoza, de lo cual tuvo noticias el rey, volvieron furtivamente á la ciudad, de lo cual, como dijo con razon Justino, tuvo noticia él.

Justino efectivamente en su lealtad y cariño al rey observó á los dos embajadores, y pudo comprender que se habian puesto de acuerdo con los conjurados primero y antes de salir de Zaragoza, y luego que habian seguido al rey á Barcelona, hasta donde les habia espiado su penetrante mirada.

El enano era un verdadero espía del rey, pero no le daba cuenta de sus indagaciones mas que en el tono y forma que han visto ya nuestras lindas lectoras.

Cuando Carlos le pedia consejo ó le llamaba á sesion secreta, entonces le decia su manera de pensar sin reserva. Ni la menor cosa se escapaba á su penetracion, asi es que conoció tambien á otro personage importante de esta novela, que se habia igualmente puesto de acuerdo con dichos embajadores, y eso conocia él que era muy peligroso para Carlos. Va á saberlo el lector.

Una noche del mes de enero de 1519 estaban dos personas sentadas junto al alfeizar de una ventana, departiendo

tranquilamente sobre negocios graves del Estado, y sin embargo, ni el sexo de la una, ni la edad del otro les daban gran autoridad.

La luna brillaba tranquilamente en el espacio, y penetrando un rayo en la estancia, proyectaba aquellas dos hermosas cabezas sobre el fondo de las paredes.

La noche era templada y el cielo estaba sin una nube; la luna vertía torrentes de tranquila luz y la brisa del mar refrescaba dulcemente desde la puesta del sol.

La ciudad aparecía desde aquella ventana como un vasto anfiteatro enclavado en el mar y resguardado por la espalda por altos montes. La luna, que rielaba tranquilamente sobre las ondas, plateaba aquella superficie movediza, cuyo acompasado rumor llegaba hasta los oídos de esas dos personas de quienes hemos hablado, produciendo en su imaginación un efecto mágico. El espectáculo de un puerto es siempre una cosa sorprendente para los habitantes de tierra adentro. El movimiento, la vida que hay en ellos constantemente, son una cosa que no puede describirse y que produce honda sensación en los ánimos que desconocen esas costumbres.

El canto de los pescadores, los gritos de la marinería mandando y obedeciendo la maniobra, y el murmullo monótono de las olas que venían á compás á estrellarse sobre las rocas, formaban una armonía especial, que pudiera calificarse de fantástica, especialmente antes de la puesta del sol, hora en que cesaban los trabajos del puerto. Un mes antes los del muelle, emprendidos en aquella ciudad desde agosto de 1439 y concluidos en 1518, producían una animación inesplicable.

— Hermosa es esta ciudad, Nuño: dijo la jóven, que contemplaba con delicia aquel hermoso panorama.

— Señora, la residencia de los antiguos Condes es una hermosísima ciudad; Barcelona es la perla de mas valor de la corona de Carlos I. Los catalanes tienen razón en estar orgullosos con su ciudad.

— Partiré con dolor, Nuño amigo, de estos lugares; pero es preciso, y ya Margarita debe tenerlo todo dispuesto para nuestra partida.

— Esperamos ambos vuestras órdenes. Por dónde empezará nuestro viaje, señora duquesa? Iremos directamente á Italia?

Estrella no contestó, pero hizo un gesto negativo.

— Es decir, continuó el jóven, que pensais que nos detengamos en la corte de Francisco I?

— Precisamente. Quiero visitar la capital de Francia. Quiero ver al monarca.

— Pensais, señora duquesa, que vengan con nosotros esos franceses ó navarros?

— Quiénes, los embajadores?... Para qué?... Yo no necesito de nadie mas que de tí y de Margarita.

— Gracias, señora! Mandad.

— Cuándo dijeron que vendrian á verme, Nuño?

— Precisamente á estas horas... Mirad, mirad, dijo el jóven, señalando al costado izquierdo de la perspectiva que se desplegaba á sus ojos. Veis aquel corro de marineros sentados sobre aquella lancha vuelta y medio enterrada en la arena?... cerca de ella pasan dos hombres embozados en ferreruelos, que vienen en esta direccion...

— Es cierto.

— Señora, ellos deben ser. Haced la seña convenida... nada se pierde.

— Tienes razon: dijo la jóven, y cuando estuvieron próximos á su ventana, dejó caer un pañuelo blanco que tenia en su mano.

Al punto fue recogido el lienzo, y dividido en dos por uno de ellos, entregó la mitad á su compañero; todo lo cual, visto por Estrella y Nuño, esclamaron al punto «Ellos son.»

Estrella permaneció en la ventana, y el jóven pagecillo de Carlos I fue corriendo al encuentro de aquellos señores.

Pocos momentos despues entraron en la estancia en don-

de estaba Estrella dos personajes á quienes ya conocen, aunque ligeramente, nuestros lectores.

— Dos amigos de mi señora! exclamó desde el umbral de la puerta de la estancia el jóven Fuensalida, dando paso á un anciano y á otro de mucha menos edad.

— Bien venidos sean mis amigos los navarros! dijo Estrella adelantándose.

— Dios guarde á la señora duquesa! contestaron ellos en un chapurrado español, que comprendió perfectamente la duquesa.

Estrella les ofreció asiento, hizo una seña á Nuño, y este salió.

— Estoy resuelta, y veré muy pronto á Francisco I: dijo la duquesa.

— Nosotros, contestó el mas anciano con suma cortesía, os seguiremos pronto; pero nuestras letras avisarán al monarca francés de vuestro viaje á su corte, la corte en donde se recibe mejor á las hermosas y gentiles damas de todos paises.

— Efectivamente, mucho he oido encomiar la galantería de los franceses, y vosotros me dais en este momento una prueba de ello; os lo agradezco, señores... pero decidme si gustais...

— Qué mandais, señora duquesa? Necesitais dinero, mucho dinero? lo tenemos para vos; sí, para que hagais la guerra de corte á ese jóven ambicioso que pretende el manto de escarlata... dijo el anciano.

— Ciertamente, contra otro mas entrado en años que tiene igual pretension probablemente: repuso ella.

— Vos le decidireis segun eso, sino lo estuviese ya, señora duquesa: dijo entonces el mas jóven de aquellos señores.

— No es cosa difícil resolver á un rey á que pretenda un imperio, señores; poca habilidad empleada puede sin embargo dar muy felices resultados, insistió con modestia Estrella. Pero, continuó ella, nada necesito, absolutamente

nada; tengo recursos propios que no se acabarán tan pronto. En ese cofrecillo, dijo señalando á uno colocado sobre una mesa, hay riquezas bastantes para comprar muchas provincias á un rey avaro, y ademas tengo, señores, un talisman de un precio inestimable.

— Cuál es, señora? interrumpió el jóven.

— Os lo diré francamente: esta sortija, exclamó Estrella, haciendo un esfuerzo por disimular su dolorosa turbacion y tendiendo la mano para que viesen aquellos señores la sortija, regalo del rey.

— Magnífica joya, señora, digna de un príncipe! dijo el mas anciano, fijando en ella la vista.

— Es un záfiro de inestimable valor! repuso el mas jóven, y á lo que parece tiene las armas del imperio de Austria... En efecto, ahí está el águila de dos cabezas y sobre el escudo la corona imperial.

— Esta joya fue de Maximiliano, el cual se la regaló á su nieto...

— Y este os la dió á vos... no es eso, señora duquesa? dijo galantemente el mas jóven.

— Asi fue, señor embajador... y bien, ya veis que esto puede servirme de mucho: añadió Estrella.

— Es posible: dijo el anciano.

— Ahora bien, señores; y si yo os dijese que podeis tener otra cosa aun de mas importancia...

— Decid: exclamaron ambos á un tiempo.

— Necesitais una firma en blanco del rey?

— Cómo!

— Escuchadme. No pienso que se le obligue á darla, si no obtener la que ya ha dado...

— A quién? dijo el mozo.

— A Selvagio: repuso Estrella.

— Cómo? interrumpió el anciano admirado.

— Muy facilmente, señores, continuó ella. Se la ha dado á Selvagio en garantía de dinero que necesita.

— Y bien, señora, estais segura? dijo el mozo.

— No me cabe duda. Lo sé por boca del enano del rey, y ese no miente... sin embargo yo extraño que le haya vendido, porque hasta ahora se le creía muy leal á Carlos, y de ahí el tener tanta privanza con él.

— Entonces con oro obtendremos esa firma.

— Yo os puedo dar mas si no teneis bastante, señores.

— Duquesa, continuó el anciano, no os ofendais si os decimos que tenemos á nuestra disposicion todo el oro de Francisco I, rey de Francia. Ya veis...

— Es muy cierto. Mas volviendo á nuestro asunto, os he invitado á venir, señores, porque yo no puedo proporcionarme ese documento...

— Que puede ser la renuncia de Carlos al imperio... exclamó el mas viejo de los interlocutores.

— Justamente: replicó Estrella, haciendo al mismo tiempo un gesto que reveló su disgusto; y como veis, continuó, ese no es negocio para personas de mi sexo. Además, si Selvagio supiese que yo estaba en Barcelona, se lo diria al monarca y... yo veria probablemente frustrado mi proyecto.

— Decís bien, señora, contestó el jóven, y prosiguió con acento y ademan resuelto: nosotros le compraremos ese documento á Selvagio por mucho oro que haya menester su codicia.

— Cuidad, señores, que el rey necesita mucho oro, que lo necesita tambien Selvagio y mas aun que esos dos el judío Efrain, que es quien debe facilitararlo para el primero: sumad esas tres cantidades codiciadas y vereis que el total ascenderá á un guarismo inmenso. Verdad es que la renuncia al imperio presentada en ciertos momentos á la Dieta...

— Efectivamente es un documento que no tiene precio, sobre todo para el rey Francisco. Descuidad, señora, lo tendremos: dijo el jóven.

— Pues, señores, proveeros de ese documento y juntos obraremos. Entonces nada mas tenemos que hablar.

En la corte del rey de Francia nos veremos: dijo Estrella.

Los caballeros se pusieron en pie, saludaron á la duquesa y se retiraron.

Luego que hubieron salido, y ya á alguna distancia de la casa de la duquesa, paróse el mas anciano y dijo á su compañero en voz tan baja que apenas podia ser oido de él:

— La duquesa nos ha deparado un triunfo completo, Dupuy.

— Ciertamente, baron de la Roche-Vermeille, contestó el jóven. Y qué pensais hacer, porque no tenemos en realidad dinero para tanto, ni es facil proporcionárnoslo tan pronto como el rey lo necesita?

— Dupuy, es menester obtenerlo de balde por la misma razon. Ese judío de Efrain tiene una codicia insaciable... pero tendrá ya en su poder la firma?

— Creo que Selvagio no habrá sido tan tonto que se la haya entregado sin el dinero al contado: repuso el jóven.

— Pues bien, replicó el baron de la Roche-Vermeille, somos dos para dos... me entendeis?

— Perfectamente, señor baron. Iremos juntos al efecto, ó cada uno de por sí?

— Creo que lo prudente es eso. Yo me encargo de Efrain.

— Y yo de Selvagio, señor baron.

— Pues manos á la obra y que Dios nos ayude: dijo Dupuy.

— Mañana á la noche en este sitio. Es indispensable que venga uno de nosotros con ese documento precioso: contestó el baron.

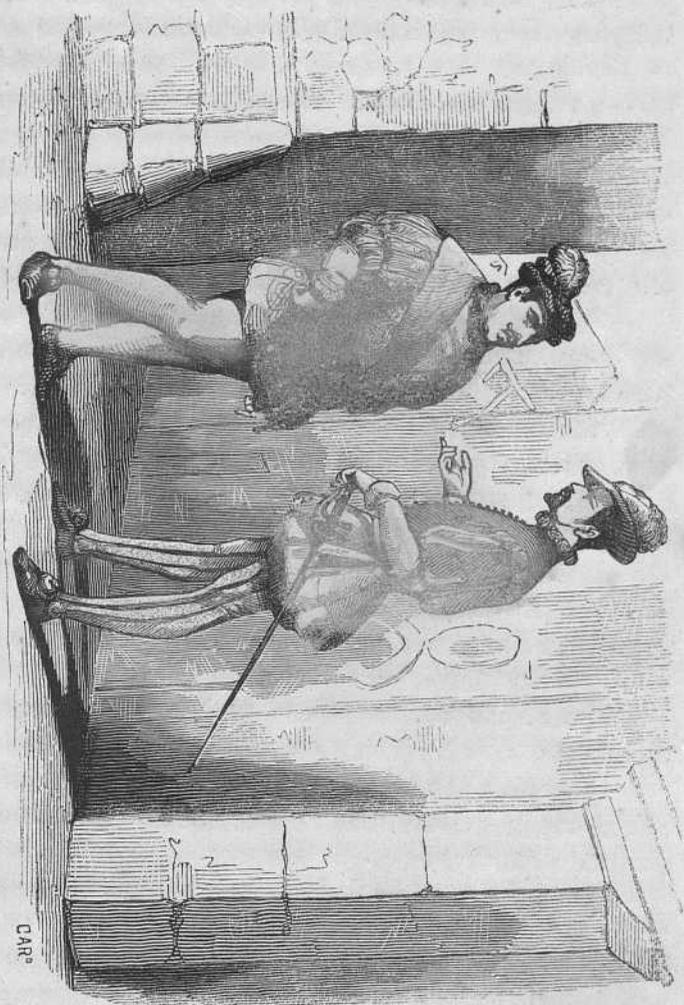
— Contad con mi lealtad, buen la Roche-Vermeille, y si Dios no me ayuda, quedaré en la empresa!

— Arrojo y prudencia! replicó el anciano.

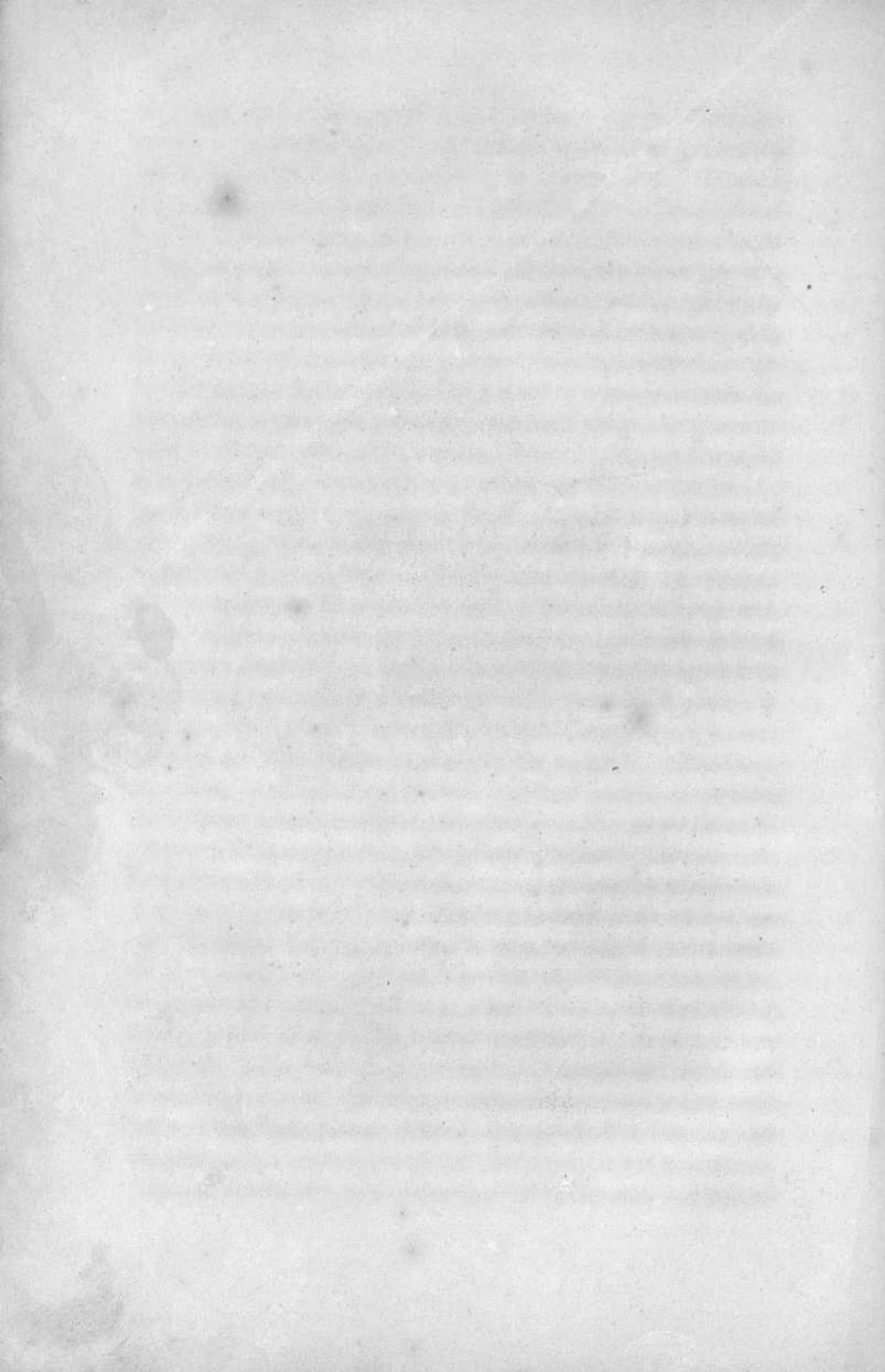
— Hasta mañana! dijo el jóven.

— Hasta mañana! repitió su compañero.

Ambos se dieron las manos cordialmente, y cada uno de ellos tomó por distinto camino, llevando en su cabeza

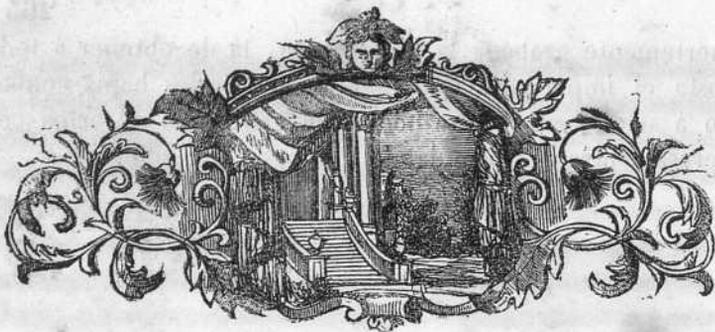


Siete Embajadores. — Lám. 8.



fuertemente grabada la misma idea, la de obtener á toda costa el importante documento que Carlos habia confiado á su favorito y que podia convertirse en un arma poderosa contra él, formulando á su pesar una renuncia.

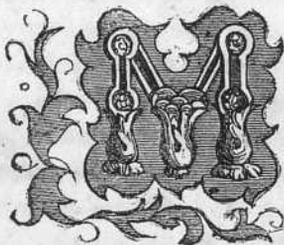




CAPÍTULO XXIV.



EL JUDÍO EFRAIN.



ARCHABA el príncipe con paso acelerado y conservando su embozo perfectamente para burlar miradas curiosas.

El día estaba en su apogeo, pero era lluvioso y triste; el cielo se veía encapotado de densos y negros nubarrones, que ofrecían abundante agua sobre la capital durante muchas horas.

Poca gente transitaba por las calles, y aun á pesar de

esto el rey evitaba cuanto podia las anchas, receloso sin duda de ser conocido. Anduvo por varias de ellas y algunas muy tortuosas hácia la parte norte de la ciudad, y se metió de pronto en una casa baja de ruin aspecto y entrada bastante oscura. Atravesó sin detenerse un corredor largo y angosto que unia el zaguan con un pequeño patio, y en el extremo de este tomó á mano derecha, y despues de dos ó tres vueltas, se encontró con una pequeña escalera de caracol en un andén á manera de atrio interior que tenia comunicacion con el primer patio. La escalera estaba incrustada, por decirlo así, en el muro y cubierta con una estera.

El rey pasaba por todos aquellos lugares con la presteza y decision que revelaba el conocimiento de ellos. Al llegar á la estera, volvió la cabeza para ver si era espiado, y encontrándose sin testigos, empezó á subir los escalones. En la mitad de ellos dió un silbido con un silbato de plata que llevaba á prevencion, y á poco fue contestado por otro.

Concluida la escalera habia un pequeño descanso y enfrente una puerta tambien pequeña.

Paróse el rey y vió en el umbral de ella á una persona, que era á quien buscaba probablemente, la cual haciendo una gran reverencia á la manera oriental, esto es, cruzando los brazos sobre el pecho é inclinándose hasta bajar la cabeza junto al nivel de sus rodillas, con el acento mas respetuoso del mundo,

— Bien venido seais, señor, le dijo, al humilde aposento de vuestro mas humilde siervo.

El rey le contestó entrando con presteza y sin ceremonia:

— Cierra, Efrain.

Obedeció el así llamado, que no era otro que el ju-
dío de quien habia hablado poco antes Carlos I con su
tesorero. Cerró la puerta, y Efrain, quedándose en pie
frente del monarca, y sentándose este en el único tabu-

rete que allí habia, quedó aquel colocado junto á la puerta, de espaldas á la pared. Entonces bajando los ojos contestó el judío:

— Ya estamos seguros, señor. En qué puede complaceros vuestro muy humilde servidor?

El rey no replicó. Quedóse observándole por unos cortos instantes, pasó luego su vista por aquellas paredes y estuvo unos cuantos mas sin decir una palabra, recapacitando seriamente.

El lector nos agradecerá probablemente que antes de referirle ó trasladarle el diálogo que en aquella lluviosa mañana tuvo lugar en el aposento de Efrain, le demos una ligera idea de aquel y de su único habitante.

La perspectiva que ofrecia aquel cubículo de unos quince pies en cuadro, ó sea de superficie y altura, era bastante ingrata. De aquellos doscientos veinticinco pies de terreno cubierto de tarima, con lo cual y con algun método pudiera haber habido espacio bastante para estar con algun desahogo dos personas mas, solo se veía descubierto el sitio que mediaba desde donde se sentó el rey hasta la puerta y en una anchura como de vara y media.

Las paredes fueron blancas hacia un siglo, y entonces tenian el color aplomado y por algunas partes rojizo. Se notaban evidentes señales de humo, ó lo que es lo mismo, de haberse encendido algunos hornillos de los que se veían por allí esparcidos en armónica confusion con todos los útiles entonces conocidos que pertenecian á la química y física empíricas, ó sea alquimia, nigromancia, y si se quiere brujería. Asi pues los morteros, barriles, frascos, tubos, hornillos, fuelles, martillos, crisoles, etc., estaban revueltos con las retortas, cazuelas, tenazas, cajas y enseres de metal, hierro y madera de mil formas y colores. En un rincon se veía una especie de petate, único lecho de Efrain, y, revueltos entre aquellos útiles, varios códices y manuscritos antiguos de papel y pergamino indistintamente.

Enfrente del taburete habia una mal pergeñada mesa, cubierta de estos últimos objetos y con unas plumas en un tintero de madera.

El polvo, compañero inseparable de aquellos objetos y su protector contra la polilla, dominaba en todos ellos con un dominio tiránico. Nadie lo habia sacudido desde que Efrain habitaba aquel cuarto, ó mejor, camaranchon, y es fama que su antecesor habia hecho, durante los años de su morada en él, precisamente lo mismo.

Por lo que toca á Efrain, bastará con decir que tenia una estatura regular, unas carnes muy enjutas envueltas en unos harapos de color ceniciento de forma semi-judáica semi-española; es decir, que llevaba una túnica mas larga que los tabardos de la época y mas corta que la saya de las mugeres de su pueblo, un gorro entre turbante y gorra española, y un decidido cinturon de cuero con una mayúscula hebilla de metal ferruginoso, cinturon un tiempo rojo, y entonces casi negro: los boreguíes sobre medias azules completaban aquel trage. Efrain representaba muchos mas años de los que tenia, y tenia sin duda cuatro veces los del rey.

Efrain llevaba la nevada barba larga hasta la mitad de la cintura; eran los ojos azules y pequeños, escondidos en la honda cavidad que formaban sus párpados, cubiertos de anchas cejas grises: aquellos estaban fijos en el príncipe, esperando el judío oír su voz ó ver el menor gesto para al punto complacerle.

El rey volvió en sí de su distraccion mental y apoyando el codo izquierdo sobre la mesa, inclinó su cabeza sobre la palma de la mano, y con acento indiferente, pero que en él creyó entrever Efrain la duda mas bien que la negacion, le dijo:

— Hijo de Manasés, necesito de tu ciencia y de tu oro.

— Señor, conflicto grave para vuestro humilde siervo; mi ciencia es escasa, tan escasa como mi oro... estan tan malos los tiempos desde el edicto, perdone V. A., que

en su sabiduría espidieron vuestos augustos abuelos en 51 de marzo de 1492 espulsando á los judíos, mis pobres compatriotas...

— Tu pueblo, Efrain, el pueblo hebreo, un tiempo escogido por Dios y luego pueblo deicida, por la caridad de todos los verdaderos creyentes habia sido constantemente tolerado en todos los países civilizados de nuestro antiguo mundo; aunque ya desde la funesta prediccion de los profetas andaba errante sin rey, sin patria y sin ley ostensible. Y sucedió lo que estaba escrito, que sufriria todas las privaciones, todas las amargas y todos los sinsabores de una proscripcion eterna.

— Señor!

— Porque ya tu pueblo habia perdido la fé y las creencias verdaderas, y era necesario que hundiese su frente en el polvo y que la cubriese de ceniza, aunque toda su expiacion no sería nunca bastante para borrar el gran crimen que cometiera. Pero los españoles os dieron amigamano, os toleraron, y vosotros quisisteis tener una influencia, una potestad escesiva y de todo punto ilegítima, y de ahí el anatema que contra vosotros fulminaron los Concilios...

— Señor!

— Qué podrian desear mas vuestros mayores que la proteccion paternal que se les dispensara por mis augustos ascendientes, los reyes de la segunda monarquía gótica, acaso cediendo solo á una aparente influencia de circunstancias? Por ventura, ademas de vuestra seguridad individual, no obtuvisteis hasta concesiones civiles y grandes mercedes en la sociedad y garantías en el derecho? Don Alonso VIII aseguraba vuestras propiedades, don Fernando III os daba jueces de entre vosotros, el *Sabio* don Alonso estableció vuestra permanencia como un derecho en estos cristianos dominios. No es cierto?

— Señor!

— Mis ilustres abuelos encontraron ya efecto de mil

causas levantado un muro de bronce entre tu pueblo y el pueblo del Crucificado, y los excesos de los tuyos y el espíritu de hostilidad de los españoles desarrollado despues, hizo de todo punto indispensable el edicto de los Reyes Católicos...

— Señor, por piedad! vuestro humilde siervo no tuvo intencion de ofenderos.

— Lo sé, Efrain, lo sé; me dirás sin embargo que tu pueblo tuvo que abandonar sus hogares y que repartirse por toda Europa, llorando la pérdida de su patria amada...

— Solo se les dió, señor, el cortísimo plazo de cuatro meses para abandonar la Península española.

— A menos de abjurar el judaismo, buen Efrain.

— Cierto, señor, muy cierto; mas cuán doloroso no era ese conflicto, esa cruel alternativa...

— Lo comprendo, Efrain.

— Los habitantes de los países del Mediodia hallaron hospitalidad en las costas y regiones de Levante; los que vivian en tierra de Castilla y en las playas del Océano se trasladaron al Norte; nuestra vecina Francia, la Península Itálica, las Islas del Archipiélago y hasta la misma Constantinopla ofrecieron hospedage á nuestros antepasados. Por fortuna Perpiñan, Leon, Tolon y Marsella hicieron renacer su comercio, y los protegieron tambien Roma, Florencia, Génova, Milan, Venecia, Ferrara y Saboya.

— Pero yo no estoy nada despacio, y sin embargo hablamos de cosas que ambos sabemos y que ahora no son del momento. Te he dicho que necesitaba de tu ciencia y de tu oro, porque has de saber que de los seiscientos mil ducados que para tres años me votaron como subsidio las Cortes de Valladolid, he gastado en las urgencias de mi real casa bastante mas de la mitad, y hoy necesito mucho oro: no lo sabias ya?

— Sabia, señor, que se ha distraido una gran parte de ese dinero para remitirlo á Flandes por Gesvres en favor de los suyos, y de ahí el suponer que V. A. necesitaba dinero.

— Sea como quiera, amigo Efrain, lo cierto es que necesito oro.

— V. A. pretende un imperio, por lo cual no lo extraño.

— Aquí entra el punto en que necesito de tu ciencia.

— Hablad, señor.

— Se trata de un vaticinio, de un horóscopo, como tú quieras...

— V. A. desea recurrir á los astros? Lo extraño en verdad, porque V. A. se ha reído siempre de esa ciencia. Qué es lo que V. A. desea saber?

— Cuántos pretendientes habrá en esa empresa.

— Creo que lo que V. A. desea verdaderamente no es tanto eso como el saber si triunfará.

— Cuándo me vas á contestar á esa pregunta?

— Necesito, señor, hacer algunos preparativos, y sobre todo que la noche tienda su negro manto sobre la bóveda azul, envolviendo en él á nuestro globo. Despues de la media noche, asomado desde esa ventana, contemplaré los astros y tendré el honor de revelaros lo que yo lea en ellos.

— Siento mucho que los reyes no tengamos la facultad de abreviar el tiempo... con todo nuestro poder no podemos aumentar ni disminuir un minuto el constante movimiento de los granos de arena contenidos en esa *clepsidra*, dijo el rey señalando á un reló de arena que habia sobre la mesa.

— Y sin embargo, el hombre ha sorprendido á Dios el secreto de acortar las distancias, señor.

— Explicáte, Efrain, siempre usando paradojas...

— Oídme, señor; veis ese tubo de color oscuro con vidrios en sus extremos? Pues con una inteligente combinacion de aquellos ó lentes convexos y cóncavos, que son segmentos de esfera ó secciones elípticas de diferentes diámetros, y por medio de la refraccion ó reflexion convergente y divergente de los rayos de luz, he logrado producir el resultado de aumentar el tamaño de los objetos de una manera prodigiosa, ó lo que es lo mismo, de aproximar los ob-

jetos, de acortar las distancias... Es un secreto que debo á la ciencia y que tardará aun algunos años en ser patrimonio del pueblo... cuando yo muera se lo comunicaré á mi sobrino Roboan, quien podrá participar este secreto despues á los sabios. Con su ausilio me prometo leer mejor en los astros que mis compañeros...

— Yo creeria en tu ciencia si no estuviera en contradiccion con la religion.

— La religion, señor, tiene grandes pruebas en su favor; pero la ciencia descansa tambien sobre sólidos principios: cuando hay oposicion entre ellas, no es mas que aparente, es la prueba de nuestra pequenez, de nuestra escasa inteligencia. Creedme, señor, la razon verdadera, la evidencia real y la naturaleza positiva marchan de acuerdo con la religion. Despreciais mi ciencia con aparente desden... Por qué pues la consultais?... Acaso podreis en vuestra superior inteligencia desconocer que el mundo fue creado un dia por la voluntad de un Ser supremo, inteligente é inmaterial, que ese Ser conserva, rige y gobierna al mundo con leyes fijas, muchas de las cuales deja que el hombre las conozca? Pues Alfonso X, rey de Castilla, á quien se apellida justamente el *Sabio*, comprendió en su tiempo lo absurdo del sistema de Ptolomeo; pero no pudo descubrir el orden verdadero con que se rigen los cielos; mas despues de treinta y seis años de observaciones y serios estudios, un gran hombre nacido en las márgenes del Vístula en el año de 1475 de vuestra era, acaso renovando las antiguas ideas de la escuela pitagórica trasmitidas por Philolao, discípulo de Pitágoras, y sostenidas por el cardenal Cusa algun tiempo antes, ha llegado á averiguar que su nuevo orden astronómico, echando por tierra todo el sistema de Ptolomeo, estaba completamente de acuerdo con los fenómenos celestes.

— Segun eso, defendeis, viejo Efrain, un sistema que no puede menos de condenar la inquisicion de Roma en llegando á su noticia, como una teoria herética contraria á nuestra fé y ademas absurda en el terreno filosófico.

— Mis observaciones me han probado la verdad de aquel sistema, y mis estudios en la ciencia me confirman en que no hay contradicción entre el sistema de Copérnico y las Sagradas Escrituras. Tiempo vendrá en que Dios permita que la generalidad lo acepte como inconcuso: los sublimes principios de la ciencia, los grandes descubrimientos de las artes, como hijos de genios superiores que viven muy adelantados á su siglo, permanecen de ordinario muchos años sin ser patrimonio del vulgo, á la manera que el gusano de seda permanece durante un tiempo determinado encerrado en su capullo antes de convertirse en crisálida que despliegue sus alas á la vista de todos.

— En hora buena; no disputaré contigo; pero sí quiero verifiques mi horóscopo para contestar á mi pregunta. Dime ahora de qué dinero puedes disponer.

— Cuánto necesita V. A.?

— Trescientos mil escudos...

— Trescientos mil escudos!... Dios de Israel!... Y que-
reis, señor, que vuestro humilde siervo os facilite la mitad del subsidio que os han votado las Cortes por tres años? Ignorais acaso que difícilmente se podría reunir esa suma entre todos los rabinos de mi ley y conversos que hoy se encuentran en esta ciudad?

— Economicemos palabras, Efrain; necesito en el término de veinticuatro horas esa suma...

— Señor, es imposible!

— Está bien! te mandaré ahorear, y luego haré salir á todos tus compañeros de Barcelona, aunque se escuden con el dictado de médicos de los nobles, y aunque hayan hecho pública abjuración de sus errores.

— Eso no es posible del hermoso corazón de V. A.

— Obras son amores, amigo Efrain, y fuera lisonjas.

— Y qué garantías les ofrezco á mis compañeros en nombre de V. A., porque para mí me sobra con vuestra real palabra?

— Selvagio tiene una firma mía en blanco.

— Una firma en blanco Selvagio!... sospecho que va á querer para sí otro tanto de la cantidad que V. A. pide. Es mas codicioso que el mismo Gesvres.

— Con él te las avendrás. Necesito ese dinero, y si estás bien con tu cabeza no vaciles en proporcionármelo. Probablemente Selvagio no tardará en verte. A Dios... Ah! se me olvidaba: volveré esta noche ó mañana ó cualquiera otra para saber mi horóscopo.

El anciano se inclinó respetuosamente, abrió la puerta y salió hasta el extremo del corredor á acompañar al rey.

— Dios guarde á V. A., le dijo, y tenga piedad de vuestro humilde siervo.

Al pronunciar estas palabras, besó la mano que le tendió Carlos.

El rey se retiró precipitadamente con las mismas precauciones que habia venido, dejando absorto en sus pensamientos al judío Efrain.





CAPÍTULO XXV.

EL CABALLERO DUPUY.



PENAS había salido Carlos del camaranchon del judío, cuando oyó esté llamar de quedito á su puerta.

Hizo como que no oía, y por su silencio volvieron á llamar algo mas fuerte.

Esta vez Efrain tampoco se dió por entendido, y su insistente silencio hizo que llamaran por la tercera. Pero esta fue un poco mas fuerte que la segunda, y acompañando al ruido de la puerta una voz que dijo estas palabras: «Abrid, amigo Efrain: soy yo, vuestro amigo...»

— Ah! sois vos, buena pieza? esclamó al abrir con suma precaucion la puerta el bueno del judío, y continuó con tono de murmuracion: Está visto que hoy no me dejan trabajar: estas santas gentes no han averiguado todavía que hay en el mundo una cosa de mas precio que esos polvos con que engañamos al vulgo, dándole metal grosero por otro fino, merced á un procedimiento químico que algun dia será acaso usual en todo el globo; ignoran, sí, que hay una cosa mas preciosa aun que el mismo oro y que los diamantes mismos, que es el tiempo... oh! no lo comprenden, no lo comprenden, y por eso lo desperdician de un modo que á mí me espanta...

— Qué diablos murmuras ahí, viejo judío? le dijo el re cien venido con un tono tan altanero como era amable, por no decir humilde, el que usaba cuando se hallaba de puertas afuera.

— Callad, *signor* Selvagio, y dejad que cada uno se encomiende como guste al Dios de Jacob.

— Perro judío, y me harás creer que te encomiendas tú al Dios de Jacob ni al dios de los indios que trajo Colon?

— En fin, señor, en qué puede complaceros vuestro humildísimo siervo? le dijo Efrain á su interlocutor despues de brindarle con el taburete de su uso, y sentándose él en el suelo á la manera de los orientales.

— Oye; necesito dinero, mucho dinero; ya estás enterado.

— Eso se llama hablar claro, *meinher*. Y como cuánto necesitais, mi querido italiano?

— Unos seiscientos mil escudos.

Efrain mudó de color y se puso de un brinco en pie con una ligereza superior á su edad, y que dió no poco que reir al buen Selvagio. Repuesto este, oyó á su interlocutor, que decia con acento lastimero:

— Estais loco? Es decir que quereis igual cantidad de la que se vota al rey por todos sus reinos durante tres años?

— Precisamente.

— Pues perdeis el tiempo, y si no lo llevais á mal, podeis dejarme trabajar, porque el tiempo, señor, es precioso y mi único patrimonio.

— Mira, Efrain; ya sé que es fuerte esa cantidad, repuso con afectada dulzura el italiano, pero tambien sé que eres el mas rico de tu tribu en esta capital: ademas que se trata de un buen negocio... para los dos.

Al decir estas palabras echó en torno de sí una mirada de desconfianza, y luego, acercándose al viejo, le dijo al oído:

— Se trata de ciento cincuenta mil escudos para cada uno de los dos... lo entendeis? El rey solo necesita trescientos mil...

— Ah! con que son para el rey, dijisteis? pues tampoco los tengo, *signor*, ni los tendria aunque echase mano de todos los bolsillos de mis compañeros.

— Efrain, dijo con cólera el italiano, sé razonable, ó te desuello vivo.

— Soy muy razonable, esclentísimo...

— Picaro adulator, esclentísimo me llamas nada menos para que no realice mis ofertas? Pues oye. Tengo una firma del rey...

— Una firma del rey! dijo aparentando sorpresa el judío.

— En blanco. Qué te parece, Efrain? Le damos trescientos mil escudos, le ponemos el recibo de seiscientos y partimos la diferencia entre ambos.

— Y el rey consentirá en firmar doble cantidad de la que reciba?

— El rey necesita ahora dinero y tomará lo que le den. Luego para presentarle ese crédito esperarás á que tenga un dia dinero y buen humor.

— Es que dificilmente tendrá nunca esa cantidad, al menos para dármele á mí.

— Es muy posible y hablas como un libro de Misa, Efrain; pero puedes, repito, un dia que esté de buen hu-

mor presentarle el pergamino y hacer que te consigne algun feudo en pago, que te establezca un canon ó que te declare un derecho, una alcabala en tu favor.

— Señor Selvagio, yo tengo que buscar esa cantidad...

— Sea. Cuándo vengo por ella? Quiero decir, cuándo me la envias á mi posada?

— Cuando me traereis la firma del rey, señor.

— Esta noche antes de la doce. Sin falta.

— Pues mañana tendreis el oro en vuestro poder; podeis decir al rey que solo por él haria yo ese sacrificio...

— Pícaro judío, con que solo por el príncipe harias tú el sacrificio de ganarte asi ciento y cincuenta mil escudos por anticipar cuatrocientos cincuenta mil un poco de tiempo? Te parece pequeña ganancia el veinticinco por ciento acaso por menos de un mes?

— Y el riesgo que se corre, señor? Vos no teneis eso en cuenta, es decir, no veis mas que la ganancia... y si Carlos muere sin pagar su crédito, y sino logra el imperio aleman que anhela, cuándo creeis vos que me reintegraré, es decir, que reintegraré de esa suma á mis pobres hermanos?

— Carlos vencerá; no lo dudes, viejo Efrain.

— El Dios de Abraan y de Israel sea en su ayuda! Cuánto lo celebraria este humildísimo siervo vuestro y de S. A. el rey Católico!

— Quedamos conformes. Esta noche vendré á enseñarte... á traerte (se corrigió con disimulo Selvagio) el pergamino y...

— Mañana tendreis el dinero. Yo lo buscaré para entonces... Id con Dios, descuidad.

— A Dios, Efrain. Hasta la noche.

Salió Selvagio, y el judío quedó un momento suspenso.

Realmente la suma que se le pedia era grande, y no la tenia á su disposicion.

Necesitaba implorar el auxilio de algunos amigos y lo puso al momento por obra, pues se trataba de un buen negocio, y en realidad Efrain, como todos los de su casta, tenia un amor entrañable al dinero, amor que raya-

ba no ya en sórdida avaricia, sino en frenesí y en idolatría.

Contaba mas de ochenta años aquel hombre, y desde niño, porque habia heredado aquella pasion, no tenia mas ídolo que el dinero, ni mas aficion que el estudio, al cual se habia dedicado con gran ahinco y fabulosa perseverancia, creyendo en un principio lograr por medio de la ciencia hacer oro. Luego convencido de su impotencia para tanto, dedicóse á las especulaciones inherentes á los de su linage, al par que á formar horóscopos á costa de la credulidad de las gentes vulgares.

Ello es que con uno y otro sistema su capital era grande cuando se hallaba en la mitad de su vida, y que ya entrado en años y cerca del sepulcro, á fuerza de talento y perseverancia en sus empresas mercantiles y de su increíble miseria y grandes privaciones, habia logrado acumular muchos capitales que tenia distribuidos en las primeras casas de los judíos mas notables que á la sazón poblaban toda Europa.

Su corazón se dilató al oír primero la proposición del rey, y luego la cínica oferta del consejero y tesorero interino Selvagio, y no vaciló un punto en hacer el negocio.

Para ello necesitó valerse de sus compañeros, y al efecto fue en su busca para que le facilitasen lo que le faltaba de la suma exigida.

Dejémosle pues ocupado en tan importante tarea, y recordemos ya algunos otros sucesos que quedaron pendientes en capítulos anteriores, y de los que es fuerza ir dando cuenta á nuestros amables lectores.

Los sucesos últimamente narrados en esta historia tuvieron lugar en el mismo día. De suerte que por la mañana de uno de enero del citado año de gracia de 1519 fue cuando el rey Carlos I tuvo la sesión con Selvagio, luego con Leiva y últimamente con su enano Justino.

Aquella misma tarde participó este último á Estrella lo

que habia tratado el rey con su tesorero, y tambien en aquel instante Nuño, en comision de la duquesa, fue en busca de los embajadores del pretendiente de Navarra para pedirles una entrevista de parte de la misma duquesa; y ellos, como se ha visto, despues de ofrecida, fueron á cumplir su palabra al oscurecer poniéndose de acuerdo con Estrella.

En la misma noche quedaron emplazados, al salir de casa de la duquesa, Dupuy y el baron de la Roche-Vermeille con el objeto que recordará el lector; debiendo verse en aquel sitio á la noche siguiente para darse mutuamente cuenta del resultado de su tentativa, que consistia en apoderarse á todo trance del pergamino con la firma en blanco del rey, con el siniestro objeto que ya se ha indicado y que acaso no sospechaba el enano cuando avisó de ello á la duquesa.

El lector recordará que Dupuy y el baron de la Roche-Vermeille ignoraban, como no podia menos de suceder, en poder de quién se hallaria el anhelado y precioso pergamino ó papel; si en poder de Selvagio todavía, ó si ya en el del viejo judío Efrain.

Esta perplejidad en que estuvieron por un instante, dió por resultado el que Dupuy quedase en ver á Selvagio, y el baron á Efrain.

Asi las cosas, pasó aquella noche como todas las que le habian precedido y como pasaran todas las que aun habrá por la voluntad de Dios, con la misma y uniforme constancia con que se operan todos los fenómenos naturales, sin tener para nada en cuenta las tristezas, alegrías, sinsabores é impaciencia de los pobres mortales. Y decimos que pasó aquella noche, en la cual esperaba el rey la revelacion de su horóscopo, el judío recoger el resto del dinero para entregarlo y Selvagio que transecurriese toda ella para que al amanecer el siguiente día brillase lo bastante para poder cuanto antes recoger el dinero. De esta suerte tenia la gran satisfaccion de complacer á su príncipe, y la inefable de hallarse con ciento y cincuenta mil escudos, que eran una pingüe

fortuna que le podia poner á cubierto en lo sucesivo de las injusticias de la suerte.

La jugada estaba ya hecha al parecer, si bien no de una manera muy moral que digamos; pero en aquellos tiempos, lo mismo que en estos, la gente de cierta clase se paraba muy poco en pelillos, y sabido es que á esa clase pertenecian en primer lugar y acaso esclusivamente los flamencos y extranjeros de todos paises que, para completa desdicha de esta siempre trabajada nacion, vinieron acompañando al rey de los Paises-Bajos.

Dupuy era lo que vulgarmente se llama todo un hombre: un jóven de unos treinta años, buen mozo, decidido, muy leal á su rey y valiente como leal.

Conocia sobradamente que la empresa que iba á acometer no era en verdad muy noble, ni siquiera honrada. Al fin se trataba de arrebatar un documento importante contra la voluntad de su dueño y hasta del mismo tenedor, con el fin nada piadoso de hacer una supercheria ó sea de cometer un infame delito. Pero tampoco Dupuy era muy quisquilloso ni reparaba en esos pelillos ó sean condiciones ó conveniencias, como hoy se dice, de la esquisita honradez ya que no de la delicadeza; ni menos era muy fuerte en legislacion ni en derecho público para que fuese á pararse en calificar si cometia un simple robo y una mera falsificacion, ó si por la importancia del documento se proponia perpetrar un delito de Estado. Probablemente no se tomó siquiera la molestia el buen navarro ó francés Dupuy de examinar la cuestion filosófica ni académicamente; sino bajo el solo aspecto de la *conveniencia positiva* para sus amos, y bajo un punto de vista, que para él era el único; para eso nuestro embajador tenia razon bastante y decision sobrada para pararse en frioleras.

El ánimo resuelto y la diestra acariciando su hermosa y bien templada espada, el ferreruelo sobre la boca y el sombrero hasta los ojos, con porte magestuoso, fino oído y largo paso, marchaba nuestro hombre por las calles de

Barcelona al amanecer del día en que Selvagio esperaba su dinero, ó sea horas despues de haberse despedido del baron su compañero en las inmediaciones de la casa de Estrella.

No se oía mas ruido que el eco de sus pisadas, que procuraba él que fuesen lo menos alarmantes posible.

Aunque iba preocupado con una idea, la realizacion de su empresa, y aunque esta era arriesgada, no tenia ninguna clase de zozobra ni ningun linage de presentimiento.

Iba á tratar una cuestion muy sencilla de hombre á hombre, y maldito si se le ocurría pensar en el desenlace. Servia en ello á su rey, y eso le bastaba y aun sobraba, como hombre leal, que hemos dicho era á su modo; y para lo demas tenia buen brazo y mejor corazon, y fiaba en su hasta entonces buena estrella.

El caballero caminaba con presteza.

Dupuy se iba acercando á la casa en donde averiguó la vispera que vivia el italiano Selvagio, y despues de atravesar unas cuantas calles, se encontró por fin enfrente de ella.

Sin perder el embozo, llamó con tranquila mano y sufrió en seguida el interrogatorio y prolijo examen del primer criado que se asomó por una ventana, antes de abrirle la puerta.

— A quién buscáis, señor? le preguntó un fámulo todavía medio dormido y bostezando á las mil maravillas.

— A tu amo, el señor Selvagio, le contestó Dupuy.

— Está durmiendo. Puede vueseñoría volver un poco mas tarde.

— Di á tu amo, cabeza de ciervo, que hay aqui una persona que quiere hablarle de parte de Efrain, el judío, de un asunto que le interesa. Despacha y tienes un escudo si me abres pronto, que hace una mañana muy fria y nada á propósito para tomar el fresco.

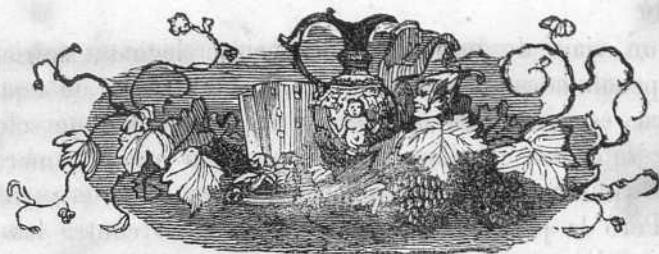
— Un escudo, señor, habeis dicho?

— Dos, si abres sin preguntar mas, alma de Cain. No ves la escarcha, que hace que se resbale uno, como si estuviese la calle dada de jabon?

— Allá voy, señor.

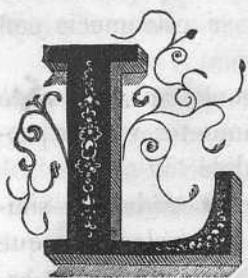
Un momento despues la puerta se abrió, y volvió á cerrarse tras del caballero.





CAPÍTULO XXVI.

PREDICCIÓN CUMPLIDA.



LEGADOS á Valladolid nuestros jóvenes amigos, el capitán don Fernando de Acuña y el ex-page de Fernando V, Ignacio de Loyola, como era de suponer en quien tuviese menos amor aun que el primero, fue el mismo á buscar á su amada en alas de su deseo.

Entre tanto el buen page temblaba por si su pronóstico se habia realizado, y deseaba con todas las veras de su alma servir á su amigo, por cuya dicha se interesaba ya muy vivamente. Abrigando estos deseos, no se separó un solo momento de su compañero.

Llegaron nuestros jóvenes muy asendereados despues

de un viaje de mas de ciento veinte leguas, sufriendo las penalidades anejas á la manera de viajar de aquella época, eso sin contar los riesgos personales de que solo la ligereza de sus caballos unas veces, y su arrojo temerario otras, pudieron librarles milagrosamente.

Pero la juventud es un magnífico elixir contra las dolencias del cuerpo y del espíritu, porque siempre hay esperanza de pronto remedio para todo.

En la incertidumbre mas viva se acercaba don Fernando á la casa de su amada, vista la situacion de su ánimo, por lo que le tenia anunciado su compañero. Asi fue que al distinguir á alguna distancia la casa donde vivia su amante, al aproximarse mas y mirar la ventana desde donde su hermosa Ursula le habia lanzado la última mirada y dádole el último á Dios, su corazón latió fuertemente dentro del pecho y un ligero estremecimiento convulsivo se notó en todo su cuerpo.

Don Fernando marchaba á pie y en silencio, con paso bastante mesurado: su incertidumbre no le permitia acelerarlo... anhelaba llegar, y al mismo tiempo temia un cruel desengaño.

Representábase á su pobre Ursula triste, pálida y llorosa por la muerte de su pobre padre, en lo cual sospechaba él, aunque confusamente, un crimen... y se estremecía con esa idea.

Figurábase verla asomarse á aquella ventana, tan poco tiempo antes testigo mudo de sus juramentos y vivas protestas de amor en la noche de su despedida.

Parecíale verla envuelta entre negros cendales, simbolo de su reciente desgracia; pero con los cuales creía que estaba aun mas hermosa, porque la veía en su amoroso ardiente deseo con los ojos del corazón de un puro amante.

Cuán hermosa no estaba entonces á sus ojos, cuán encantadora con aquellos ojos azules tan tímidos y hermosos, con aquellas megillas un tiempo sonrosadas, y entonces, como él las suponía, cubiertas de mortal palidez! Cuán her-

mosa con su sonrisa de placer al ver á su amado , pero sustituyendo á aquella sonrisa otra de doloroso recuerdo !

Ignacio seguía á su amigo en silencio. Eran las seis de la tarde cuando llegaron nuestros viajeros á Valladolid , y la noche estaba ya amenazando , porque esto sucedía á últimos del mes de enero.

Cuando distinguió Acuña la ventana de la casa de su amante , brillaba débilmente el último crepúsculo.

Las puertas estaban cerradas como las de la calle , y por eso no distinguió desde ella nuestro jóven luz en la habitación , ni aun al través de alguna claraboya ó tragaluz.

Su impaciencia era creciente.

Ya estan ambos jóvenes al pie de la ventana , y don Fernando ha cogido el picaporte para llamar. Su mano vacila algo , lo cual no se escapa á la penetrante y cariñosa mirada de Loyola.

Hubo un momento de completo silencio , que solo interrumpía confusa y melancólicamente el rumor del agua del rio que corría á no larga distancia.

— Animo , capitan ! dijo Ignacio á su amigo.

— Estoy dispuesto á todo , replicó el aludido , aunque haya de ser que por buenas ó malas artes debierais de adivinar á cien leguas y pico de distancia lo que iba á suceder : dijo , y se puso á escuchar si oía algun ruido.

Nada oyó ; mas al fin , haciendo un visible esfuerzo , llamó con decision á la puerta.

Nadie contestó. Los dos jóvenes se miraron , pero sin decirse una palabra.

Volvió á llamar don Fernando.

No fue esta vez mas feliz que la primera.

Entonces como herido de una idea súbita , que halagaba su esperanza ,

— Ya recuerdo ! exclamó ; no es hoy sábado , señor Loyola ?

— Ciertamente.

— Pues venid , venid conmigo. Estarán en la iglesia ve-

cina... Oh! sí; los sábados recuerdo perfectamente que iban á estas horas á orar el padre y la madre, y rara vez faltaba la hija... solo cuando se hallaba indispueta.

— Entonces...

— Todavía hay esperanza de que esten allí; ea, vamos: dijo el capitán.

— Como gustéis: repuso el antiguo page.

Y ambos fueron en derecha á la iglesia. Llegados á ella vieron la puerta abierta, entraron, recorriéronla toda y examinaron al paso con la detención posible á las pocas personas que en dicho templo había.

La última esperanza se frustró como la primera.

Don Fernando estaba pálido como un cadáver.

— Volvamos á la casa: dijo por lo bajo á su compañero.

— Volvamos: respondió el interpelado.

Y salieron, y volvieron á dirigirse á la casa ambos mozos, el uno con los ojos clavados en la casa desde que la vuelta de la primera esquina le permitió descubrirla; el otro fijos los suyos en el primero, espiando cariñosamente sus movimientos para comprender el estado de su alma.

Llegados nuevamente á la casa, volvió Acuña á llamar, y ambos se convencieron bien pronto de lo inútil de sus esfuerzos.

En la casa no había nadie, cuando nadie respondió.

Loyola interrogó con la vista á su amigo y le dijo con acento desesperado:

— Qué hacemos?

— Vámonos á Santa Engracia, respondió el buen Ignacio.

— A Santa Engracia? Vamos: todo me es igual.

— Sin embargo observo, amigo Acuña, que á estas horas es una necesidad el emprender una legua de camino para ir al convento, porque no adelantaremos nada.

— Cómo?

— Claro es. No se os alcanza que de noche no hemos de averiguar nada de lo que os concierne? Mejor fuera que

aguardásemos á mañana para entregar la misiva del rey... En el convento no veo medio de averiguar lo que ha sido de vuestra amada.

— Teneis razon. Dijo el desesperado mozo, cediendo á un gran sentimiento de indiferencia, hijo de su dolor. Mañana será lo que Dios quiera, prosiguió.

— Entonces nos iremos en derechura á la posada donde dejamos los caballos á la entrada de la ciudad: repuso Loyola.

Marchemos! añadió con resolucion Acuña, y ambos emprendieron su marcha en la direccion indicada.

Un cuarto de hora despues se hallaban instalados nuestros jóvenes en el meson hospitalario que primero les depa-
ró su suerte, y cediendo al cansancio del camino y al sueño, quedaron una hora despues descansando, al parecer, de su viaje.

Sin embargo uno de ellos, el amante, que fue el que tardó mas en dormirse, segun su cuenta, lo hizo perfectamente desde que logró conciliar el sueño.

Somos tan pobres fisicamente, que no podemos menos de sucumbir aun llenos de desgracias á las fatigas del cuerpo! Al sueño no resiste ni la madre que ha perdido á su hijo, ni el desgraciado que está en la capilla contando los minutos que le restan de vida. Cómo pues habia de resistir nuestro cansado amante?

Pues por lo contrario Loyola venció el sueño con una fuerza de voluntad admirable, con una energía digna de mejor empresa. Mas acaso el deseo de hacer bien no es el mejor estímulo para un alma noble?

Ese solo deseo animó á Loyola á salir de Valladolid en busca de don Fernando, ese solo deseo le hizo emprender de vuelta el camino para la misma ciudad, y ese mismo deseo le hizo llevar con sagacidad á la posada á Acuña, para poder realizar la idea que le ocurrió cuando hablaron de Santa Engracia.

No le arredró tampoco el riesgo de ir solo, pues era so-

bradamente esforzado y fiaba siempre el desenlace de todas sus empresas á la divina Providencia.

Desde que se recogieron ambos amigos bajo un mismo techo y quedó echada la llave al aposento, Loyola mostró mucho deseo de descansar y burló la buena fé de su compañero, fingiéndose dormido.

Cuando él se convenció de que don Fernando lo estaba, se levantó en silencio y con presteza, tomó su daga, un par de pistolas, su espada, y se salió del aposento á tientas.

La disposicion de la posada le permitió, á beneficio de los rayos de la luna que iluminaban aquellos sitios, adelantar sin tropiezo hasta el patio de la casa, desde donde se encaminó al corral.

Llegado á aquel punto, examinó la altura de las tapias y vió con placer que colocando unos sobre otros tres ó cuatro trozos de troncos de arbol que allí habia, podia encaramarse hasta llegar á poner sus manos sobre el borde de la tapia.

Con la precaucion necesaria por las armas de fuego que llevaba, y merced á su fuerza y agilidad, logró salvar la tapia y precipitarse con serenidad á la parte opuesta.

Ya en el campo, empezó á marchar con rapidez, pues la noche estaba fria, y Loyola conocia ya en su tiempo el aforismo fisico *motus est causa caloris*.

Su impaciencia era tambien otro estímulo á la celeridad que reclamaba la cruda estacion y tambien el deseo de poder penetrar en el convento antes que sonaran las altas horas de la noche.

La legua de distancia que habia entre la ciudad y el convento la cruzó nuestro jóven en una hora escasa, de suerte que al toque de Animas se halló en la puerta de la hospederia sin el menor tropiezo, aunque empezó á notar algo el cansancio.

Sea lo que Dios quiera y mas convenga! esclamó en voz baja; y haciendo fervorosamente oracion mental y en realidad la señal de la cruz, encaminóse á tocar la campana que servia para avisar á la portera.

La ocasion no era sino muy propicia al buen Ignacio, porque oyó tocar las *Animas*, y á las buenas monjas cantar. A poco cesó el toque y el canto empezado una hora antes, y todo quedó en silencio. Sin embargo, la campana de la puerta obedeció al impulso dado á la cuerda por Loyola, y la portera se llegó á contestar, precisamente cuando empezó á oirse á las monjas cruzar los corredores del convento, para atravesar desde la iglesia hasta sus respectivas celdas.

Nuestro jóven oyó venir á la portera, vió la luz al través de las rendijas y del ojo de la cerradura, y tembló por el mal éxito de su tentativa.

Preguntado por la portera, contestó el atrevido jóven que era un pobre viajero estraviado, y que por amor de Dios se le concediese hospitalidad al menos hasta que rompiera el dia, bien en el pajar ó al amor de la lumbre.

Al pronto vaciló la portera, pero garantida primero por la voz y luego por el examen del viajero de rostro tan juvenil, se resolvió á abrir y dejó entrar al jóven.

Este, gozoso porque empezaba, ahorrándose mucho frio, á realizar su empresa, no siendo el paso dado el menos difícil, agradeció de la mejor manera posible á la portera su caridad, que premió, ademas de cordiales demostraciones de palabra, con una monedilla de plata.

A su vista, es decir, á la del jóven, la portera se sonrió dulcemente, porque Ignacio era todo un guapo chico, cuando apenas se soñbreaba con el bozo su pequeño labio.

— Gracias, hermana, y que Dios os lo premie! concluyó diciendo el buen Loyola, por término de sus cumplimientos.

— Loado sea Dios! el mancebo: le repuso la portera, que no por serlo dejaba de ser muy linda, y merecer con sus treinta años escasos que todo un mozo de menos edad le echase una escudriñadora mirada.

— Y vuestro marido? preguntó el jóven á la muger, ya sentado muy cómodamente al amor de la lumbre.

— Está en la ciudad con encargos del convento, repuso cariñosamente y con presteza la muger.

— De manera que estais sola en la hospedería? añadió con curiosidad disimulada con cierta indiferencia el buen Loyola, acariciando al mismo tiempo la mal parada pluma de su chambergo.

— Absolutamente sola con ese niño, le contestó con aire un poco picaresco la buena muger, sentándose junto al mozo.

— Que me place, porque tenemos que hablar, prenda!

— Cómo es eso, mancebo? sabe lo que se dice su merced?

— Vaya si lo sé; como sé que hablo á una de las mugeres mas lindas que he visto en tierra de Castilla y Cataluña, que he recorrido palmo á palmo.

— Gracias, señor... mas decia vuesamerced...

— Si, decia que tengo que pedir os un favor; sí, un gran favor, que en nada puede comprometeros.

— Decid, señor, esplicaos.

— Al punto, prenda mia. Escuchadme bien.

— Escucho.

— Yo necesito ver á mi prima... vaya, no os asusteis por tan poca cosa... tomad para comprar al niño rosquillas.

Loyola alargó con gracia dos monedas de plata á la portera, la cual les hacia ascos con la mano, mientras se le iban tras ellas los ojos.

Loyola lo advirtió, y le dijo entonces, obligándola á que las aceptase:

— Es muy sencillo. Ya sé que hay clausura, de manera que yo no puedo dar un paso mas allá de la hospedería; pero ella puede bajar. Tengo que hablar á mi prima aqui en vuestra presencia... Ya veis que...

— De todas maneras, eso es muy difícil... y quién es vuestra prima?

— Una novicia... dadme palabra de que vendrá y os diré su nombre.

De seguro la portera por solo ver satisfecho su deseo,

hubiera accedido á aquella peticion, aunque hubiese estado poco dispuesta en favor del jóven, lo cual no era por cierto así. Por eso le contestó:

— Os la doy, señor, es decir, de que haré lo posible porque baje, aunque hay muchas dificultades que vencer, y no sé... no sé si será posible...

— Vaya si será.

— Podeis, señor, darme una prenda que me sirva de señal para que pueda resolverse á bajar vuestra prima?

— Justamente esta gran valona me la bordó la buena de Eduvigis...

— Ah! es la señorita Eduvigis? No hay otra de ese nombre en el convento. Dadme acá la valona, y le diré que su amo necesita hablarle dos palabras.

— O doscientas, eso es, buena y graciosa portera.

— Escuchad, señor. Tengo que llamar para que la portera del convento me abra: subiré con un pretesto y atisbaré si está sola la novicia en su celda. Mirad, si tardase un poco, será que aun no se habrán recogido todas las madres monjas... y es preciso que lo hayan hecho para que yo pueda llamar á la señorita Eduvigis.

— Bueno, bueno, esperaré cuanto sea menester; qué remedio?

— Si llora mi hijo, vuesa merced...

— Sí, sí, descuidad, yo le haré fiestas. Pero que le enseñeis á mi prima la valona y que no bajeis, buena portera, sin aquella.

— Allá voy; hasta despues.

La portera salió, y Loyola quedó solo, completamente solo, ó si se quiere, en compañía del niño que dormía y de sus pensamientos.

Hasta entonces no iba mal. La suerte le favorecia perfectamente, pues no tardó en dormirse Acuña, no tuvo tropiezo alguno en el camino, la portera le abrió y se brindó á ir á rogar á su primita que bajase. Sin embargo, quedaba por hacer lo mas difícil, y eso le mortificaba.

— Querrá bajar mi prima, ó se vendrá con escrúpulos de monja? Nada mas facil... quien fia en chiquillas... Por otra parte, y si baja, se prestará gustosa á mi exigencia? Y caso de que se preste porque yo me dé buenas trazas, tendrá efecto mi plan, ó habré de volverme como he venido sin poder hacer nada por don Fernando?

Estas y análogas preguntas se dirigia el alferez á sí propio, mientras calentándose al fuego esperaba el desengaño del cometido de la portera.

Trascurrió en esa expectativa cerca de media hora, al cabo de la cual, el jóven sintió pasos por la parte que guiaba á la portería interior del convento.

Aplicó el oido, comprimó su respiracion, y...

— Ellas son! exclamó; son dos las que vienen, y lo conocí el jóven porque oyó hablar en voz baja.

A poco entró una monja ó novicia, que el buen Loyola no pudo distinguir lo que era por su trage, pues llevaba un gran velo negro que la cubria de pies á cabeza, y detras la portera con los ojos muy bajos.

— Esperad fuera! dijo la primera á la última.

La portera salió.

Loyola creyó desconocer aquel acento, ó lo que es lo mismo, que no era aquella la voz de su prima, y vacilante, dijo, levantándose al mismo tiempo:

— Eduvigis!...

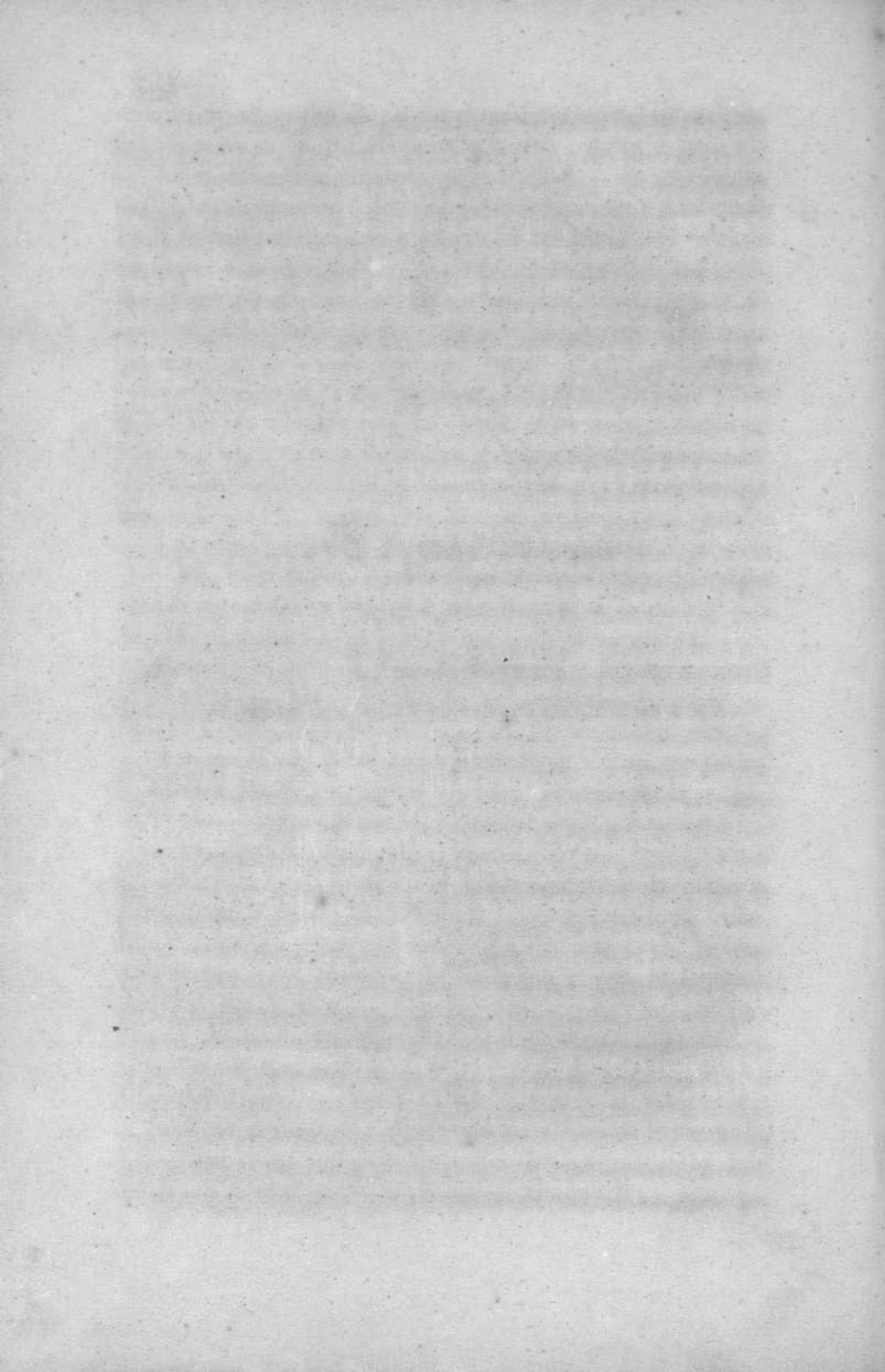
— No soy Eduvigis, señor Ignacio de Loyola! repuso con entereza y frialdad imponente la persona que levantó al mismo tiempo su velo, descubriendo su rostro.

— La abadesa!... exclamó el alferez descubriéndose.





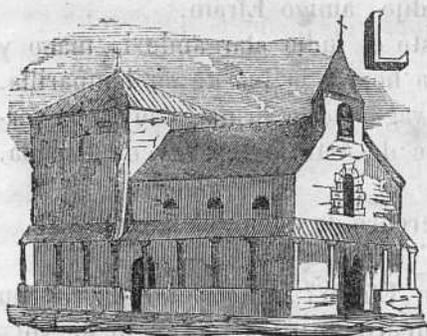
Siete Embajadores. — Lám. 9.





CAPÍTULO XXVII.

UNA FIRMA, UN DIAMANTE Y UN HORÓSCOPO.



La noche iba cerrando, y de pronto en su último crepúscalo se halló de repente iluminada la estancia del hebreo.

La operacion con que el rabino se proporcionó instantáneamente en su desvan amiga luz para su lamparilla, era entonces un arcano para la generalidad, y hoy un procedimiento muy usual: era el simple efecto del fósforo preparado

en un pequeño tubo de plomo y puesto en contacto por medio de unas pajuelitas, dispuestas también de antemano.

La multitud de objetos que por allí se veían esparcidos sin orden ni concierto de tan variados tamaños y formas, el color de las paredes tan equívoco ó cuestionable, la capa de ténue y misterioso polvo cubriendo todos aquellos objetos, y por último, la misma figura pálida, demacrada y silenciosa del hebreo, iluminado apenas su rostro por una luz tibia que describía un disco luminoso casi incapaz de comprender en su radio completamente al ser viviente y á la mitad de los objetos que había en el aposento, daban al mismo el aspecto más fantástico y desagradable del mundo.

Efrain estaba grave y melancólico, y su mirada era fija.

Un silbido repetido le sacó de su meditacion.

— Ese es el modo de avisar del bribon de Selvagio: dijo para sí entonces, y esperó á que llamase á la puerta del desvan.

Pocos momentos después, efectivamente Selvagio, alegre y provisto de su documento, se presentó de nuevo á aquel.

Apoderóse del taburete, y sacando de debajo del ferreuelo un rollo de pergamino con un sello, en voz baja, pero con semblante alborozado,

— Aquí está la firma, dijo, amigo Efrain.

— Sois exacto, contestó el judío alargando la mano y poniéndose á examinar la hoja á la luz de su lamparilla. Efectivamente, señor Selvagio, esta firma es suya, la verdadera firma del príncipe de Asturias, y rey de España, por la gracia de Dios...

— Y del trastornado cerebro de doña Juana su madre.

— Dejádmela, pues...

— Para qué, mi buen Efrain?... no veis que es un documento demasiado importante para que os lo fie yo?

— Pues cómo queréis que me den esa cantidad mis amigos, sin que yo les enseñe el documento?

- Acaso no os creerán bajo vuestra palabra?
- Los hebreos y mercaderes?... Hum, hum... qué poco conocéis á esas gentes... señor Selvagio.
- Pues decididamente te digo que no te doy el pergamino.
- Y yo os digo que no tendreis el dinero.
- Es posible, viejo Efrain? Dadme alguna garantia, pues sino es tiempo perdido el que hablemos.
- Os daré un resguardo firmado por mí.
- No decís que no teneis bastante dinero para pagarme esa suma exigida? De qué me serviría una firma vuestra? Al fin y al cabo nunca vuestra firma valdrá tanto como la del rey de España.
- Qué pues quereis?
- Dadme una firma en blanco y una joya de algun valor... entendeis?
- Entiendo, entiendo; sois precavido, muy precavido.
- Como que trato con un judío, amigo Efrain.
- Pues bien, tomad, dijo aquel adelantándose hácia un cajon de la mesa, que abrió con mucha calma, y sacando de él una llave pequeña.
- Al llegar junto á su interlocutor le dijo: esperaos un poco: y echó á andar de espaldas á Selvagio y con direccion de la pared.
- El italiano se quedó sorprendido, y vió que, tocando con la mano en la pared el judío, se abrió un trozo de ella y él desapareció, no quedando señal ni vestigio alguno de que hubiese puerta ni rendija de ninguna especie.
- Pocos momentos despues la pared se abrió de nuevo y volvió á dar paso á Efrain, que llegó con dos objetos en su mano derecha.
- Ahi teneis la firma mia, dijo aquel á Selvagio, y ahi teneis ademas este solitario, valuado en esa suma que me pedis.
- Cómo, en cuatrocientos cincuenta mil escudos? dijo admirado el buen italiano, fijando sus ojos en el solitario.

Este era una joya preciosa: un brillante magnífico de inestimable valor... A su vista quedó sorprendido el italiano, y cogiéndolo con mano codiciosa, púsose á examinarlo con toda escrupulosidad.

— Lo menos, repuso el judío.

— Y qué limpio es, qué facetas tan transparentes y tan exactas!

— Es uno de los mejores diamantes que se han encontrado en el mundo. Mañana tendreis vuestro dinero, y entonces me devolvereis mi firma y mi anillo.

— Está bien, Efrain. Hasta mañana.

El italiano salió dejando la firma del rey sobre la mesa, despues de haber guardado en su pecho el hermoso anillo que le acababa de dar en prenda el alquimista.

Al salir lanzóle una mirada penetrante Efrain, y se sonrió de una manera muy desdeñosa. El italiano no notó nada.

El judío Efrain necesitaba en efecto hacer algunos preparativos para contestar al rey, esto es, para hallarse en disposicion de decirle su horóscopo. Y creía el buen hebreo en lo que iba él mismo á decir, ó acaso, como Ciceron, se maravillaba de que pudiesen mirarse dos augures sin reirse? opinaba que era mentira su ciencia, á la que habia consagrado tanto tiempo durante su vida? Nada de eso.

La verdad es que desde muy jóven se apoderó del rabino una codicia espantosa, y como eran muy escasos sus medios, pensó en recurrir á la ciencia para procurárselos arrancando á aquella sus arcanos y con ellos los tesoros reales.

Las ciencias naturales y fisico-matemáticas fueron sus predilectos estudios, y á fuerza de perseverancia y tiempo llegó á ser un hombre eminente en aquellos ramos del saber humano, hasta el punto de haber abrazado las teorías nuevas de su contemporáneo Copérnico, cuyo sistema tuvo lugar de conocer, examinar detenidamente y comprobar, haciéndose partidario decidido de aquel hombre cé-

lebre en su foro interno, como han tenido ocasion de observar poco há nuestros lectores.

A la salida de Selvagio, el judío comprendió que despues tenia que habérselas con un jóven, es verdad, pero tambien de superior inteligencia y perspicacia nada comun. Sobre todo, las pocas veces que habia hablado á Carlos le imponian extraordinariamente la intencion de su mirada y la impossibly de su semblante, cosas tan impropias en sus pocos años. El judío pues pensó seriamente en la visita que acaso iba á tener aquella misma noche.

Empezó luego el hebreo á preparar sus instrumentos en aquella su elevada estancia, tan á propósito para el objeto á que estaba destinada.

Los compases, las reglas, los cuadrantes, lápices y pergaminos se vieron prontos sobre la mesa, y especialmente un gran antejo de forma poco acabada todavía, descubrimiento debido á Efrain.

La arena que contenia la clépsidra tardaba en caer una hora, y ya era la sesta vez que desde la puesta del sol continuaba marcando con su uniforme movimiento el tiempo trascurrido.

Eran próximamente las doce de la noche.

Un prolongado silbido hirió los oídos de Efrain.

— Ya está ahí el rey! murmuró el viejo, y apoderándose de la lámpara, abrió con prontitud la puerta y salió hasta el corredor. Desde el principio de la escalera oyó las pisadas del príncipe, y asomándose cautelosamente, alumbró á la augusta persona.

Entre tanto subia Carlos I.

Ya en el camaranchon, y sentándose el jóven en el taburete del viejo, le dijo:

— Estás dispuesto, Efrain?

— Lo estoy, señor.

Entonces el viejo aproximó á la ventana una *luneta meridiana* ó de *pasages* bastante imperfecta aun, y que consistia en un vidrio montado sobre un eje de rotacion, cuyas

estremidades se hallaban fijas en dos puntos de apoyo laterales de gran solidez.

A impulso de Efrain la luneta empezó á dar vueltas sobre su eje horizontal, describiendo un plano circular y vertical, que es el del meridiano, haciendo así perceptibles al ojo observador del príncipe los diferentes astros á medida que llegaban al plano.

La colocacion de aquel instrumento, como hizo observar oportunamente el judío al rey, no era la que se requería para que pudiese dar los resultados que apetecía, y por esto le dijo:

— Señor, es preciso que subais á la azotea á cielo descubierta, á no ser que V. A. tema el relente y el frío de la noche.

— Y por dónde se sube? dijo el rey.

— Por aquí, contestó el anciano, señalando una escalera de mano, que aplicó luego á un rincón.

Entonces subió tres peldaños y aflojó una trampa que había en el techo, dejando al abrirse ver la bóveda estrellada.

— Es menester subir ahí, dijo Efrain.

El rey se sonrió y le repuso:

— Sube pues, que yo te daré este instrumento.

Y colocado el viejo en la parte superior de la escalera, recibió la *luneta* de manos del príncipe, y se trasladaron al terrado con aquel instrumento.

Afianzado este en firme por el anciano, con ayuda del augusto mozo, empezó á dar vueltas el vidrio y de consiguiente á reflejarse en él los objetos celestes, los astros que pueblan el universo á nuestra vista.

El hebreo rectificaba á cada instante la posición del instrumento, porque el menor desvío le hacía, como es sabido, describir otro plano diferente que el del meridiano.

Efrain había colocado en la parte interior del tubo de la luneta una pequeña red movable en el mismo diafragma, la cual se hallaba dividida horizontalmente en dos partes igua-

les por un finísimo hilo de platina, y en su dirección perpendicular ó vertical por otros varios equidistantes entre sí, formando en su totalidad el *retículo* una especie de enrejado. Esta es operación hoy de todos conocida, pero que estaba escitando entonces profundamente la atención del rey.

— Ved, señor: dijo Efrain haciendo á su interlocutor que aplicara la vista á la luneta, después de haber colocado lateralmente en la parte interior del instrumento una pequeña luz para que se pudiesen percibir bien los hilos.

Y empezó á mover la luneta, hasta que se halló una estrella cerca del hilo horizontal.

El rey miró á la indicación de Efrain, y este continuó:

— Cuando esa estrella de luz tan brillante casi como Venus, de tanta magnitud, llamada Júpiter, y que preside á las testas coronadas, llegue al punto en que se cruzan los hilos, será el instante de la *culminación* de ese astro, y entonces habré observado los fenómenos que haya ofrecido en su marcha para descifrároslos, señor.

— Está bien, Efrain, pero te advierto que nada de lo que me dices entiendo.

— Ya lo entenderéis, señor.

El rey se había retirado de la luneta, y entonces se puso á observar el astrólogo Efrain, y sin perder su punto de vista dijo:

— Veo unas manchas de forma inconstante, señor, en la superficie del planeta... son una, dos... cinco... Cuento hasta siete... precisamente el número de los planetas que hay (1). El sentido es claro. En primer lugar la luz de ese astro es esta noche tan viva, tan refulgente, que puede competir con la hermosa estrella Venus... está como si dijera-

(1) El lector no olvidará que en el siglo XVI, cuando se supone esta escena, no se habían descubierto los cuatro planetas menores ó *asteroides* Vesta, Juno, Ceres y Palas.

mos de gala... es que se trata de un imperio vacante, y es muy justo.

—Adelante, dijo el rey, pues eso, señor astrólogo, ya me lo sabia yo sin necesidad de subir á este terrado, ni de estar dando diente con diente de frio.

—Y qué significa esa coincidencia, señor, de ser siete las manchas? Eso es lo que V. A. ignora... significa que para que brille limpia y despejada la estrella se opondrán siete personas.

—De modo que tendré en contra á todos los electores del imperio, no es eso, señor astrólogo?

—Señor, eso quiere decir que podrán estarlo... pero hay tambien unas fajas oscuras, paralelas entre sí que especialmente en la proximidad de su ecuador son mas densas... tambien cuento siete... siete contra siete. Comprendeis esto, señor?

—Perfectamente. Son siete emisarios que yo he enviado para que reduzcan á los electores á que me voten emperador.

—Observo, señor, que estas fajas se estrechan, se ensanchan, crecen y menguan y... cierto, cierto, concluyen por desaparecer completamente. Sospecho mal de ese fenómeno, Alteza...

—Cómo, qué quieres decir, judío?

—Quiero decir que esas siete personas que habeis enviado á Alemania no harán cosa de provecho para vos... Ah! señor, veo cruzar con celeridad prodigiosa tres brillantes estrellas y luego subir con ascension recta... Tendreis tres opositores al imperio. Una de esas estrellas viene de la parte de tierra mas próxima á nosotros, como si dijéramos de nuestra frontera.

—Ese es indudablemente Francisco I, dijo el rey sonriendo.

—Otra sube de la parte norte de la posicion que ocupamos, añadió Efraim, mirando por el antejo.

—Entonces ese es algun elector. Positivamente le ha

ocurrido al regente del imperio hacerse elegir emperador. Está visto, le gusta el oficio... pero se lo disputaremos á ese pobre Federico. Continúa, hebreo.

— Señor, últimamente veo tambien en ascension de la parte del mar otra estrella brillando de un modo tan particular, que su vibracion parece partirla en tres... Entendeis lo que eso significa? Es harto claro, y significa que el tercer opositor es un rey de tres estados, que juntos forman uno solo...

— Ese, Efrain, es Enrique VIII de Inglaterra. De suerte que, segun tu ciencia, tendré tres competidores: no es eso?

— Asi lo traduzco, señor. Sin embargo, una cosa rara observo, y es que ahora se juntan todas las fajas del astro, se confunden en una que cubre completamente al mismo, y... ah! esperad... esperad... la estrella va á llegar á su *culminacion*... señor, ya está la estrella en el meridiano... ah!...

El hebreo calló durante un minuto, teniendo la vista fija en su *luneta*, y despues exclamó:

— Toda la mancha grande ha desaparecido, y vuelve á brillar mas refulgente que nunca esa estrella. Ya pasó... Señor, el horóscopo ha concluido.

— Y bien, Efrain, qué sacas en claro de tus observaciones?

— Señor, solo comprendo que tendreis oposicion, y que uno triunfará, aunque ignoro cuál ha de ser de esos tres opositores: mas luego la nueva vibracion de la estrella Júpiter y su constante y mas refulgente brillo es un fenómeno que no comprendo. Nunca he visto otro semejante en los muchos horóscopos que he formado.

— Pues eso, dijo entonces el rey colérico, quiere decir que al fin y al cabo será, á pesar de los astros y de tu ciencia, mentira el horóscopo, y mio el imperio.

— Señor, no sé cómo.

— Ni yo tampoco, pero será lo que te afirmo.

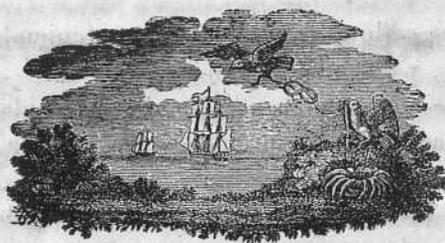
— Mas quién os lo puede decir, quién os lo puede vaticinar, muy poderoso señor?

— Quien no engaña nunca: el corazon! dijo el príncipe con un arrebató de entusiasmo, llevando su mano al pecho.

Quedó un momento silencioso, y luego dijo:

— Ea, vamos, Efrain. Te ayudaré á bajar esos trebejos.

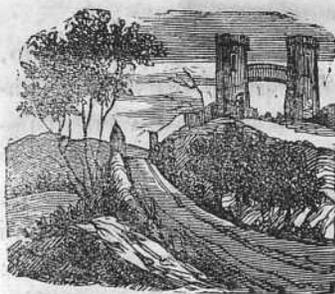
Hizolo así, y mientras el anciano se disponia á verificar su horóscopo y escribirlo en un pergamino, el rey le arrojó sobre la mesa un bolsillo lleno de oro, y se retiró.





CAPÍTULO XXVIII.

UN DUELO Y UNA CONFERENCIA.



ÁCESE ya preciso que volvamos en busca de un personaje, que dejamos en una casa apenas le fue abierta la puerta.

Roberto Dupuy se encontró en una hermosa sala, y esperó allí que se presentase el dueño de la casa, ó sea el buen Selvagio,

á quien buscaba.

El tesórero interino al oír que se le esperaba por una persona que venia de parte de Efrain el judío, se incorporó sobre el lecho, é instantáneamente se puso en pie y se halló á poco vestido, en disposicion de recibir al recién venido.

Habian trascurrido unos diez minutos desde que Dupuy esperaba, cuando se abrió una puerta de la sala, y se encontraron frente á frente los dos.

—Dios os guarde, caballero! dijo Dupuy, levantándose con suma cortesía.

—Y á vos! repuso Selvagio con una sonrisa italiana, y continuó: Con que tengo el honor de hablar con...

—Una persona, que ha hablado con el judío Efrain.

—Ciertamente, pero...

—Desconfiais? no es cierto, señor Selvagio?

—Acaso...

—Harias muy bien, señor tesorero. No hay que fiar en en esos perros judíos... El dinero... el documento...

Dupuy no era hombre de mucha maña, y por eso queria que su adversario le saliese al encuentro, por decirlo asi. Selvagio, como buen italiano, era muy ladino, y por eso, aunque sin revelarlo, estaba mas en guardia. Asi pues contestó:

—Y bien, qué quereis?

Esta pregunta hecha á secas, desconcertó completamente á Dupuy y no supo qué contestar. Pero como la situacion era muy crítica, se apresó en estos términos:

—Creo que aun no teneis...

—El dinero ofrecido... Debiais saberlo; y sobre todo, cuál es vuestro objeto al venir aqui? quién sois vos para hacerme esas preguntas?... sabeis acaso si yo estoy en disposicion de contestar á ellas?

—No necesitais saber quién yo soy, ó por mejor decir, señor Selvagio, dijo el francés, no necesito deciroslo, ni menos adelantareis nada con haceros el prudente. Al caso: el rey os ha dado una firma en blanco, que vais á negociar con el judío Efrain, y...

—Qué lenguaje es ese?

—El que debo y quiero emplear con vos. Teneis aun en vuestro poder ese pergamino? Necesito saberlo.

—Y aunque asi fuera? vos...

— Vengo por él.

— Que venís por él? por el pergamino con la firma del rey...

— O por vuestra vida! dijo Dupuy con suma tranquilidad, tirando de un golpe de su espada.

— Venís á asesinarme? sois un ladron, ya comprendo...

Los ojos de Dupuy brillaron como dos centellas, al oirse apostrofar de ladron y asesino.

— Si estais bien con vuestra vida, dadme ese pergamino... y para que veais que no soy un asesino, buscad una espada... yo os acompañaré, y luego nos batiremos cuerpo á cuerpo... Estoy resuelto á no salir de aqui sin el pergamino...

— Es muy posible que no salgais con él ni sin él! murmuró para sí Selvagio.

— Por consiguiente, continuó Dupuy, ya que, á lo que veo, no teneis afan por dármele, es preciso que lo disputemos brazo á brazo y cuerpo á cuerpo.

El italiano no era valiente, tampoco se le podia llamar con razon cobarde; por eso, calculando la resolucion de su contrario, le dijo con serenidad:

— Sea, señor caballero! Voy por una espada.

Al decir estas palabras echó á andar hácia la puerta por donde habia entrado, y visto por Dupuy, le dijo este:

— Voy con vos; sois capaz de no volver, ó volver acompañado, y no soy de esa opinion.

Y echó á andar tras de Selvagio. Este le lanzó una mirada llena de ira, y le dejó seguir sus pasos.

En la estancia inmediata dormia Selvagio y en ella tenia su espada. Alcanzóla con calma del clavo en que estaba colgada, y se quedó en frente de su compañero.

— Ya estais armado, dijo con dulzura Roberto Dupuy, y puesto que este negocio debe ser breve pues tengo prisa, defendeos, porque de este cuarto no ha de salir uno de los dos.

Al decir estas palabras con la mayor tranquilidad, soltó el ferreruelo y el sombrero que aun llevaba en la mano y se puso en guardia.

El italiano le imitó y empezó la lucha, y durante ella se cruzaron estas frases:

— Sois diestro, señor Selvagio.

— Lo bastante para mataros por vuestro ridículo empeño.

— Qué es eso, señor italiano, estais herido?

— Un rasguño en la oreja.

Selvagio tenia un enorme revés en la parte posterior de la mejilla izquierda.

— Oh! buen Selvagio, podíais tener la bondad de decirme dónde está el pergamino, porque en matándoos no tendria que entretenerme en buscarlo...

— Es verdad, señor...

— Roberto Dupuy, para serviros.

— Pues bien, señor Roberto Dupuy, está en ese mueble: dijo el italiano, señalando una mesa dorada, que habia en medio de la sala.

El francés volvió la cara inadvertidamente: en aquel instante se abrió la puerta, y unos criados que entraron se apoderaron de aquel.

Unos momentos despues se vió atravesar la ventana desde lo interior de la habitacion y caer, como lanzado, un cuerpo, que al parecer oponia una horrible resistencia, procurando desasirse de seis robustos brazos que le oprimian.

A las ocho de la mañana circuló por toda la ciudad el rumor de que en la calle de los *Templarios* habia sido hallado un cadáver sin ninguna herida, pero con la cabeza abierta y todo el cuerpo magullado.

Aquel cadáver era el de Roberto Dupuy.

A la mañana siguiente, precisamente á la hora del duelo referido, Efraín oyó llamar de nuevo á su puerta.

Aquel abrió con bastante dificultad, y solo porque se anunció la Roche-Vermeille, como que iba de parte de Selvagio, lo cual fue una coincidencia respecto del pretesto

que facilitó á Dupuy la entrada en la vivienda de aquel.

Acomodóse lo mejor que pudo el baron de la Roche-Vermeille en el taburete que sirvió á Carlos I de asiento, y entonces empezó el siguiente diálogo, despues de observar por algun tiempo el judío á su nuevo huésped, y conociendo por su trage que era extranjero; en cuyo tiempo este tuvo tambien muy buen cuidado de examinar con disimulo el desvan en que se hallaba.

Los dos eran viejos y sagaces: el uno judío, y el otro podia muy bien pasar por tal, segun era de ladino y segun lo que habia aprendido con su esperiencia de doce lustros cumplidos.

— En qué puede complaceros vuestro humildísimo siervo, señor? dijo el judío, con mirada torcida y escudriñadora.

— Es muy sencillo, repuso el francés, me trae un negocio del tesorero Selvagio con quien estais en muy buena inteligencia; no es cierto?

El baron dió á esas palabras todo el aire de la mayor sencillez.

— Es cierto, señor; le habeis hablado?

— Sin duda, Efrain, y vengo á veros para concluir el negocio que teneis pendiente con él.

— El negocio de...

El judío se mordió los labios para no proseguir.

— Sí, el negocio del préstamo al rey.

— Perdonad, no comprendo...

— Es decir, judío, que sois tan frágil de memoria que os habeis olvidado de la firma en blanco del rey, que teneis en vuestro poder...

El baron en la duda lo dió por supuesto, porque de no ser asi, debía serlo en breve, y, como el lector sabe, el francés acertó en su suposicion.

— Cómo, señor?

— Para qué negar, Efrain? Cuando os digo que estoy enterado, asi como de que el rey os visitó anoche... os admira? Yo mismo le vi salir de aqui.

— Vino simplemente á que le dijera su horóscopo.

— En cambio Selvagio no os hablaría mas que del dinero...

— Ciertamente, señor.

— Y sabeis por qué es esa diferencia, anciano israelita? Pues consiste en que el príncipe tiene dieciocho años, y es impresionable, tanto que aun ha de acabar por hacerse fraile... qué pues tiene de particular que crea en horóscopos, en vuestra ciencia, en la astrología y nigromancia, en los delirios de la piedra filosofal ó sea el secreto para hacer oro, en el elixir de la inmortalidad y en el lenguaje de los astros? Pero Selvagio es otro hombre, tiene demasiada razon para creer en esos delirios ó embustes. En su concepto y en el mio, la verdadera piedra filosofal es la credulidad del vulgo... Oh! el que sepa apoderarse de esa mina, puede decir que ha encontrado no el oro que debe aparecer en el fondo de un crisol de una joya cualquiera fundida simuladamente, sino las arenas de oro ó las pepitas de los rios del Nuevo Mundo de Colon, ó el polvo de oro del interior del Africa, ó las minas de los montes Ourales, ó de las gargantas del Atlas en la Siberia, que ofrecen al dichoso explotador las piedras mas preciosas que se pueden imaginar, como el diamante, la esmeralda y todas las demas que producen los terrenos primitivos. Creedme, todos esos tesoros, incluso las arenas de oro del Ariege en Mirepoix, y el Ródano en Francia, y del Rhin en Alemania, no valen tanto para el que sabe explotarla, como la credulidad del vulgo.

— Parece, señor, que sois entendido: contestó con sorpresa el judío.

— Decía que la verdadera piedra filosofal, el verdadero elixir de la inmortalidad y el lenguaje de los astros, son tres cosas emblemáticas que no pueden estar nunca al alcance del hombre; son una trinidad en el mundo físico, tan grande é inmensa en sus resultados si se descubriera, como la fruta del árbol del bien y del mal que había en el

Paraiso; es decir, que son visiones de cerebros enfermos.

— Sin embargo, yo creo que la ciencia es una verdad.

— Verdad la ciencia? Solo las matemáticas tienen esa condicion, porque ellas en realidad no son principios y consecuencias establecidos por el hombre á su placer, sino tan solo la expresion de esa relacion inmensa que Dios ha puesto entre todos los objetos y seres del universo. Las matemáticas son la verdad, porque el hombre no las ha creado, y con la pluma y el compás no descubre, sino resuelve, no inventa, sino verifica. Tampoco es ciencia la astrología... eso no es mas que la observacion de las leyes que rigen el universo, prescindiendo de los enigmas ó arcanos que Dios se reserva, y que no quiere pasen al conocimiento del hombre... Así engañais al mundo, Efrain, y pretendéis leer lo futuro en los astros! vanidad, pequeñez, mentira del hombre!

— Diariamente, señor, encuentro cumplidos mis vaticinios de un modo sorprendente... Qué inconveniente puede haber en que Dios permita á los mortales hallar en los astros razones de analogía con ellos mismos? ó quereis poner diques á la voluntad divina?

— No, judío; á quien yo se los pongo es al talento mezquino del hombre... y puesto que tan orgulloso sois, decíme: habeis encontrado oro alguna vez, habeis aprendido á hacerlo con sustancias del reino animal, vegetal ó mineral? En el fondo del crisol, por medio de retortas y alambiques, y á un calor de los grados que necesita la tierra para fundir en sus entrañas los metales, ó de un frio de sesenta á setenta grados bajo cero, que es el que experimentaria la tierra si desapareciese el sol que la calienta, habeis jamas hallado oro puro como el de Africa, Europa ó el Nuevo Mundo, ni siquiera la plata sulfurada que en Koenisberg, en Hungría, acompaña frecuentemente al oro, ni tampoco el cobre piritoso, ni menos el cobalto gris, ni siquiera la piedra córnea, ni aun el hierro sulfurado, el plomo, el zinc ó el mispikel?

— Es verdad, no lo he encontrado, porque me falta un

solo disolvente, un ácido: dádmelo y tendré oro... oro puro!

— Pues ese ácido no lo encontrareis nunca, porque ese ácido es el límite del talento humano, es el secreto de la inteligencia creadora, que no permite que se revele al hombre, como no quiere que explique la materia de que se componen los astros, ni nada de lo que pertenece á la creacion. Los efectos y las relaciones entre los seres eso es lo que el pobre mortal, gusano miserable, llega á traslucir; las causas pertenecen á la eternidad, á Dios solamente. Y supuesto que no lo habeis encontrado...

— Pero encontré otro secreto mayor; hago el diamante.

— Haceis el diamante? Con que, buen hebreo, habeis encontrado el secreto de liquar el carbon y reducirlo instantáneamente al grado de frialdad del hielo y á la dureza del mismo diamante? No lo creo.

— Pues mirad!...

El hebreo sacó entonces de su seno un diamante, aunque pequeño como media lenteja, y se lo enseñó á su huésped. Luego le dió otra piedra del mismo tamaño y brillo, y le dijo:

—Cuál es el verdadero, señor? Podeis distinguirlo? Uno de los dos es mio, es obra mia; lo he encontrado en el fondo de mi crisol, es el resultado de la ciencia.

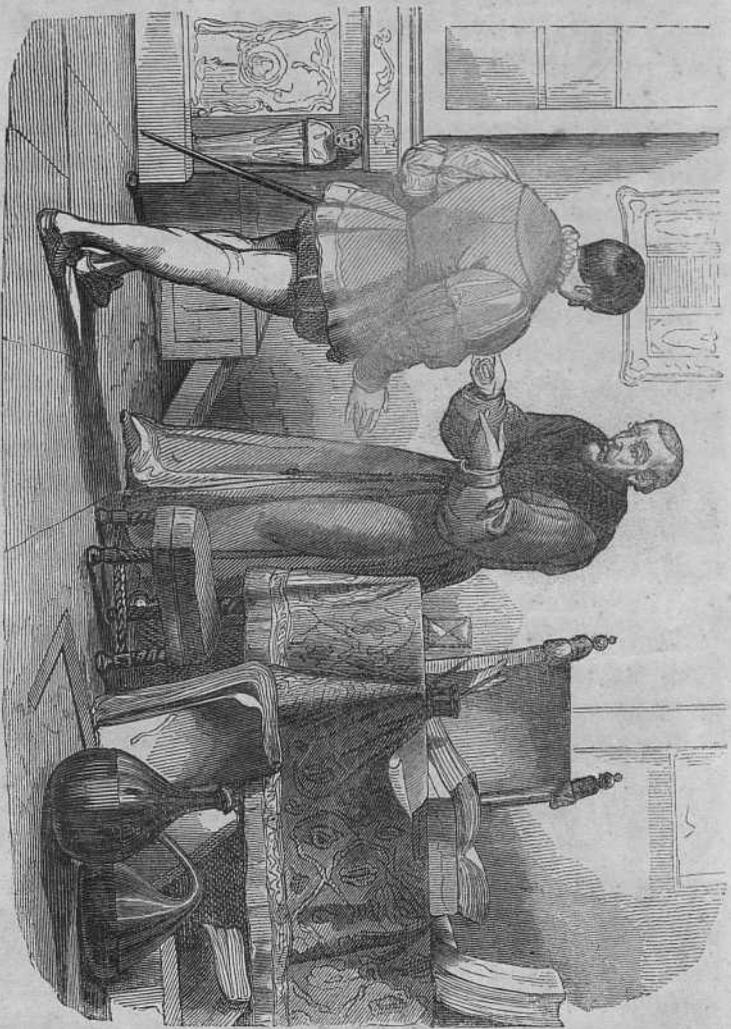
— Y supongamos que sea como decís, hebreo... entonces, por qué estais aqui? por qué no deslumbráis al mundo con vuestras riquezas? es acaso un crimen valerse de la ciencia para ser rico?

— Dejaré ese secreto á mi sobrino Roboan... yo soy ya muy viejo... me perseguirian y acaso me costaria la vida... Pero decidme ya, si os place, vuestro encargo de parte de Selvagio.

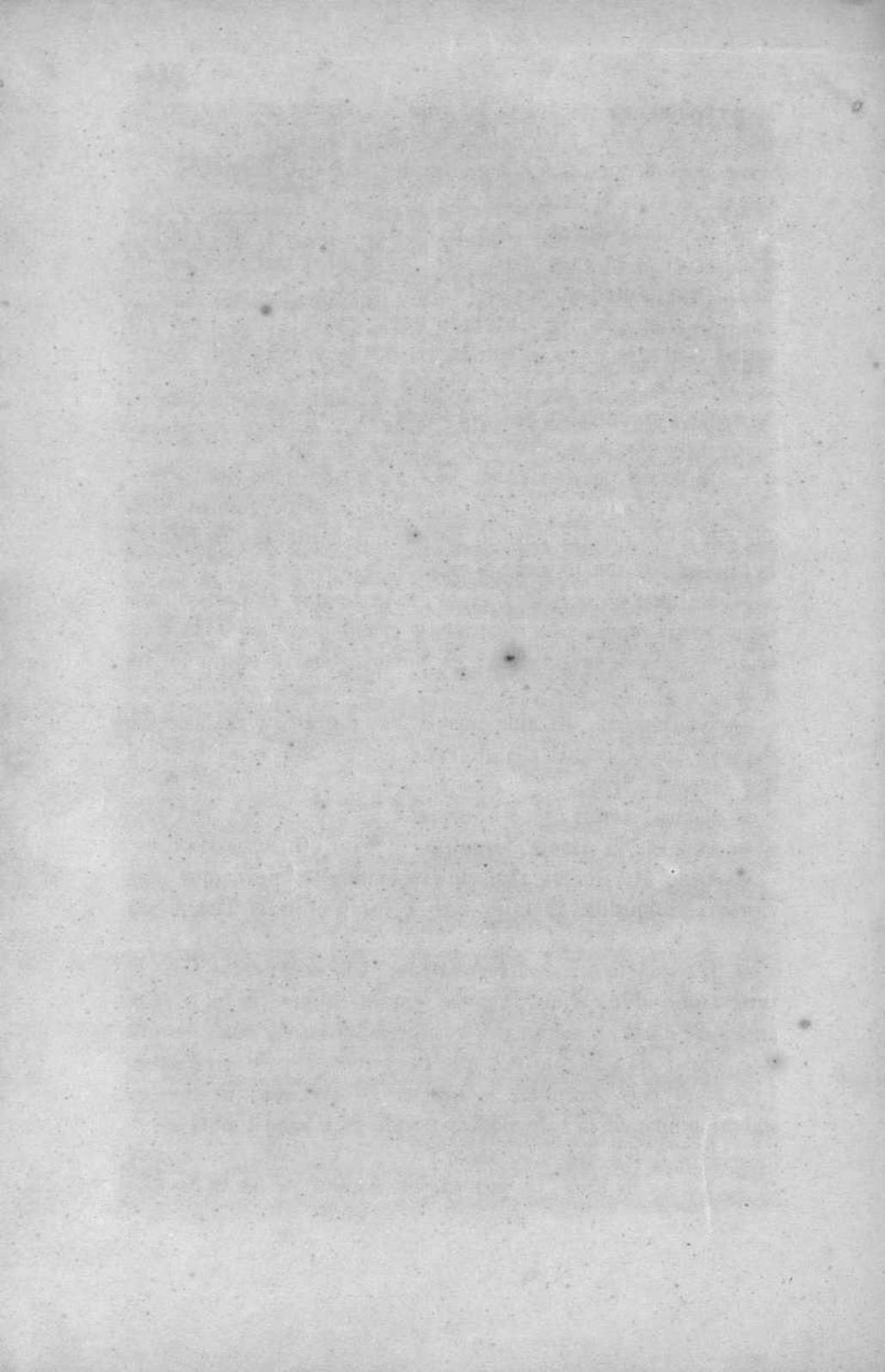
— Es verdad, señor astrólogo y alquimista: pues es muy sencillo... Despues de lo que yo le he dicho, tiene interes en que arreglemos el negocio del dinero para el rey.

— Cómo? hablad, no comprendo.

— Se trata de que desaparezca esa firma en blanco.



Siete Embajadores. — Lám. 10.



— Cómo! mi garantía, mi única garantía por la que he dado ya mi firma y un anillo de inmenso valor?

— Poco á poco nos entenderemos, Efrain. Escuchad: en cuánto valuais la firma del rey de España?

— Verdaderamente, señor, no tiene precio; pero puedo deciros que en este caso vale seiscientos mil escudos de oro... eso por lo menos es lo que firmará.

— Comprendo; y sin duda recibirá la mitad, porque entre Selvagio y vos os quedareis con la otra mitad.

El judío calló. El baron continuó:

— Cuánto quereis por esa firma en blanco?

— Necesitaría mucho oro, montes de oro.

— Y yo no puedo dároslo ahora, soy franco; pero Francisco de Valois os pagaría muy bien ese pergamino; mejor sin duda que el rey de España, porque sus flamencos le alivian constantemente el peso de sus arcas.

— Es que el rey de España, sino le doy el dinero, me ha ofrecido mandarme ahorcar, y creed que Carlos de Austria no falta á su palabra; el mozo lo haria como lo ha dicho.

— No importa, Efrain; buscad ese dinero, y dádselo sin demora directamente sin intervencion de Selvagio, y á mí me dareis la firma.

— Cómo, señor, y os figurais?...

— Que me la dareis, israelita.

— Creo que os engañais lastimosamente; paréceme que conoceis mejor los metales que á los hombres. Una firma del rey!

— Que no es sin embargo mas que la representacion de una cantidad de dinero... ese era el ánimo de S. A. Católica al darla, y como vos comprendereis, Efrain, no podeis hacer de ella mas uso que el convenido; de otra suerte, ni el rey cumpliría lo que se le exigiera, ni vuestra cabeza continuaria colocada en donde está hace tantos años.

— Qué pues deseais, señor?

— Yo os lo diré, ó por mejor decir, ya os lo he di-

cho: quiero esa firma, como vos deseais la vuelta de vuestros compañeros al suelo español...

— Tan difícil, señor, me parece de alcanzar lo uno como lo otro.

— Y sin embargo, estais en un error, Efrain.

— No comprendo.

— Escuchad: cuánto daríais por el decreto de vuelta de los hebreos á la Península Ibérica, por el permiso para volver á España á establecer en ella nuevamente sus hogares y ejercer su industria?

— Oh! Señor, daría cuanto poseo, daríamos cuanto se nos pidiese. Oh! sí, sí.

— Pues en vuestra mano está el que el rey firme ese decreto tan importante.

— En mi mano, señor?

— Precisamente, en cambio de esa firma. Dádmela, judío, y podeis veniros á Francia conmigo. Francisco I os premiará generosamente vuestra accion: allí estareis libre de los ataques de S. A. Católica, y desde allí lograreis lo que os digo para vos y vuestros compañeros, la vuelta á España de todos y el libre ejercicio de vuestra industria y religion.

— Pero cómo se hace eso, señor?

— El rey Carlos de Austria dió en cierta ocasion una palabra solemne, ofreció el cumplimiento de lo que se le exigiera, fuese lo que fuese; en fin, otorgó una gracia real anónima á la presentacion de una joya. Entendeis?

— Y bien, señor?

— Y si vos tuviéseis esa joya, Efrain? Ya veis que vale mas que la propia firma del rey, porque esa solo representa valores, y no la felicidad de ochocientas mil almas, que salieron proscritas por los Reyes Católicos...

— Qué quereis por esa joya?... es decir, la teneis vos?

— Héla aqui... y quiero simplemente la firma en blanco del rey...

— Y cuando venga luego Selvagio por el dinero?

— Es muy sencillo; se lo dais, y él os devolverá vuestra firma y vuestra joya... luego os venis conmigo, ú os quedais, eso es completamente de vuestra eleccion...

El judío examinó perfectamente la joya que se le presentaba... era un anillo precioso, un zafiro de gran valor, y en él se veían grabadas unas armas.

— Efectivamente, añadió el hebreo, es un zafiro de mucho precio, y veo en él las armas del imperio de Alemania.

— No dudareis pues de su autenticidad, judío?

— No ciertamente de que es una joya real, y que puede haber sido patrimonio de un emperador...

— De Maximiliano, es verdad... Qué es eso, vacilais aun? Creedme, y tomad por la firma la sortija; por cuatrocientos mil escudos que adelantareis, se os darán otros tantos si lo deseais; por un pedazo de pergamino la restitucion al suelo español de vuestros pobres compatriotas, que hoy mendigan el pan en lejanas tierras. Os lo repito; si quereis evitaros el disgusto de adelantar ese dinero al rey mismo y á Selvagio, os escondeis, y yo os defenderé hasta que salgamos de estos dominios y entremos en territorio francés.

— Está bien, pero firmadme una obligacion en nombre del magnifico Francisco de Valois asegurándome una cantidad, y selladla con ese sello: dijo el hebreo señalando el anillo que para dicho uso llevaba puesto en el dedo del corazon de la mano izquierda el baron de la Roche-Vermeille.

Hízolo este al punto sin vacilar.

El judío, ya satisfecho, le dijo entonces á su interlocutor:

— Entregaré hoy mismo el dinero á Selvagio, porque es mas prudente que llevárselo al rey; asi el buen tesorero me dejará tranquilo, dándome lugar de desaparecer de su vista: luego iré en vuestra busca, porque aqui no me creeria muy seguro; entendeis, señor?

— Posada del Moro, calle de *los Condes*, preguntad por el baron de la Roche-Vermeille, y alli os espero desde la

puesta del sol. A la salida próxima de ese astro cabalgaremos camino de Francia, Efrain.

Este entregó entonces el pergamino con la firma del rey, y despidió á su interlocutor.

Ya solo Efrain, exclamó:

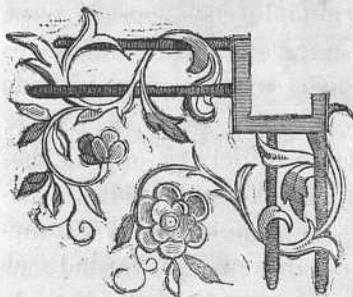
— He hecho un buen negocio. Selvagio se ha llevado un pedazo de cristal cortado por diamante, y mi firma, que de nada le servirá, porque al esponer el pergamino á la accion del aire, desaparecerá la tinta simpática que brilló á la accion del calor... El rey sin embargo recibirá su dinero, los trescientos mil escudos, porque Selvagio tomará los otros ciento y cincuenta mil; sí, yo reuniré ese dinero entre mis amigos, porque todos tenemos el mismo interes por los emigrados. Y si el rey deroga el decreto de 31 de marzo de 1492, le daremos otros trescientos mil escudos, le daremos montes de oro, cuanto necesite le dará el pueblo hebreo para saciar su codicia de rey de España ó de emperador de Alemania. Ahora el buen francés que haga lo que quiera con la firma de S. A. Católica.





CAPÍTULO XXIX.

UN AVISO Y UNA EVASION.



LA abadesa, según hubiera podido notar cualquiera fácilmente á haber presenciado aquella escena, como el que nos la ha transmitido á nosotros en sus apuntes de cronista, la abadesa, decíamos, estaba gozando con la sorpresa del jóven ex-page. Este, sin embargo, no se desconcertaría completamente cuando se atrevió á formular las

:

siguientes frases, de cuya sinceridad no podrá sospechar probablemente ni el lector mas malicioso: dijo asi Loyola:

— Celebro en el alma que vos, señora superiora, y no mi prima Eduvigis Sotomayor, hayais bajado, pues que mi deseo era el veros y hablaros á vos.

— Me estraña, señor Loyola, lo que decís, y casi por la cortesía me veo ya dispuesta á perdonaros...

— Señora, yo no necesito perdón mas que del cielo, que es al que ofendo como miserable mortal... de nadie mas lo necesito... por último, si me escuchais, de lo que probablemente os alegrareis, quedará vuestro ánimo convencido de la pureza de mis intenciones al venir al convento y al pretender hablar con Eduvigis.

— Arrogante y acaso temerario venís... Decid, sin embargo, señor Loyola, que ya os escucho.

La abadesa se sentó con altanería junto á la lumbre, y frente á aquella, en pie y con su sombrero en la mano, acariciaba Loyola su pluma con los ojos bajos, mirando de reojo el efecto que sus palabras producian en la abadesa.

— Esta por su parte procuraba dominarse en lo posible por instinto, hábito y conveniencia.

— Pues bien, señora abadesa. Hace dos horas poco mas que he llegado á Valladolid con un compañero, que trae una carta del rey para vos y...

— Dónde está ese mozo, ó al menos la carta?

— El mozo, señora, está durmiendo en la posada, y yo vengo por el pobre, que queda muy cansado. El acaso os hubiese presentado esta carta de peor manera, porque cada uno es hijo de su obras y...

— Bien, veamos... Efectivamente es del rey: dijo la abadesa leyendo la carta y reconociendo detenidamente la firma y el sello del pergamino. S. A. pide dinero y es menester dárselo; no obstante, y es una amarga verdad, en el convento no lo hay... no lo hay en la cantidad que S. A. necesita, ni aunque lo hubiese vosotros teneis medios apropiado para conducirlo... Os daré una cajita de joyas que

ocultareis con facilidad. El rey se convencerá de que se le estima en Santa Engracia.

— Bien, señora, venga la cajita, y voy volando á la posada antes de que mi amigo se despierte y me eche de menos junto con su pergamino... Entonces era capaz de desconfiar de mí, de mí, que soy ya su amigo mas leal y que me sacrificaría por él.

— Voy al instante... Mas decid, por qué hacíais avisar á vuestra prima, Loyola?

— Señora, es muy sencillo; porque yo desconfiaba de haceros bajar dándoos el aviso por la portera, y preferí valerme de la novicia mi deuda. Pero me vendieron.

— Está bien, os creo... mas no os vendieron: yo sorprendí el aviso dado á Eduvigis y la encerré en su celda, bajando en su lugar. He hecho lo que me prescribía el deber.

— Perfectamente, señora abadesa; de lo que os estoy muy agradecido. Pero observad que se va haciendo tarde...

— Es verdad; hasta luego... Loyola, esperad.

En efecto, el ex-page Ignacio esperó como un cuarto de hora largo, al cabo del cual volvió aquella con una cajita en la mano. Púsola en la de Ignacio, y este la guardó debajo de su almilla con gran regocijo.

La cajita contenía mas de mil escudos en oro y veinte mil en piedras preciosas, con lo cual el rey recibía un buen socorro.

— Ahora, dijo el jóven, es menester, señora abadesa, que os explique por qué razon he venido yo á este sitio, en vez de mi compañero, verdadero portador de la epístola regia.

— Hablad, teneis razon.

— Mi amigo cree que está en el convento una jóven llamada Ursula García, su amante...

— Y por qué, quién es ese jóven?

— Ese jóven, que es lo que interesa, sabe que Ursula tenía padre antes de irse de Valladolid y que hoy no lo tiene; sa-

be que ella misma, su amada, estaba en Valladolid, y hoy no se halla allí por cierto cuando su casa estaba muda; sabe que un eclesiástico flamenco visitaba la casa, y que allí ha entrado la desgracia... Yo mismo, señora superiora, he sido por fortuna suya, esto es, de la jóven, testigo presencial de su muerte aparente... yo la saqué de la bóveda en donde habia sido enterrada viva!

— Ah!

— Os espantan, señora, los padecimientos de esa infeliz? Pues sabed que estuvo loca, sí, loca, porque ella no sabe darse cuenta de lo que hizo, de lo que le sucedió en casa del clérigo despues de la muerte de su pobre padre...

— Con que decís, Loyola...

— Que el criado de confianza de ese mal diácono asesinó villana y cobardemente al padre de la jóven... Pues bien; despues de todo, el amante que eso sabe no encuentra á su amada y quiere venir á pedirrosela...

— A mí, señor Loyola?

— A vos, porque no se le oscurece que Bleimberg y vos estais en completa inteligencia... ni podia ser de otro modo; el rey distingue á los dos. Es verdad ó no? Dónde pues está Ursula?

— Ya no está aquí.

— Luego estuvo, señora superiora.

— Su estado no le permitia ya continuar aquí.

— Cómo, ha vuelto la infeliz á perder la razon?

— No, jóven; algo peor... mucho peor...

— Por favor acabad, señora abadesa.

— Decid á vuestro amigo que renuncie á ella... ya no puede ser su esposa...

— Pues qué ha profesado?

— No señor... pero un hombre de honor...

— Qué?

— No puede ser el esposo de una muger deshonrada...

— Deshonrada Ursula! Ursula deshonrada! Ah, callad, señora, por piedad callad!

— Ursula ha sido madre... por fortuna el fruto de sus amores ya no existe... ya no tiene de su falta mas testigo que su conciencia, porque yo soy muda y no vivo en el siglo... os lo he dicho á vos, porque era indispensable que vuestro amigo lo supiese.

— Ah! señora superiora, el diácono la habrá seducido, abusando de su estado!... eso es horrible, infame, sacrilego!

— Jóven, no temeis arrojar sobre la frente de un servidor de Dios una mancha como esa?

— Un servidor de Satanás, que no de Dios, madre abadesa. Pues bien, señora, él pedirá justicia al rey contra ese hombre por mas que sea su valido, uno de sus validos flamencos.

— Y el rey despreciará esas quejas... Yo se las desmentiré, y hará mas caso de mis palabras que...

— Perdonad, señora: mi amigo tiene tambien la confianza del rey, y en último lugar si no le hace justicia el príncipe, es capaz...

— De qué...

— De matar al diácono despues de proponer contra vos una acusacion de complicidad con aquel.

— Callad, jóven imprudente y osado!

— Señora abadesa, no amenazo, os advierto y no se me agradece; tanto peor para vos y para el diácono. Por fin, me decís dónde está Ursula, qué es de ella? Necesito saberlo para acordar con mi amigo.

— No teneis que cansaros. Ursula no está en mi poder ni puedo revelar su paradero.

— Está bien, señora superiora. Acaso tenga un dia vuestra maternidad de que arrepentirse: entonces os ruego que recuerdeis que Ignacio de Loyola hizo cuanto pudo por evitar una catástrofe...

— Podeis retiraros.

— Lo haré, señora, evitando á mi amigo el disgusto de oír asi, de improviso, tan desgarradoras nuevas para un corazon amante. Quereis darme la contestacion para el príncipe?

— Mañana la tendreis.

— Dónde podré recogerla?

— Os la llevarán á vuestra posada.

— Está bien, señora. Dios os guarde.

La abadesa se inclinó y llamó á la portera.

Esta fue á acompañar á Ignacio, el cual emprendió la vuelta como una flecha lanzada por el arco, á pesar de que la cajita pesaba mas de media arroba.

Cuando llegó el jóven á la posada, por fortuna no fue notado de nadie, y pudo llegar hasta su cuarto sin interrumpir el sueño de su compañero.

A la mañana siguiente Loyola dió cuenta á Acuña de lo que habia hecho la vispera, y este quedó muy sorprendido de lo que acabó de oír.

Pero su desconsuelo rayaba casi en la desesperacion, porque no encontraba á Ursula.

El lector comprenderá que Loyola solo le habló de lo que tenia relacion con la carta del rey y con la cajita del dinero y joyas que le habia entregado la abadesa, nada de lo que le reveló esta sobre la desgraciada situacion de Ursula.

Esto supuesto, oigamos á los dos jóvenes. Acuña empezó del modo siguiente:

— Qué hacemos, Loyola? Yo no me voy sin saber el paradero de Ursula.

— Y la comision para el rey, que solo á vos ha confiado, amigo mio?

— No la evacuaré. Necesito saber el paradero de Ursula, y tambien perseguir al diácono Bleimberg.

— Ahora mas que nunca lo merece. Contad conmigo, señor capitán.

— Pues qué hay, señor alférez?

— No sé nada mas que lo que vemos: os parece acaso poco, no es él al fin la causa de todo lo que le pasa á esa pobre niña?

— Sin duda, amigo, sin duda. Pero, os lo repito, no me voy de Valladolid sin averiguar el paradero de Ursula. Para

eso he de ver á la abadesa. Vos me habeis dicho varias veces que os consta por vuestra prima la novicia de Santa Engracia la buena armonía que reina entre la superiora y Bleimberg; que por Ursula supisteis que él fue quien la robó de la casa paterna, que él fue causa del asesinato de su padre, y por último, que en casa del mismo flamenco perdió su razon y por poco la vida, arrancándola vos de la misma huesa. Ahora bien, es muy natural que la abadesa sepa el paradero de mi amada, y siendo así ella me lo dirá.

—Vamos, calmaos. Sin embargo, creo que no lo lograreis.

—Que no? Acaso sabeis vos de lo que es capaz un alma enamorada? Creeis por ventura que vivó mas que con la dulce esperanza de verla y de vengarme de ese cobarde asesino? Ah! plegue al cielo que nunca sufrais el martirio porque estoy ahora pasando! Es posible que el cielo ponga en tan duro trance á un pobre mortal? Estoy resuelto, amigo querido, voy á Santa Engracia.

—Os repito que nada adelantareis, Acuña.

En esto estaban de su disputa los dos amigos, cuando entró el posadero con un pergamino, preguntando por el señor Ignacio de Loyola.

—Qué me quereis? dijo este alargando la mano: yo soy.

El mesonero dió el pergamino, añadiendo al mismo tiempo:

—Un hombre del campo lo ha traído, y encargándome que lo entregase en propia mano, se partió al instante, sin decir de dónde venia y sin esperar respuesta.

—Que vaya con Dios! dijo Ignacio de Loyola, y roto el cordon de seda que sujetaba el rollo de pergamino, leyó en cuanto hubo salido el posadero.

«Primo Ignacio de Loyola.

»Sé que estuviste anoche en el convento y que tratabas de verme. La superiora se enteró del mensaje de la portera de la hospedería, y se fue á verte en mi lugar. Si

querias saber nuevas de la pobre Ursula, víctima del diácono Bleimberg, como ella misma exclamaba en sus momentos de falta de razon, puesto que ella ha revelado tambien conocerte, dígame, primo mio, que está aun en el convento encerrada en la celda que cae al norte sobre el estanque, y cuyas ventanas tienen celosías verdes á diferencia de las demas, que son negras. Por ahora no puede decirte mas tu prima = *Eduvigis.*»

— Ya lo veis, exclamó don Fernando, ya lo veis como está en el convento Ursula. Voy á robarla de esa carcel.

— Esperad, señor Acuña, esperad y obraremos, que las cosas de prisa no salen bien. Vamos á consejo.

— Vamos, señor Loyola.

Los dos jóvenes se sentaron sobre uno de los dos lechos que habia en la estancia y guardaron un momento de silencio, procurando coordinar sus ideas.

— Es menester, Loyola, que yo vea á Ursula, es menester mas, que la arranque de ese sitio en donde está contra su voluntad. Por qué la habrán separado de su madre y de su nodriza? Es menester que yo aclare tanto misterio.

— Contad conmigo, ya os lo he dicho, señor capitán, y no me vuelvo nunca atrás de lo que digo: exclamó acariciando su rubia cabellera el mozo.

— Esta noche penetraremos en Santa Engracia.

— Esta noche penetrareis en Santa Engracia. Es clausura, y yo no me determino á arrostrar excomuniones. Asi como asi, os guardaré las espaldas. Cómo quereis penetrar hasta alli?

— Allá veremos, amigo: Dios me inspirará...

— Bueno es eso, capitán, de poner á Dios por testigo y pedirle ayuda para cometer un sacrilegio.

— Es sacrilegio salvar á esa infeliz de su prision?

— No, Acuña, pero sí el entrar en clausura.

Llegados á este punto del diálogo los jóvenes, callaron y dejaron para la noche la realizacion de su proyecto.

La noche llegó, y entonces observó Loyola que su buen

amigo se habia provisto de una larga escala de mano, que tenia dos fuertes garfios en uno de sus extremos.

Doblóla lo mejor que pudo, y cogiendo sus armas le dijo al buen Ignacio que le imitase; y ambos, embozados en sus ferreruelos, salieron de aquella posada.

Caminaron en silencio hasta Santa Engracia, á pesar de que habia largo trecho, efecto de la preocupacion respectiva de los ánimos.

Acuña marchaba resuelto como un hombre desesperado, y Loyola, receloso de lo que podia ocurrir, procuraba enervar la viveza de su compañero.

Salieron á las nueve de la posada, y llegarían á la puerta de la hospedería del convento á cosa de las diez.

Todo estaba en silencio. La noche era muy fria, pero serena y la luna brillaba argentada en el espacio inmenso rielando sobre las aguas del estanque del convento, cuyas tapias algo bajas permitian el examen del curioso observador; el huracan azotaba las paredes del edificio formando á lo lejos un ruido pavoroso, semejante al bramido del mar en noche procelosa; la iglesia, á manera de una sombra fantástica y vaporosa, se alzaba magestuosamente sobre los fúnebres cipreses que la rodeaban, dándole un aspecto misterioso que infundia respeto y recogimiento, y predisponia á la sublime contemplacion. Reflejábase su campanario, esbelto como un obelisco egipcio, sobre la superficie movediza del estanque.

Todo aquel extenso recinto que dominaba la vista parecia un paisaje de escuela flamenca, de tintas oscuras con claro-oscuro argentado, de aspecto melancólico... El corazon lacerado de uno de aquellos jóvenes encontraba en él un placer inefable, una alegría pura y consoladora que le escitaba un grato presentimiento, el de salvar á su amada, el de volverla á ver despues de tantos meses de ausencia, aunque no risueña y feliz como antes, sino azotada cruelmente por el cierzo crudo de la adversidad.

Todo el edificio estaba á oscuras y en silencio, con un

silencio grave é imponente, que solo interrumpia el silbido del viento.

Paráronse nuestros jóvenes. Miró don Fernando á un lado del edificio, y á la luz brillante de la luna distinguió claramente hácia el norte y sobre el estanque las celosías verdes de una celda.

—Allí está ella, dijo melancólicamente á su compañero.

—Y cómo subís hasta allí?

—Ahora lo vereis.

Don Fernando hizo entonces la señal que le servia de aviso á Ursula, cuando en tiempos mas felices iba á verla á su casa: tres palmadas sonaron, pero no hubo ningun movimiento en las ventanas. Estas continuaron cerradas.

Don Fernando repitió la señal... Pocos momentos despues vió abrirse cautelosamente una puerta-ventana y asomar una mano, agitando un pañuelo blanco.

—Es ella, es ella! exclamó alborazado don Fernando. Sí, yo soy, Ursula, yo soy, tú amante que viene á salvarte: continuó alborazado el capitan.

—Don Fernando, sois vos, ó es ilusion de mis sentidos lo que veo? contestó la persona que habia agitado el pañuelo.

—No es ilusion, no, hermosa mia: soy yo, tu Fernando que viene á salvarte.

—Cómo pensais penetrar en este sitio?

—Merced á esta escala. Echadme algo con que poder subirla hasta vos, porque si la arrojó puede caer en el estanque, y entonces todo se perdió.

La jóven desapareció al punto y volvió á los pocos minutos, arrojando una tira blanca con que don Fernando pudo atar la escala. Un momento despues esta estaba sujeta por sus garfios al alfeizar de la ventana, y otro momento pasado, el capitan subia ligeramente por los ramales de la escala, cuya estremidad inferior tenia sujeta Loyola.

—Dios os ayude! y aqui espero: dijo el último al trepar su compañero.

— Dios nos ayude! y pronto seremos con vos, leal amigo: repuso el capitán.

A poco, Ursula recibía enagenada en sus brazos al valiente mancebo, único objeto ya en este mundo de su cariño.

Media hora después tres personas iban misteriosamente camino de Valladolid, por el que conducía desde el convento de Santa Engracia, y creemos que no podían ser otros que Ursula, don Fernando y Loyola.





CAPÍTULO XXX.



EL CARDENAL DE GURCK.



SERIAN como las nueve de la mañana del día en que el baron de la Roche-Vermeille habia ido á visitar á Efrain, cuando aquel, disfrazado con un traje de aldeano del pais fue á ver á Estrella.

El poco conocimiento que tenia del idioma catalan le hizo ignorar la catástrofe ocurrida con su buen amigo el caballero Dupuy; y muy impaciente por manifestar á Estrella que habia dado cima á su empresa con toda felicidad, se fue en derechura á casa de la duquesa de San-Rafael.

Esta estaba muy preocupada desde la vispera con el negocio que tenia con los franceses representantes de Enrique de Albret, y su corazon latia presuroso al pensar que podia muy bien frustrarse la empresa, porque de ella dependia su victoria, sin que el rey pudiese saber cómo era ese triunfo.

Ella cambiaba la sortija por la firma en blanco, porque en Alemania la primera de nada podia servirle, y la segunda sí. Esta bien aprovechada era un arma traidora y poderosa contra Carlos, que evidentemente se presentaba como renunciando al Imperio en la Dieta.

Ah! cuán feliz era aquella muger al pensar que acaso dentro de algunas horas tendria en sus manos la renuncia del rey, y que con ella veria satisfecha su venganza! Vengarse ella, vengarse una muger del hombre á quien supone indigno de su amor y tambien vengativo, era una idea halagüena, puesto que en esa venganza veía ella no un mal causado á Carlos, sino una ofensa á su orgullo, á su ambicion de rey.

Qué grata es la venganza, cuando en ella el que se vengano encuentra un remordimiento por el bien impedido ó mal causado á la persona que nos ha ultrajado! Pobre condicion humana! miserables pasiones, que bullen y se agitan en nuestro pecho como lava abrasadora y llenan nuestros corazones de ceniza como si fuesen manzanas de Sodoma!

Estrella, esta es la verdad, queria vengarse engañándose á sí propia, y suponiendo que en su venganza no habia sino una leccion... su amor propio estaba herido y era menester á toda costa una reparacion.

Sentada Estrella junto á la ventana de la estancia en donde recibió al baron de la Roche-Vermeille y al desgraciado Dupuy, tenia fijos sus ojos en el horizonte que desde alli se descubria.

El panorama que entonces se ofrecia á su vista era mas hermoso y brillante, aunque menos fantástico y melancólico que la vispera: al tibio fulgor de la modesta luna habia reemplazado el consolador rayo del sol, que habia ya recorrido

la tercera parte de su carrera y reflejaba sobre la movediza y azulada superficie del mar, que lamia al pie las tapias de la habitacion de la duquesa.

Un hombre se dirigió á la casa por la parte de levante, y al momento fue reconocido por Estrella.

—Nuño! exclamó: el baron de la Roche-Vermeille está abajo: haz que llegue hasta aqui inmediatamente.

El pagecillo, que estaba muy cerca de su ama, obedeció el mandato al punto.

Dentro de muy pocos instantes, el baron entraba en aquella estancia con aire satisfecho.

—Bien venido, señor baron! dijo Estrella, haciendo al propio tiempo seña á Nuño para que despejara.

—Dios guarde á las mugeres hermosas! repuso el galante la Roche-Vermeille.

—Sabeis lo que hay, señor, baron?

—Sé que os traigo la firma en blanco del rey Carlos.

—Ah! cuánto os lo agradezco, señor baron, pero cuán cara cuesta!

—Eso es cuenta de Francisco I.

—Sí, pero hay cosas que no tienen precio...

—Precisamente, por eso nos lo agradecerá mas el rey de Francia...

—Y ser yo la causa inocente de una catástrofe!...

—Cómo, señora duquesa! hablad; qué quereis decir?

—Que eso es horrible, y vos teneis una calma mil veces mas horrible aún... tan poco vale la sangre de un caballero y de un valiente?

—Señora, declaro formalmente que no os entiendo, y con franqueza os lo digo: hasta que esta noche encuentre á mi amigo Dupuy junto á aquella barquilla, á mi leal amigo Roberto Dupuy, para darme cuenta de su tentativa, no las tengo todas conmigo.

—Cómo! acaso no sabeis, señor baron?...

—Solo sé que mi amigo y yo nos despedimos, como os dije al venir á recoger la sortija de zafiro, resueltos á morir

en la empresa ó traeros la firma, y que yo he cumplido mi palabra; hé aqui la firma.

— Pues Roberto Dupuy tambien cumplió la suya.

— Cómo, duquesa?...

— Ha sido lanzado por la ventana...

— Señora!

— Fue asesinado en casa de Selvagio.

— El Señor haya tenido piedad de él! murmuró con acento grave el francés, lanzando una siniestra mirada.

— *Amen!* dijo en el mismo tono la duquesa.

Hubo entonces unos momentos de silencio.

Al fin lo interrumpió el baron.

— Señora, es menester partir: no hay que perder ni un instante. Otro dia me hareis el favor de esplicarme los pormenores de esa catástrofe. Ahora urge tambien salvar al judío Efrain, á quien he logrado quitar ese documento, en fuerza de hacerle entender que su pueblo podrá un dia reportar de ello gran ventaja. Estais, pues, señora, decidida á emprender vuestro viaje á Francia?

— Lo estoy.

— Tendré el honor de ser vuestro escudero.

— Que me place, baron. Tenedlo todo pronto.

— Espero ya vuestras órdenes.

Despues de un ligero cumplimiento, el baron dejó sola á la duquesa, ocupada completamente en su viaje.

Debemos ya explicar la conducta sospechosa para nuestros lectores del buen Justino, el enano del rey, porque en realidad no merece el concepto en que hasta ahora se le habia tenido.

Justino sabia perfectamente las relaciones que unian á Nuño con la duquesa de San-Rafael, y que, merced á la influencia de Moncada, habia el adolescente entrado al servicio del rey. Comprendiendo todo el mal uso que podia hacerse de la real firma en blanco, y conociendo tambien las relaciones del niño con Estrella, creyó conveniente hacerle saber á esta la existencia del documento que ella sin

duda queria adquirir, y en cuyas manos nunca podia ser arma tan desleal como en otras.

Justino creía, y creía bien en nuestro concepto, al pensar que entre Carlos I y la duquesa podria haber guerra entonces; pero que algun dia vendria la paz, y luego el príncipe rescataria facilmente su documento.

Como es de suponer, Nuño no tardó en avisar á la duquesa, y ya hemos visto los resultados de ese aviso tan oportuno.

Entre tanto don Antonio de Leiva, firme siempre en su idea de vengar la muerte de su hermano, se disponia á pasar á Alemania, pero quiso acompañar antes á la duquesa en su viaje á Francia, Italia é Inglaterra. Él necesitaba que aquel talento atrevido de muger le guiara y, como fascinado por su voz, no sabia hacer nada sin su consejo.

Estrella pues contaba en su próxima espedicion con un amigo antiguo leal, con otro no menos decidido aunque amigo reciente, con su buena doncella Margarita y su pagecillo Nuño.

Los embajadores continuarian probablemente sin novedad en Alemania, gestionando en favor de su jóven monarca y representado.

Los amantes fugitivos Ursula y don Fernando, por supuesto acompañados de su buen camarada Ignacio de Loyola, debian de estar sufriendo los rigores de la estacion y las penalidades de un viaje, aunque realmente ignoremos el punto adonde pensarian dirigirse.

Este es pues el estado en que se encontraban los principales personajes de esta novela.

Tiempo es pues ya de que nos ocupemos de los otros que en el extranjero estaban procurando realizar la gran empresa del rey, y á los cuales dejamos reunidos en una casa bajo la presidencia del venerable príncipe de la Iglesia, el buen cardenal de Gurck.

Aquella noche, la del 12 de febrero, pasó como era necesario y como habia pasado la del 12 de enero, dia de la

muerte de Maximiliano de Alemania. Fieles á la augusta persona del rey Carlos y dóciles á sus mandatos, oyeron los embajadores las razones del buen cardenal disponiéndose á sacar el mejor partido posible de su oro, de su valor y de su sagacidad, en lo cual todos se hallaban tan interesados respectivamente.

Nuestros lectores recordarán, y por si así no ha sucedido se lo recordaremos nosotros, que el buen cardenal se habia reservado para que votase al príncipe Carlos como sucesor de Maximiliano, el influir con Federico el Sajon, hombre esperto y al cual llamaban el *Nestor* y el *Prudente* los alemanes; y en honor de la verdad debemos decir que la eleccion fue á todas luces equivocada, atendidas las circunstancias del entonces regente del Imperio, Gran Mariscal del mismo, Federico, duque de Sajonia y del citado cardenal.

Con decir que este tendria unos sesenta años próximamente, que era egoista como clérigo, ambicioso como cardenal, supersticioso como viejo y pedante como erudito, hemos hecho el retrato del gefe de la embajada que Carlos nombró para Alemania.

Sin embargo, fuerza es confesar que el rey no tenia razon para conocer estas cualidades profundamente, y que al nombrarle solo tuvo en cuenta la lealtad, gerarquía y ambicion que reconocia con razon en el anciano: de consiguiente que el confiarle la direccion, siquiera nominal, de aquella embajada, no era verdaderamente una falta, puesto que cada uno tendria que obrar por su parte y de su cuenta y riesgo.

Una mañana, algunos diez dias despues de haber recibido en su casa el cardenal á sus compatriotas, Federico el

Sajon, que como regente por la ley del Imperio se hallaba en Francfort, recibió aviso de que sería visitado por el cardenal, y le contestó señalándole día al efecto.

Nuestro buen cardenal se presentó y entonces tuvo lugar la siguiente conversacion, que revela mas facilmente el carácter del visitante que el del visitado.

Federico, que estaba examinando algunos pergaminos y consultando algunos libros á la llegada de nuestro cardenal, se apresuró á contestar á su saludo de la manera mas benévola y cordial posible, á par de la respetuosa ceremonia necesaria en la posicion ó sea gerarquía social de ambos.

El duque ofreció un asiento elegante y cómodo á su anciano huésped.

Este lo aceptó y quedaron ambos sentados, uno en frente de otro, *tête-a-tête*, como dicen nuestros vecinos los franceses, reyes de la moda y fórmulas sociales de cortesania.

— A qué puedo agradecer el honor de vuestra visita, señor cardenal de Gurek? le dijo el duque Sajon á su ilustre huésped.

— Vais á saberlo, noble duque, regente y elector del imperio aleman. Vengo á haceros las proposiciones amistosas mas ventajosas del mundo en cambio de un deseo que quiero ver satisfecho; deseo justo, justísimo y...

— Explicaos, señor cardenal.

— Ya sabeis, señor duque, que vengo de España...

— Adelante.

— Sabeis tambien que el príncipe Carlos es todo un excelente jóven y que rige los destinos de aquel pueblo...

— Con ayuda de Gesvres, no es eso?

— *Nequaquam*, con ayuda de su augusta madre S. A. Católica doña Juana...

— Y cómo, monseñor, ha de ayudarle su madre si está fuera de juicio?

— *Nihilominus* ella le ayuda, muy poderoso señor, y...

— Pero bien, señor cardenal, qué quereis?

— Quisiera, es decir, quiero vivamente que el príncipe herede á su abuelo en el trono de Alemania.

— Quereis bien, cardenal, por lo menos como un hombre leal á su rey: siento yo no tener por quien decidirme de entre los príncipes soberanos alemanes.

— Que no teneis? Señor duque, por qué?

— Es muy sencillo; porque á estas horas se presentan ya tres opositores al Imperio, esto es, dos y Carlos de Austria.

— Quiénes son, señor duque?

— Los reyes de Francia y de Inglaterra, aunque este último no ha hecho aun gestiones directas; pero las hará.

— Pues convendria, señor duque, que no las hiciera.

— Pues, señor cardenal, es difícil evitarlo.

— Y no habria medio por caro que fuese, señor duque?

— Cabalmente no lo necesita, es el que tiene mas dinero.

— Pues si es cuestion de dinero, le daremos cuanto quiera para que se retire.

— Teneis mucho disponible, cardenal?

— Cuanto sea necesario, duque. El rey de España ha puesto grandes tesoros á nuestra disposicion, es decir, á la vuestra. Decidme lo que deseais y vereis que trato de complaceros: yo cuento con vuestro voto en la Dieta, y vos podeis en cambio exigir de mí lo que gustéis con tal de que Carlos triunfe de todos los coopositores al imperio aleman. Quién mas digno que él de ese honor por origen, naturaleza y demas condiciones?

El buen Sajon era avaro y empezaba á tomar interes en la conversacion.

El cardenal á pesar de sus cortos alcances lo comprendió, y se felicitaba ya de antemano por el buen éxito de su tentativa.

— Creo que el rey de España es muy digno efectivamente de ese honor, pero al fin mi voto, aunque fuese para él, no es mas que uno de siete que componen la Dieta.

— Poco á poco iremos ganando terreno, querido duque, y yo siempre he creido que el voto del gefe vale por lo me-

nos tanto como el de otros dos. Vos tambien podriais influir con algun otro elector, y...

— Se os alcanza lo dificil que es esa empresa? Si supieseis que ese rey de Bohemia es el carácter mas orgulloso del mundo, que el buen Joaquin, marqués de Brandeburgo, es lo mas enamorado que se ha visto, que el conde Palatino del Rhin es lo mas indolente, que el arzobispo de Maguncia es lo mas envidioso, que el arzobispo de Colonia solo piensa en comer bien, y que el de Tréveris, Ricardo de Greffenklan, es lo mas irascible y voluntarioso que se conoce; si supieseis bien todo esto, no creeriais que la empresa que tratais de acometer es de tan facil éxito; antes por el contrario creo que tiene muchos tropiezos.

— Os vais, duque, poniendo de mala data, y yo quisiera todavia que os hicieseis de mi bando para secundar mis proyectos.

— Teneis medios de orillar esos inconvenientes, señor cardenal?

— Acaso y pronto, señor duque.

— Cómo es eso? me admirais, cardenal.

— Pero, en fin, qué anhelaís por vuestro voto, noble regente del imperio?

— Aseguradme una renta contra mis enemigos de las fronteras... por ejemplo...

— Cincuenta mil escudos, no es eso, duque?

— Precisamente, cardenal, y aunque fuesen...

— Sesenta, setenta... vaya! sean ochenta mil escudos; estais contento?

— Ochenta mil escudos de renta! bien pagados...

— Por quinquenios anticipados... descuidad.

— Me place, buen cardenal, me acomoda; id por ellos al punto.

— En ganándose la eleccion; antes no es posible, mas que tengamos todos los mejores deseos.

— Cuento con vuestro voto, señor duque.

— Y yo con lo ofrecido: no os olvidareis, señor cardenal?

—Ciertamente que no, y ahora vamos á hacer esfuerzos por doblar el capital ofrecido, si es menester para que así suceda.

Hasta aquí llegaron de su diálogo el duque y el cardenal, y este se retiró muy complacido.

Es que por casualidad el cardenal habia herido la cuerda de su adversario, la codicia.

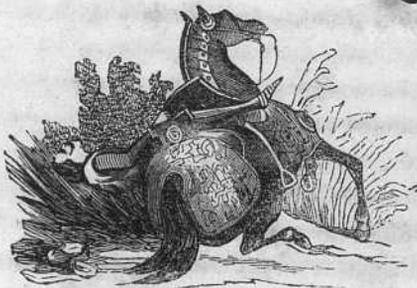
Sucesivamente iremos viendo las gestiones que hicieron los demas embajadores con sus respectivos contrincantes, y de consiguiente si salió cierto el horóscopo del judío Efrain.





CAPÍTULO XXXI.

FRANCISCO I.



UNA mañana del mes de marzo de 1519 estaba el célebre vencedor de Marignan, el buen rey Francisco de Valois, pensando seriamente en lo conveniente que había de ser á sus intereses y también á los de su amado pueblo el oponerse al Imperio de Alemania; pensamiento que acariciaba, como la idea del primer beso el

mancebo enamorado; y no habia para menos, que eso de unir el globo imperial á la brillante corona de San Luis era convertir en un punto la monarquía francesa en la primera del mundo, para envidia de reyes y veneracion de vasallos. Aquella era entonces la gran cuestion, la cuestion palpitante, como diriamos hoy, que tenia preocupados los ánimos de toda la cristiandad; y por uno de esos fenómenos inesplicables, ó acaso esplicables solo por el magnetismo, que consiste en pensar en una persona ó en un asunto dado minutos antes de que ocurra este ó se presente aquella de una manera sorprendente siempre para nosotros, y completamente independiente de nuestra voluntad; por uno de esos misteriosos efectos de nuestro organismo ó quizás de la íntima y secreta armonía que une en el mundo á todos los seres, el rey Francisco vió abrirse la puerta de su cámara y entrar á Guillermo Goufier, su favorito y conocido mas por el almirante, y uno de sus gentileshombres, anunciándole la llegada de un antiguo amigo y leal servidor de S. A. Cristianísima.

—Que entre al momento, almirante Bonivet, dijo el rey placentero, y continuó: vaya si tenia yo ya deseos de ver al buen navarro!... pero viene él solo? y su compañero el apuesto?...

— Señor, replicó el gentil-hombre, viene con una dama de la mayor belleza y...

—Que viene con una hermosa dama? Que entre, que entre mi buen amigo... Qué apostamos á que nos trae una baronesa de ojos azules y morena tez? dijo para sí el rey, teniendo apenas tiempo de componer su semblante, y de levantarse de su sillón para recibir á la dama con toda la galanteria de un noble francés y tender los brazos á su anciano amigo...

— Bien venido, baron, y mejor á esta corte de Francia, siempre que tengais el acierto de venir en tan grata compañía!... Señora, tomad asiento, que de tal honra sois digna, á juzgar por vuestra hermosura y tambien por la distincion de vuestro porte.

— Con vuestro permiso, mi rey y señor, la persona que tiene la honra de...

— Besar mi mano... dijo el rey alargando graciosamente su diestra á la dama, que la llevó con respeto al labio.

— Por la vez primera es la hermosa doña Estrella de Ulloa, ilustre duquesa de San-Rafael.

— Señor, humilde servidora de V. A.

— Que me place! dijo el rey, fijando los ojos en el baron de la Roche-Vermeille, y como esperando el fin de una frase...

El baron comprendió aquella mirada, y por eso replicó:

— Señor, vengo escudereando á esta noble dama desde Barcelona, garantido en mi edad...

— Y en vuestra hidalguía, baron amigo: concluyó Estrella, que tambien comprendió la mirada del rey.

La conversacion se sostuvo desde el principio en mal castellano, por galantería hácia la duquesa.

— Y mi buen amigo y leal vasallo Roberto Dupuy, cómo es que no os acompaña, baron?

El baron frunció el gesto, y la duquesa se estremeció.

El rey lo notó con su natural perspicacia, y con su no menor bondad les preguntó:

— Le ha ocurrido alguna desgracia, señores?

— Señor, ha muerto! respondió con acento conmovido el baron.

— Cobardemente asesinado! añadió al punto la duquesa.

— Cómo asi! un embajador francés... ó navarro, protegido enteramente por las lises, asesinado en territorio extranjero... eso es un insulto al pabellon blanco que no puedo consentir, mucho mas estando en tan buena armonía con el jóven monarca español.

— Se propuso, señor, el desgraciado Dupuy traer os una firma en blanco del hijo de doña Juana de Castilla para que pudieseis presentarla como una renuncia en la corte imperial, en la Dieta de Francfort, si como es posible y aun

probable aspirais al Imperio, señor: dijo con marcada intencion el buen la Roche-Vermeille.

— Baron, habeis acertado en la mitad, puesto que deseo oponerme al Imperio, pero no en la otra mitad, porque yo no haré nunca una superchería... indigna de un francés y de un rey. Ya le he enviado á decir á Carlos que en este asunto *debemos conducirnos con las mismas consideraciones que dos caballeros vecinos y amigos, que desean adquirir á fuerza de afecto y finezas el amor de una dama.*

— Eso, señor, repuso la Roche-Vermeille, es muy noble y sobre todo está dicho con la mayor poesia del mundo; pero el negocio es demasiado grave para andarse con esas delicadezas, y si continuais pensando asi, os aseguro que os quedareis sin el Imperio; Carlos es muy sagaz, y para lograr su intento creo que sacrificará la amistad de V. A. y la de Enrique VIII si es menester... á no dudarlo; Carlos es el mas ambicioso de los tres monarcas de Europa que pueden aspirar al trono imperial.

— Yo lo fio! dijo entonces la duquesa con decision y continuó: y lo que es mas, con tal de conseguir su objeto, creo que no repararia en medios algo mas violentos. Carlos es hombre capaz de hacer cegar un rio por frente de su caballo, con tal de no subir ó bajar dos pasos de la margen para encontrar el puente ó el vado; Carlos es capaz de hacer declarar la completa locura de su madre con tal de reinar en España, y mas capaz todavia de aprovecharse de una circunstancia como esta por obtener el Imperio. La ambicion y la gloria son para él los únicos polos de su vida, y á ellos lo sacrificará todo si es menester. Acordaos sino de lo facilmente que se comprometió antes de llegar á España para permitir á los franceses que ayudasen á Enrique de Albret á reconquistar la Navarra, lo cual ratificó á la muerte de su abuelo Fernando V. Preguntádselo á ese ejército de franceses que formó Andrés de Foix, señor de Lesparre, hermano de Lautrech, pariente de Enrique; preguntádselo á la Regencia de España, que tuvo que arrancar de nuevo la

Navarra á esos valientes, quienes á pesar del tiempo transcurrido, solo han escuchado de sus labios palabras evasivas; preguntádselo al baron, y os dirá como yo lo inútil de sus gestiones en Zaragoza y Barcelona en nombre del buen Enrique de Albret.

El amante de Francisca de Foix, condesa de Chateaubriand, estaba encantado de oír á la hermosa duquesa de San-Rafael explicarse de manera tan discreta, y no alcanzaba por qué el buen austriaco Carlos se permitía tener por enemiga á una muger tan adorable bajo todos conceptos.

— Pues es el caso, mi rey y señor, que yo tengo el grave compromiso, añadió el baron, de que V. A. comprará esa firma...

— Perdonad! opuso la duquesa. La firma es mia, y yo no la vendo. He dado por ella, señor baron, una sortija que valia mas que esa firma, al menos para mí...

— Cómo es eso? dijo el rey vivamente.

— Nada mas sencillo, señor, continuó la duquesa. Con el anillo, regalo que me hizo un día el rey Carlos, podia yo pedirle cualquier gracia bajo la garantía de su real palabra; pero con esa firma yo solo podia reclamar una cantidad de que por fortuna no necesito, antes por el contrario estoy dispuesta á ofrecerlas inmensas á los electores alemanes, á la corte de Leon X, ó al mismo Enrique VIII.

— Pues qué empeño teneis, señora, en desprenderos de vuestros tesoros? dijo el rey francés.

— Tengo el empeño que puede obligar á una muger á abandonar á mi edad su hogar y patria: la satisfaccion de una venganza.

— No os comprendo, señora.

— Ya lo comprenderá V. A. en otra ocasion. Hoy básteos saber que Carlos de Austria pretende el Imperio á toda costa, que si lo logra será el monarca mas poderoso de la cristiandad, y que para ello va á llamar la atencion de Selim en el Mediterráneo con una escuadra bajo la conducta del acreditado marino don Hugo de Moncada, mientras em-

pleará con los siete electores todos los medios imaginables para realizar su ambicioso proyecto. Los principales flamencos de su corte se hallan empeñados en la empresa, y no debeis olvidar, señor, que los flamencos son astutos como vuestros marselleses. Carlos se ha propuesto realizar el mote que tiene el Austria, *reinar sobre todo el mundo*, y solo vos podeis oponer un dique fuerte á esa ambicion.

— Siento, señora, que vuestro sexo no me permita ofrecer el título de ministro universal con que de mil amores os brindaría, y que, á lo que entiendo, habia de dar mucho que hacer al flamenco Gesvres.

— Gesvres, señor, repuso sonrojada ligeramente Estrella, es completamente ageno á esos recientes proyectos del hijo de Felipe, *el Hermoso*; él solo piensa en esquilmar á los pueblos trasladando el oro español á Flandes... sus talentos no alcanzan á secundar el proyecto de Carlos.

— A quien vos odiais; no es cierto, duquesa?

— Quiero darle una leccion tan solamente, señor; pero no le odio: repuso friamente la duquesa.

— Y si yo me opongo al Imperio, podré contar con vos, señora?

— Decididamente: ese es el objeto de presentarme á V. A.

— En guerra leal teneis mis poderes, añadió Francisco de Valois.

— No comprendo la lealtad, señor, mas que con las armas en la mano. En intrigas de corte no hay mas que...

— Traicion! No es eso lo que quereis decir, duquesa?

— Ingenio, sagacidad, es como se llama por los hombres de Estado, príncipe. La alta razon de estado todo lo justifica: añadió Estrella.

— Y cómo pretendéis combatir á Carlos?

— Provocando la lucha entre V. A., Enrique VIII y Leon X.

— No os comprendo, señora.

— V. A. se chancea. Si Enrique VIII se presenta como competidor vuestro y del rey de España, la eleccion de

Carlos se hará mas dudosa, y eso no es difícil si nos apoya el Papa.

— Pero qué interés tiene el Pontífice en que salga electo uno ú otro de los monarcas?

— Señor, la corte de Roma solo se mueve por interés, y en esta cuestión es menester sacrificar mucho oro.

— Yo estoy dispuesto, duquesa.

— V. A. comprenderá que Leon X naturalmente debe preferir al monarca que tenga estados vecinos á Selim, para que le oponga una barrera á sus escursiones y pueda amenazarle por tierra, si él intentase invadir por mar los Estados Pontificios: esa neutralidad forzosa en que se colocaria á Selim, es la garantía de tranquilidad para Leon X.

— Efectivamente! dijo el rey.

— Pues por lo mismo, repuso Estrella, es menester desplegar grandes recursos para decidir en vuestro favor al Pontífice, siendo Carlos el que tiene aquella ventaja sobre vos.

— Empresa difícil es, señora.

— Señor, esa cuestión como todas es de tiempo, habiendo dinero disponible, y vuestro tesoro está bien provisto.

— Ahora lo que hace falta es una persona que pueda entenderse con Leon X, pues hoy verdaderamente yo no soy el monarca de su predilección, porque no he querido enviar obispos franceses al Concilio de Letran; por eso Leon X, Dios se lo perdone, me presenta á la Europa como enemigo declarado de la Santa Sede, y como herege, especialmente desde que subí los Alpes con dos mil quinientas lanzas, cuarenta mil infantes y una poca artillería que tuve el gusto de hacer pasar por el desfiladero endemoniado de Roque-Sparviere, gracias al aviso de mi fiel Tribulce, y bien á despecho del pobre Próspero Colona, el general de los confederados á quien sorprendí en Villafranca...

— Allí, señor, interrumpió ardientemente el baron, perdimos mas de cuatro mil hombres, el condestable de Borbon, que mandó la batalla, lloró la pérdida del duque de

Chatellerault, su hermano, y la Tremouille la de su valeroso hijo el príncipe de Talamont, y por poco parece también en la acción el conde de Guisa, gracias á la lealtad de su escudero, que le protegió con su escudo hasta que exhaló el último suspiro: sin embargo, mas de veinte heridas recibió el valiente conde, y ya por muerto en el campo, un escocés le pudo volver á la vida á fuerza de tiempo y cuidados. Desde entonces, señor, sois grande y héroe: el vencedor de Mariñan no debe tener competidores dignamente al Imperio de Alemania.

— Gracias! amigo La Roche, gracias: efectivamente estoy orgulloso con aquella acción.

— Preguntádselo al mariscal Tribulce, que habiéndose antes hallado en diecisiete batallas, aseguraba que esa había sido de gigantes, y las otras juegos de niños... bien me acuerdo, señor; esta herida la recibí allí; dijo el baron, señalando una cicatriz que tenía en el rostro.

— Señor, yo misma pienso ver á Leon X: interrumpió la duquesa.

— Apruebo vuestra determinación, y para ello contad con el rey de Francia, duquesa.

— Gracias, señor! no necesito mas que vuestra palabra de que os opondeis al Imperio.

— Desde este instante la teneis, y con ella mi singular predilección.

— Que me honra, señor, y con la que me envaneceré: repuso Estrella.

— Cuándo pensais marchar, señora?

— En el momento... cuanto antes. Tendré el honor de veros á mi regreso, si de ello hay necesidad.

— Supongo que Carlos ignorará vuestra actual residencia, duquesa?

— De todo punto, y debe ignorarla completamente.

— Nos volveremos á ver, linda duquesa?

— Acaso, señor, si nuestro proyecto no me llama antes á otro punto algo distante de las márgenes del Sena.

— Francisco de Valois es vuestro amigo, doña Estrella.

El rey le tendió la mano, que ella volvió á besar, saludó cortesmente y en union del baron de la Roche-Vermeille, salió de la estancia real.

El rey la acompañó hasta la puerta.





CAPÍTULO XXXII.



ERARDO DE LA MARCK.



De los asistentes á la reunion de casa del venerable cardenal de Gurck, no fue ciertamente el obispo y principe de Lieja el que menos vuelo diera á su imaginacion y ambiciosos proyectos: él, como todo hombre de elevada inteligencia, se conocia y se comparaba, y en honor de la verdad debemos decir que se hacia justicia á secas cuando se creia digno de llevar la púrpura cardenalicia; y cuenta que

el Cónclave es la única reunion de personas importantes, acaso en el mundo, que no se haya rebajado un punto, á pesar del número tan vario de que ha conestado en épocas distintas, por la ciencia y mérito de sus individuos. La representacion de ese cuerpo aristocrático, que es el gobierno de la Iglesia, presidido por el gefe visible de ella, nacido de la eleccion del Cónclave, y gobernando con la forma republicana; esa institucion, ese parlamento eclesiástico no ha desmerecido nunca del alto objeto que se propuso el fundador al querer que representase el divino apostolado, ni sus sesiones, como secretas, han causado los escándalos que con dolor hemos presenciado en las cámaras de nuestros gobiernos representativos, con mengua de las mismas instituciones. Y sin embargo, hombres son los que componen el Cónclave, y de consiguiente con sus miserias y pasiones siempre.

La ambicion de Erardo era justificada: siendo obispo, aspiraba á ponerse el capelo y nada mas, porque los límites de la ambicion en muchos hombres de verdadero mérito llegan hasta el grado gerárquico inmediato al que se ocupa ya en la sociedad, y esa es la manera de lograr de escalon en escalon el salvarlos todos y colocarse al fin en la cumbre de las aspiraciones humanas. Por eso, Erardo de la Marek, ya cardenal, era probable que al punto mismo de colocar sobre sus hombros la esclavina encarnada, pensaria en sentarse al compas de los cañonazos de Sant-Angelo en la silla pontificia, despues de repartir sus bendiciones al pueblo de Roma desde el balcon del Vaticano.

Praga, capital del reino de Bohemia, ha sido siempre una plaza fuerte y ciudad muy importante, situada al oriente del territorio de que es cabeza, y sobre las aguas del Moldaw. Aquella hermosa y antigua ciudad tiene la singular circunstancia hoy de ser triple, ó sea constar de tres partes, que se llaman con razon la vieja, la nueva y la pequeña Praga.

En el siglo XVI, y en la época de los acontecimientos

referidos en este libro, no habia mas que una parte, la conocida actualmente con el nombre de *la vieja*; y de consiguiente no existia entonces el hermoso puente que une á esas partes entre sí, formando en el dia con sus dieciocho arcos y sus hermosas estátuas un adorno del mejor gusto para la ciudad, y rindiendo al par un homenaje de consideracion al Moldaw que baña sus casas.

Las veinte leguas y pico que hay desde Francfort á Praga las recorrió muy pronto el príncipe de Lieja, sin que sea digno de atencion nada de lo que le sucedió hasta que empezó á preparar el camino á sus pretensiones diplomáticas.

La verdad es que convenia ganar de mano á cualquiera que tuviese la misma idea, lo cual era mas que probable que sucediese; así que, apenas llegado Erardo á Praga, residencia de Luis, rey de Bohemia y elector del Imperio, cuando temia antes de lograr ponerse de acuerdo con aquel, encontrarse en medio de su camino con un embajador de familia de Francisco I, con algun noble breton representando á Enrique VIII de Inglaterra, ó acaso con algun agente de Leon X, para ver de desorientarlos á todos.

Los demas pretendientes que pudiese haber al Imperio no merecian del príncipe gran consideracion, ni mucho menos recelo.

Por fortuna para el obispo, él llegó á buena ocasion, porque nadie le habia precedido, y de consiguiente podia obrar con entera libertad, sabiendo, como sabria pronto, que Luis no tenia aun comprometida su real palabra.

Erardo de la Marck empezó á frecuentar la corte, como un prelado que viajaba tomando apuntes sobre la historia particular de aquellos paises, para escribir la eclesiástica de todos los estados del norte; cosa entonces verosímil como nunca, á causa de las cuestiones con que se estaba combatiendo á la Iglesia.

La importancia del obispo le hizo muy pronto llegar has-



ta el soberano, y entablar relaciones amistosas con el mismo, quien le distinguia mucho. Luis de Bohemia le recibia frecuentemente en su cámara de noche y á solas.

Una de aquellas estaba el rey leyendo algunos escritos de Lutero, que andaban entonces en manos de todos, y entró el obispo.

Este conoció que el rey se hallaba en buena disposicion para escucharle, y resolvió hacerle saber el verdadero objeto de su permanencia en Bohemia; despues de tocar en la conversacion algunos puntos indiferentes, Erardo dijo al rey:

— Señor, hace dos meses que murió Maximiliano, emperador de Alemania, y aun no se asegura quiénes son los opositores á la sede imperial vacante. Vos, señor, pensais esta vez escanciar el vino en la ceremonia como *copero mayor*, ó creeis mas bien que os lo escanciarán, aunque haya que dar otro rey á los bohemios?

— No es tanta mi importancia en la Europa y entre los príncipes reinantes, para que pueda yo aspirar á colocar sobre mis sienes la gran corona del Imperio aleman. Eso lo podrán intentar otros monarcas mas poderosos.

— Señor, si V. A. se empeñase, acaso...

— No hay que pensar en ello, señor obispo. Mas perdonad; segun creo estais sirviendo á la Iglesia española?...

— Ciertamente, señor.

— Entonces quién mejor que Carlos de Austria podria oponerse al Imperio?

— Lo decís en verdad, príncipe?

— Me parece que esa idea debe haberos ocurrido antes de ahora, buen obispo de Lieja. Sabeis cómo piensa el rey?

— Ese Imperio halaga su ambicion grandemente, y luego él es nieto del último emperador...

— No olvideis, señor obispo, que nunca fue considerado mas que como emperador electo, porque no llegó á ser coronado por el Papa, ceremonia indispensable para regir

el Imperio y mucho mas para transmitirlo á su descendiente con la aprobacion de la Dieta, que en ese caso no hubiera hecho la eleccion mas que por fórmula. No olvidéis tampoco que Maximiliano fue solo reconocido por las Cancillerias de Italia y Alemania como *rey de romanos* simplemente, tal es el respeto que nos merece á los alemanes la *bula de oro*, que no se ha infringido mas que con el mismo Maximiliano desde que en 1356 se promulgó en la Dieta de Nuremberg, para arreglar de una manera clara y permanente la eleccion imperial.

— Cosa, señor, que honra mucho al ilustre emperador de Occidente Carlos IV, quien tuvo habilidad bastante para que le quitasen la corona á Luis de Baviera y para deshacerse por medio de una bebida de su temible rival Gunter de Schwarzbouurg; derramando despues á manos llenas el oro y repartiendo pródigamente las dignidades del Imperio para afianzar su autoridad; hasta que se partió por último á Italia, donde se hizo coronar, despues de tener la osadía de vender todos los derechos al Imperio y regalar á los marineros del Adriático las hermosas ciudades de Verona y Pádua...

— Teneis muy presente, mi buen amigo la Marek, nuestra historia de Alemania, y sobre todo lo concerniente á Carlos de Luxemburgo...

— No lo estrañará V. A. si recuerda que soy tambien aleman de origen. Y no temeis, señor, que el buen duque actual de Sajonia piense en imitar en cierta manera á Carlos de Luxemburgo, que nombró á Galeas Visconti *vicario perpetuo* del Imperio, con la sola modificacion de nombrarse ó hacerse nombrar á sí propio?

— Mucha influencia tiene, amigo Erardo, en la Dieta, pero al fin y al cabo es hombre que, aunque muy sagaz y de grande ingenio, no puede sostenerse en el Imperio hoy, atendido el estado de los negocios públicos de la Europa. Ni Carlos de Austria, ni Francisco de Valois, ni el mismo Joaquin de Brandeburgo, podrian ver sin celos el

manto de escarlata en los hombros de Federico el Sajon: este vale poco para tan poderosos enemigos.

— Soy de vuestro parecer, señor; completamente del mismo. Es pues menester pensar en un digno sucesor del trono de Carlomagno. Yo me atreveria á indicaros...

— Uno? decid cuál, obispo de Lieja.

— No, monarca y elector. Me atreveria á presentar á vuestra consideracion los inconvenientes que otros, que todos los demas reyes de Europa tienen en sí propios, para poder ni aun disputar la eleccion.

— Los conozco muy bien, buen Erardo, los conozco.

— Y podré sin ser indiscreto, señor, preguntaros por quién opinais?

— Es menester dejar que se presenten los aspirantes: hasta ahora solo he oido hablar vagamente de Carlos de Austria y de Francisco de Valois. Sospecho que ha de entrar por mucho en la victoria el oro esparcido previamente entre...

— Entiendo, señor, entiendo.

— A Federico el prudente se le impondrá algun temor, y en la lucha no sabrá por quién optar; el desairado será siempre un rival peligroso para un gefe de un pequeño estado. Qué quereis, pues, que hagan los buenos arzobispos de Maguncia, Tréveris y Colonia, sino lo que la Santa Sede les indique? Vos lo comprendereis eso mejor que nadie, príncipe de Lieja.

— Me parece que puede alguno rebelarse contra la autoridad pontificia. El de Tréveris está de hecho por Francisco I, al cual hoy no quiere el Papa.

— Y qué creéis que el marques de Brandeburgo, Joaquin I, hará mas que lo que le imponga el mismo Federico el Sajon, de quien necesita constantemente dinero y lanzas contra los enemigos de sus fronteras? Qué ha de hacer Luis, el conde Palatino del Rhin, mas que lo que la mayoría electoral acuerde?

— A esos se les reduce por medios persuasivos, señor.

— Acaso hayais llegado tarde, obispo La Marek.

— Y vos, señor, por quién os decidís?

— Allá veremos: hay todavía mucho tiempo hasta la elección, y es cosa de pensarlo muy bien.

— Sin embargo, señor, yo creo que ya habreis pensado, para cuando llegue el caso, que os conviene Carlos mejor que otro alguno como emperador, porque al fin las consideraciones de naturaleza son muy atendibles, y Carlos ha nacido en Gante; las de dinastía no lo son menos, y Carlos es el nieto del último emperador; las de poseer territorios en los dominios alemanes le da una gran autoridad y es al mismo tiempo una garantía, una defensa para los principes cristianos contra los ataques ó invasiones que pudiese intentar Selim I, al cual sonríe admirablemente la fortuna en sus campañas. Repito, rey de Bohemia...

— Yo tengo graves consideraciones que guardar tambien, y acaso sea el elector menos independiente de todos...

— Vos podriais contar con la amistad constante de Carlos de Austria y...

— Decid, señor obispo, contais ya con el voto de algun otro elector? Algunos, por ejemplo, el duque de Sajonia, necesitarán dinero para remediar ciertas sagradas obligaciones antiguas y...

— Señor, quereis decirme lo que haria un elector que se empeñase en sostener sus pretensiones con las armas?

— Os lo diré francamente: es cuando no sirven ni hacen daño las armas... cuando las pretensiones se presentan embozadamente...

— Perdonad, rey de Bohemia, el de España dice que pondrá en el círculo de Suavia un ejército de tropas...

— Cómo?

— Tened presente, rey y señor, que hay ocasiones en que la nulidad puesta en evidencia puede hacernos mucho daño: eso precisamente le pasará á muchos electores. Las nulidades apoyarán al fuerte mejor que al inteligente.

— Es verdad, obispo; sin embargo, el interes particular

es el verdadero móvil... Si supieseis que Selim lo tiene en que no se vote para el Imperio á Carlos... A mí me lo ha hecho entender, rogándome que no le favorezca con mi voto.

— Es muy posible, señor; ese jóven turco es ambicioso como un rey de Persia, y le hacen sombra los monarcas de Occidente. Por vuestra neutralidad qué os ofrece?

— Por de pronto su amistad...

— Y cuánto vale esa amistad?

— Su apoyo para ensanchar los límites de la Bohemia.

— Y recursos para la guerra?

— Príncipe de Lieja, me ofrece mantener quinientas lanzas durante seis meses.

— Y si no las necesita V. A. porque no quiere ser invasor?

— No he hablado de eso. Era cosa de averiguarlo.

— Para qué, señor? Yo os puedo asegurar el dinero para ese ejército, ó para pagar á Federico vuestra deuda de una manera satisfactoria. Cuento con grandes recursos de Carlos...

— Y si los tuviese ya recibidos con el mismo objeto de Selim I?

— Podriais devolvérselos. Fijad el guarismo, y es negocio concluido.

— Lo pensaré, Erardo de la Marck, porque me disgusta deber servicios á un enemigo de la fé.

— No esperaba yo menos de vuestra hidalguía.

— Os digo que hablaremos en otra ocasion de eso, y creed que quiero complacer á vuestro monarca sin comprometer gravemente la tranquilidad de mis estados.

El obispo no quedó descontento de esta primera gestion, y se prometia el triunfo.

Cuando salió de la cámara real el buen Erardo, quedó el rey de Bohemia muy pensativo, y unos momentos despues llamó á un gentil-hombre de su confianza y le dijo:

— Es menester que á todo escape vayais á Francfort y le digais al duque de Sajonia que el obispo Erardo de

la Marek, príncipe de Lieja, tiene encargo del rey de España de ofrecer fuertes sumas para comprar el voto del rey de Bohemia. Que hechas proposiciones por parte de Selim contra aquel, os diga qué resuelvo, pues estoy completamente á sus órdenes. Id, Gustavo, porque antes de volver á ver al obispo necesito conocer las intenciones del duque. Su consejo en este negocio decidirá mi conducta en favor, ó en contra de Carlos de Austria.

El mensajero partió al instante, y media hora despues atravesaba á escape las márgenes del Moldaw, con direccion de la imperial ciudad de Francfort.

El príncipe de Lieja entre tanto escribía presuroso al cardenal de Gurek estas cortas frases:

«He abordado la cuestion con Luis de Bohemia. Está bien dispuesto, aunque Selim le ha hecho ofertas para que guarde neutralidad por ahora y no vote al fin á Carlos. Luis debe una fuerte suma al duque de Sajonia, y yo le he ofrecido pagársela. A mi segunda entrevista será mio á no dudarlo; le he presentado la cuestion bajo el aspecto mas favorable. = Vuestro = Erardo.»

Al momento despachó La Marck su emisario tambien, y volaba una hora despues, como el del rey de Bohemia, por el camino que guiaba de Praga á la ciudad de Francfort.

En un mismo dia y casi á una misma hora dos personas recibieron dos distintos mensajes.

Federico, duque de Sajonia, al enviado del rey de Bohemia, y el cardenal de Gurek un pequeño pergaminó del obispo de Lieja.

Las negociaciones diplomáticas habian empezado, y presentaban un aspecto al parecer favorable, pero en realidad muy dudoso.

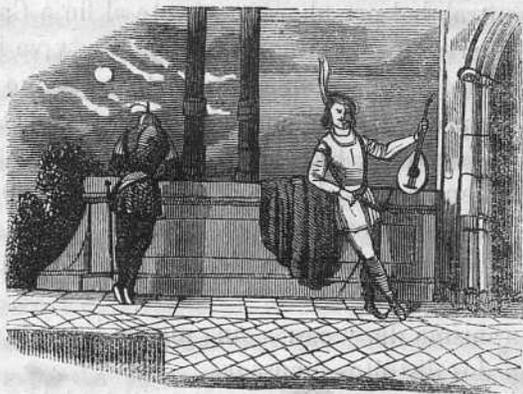
El duque de Sajonia contestó al enviado esta sola frase: *Que gane tiempo el rey de Bohemia.*

El cardenal de Gurek contestó en dos renglones lo siguiente: *Aprovechaos á toda costa de esa buena disposi-*

cion del ánimo de Luis. Ofreced mucho y halagad; sino basta, debeis intimidar.

Al dia siguiente de su llegada á Francfort, cada uno de los emisarios volvia con la contestacion, que recibieron impacientes lo mismo el rey de Bohemia que el habil obispo de Lieja.

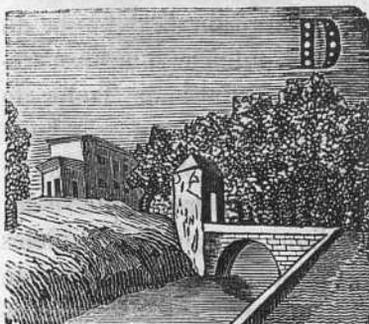
Con eso cada uno supo á lo que debia atenerse en lo sucesivo.





CAPÍTULO XXXIII.

LEON X.



ESPUES de la entrevista de Estrella con Francisco I, convenida aquella de que él se presentaba en competencia con Carlos, no creyó necesario el permanecer por mas tiempo en la corte de Francia, pues el tiempo volaba y se hacia preciso el ver al gefe de la cristiandad para conocer sus intenciones en aquel asunto, y obligarle con discrecion á que combatiese á Carlos, que era todo su empeño.

No habiendo querido Francisco I hacerse con el documento que obtuvo la Roche-Vermeille del judío Efrain, y habiendo ella dado en cambio al baron la sortija que fue negociada, claro es que ella lo guardaba para sus fines ulteriores.

Estrella, dotada de una fuerza de voluntad y de una actividad pasmosas, se hallaba ya en Roma acompañada de su fiel Margarita y del jóven Nuño, pensando en los medios de llegar hasta el célebre Leon X.

Hallábase á la sazón ese vástago de los Médicis gobernando á la Iglesia desde el 11 de marzo de 1513, en que fue electo á la edad de treinta y siete años, cosa singularísima.

Leon X, uno de los hombres de mas talento de su época, y sin duda el primero á no haber sido contemporáneo de Carlos I, nuestro rey, estaba llenando al orbe de admiracion por sus grandes talentos y por la brillantez de los mismos. Severo en su vida privada, ni su adversario Lutero tuvo el menor pretesto para echarle en cara una falta. Aquel florentino amaba la ciencia y el verdadero mérito donde quiera que se hallasen, y se envanecía con dar vuelo y proteccion al que con buenas disposiciones necesitaba su apoyo. Fue aquel un pontificado brillante al mismo tiempo que tuvo que ser valiente, por cuanto allí nació la protesta inglesa con la conducta liviana de su rey.

Leon X concedió á Enrique VIII el titulo de defensor de la fé, porque se habia ocupado en publicar un libro refutando á aquel heresiarca. Luego pensó el buen Tudor de muy distinta manera como sabe todo el mundo.

Cuando llegó á Roma Estrella se habia ya empezado la cuestion religiosa de la Basilica sobre la inversion que se daba por los administradores á las limosnas con que los fieles contribuían para dicha obra á cambio de indulgencias, de las cuales se abusó escandalosamente; empezó á encenderse el espíritu de oposicion contra la Iglesia, y ahí tuvo su origen la segregacion ó emancipacion de la Inglaterra de la corte de Roma, negándose por aquella la primacia del

Papa sobre toda la cristiandad, y declarando que solo le reconoceria en lo sucesivo como obispo de Roma. Los ánimos andaban revueltos y preocupados, y sin embargo Leon X en medio de aquel fuego que amenazaba devorar hasta la silla de San Pedro, se propuso conciliar los ánimos de todos los reyes cristianos, coligándoles contra el turco Selim, su natural y poderoso enemigo.

Estrella se enteró muy pronto de la situacion política ó mejor social del príncipe cabeza visible de la Iglesia; y comprendió que podria obrar con algun éxito, sabiendo aprovechar las cuestiones que entonces preocupaban á todo el mundo.

Hé aqui cómo se condujo.

Estrella no podia presentarse al Pontífice con su nombre y titulo, porque precisamente tenia gran cuidado en ocultarlos para que no llegase Carlos á averiguar su paradero.

Esto supuesto, se comprenderá muy bien que tanto ella como Margarita vestian de la única manera propia para burlar la vigilancia de los curiosos.

Leon X en medio de su pompa y esplendor era uno de los pontífices mas accesibles para todo el pueblo de Roma, y mas aun para los extranjeros: Estrella lo conoció asi muy pronto.

La familia española de Ulloa tenia relaciones de parentesco con las italianas de Este y Médicis, lo que sabia perfectamente Estrella; valida de lo cual quiso presentarse á Su Santidad lo mas pronto posible.

Previas las ceremonias de estilo, la duquesa de San-Rafael pudo ver al Pontífice al tercer día de encontrarse en Roma.

Ella iba con el traje de hombre que habia adoptado desde su salida de Valladolid, y que solo abandonó para ver á Francisco I, porque la acompañaba una persona tan respetable como el baron de la Roche-Vermeille.

Margarita y Nuño la acompañaron tambien, en traje

de mancebo aquella, y quedándose en las primeras piezas del palacio, mientras su ama era conducida por un oficial hasta la cámara pontificia en donde se hallaba Su Santidad.

Al entrar la duquesa, y despues de besar la cruz bordada de las sandalias del Santo Padre, este con ademan cariñoso le dijo que se acercara y que tomase asiento.

Las personas que el ceremonial ó la benevolencia de Leon X tenia junto á su persona, abandonaron la estancia desde el momento en que aquel con una mirada les significó que tenia que oír á solas á Estrella.

— Sentaos, conde de Ricote: le dijo Leon en español á su interlocutora, pues bajo ese titulo quiso esta ser presentada para ocultar su nombre.

Estrella obedeció, y cuando se hallaron solos, agradeció al padre de los fieles su delicada atencion de no haber olvidado que ella guardaba el incógnito.

— De dónde venis, duquesa, hija mia?

— De Francia; tuve necesidad de ver á Francisco I y he quedado encantada de ver la galantería y esquisita finura de la corte francesa y en especial del rey.

— Asi fuera mejor cristiano, menos afecto á las doctrinas luteranas... yo le queria mucho antes.

— Y hoy por qué no, padre mio? dijo Estrella.

— Porque está haciendo mucho daño á la cristiandad con tolerar en sus estados la propagacion de la heregia de ese mal fraile Martin Lutero, jóven fogoso y que para hacerse célebre ha escogido un camino de perdicion.

— Siento mucho, Padre Santo, que no esteis en mejor armonia con Francisco de Valois; pero cómo ha de ser, señor! De ello se alegrará mucho Carlos I de Austria.

— Y cómo está mi amado hijo en Cristo, el nieto de los Reyes Católicos? Creo que prepara una escuadra contra Selim, y esa es una gran obra, piadosa y muy acepta á los ojos de Dios.

— No es cosa decidida todavía, Venerable Padre, y acaso

piense en ello mas seriamente ese Francisco de Valois, de quien no estais tan satisfecho.

— Esplicaos : no es cierto que don Hugo de Moncada, el célebre marino español, va á mandar una escuadra contra los turcos?

— Acaso bajo ese pretesto se esconda otra idea, la de apoderarse de algun punto del Mediterráneo que hoy pertenece á Vuestra Santidad. No conoceis la ambicion del jóven príncipe, y tampoco teneis presente, Beatísimo Padre, que se ha educado en Alemania y en los Países-Bajos; de consiguiente que acaso apruebe mucho mas que Francisco I la doctrina de Martin Lutero.

— El nieto de los Reyes Católicos, duquesa!

— Recordad que tambien lo es de Maximiliano, y este como buen aleman no estaba alarmado con la reforma que predica el fraile Lutero. Todos los flamencos y alemanes que vinieron con el rey Carlos á España son mas luteranos que otra cosa. Os ha ofrecido algo el hijo de doña Juana para la obra de la Basilica, que desde Julio II hasta el dia está preocupando el ánimo de dos Pontífices? Pues Francisco I os ofrece lo que querais para continuar el grandioso templo, reproduccion del antiguo de Salomon. Hasta su conclusion podeis pedir lo que gusteis; desde luego se os ofrecen cuatro libras diarias de plata, y el primer dia si aceptais su donativo os adelantará un trimestre, y por via de adeala os regalará otro.

— Y qué desea mi muy amado hijo en Cristo en premio á tanta generosidad, hija mia y buena duquesa?

— Señor, tiene confianza en que apoyareis sus pretensiones al Imperio, avisando de ello á los tres electores, arzobispos de Tréveris, Maguncia y Colonia, á fin de que...

— Entiendo, entiendo, hija mia, pero yo preferiria para ello á Enrique VIII.

— Cómo, Beatísimo Padre, por ventura el inglés...

— Ha escrito en contra de ese agustino heresiarca, y por ello le he concedido el título de defensor de la santa fé. Ya

veis, querida duquesa, que eso debe pesar mucho en la balanza de un gefe de la cristiandad que quiere proteger la propagacion de la fé.

— Yo os aseguro, Santísimo Padre, que tanto Francisco I como Enrique VIII son dos jóvenes monarcas dignos del Imperio; lo mismo podria decir de Carlos I, pero los españoles, una vez elegido emperador, no podrian ver con gusto que les abandonase por la Alemania, y eso es muy grave: probablemente Carlos no sabria optar entre el Imperio y el reino de España, y acaso concluirian los alemanes ó los españoles por quitarle una de las dos coronas. Eso produciria necesariamente una guerra entre dos naciones poderosas, y Vuestra Santidad no podrá consentir en ser causa ni remotamente de tamaños disturbios entre pueblos cristianos.

— Pues quiero influir en el ánimo de los electores del Imperio, los arzobispos de quienes me hablabais poco há, pero será para que favorezcan á Enrique VIII. Esa es mi resolucion.

— Tened presente, señor, que Enrique no tiene ninguna condicion á propósito para el Imperio, como cualquiera de los otros dos monarcas... Vive separado, completamente aislado de la Europa; carece de medios para contener una invasion del turco, como pueden hacerlo el francés ó el español por mar, apoderándose del Mediterráneo y del archipiélago griego, y por tierra ocupando las fronteras alemanas por levante y medio dia; los puertos del Adriático son vuestros, Santo Padre, ó de los venecianos, y naturalmente estos por la proximidad preferirán á cualquiera de los dos reyes del continente; es decir, en ese caso los venecianos querrán ponerse del lado de Francisco por la proximidad del francés primero, y luego porque han recibido tantos perjuicios de la casa de Austria, que de hecho han de temer mucho hoy por la integridad de su territorio.

— Santo Dios de Israel! y qué lástima, buena duquesa, que no seais el verdadero conde de Ricote! Positivamente

os nombraba embajador de la Santa Sede, y creo que os recibiría bien el mismo Selim. Esto no obstante, mi resolución os la he comunicado ya; no puedo menos de presentar á Enrique Tudor como mi protegido. Él me lo agradecerá, y sino me lo agradecerá Dios que ve mis rectas intenciones.

— La verdad es, Beatísimo Padre, que vais á dividir la elección con tres opositores que ya hay presuntos, sin contar con los que puedan presentarse de entré los mismos electores.

— Hija mia, sea en buen hora; así Dios ilumine á los electores, como es mi deseo!

— Que Dios les ilumine! repuso Estrella muy satisfecha interiormente del resultado de su gestión.

Su verdadero interés estaba en que se presentase Enrique VIII en lucha con los otros dos monarcas, pues dividida la elección, era más fácil el triunfo del francés ó del inglés; lo cual era para ella de todo punto indiferente, con tal de que no saliese electo Carlos.

Conociendo la duquesa el carácter independiente y enérgico de Leon X, quiso presentarse recomendándole á Francisco I; porque sabía que de esa suerte iba á ponerse de parte de Enrique, en cuyo favor era también natural que estuviesen los arzobispos electores.

Si Estrella no podía manifestar esa intención al Pontífice, claro es que tenía que presentarse de parte del francés, porque entre Carlos y otro cualquiera no era dudosa la elección.

Ella tampoco escaseaba ofertas, que no dudaba se hubieran cumplido por parte del buen vástago de Valois, atendido su carácter y su deseo del Imperio.

Hasta entonces todo se le presentaba favorablemente, porque Carlos tenía evidentemente dos opositores, los dos más fuertes que se podían presentar, y sobre todo el abandono completo del Pontífice, que por gratitud quería favorecer decididamente á Enrique VIII.

Estrella hizo un gran donativo al Sumo Pontífice para la obra de la Basílica, y con algunas reliquias, bendiciones é indulgencias del Vicario de Jesucristo, se retiró aquel día del palacio pontificio, y á poco de Roma.

Soplaban buenos vientos á la sazón para volver á pasar el Mediterráneo, y los aprovechó inmediatamente embarcándose en una galera española, que la condujo á Génova sin detenerse mas que algun día para trasladarse á Lion, y desde allí llegar hasta París á fin de atravesar el canal de la Mancha.

Llegada á la capital de Francia, quiso volver á ver al rey para referirle su entrevista con el Santo Padre; mas antes hubo de prevenir al buen baron la Roche-Vermeille.

Al efecto comisionó para ello á Nuño, el cual en el mismo día que llegaron á París antes de oscurecer habia ya evacuado su encargo.

Nuño no llevaba orden para decir cosa alguna de la llegada de Estrella, sino que un antiguo amigo necesitaba verle aquella misma noche en su posada. Dejó el jóven las señas de la de su ama, y fuese á esperar las órdenes de la misma.

El buen baron, por cierto movimiento de intuición, comprendió que era Estrella la que enviaba aquel mensaje, y se alegró de ello porque tenia algo que comunicar á la jóven duquesa.

Juzgando el baron que acaso el rey tendria deseos de ver á la misma, le indicó que sospechaba que la duquesa hubiese vuelto de su expedición á Roma, por el mensaje que habia recibido, y ser un page que hablaba y vestía á la española el que lo habia llevado.

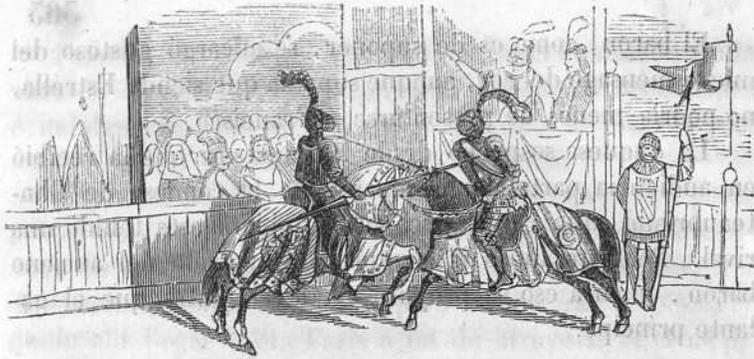
Francisco I tenia formada muy ventajosa idea de la belleza y talento de Estrella, y ademas le interesaba muchísimo el conocer el ánimo del Santo Padre en aquella importante cuestión, para desentenderse del aviso del baron.

Así pues le dió orden de que hiciese saber á la bella española, como él la llamaba, que Francisco de Valois deseaba verla y ofrecerle sus respetos.

El baron, como es de suponer, se encargó gustoso del nuevo mensaje del rey, aunque suponía que siendo Estrella, no podría menos de presentarse á Francisco.

La duquesa sospechó desde la única vez que la recibió en audiencia particular el amante de la condesa de Chateaubriand, que á muy poca costa hubiera esta tenido una rival. Por esto quiso ir siempre acompañada del anciano baron, y para eso se propuso ver á este antes que al galante príncipe.

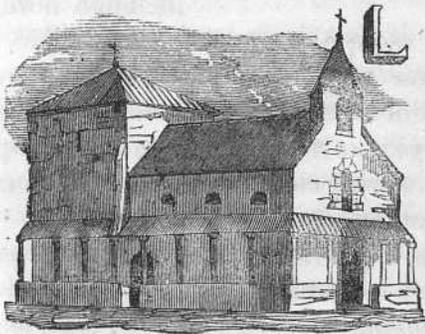




CAPÍTULO XXXIV.



NUEVAS DE ESPAÑA.

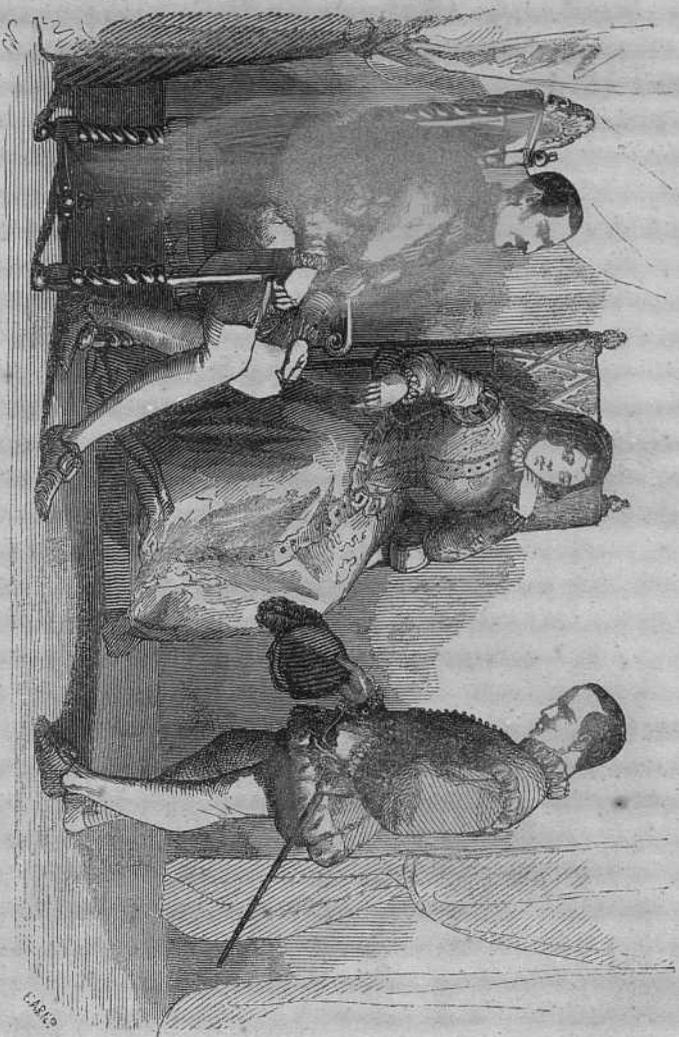


La duquesa, acompañada del baron, fue á ver á Francisco I, quien la recibió con la mayor cordialidad posible.

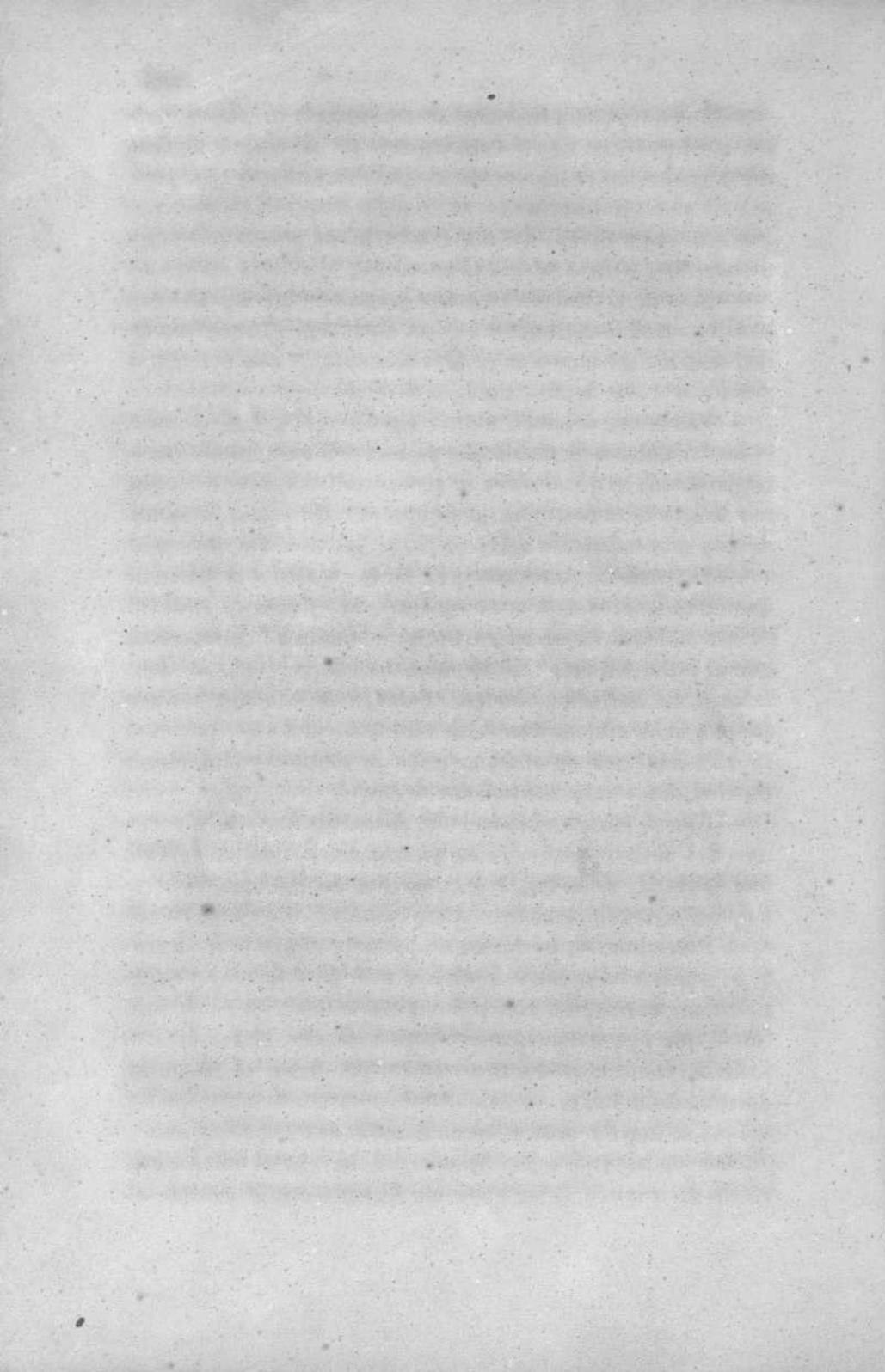
— Tenia muchos deseos de veros, duquesa, dijo el rey en presencia del baron, porque despues de vuestra partida

ha habido nuevas de España que os conciernen muy de cerca.

— Cuáles, señor? Me maravilla!



Siete Embajadores. — Lám. 11.



— Por qué, doña Estrella? En primer lugar el rey Carlos me avisa que una de las jóvenes de la antigua nobleza de España ha desaparecido de la Península, y se supone robada por un francés...

— Ah, señor, eso de poner en tela de juicio mi honra es horrible!

— Supónese también que vos y vuestro amante el buen baron, pues comprendéis que se alude á la Roche-Vermeille, sois los gefes de una conspiracion que tiene por objeto destronar á Carlos de Austria...

— Eso mas, señor?

— Añaden que el valiente Roberto Dupuy estaba en la negociacion, y quiso seducir al tesorero del rey Selvagio; por lo que fue muerto en la propia casa de este y á manos de sus domésticos.

— Es posible, gran principe, tanta maldad por parte de mis enemigos?

— Añade Carlos en su comunicacion oficial á mi persona que el judío Efrain, que también ha desaparecido de Barcelona, ha burlado al tesorero Selvagio llevándose con engaños y subterfugios una firma en blanco del rey; por cuya superchería merece el buen judío la horca, y el monarca español me lo reclama vivo ó muerto.

— Eso es inaudito, cuando V. A. puede muy bien reclamar del monarca español una satisfaccion por haber sido ultrajadas las lises en la persona del desgraciado Roberto Dupuy.

— Ciertamente, mi buena duquesa! y eso es precisamente lo que me he dignado contestar á S. A. Católica, y espero oír sus descargos. Entre tanto esa augusta persona pretende que os entregue con vuestro cómplice el baron á su justicia, como reos de alta traicion por haber sustraído un documento del rey.

— Eso mas? repuso Estrella asombrada.

— Y no es aun todo. Tampoco sabe Carlos el parade-ro de un capitan de su guardia, llamado don Fernando de

Acuña, que era portador de una carta y de unos tesoros para el rey, y se supone que estaba de acuerdo con vos, hermosa duquesa.

—Cómo? repuso esta.

—Porque me participa mi querido hermano Carlos que él sabia, porque lo presencié qué sé yo en qué punto, que ese capitán pertenecía á una conjuracion en que estabais vos tambien comprometida. Qué decis á eso, hermosa doña Estrella?

—Que Carlos tiene razon.

—Yo le he contestado á Carlos I que efectivamente tuve la satisfaccion de veros un momento en mi corte, pero que me noticiásteis vuestra próxima partida fuera del territorio francés.

—Gracias, señor.

—De esa suerte eludía el compromiso de tener que hacer que os acompañasen á España contra vuestra voluntad, y en cuanto al buen baron ya os he dicho la reconvenccion que he hecho al monarca español. Respecto á ese pobre diablo de judío, nada me he dignado contestar.

—Señor, habeis sido prudente y previsor.

Hay mas nuevas de España, príncipe augusto?

—No hay mas. Ahora desearia saber cuáles son las que me traeis de Roma. En qué sentido se halla el Padre Santo?

—Está completamente decidido contra vos y contra Carlos de Austria.

—A quién pues piensa proponer, ó en favor de quién quiere Leon X influir en la Dieta?

—Está muy agradecido á Enrique VIII.

—Y segun eso, el buen Médicis quiere convertir un negocio de Estado en una cuestion de gratitud?

—Tiene sus razones, señor.

—No las comprendo.

—Teme mucho en mi concepto el engrandecimiento de un Valois, tanto como el del austriaco.

— Pero no le habeis hecho comprender, duquesa, que le tiene mas cuenta que vista la púrpura imperial cualquiera de los dos mejor que el inglés, por cuanto tiene sus propios estados mas asegurados el Pontifice contra una invasion de ese belicoso Selim?

— Señor, yo he tratado de hacer que vea asi la cuestion; y en honor de la verdad el Padre Santo tiene mucho talento, y cuando no quiere dejarse convencer, será porque tenga razones muy poderosas.

— Acaso esté de acuerdo con los venecianos.

— Posible es, señor. De todas maneras si Enrique se presenta, la eleccion es mas facil, porque con menos votos hay suficientes.

— Sí, pero lo cierto es que los tres arzobispos votarán al inglés por la influencia de Leon X, y de entre los electores alguno ha de estar por Carlos.

— Señor, perdonad si insisto en que no decidiéndose el Vicario de Jesucristo en vuestro favor, á V. A. le conviene que se presente apoyando á otro cualquiera para contrarrestar la natural influencia en Alemania de un príncipe nacido en Gante, nieto ademas de Maximiliano.

— Duquesa, lo que me decis sino es grato completamente, al menos es algo consolador.

— Ganar tiempo es lo que importa, ilustre príncipe.

— Soy de la misma opinion, hermosa duquesa.

— Qué pensais hacer ahora, rey Francisco?

— Gestionar lo posible en Alemania, señora. Y vos qué vais á hacer?

— Cruzar el estrecho de Calais.

— Para qué?

— Es muy sencillo, príncipe; para hacer que Enrique VIII no vacile y se presente cuanto antes á disputar el Imperio con objeto de evitar asi el que los electores se comprometan por alguno de entre ellos mismos, y entonces con tanta division no haya eleccion posible y se perpetúe indefinidamente el interregno.

—Pensais bien, bella española. Necesitais del rey de Francia para vuestra última empresa? contad con él.

—Gracias, señor. Nada necesito. Espero vuestras órdenes en todo el día.

—Cuándo pensais partir, duquesa?

—Mañana si es posible, señor.

—El baron os tendrá preparada una galera que os llevará á ambos. Sé que os place su compañía.

—Sois muy galante, señor. Acepto.

—Juro no separarme de la duquesa, señor, hasta tanto que...

—Me traigais la nueva de que es mio el Imperio? Contad con un condado.

—O hasta que haya vengado á mi pobre camarada, Roberto Dupuy.

—Sois todo un caballero, baron de la Roche-Vermeille.

El rey dió á besar su mano á la duquesa y al baron, y al despedirse de ambos regaló un hermoso broche de diamantes á la de Ulloa, y le dijo:

—Tomad, señora, este recuerdo de Francisco I: lo tenia en mucha estima porque fue de mi augusta madre, Luisa de Saboya.

—Señor, os doy un millon de gracias, y os prometo no separarlo nunca de mi persona en justo y honroso recuerdo de la vuestra.

Estrella salió de la estancia real acompañada del baron su amigo ya, preocupada con lo que le acababa de oír al rey de Francia.

Cuando estuvieron en la calle le dijo el baron, señalándole una hermosa litera que habia en frente de la puerta del jardin por donde habian salido:

—Señora podeis subir en ella. El rey os lo ruega, y os advierto que ha tenido la galanteria de ofreceros una litera en la que no se halla pintado ningun escudo de armas, para que no se interprete de ninguna manera desfavorable á vuestra persona ese hecho tan sencillo.

—Agradezco su galantería, amigo baron: contestó la duquesa, y subió en la litera dando orden de que la llevarsen á su posada.

El baron la seguía á algunos pasos de distancia. Asi llegaron al cabo de un cuarto de hora á la casa de Estrella, en donde la esperaban Nuño y Margarita.

Luego que el baron hubo dejado á la duquesa en el último tramo de la escalera, se despidió manifestándole que iba á preparar la galera para el viaje, secundando los deseos del rey.

Ya en su habitacion la duquesa, llamó á su fiel Margarita, la cual le dijo que á poco de su salida habia en la casa una persona que la esperaba.

—Qué clase de persona es, Margarita? interrogó la duquesa.

—Un anciano, cuyas facciones creo recordar.

—No ha dicho quién es?

—Creo, señora, que acompañaba al señor baron cuando vinimos de España.

—Ya sé quién es... decidle que entre.

A poco entró en efecto un anciano, que saludó respetuosamente y á la manera oriental.

—Ah, buen Efrain! qué te trae por acá, y cómo has sabido que era esta mi morada?

—Señora, el ilustre baron de la Roche-Vermeille me lo ha participado hoy mismo, y me he apresurado á venir á veros y á ofreceros mis respetos.

—Gracias, Efrain. Sabes lo que se dice en España de nosotros?

—Lo sé, señora duquesa, lo sé. Ese bribon de Selvagio ha llenado al rey la cabeza de...

—Lo que ha pasado, Efrain: acaso no es todo lo que os concierne muy cierto?

—Hasta cierto punto, señora. Yo le dejé á Selvagio en prenda de la firma del rey Carlos una mia, que vale mucho entre mis compañeros de España y de toda Europa, y además un diamante...

— Falso, Efrain! Lo he sabido por el baron de la Roche-Vermeille, á quien se lo ha comunicado el rey Francisco I, segun noticias que ha recibido de Carlos de Austria.

— Señora, he hecho una jugada con un pícaro usurero, porque yo estaba seguro de que no le habia de faltar. Además, yo le di el dinero que me pedia para el rey y para él; qué pues mas quiere? Por qué ha hecho uso de lo que pasó entre nosotros? Cuando le di el dinero me devolvió mi firma y mi diamante falso, y me quedé con la firma del rey. Qué pues necesitaba mas? Despues ya sabeis que el documento de S. A. Católica salió de mi poder en cambio de un anillo que me dió el señor baron de la Roche-Vermeille. Ignorabais eso, señora duquesa?

— Todo lo sabia ya, judío. Y ahora, qué piensas hacer, Efrain?

— Vengo á devolveros vuestra sortija?

— Cómo? á cambio de la firma quizás? dijo Estrella sorprendida.

— Nada de eso, señora. La doy de balde; es decir, os ruego que la acepteis, hermosa y noble dama.

— No comprendo, Efrain...

— Ah, señora duquesa! no comprendeis tanta generosidad en un judío, no es cierto?...

Estrella se sonrojó y nada dijo.

El judío prosiguió.

— Señora, yo deseo que procureis realizar las esperanzas que el buen Efrain habia concebido, al oír de boca del señor baron las promesas que se le hicieron, si daba la firma del rey á cambio de la sortija. Vos, señora duquesa, con vuestro talento, con vuestra juventud y vuestra elevada gerarquía, acaso podreis hacer tanto bien á mis pobres compatriotas, como se prometia el señor baron. Vos debeis tener esa sortija, vos sola, para obligar al monarca á cumplir una palabra á vos sola empeñada. Probablemente si otra persona se le presentase con ella, no lograria mas que comprometerse imprudentemente. Vos, señora, sois jóven y bue-

na; yo soy anciano, y acaso la muerte venga á sorprenderme antes de que tuviese tiempo de hacer valer esa joya con el monarca español. No olvidéis, señora, que yo pude haberla negociado con Francisco I, y que lejos de eso renunció completamente á los cuatrocientos cincuenta mil escudos que he dado por ella.

— Pero eso es extraordinario, Efrain; se trata de una suma inmensa...

— Que yo no me habia de llevar al otro mundo, señora: ved, tengo ochenta y cinco años...

— Pero, hebreo, tendreis herederos...

— Ninguno forzoso; no tengo mas que un sobrino, al cual dejo rico con la revelacion de algun secreto de la ciencia que he adquirido á costa de mil afanes y constantes privaciones. Además, esa suma no era toda mia, sino la menor parte; lo mas eran depósitos de mis compañeros, á los cuales he escrito diciendo lo que he hecho, con la esperanza de que un dia logren la vuelta á los dominios españoles de nuestros pobres proscritos, mis hermanos.

— Ah! cuenta con que si puedo realizar tus deseos lo haré, Efrain.

— Lo creo, señora, y Dios os bendiga!

La duquesa se enterneció. Algunos momentos despues le dijo á Efrain:

— Mañana parto de Francia. A mi vuelta nos veremos, judío...

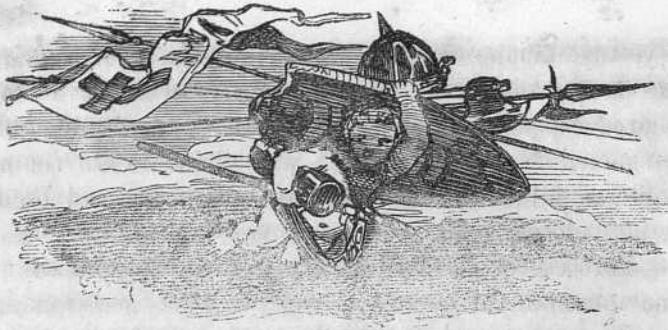
— Acaso ya no exista el pobre anciano! murmuró este y, besando la mano que le tendia la jóven, salió con trémulo paso de la estancia.

— El cielo os guarde! dijo al llegar al umbral de la puerta.

— Y á vos, buen anciano! contestó la duquesa.

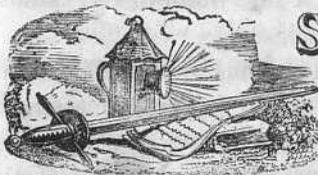
Esta llamó al punto á Nuño y le hizo que acompañara á Efrain hasta su casa.

El jóven obedeció.



CAPÍTULO XXXV.

GUILLERMO DE CROY.



SI algun hombre erró en la eleccion de estado fue Guillermo de Croy, sobrino de Gesvres, ministro de Carlos I, y jóven educado desde la infancia con el hijo de doña Juana *la Loca*; merced á esos titulos se encontró en Gante con la agradable sorpresa de haber sido nombrado nada menos que para la primer pieza eclesiástica de España, la silla primacial de Toledo; lo cual era efectivamente un gran escándalo, porque no tenia el mancebo ni aun la edad que prefijan los cánones para esa suprema in-

vestidura del sacerdocio, y ademas porque era una ofensa á todo el clero español, que quedaba postergado por un jóven imberbe y de costumbres nada arregladas.

En Gante desde su nombramiento le retuvieron en sus redes inmundas cortesanas, y alli tambien supo la nueva de la muerte del emperador Maximiliano de Austria, nueva que, como recordarán nuestros lectores, se apresuró á participar á su primo, el monarca español, como le llamaba este.

Tambien Guillermo de Croy fue en Gante á su vez sorprendido con el aviso de que se presentase en Francfort la noche del 12 de febrero; y conociendo desde aqueila ocasion su encargo, principió á realizarlo de la manera que estaba en su índole, esto es, con la mayor voluntad, pero con suma indecision para obrar, condicion distintiva de su carácter.

Sus gestiones tenian que dirigirse contra Joaquin I, marqués de Brandeburgo, y como tenia este su residencia y verdadera corte en Berlin, allá se trasladó nuestro arzobispo.

Guillermo era de claro ingenio y tan impresionable como débil al tratar de realizar sus resoluciones; todo por una lucha constante de su activa inteligencia con su habitual é invencible fluctuacion de ánimo, que secaba en germen sus mas fecundos deseos.

Asi pues, animado de los mejores en favor de Carlos, se trasladó á Berlin y empezó á ponerse en contacto con las damas mas notables de la corte, á las cuales era muy acepto por sus buenas dotes de inteligencia, por su juventud y hermosura fisica, y por su extraordinaria esplendidez.

Cierto que Leon X no habia aun aprobado aquel nombramiento de la silla arzobispal de Toledo, hecho por el jóven monarca español; pero en cambio el ministro tenia buen cuidado de remitirle todas sus rentas con una regularidad admirable, salvo un pequeño descuento que él hacia por via de remuneracion al servicio dispensado á su

amadísimo sobrino, y el cual descuento no pasaba de la mitad de las rentas. Con la otra mitad el joven Guillermo se podía portar, y en efecto se portaba, como un príncipe.

Era el arzobispo electo un hombre adorable para las mujeres, y muy distinguido entre los hombres.

Su llegada y permanencia en Berlin fueron doblemente comentadas, desde que el marqués de Brandeburgo se apresuró á admitirlo en su trato íntimo.

Un día se hallaba convidado Guillermo de Croy en palacio, y se encontraron por casualidad solos á mitad de comida el marqués de Brandeburgo y el bueno del primado de España.

El joven flamenco creyó oportuno hablar con su huésped del verdadero objeto de su estancia en Berlin, y provocó la cuestion de esta manera.

— Qué noticias hay concernientes á la vacante del Imperio, señor marqués?

— Hasta ahora solo me son conocidas las pretensiones de Carlos de Austria, vuestro monarca, y del francés Francisco de Valois.

— Y de los electores no hay ninguno que aspire á esa suprema investidura real?

— Monseñor, no puedo asegurarlo; aunque yo presumo que pueda presentarse alguno: comprendereis, mi buen amigo, quién puede ser ese...

— Sería por ventura, egregio marqués, el camarero mayor del Imperio?

— Me creéis por ventura tan ambicioso? Acaso no reconozca yo en los actuales electores ninguno dotado de las cualidades necesarias para ocupar el trono imperial... y creéis que pudiese yo llevar mi vanidad hasta el punto de...

— Perdonad, ilustre marqués; creo que de los cuatro electores legos sois, cuando menos, tan digno como otro cualquiera... La verdad es que no calculo yo hasta qué punto

sería conveniente á la tranquilidad de los mismos estados de los electores el que se presentase uno de ellos en competencia con los poderosos reyes de España y de Francia.

— Teneis razon; mas yo creo que si uno de los cuatro electores pretendiese el Imperio, sería indudablemente apoyado por los demas; la unidad alemana exige imperiosamente ese apoyo de los electores en favor del elegido, y en verdad que no me satisfacen las razones que he entendido alegan Carlos y Francisco. Y sabemos si se presentará algun otro pretendiente?

— Marqués de Brandeburgo, y sospechais cómo opinarán los electores arzobispos?

— Naturalmente la corte de Roma deberá ejercer una influencia extraordinaria sobre ellos. No veis que el gefe de la cristiandad si se decide, como es probable, en favor de algun pretendiente, tiene á su disposicion mucho oro y el capelo para esos arzobispos?

— Ciertamente. Y creéis que Leon X apoyará á alguno de esos dos reyes del Mediterráneo?

— Creo, monseñor, que el Pontifice rechazará abiertamente á Francisco por herege, y á Carlos porque los venecianos han de oponerse á él y hacer grandes esfuerzos con Leon X con tal de tenerlo de su parte y... los venecianos son muy ricos.

— Entiendo, marqués; los pescadores del Adriático suelen tener muchas perlas á disposicion del que los secunda en sus deseos, y el leon de San Marcos puede vomitar mucho oro para el nuevo templo, orgullo de los Médicis. Sin embargo, no son pobres Carlos ni Francisco I.

— Y estan esos principes resueltos á hacer algun sacrificio por obtener el manto de escarlata, jóven primado de Toledo?

— Supongo que Carlos sacrificará gustoso mucho oro, y que si eso no bastase...

— Qué, recurriria á las armas, quereis decir eso?

— Y sabeis, marqués, de lo que es capaz un jóven tan voluntarioso como Carlos, y tan decidido y ambicioso como él?

— La fuerza de nada podria servirle aqui... calculad que al ver una sola lanza todos los Círculos se pondrian sobre las armas...

— Y acaso, ilustre Brandeburgo, es imposible que eche mano de las mismas tropas alemanas para que en realidad esten á su disposicion? Podrian todos los electores presentar un pie de ejército por ventura como Carlos, si tuviese en ello gran empeño? Qué se haria en ese caso de la independencia de los electores?

— Me parece que violentais algo los sucesos ó por mejor decir las probabilidades, monseñor de Croy.

— Por qué no apoyais á Carlos de Austria? No podria convertir, ya emperador de Alemania, vuestro título modesto de marqués en el brillante de rey? decidíos y...

— Me lo asegurais vos, arzobispo...

— Os lo fio en nombre del rey de España.

— Por mí solo no puedo resolver, Guillermo de Croy; no obstante os digo que exploraré el ánimo de mis compañeros los electores legos, puesto que decididamente los arzobispos han de estar dispuestos en favor del Pontífice.

Por entonces no creyó oportuno el arzobispo insistir mas en sus gestiones, y la conversacion giró sobre otros particulares.

Los embajadores de Carlos de Austria no se dormian en su encargo, segun vamos viendo.

Apenas se separó del marqués el jóven primado de España, aquel llamó á su secretario y le hizo escribir una carta para Federico *el Sajon*, dándole minuciosa cuenta de lo ocurrido con Guillermo de Croy, advirtiéndole que esperaba sus instrucciones.

— Me parece, egregio marqués, le observó al concluir la carta el secretario, que pronto tendreis que añadir otra por el mismo estilo.

—Cómo es eso, Lotario de Wemen? repuso el marqués.

—Me consta, señor, que hace poco ha llegado un emisario del rey de Francia, que no se recata de su empresa. Dice que piensa conquistar vuestro voto en favor de Francisco I, y que para ello no pone medida á vuestra ambicion; qué os parece, señor?

—Y á quién ha dicho eso, mi secretario?

—Ha hablado conmigo, señor, y pretende la honra de presentarse á vuestra escelencia, marqués.

—Bien está; quiero ver á ese hombre pronto, muy pronto. Lo traereis á mi presencia á la primer ocasion favorable.

—Le enviaré á llamar, señor marqués.

El de Brandeburgo y el secretario quedaron acordes. Entre tanto el secretario concluyó y selló su pergamino, y se disponia á salir.

Entonces le dijo el marqués:

—Que lleve ese pliego persona de toda vuestra confianza; me respondeis con la cabeza de la fidelidad del mensajero.

—El capitan de vuestra guardia, Gustavo mi hermano, irá con él, señor.

El mensajero partió y pocos dias despues Federico el Sajon, el de mas ascendiente entre todos los electores, escribia al marqués de Brandeburgo lo mismo que habia escrito á Luis, rey de Bohemia.

«Es menester ganar tiempo. Sed cauto.»

Por cierto que no necesitaba de esa recomendacion el elector de Brandeburgo, pues lo era bastante y conocia hasta qué punto era conveniente, para todos ellos pequeños principes soberanos, la union en aquella empresa.

Joaquin I esperó, que era lo que debia hacer, á que las nuevas gestiones del arzobispo, ó del representante del rey de Francia, le obligasen á consultar nuevamente al sajon Federico.

Pronto llegó esa ocasion, porque al dia siguiente de la conversacion habida con su secretario de resultas del pliego escrito para el duque de Sajonia, Lotario Wemen, hizo la presentacion al marqués del enviado particular de Francisco I.

Empezaron entonces nuevas negociaciones en nombre de aquel monarca, y el marqués se guardó bien de comprometer su palabra.

Mientras esto ocurria en Berlin Estrella salvaba en compañía del baron, de Margarita y de su fiel Nuño, el paso de Calais para avistarse con Enrique VIII.

Nada podia detener á aquella intrépida muger, y asi sufría con la mayor serenidad los contratiempos y naturales riesgos de la embarcacion y todo género de penalidades propias del viajero.

Pronto pisó el territorio inglés, y encontró tambien medio de empezar á poner por obra su pensamiento.

El baron la observaba en silencio y la obedecia ciega-mente, puesto que ambos conspiraban á un mismo fin, aunque por distinto camino.

La duquesa queria que Enrique se presentase como opositor al Imperio, y el baron se conformaba con que se hiciese esa gestion, puesto que asi se dividia la eleccion entre tres poderosos principes, y de consiguiente con menos esfuerzos podria cada uno de ellos lograr los votos necesarios.

Estrella sabia que el verdadero rey de Inglaterra no era Enrique VIII, sino su célebre ministro el cardenal Wolsey, y de consiguiente que tenia que entenderse con él completamente, como pocos años antes hubiera tenido que hacerlo en España con el gran cardenal Gimenez de Cisneros. Los grandes politicos de aquella época y alguna mas reciente fueron los cardenales; díganlo sino los franceses con sus célebres Richelieu y Mazzarino.

Para sus primeras gestiones se valió Estrella del buen baron de la Roche-Vermeille, el cual por su noble con-

dicion tuvo facil acceso con el dicho cardenal Wolsey.

Este oyó con gusto las nuevas que le dió de Francia y España el baron nuestro amigo, con suma complacencia oyó tambien las de la corte de Roma, y se apresuró á señalar al fingido conde de Ricote dia para una entrevista casi oficial ó al menos diplomática.





CAPÍTULO XXXVI.



JUSTICIA! JUSTICIA!



Como puede figurarse el lector, cuando la abadesa de Santa Engracia averiguó la evasión de su presa la pobre Ursula, no dudó que había sido burlada su autoridad por los dos jóvenes portadores primero de la epistola del rey Carlos, y luego de la contestacion de la misma abadesa, junto con la cajita de las joyas y el dinero que la misma superiora aprontó para el monarca, en contestacion á su pedido.

La abadesa montó en cólera y juró vengarse de los dos jóvenes y de la infeliz Ursula que había huido de su poder.

Ella tenia un gran interes en complacer al monarca, como se ha indicado, con el fin de que mirara por el convento y le dispensase toda su real proteccion. Al mismo tiempo le interesaba tambien tener de su parte al diácono por su influencia con el príncipe, á cuyas liberalidades contribuia aquel porque con ella recibia gran parte de las mismas por la gratitud forzosa de la superiora.

Supuso esta razonablemente que si Ursula, que se habia fugado del convento en union de su amante y del amigo de este, llegaba á referir al rey sus desgracias causadas por el diácono, indudablemente tendria que sentir, porque el rey no aprobaba nunca las malas acciones, ni aun en sus mejores amigos.

La idea de que Bleimberg era el matador del padre de la jóven, revelada por Loyola, y de que podria acusársela de complicidad en el delito, la tenia alarmada; y para combatir los proyectos de los jóvenes le ocurrió primero un medio natural, y luego otro mas violento: dió orden de buscar á los fugitivos por todos los alrededores de Valladolid en seis leguas á la redonda, y de continuar las pesquisas por el camino que conducia á Cataluña, hasta doble ó triple distancia.

Este medio no produjo afortunadamente el resultado que se apetecia, aunque aquella misma noche del dia en que se habia notado la evasion, fueron detenidos todos los pobres viajeros que iban por los caminos, de los cuales algunas señas convinieron con las dadas por la abadesa.

Todo esfuerzo fue vano.

Nuestros jóvenes, Ursula vestida tambien de hombre, tomaron un rumbo opuesto para burlar á sus perseguidores, precedidos de un guia que hallaron en Valladolid al momento de emprender su marcha, y al cual engañaron con cualquier pretexto para que no tuviese lugar de sospechar.

La remuneracion ofrecida al guia era grande, pero no debian satisfacerla hasta que arribasen al primer puerto de mar.

Llegaron al fin á Asturias, y calculando que en Gijón habria mas proporción para fletar un buque, se dirigieron los fugitivos á dicho punto.

Allí dieron la vela con rumbo á Barcelona, adonde llegaron despues de un mes de navegacion.

Los jóvenes tenian el deseo de presentarse al rey y contarle lo que les habia sucedido, para que no estrañase la tardanza de Acuña; y verdaderamente la ausencia de este empezaba ya á inquietar á Carlos por la delicada mision que le habia confiado.

A las veinticuatro horas de hallarse en Barcelona, ya impaciente don Fernando, y un tanto reposado de su viaje, asi como sus compañeros, se fue á palacio é hizo que avisasen al rey de su llegada, pidiéndole permiso para presentarse á él en union de otras dos personas.

El monarca accedió al punto, y á la mañana siguiente de haber llegado nuestros jóvenes tuvieron la honra de ser admitidos á la real presencia.

El rey se hallaba solo en su cámara en ademan pensativo, y su rostro dió evidentes muestras de sorpresa al ver entrar á los dos mancebos, junto con una hermosa jóven, porque Ursula habia ya recobrado su trage habitual.

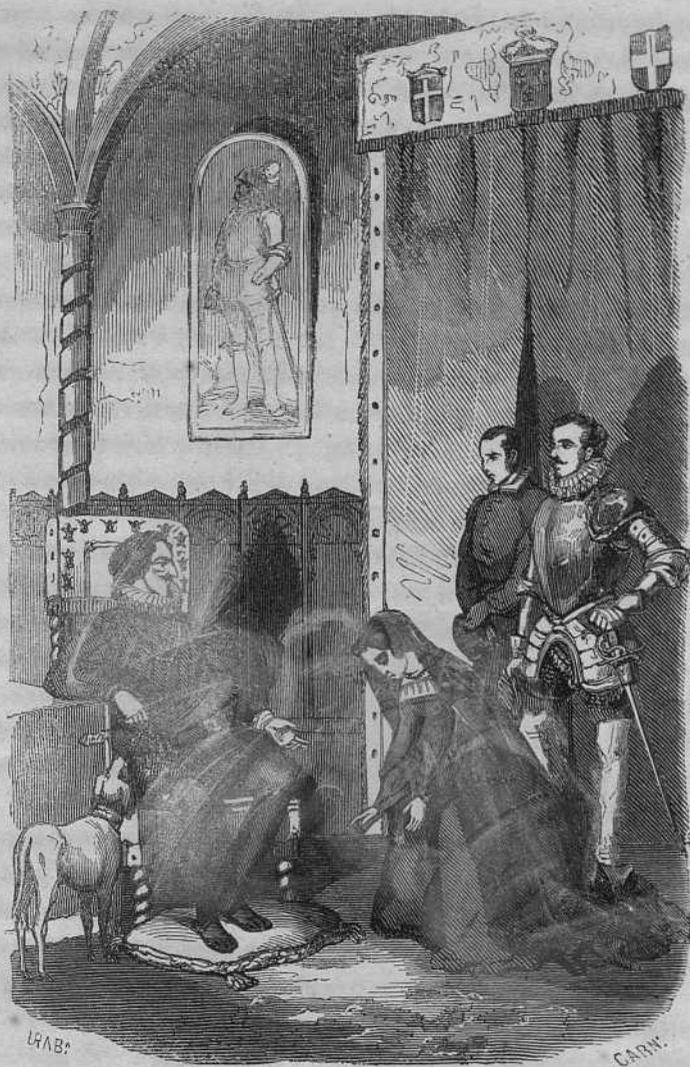
Qué hermosa se presentó la pobre huérfana á los ojos del rey.

El trage negro que vestia hacia resaltar doblemente su blancura, asi como la palidez de su rostro y lo amoratado de sus labios, junto con la languidez de su mirada, revelaban el dolor mas profundo.

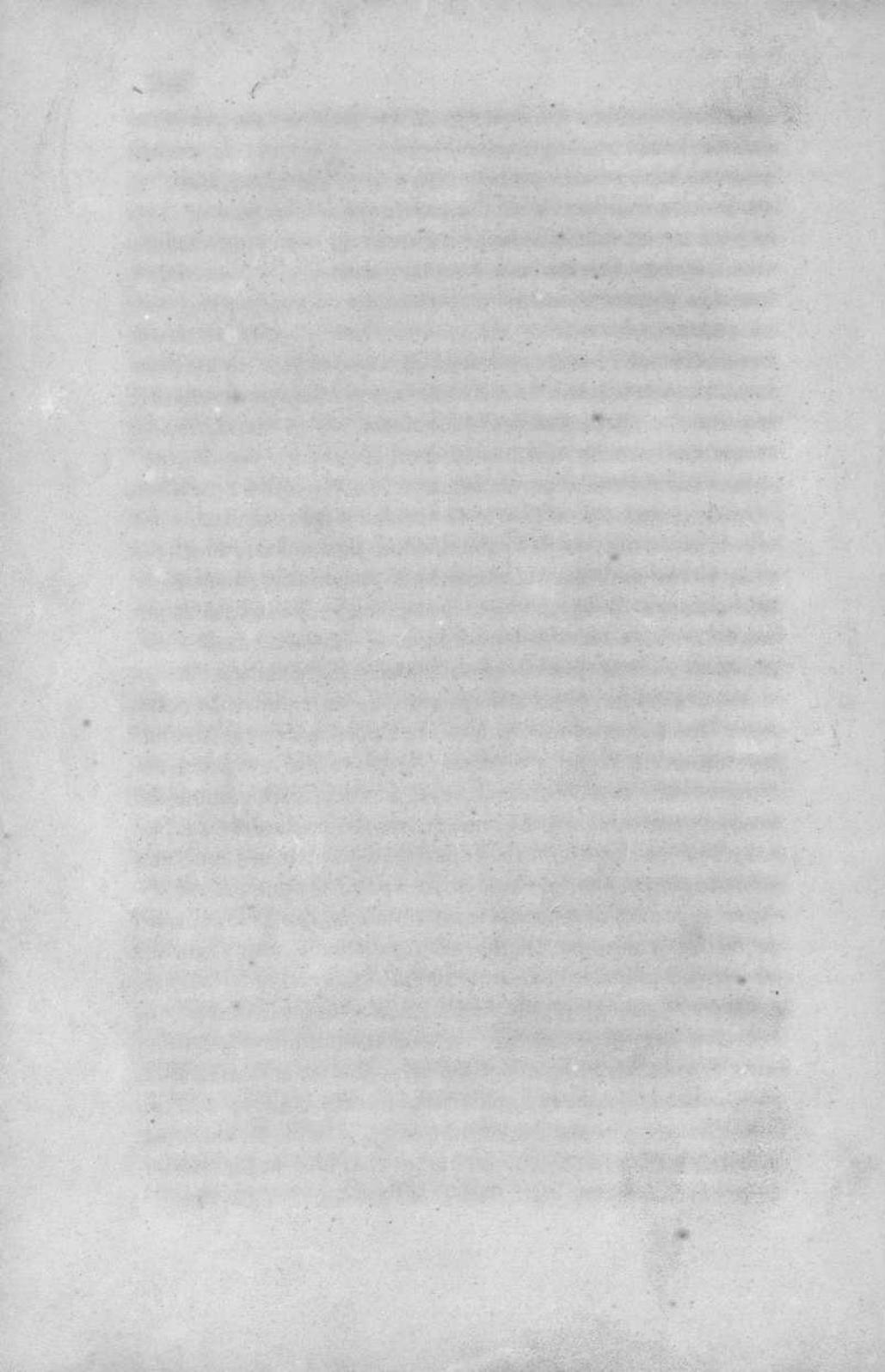
Su ademan era modesto hasta la timidez.

Al ver al rey se arrojó á sus plantas, y, llenos sus ojos de lágrimas, con las que humedeció la real mano que se le dió á besar, solo pudo esclamar con acento entrecortado y doliente, alzando al rey sus hermosos ojos azules y sus manos cruzadas:

— Justicia! señor, justicia!



Siete Embajadores. — Lám. 12.



— Yo la haré, repuso el rey gravemente, y alzando con cortesía á la jóven.

— Justicia, señor! exclamaron tambien Acuña y Loyola, hincando la rodilla ante el jóven príncipe.

— He dicho que la haré! repuso severo el rey, y añadió:
— Cómo es que no me has dado cuenta, Acuña, de tu mensaje, y que vienes pidiendo justicia, á lo que veo con tan grande urgencia?

— Señor, si V. A., replicó el jóven, se digna oirme un instante, daré cuenta de mi cometido y del agravio horrendo por el cual os hemos pedido justicia.

— Ya te escucho: dijo sentándose Carlos.

Loyola y Ursula permanecieron en pie detrás de don Fernando, que dijo al rey con entereza lo que sigue:

— Salí, señor, de Barcelona, obedeciendo las órdenes de V. A. y tuve al llegar á Zaragoza que detenerme, á causa de una caída que dí del caballo. Este jóven se llama Ignacio de Loyola, y es un valiente oficial de una coronelia, en la cual ha servido desde que salió del servicio del augusto abuelo de V. A. el señor rey don Fernando V, en calidad de page suyo. Nos conocimos en esta ciudad poco antes de recibir yo la orden de V. A.; y no teniendo plaza por entonces en su coronelia, resolvió marchar en mi busca, echándome de menos, pues tenia alguna cosa grave que comunicarme para lo cual habia venido de Valladolid. No encontrándome, hubo de emprender de nuevo su vuelta á aquella ciudad, y tuve el placer de encontrarme con él en Zaragoza. Explícame allí la causa que le obligara á salir de la antigua corte, que era la siguiente. Yo, señor, amaba tiernamente á Ursula García, y en cumplimiento de su deber, vuestro capitán, señor, se puso al frente de vuestra vanguardia para trasladarse á Zaragoza, dejando en el desconsuelo á su amada.

— Y bien! dijo el rey con visible interes.

— Entonces, señor, interrumpió la jóven, os diré que un hombre malo, como la serpiente que hizo pecar á nuestra primera madre, logró entrar en mi casa, en la casa de

mis padres, á sembrar en mi corazón la cizaña de los celos, el veneno abrasador de la sospecha, y luego la desolación y la muerte en mi familia. Una tarde, señor, á la hora dudosa que no pertenece claramente al día ni á la noche, ese hombre entró en mi estancia, y no pudiendo lograr el persuadirme á que abandonase el hogar paterno con un mentido pretexto, me arrebató y... no puedo decir lo que pasó por mí entonces: perdí el sentido, y cuando lo recobré estaba en un lecho y en un aposento que yo no conocía... y aquel hombre, Dios mío! aquel hombre estaba allí...

— Y quién es ese hombre? preguntó el rey.

— Mi raptor, señor, el ángel malo de mi familia, el azote, el verdugo de mis padres...

Ursula se echó á llorar.

El rey le dijo con dulzura:

— Proseguid jóvenes, proseguid, Ursula, es vuestro rey quien os escucha, y vive el cielo que no ha de ser en balde!

— Gracias, señor, repuso ella, y haciendo un esfuerzo por serenarse continuó: yo me levanté, corrí por la estancia, grité para que me volviesen á casa de mis padres... todo fue inútil, y comprendí que había sido robada de mi casa. Mi desesperación subió de punto cuando vi á aquel hombre querer abalanzarse á mí... Oh! Dios mío! Dios mío!... yo no sé lo que quería aquel hombre vestido de negro, pero me daba miedo su mirada, y huía de él sin saber por qué.

Al fin, señor, cogí un arma de entre las de caza que había en la estancia, y me disponía á hundirla en mi pecho antes que permitir que aquellas manos llegasen á mi trage; cuando Dios se apiadó por un momento de esta infeliz mujer, y le envió un socorro... Ah! pluguiera al cielo que no hubiese llegado nunca, y se habría salvado mi pobre padre!

Ursula lloraba. El rey la miraba con ternura, y los dos jóvenes permanecían en pie; don Fernando pendiente de los labios de Ursula, y Loyola fijos los ojos en el joven Acuña.

— Proseguid, proseguid, dijo con benevolencia Carlos.

— De repente, en aquella angustiosa situacion, vi á un hombre saltar por la ventana con espada en mano... gracias! gracias! Dios mio! era mi padre. Entonces cogiéndome con su brazo izquierdo, atacó violentamente á su adversario y le puso en duro trance... de repente un penetrante silbido vino á helar toda mi sangre en las venas, y á poco aquel horrible presentimiento se convirtió en realidad. Otro hombre entró en la estancia, y pocos instantes despues, mi pobre padre cayó herido de muerte al golpe traidor de aquél asesino, y entre tanto... Dios mio! Dios mio!... El diácono sonreía con una sonrisa feroz, con una sonrisa de demonio...

— El diácono habeis dicho, jóven? preguntó el principe.

— Sí señor, el diácono Cristian Bleimberg.

— Cristian Bleimberg! exclamaron los dos jóvenes.

— Cristian Bleimberg! murmuró para sí el rey, sin quitar sus ojos de la pobre Ursula.

— Entonces hubo un momento de silencio.

El rey frunció las cejas, llevóse la mano ligeramente al bigote, y dijo:

— Con que era el señor diácono el que iba á vuestra casa y el que intentó?... continuad, jóven.

— Bañada en la sangre de mi padre, caimos ambos al suelo, él al golpe fiero que le atravesó el corazon, y yo desgarrado el mio por el dolor, acaso mas agudo que el puñal del asesino. Perdí el sentido y no sé cuánto tiempo tardé en recobrarlo... Ah! señor, que no hubiese yo muerto en vez de mi padre!... Estuve algun tiempo sin que sepa yo explicarme lo que me pasó entonces... una completa nube ó un sueño profundo embargó mis sentidos y mi razon, y volví á ella ó desperté, señor, á la vida en una tumba; de la que, antes de que yo me convenciese de mi horrible situacion, fui librada milagrosamente por este valeroso jóven...

Aqui Ursula lanzó á Loyola una mirada de gratitud, que era todo un poema; aquellos ojos azules y pequeños parecia como que habian adquirido mayor estension en su

rostro, y un torrente de luz se desprendió en aquella ardiente mirada que comprendieron ambos jóvenes.

El rey se dirigió á Loyola, y le dijo:

— Concluid vos, jóven Loyola.

— Señor, salvé á Ursula despues de mucho trabajo, y huyendo, con ella en mis hombros, atravesé parte de la ciudad y llegué á mi casa. Luego que hube depositado á la buena Ursula en aquella al cuidado de una anciana, y cuando pude comprender cuál era la familia á que pertenecía, tuve la dicha de volverla á su desolada madre. Entonces supe que su amante don Fernando estaba en Zaragoza, y aunque pasaron muchos dias no hubo razon de él, lo cual tenia impaciente á esta pobre jóven. Yo deseaba veros, señor, por si os dignabais darme una plaza en otra coronelia, puesto que la mia habia marchado antes, estando yo ausente de ella en comision del servicio: participé mi idea á Ursula y le ofrecí averiguar el paradero de don Fernando y hacerle sabedor de sus desgracias. Puse mi pensamiento por obra, y Dios me lo deparó sin conocerle. Desaparecióse de pronto en Barcelona, y le volví á encontrar en Zaragoza, como os ha dicho, señor, él mismo. Pero hay una desgracia horrible, añadió el jóven bajando la voz y adelantándose al monarca, que no se alcanza á V. A., y que es el colmo de la perversidad...

— Qué es? preguntó el rey, llevando aparte á Loyola.

— Qué ha de ser, señor? Que esa infeliz jóven ha perdido su razon, y que en aquel estado el diácono...

— Acabad, jóven! dijo Carlos viendo que se interrumpia Loyola: acabad, yo os lo mando.

Ignacio se inclinó en señal de obediencia, y luego dijo:

— Señor, la abadesa de Santa Engracia, en donde estuvo esa infeliz huérfana, me ha revelado que está deshonorada...

— Y cómo sabe eso la abadesa?

— Porque Ursula ha sido madre...

— Eso es horrible, es sacrilego! Eso mas, Cristian Bleimberg? exclamó con voz oscura el príncipe.

Luego le dijo á la jóven que esplicara por qué se hallaba allí con aquellos dos jóvenes.

— Ah! poderoso príncipe: exclamó Ursula. Despues de perder á mi pobre padre, perdí tambien á mi madre, y un dia sin saber cómo fui llevada al convento de Santa Engracia, en donde estaba como presa, sin ver ni oír á nadie mas que á la superiora... Hicieron bien! mis verdugos quisieron ahorrarme la vergüenza de un delito que yo no habia cometido, y que aun hoy es un misterio para mí...

Ursula no sabia verdaderamente su estado de preñez ni su parto, porque le fue arrebatado su hijo en el acto de nacer. Todo aquello era para la pobre jóven un profundo misterio, aunque algunos momentos sospechaba la verdad.

— Mas para qué molestar mas á V. A.? continuó ella. De allí fui salvada por don Fernando y por su compañero, y traída hasta la presencia del nieto de la reina doña Isabel, de quien espero justicia...

El llanto y los sollozos ahogaron de nuevo la voz de la jóven.

Entonces Loyola contó al rey el desempeño de la comision que don Fernando llevó para la abadesa, y luego que hubo concluido, le entregó Acuña la carta y la cajita con el dinero y joyas.

El rey la abrió y dió algunas de ellas á Ursula, y volviéndose á los dos jóvenes les dijo:

— Grandes son las desgracias de esta jóven y digna de mejor suerte. Hoy no está el diácono en Barcelona; cuando se halle aqui vereis como sé hacer justicia. Vos mismo os encargareis del mensage, don Fernando, y entre tanto el buen Loyola cuidará de avisarme del estado de Ursula Garcia, á la cual dispenso desde hoy mi proteccion. Ella hasta la vuelta de don Fernando escogerá convento en donde esperarle. Ahora retiraos. Pronto recibireis mis órdenes.

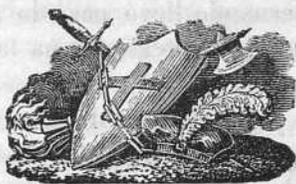
El rey se quedó solo pensando en lo que acaba de oír, y empezaba ya á convencerse de toda la perversidad de corazon de su favorito Cristian Bleimberg.

Entonces se acordó de la muerte del conde de Burgos, y sospechó que pudo realmente haber sido víctima de un asesinato; sin embargo, Carlos no quiso precipitarse y formó su plan con toda calma.

Por de pronto la suma de dinero y las alhajas que le enviaba la abadesa le servian mucho, pues todo el oro del mundo era poco para poder ponerlo á disposicion de los electores del Imperio.

Carlos pensaba seriamente en castigar la perfidia de Bleimberg, en premiar la lealtad de Loyola, y al mismo tiempo en poner un cuerpo de tropas á su disposicion en Alemania á fin de asegurar su eleccion.

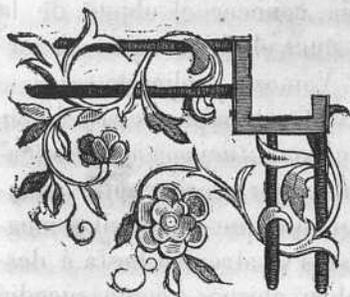
Veremos lo que hizo respecto de cada uno de esos particulares.





CAPÍTULO XXXVII.

DOS BUENOS AMIGOS.



A linda lectora que haya tenido la bondad de seguirnos en esta narracion, cuento, novela ó como guste llamarle, nos permitirá que echemos alguna mirada retrospectiva antes de seguir adelantando en nuestra crónica; porque acaso, si estuviese admitido, ya los lectores podrian habernos hecho alguna grave reconvencion, puesto que les debemos aclarar algunos pormenores. Sea pues, y manos á la obra cuanto antes, amabilisimas y desocupadas lectoras.

Que don Hugo partiria para Roma, segun la orden terminante del rey, no hay que dudarlo, por la sencilla razon de que no podia ser de otra manera entre uno y otro; esto es, entre un rey que tambien sabia hacerse obedecer y un vasallo que, como soldado, noble, leal y sobre todo español, se hallaba penetrado hasta la médula de los huesos de un religioso sentimiento de realismo, y de consiguiente que tambien sabia obedecer.

Ahora, lo que allá con el Santo Padre él departiria no nos es muy necesario, y de consiguiente hacemos de esa parte de narracion gracia al que leyere; pero conste que no nos hemos olvidado del buen marino, y que por fortuna no se ha encontrado con Estrella en la ciudad eterna ni menos en el camino desde Barcelona hasta allá.

Recordarán nuestros lectores que Nuño dijo á la duquesa, y es esta otra satisfaccion que les debemos, que el obispo La Marek escribió en la cámara real cartas del rey para todas las personas que fueron luego sus embajadores de familia ó encargados especiales de una mision diplomática tan importante como se ha dicho, lo cual parece hallarse en contradiccion con lo que mas adelante referimos; á saber: que el rey solo se dejó ver del cardenal de Gurek, que era al parecer el gefe de *los siete embajadores*, y de consiguiente el único que debia conocer el objeto de la ida de todos á Alemania. Cómo pues el obispo, y no el cardenal, escribió aquellas cartas? Vamos á esplicarlo.

Carlos de Austria, que no vivia en tiempos de esta libertad politica, libertad de *cartas ó constituciones* en las cuales hay consignada toda la posible por escrito, aun cuando luego disfrutemos menos realmente que en aquellos magnificos tiempos en que los magnates se atrevian hasta á destronar reyes, y en que se colgaban obispos, como sucedió en tiempo del mismo Carlos; este, decimos, que no viviendo en estos tiempos de libertad, no conocia por consiguiente la policia, flamante y protectora institucion de los modernos tiempos que lleva el terror y el desconuelo ordinaria-

mente á las familias honradas , pero que tolera y encubre, cuando no protege, á los pícaros; ese gran jóven entonces y luego mas gran rey planteó ya de una manera muy delicada la policia, sin saber de cuánta perfeccion era aun susceptible su descubrimiento; y la planteó entre sus embajadores , lo cual quiere decir que la policia de Carlos I era una policia muy decente.

Por si esto no basta al lector, fuerza será añadir que receloso Carlos I por carácter, y á fin de quedar siempre prevenido contra cualquier contingencia tratándose de un negocio tan importante , y habiéndose podido encontrar antes al obispo que al cardenal , hubo de dictarle las cartas para todos diciéndoles dónde y cómo debian presentarse en Francfort la noche del 12 de febrero, aunque, como ya sabe el lector , sin darles explicacion de ningun género. No obstante hay que observar que la carta para el cardenal era, no la orden de su presentacion en Francfort , sino la de verse con S. A. C., el cual luego le entregó un pliego cerrado y que no debia abrir hasta aquel punto , pliego en el que le manifestaba el verdadero objeto de su marcha y de los seis compañeros en la empresa , con las ofertas que en nombre del mismo Carlos hizo el cardenal á los embajadores para estimularles en aquella.

El obispo recibió verbalmente la orden general de marcha, y, como Gurck, un pliego tambien cerrado y que no debia abrir hasta Francfort, participándole que estuviese en discreta observacion del cardenal y de los embajadores restantes. Carlos conocia toda la sagacidad del principe de Lieja y supo aprovecharse de ella. Probablemente el último estaria en mútua correspondencia con el rey, sobre los sucesos que ocurrieran en Alemania con motivo de la eleccion de emperador durante el interregno.

Recordarán nuestros lectores tambien , y acaso habrán estrañado , como don Antonio de Leiva , que se habia propuesto acompañar á Estrella en su expedicion al estrangero, no lo verificara, puesto que no aparece como su acompa-

nante en Francia ni en Italia. Nada mas facil de explicar esto, que no fue por cierto una inconsecuencia de Leiva. Estrella cuando le brindó con su compañía el baron de la Roche-Vermeille, rogó á Leiva que desistiese de su idea y fuese á Alemania para ganar tiempo en sus indagaciones. El obedeció.

El rey queria mucho á Justino su enano, y este le pagaba en la buena moneda de la lealtad y en la pesada de la franqueza, único privilegio verdadero de que disfrutaba el buen enano en la corte, como probablemente seria tambien el único amigo leal que tendria en ella el rey.

Departian amistosamente este y aquel sobre los negocios de Estado, y como era natural se referian á los sucesos mas recientes, asi como á los mas importantes tambien, ó mejor aun al mas importante de todos para el principe; que era la eleccion de emperador de Alemania, su sueño dorado entonces.

Justino tenia siempre buen humor, ó al menos lo aparentaba, y el rey preocupado firmemente con aquella idea, habia ya algunos meses, no tenia gran trato ni menos intimidad con los nobles de su corte. Recibia oficialmente todo lo posible y hacia justicia á toda hora. Con este objeto, tenia la puerta de la real cámara siempre abierta hasta para el último de sus vasallos. Como Carlos era de gran talento conocia y despreciaba la adulacion: comprendiendo que el primer atributo de un rey es la justicia, tenia gran placer en otorgarla, y solo podian contrariar tan hermoso sentimiento en aquel jóven gravisimas razones; como en el suceso de la muerte del conde de Burgos, en el cual no pudo obrar porque la prudencia, ademas de la gran amistad que profesaba á Bleimberg, le dictaba el callar que á tales horas el rey era el mancebo enamorado que corria tras de aventuras.

Al entrar Justino en la estancia Carlos se hallaba miran-

do junto al alfeizar de la ventana, desde la cual se veía en aquella época el mar, porque no existía gran parte de la ciudad que hoy hay entre aquel y el alcázar regio.

La suave brisa del mes de abril refrescaba su rostro, cuyos ojos vagaban pausadamente con esa tranquilidad que revela la preocupacion del espíritu, y no la herida cruel y profunda del corazón; entonces hay en el rostro algunas tintas amarillas y azuladas, que son síntomas evidentes de que impera el sentimiento en el organismo, de que la sensibilidad se halla escitada violentamente; los ojos lanzan ardientes miradas, y al parecer brilla en ellos alguna chispa del fuego eléctrico que recorre nuestras venas; algunas veces se nos humedecen á nuestro pesar y los labios de color morado se contraen y ofrecen una sonrisa amarga; y por último, la frente aparece ligeramente recogida sobre las cejas, y los pómulos sobresalen mas que de ordinario, cubriéndose de un ligero carmin ó bien de una palidez casi blanca completamente, como el color de la azucena mustia.

Carlos, pues, estaba solo preocupado.

Justino le miraba con interes.

A poco se entabló entre ambos el siguiente diálogo:

—Y no sabes mas sino que la duquesa llegó á la corte de Francisco I, Justino?

—Sospéchase que proseguia su peregrinacion: la muger es diabólica, ya lo habrás conocido, y tengo para mí que algun grave pecado le obligaba á ir á echarse á los pies del Santo Padre.

—La duquesa en Roma... qué quieres decir con eso, enano?

—Que Leon X es un habil político, y piensa en Alemania lo mismo que tú y tu hermano Francisco de Valois, como decís los monarcas, y mas que alguno de los mismos electores.

—Por qué?

—Porque tres de ellos no harán mas que lo que él les

mande. Carlos, los clérigos son todos unos, y yo lo mismo me fio del pastor que de sus ovejas...

— Hablas por el arzobispo de Colonia?...

— Hablo por ese buen Agripina y por el de Maguncia, por el de Tréveris y por el jefe de todos ellos Leon X.

— Según eso la duquesa... ó mas bien, qué tienen que ver Leon X y los arzobispos con ella?

— Lo mismo, Carlos amigo, que con Francisco de Valois.

— Pues declaro, enano, que no lo entiendo.

— Eso es porque no te acomoda... No comprendes que esa niña mimada y voluntariosa te hace la guerra á tí, todo un monarca que espera un imperio?

— Y cómo me hace esa guerra, Justino?

— Como acostumbran las mugeres, los reyes y los clérigos, que son las tres especies mas malas que hay sobre la haz de la tierra.

— Pero, cómo hacen esos la guerra, Justino?

— A traicion, por la espalda.

— Insolente!

— Carlos, no seas niño, que eso es mucho peor que ser muger fea, rey bueno y clérigo malo. No te incomodes, ó callo y me voy.

— Para qué me impacientas, enano?

— Para que me escuches; sino estarias ya bostezando, y dentro de un minuto dormido.

— Decias que Estrella...

— Ah! sí, se me olvidaba... doña Estrella de Ulloa te hace la guerra mas cruel del mundo, oponiéndose á que salgas elegido emperador.

— Qué dices, enano? Qué motivos tiene ella para eso y mas aun, con qué elementos cuenta? Vamos, Justino, tú estás completamente loco; convengo en que haya ido á Francia, á Italia...

— Y luego á Inglaterra...

— Tambien eso, enano?

— La misma razon hay para lo uno que para lo otro.

Por lo demas la duquesa, tu amada y mi señora, es endiablidamente audaz, intrigante y sobre todo fabulosamente rica.

— Y bien, Justino, qué hay con eso?

— Y muy hermosa por añadidura.

— Y bien, enano, qué significa eso?

— Que lo del dinero le gusta mucho á Leon X, que nunca tiene bastante para *la basilica*, y lo segundo le hace á Francisco I tanta gracia como á ti mismo, y como probablemente le hará á Enrique VIII.

— Creo que es pequeña fiera la duquesa para luchar con el leon de Castilla.

— Pero el leon de Castilla es aun cachorro.

Carlos se mordió los labios y lanzó una mirada de amenaza á Justino. Luego continuó como si nada hubiese oido.

— Y cómo sabes tú los pensamientos de la duquesa?

— De la misma manera que los sabrás tú, si te lo digo yo.

— Tienes espías, Justino?

— No tengo dinero para tanto, ni judíos como tú que me lo presten, porque los enanos cuando pedimos seguimos la rara costumbre de pagar y vosotros los reyes...

— Qué?

— Teneis la vulgar y discreta de no pagar nunca.

— Yo pagaré, Justino.

— Eso será si te eligen emperador, y sobre todo si le cortas el pescuezo á Gesvres y á todos sus compatriotas.

— Es mas facil que te mande ahorcar á tí, enano.

— Y entonces con quién desahogarias, principe mio, tú mal humor, ni quién te daría noticias de Estrella?

— Es verdad. Pero dime, cómo has sabido esas nuevas de ella?

— Porque me las ha comunicado la persona que tiene el encargo de seguirle constantemente los pasos.

— Y quién manda que la observen, enano?

— Una persona á quien le interesa, claro es, porque le va en ello la cabeza.

—Esplicate, Justino.

—El diácono Bleimberg. Lo entiendes ahora?

—El diácono Bleimberg!... murmuró el rey, el diácono Bleimberg! añadió y repitió suspenso su ánimo.

—Bleimberg, Carlos amigo, es hombre que no duerme, y sobre todo no se halla tranquilo desde que sabe que Estrella guarda la daga con que apareció asesinado el pobre jóven conde de Burgos.

—Y eso por qué?

—Alteza, tampoco sé tanto. Pero en ello habrá su *intringulis*, y acaso ese *intringulis* le cueste caro al diácono.

—Por qué, Justino?

—Toma, porque don Antonio de Leiva tiene las chanzas flamencas.

—Qué quieres decir?

—Que tiene las bromas muy pesadas, y así repararía él en hacer harina del buen clérigo, como Leon X en liquidar barras de plata y oro para su templo.

—Y por eso la espía, Justino?

—La hace espíar constantemente desde entonces, y con mas empeño desde que tú lo enviaste á Alemania. En Valladolid tu amiga la abadesa de Santa Engracia era su primer y mas poderoso agente, y desde su marcha se vale de un fiel servidor tan malo con él.

—Y tú cómo sabes todo eso?

—Muy facilmente. El page Nuño Fuen-Salida está á las órdenes de la duquesa...

—Fuen-Salida! Pues no marchó á Compostela?

—Eso te dijo á tí, señor, pero el imberbe hizo otra cosa: se fue con la duquesa y le está sirviendo fielmente.

—Y á tí, quién te dice todo eso, Justino?

—Parte que he sabido directamente, porque el pobre niño me lo ha confiado, como su marcha á Francia; parte que he adivinado yo, como su marcha á Italia y...

—Y en qué fundabas tus cálculos, ó mas bien conge-luras.

— Te olvidaste ya de ese navarro que vino con otro, y que murió en casa de tu tesorero Selvagio?

— Es verdad, Roberto Dupuy!... y bien.

— No importa que no te acuerdes del muerto, sino del vivo.

— Por qué?

— Nada mas sino porque el muerto no podia volver á Francia á acompañar á la duquesa y hablar á Francisco de Valois.

— Con que eso hizo el otro navarro?...

— Sí, aquel viejecillo llamado el baron de la Roche-Vermeille, que estuvo conspirando con la duquesa desde Zaragoza en la taberna del *Murciélago*... Buena cabeza le habrán puesto á Francisco I!

— Y qué crees tú de todo eso, Justino?

— Que Francisco y la duquesa, Leon X y el rey de Inglaterra te estan poniendo estorbos en tu camino.

— Tengo en Alemania siete amigos leales.

— Pues debias tener ocho.

— Cómo es eso?

— Un amigo á prueba que se encargase de guardarles las espaldas á los siete.

— Pienso enviar á un gefe entendido que desde uno de los Círculos observe á los electores, y en la hora critica entre en Francfort para asegurar con unas cuantas lanzas el resultado de la eleccion.

— Eso es pensar como un hombre. Y á quién vas á enviar, príncipe mio, con esa comision?

— A don Antonio de Leiva.

— Me parece muy bien; pero creo que es ya tarde.

— Tarde! Por qué?

— Porque Leiva se ha marchado.

— Adónde?

— Tras del matador de su hermano. Es decir, se ha ido á Alemania. Debes pues enviarle un emisario de confianza...

— No recuerdo ahora de quién podré valerme.

— Uno hay á propósito.

— Nómbrale, Justino.

— El capitan de tu guardia, Fernando de Acuña.

— Bien dijiste. Irá ese, porque es mozo de corazon y reservado.

— Con él mismo puedes enviar á don Antonio de Leiva las joyas y el dinero que te han remitido de Santa Engracia.

— Con ese dinero y esas alhajas mantendré un cuerpo de tropas á mi disposicion. Leiva hará eso á las mil maravillas.

— Y retorcerá el pescuezo á Bleimberg en su dia, querido Carlos.

— Justino, me disgusta oírte hablar así.

— Serias el primero á quien gusta oír la verdad.

— Eres injusto conmigo, enano.

Dijo el rey poniéndose en pie y manifestando con el ademán á su interlocutor que saliera.

Entonces Justino, haciendo una mueca con su rostro y sonando la varita de cascabeles, que no abandonaba nunca como simbolo característico de su profesion de loco ó bufon, le dijo al rey:

— Una pregunta, Carlos.

El rey se paró como en señal de asentimiento, y el buen Justino le hizo la siguiente:

— Quieres que avise á don Fernando de Acuña?

— Quiero.

El enano insistió en el mismo tono, aunque avanzando hácia la puerta á cada pregunta que formulaba:

— Y que le entere de tus deseos y le comuniqué tus órdenes?

— Quiero.

— Y qué harás con la pobre niña?

— Con qué niña, Justino?

— Con Úrsula García, la amada de ese mozo, al cual va-

mos á enviar á Alemania, y á quien, como á ella, ofrecistes hacer justicia.

— Es verdad; recuerdo perfectamente...

— Y qué piensas hacer con ella, príncipe mio?

— Custodiarla para que esté libre de toda asechanza, aunque ya no sé de dónde puedan venirle mas desgracias.

— Entonces le diré eso tambien á Acuña.

— Dile que irá su amada de mi orden á un convento de esta ciudad: que lo designe él mismo si quiere.

— Está bien, príncipe.

El enano dió un brinco, hizo la última mueca por aquel dia, sonó la varita y cerró tras sí la puerta de la cámara real.

Don Carlos quedó pensativo mirando largo rato desde la ventana aquel hermoso cielo que, uniéndose en último término con el mar, formaba un horizonte apenas perceptible, porque mar y cielo tenían entonces el mismo color. Algunas velas surcaban aquella superficie movediza y transparente. El rey reconoció que eran barquillas de pobres pescadores.

— Ah! exclamó; ellos son mas felices que yo, porque no tienen quien se oponga á sus deseos... yo tengo contra mí á mis buenos hermanos Francisco de Valois y Enrique Tudor, al Santo Padre Leon X, y lo que es mas raro aun, á doña Estrella... Dónde estará esa muger orgullosa y vengativa... Si mi dignidad ultrajada no me lo vedara, yo haria conocer á esa muger la injusticia con que me persigue... Y cómo convencerla de que no soy el matador del buen conde de Burgos? Solo revelándole el nombre del verdadero autor de la catástrofe, y eso es imposible... imposible, lo he jurado, tengo empeñada mi palabra real. Ese secreto, como Dios no lo revele, morirá conmigo... y sin embargo, vana precaucion! Justino lo sabe, mi enano, mi pobre enano. Es menester evitar á toda costa que este lo revele á don Fernando, porque don Fernando va á partir para Alemania, y Bleimberg está allí... su vida, pobre amigo mio,

está en peligro; luego es preciso salvarlo... además el escándalo que eso produciría en un país extranjero, y por fin eso podría destruir hábiles combinaciones en favor de mi elección.

El rey se acercó á una mesa, y llamó con un martillo de plata sobre una media esfera de lo mismo.

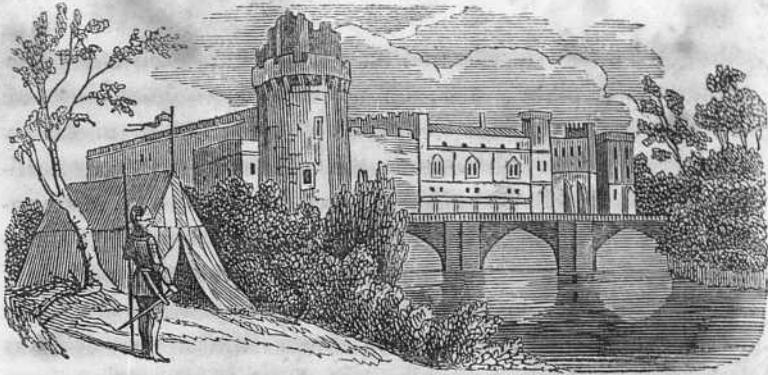
Al punto se presentó en el umbral de la puerta principal de aquella estancia un gentil-hombre.

— Garcés! dijo el príncipe, haciéndole seña de que se acercara.

Entonces este dijo unas cuantas palabras al oído del primero, y al punto salió el llamado, resuelto al parecer á ejecutar una orden urgente.

El príncipe volvió á entregarse á su meditacion.

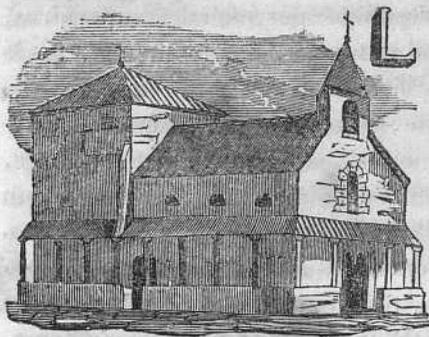




CAPÍTULO XXXVIII.



TOMAS WOLSEY.



Los hombres de este siglo nos quejamos de nuestros poderosos y capitalistas por su lujo, y fuerza es confesar que los que tal hacen, ó no conocen los rudimentos de la historia, ó se quejan de vicio. El que á principios del siglo XVI hubiese entrado en una de las mil quinientas habitaciones que se contaban en derredor de cinco inmensos patios de un palacio;

D. Carlos I.

y hubiese fijado su atencion en sus deslumbradoras paredes cubiertas de plata y oro, en aquellos aparadores de este último metal cuajados de platos y tazas de lo mismo; y hubiese mirado atentamente aquellos cortinages de ricas telas de Damasco y Cachemira, bordados de oro, entrelazados con telas de Holanda de una finura inverosímil y guardados de encages flamencos de media vara de ancho, y aquellas alcantaras de Bagdad bordadas de plata, oro y seda de mil colores, medio cubierta tanta riqueza por docenas de pieles de tigre y leopardo, y perfumado el ambiente por cien pebeteros de plata afiligranada que exhalaban de continuo los mas delicados aromas de la Arabia; y hubiese reparado en los mil objetos de distintas épocas, de varias formas y diferentes usos, que probaban el refinamiento del lujo, desde los geroglíficos egipcios y vasos etruscos hasta los productos volcánicos, marinos y geológicos de aquella época, todo preciosidades sin cuento del arte y de la naturaleza compitiendo allí bajo tan diversas formas y especies, como en un vasto museo, sobre colosales mesas de caprichosos mosaicos de jaspes y maderas esquisitas; el que hubiese observado aquella turba magna de ugieres, porteros, pages, escuderos, heraldos de armas, coperos, y luego seiscientos servidores de última clase; el que hubiese presenciado un dia y otro todos los del año sin interrupcion el servicio de tres mesas, presididas por oficiales superiores, con una vajilla de oro, cual entonces, por lo menos, no la poseía ningun monarca de la tierra; el que hubiese asistido al santo sacrificio de la Misa, que en aquel palacio se celebraba diariamente por dieciseis capellanes, ó finalmente, hubiese oido su capilla de música compuesta, ademas de un dean, un sacerdote para el Evangelio y otro para la Epístola, de un maestro con doce coristas y otros tantos cantores: la persona, decíamos, testigo de tanta ostentacion, de tal fausto, de tan insultante opulencia, se hubiera formado verdaderamente una idea del lujo de un potentado de aquella época magnífica y brillante, en que se construían ca-

tedrales y basilicas; pero probablemente no se le hubiera ocurrido á ese observador que el opulento y sibarítico señor de aquel paraíso no habia sido mecido en dorada cuna, ni amamantado por *amalteas* de cuernos de oro; sino que por el contrario habia nacido en la mas humilde cuna, aun cuando despues por sus talentos, andando el tiempo, fue elevado á la alta dignidad de arzobispo, despues á la de cardenal, y por último, al empleo político de Canciller de Inglaterra, en el cual adquirió la privanza omnimoda de su monarca, hasta el punto de decir *el rey y yo queremos*.

El palacio á que hemos hecho referencia era el de Hamptoncourt; y su dueño, el arzobispo de York, el cardenal y Canciller de Inglaterra, amigo y privado del célebre Enrique Tudor, octavo de su nombre, era el hijo de un carnicero de Ipswich, y se llamaba Tomas Wolsey.

Habiendo este llegado á tal grado de privanza, se comprenderá facilmente que entonces, como antes y despues, valia mas conquistarse la voluntad del valido que la del mismo rey; lo cual ha sucedido ordinariamente con esa clase de hombres hábiles: lo mismo en tiempo de don Juan II con don Alvaro de Luna, que en tiempo de Enrique IV con el marqués de Villena y Beltran de la Cueva; lo mismo en la época de Felipe III con el duque de Lerma, que en la de Felipe IV con el conde-duque de Olivares, y en la de Carlos IV con el Príncipe de la Paz. Y en Francia Richelieu y Mazarino con Luis XIII y Luis XIV, y Buckingham con Carlos I en Inglaterra, prueban hasta qué punto los validos son siempre mas reyes que los mismos reyes.

Ya en Londres la duquesa de San-Rafael, en compañía del buen baron, de su doncella Margarita y de su page Nuño, hubo de reflexionar sobre el medio de influir en el ánimo del cardenal; es decir, sobre la manera con que formularia sus gestiones con aquel.

Por fortuna de la duquesa, no tenia esta que calcular mucho en los medios que habria de emplear, porque los flancos vulnerables del ministro-cardenal eran los dos magnífi-

cos pecados mortales mas generales en la gente de su clase; la ambicion y la codicia; hé aqui los dos polos sobre los que giraba constantemente el valido. Hay mucho camino adelantado para batir á un enemigo, cuando se tiene conocimiento de sus lados débiles.

Estrella no abrigaba mas que una idea, vencer á Carlos en su ambiciosa aspiracion, y un solo sentimiento, su venganza; pero pensaba en su proyecto de dia en dia con mas fuerza, con esa intensidad y con esa constancia de hora á hora, de minuto á minuto, que no cesa ni un instante siquiera; con ese afan tranquilo, pero seguro, constante, eterno, que es mas poderoso que la palanca de Arquimedes; con esa fuerza de voluntad, á la cual nada se resiste, y que daría siempre por resultado, bien dirigidos los esfuerzos, un trono; con esa constancia peculiar de los temperamentos mixtos, propios solamente de los hombres superiores. Sus gestiones continuaban siendo favorables á su propósito, lo mismo en España que en Francia y en Italia: entre tanto las semillas de la discordia civil iban fermentando y adquiriendo nuevas proporciones. Las personas comprometidas ya en la liga general, no eran de las que retroceden facilmente una vez emprendida una marcha.

Estrella entonces solo se ocupaba en preparar su ánimo para decidir al ministro del rey de Inglaterra.

Una mañana se hallaban dos personas de diferentes paises admiradas de ver el lujo sibarítico que se respiraba en el magnifico palacio de Hamptoncourt, sino confundidas completamente, al menos revueltas entre tanta librea y tantos distintos uniformes, sobre cuyos plumeros brillaban las alabardas de unos soldados y los mosquetes de otros, acaso no tanto como el oro de los galoneados jubones y almillas y los lucientes cintillos y preseas de los morriones, sombreros y gorras de aquella bulliciosa gente.

Un ugier habia reclamado por tres veces en menos de un cuarto de hora que guardase silencio aquella gente oficial, lo mismo que la multitud de pretendientes que llena-

ban las salas próximas á la cámara en donde solia dar audiencia el ministro antes de ir al despacho con el rey.

En el mismo espacio de tiempo se habian cruzado mas de seis veces las alabardas de los soldados de la puerta de la cámara de audiencia impidiendo el paso á varias personas de alguna importancia al parecer, y que á pesar de murmurar por lo bajo algunas palabras á los centinelas, habian sido rechazadas completamente.

El cardenal-ministro estaba sin duda enfermo ó muy gravemente ocupado: era esa al menos la opinion general, atendida su ordinaria exactitud, y puesto que habia ya sonado hacia rato la hora de la audiencia.

Nuestros dos extranjeros apenas escitaban entre aquella muchedumbre una sola mirada de curiosidad, á pesar de la belleza no vulgar de uno de ellos, cuya mediana estatura, hermoso color y largos bucles sobre la espalda, escapándose de debajo de una gorrita de terciopelo negro, revelaban á un jóven en la adolescencia. El otro era muy entrado en años, y observaba con cierto orgulloso desden cuanto pasaba en derredor suyo.

— Sabeis, dijo este á su compañero, que no es facil empresa la de ver hoy á monseñor de Wolsey! Qué quereis apostar á que mas pronto vemos á Enrique VIII?

— Verdaderamente, respondió el mozo con una voz muy delicada, pero con acento seguro, eso prueba que hemos venido á ver al verdadero rey de Inglaterra. Quereis probar, baron, si esos diablos de centinelas os quieren hacer la merced de permitirme el paso hasta el buen ministro?

— Creo que será tiempo perdido, señor conde; repuso con amabilidad el anciano; sin embargo, voy á probar.

En efecto, acercóse este á los centinelas, despues de algunos esfuerzos para llegar hasta alli. Las alabardas se cruzaron; entonces el extranjero dijo en su idioma algunas palabras, que no fueron comprendidas por los soldados, pero que motivaron el que se acercase cierto empleado que dirigiéndose al primero, preguntó en el idioma que este

habia usado, qué se le ofrecia. El forastero comprendió que se las habia con un intérprete, lo cual le sacó ciertamente de un gran embarazo.

— Deseo, le contestó el anciano en francés, que ese compañero mio vea á monseñor. Decidle que está aqui el jóven estrangero de la primera nobleza que tiene un asunto importante que tratar con Su Gracia.

El intérprete replicó que no se podia pasar recado al ministro. Los centinelas permanecieron con las armas en cruz.

El estrangero se desesperaba y queria convencer al intérprete de lo importante de la comision que tenia que evacuar su compañero, mas este se adelantó entonces y dijo al oido del intérprete estas palabras:—*Romæ Cesar pro Thomassio Wolsey.*—El intérprete hizo una seña á los centinelas, y en el mismo instante las alabardas se separaron, y cediendo la puerta al ligero empuje de una delicada mano, dió paso al que la impelia, que no era otro que nuestro jóven de los negros rizos.

El anciano quedó esperando la salida de aquel.

El hijo del cortador de Ispwich se hallaba sentado, ó por mejor decir, tendido en un gran sitial de damasco verde claveteado de oro, y con los ojos fijos en un libro que estaba en un ligero atril de ébano, colocado esbeltamente en un brazo del sillón, y que giraba y se estendia ó acortaba en todas direcciones.

La estancia era de un lujo fabuloso y deslumbrador.

Al entrar nuestro jóven, alzó el ministro sus ojos y preguntó con tono imperioso:

— Quién sois?

— *Romæ Cesaris pro Thomassio...* replicó el jóven al punto sin descubrirse, y adelantando hácia el cardenal á cada palabra que salia de sus labios.

— Ah! bien, bien! Con que sois vos, ilustre conde de Ricote! añadió medio en inglés y medio en español su eminen-
cia.

— Para servir á Dios y á mi... causa; repuso el conde, ó sea nuestra amiga la duquesa de San-Rafael, que no se atrevió á concluir la sacramental frase de la época con la palabra rey.

— Os esperaba desde ayer, señor conde.

— Gracias, monseñor; pero no ha estado en lo posible el presentarme antes... además, así habreis tenido tiempo de examinar el pliego que tuve la honra de dirigiros...

— Precisamente: he pensado sobre ello, y creo que...

— Nos entenderemos... señor cardenal? Así lo espero.

— Es algo difícil, señor conde, el hacer ver así la cuestión á Enrique VIII, porque Su Gracia...

— Permitidme, monseñor; no se trata de lo que piensa ó puede pensar Su Gracia, sino de lo que opinais vos... El verdadero rey de Inglaterra, sin adulacion, sois vos; y por eso el escusarme la honra de hablar á Enrique, á trueque de tener la de escucharos primeramente, y acaso tan solo á vos.

— Gracias! jóven, gracias!... mas viniendo al asunto, vos creéis que la Europa está con los ojos fijos en España y Francia.

— Señor ministro, hasta ahora pretenden ostensiblemente el Imperio Carlos de Austria y Francisco de Valois, que por cierto no cuentan con un poderoso protector...

— Quién, señor conde?

— El mismo que me dijo las palabras, merced á las cuales tuve la facilidad de hacer que llegase mi pliego hasta vos, y hoy la distincion y el honor de veros.

— Cómo, Leon X?...

— Le he hablado, presentándole la cuestión respecto á Francisco I y á Carlos de Austria, y he sabido hacer que se decida por Enrique Tudor: como veis, monseñor, eso es mucho.

— Ciertamente, porque al fin, amigo conde, los arzobispos de Tréveris, Maguncia y Colonia son votos casi seguros de...

— El magnífico Leon X; y tres votos seguros de siete... buen cardenal...

— Sin duda es mucho, porque con un solo voto mas que se decida por Enrique...

— Que vos conquisteis para Su Gracia, señor Canciller, como los demas procurarán hacerlo; con ese voto mas tendríais mayoría en la Dieta.

— Y quién puede asegurar que los arzobispos electores no se rebelarán en esa cuestion, bien por la religiosa que arde hoy en toda la Alemania, bien por ambiciones particulares de entre los mismos electores, bien por mezquinos intereses puestos en juego por cualquiera de los dos pretendientes del continente europeo?

— Recuerde, monseñor, que si es eso probable, lo es mas el que Leon X tiene muchos medios de conviccion de evidentes resultados... la Basilica es una mina inagotable de oro que puede dirigir su filon hácia Tréveris, lo mismo que hácia Colonia y Maguncia, y Leon X ademas tiene en perspectiva para cada arzobispo una esclavina encarnada, que es el sueño dorado de todos los eclesiásticos...

— El leon de Castilla y las lises de Francia no verán con gusto acercarse al lugar de la contienda al leopardo de Inglaterra...

— Vano recelo, monseñor! La fortuna es de los que se atreven... luego y en último caso, el apoyo de Roma...

— Enrique cree que rodeado completamente su territorio por el mar, dificilmente podria vigilar aquel pais... Qué digo? De hecho tendria que optar entre la Isla ó el Continente; y Enrique, estoy seguro, no abandona sus planes de sumision de toda la Inglaterra bajo su cetro, á pesar de todas las Alemanias del mundo: y sino logra la dominacion universal por tierra, echará los cimientos á la dominacion por mar de todo el globo: aspira á tener las llaves de todos los puertos desde el mar Glacial y la Islandia hasta el estrecho de Hércules. Creeis, buen conde, que no es bastante esa ambicion para satisfacer á un rey jóven?

— Decid mas bien, señor ministro, que dando rienda á esa ambicion no hay nada que gastar... Ademas, monseñor,

creéis tan fácil la sumisión á la Inglaterra de esas dos hermanas Escocia é Irlanda? Dios quiera que esos diablos de montañeses no se os vengan encima, como aludes de nieve desprendidos, á aplastaros en su rápido descenso... Y últimamente, el brillo de la corona de Alemania es como el sol, mientras que el resplandor de la corona de Inglaterra, aunque llegáseis á reunir los tres reinos bajo vuestro cetro, no es mas que el resplandor de una aurora boreal: Enrique VIII es digno de mayor gloria; el hijo de Enrique VII, uno de los rēyes mas poderosos de Inglaterra, puede aspirar á ser emperador de Alemania, protector del Vicario de Jesucristo y rey de estas islas, de las tres perlas del Atlántico. Vuestro poder inmenso entonces pondria bajo vuestra tutela á todos los monarcas de Europa, que no serian en realidad mas que procónsules ó lugar-tenientes de Enrique. No os encanta, señor, la idea de tanta grandeza? El Júpiter de la fábula no era, por cierto, mas poderoso que lo sería el hijo de Enrique VII...

— Magnífica perspectiva acabais de presentar, jóven, para la ambicion de un rey... mas tratándose de Roma y de un imperio, es cosa de vaciar muchas libras en esas dos simas; y recordad que desde la guerra de las *dos Rosas* no ha quedado la Inglaterra para esquilmos... si pudiésemos contentar á Leon X solo con promesas...

— Yo os hago una en su nombre, cardenal.

— Cuál es? decid.

— La de colmar un gran deseo de Enrique... cederle el título de *Cristianísimo*, que el rey de Francia va á perder con su conducta de desvío y desobediencia á Roma...

— Efectivamente, mucho desea aun Enrique ese dictado.

— Os hago otra promesa tambien en nombre de Su Santidad.

— Hablad, conde.

— La de cederos á beneficio de vuestros pobres artistas y estudiantes de Oxford todos los millares de libras que

Enrique, según vuestro consejo, hubiese de dar para la obra de la Basílica.

Estrella se proponía echar mano de sus riquezas en favor de Leon X, si llegaba á ser necesario.

—Estais tentador, conde de Ricote.

—Ultimamente, os hago otra promesa, pero esta es en mi nombre, señor cardenal-ministro.

—Ya os escucho.

—La de aseguraros la protección de Carlos de Austria contra todo otro individuo del Cónclave á la muerte del sumo Pontífice reinante.

—Es tan jóven ese Médicis...

—Una razón mas para que viva poco. Creéis que la corte romana lleva con paciencia un pontificado largo?

—En efecto, es probable, porque la experiencia...

—Así lo acredita, señor cardenal.

—Mas cómo me asegurais esa protección de Carlos I en el caso del fallecimiento del Santo Padre, cuando su interés está por el contrario en que Enrique no se presente?

—Antes necesito saber si aceptais mis condiciones, monseñor Wolsey.

—Todas me parecen aceptables: especialmente la última me conviene mas, aunque es la menos probable.

—Menos segura direis, monseñor; porque las anteriores son evidentes.

El cardenal-ministro era atacado de repente y con valentía por sus dos flancos vulnerables: á las primeras indicaciones empezó á vacilar.

—Mas explicadme, conde, cómo me asegurais la protección de Carlos...

—Dándoos un arma contra él mismo, arma que podreis hacer valer si ese caso ocurre en vida vuestra; en otro, que no es probable, vos me hariais devolver ese documento.

—Mas de qué documento hablais, buen conde?

—De una firma en blanco del rey, que vos podreis negociar con él á vuestro placer...

- Cómo? Teneis vos una firma del rey Carlos?...
- En blanco!
- Y me respondeis de que sea verdadera?
- Con mi cabeza.
- Y si yo prefiriese?...
- Os daría montes de oro á cambio de esa firma... Podriais, por ejemplo, pedirle ahora que no se opusiera al Imperio, exigiéndole su renuncia, ó la revocacion del edicto de los Reyes Católicos contra los judíos, á cambio de esa firma; y ya veis cuánto podria valeros esa exigencia por su parte, ó por parte de los israelitas agradecidos.
- Ciertamente... y dónde teneis ese documento?
- Monseñor, está en lugar seguro. Juego limpio, y...
- Entiendo; sois desconfiado, conde.
- Precavido... qué quereis? en negocios de alguna importancia...
- Qué seguridades quereis?
- Probadme que antes de salir yo del territorio inglés habrá hecho gestiones Enrique.
- Cómo?
- Cardenal, aceptando las ofertas de Leon X por letras oficiales de que será portador una persona que saldrá en mi compañía... En el mismo instante otra enviada por mí os entregará el documento de que os he hablado.
- Pensais ver á Enrique VIII?
- Es inútil; eso es completamente asunto que os concierne á vos solo.
- Cuándo, pues, marchais, buen conde?
- Mañana, señor ministro.
- Voy ahora mismo á hablar á Enrique... y mañana saldrá de aqui un gentil-hombre con orden de obedecer completamente vuestras instrucciones.
- El cardenal tocó un resorte disimulado en la pared junto á la mesa de despacho de aquel, y á lo lejos pareció oirse la vibracion de una pequeña campana que se perdió en los ámbitos interiores de tan vasto edificio.

Estrella no observó ese movimiento, y salió vivamente de la estancia, porque recordaba que la estaba esperando afuera su leal amigo el baron de la Roche-Vermeille.

Al atravesar la tercer sala despues del gabinete en que Estrella habia sido recibida por el cardenal-ministro, se acercó á ella un ugiér y le hizo seña de que lo siguiese juntamente con el baron.

Hiciéronlo así, y al llegar á otra estancia en que solo habia algunos centinelas, Estrella vió que de repente cuatro mosqueteros, como llovidos, se apoderaron del baron, con ella otro hizo lo mismo tapándoles la boca con un pañuelo para hacer inútiles sus voces, y metiéndoles en distintos aposentos.

El baron no tuvo tiempo de echar mano á su espada, y Estrella, en honor de la verdad y de su sexo, diremos que la llevaba por adorno.

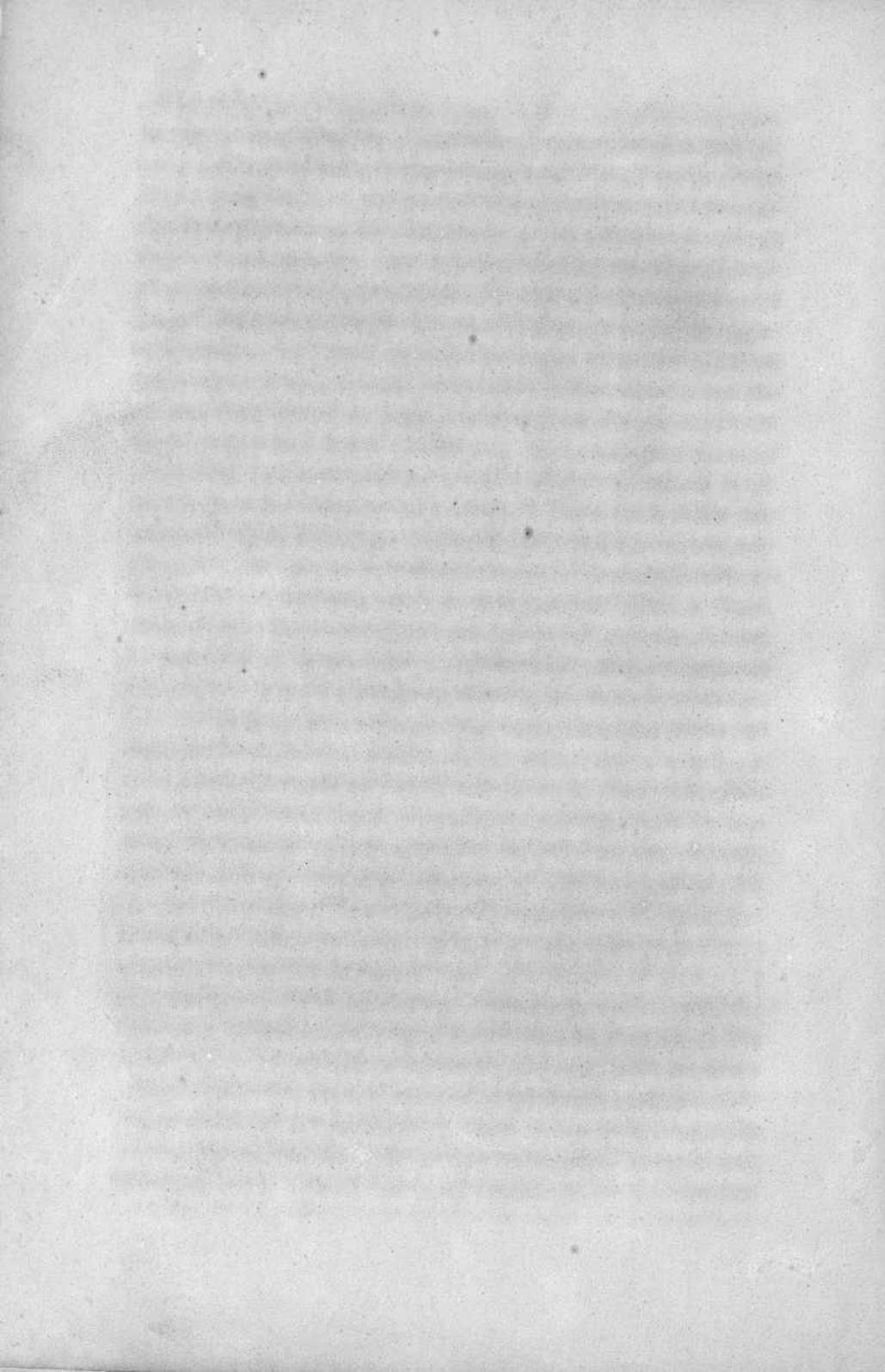
—Traicion! pudo apenas murmurar el baron, echando una mirada desconsolada á Estrella.

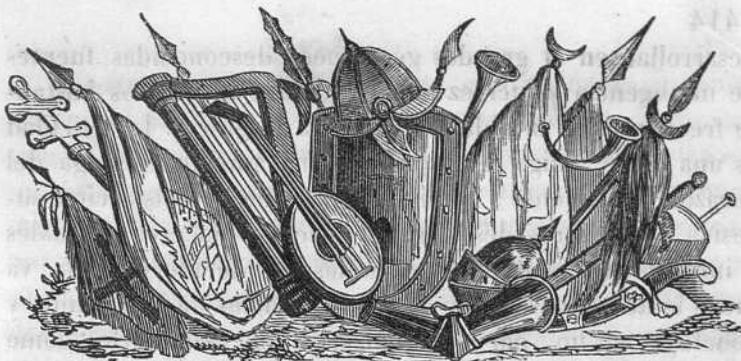
—Esperad! contestó ella con voz ahogada por la indignacion, y dirigiendo á su amigo un adios de despedida.





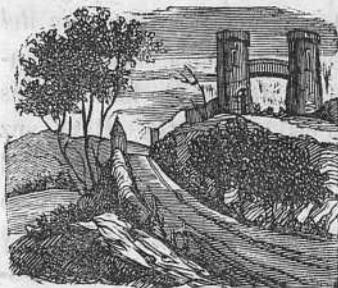
Siete Embajadores. — Lám. 15.





CAPÍTULO XXXIX.

LOS PRESOS DE HAMPTONCOURT.



AY momentos en la vida en que todos somos prudentes, reflexivos, circunspectos; momentos de completa severidad ejercida por nosotros y sobre nosotros mismos; momentos, en fin, en los cuales vemos claramente sin ningun género de preocupaciones que nos alteren la verdad; entonces las pasiones duermen ó yacen dominadas por la poderosa accion de la fria conciencia ó sea razon del hombre, y entonces tambien se

desarrollan en él grandes gérmenes, desconocidas fuentes de inteligencia y lucidez superior: esos momentos bastante frecuentes en la vida son los de la desgracia. La felicidad es una triste amiga del espíritu y una amable enemiga del corazón. Realmente, no siendo más que la satisfacción sucesiva de nuestros deseos, ó el goce de placeres sensuales ó imaginarios, abate el espíritu después de adormecerlo, va luego lentamente secando en él los raudales de lo sublime, y concluye, en fin, por materializarlo, que es matarlo, como matan la flor la nieve del polo y los abrasadores rayos de los trópicos. La desgracia, por el contrario, enaltece el alma, y esta, escudada con sus honrosos recuerdos ó con el consolador arrepentimiento de sus errores, adquiere nuevos bríos para abrir otros senderos á su porvenir. No hay nada pues más espiritual que la desgracia. Homero con vista no hubiera inmortalizado su desgracia cantando la *Iliada*, que ha atravesado veintiocho siglos, ni Tasso ni Cervantes habrían escrito la *Jerusalén* y el *Quijote* más que entre los hierros de una cárcel, ni Byron con dos hermosas piernas y feliz con su mujer habría concebido sus magníficas creaciones de *Childe-Harold*, *don Juan*, etc., ni Hoffmann siguiendo de consejero de regencia en Varsovia publicara sus *Cuentos fantásticos*, ni Goethe sin sus desengaños morales llegara nunca de su *Fausto*, poema acaso tan grande como la *Iliada*, á formar más que las primeras páginas, ni Balzac sin sus miserias horribles trazara su *fisiología del matrimonio* y la *piel de zapa*, que valen para algunos tanto como la *Odisea*; y lo mismo podría decirse de los filósofos y hombres superiores en las ciencias y las artes. Rara vez el genio y la aplicación se han desarrollado con la paz del alma ó la dicha mundana que se llama felicidad. Esta, lo repetimos, con su monotonía tranquila embota el talento y la sensibilidad del organismo más refinado; mientras la desgracia tiende al movimiento, al cambio, al progreso incesante, á la perfección que nunca se alcanza, porque está solo en lo infinito, en la inmortalidad.

Rogamos al lector que al ver esta introduccion no se asuste y deje caer de sus manos nuestro modesto libro, porque vaya á creer que nos hemos vuelto predicadores, ó que pensamos disertar metafisicamente sobre cualquier punto científico de los que traen hoy revuelto al mundo, como el magnetismo animal, la homeopatía, la navegacion aérea y la telegrafía eléctrica submarina, universal y acaso hasta lunar, las constituciones republicanas ó las repúblicas constitucionales, los gobiernos legisladores y las cámaras sin representacion: nada de eso, preparábamos al lector para que se formara una idea de lo que debia de sufrir el amor propio de la Roche-Vermeille el buen soldado francés, prisionero del inglés y cardenal Wolsey, y la contrariedad ú oposicion que en sus planes esperimentaria la altiva doña Estrella, viéndose vendida inopinadamente y presa tambien, mas que fuese en el célebre y nunca bien ponderado palacio de Hamptoncourt. Y sin embargo nada mas cierto que aquella solemne villanía, á la cual ella habia dado ocasion con su conducta aventurera y poco prudente, y por lo cual se convenia tambien.

No podemos ocuparnos de ambos prisioneros á un tiempo, por la sencilla razon de que fueron separadamente colocados Estrella y el baron. Aunque la galantería nos mande empezar por aquella, se conformarán las amables personas de su sexo con que no sea así, porque el orden histórico nos exige lo contrario. Tócale pues el turno al baron.

Este se encontró en una hermosa estancia, lujosamente alhajada, la cual tenia dos grandes ventanas que daban á un patío. En aquella habitacion nada faltaba de lo necesario y aun para la comodidad y recreo del ilustre huésped; cama colgada, nutrida chimenea, hermosa y escogida biblioteca, en la que figuraban en lujosas encuadernaciones *Petrarca*, *Boccaccio*, *Osian*, el bardo escocés y varios clásicos latinos. El baron no tenia sueño, y de consiguiente le era inútil la cama; no sentía el frio y por eso dejaba que se apagase la chimenea; no era hombre de letras, ni sabio co-

mo se decia entonces, ó literato como se llama hoy á cualquiera que traduce un *vaudeville* ó ensarta catorce malos versos con los que gana un *accessit* en un certámen, y de consiguiente el buen baron no leía... En cambio confortaba su estómago con sendas lonjas de jamon y magníficos trozos de venado asado, y procuraba desterrar su melancolía con frecuentes sorbos de buen vino español, que habia sobre una mesa en un ángulo de la cámara. La filosofía del baron era muy cómoda, porque se reducía á pensar en evadirse, al mismo tiempo que en comer y beber lo bastante para no desmayar en su buen propósito.

Asi, pues, comiendo y bebiendo, dando paseos de veinticinco pies de longitud que tenia la sala, arrellanándose en un cómodo sillón de baqueta de Escocia y madera de encina, con los ojos fijos unas veces en el techo de rico arteson, y otras, las mas, en la ventana mas próxima á su sitial; el buen baron habia pasado veinticuatro horas mortales sin ver de cerca á mas ser humano que el que le servia de repostero, y de lejos á los que de vez en cuando cruzaban por el patio que habia á unos cuarenta pies debajo del nivel de los suyos.

El baron no podia sospechar la causa de su arresto, porque en las dos veces que tuvo lugar de hablar con el cardenal para anunciarle la visita del supuesto conde de Ricote, solo deferencias habia recibido de aquel. La tarde que fueron arrestados Estrella y La Roche-Vermeille, es verdad que habia sido difícil la entrada de la primera en la cámara del purpurado; pero eso lo atribuyó el baron á que el dia de la entrevista se habia fijado por el último para el anterior, que ella desaprovechó á fin de hacer llegar á manos del ministro un pliego en que le enteraba de su cuestion diplomática, preparando asi el ánimo del político. Positivamente sin las palabras *Romæ Cæsar*, Estrella no hubiera franqueado las puertas de la cámara del valido de Enrique VIII, cuyo secreto hasta el mismo baron desconocia, y de ahí su sorpresa al ver cómo ella satisfizo al punto su

deseo. También sin la mediación del francés, la duquesa, válida de su contraseña, hubiera sido atendida desde luego por Wolsey.

De todo lo dicho resulta que, sino verdaderamente en la desesperación, ni siquiera en la desgracia para un hombre de gran corazón, al menos en el estado de incertidumbre y de impaciencia más grande, se hallaba el barón desconociendo la causa de su arresto, ignorando la hora de su libertad y también la suerte que en aquellos momentos le cabía á su ilustre y por entonces abandonada amiga. Estos y solo estos eran los puntos de meditación en que se engolfaba, fluctuaba y concluía por sumergirse nuestro preso. Era evidente que la situación se presentaba difícil y del todo oscuro el horizonte. Mas era también necesario tratar de despejar esa misma situación, empezando por salir de la estancia, aun en el caso de adquirir algunas nuevas sobre su suerte. Veamos pues cómo se condujo el barón, y si su filosofía fue bastante á darle serenidad para llevar á cabo un plan.

Hemos dicho que aquel creía la primera y más urgente necesidad para todo preso el lograr la libertad, y fuerza es convenir en que hasta ahí era lógico el barón.

Todo lo demás era secundario. Decíase él á sí propio: «Aquí encerrado de nada sirvo á la duquesa; luego es forzoso salir de aquí.»

Y decididamente resolvió evadirse y se puso á pensar en los medios de realizar tan grato empeño.

El barón, como buen soldado, empezó por explorar el terreno. Tocó todas las puertas, es decir, las dos que tenía la estancia... eran muy fuertes y estaban perfectamente cerradas, tanto que nuestro amigo se convenció de que por allí toda tentativa de evasión sería infructuosa... tanteó las paredes, levantando al efecto los tapices, pero aquellas no descubrieron abertura ni rendija la más pequeña, ni menos sonaban á hueco... la chimenea tenía un cañon muy estrecho, y sobre todo el barón no conocía mucho los delicados ejercicios gimnásticos de nuestros *clowns* del circo ecues-

tre de Paul... La ventana... oh, eso era horrible! una elevacion de cuarenta pies... no se podia pues humanamente pensar en la evasion por medios ordinarios. Esto lo comprendió el baron muy bien y á sus anchas en las veinticuatro horas que llevaba de encierro... Una feliz idea sin embargo le ocurre y solo espera la ocasion de ponerla por obra.

Como las dos serian de una de esas tardes de invierno que en Inglaterra son tan frecuentes y que tanta melancolia infunden: el cielo estaba opaco sin dejar entrever el sol por ningun lado del horizonte, el ambiente era ceniciento y con tintas oscuras, como si una mano atrevida hubiese trazado en las nubes algunos caracteres misteriosos, y el viento silbaba fuertemente acompañado de una menuda y fria lluvia que penetraba por la ventana y por el cañon de la chimenea formando un desagradable ruido: la atmósfera estaba bastante impregnada de vapores y cargada con exceso de electricidad, hasta el punto de hacerse penosa la respiracion. El anciano baron se sentía algo mal, y si hubiese sabido el inglés, positivamente habria conocido que tenia *spleen* sin advertirlo, y si hubiese alcanzado los adelantamientos de la civilizacion del siglo XIX, habria comprendido que tenia un ataque de nervios. La verdad es que estaba algo escitado, y eso se explica por la ansiedad que le devoraba y ademas por cierta secreta inquietud, acaso desconocida para él hasta entonces, pero que no podia vencer. Sería tal vez un presentimiento? Pronto lo verá el lector.

El baron bebió hasta cansarse, tanto que probablemente, por la primera vez de su vida se puso á hojear un tomo manuscrito de las poesías de Clotilde de Surville que allí se encontraba, pero que no vieron la luz pública sino muchos años despues. El baron habia oido la campana del reló principal del palacio dar las dos, las tres, y comprendió que faltarian pocos momentos para las cuatro, hora en que habia observado que le servian algun refrigerio... su plan estaba concebido con la resolucion de un hombre que para nada quiere la vida sin el don inestimable de la libertad.

De pronto le parece oír algún vago y lejano rumor que va poco á poco condensándose y haciéndose por tanto mas perceptible... luego siente clara y distintamente pisadas, despues un ligero murmullo... llegan... está ya la llave en la cerradura y abren ademas algún candado postizo... Llegó el momento! exclamó para sí el baron, y echando mano á su fiel espada, que tuvieron la indiscrecion ó galanteria de dejarle; se coloca cautelosamente tras de la puerta en acecho del que debia entrar.

En efecto, preséntase un repostero, page ó galopin con una bandeja de delicados manjares en las manos, adelantándose respetuosamente en la estancia y buscando con sus miradas al preso; la puerta iba á cerrarse tras él en el momento, pero entonces el baron interponiéndose de repente entre la hoja y el marco y espada en mano, que blandía con una fuerza y agilidad nada comunes, hiere á dos soldados que se hallaban á la parte exterior; y á pesar de la tenaz resistencia que á cada momento encontraba, logró atravesar dos desiertas salas, un corredor, bajar una escalera por donde se veía penetrar mucha luz, y unas veces corriendo, otras saltando, llegar á aquel mismo patio que veía desde sus habitaciones, libre ya de sus perseguidores. Allí tomó algún respiro, y vió que se hallaba su espada teñida en sangre y que sus vestidos tenian grandes manchas de lo mismo. El baron habia muerto á un soldado y herido á cuatro en su fuga, combatiendo con desesperacion y resuelto á comprar con su vida, si era menester, la libertad que le habia sido robada. Entonces envainó su espada y, metiéndose en aquel laberinto de corredores y galerias, llegó hasta el patio principal de Hamptoncourt sin el menor tropiezo, aunque escitando por su facha de extranjero algunas miradas de curiosidad inocente. Apresuróse el baron á ganar la calle primera que despues de atravesar una plaza se le ofreció, y muy pronto perdióse en aquel laberinto de calles que en Londres aun hoy conserva el nombre antonomástico de Citty.

Dejémosle vagar por ella y volvamos al palacio del cardenal, en donde nos hemos dejado á nuestra amiga doña Estrella.

Esta tuvo menos ocasion de impacientarse que el baron, porque muy pronto, á las pocas horas de hallarse encerrada en una de las salas mas espaciosas y elegantes de Hamptoncourt, sobre cuyas paredes y mobiliario lanzaron los ojos de la duquesa una sola mirada, acaso mas bien de desprecio que de admiracion; á las pocas horas, deciamos, se presentó en la cámara el mismo cardenal, dueño del palacio, para dar á conocer á Estrella sus intenciones.

Esta le vió entrar con ademan sereno, sentarse junto á ella y con afectada amabilidad decirle:

— Señor conde, vengo á escusarme con vos del rigor empleado para deteneros, porque ha sido preciso por vuestro compañero... Ese trage, señora, encubre mal vuestro sexo, porque la naturaleza ha sido con vos muy pródiga en sus dones y gracias... Supónese que lo que habeis tratado conmigo por escrito y de palabra era solo un pretesto para acercaros á mi ilustre monarca sin infundirme sospechas... á fin de llegar luego hasta la reina Catalina, que como española que es, y hallándose algo disgustada con Enrique por sus distracciones...

— Qué quereis decir, señor cardenal? Encerraos en los límites del decoro mas completo, ú os declaro que no tendré por mas tiempo el disgusto de escucharos, ya que no pueda á mi placer librarme de vuestra odiosa presencia...

La duquesa tenia retratados en su semblante el enojo y la ofensa hecha á su dignidad por un hombre que la suponía capaz de una superchería á ella adversario, es verdad, pero adversario leal. El ministro quedó algo desconcertado, y continuó:

— Es menester que vos y vuestro compañero, ese distinguido baron francés, que está tambien bajo mis órdenes...

— Bajo vuestros cerrojos, cardenal, direis, puesto que os gusta el innoble oficio de carcelero, sino digno de un

valido, del ministro del monarca inglés y de un arzobispo purpurado, dignísimo al menos del hijo del carnicero de Ipswich... No es cierto, monseñor arzobispo de York? repuso con desprecio y amarga ironía la duquesa.

—Sea, señora, como gustéis, replicó picado el cardenal con el rostro encendido y brotando chispas sus ojos; pero nadie escoge cuna y tanto mas vale el elevarse...

—Ea, callad, Tomás Wolsey! y os advierto que solo os escucharé contestándome pronto y categóricamente á estas preguntas: Qué queréis de mí y de mi amigo el digno baron de la Roche-Vermeille? Hasta cuándo pensais, contra todo derecho de las naciones, de la hospitalidad y de la caballeridad, seguir abusando de nuestras personas retenidas en un encierro?

—He tenido el honor de deciros antes que el interes primero para un ministro es el de su pais, y ahora añado que secuestrando vuestras personas, creo hacerle un gran servicio... Además, vuestro sexo puede justificar algun abuso, cuando este solo tiene por objeto en mí el acercarme á rendir á vuestra hermosura...

—Infame! exclamó Estrella levantándose, como herida de una conmocion eléctrica: os entiendo, os entiendo! Cayó de vuestro rostro tan venerable esa máscara hipócrita que le cubre á los ojos del vulgo... Está bien! oidme, hijo de John Wolsey, oidme y ateneos á lo que voy á deciros. Es inútil que volvais á presentaros en este sitio, porque sois á mis ojos el hombre mas despreciable de la tierra... No volveréis tampoco á oir el acento de mi voz, aunque tuvieseis la osadía de intentarlo; y últimamente, necesito ver al rey, á Enrique VIII, lo entendeis? para que me vuelva mi libertad y sepa de lo que es capaz su valido.

—Calmaos, señora! repuso con afectada tranquilidad el prelado inglés que se disponia á continuar, cuando ella le interrumpió con un enérgico ademan, y añadió estas palabras:

—Si antes de un cuarto de hora no estoy libre, Tomás

Wolsey, el rey sabrá que ha habido un hombre osado que puso sus ojos en una española...

— Hermosa y de la primera nobleza de su país... no queréis decir eso, señora?

— En una española que está muy por encima de las miserables aspiraciones de los vasallos, porque pertenece á la primera gerarquía del mundo!

— Qué queréis decir, señora?

— En una muger jóven, hermosa, noble y sobre todo virtuosa, que se llama Catalina de Aragon...

— Callad, callad, señora! por favor, callad! Mas cómo sabéis eso, quién os lo ha dicho? exclamó palideciendo el cardenal. Luego continuó: pero eso no puede ser; qué pruebas tenéis vos de eso, señora?

— Básteos saber que soy dueña de ese secreto, y que pienso hacer uso de él sino me sacáis ahora mismo de este encierro... Hay otra persona que sabe también vuestro delito... si pasan dos horas más y no estoy libre, no lo dudeis, Enrique VIII poseerá ese secreto, que indudablemente os costará la cabeza con escándalo de toda la cristiandad. Recibirá el ultrajado esposo el aviso de vuestra audacia en presencia de la misma reina, quien á pesar de su prudencia confirmará la noticia dicha con toda serenidad.

— Y quién es ese hombre? decid, señora, exclamó fuera de sí el cardenal.

— Ese caballero es el baron de la Roche-Vermeille, preso también por vos... pero yo le conozco y sé que solo matándole podriais hacer que no se evadiera y llegase hasta el rey. No tengo inconveniente en declarároslo.

— Bien, bien! murmuró el cardenal: coordinemos nuestras ideas... Tranquilizaos y esperad... Sí, sí, dentro de breves instantes estaré de vuelta y vos en libertad. Hasta luego, señora!

El cardenal hizo una reverencia y salió con paso precipitado. La duquesa le lanzó entonces una mirada de desprecio sin contestar á su saludo.

Algo mas satisfecha Estrella volvió á su meditacion.

Verdaderamente los dos presos de Hamptoncourt no se conformaban asi como quiera con su suerte.

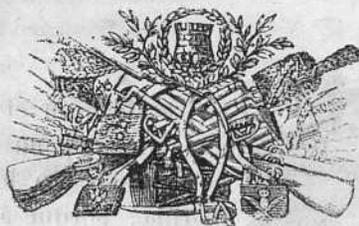
Ella no sabia lo que era del baron, pero presumió su fuga, de la cual esperaba tambien su libertad en último caso. Habiendo amenazado de aquella manera al cardenal, no dudaba que su situacion iba á despejarse.

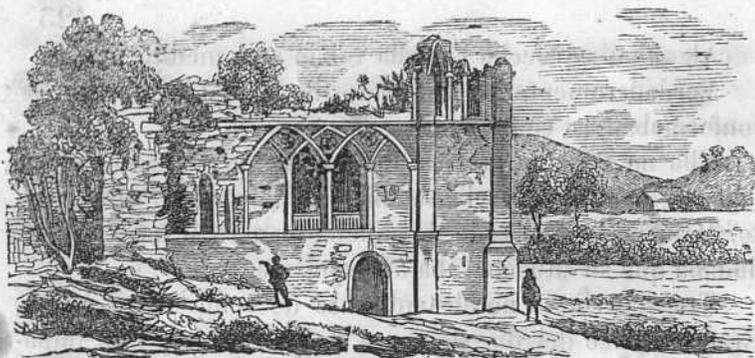
Transcurrieron no obstante mas de veinticuatro horas. Eran las cinco del dia siguiente al de su arresto y su impaciencia subia de punto, pues la promesa del cardenal no se cumplia con harta sorpresa de nuestra jóven.

De repente se abre una pequeña puerta de su estancia y aparece un hombre con el embozo hasta los ojos. Estrella cree reconocer á aquel hombre que le hace seña con la mano de seguirle ; pero ella vacila un momento.

— Soy yo, señora, huyamos ! le dice el desconocido en tono de precaucion.

— Gracias, señor ! os esperaba ! dijo Estrella corriendo á reunirse con el baron de la Roche-Vermeille.

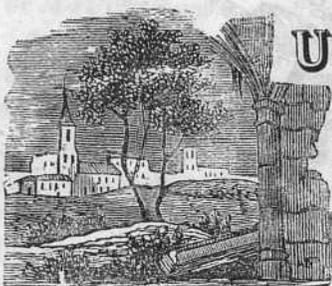




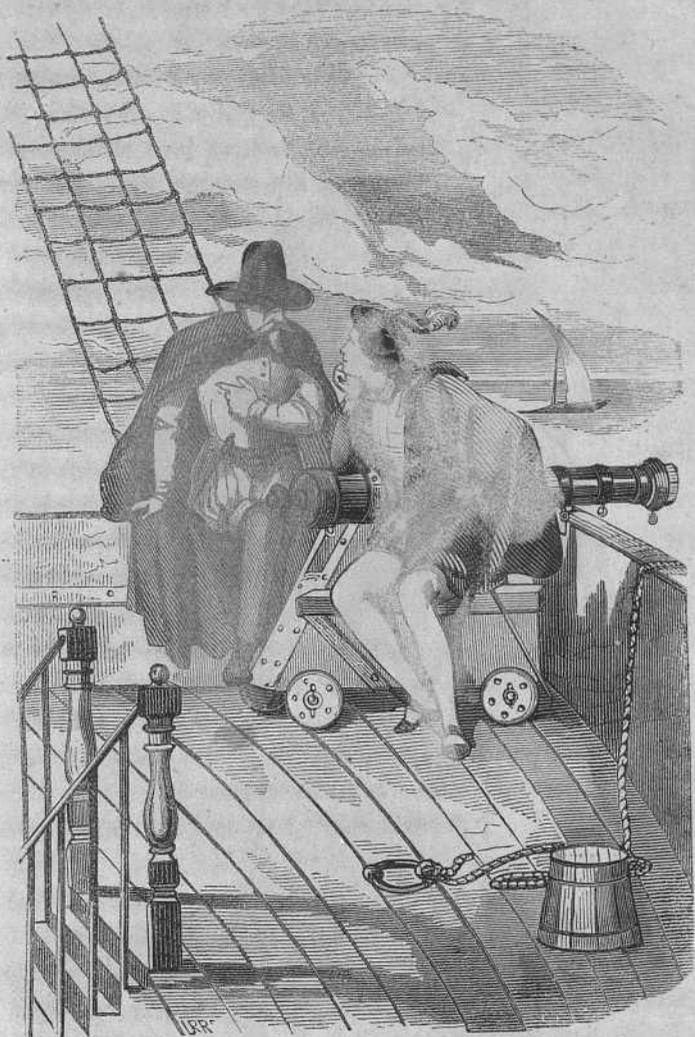
CAPÍTULO XL.



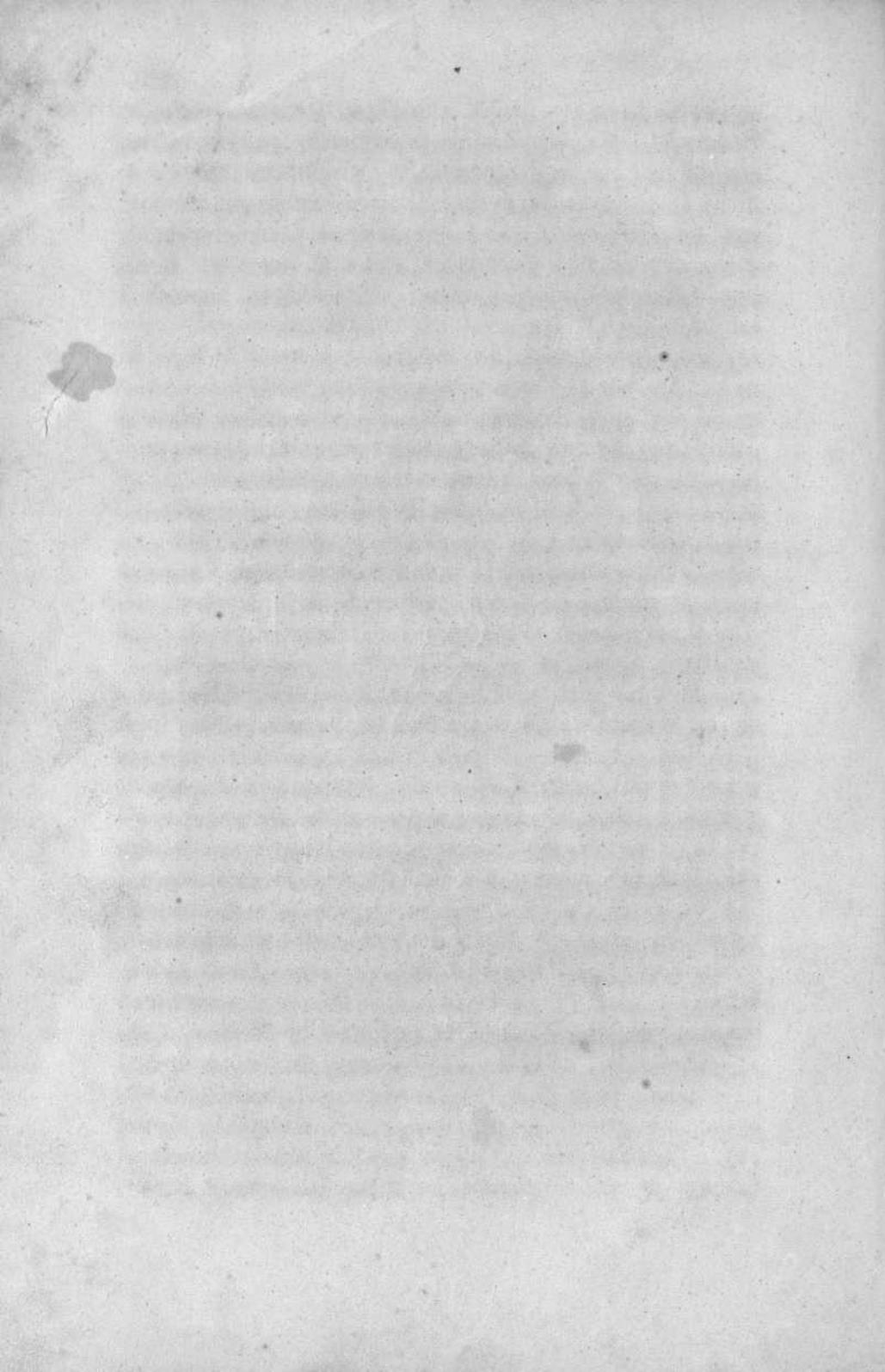
UN DIÁLOGO EN EL MAR Y OTRO EN LA TIERRA.



UNA carabela en el siglo XVI era una embarcación muy usual, y hoy célebre en los fastos de la marina, porque á ellas se debe el descubrimiento del Nuevo-Mundo. Sin entrar en grandes pormenores, convendrá decir que se designaban así unas embarcaciones largas y angostas de tres palos sin cofas y una sola cubierta, con espolon, como entonces se llamaba lo que hoy proa, llana popa y velas latinas.



Siete Embajadores. — Lám. 14.



Uno de estos pequeños buques cruzaban el canal de la Mancha el día siguiente al de la salvacion de nuestros amigos del palacio de Hamptoncourt; y sobre la cubierta de dicho buque se hallaban dos personas, un jóven, al parecer, y un anciano, ambos con largas capas y el primero gorra con pluma, y sombrero gacho el segundo, departiendo amistosamente, aunque habia calor en la conversacion.

Los viajeros tenian fijos los ojos en la costa de Inglaterra que acababan de dejar.

Al monótono compás de las hirvientes olas, cortadas por la proa ferrada de la carabela, y á pesar del constante vaiven de la misma, continuaba el diálogo de las dos personas que se hallaban sobre la popa, el cual transcribiremos al lector.

— Con que tanta osadía tuvo, señora? dijo sorprendido el mas anciano á su jóven interlocutor.

— Ciertamente, señor baron. Ese hombre es un malvado.

— Pero no temible. El caso es que vos lograsteis, duquesa, tenerle á raya y aun hacerle capitular.

— Sin embargo, veinticuatro horas mortales pasaron y él no cumplia su palabra. Yo llegué á temer que sabiendo que vos poseiais, como yo, el secreto de sus pretensiones con la reina de Inglaterra, fuese capaz de atentar á vuestra vida, puesto que de la revelacion de ese secreto depende hoy la suya. En el impetuoso carácter de Enrique VIII seria de temer para el valido que le hiciese cortar la cabeza y colgarla luego de una almena de la torre de Londres. Poner los ojos en Catalina de Aragon es audacia inconcebible en otro que el cardenal Wolsey...

— Mas cómo, mi ilustre amiga, supisteis ese secreto?

— Siendo yo menina de la reina doña Juana se ha hecho conversacion de ello entre esa augusta señora y su hijo el rey, á consecuencia de quejas que la reina de Inglaterra, tia como sabeis del príncipe, ha hecho llegar hasta los dos

augustos monarcas de España. Carlos, al tener de ello la primer noticia, quiso ponerlo en conocimiento de Enrique; mas luego, aconsejado por el astuto Gesvres, comprendió que valia mas guardar ese secreto para poder con él tener completamente á su devocion al valido en cualquier negocio importante que pudiese ocurrir entre aquel pais y España.

— Comprendo, señora! De esa suerte Wolsey está á las órdenes de Gesvres... Mas ahora no se me alcanza por qué no ha impedido el cardenal á todo trance el que saliésemos nosotros de Inglaterra y aun de su poder... No olvidéis, señora, que hay secretos cuya posesion, como su revelacion, puede costar la vida, y que el que vos me comunicásteis del hipócrita Wolsey es de esa clase.

— Hé ahí porque á pesar de mi exigencia de que me pudiese en libertad al punto, no lo hizo y se tomó todo el dia para deliberar... Y si él no se atrevió á disponer de nuestras vidas, es porque temia que hubiese alguno que lo refiriera todo al rey. Yo ademas le habia advertido que cuando saliese de Inglaterra un emisario suyo para ir á gestionar en favor de Enrique con el Santo Padre, recibiria el mismo ministro la firma en blanco de Carlos... Verdaderamente poseyendo el príncipe el secreto del cardenal, de nada podría servir á este el pergamino que vos tanto codiciásteis, y que es causa de la muerte de vuestro leal amigo.

— Y bien, hoy á qué debemos atenernos, duquesa y señora mia?

— Voy á manifestaros mi línea de conducta. Es verdad que vos debísteis vuestra libertad á vuestro arrojo; pero no es menos cierto que la hubiérais obtenido pocos momentos despues sin tanto estrépito: no lo dudeis, el cardenal me temió.

— Y por eso cuando me presenté á él muy sereno, despues de haberle hecho escribir de mi parte que quedaba en avisar de todo al rey una persona, vuestro page Nuño, señora, si atentaba contra la libertad de ambos; despues

de eso, él mismo me facilitó medio de llegar hasta vuestra cámara y la llave para sacaros de ella. Ya estamos libres, camino de Francia y con buen viento, y Nuño y Margarita nos acompañan también repuestos de la zozobra que les causara vuestra ausencia... Debeis pues estar ya tranquila y comunicarme vuestros proyectos en la parte que creais conveniente para que trate de secundarlos en lo que esté á mi alcance.

—Lo sé, baron, y os lo agradezco...

—No se trata de agradecimiento, sino de lo que pensais hacer en pisando tierra de Francia.

—Escuchad, amigo La Roche-Vermeille. Creo que Wolsey cumplirá su palabra de decidir al buen Enrique á que se presente en la liza de monarcas al Imperio, puesto que le ha de apoyar Leon X; y eso no por otra razon sino porque mi secreto le hace nuestro completamente. El emisario que el cardenal envía á Roma viene en esta misma carabela y obedecerá mis instrucciones: esa es su consigna.

—Y bien, señora?

—Voy á enviarle á Roma porque aun es hoy muy posible que el Pontifice mude de opinion y se empeñe en no seguir protegiendo á Enrique. Ese buen Médicis tiene ahora tantas exigencias de Carlos de Austria y de Francisco de Valois... ademas esos venecianos son tan sagaces, que es difícil ver claro en ese asunto... Los reyes tienen mucho oro... los electores alemanes son pobres y cederán tan pronto á unos como á otros. La cuestion será reñida: vais á verlo, baron, y en todo caso, como buen súbdito francés, estais autorizado para trabajar en favor de Francisco; ya sabeis que en ello me dais placer.

Aqui llegaron de su diálogo el baron y Estrella, resultando que esta conservaba aun en su poder el documento en blanco contra Carlos I, que pudo conservar, merced á la conducta observada con ambos por el cardenal Wolsey.

Dejémosles pues continuar su viaje, y con permiso de los lectores y validos del poder inmenso de todo novelis-

ta, trasladémonos á otra parte, algo distante por cierto de las aguas de Inglaterra, para ver lo que sucedia entre tanto con los demas personajes de nuestra historia.

Nuestros amables lectores recordarán que en el capítulo XXXVII dejamos al rey Carlos pensando en sus proyectos imperiales, despues de haber tenido una conferencia con su amigo el bufon Justino, y de haber enviado á una persona con un mensaje al parecer urgente.

Un jóven se presentó pocos momentos despues al príncipe y tuvo con este una conferencia, de la que resultó saber todos los pormenores de la desgracia de Ursula, su reclusion y evasion del convento con ausilio de su amante. Despues de enterado de todo con escrupulosidad, Carlos quiso que, mientras el mismo Acuña designaba convento en donde depositar á Ursula, esta estuviese sin ser vista mas que de las personas indispensables en un aposento del mismo palacio, para ponerla á cubierto de cualquier gestion de la abadesa, cuyas iras podian ser sensibles para aquella infeliz.

Hizose todo como el rey ordenaba, y este volvió á ocuparse en sus ideas, en su ambicion, que era su constante afan, que le habia robado el sueño, y que le dominaba como un vértigo en la vigilia. Siempre el Imperio, siempre Francisco I, Enrique VIII y Leon X, siempre Estrella fugitiva y aventurera oponiéndose á sus planes acaso con mas fortuna de lo que podia esperarse, siempre el judío Efrain y su horóscopo estaban todos en su mente como sueños, como visiones ó fantasmas mortificadores. Hasta el recuerdo de la muerte del embajador de Albret le incomodaba, porque la veía unida á la cuestion de sus aspiraciones.

Aquella misma mañana y despues de la entrevista que hemos indicado tenida entre el rey y otro jóven, que era

Ignacio de Loyola, este se fue en busca de su amigo Acuña para ponerle al corriente de todo, mas no pudo hallarle. Veamos ahora si tuvo mas suerte el bufon.

En cuanto salió Justino de la cámara real fue corriendo á despojarse de su traje ordinario de bufon, y se envolvió en una pequeña capa, de manera que parecia un niño de unos seis años; y cubierto el rostro con el embozo, nadie le conocia ni siquiera reparaba en él.

Su paso era acelerado.

Entró, despues de recorrer varias callejuelas y encrucijadas, en una taberna, y á un golpe de vista registró escrupulosamente todos los rincones.

De pronto brillaron con alegría sus ojos. Era pues evidente que habia encontrado á la persona que buscaba, y asi era en efecto.

— Tenemos que hablar: le dijo el enano á un jóven con traje de militar, que estaba sentado á una mesa bebiendo vino del campo de Tarragona.

— Ya os escucho: estamos solos y la ocasion es buena, amigo Justino: repuso el mozo atusándose el bigote.

— He hablado con el rey, don Fernando.

— Y qué hay de bueno?

— Mucho. Vais á Alemania.

— A qué, bufon, acaso á buscar al diácono?

— A llevar un mensaje de parte del rey.

— A quién?

— A don Antonio de Leiva.

— Está allí ese gefe?

— Lo suponemos el rey y yo, porque no está aqui.

— Y no hay mas razon que esa, Justino?

— Hay otra. En Alemania se supone tambien que está el matador del conde de Burgos, hermano de Leiva.

— Ya! y el deseo de vengarse lleva allí á don Antonio...

— Precisamente, capitan; y yo puedo aseguraros que os conviene secundar en su venganza á Leiva.

— Cómo asi, Justino?

— Porque el robador de Ursula y el matador del conde, segun todos mis cálculos son una misma persona...

— Bleimberg? Ira de Dios!

— Callad, capitan, y tened entendido que Leiva sabrá encontrarle, esto es, distinguirle entre todos los emisarios que hoy tiene en Alemania S. A. No disputeis á Leiva su venganza, que él obtendrá mas facilmente el perdon del principe.

— Oh! no; ha de morir á mis manos ese monstruo... lo juro por...

— Nada de juramentos. Mas oid lo que voy á deciros.

Sereis portador de esa misma cajita de joyas que trageis de Santa Engracia, y que debereis entregar á Leiva, pues con esos valores se cuenta para el mantenimiento de un cuerpo de tropas en un Círculo aleman á fin de asegurar la eleccion del principe. Ya sabeis cuánto empeño tiene en tal empresa Carlos, y de consiguiente que es menester hacer milagros para obtener un éxito favorable.

— Ciertamente, y qué?...

— Bleimberg es codicioso como Gesvres: debeis espiarle bien, incesantemente, y si llegais á traslucir que se vende á Francisco I ó á algunos de los electores, entonces participádselo á Leiva para que lo arranque de alli al punto, y no perjudique con su talento y recursos á Carlos.

— Mejor direis, Justino, que le arranquemos el corazon, porque Leiva y yo tenemos ese deseo, y entonces no tendria la salvaguardia de estar haciendo un servicio importante al principe.

— Para ese caso necesitais probar á Leiva de una manera evidente que Bleimberg es el matador de su hermano...

— Y eso cómo, enano?

— Cuando trajeron á palacio la daga homicida y antes que se apoderase de ella Leiva, tuve ocasion de examinarla y...

— Qué, amigo Justino?

— He leído en ella el nombre del asesino...

— Cristian Bleimberg?

— El mismo. Las dagas flamencas tienen el pomo con un tornillo, que desenroscándose deja ver una espiga de acero que sujeta el puño; sacando este se lee en aquella en pequeños caracteres el nombre del dueño. Yo conocía este mecanismo por haber visto alguna daga así; y sospechando si sería la encontrada con el cadáver del conde de Burgos de esa clase, me puse á examinarla y hallé grabado su nombre.

— Y el rey?...

— Nada sabe, capitán. Qué interés tenía yo en revelárselo entonces? Ahora procurad valeros de esa noticia para cuando sea ocasión oportuna: ya sabéis que la vida de Bleimberg está en vuestras manos. Sed discreto y procurad conciliar vuestra venganza con los intereses de nuestro rey y señor.

— Lo haré, Justino. Os doy infinitas gracias por la señalada merced que me habeis hecho.

— El rey os enviará á llamar, ú os hará comunicar por algun gefe su resolucion. Disimulad y obedeced, amigo mio. Ah! se me olvidaba. Tengo encargo del rey de deciros que designeis claustro para la custodia de la pobre Ursula.

— Eso ha dicho S. A.?

— Lo deja á vuestra eleccion, Acuña.

— Pues yo á la suya. Respetaré completamente lo que haga y ordene el principe, puesto que ha colocado á esa infeliz bajo su proteccion.

— Ahora separémonos y marchad vos á vuestro puesto, porque el rey os hará buscar inmediatamente.

— Adios, Justino. Hasta la vuelta.

— Id con él, buen caballero: repuso el enano, y apretando la mano de su compañero, se envolvió en su pequeño manto y salió apresuradamente de la taberna.

El capitán arrojó una moneda de plata sobre la mesa,

se atusó el bigote, y pocos momentos despues salió tambien en direccion de su hospedage á esperar las ordenes del rey, lleno de impaciencia por tocar el resultado de su comision en Alemania, y de hallarse frente á frente con el diácono Bleimberg, objeto entonces de todas sus ideas de venganza, que casi eclipsaban el recuerdo de su desgraciada amante.

En efecto, Justino tenia razon, y el capitan Acuña se convenció de ello bien pronto, porque al llegar á su morada se encontró ya con el aviso del rey.

Fue inmediatamente á recibir las órdenes del príncipe, y al dia siguiente, provisto de una carta para don Antonio de Leiva y de la cajita del dinero y de las alhajas, emprendió su largo viaje.

Esto sucedia algunos dias despues que Estrella y el baron su amigo comenzaran tambien, ó por mejor decir, continuaran el suyo con idéntica direccion.

Llegados los últimos á Francia, Estrella dió orden al emisario de Wolsey, que como hemos dicho iba en la misma carabela que aquella, para que marchase en derecha á la corte pontificia, pusiese en juego su influencia en nombre del monarca inglés en la cuestion de la eleccion de emperador, y luego fuese dándole cuenta de cuanto Su Santidad le manifestase, asi como de la disposicion de su ánimo en lo sucesivo. Estrella desconfiaba bastante de Leon X, y acaso tenia razon para ello.

El mensajero de Wolsey partió, quedando en escribir á la duquesa sobre cuanto ocurriese, conforme á sus instrucciones.

En esto iba tocando á su término el mes de marzo de 1549, y Estrella contaba los minutos que pasaban sin hallarse aun sobre el terreno en donde debia librarse la batalla electoral, y donde por tanto hacia mas falta su presencia.

Entre tanto las gestiones de Francisco I iban tomando mas cuerpo, y lo mismo las de Carlos de Austria.

Las de los electores seguian en cierta manera neutra-

les, por cuanto de entre ellos á un no se habia presentado ningun aspirante. Al contrario, hasta entonces todos ellos, al parecer, vacilaban entre los dos monarcas que ya se habian manifestado ostensiblemente.

Leon X tampoco se descuidaba. Pero los presentimientos de Estrella fueron fundados.

Hora es ya de que nos traslademos de nuevo al teatro de las intrigas y centro de las aspiraciones de los reyes mas poderosos de la cristiandad.

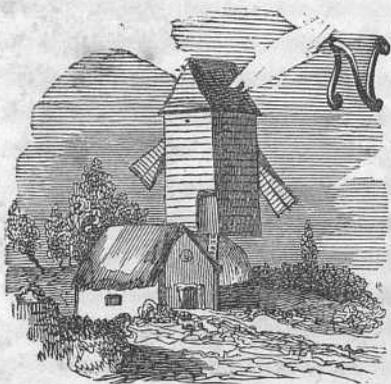




CAPÍTULO XLI.



UNA FUGA Á TIEMPO.



o habrán olvidado los lectores á don Hugo de Moncada el marino, que en el capítulo 16 de esta novela habia recibido orden terminante del rey para marchar á Italia con ánimo de ver al Sumo Pontífice y explorar su ánimo sobre la cuestion del Imperio. En efecto, la orden se cumplió, y don Hugo comprendió muy pronto que Carlos no seria apoyado por Leon X, pues este tenia muy presente la rota que sufrieron en Argel poco

antes las armas españolas al mando del mismo Moncada. En balde fue que dijese este que tenía ya preparadas trece galeras, setenta embarcaciones de guerra de distinta clase y otras muchas para poder conducir diez mil infantes, ochocientos hombres de armas, quinientos caballos ligeros y gran provision de vituallas para el ejército; en balde que ponía toda esa escuadra á sus órdenes contra un ataque de Selim; Leon X no se ablandó en favor del monarca español.

El capitán Moncada se volvió en su galera capitana á tierra de España, y encontrándose aun en Barcelona con el rey, allí fue á darle cuenta de su comision.

Casi al mismo tiempo que don Hugo salió para Italia, cierto amigo suyo y uno tambien de los conjurados de la liga, el caballero de la orden de San Juan de Jerusalem don Garci Jofre de Loaysa, recibió igualmente una comision muy importante y delicada, cual fue la de presentarse al turco Selim á pretesto de negociaciones para conseguir libremente el pasage de los peregrinos que iban á Jerusalem; pero en realidad para conocer el estado de las fuerzas del turco y los medios con que contaba para seguir haciendo la guerra. Esta mision diplomática envolvia tambien otra respecto al mismo Loaysa, á saber; el de alejarlo por entones de España, como una de las personas que Carlos creía influyentes en la liga.

Evacuó el buen caballero su encargo, como hombre sagaz y amante de su rey, y desde Zaragoza se partió llevando unas letras ó credenciales de aquel, y trayendo luego á su vuelta otra carta del mismo Selim.

Unidos aquellos dos caballeros por el interes de su patria, ó por el de partido como diriamos hoy, se vieron con gusto en Barcelona á su regreso y se dieron mutuamente cuenta de sus espediciones, cuyos resultados eran favorable el uno, y desfavorable el otro. Doliase de ello y con razon Moncada, y su amigo el comendador de San Juan le proporcionaba con sus discretos razonamientos algun solaz.

Notaron la falta de Estrella en aquellos lugares y tam-

bien la de algunos dignatarios de la corte del jóven monarca. Comprendieron que cuando de su lado faltaban el cardenal de Gurck, el obispo La-Marck, el canceller Brabanzon, el tesorero La-Chaud, Bleimberg y el consejero Almershoff alguna cosa importante debia de ocurrir.

Ya iban creyendo que sería una intriga de Gesvres, movido de celos por la privanza que al fin disfrutaban aquellos señores, cuando la casualidad les hizo saber cuanto deseaban.

Una mañana que los dos caballeros esperaban en la antecámara del rey que este les admitiese á su presencia, y mientras departian sobre los sucesos que tenian relacion con los aqui narrados ya, se acercó al comendador Loaysa un hombrecillo en ademan no burlon como de ordinario, sino de cordial expansion.

Aquel hombrecillo era Justino, el bufon del rey.

Don Garci Jofre le cogió por la cintura y le colocó boniticamente sobre sus rodillas, como pudiera haberlo hecho con un niño, y luego el enano empezó á hablar con ellos del asunto que les preocupaba.

Justino refirió á los dos caballeros la ausencia de los flamencos á poco de haberse sabido la muerte del emperador Maximiliano, y el papel que á aquellas horas estarian representando los mismos en la contienda electoral. Añadió despues que Estrella debia de tener una firma en blanco arrancada al judío Efrain por un caballero francés ó navarro, al que ellos conocian como embajador que habia sido en aquella corte de España del buen Enrique de Albret, pretendiente del trono de Navarra. Que dicho caballero habia marchado despues de haber muerto su compañero, lo cual probablemente habria disgustado en alto grado al mismo Francisco de Valois que los protegía. Que la indignacion del navarro que sobrevivió á su compañero, le haria no reparar, en su concepto, en los medios de vengarse de Carlos; y que por eso, teniendo en su poder el documento en blanco del rey, esperaba que pudiese usar pérfidamente de él contra Carlos.

Estos temores fundados del bufon hicieron alguna mella en los caballeros, quienes, despues de agradecer su confianza á Justino, entraron á tratar seriamente el asunto por lo que en realidad importaba á su rey.

Ellos comprendieron que él mismo se habia valido de flamencos para un asunto importante, y les lastimó en gran manera esa distincion, que les mortificaba por cuanto preferia á los extranjeros.

Qué hacer entonces? De qué medios valerse para impedir que el francés ó navarro abusase de aquel papel? Cómo averiguar el paradero de ese hombre? Quién podia designar tampoco entonces el de la duquesa, su amiga, para que les orientara en tal asunto, que ellos ya no podian aclarar mas? Necesitaban por amor al rey tomar una resolucion que pudiese producir algun efecto favorable; pero su dignidad lastimada no les permitia el acercarse al mismo principe para pedirle pormenores y aun autorizacion para obrar.

En esta fluctuacion de ánimo se hallaban despues de la revelacion de Justino, y fuerza es confesar que aquella era entonces mayor que antes.

Tomaron el marino y el comendador algun partido? Eso es lo que veremos mas adelante.



En los mismos dias en que empezaron en Alemania las gestiones en favor de Carlos, se presentó el enviado ó legado del Papa en los círculos, alentando la misma esperanza de contribuir con su influencia al desenlace de aquel gran suceso. Era representante de Roma el cardenal Fr. Tomas de Vio Cayetano, fraile dominico, hombre osado, intrigante y resuelto por carácter, y entonces en un todo dispuesto á favorecer al rey de Francia contra el de España.

Si recordamos que Leon X ofreció á Estrella proteger decididamente á Enrique VIII, y luego se comparan sus

palabras, con el mal éxito de las tentativas de Moncada, y por último, su resolución de favorecer á Francisco I, claro es que no puede menos de notarse gran contradicción en la conducta del Médicis, entonces Vicario de Jesucristo. Con decir que los intereses mas mezquinos han influido siempre en la marcha de la corte de Roma y que esta no ha reparado en favorecer hoy al que ayer combatía; con recordar que los ofrecimientos y las dádivas eran cada dia mayores por parte de los dos principales contendientes al Imperio, y que los electores mismos esperaban las inspiraciones de Italia; que unos y otros se inclinaban tan pronto á este como á aquel por poderosas y aun débiles razones; con tener todo esto en cuenta, se comprenderá que de nada de lo que entonces sucedía había que maravillarse. Una cosa diremos, y es que el cardenal Cayetano no llegó á Alemania sino después que Moncada y Estrella, menos el representante de Wolsey sucesivamente hubieron conferenciado con Leon X. Es pues claro que la resolución última de este de favorecer á Francisco I, estaba tomada con toda deliberación.

Federico el Sajon conoció en su gran perspicacia que el monarca que convenia á los alemanes para sucesor de Maximiliano era Carlos, y sin mas que esa justa consideración, probablemente le habría favorecido con su voto é influencia; mas añadiendo á esas razones de conveniencia que él tenía, la muy poderosa del interes que se le había presentado bajo una forma tan seductora, preciso es convenir en que no era facil hacerle retroceder en su propósito. Y con todo no hay que olvidar la circunspección con que contestaba á los electores que le consultaban.



Poco mas ó menos que el cardenal de Gurck, el obispo La-Marck y el arzobispo Guillermo de Croy con los electores que se les había designado, gestionaron Bleim-

berg, La-Chaud, el canciller Brabanzon y el consejero Almerstoff con los restantes electores, segun la destreza de los primeros y las exigencias de los segundos.

Cristian Bleimberg habia procurado estudiar y llegó á comprender al fin el carácter y las tendencias del elector arzobispo de Tréveris, hombre mas en la prudencia que en las liberales artes instruido, segun cierto autor contemporáneo de aquel; á cuyo fin el diácono, como es de suponer, habiase al principio trasladado á dicho punto, residencia del arzobispo.

En las primeras entrevistas del diácono con el primero, se manifestó este dudoso porque se le alcanzaba todo lo importante de la cuestion, aunque escuchaba con agrado las sagaces sugerencias de Bleimberg.

Este entonces no se ocupaba de España, de Estrella, ni aun de Ursula, porque nada tenia, segun él juzgaba, que temer por parte del rey. Sin embargo, habia ya caído de la gracia de este, porque al fin los sucesos narrados por la desgraciada Ursula hicieron honda impresion en aquel corazon verdaderamente generoso. Ya el principe habia llegado á desconfiar de el diácono en su comision, creyéndole firmemente capaz de venderse al oro de Francisco I. Esta sospecha subió de punto en Carlos al participarle el gefe de los embajadores, el cardenal de Gurek, que segun los informes del diácono, el arzobispo de Tréveris, muy indeciso en un principio, iba ya declarándose en favor del rey de Francia. Carlos comprendió entonces que podia ser perjudicial ya en aquellos paises la permanencia del diácono, y como no era amigo de las situaciones dudosas, pensó en aclarar aquella lo mas pronto posible.

Mientras esto pensaba el rey, segun las noticias del cardenal por una parte, y por otra del obispo, con quien se hallaba tambien en correspondencia, como hemos indicado antes; el diácono, que ignoraba la mala disposicion del ánimo del principe, seguia con lealtad sus gestiones, porque la oferta hecha en nombre de aquel le satisfacía cumpli-

damente, y por entonces en su ambicion soñaba con la mitra.

Una mañana entró en su aposento su criado Livinus Judas Van-Gel diciéndole que preguntaban por él dos personas, y que al parecer estaban resueltas á verle á todo trance. Informóse del doméstico sobre las circunstancias que pudiesen darle á conocer á aquellas dos personas; mas es lo cierto que el ayuda de cámara solo pudo decir que eran dos hombres armados, de punta en blanco, uno, ambos cubiertos con anchas capas, y luciendo uno de ellos, el caballero armado, la cruz blanca en forma de aspa de los religiosos de la orden de San Juan, y que hablaban en buen lenguaje castellano. Nada pudo añadir sobre el objeto de su llegada, ni de la parte de quien venian de tan lejanas tierras; porque los caballeros no se habian dado á partido con el ayuda de cámara; antes por el contrario, penetraron hasta la estancia que tuvieron por conveniente con una franqueza desusada.

El diácono, lleno de sorpresa, aunque aparentando la mayor serenidad, hizo á Livinus que introdujese á los recién-venidos, los cuales se hallaron en su presencia unos momentos despues.

— Sois vos el diácono Cristian Bleimberg? preguntó el mas alto de los dos que entraron en la estancia en donde se hallaba aquel, y precisamente el que ostentaba sobre sus hombros el manto de los caballeros de la orden de S. Juan.

— El mismo, para servir á vue señorías: repuso, saludando cortesmente el diácono, y levantándose para ofrecer unos sitios á los recién-venidos.

— Os recuerdo perfectamente: dijo el mas bajo de aquellos, que era el de mas edad y habia dejado caer su embozo, aunque el otro continuaba con su visera calada.

— Verimos á intimaros, continuó el mismo, de parte de S. A. el señor rey don Carlos, nuestro amo y señor, que inmediatamente os pongais bajo nuestra custodia en marcha para España.

— Cómo es eso? Apenas puedo creer, señores, lo que acabais de decir. Precisamente estoy cumpliendo un grave encargo del rey, y vuestra demanda se halla en completa contradicción...

— No vacileis, señor diácono; el rey lo manda, y nuestra palabra no ha menester comprobantes: replicó el del manto de la orden.

— Por qué? contestó nuevamente Bleimberg.

— Porque es la palabra de dos caballeros; dijo todavía el cruzado, poniendo su diestra sobre la blanca enseña de su pecho, y prosiguió: un comendador de San Juan de Jerusalem y un ilustre general de las fuerzas del rey de España.

— Me llamo don Hugo de Moncada: añadió entonces este con suma frialdad y continuó: creo, señor Bleimberg, que debeis de haberme visto mas de una vez en la corte de nuestro rey y señor.

— Asi es la verdad, señor Moncada; mas no puedo menos de deciros lo mucho que me sorprende...

— Nuestra comision? Qué quereis? Son órdenes precisas del rey, y nosotros no sabemos mas que obedecer. Dijo don Hugo.

— Y cuándo hemos de partir, señores? añadió el diácono.

— Dentro de dos dias á lo mas debeis estar dispuesto para ello, y entre tanto no llevareis á mal que nos alojemos aqui en esta misma casa: dijo el marino.

— Segun eso, estoy preso en ella, señores? continuó el flamenco, no pudiendo volver en sí de su estrañeza.

Y los estrangeros lo hicieron como lo habian dicho. Luego que se hubieron instalado llamaron al ayuda de cámara Livinus y le pidieron las llaves, con las cuales se quedó uno de ellos, previo un escrupuloso reconocimiento del local, puertas, etc.

No habia que dudarle; Cristian Bleimberg habia caido de la gracia del príncipe, y se hallaba preso.

Por de pronto sus gestiones con el arzobispo de Tréve-

ris quedaban interrumpidas, y tampoco podia comunicar al cardenal de Gurck lo que le ocurría.

Este suceso ocurrió en Francfort, donde se hallaban ya el arzobispo y Bleimberg hacia algunos dias.

El cardenal Cayetano llevaba por entonces la mejor parte en la contienda electoral, y desde entonces quedaba completamente libre de un poderoso rival.

Al dia siguiente de hallarse Moncada y su compañero instalados en la casa del diácono, este, que solo pensaba en los medios de burlar su vigilancia para recobrar su libertad; tuvo que conformarse con disponerse á obedecer la orden verbal que acaba de recibir, por mas que se perdiese en conjeturas sobre el origen de la misma. Entonces no calculaba el diácono que todavía pudiera sucederle algo mas extraño y menos de su gusto, porque tales son y han sido siempre los designios de la Providencia y la inconstancia de los reyes.

Mientras el flamenco se perdía en sus conjeturas, don Hugo, su huésped, departía amistosamente con su compañero, y bueno será que nuestros lectores conozcan una parte siquiera del diálogo que en tono de precaucion tenían aquellos caballeros en una estancia cercana á la de Bleimberg.

— Estais seguro, comendador, de que el rey desconfía de este flamenco?

— Seguro á fé de Garci Jofre, Moncada amigo.

— Y cómo asi, Loaysa?

— El enano me instruyó antes de salir de Barcelona de...

— Ya comprendo... Mas no os habló Justino de otras personas, don Fr. Garci Jofre?

— Sí, vagamente. La verdad es que el rey se ha valido para esta empresa esclusivamente de flamencos...

— Que le venden, no es eso, señor Loaysa?

— Justamente, como este bribon de Cristian, señor don Hugo.

— Pues para eso le pondremos fuera de juego, señor comendador, llevándole con nosotros.

— Mas sabéis que juraría haber visto al acercarnos á esta casa á una persona que hablaba en castellano, y cuya fisonomía no me era completamente desconocida?

— No he hecho alto, don García... acaso fuera eso una ilusion de vuestros sentidos.

— Amigo Moncada, estoy seguro... sería algun nuevo enviado del rey de España? Acaso pueda tener relacion con las pretensiones del príncipe al Imperio...

En esto uno de los dos amigos se acercó á una ventana, desde donde se descubria un hermoso y estenso parque. De repente fijó los ojos con marcada insistencia, y luego llamó á su compañero diciendo:

— Venid, Moncada, venid, y decidme sino conoceis á aquel apuesto caballero que pasea por allá abajo junto á aquellas acacias y de cuando en cuando observa en esta direccion?

Don Hugo obedeció á su compañero, y exclamó de pronto, como quien reconoce á una persona:

— Sí, sí; teniais razon. Un compatriota aqui! Voy á informarme del objeto que le ha traído á estos lugares. Vos entre tanto podreis quedar custodiando al diácono.

Y don Hugo salió.

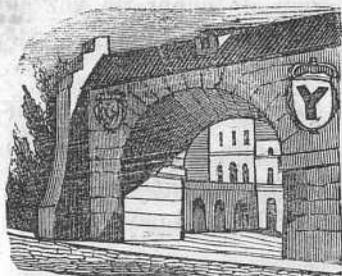
Don Garci Jofre de Loaysa continuaba observando desde el alfeizar de la ventana, sin dejar de echar de vez en cuando una mirada de desconfianza hácia la estancia de Bleimberg.

A poco llamaron á la puerta, y don García hizo abrir inmediatamente, porque estaba de vuelta Moncada con la persona que habian distinguido en el parque desde la ventana de la estancia, en donde aun se hallaba Loaysa.



CAPÍTULO XLII.

UNA EVASION Á TIEMPO.



A estan juntos los tres caballeros en la habitacion próxima á la en que pocos momentos antes el diácono leía ó meditaba sobre su situacion.

Pues entonces qué hacia?

Primero oigamos á los caballeros, y conozcamos al que acaba de llegar recientemente.

— Y cuál es el objeto de vuestra venida á esta ciudad? dijo el primero don Hugo.

— Vengo encargado por el rey de buscar á don Antonio de Leiva, pues tengo que suministrarle fondos para cierta urgencia.

— Capitan, opuso entonces Loaysa, sabeis que Leiva se halle en Francfort?

— Se supone, señor comendador, porque no está en España, y el rey le habia dado licencia para salir del reino en busca del matador de su hermano, el de Burgos; porque el buen don Antonio sospecha que es una de las personas que salieron hace poco mas de dos meses de Barcelona, y que pertenecian todas al consejo del rey.

— Y dónde fueron esas personas? contestó el marino.

— Han venido á Alemania, y no lo dudeis, don Antonio de Leiva ha de estar en estos paises y naturalmente en esta ciudad. No es aqui dónde debe reunirse la Dieta para la eleccion de emperador?

— Sí, capitan Acuña; aqui debe reunirse en breve. Manifestó al punto don Garcí Jofre, y continuó. Mas decidme, creéis vos hallar á Leiva?

— Como no se vuelva piedra, señor comendador, os juro que he de dar con él... estoy muy interesado en obedecer las ordenes de mi rey y ademas en averiguar el paradero de otra persona...

— Cuál? esclamaron al punto los dos caballeros.

— El diácono Cristian Bleimberg.

— Cómo? dijo don Hugo, ignorais dónde os hallais en este momento? y mirando al comendador añadió: decidse-lo vos, señor don García.

— Pues dónde estoy, señores? qué queréis decir?

— Estais en casa de la persona á quien buscais... en la casa del diácono...

El jóven no le dejó concluir la frase.

— Cristian Bleimberg? Ira de Dios! Dónde está ese monstruo, ese asesino? exclamó el capitan don Fernando de Acuña, con la cara encendida por la cólera, los ojos brotando chispas y precipitándose con espada en mano por el interior

de aquella morada del hombre á quien iba buscando para saciar en él su furor.

Una careajada estúpida resonó entonces en la estancia inmediata en donde don Hugo y Loaysa se hallaban, los cuales se precipitaron al momento en aquella cámara, mientras don Fernando iba por opuesta direccion en busca del diácono.

Pocos momentos despues se encontraron los tres caballeros en la estancia en donde creyeron don Hugo y don Garci Jofre hallar á Bleimberg. Su sorpresa era grande.

El diácono no estaba allí.

Como mudo testigo de su evasion, habia una escala de mano, sujeta por los garfios al alfeizar de la ventana: aquella escala era la misma que sirvió para robar á Ursula.

El jóven Acuña loco, fuera de sí completamente, se precipitó por la escalera hasta el parque por donde se veía aun á lo lejos correr á todo escape á un corcel con su ginete.

No habia que dudar. Aquel hombre que huía de una muerte segura era Cristian Bleimberg, porque sus dias no estaban cumplidos. El dedo de la Providencia no habia hecho mas que poner al asesino muy cerca del vengador.

Bleimberg tenia sobre sí el gran crimen cometido con Ursula, el asesinato del conde de Burgos y el del padre de aquella!...

— Adónde va ese mozo? exclamó sorprendido don Hugo?

— Donde debemos ir nosotros; en seguimiento del diácono: replicó don Garci Jofre, disponiéndose á partir.

— Está bien; marchemos! dijo don Hugo, y embozándose en sus mantos, salieron precipitadamente de aquella casa, llevándose consigo al ayuda de cámara Livinus Judas Van-Gel, cómplice presunto en la fuga de su amo.

Fueron vanas todas las diligencias practicadas en averiguacion del camino que habia emprendido Bleimberg. Ni don Fernando de Acuña ni los otros caballeros pudieron adelantar nada en todo el dia, por lo cual y acompañados

siempre de Livinus, volvieron á instalarse en la casa del diácono, resueltos á continuar sus indagaciones.

Don Hugo y don Garcí Jofre tenian el compromiso de llevarse al diácono á Barcelona, y ese empeño era sagrado para dos caballeros. Don Fernando tenia los motivos que conoce el lector para no dejar de buscar incesantemente al diácono. Por otra parte la comision del rey para don Antonio no se habia aun cumplido, y por lo mismo tenia que seguir en aquella ciudad esperando noticias de Leiva.

Mientras esto sucedia, debemos manifestar que el buen Acuña empezó á ponerse en inteligencia con algunos oficiales que se hallaban en Francfort sirviendo en distintos cuerpos, á fin de poder allanar su objeto á Leiva en cuanto la suerte se lo deparase; y hay que confesar que no fueron en balde las gestiones hechas por Acuña respecto á ir poniendo lanzas en Francfort á su disposicion, aunque por entonces les obligó el mismo don Fernando á mantenerse á algunas millas de distancia de la ciudad imperial y exigiendo solo en ella la frecuente presentacion de los gefes, conforme iban entrando en el complot.

El cardenal de Gurck habia escrito al rey el estado de las negociaciones diplomáticas, y por su parte el obispo La Marck habia hecho otro tanto, esplicando últimamente la decidida proteccion que el cardenal Cayetano manifestaba por el rey de Francia. El motivo de ese cambio en las ideas de Leon X, que sospechaba ya Estrella desde su salida de Inglaterra, era el siguiente. Temeroso el cardenal Wolsey de que Estrella abusase de su secreto, se habia comprometido á secundar sus planes, á cuyo efecto envió á las órdenes de Estrella, y en la misma embarcacion, al emisario de que habló ella al baron. Aquel tomó realmente el camino de Roma, mas antes de su llegada á dicha ciudad, recibió Wolsey una severa intimacion de Carlos para que, en caso de que Enrique tratase de oponerse al Imperio, de ello le disuadiera; de otra manera el principe español amenazaba al ministro inglés con revelar á Enrique sus pre-

tensiones con la reina Catalina. Ante la amenaza doble de hacer esa revelacion Carlos ó Estrella, claro es que el buen Wolsey no podia vacilar en la eleccion. Decidióse por apoyar á Carlos en su proyecto, á riesgo de descóntentar á Estrella, la cual no podia por entonces averiguar la verdadera causa de la variacion de Leon X. Esto supuesto, llegado el emisario de Wolsey á Roma, se encontró ya con la orden de regresar inmediatamente sin hacer gestion de ninguna clase con Leon X. Entonces este vaciló entre Carlos de Austria y Francisco de Valois; pero acordándose de la sorpresa hecha por el Valois á Próspero Colona, general de los confederados, el Pontífice Médicis lo temia todo de la osadía é intrepidez del vencedor de Mariñan, el cual ya se distinguia en Europa cuando el buen Carlos, que pronto debia sobrepujarle siendo el primer hombre de su siglo, no pasaba de ser á la sazón un niño, poco ó nada temible para la Tiara.

Por eso recibió el arzobispo de Tréveris fuertes indicaciones de Roma y el cardenal Cayetano, un tanto rehacio al principio, dió luego francamente la cara por Francisco I, comisionado al efecto por Su Santidad.

El cardenal Tomás de Vio, puesto en comunicacion frecuente con Bleimberg, se convenció de los recursos con que este contaba en favor de Carlos, y sobre todo conoció facilmente el talento superior del diácono. Recurrió á explotar su ambicion y hallándole vulnerable por ese lado, no vaciló en hacerle soñar con el capelo.

El obispo de Lieja, que seguia espiondo á todos los electores, y que arrancó del cardenal de Gurck facilmente el estado de las negociaciones del diácono con Fr. Tomás de Vio legado del Papa, calculó tambien que se habia últimamente resfriado el fervor del diácono, segun el sentido de sus comunicaciones al gefe de los embajadores en Alemania del rey Carlos.

En este estado comunicó sus sospechas al mismo sin pérdida de momento, y el príncipe adquirió una prueba mas

del carácter de su valido, en el cual antes tenia tan ciega confianza, y al cual queria aun salvar de una muerte cierta por medio de su regreso á España haciéndole acompañar de Moncada y Loaysa. No obstante, el nieto de Maximiliano cuando supo toda la maldad de aquel hombre, á quien habia honrado con su confianza durante los primeros años de su vida y los dos que contaba de reinado, quiso castigarle dignamente; y con ese fin tambien, avaro al mismo tiempo de sus fueros de rey, dispuso como hemos visto traerlo pronto á su presencia. Carlos habia resuelto poner á Bleimberg frente á frente de su víctima Ursula, y demandarle cuenta de la muerte de su padre. Carlos queria resueltamente hacer justicia, porque empezaba ya á arrepentirse de su amistad con el diácono, y sobre todo le pesaba mucho el secreto del crimen de este. Verdaderamente Carlos tenia momentos de gran vacilacion sobre ese asunto, y en realidad no debe extrañarse, porque el príncipe era aun muy jóven y estaba entonces educándose á sí propio para llegar á ser un grande hombre. Y lo consiguió, que de esos hombres solo ellos mismos pueden ser dignos maestros. El vulgo de los preceptores ni de las sociedades no comprende al genio: este solo aprende en los ejemplos de la historia, y solo en las grandes circunstancias de la vida puede adquirir esa inmensa expansion que le hace brillar en el mundo, como un faro luminoso sobre las tinieblas vulgares que le rodean.

Ya por esos dias Estrella se hallaba en Francfort, lo mismo que su amigo el baron, Nuño Fuen-salida y Margarita, resueltos los tres últimos á secundar los proyectos de la primera, y siempre bajo sus órdenes.

Moncada y Loaysa el comendador seguian apoderados de Judas Van-Gel continuando sus indagaciones y lo mismo don Fernando de Acuña, respecto del paradero de Bleimberg y Leiva.

Los electores todos se hallaban tambien en la imperial ciudad, asi como el legado del Papa influyendo en favor de

Francisco I: los embajadores llegados de España haciendo otro tanto en favor de Carlos de Austria, y la Dieta por fin empezando sus conferencias, con lo cual toda Europa tenia sus miradas fijas en aquella célebre ciudad.

Solo don Antonio de Leiva no parecia. Ninguna de las personas interesadas en saber su paradero daba cuenta de él.

Todas las ofertas y amenazas hechas á Van-Gel por el marino Moncada y por el comendador Loaysa á fin de que descubriese el paradero de su amo fueron inútiles. El criado se habia encerrado en un impenetrable silencio, y ya aquellos caballeros pasados tres dias habian perdido toda esperanza de descubrir su asilo.

Estrella se enteró muy pronto del estado de las negociaciones diplomáticas, y comprendió ó sacó en limpio que habia decididamente dos pretendientes, Carlos y Francisco. Que el inglés, sin poder ella comprender la causa, no habia aun hecho gestiones. Que el emisario de Wolsey, apenas llegado á Roma, habia emprendido de nuevo su vuelta al parecer para su patria. Que el elector Federico *el Prudente* era el mas influyente de la Dieta, y por tanto muy lógico suponerle con aspiraciones al Imperio.

Estrella á fuerza de oro y discrecion pudo lograr saber estos pormenores antes de ponerse á obrar segun sus miras.

Alberto de Brandeburgo era hombre de no vulgar instruccion y estremadamente hábil ó sagaz, y por esas mismas calidades, á las cuales se unia la de ser por carácter sumamente envidioso, se puso muy á los principios de la cuestion electoral en abierta pugna con Federico el Sajon. Lastimaba su amor propio el convencimiento que tenia del ascendiente que aquel ejercia sobre los demas electores, y por su parte trató de probarle que no era del mismo parecer que sus demas compañeros. Sabia que la influencia de Federico no le serviria de nada en su natural deseo de penetrar en el cónclave, y que por lo demas con su arzobis-

pado era completamente independiente. Tampoco veia con gusto la preponderancia que en realidad, por sus caracteres respectivos, ejercian con el Pontífice los arzobispos de Tréveris y Colonia. De consiguiente, pensando mantenerse neutral en un principio el buen arzobispo Brandeburgo, pronto hubo de manifestarse en rebelion contra' la Santa Sede en aquella cuestion importante. Mas para ello hubo una causa que le decidió completamente, poniéndose de parte de Carlos.

Esto fue resultado de la hábil conducta del tesorero Almerstoff. Veamos de qué manera consiguió este sus deseos.

Segun la *Bula de oro*, que era la ley que arreglaba en Alemania la manera de elegir emperador con todas las condiciones que debian observarse, Carlos ó cualquiera que fuese el elegido, deberia coronarse y prestar su juramento en Alemania y en Aquisgran precisamente: de consiguiente debiendo abandonar aquel á España con ese objeto, ya en el caso de ser el favorecido por los electores, deberia formarse en España una regencia; de la cual, contando con el mismo Carlos, podria formar parte, colocándose en una posicion envidiable para sus compañeros el de Tréveris y el de Colonia. Su amor propio se recreó con tan lisonjera perspectiva, que muy diestramente supo presentarle el flamenco Almerstoff. Ningun otro género de seduccion influyó en su ánimo ni hubo lugar á ello: la oferta ademas de protegerle en la vacante de la Tiara se le hizo tambien en nombre de Carlos por el mismo Almerstoff, oferta que á ninguno se escusaba; pero que el buen Alberto de Brandeburgo tenia mas derecho á creer que otro alguno por sus relaciones especiales de amistad con Gesvres, y por último por la influencia ó autoridad de su nombre, como descendiente que se decia ser de José de Brandeburgo, el que en 1410 disputó con Wenceslao y Segismundo, el hijo de Carlos IV, el mismo trono imperial, á la sazón vacante por muerte de Maximiliano.

Almerstoff, pues, se habia hecho para con Carlos I acree-

dor á un favor regio, el cordon de oro con el cual entonces, como hoy mismo, se honraban los mas poderosos monarcas de Europa.

En los paises del norte de Europa, á diferencia de los del mediodia, una tarde del mes de abril no es tan tranquila ni tan refulgente á su caida; no es tan risueña, por lo cual tampoco imprime al ánimo ninguna huella melancólica: en aquellas regiones mas vecinas al polo una tarde del mes citado es siempre triste, porque constantemente presiden en la atmósfera grandes nubes que lanzan torrentes de gruesa y fecundante lluvia, porque el frio ahuyenta todavía á las aves de la proximidad del hombre, conservándolas encerradas en las copas frondosas de los árboles, y porque la misma luz del sol al espirar, reflejándose en inmensos pantanos y lagunas, adquiere un tinte blanquecino que presenta todo un paisaje con la fisonomía especial de los meses de mas frio en los paises meridionales, ó sea con la perspectiva fria y húmeda que vemos en los lienzos de sus pintores. En el siglo XVI Francfort estaba rodeada de bosques y pantanos que contribuían á darle ese aspecto melancólico y sombrío, que aun hoy no ha perdido á pesar de los esfuerzos de la civilizacion que la ha colmado de anchas y elegantes calles, magnificas plazas y preciosos paseos, con fuentes, jardines y obeliscos del mayor gusto, los cuales hacen de esa ciudad una de las mas notables de Europa. Entonces no solo carecia por dentro de esas mejoras, sino que por fuera tampoco habia mas que los efectos de la naturaleza en toda su desnudez: grandes árboles de todas clases, lo mismo los abedules, ciclamores y las acacias despidiendo su embalsamado aroma, que los olmos, los pinos y los álamos blancos y negros, meciéndose al soplo de los vientos silbadores y dando sombra á los pantanos cubiertos de bandadas de anades y cigüeñas, atigrados aque-

llos, blancas como el cisne y de color aplomado estas. Entre los cañaverales que bordeaban aquellos pantanos se veían frecuentemente hechos de juncos los nidos de la grulla blanca, que hoy solo busca por morada los lugares poco habitados, y que entonces tenia gran abrigo en los inmensos bosques que desde las tapias de la imperial ciudad se extendían á muchas leguas en todas direcciones, encerrando en su seno algunos pueblos de mas ó menos importancia, cual si fueran inmensas glorietas, entre aquellos vastos jardines ó laberintos de arbustos y árboles de mil clases diferentes. A alguna distancia, como si dijéramos en último término ó en lontananza, que equivale á unas seis leguas de allí en direccion de la parte de poniente, se veían unas montañas áridas y pedregosas, con los picos blancos por la nieve, por lo que parecían centinelas avanzados de aquellas regiones, efecto de la irradiacion de la luz del sol que bañaba aquellos picachos, dándoles un aspecto fantástico y en cierta manera agradable á los ojos del sorprendido viajero. Al pie corrían varios arroyos, muy pronto convertidos en rios y mas tarde formando cascadas hirvientes y de un ruido atrozador, trasmitido por el eco hasta muchas leguas de distancia: pero la perspectiva de esos rios no era como la que ofrecen los nuestros al retratar el claro azul de este cielo, y las variadas flores de sus orillas ó los preciosos y modestos arbustos de sus márgenes; nada de eso, aquellos rios, encerrados en estériles cauces unos, en frondosas riberas otros, pero siempre de un color verde oscuro y no reflejándose en las aguas corrientes mas que las cenicientas nubes ó las anchas y temblorosas copas de los árboles, eran por su aspecto triste y misterioso, compañeros naturales de aquellas silenciosas y melancólicas comarcas, semejan-do mas bien que alegres y bullidoras cintas de plata ondulando sobre las verdes alfombras de musgo, cauces llenos de blanco y opaco mercurio, destinados á ser el sepulcro de las avecillas que cruzaban de copa en copa de aquellos árboles.

Una tarde y al esconderse el sol por entre las dos crestas mas lejanas de la pequeña cordillera, por la parte de poniente hácia el lejos ó término de aquella perspectiva; en que el viento silbaba con fuerza, doblgando los troncos de los álamos, mientras tronchaba algunos de orgullosos robles, y en que la nieve de la cordillera venia como harina cernida á refrescar el ambiente de una manera muy desagradable, merced al constante soplo de los aires que bajaban de aquellos montes lejanos: un hombre embozado hasta los ojos y todo cubierto de la menuda nieve de que tan pródigo se mostraba el cielo, se dirigia á paso muy acelerado hácia uno de los barrios mas estraviados de la ciudad de Francfort, y precisamente pocos dias antes de lo que acabamos de referir al principio de este capitulo ó sea de la fuga del diácono Bleimberg.

Despues de algunas vueltas y revueltas, de atravesar calles, plazas y plazuelas, llegó algo cansado nuestro hombre á la puerta de una casa de pobre apariencia, y cuya entrada era preciso reconocer, por la oscuridad que alli reinaba, para bajar los tres escalones que tenia por la parte de adentro. Sin perder el embozo bajó nuestro hombre con bastante seguridad los tres desmoronados y casi desencajados peldaños de piedra, salvó toda la rampa que á continuacion se estendia desde aquellos en progresion primero descendente y luego ascendente, y por último llegó á descubrir una puerta, que empujándola de un golpe, se halló en una estancia ó, mejor dicho, cuadra de tabiques de madera, que aun conservaban parte de la capa de cal que en tiempo de la exaltacion al Imperio del buen Maximiliano habian recibido. Veíanse alli algunos banquillos cojos junto unas mesas rotas, y en frente unas ventanas harto pequeñas para ofrecer un buen punto de vista del exterior, aunque la casa estaba pegada á los muros de la ciudad, y sobrado grandes para dejar paso á un constante y frio soplo de aire, que al menos habia concluido con las pocas moscas de aquel cubiculo. Sobre las mesas descansaban unos cuantos

jarros de vino, en los cuales se bebía entonces sin necesidad de los auxiliares indispensables del día llamados vasos y copas, que entonces eran verdaderos objetos de lujo.

Las miradas que los que allí se encontraban dirigieron al recién venido, probaban claramente que este era esperado.

En sus trages los tres individuos parecían tres soldados ó aventureros de los que en aquella época vendían su espada al primero que la quería comprar; y poco más ó menos consistía en un colete de piel, anchos calzones, cinturón de cuero, sombrero gacho con pluma generalmente, bota anteada con reforzadas espuelas de hierro, buena y larga tizona de ancho guarda-mano, pendiente del cinturón y un cuchillo de monte al costado. La capa negra, ancha y corta era de uso general, pero no indispensable.

La persona que entró en la estancia era de más edad evidentemente que los otros dos.

Al verle entrar se pusieron estos cortesmente en pie, y habiéndose estrechado las manos de una manera cordial, mientras el uno ofrecía un jarro lleno al que llegaba, y el otro se atusaba el largo bigote, tuvo lugar el siguiente diálogo, lleno de animación y hablado con alguna cautela, como si recelasen ser escuchados.

— Dios guarde á vuestras señorías, señores de Foix y de Blanc, dijo el que entró en buen idioma francés.

— Y á vos, señor baron, repusieron en el mismo lenguaje los que esperaban.

— Hace mucho tiempo que estais aquí? Os suplico que me disimuleis la tardanza.

— No hay por qué, señor baron, y vamos al asunto. Qué habeis podido adelantar?

— Hasta ahora nada; estamos lo mismo. Según el legado del Papa, Francisco I, nuestro buen rey y amo solo puede contar con seguridad con dos votos en la Dieta.

— Qué decis, baron?

— Solo con el arzobispo de Tréveris y con Luis, el conde palatino del Rhin.

—De suerte, señor baron, que hay seguridad de que cinco voten al rey de España?

—Por lo menos hasta ahora no hay mas seguridades en favor de Francisco I. En primer lugar Federico, el duque de Sajonia, por su título de gran mariscal del Imperio es hoy su regente, y no obstante creo que no se atreve á sonar en la púrpura, pero tampoco en favorecer á Valois.

—Es que tiene miedo á Carlos evidentemente; por eso estará de su parte: dijo el mas jóven de los caballeros partidarios del rey de Francia, llamado de Foix.

—El buen Alberto de Brandeburgo, arzobispo de Maguncia, que ha convocado la Dieta como archicanciller de Alemania, se ha rebelado en esta cuestion contra Leon X hasta el punto de habérselo manifestado asi á su legado Fr. Tomás de Vio Cayetano: continuó el baron de la Roche-Vermeille.

—En efecto, el mismo legado, repuso entonces el caballero Blanc caracoleando su mostacho rubio, me ha dicho que devora la envidia al arzobispo, y que esperando de Carlos mas apoyo que de Francisco para representar en la corte un papel importante, habia desechado la oferta del capelo con que el legado le brindaba en nombre de Leon X.

—Pues ha sucedido, insistió el baron, otro tanto sobre poco mas ó menos con el arzobispo de Colonia, monseñor Herman conde de Vied, archicanciller de Italia. Dice que el Santo Padre puede bacer todas las basílicas que guste, asi como él dará su voto á quien le plazca, y que mientras haya en Colonia tan esquisitos manjares no tiene ninguna necesidad del capelo.

—Y qué sucede con ese orgulloso rey Luis de Bohemia? preguntó amostazado ya un tanto el caballero Blanc.

—Ah! contestó el baron; el egregio copero mayor del Imperio se cree bastante fuerte con la amistad del turco, dicen. Con ella piensa dilatar sus fronteras; mas hay quien asegure, y uno de ellos es el legado de Leon X, que tanto Selim como Carlos ó sus agentes le han dado dinero para

pagar una deuda crecida á Federico el sajón, y de ese modo votar sin consideraciones á este último.

—Y por qué, señor baron, no le hemos ofrecido nosotros mas en nombre de nuestro amo? esclamó poniéndose en pie el jóven del rubio mostacho.

—Señor de Blanc, porque vuesñorías habeis llegado un poco mas tarde que los emisarios ó representantes de Carlos de Austria, lo cual no es culpa mia por cierto: replicó gravemente el baron.

—Y cómo ese casquivano de marqués de Brandeburgo, manifestó entonces el caballero Blanc dirigiéndose al baron, no está con nosotros? Qué ha hecho entonces del dinero que ha tomado á buena cuenta por mano de Fr. Tomas?

—Ah! señor caballero, el camarero mayor del Imperio se lo habrá gastado con las damas de su corte, como no esté aun en poder del legado... Ya sabeis que los clérigos no se dan nunca mucha prisa en devolver ó dar dinero.

—Es verdad! esclamó Blanc.

—Ciertamente! murmuró Foix, y ambos apuraron el segundo jarro.

—Y ese flamenco llamado Bleimberg, que estaba en relaciones con Fr. Tomas, y que al decir de este habia dejado de influir con el buen arzobispo de Tréveris en gracia de nuestro oro y de las ofertas del capelo? dijo Blanc mirando al baron.

—Ha desaparecido, amigo mio; hace algunos dias que no se le encuentra por ninguna parte; ni el legado ni yo hemos vuelto á tener nuevas de su persona: contestó el baron, y añadió inmediatamente. Pero no hace falta, porque el ilustre Ricardo de Greffenklan, cuyo voto es el primero que se lanza en la urna, como archicanciller de Arlés que titula, es seguramente nuestro. Descuidad.

—Segun veo, señor baron, todo el dinero que hemos traído y toda la influencia del sapientísimo legado son poco menos que inútiles. Qué dirá el buen Francisco de Valois

cuando sepa' que solo contamos con dos votos en su favor? exclamó el caballero de Foix.

— Amigo, contestó su compañero, no hay por qué incomodarse si la culpa no es nuestra. Ya estamos al corriente de lo que pasa, y sobre la eleccion no hay mas que dejarnos guiar del legado Fr. Tomas y del señor baron, cuya prudencia...

— Gracias! señores, replicó este y continuó. Sabeis que han llegado otros caballeros á Francfort, y en mi concepto son refuerzo del principe Carlos de Austria?

— Cómo asi? exclamó el caballero Foix.

— Y quiénes son ellos? preguntó Blanc.

— El marino Moncada y un caballero de la orden de San Juan de Jerusalem: repuso el baron con marcado disgusto.

— Opino, dijo superficialmente el caballero Foix, porque suprimamos á esos recién llegados... cuantos menos bultos, señores...

— Son valientes? preguntó con candor Blanc.

— Como leones! dijo secamente el baron, y prosiguió despues de echar una mirada de desconfianza en torno del cuarto. Es menester para deshacerse de ellos valor y astucia.

— Sea, señor baron! dijo alegremente el jóven Foix.

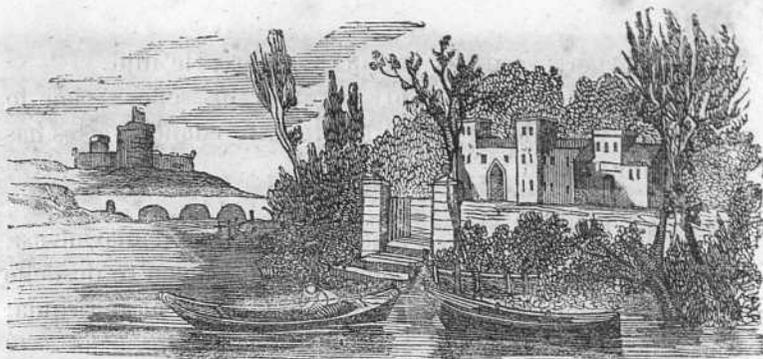
— Que me place! exclamó con prontitud Blanc.

— Ahora bien, señores, oid el medio: dijo gravemente el baron.

— Esplicaos! añadió entonces el de Foix.

— Con permiso de vueseñorías! dijo el ventero presentándose en el umbral con la gorra en la mano.

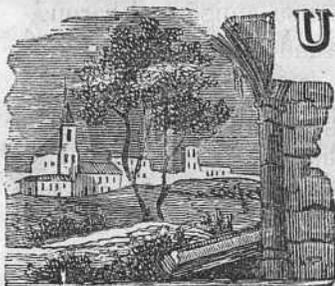
— Adelante! exclamó el baron haciéndole entrar.



CAPÍTULO XLIII.



SCILA Y CARIBDIS.



UNA vez dentro el tabernero, porque en realidad aquella casa era una taberna, le preguntó en francés el baron qué le traía á interrumpirles en su conversacion.

El buen francés, que lo era tambien aunque avecindado hacia algunos años en Francfort, se apresuró á manifestar al buen La Roche-Vermeille que tenia algo que comunicarle que podria ser de alguna importancia.

El tabernero vaciló, y entonces el baron le dijo:

— Habla, Paul, sin miedo, porque estos señores son lo mismo que yo... debiste haberlo supuesto cuando ya les has visto conmigo otra vez en esta casa.

— Es verdad, señor baron...

— Calla, bárbaro, y ten mas cuidado en no llamarme así, porque si vuelves á padecer semejante distraccion te desuello vivo. Aquí somos tres aventureros sin nombre ni gerarquía: ya lo sabes. Qué es lo que ocurre? Habla pronto.

— Señor, hay mucho... Han enganchado á mi hijo Francois para estar dispuesto para el día en que se le llame, y entre tanto gana...

— Quién lo ha enganchado, Paul? dijo el baron con impaciencia.

— Verdaderamente no lo sé: mas el gefe de todos es un jóven español...

— Su nombre? replicó el baron.

— Hélo aquí! contestó el posadero sacando un pedazo de pergamino del pecho y dándoselo á La Roche-Vermeille, que lo cogió con avidez.

— Don Fernando de Acuña! exclamó dirigiéndose á sus dos compatriotas, y luego añadió: Creo haber oido alguna vez este nombre allá en España; mas esto no es del caso.

— Qué hacemos con ese jóven Acuña? dijo jovialmente el caballero de Foix, dirigiéndose á su amigo y al baron.

— Precisamente estaba yo pensando lo mismo... eso es, qué hacemos, señor baron.

— Lo primero, repuso este cogiendo por el brazo al tabernero y empujándole fuera, echar de aquí al buen Paul, encargándole que no vuelva á presentarse hasta que se le llame.

— Y lo segundo? añadió el caballero Blanc.

— Lo segundo, reunir al señor Acuña con los otros dos caballeros españoles que han venido, y de los cuales nos estábamos ocupando há poco, y por consiguiente adoptar con los tres la misma medida: contestó el baron.

— Aprobado! exclamó Blanc.

— Magnífica idea! añadió el jóven Foix.

— Estábamos, baron, insistió el primero de los jóvenes, por la supresion.

— Precisamente, señores: dijo el de Foix, autor de la idea de la supresion respecto á Moncada y Garcí Jofre de Loaysa.

— Mañana estarán aqui los tres, señores; añadió el baron con solemnidad y prosiguió: veremos cómo se portan mañana los gentiles hombres del rey mi amo. Seremos tres para tres... lo entendeis, señores? Batalla formal; uno á uno y brazo á brazo...

— A qué hora vendrán esos señores?... preguntó con indiferencia Blanc.

— A qué hora debemos estar aqui nosotros? dijo con ligereza el jóven Foix.

— Nosotros, contestó con calma el baron, estaremos aqui al caer el sol. Ellos vendrán despues; no hay que dudar, porque son españoles y valientes. Vámonos ya, señores. Animo y silencio.

— Descuidad! dijo Blanc echando el último sorbo.

— Hasta mañana! exclamó Foix, saludando al baron.

— Ahora, añadió este, podeis salir inmediatamente mientras yo prevengo á maese Paul.

Los dos caballeros salieron, y el baron desde la puerta despidiéndoles, llamó al posadero, que subió al punto, y se puso, gorra en mano, hecho una estatua, aunque no tan hermosa como dicen que era la de la muger de Loth, á escuchar con religioso silencio al caballero.

— Paul, le dijo este poniéndole una mano en un hombro, Paul amigo, te necesito, ó por mejor decir, necesito de tu hijo para que avise á ese español cuyo nombre me has enseñado escrito en un papel y á otros dos que yo le diré quiénes son, á fin de que mañana sin falta á estas horas... poco despues esten aqui. Haciéndolo como lo mando habrá mucho oro; no haciéndolo al pie de la letra, cuelgo por los

pies á tu hijo de lo alto de ese álamo, dijo señalando á uno que habia al pie de la ventana, y á tí te saco á tiras el pellejo.

— Señor bar... perdonad, señor, á secas; pero es el caso que mi hijo no está ahora en casa, y no sé dónde estará.

— Paul, no seas necio. Yo te he dicho ya lo que quiero, y te he impuesto de los premios y castigos que os aguardan á tí y tu hijo segun vuestra conducta... Busca pues á Francois, y que lo halles pronto.

— Y el señor, qué hará entre tanto? Se queda, ó vuelve luego? replicó humildemente el tabernero.

— Volveré, volveré, Paul, á las diez. Que espere aqui tu hijo: dijo el caballero, y embozándose hasta los ojos, y precedido de Paul que llevaba una luz en la mano, salió de la taberna á paso diligente.

Escusado es decir que ninguna de aquellas cuatro personas habia quedado tan preocupada como Pablo el tabernero, porque realmente era difícil empresa la de encontrarse con su hijo así, como suele decirse, de manos á boca, ni aun sabiendo buscar al bergante del muchacho, y porque Pablo conocia la veracidad del baron y lo bien que sabia cumplir sus ofertas buenas ó malas. Pero Dios, que nunca olvida á los pobres de espíritu, y que les ha ofrecido su reino porque sabe muy bien que este no ha de ser para ellos; Dios, deciamos, en su bondad inmensa, que estienda su paternal desvelo hasta el tabernero mas ladron, tuvo piedad de Pablo, y le deparó á su hijo cuando menos lo esperaba. Francisco entró inopinadamente en la taberna con la noticia de que habia perdido todo su dinero al juego, para que su padre conmovido le diese algo mas que perder. En otra ocasion Pablo habria corregido cariñosamente á su hijo rompiéndole un par de costillas; pero entonces tuvo la abnegacion de abrazarle condoliéndose de su desgracia, y ofreciéndole algunas monedas de plata para que le escuchase y obedeciese.

Francisco vió el cielo abierto con tan inesperado recibimiento y á la halagueña oferta de adquirir mas dinero si servia fielmente al baron; no hay que dudar que se resolvió á esperar á aquel con la mejor buena fé y la mayor paciencia del mundo, con ayuda de un par de jarros de buen vino que le exigió tambien á su padre. Francisco ademas era gran comedor, y calculó que podía cenar para aguardar al baron, y de esa suerte hallarse con mas fuerzas, si necesitaba ponerlas á prueba. Cenó, pues, muy bien, bebió largamente y se quedó al poco tiempo hecho un tronco, aunque respirando bastante fuerte para dar testimonio de que en realidad vivia.

El padre cerró la puerta, ó por mejor decir, la entornó, y se quedó velando el sueño de su querido Paco y el vino de su bodega, no hiciese el diablo que le ocurriese irse al uno y que le robasen el otro.

Asi contó Pablo sucesivamente las ocho, las nueve y las diez. Al oír la primera campanada emprendió la obra de despertar á su hijo, y al cabo de un cuarto de hora ya empezaba á conseguirlo, cuando la puerta rodó violentamente sobre sus goznes y dió paso á un caballero.

— Señor! exclamó Pablo saliéndole al encuentro y señalando á su hijo aun medio dormido sobre la mesa.

— Está bien! contestó simplemente el baron de la Roche, pues no era otro, y echó á andar hácia el camaranchon ó cuadra en donde habia estado aquella tarde con sus dos compatriotas.

Pablo iba delante con la luz, guiando mientras gritaba con vehemencia: «Francisco, arriba; arriba, Francisco!»

Dios hubo piedad de Pablo, porque al fin Francisco se levantó, y sospechando que se le llamaba, de lo cual verdaderamente no estaba muy cierto, se encaminó al reflejo de la luz hasta el aposento en donde se hallaban ya el baron y su padre.

— Aun duermes, bergante? le dijo este en tono de paternal reconvenccion.

— Escucha bien; interrumpió el baron.

— Me retiro, señor? preguntó Pablo.

— Puedes quedarte. Oídme bien y sed mudos, porque en ello os va el pellejo: añadió el baron.

— Descuidad, señor! contestaron ambos y alargaron un palmo sus orejas.

— François, continuó el buen La Roche-Vermeille, si me sirves bien, te doy diez monedas de oro del último emperador...

— Diez Maximilianos, señor? Preguntaba sorprendido el mozo.

— Diez Maximilianos, repuso friamente el baron, si haces lo que yo te diga; diez palos en tus costillas aplicados con fervor, sino lo haces bien y fielmente.

— Mandad, señor, que haré milagros si es menester por alcanzar los diez Maximilianos y al mismo tiempo complaceros: dijo Paco.

— Es menester que tu gefe don Fernando de Acuña y estos dos españoles mas, que acaban de llegar á Francfort y cuyos nombres tienes ahí, vengan acá mañana: dijo el baron entregándole un papel escrito.

— Señor, no respondo de que venga mas que uno, mi gefe, porque á ese le conozco y tiene toda la planta de un valiente... á los otros no les conozco é ignoro completamente dónde se hallan ni cómo dirigirme á ellos: contestó Francisco.

— Creo, observó el baron, reflexionando, que con solo avisar á tu gefe, como tú dices, manifestándole la necesidad de que vengan los otros dos, ellos son buenos compatriotas y probablemente camaradas... pues...

— Sí, sí! vendrán... es probable, señor caballero, y...

— Basta! Mañana les espero aquí... es preciso; tú te arreglarás: dijo finalmente el baron cansado de tanto consejo ya y de discusion tanta, y se marchó como tenia de costumbre, esto es, aceleradamente.

El buen Francisco se hallaba en un gran aprieto, y como de él era causa inocente su padre, tuvo la lógica bastante de comprenderlo así y la insolencia de reconvenir á Pablo, con el discreto fin de que este último quisiese ayudarle á complacer al baron. Una dificultad sola habia, y es que en el fondo de la cuestion, ó sea respecto al espíritu de partido ó bandería, como si dijéramos, el padre y el hijo militaban en opuestos bandos: mejor diriamos acaso que no militaban, sino que simpatizaban con unos ú otros: pero ello es que si marchaban no era por idéntico camino. El siguiente diálogo nos hará comprender hasta qué punto era crítica efectivamente la posicion del padre y del hijo, gracias al carácter inflexible del buen baron de la Roche-Vermeille.

— Padre! dijo con aire pensativo su hijo, escuchadme.

Pablo estaba limpiando lo que entonces tenia pretensiones de mostrador, despues de haber cerrado y atrancado bien la puerta. Pablo se acercó á su hijo y contestó:

— Qué me quieres?

— Padre, habeis hecho una solemne necesidad.

— Por qué dices eso, Francisco, á riesgo de que...

— Me rompais una costilla? A buen seguro por esta noche, porque en ese caso no podria complacer al baron, y el señor baron haria algo mas con vos en despique.

— Tienes razon, murmuró el tabernero y continuó: qué es lo que quieres pues?

— Deciros que me es imposible complacer al señor...

— Y tienes tú valor de esplicarte así sabiendo que estoy á su soldada desde que vino, y que me importa poco vender tinto bueno ó malo, caro ó barato...

— Sí, padre, lo sé; pero sé tambien que si vos, buen navarro, estais dispuesto á servir á los navarros, yo, buen aleman, estoy dispuesto á complacer á los alemanes y...

— El diablo me lleve si te comprendo, Francisco; pero no lo estraño, porque, hijo mio, esta noche has bebido mucho...

— Ni mas ni menos que de ordinario: pero volvamos al asunto; no puedo sin hacer traicion á mi gente llamar á este sitio á esos señores sin prevenirles de que se les tiende un lazo; porque sabedlo, padre, esos caballeros navarros ó franceses deben desear lo contrario que los caballeros españoles, y es lo cierto que estos favorecen al nieto de Maximiliano en la cuestion del Imperio.

— Y quién te ha dicho todas esas cosas, Francisco?...

— Eso no es del caso: os digo pues que esos caballeros no vendrán, porque si se les tiende una celada, que sí se les está tendiendo, y luego alguno de los míos quedaba vivo... oh! es cosa de horripilarse...

— Pero hijo, no olvides que si no vienen esos señores, el baron me hará trizas.

— De todo lo cual, padre mio, vos teneis la culpa, porque habeis prevenido necesariamente al baron de algo de lo que me ocurría...

— Ciertamente con la mejor voluntad, pero...

— Entonces ateneos á las resultas, porque os juro que esos caballeros no vienen.

El buen Francisco era mas honrado que su padre, lo cual tampoco es muy de estrañar, porque vivia en la edad de los nobles sentimientos, no estaba gastado y corrompido por los desengaños y amarguras de la vida, ni vendido al vil interes, porque despreciaba el oro. Pablo trató aun de persuadir á Francisco, pero la verdad es que nada adelantó de positivo. El mozo le dejó en la duda con el fin de no irritarle por aquella noche siquiera; asi que en cuanto vió penetrar por la ventana el primer rayo del alba, se levantó presuroso y se marchó, dejando á su padre aun profundamente dormido, á pesar de sus cuidados de la vispera.

Francisco vió al que le habia enganchado, quo era como si dijéramos un sargento de su peloton; este, informado de la necesidad en que se hallaba su subordinado de ver al gefe inmediato ó sea ya oficial, le acompañó hasta él, y puso en sus manos un aviso escrito para don Fernan-

do de Acuña, avisándole de que concurriese á la hora indicada á la taberna de *la Liebre*, junto al muro á la parte de poniente de la ciudad, con los caballeros Moncada y Loaysa; pero les prevenia que si bien de su valor no se temia que faltasen á la cita, en cambio un amigo les observaba que fuesen precavidos contra cualquier ataque imprevisto.

Evacuado así su encargo, en descargo del cariño que profesaba á su padre, al mismo tiempo que en el de su lealtad como buen soldado de los españoles, Francisco dejó que los sucesos se resolvieran por ellos mismos, ó sea con ayuda del tiempo, que es el gran elemento para resolver problemas y despejar incógnitas de todo género.

El tiempo, que no pára nunca, y en representacion suya los relojes, que se paran muy á menudo, empezaron á demostrar que la hora de la cita se acercaba, en lo cual el sol estaba tambien de acuerdo con los relojes, porque iba arrancando apresuradamente de la tierra, y por consiguiente tambien de la imperial ciudad, los últimos vestigios de su refulgente luz, como diria un poeta ó un pedante, lo cual quiere decir sencillamente que empezaba á anochecer.

Por junto á las tapias de la ciudad y en direccion de la taberna habia un soldado paseándose, embozado con sumo cuidado por ocultar el rostro, y á lo que parecia estaba en acecho. A poco vió llegar á tres personas, y conoció al momento que eran las que temia. Pasó media hora, y vió venir á otras, que eran las últimas que debian llegar. Pero extrañó que con las primeras que vió cruzar en direccion de la taberna no fuesen algunas otras: lo cual quiere decir que, temiendo de las primeras nuestro espia un ataque contra las segundas, extrañaba cómo se presentaban tres para tres, ó lo que es lo mismo, con fuerzas iguales. Es que el buen hombre no sabia que Francisco I habia dicho al baron de la Roche-Vermeille, que en su oposicion á la silla imperial se portaria como lo que era, y sabido es que la

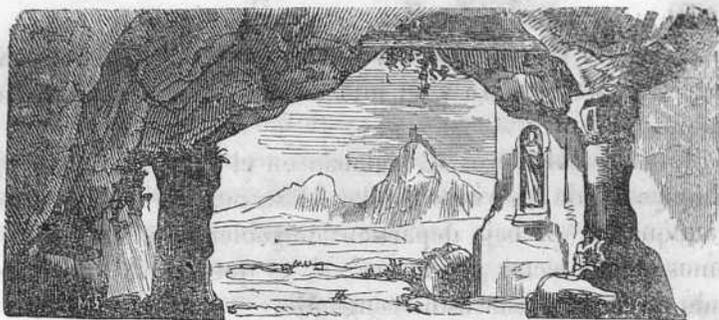
historia le conoce con el dictado encomiástico de el *último caballero francés*. El baron, pues, no tenia accion para hacer una villanía, que su mismo carácter y su nobleza proverbial rechazaban; pero con astucia ponía en juego cuanto comprendia que pudiera favorecer á su amo en aquella ó en otra cualquier empresa.

Los tres primeros hombres que pasaron por junto á las tapias de la ciudad donde habia un observador, eran el baron, el caballero Blanc y el de Foix. Los segundos que llegaron, don Hugo de Moncada, don Garcí Jofre y don Fernando de Acuña. El que les espiaba Francisco, el leal solado ya del último, hijo del tabernero Pablo.

Aquel tuvo un momento de vacilacion antes de resolverse á abandonar el puesto, pensando seriamente en si haria falta su espada á sus gefes en la taberna; despues comprendió que cualquiera que fuese el desenlace del drama que iba á representarse en ella, él se hallaria allí muy comprometido: y fuerza es confesar que el mozo tenia razon, de lo cual se infiere que se retiró de aquellos sitios á paso redoblado.

Francisco era mas prudente y tenia positivamente mas talento que su padre.

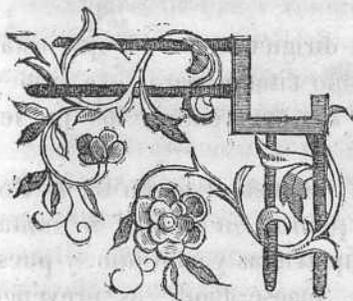




CAPÍTULO XLIV.



FRANCIA Y ESPAÑA.



La noche de aquella tarde en que hemos visto dirigirse á los caballeros á la taberna de Pablo, habia cerrado completamente, y el silencio mas completo reinaba en las cercanías de la taberna. A lo lejos se distinguia una luz desde una de las ventanas, y alguna sombra que se proyectaba instantáneamente sobre la tapia ó muro de la ciudad. En el momento á que nos referimos habia en la casa cin-

co personas; los tres caballeros franceses, que acababan de llegar, y el tabernero y su hijo encomendando su alma al diablo.

Los tres caballeros se hallaban en el cuarto formado de tabiques donde les vimos hablar de su negocio del Imperio; y aunque en voz baja departian amigablemente en los términos que el lector puede ver, si es que no se ha desdenado de llegar hasta estos renglones.

— Buen baron, exclamó el caballero Blanc echando un trago de excelente Rhin, á vuestra salud!

— Sea por la del rey Francisco, nuestro amo! contestó el anciano, llevando su jarro á los labios.

— Por Francisco de Valois! añadió al punto el jóven Foix, y porque no tarden en venir esos caballeros españoles.

— Allá veremos; repuso Blanc.

— Espero que no harán falta, señores: observó La Roche-Vermeille.

— Y qué les vamos á decir, baron amigo?

— Caballero Foix, no son mi fuerte los discursos: allá veremos, como dice Blanc.

— Hola, hola, baron, estais por las improvisaciones? magnífico!

Aqui llegaba la conversacion cuando el tabernero, seguido de tres caballeros, se presentó en la puerta del cubiculo.

— Estos señores, dijo aquel dirigiéndose á los que estaban alli, dicen que habiendo sido citados para este sitio y hora, preguntan á vuesaarcés si son por ventura los que les han hecho llamar.

— Asi es la verdad, señores, repuso el baron de la Roche-Vermeille levantándose al punto, en lo cual le imitaron los otros caballeros sus compatriotas y continuó: y puesto que estamos ya aqui todos, maese Paul, os prevengo que cerreis la puerta, y os advierto que no oseis venir á este sitio sin ser llamado.

El tabernero salió, y de consiguiente tres caballeros es-

pañoles quedaron allí, esperando oír lo que tres caballeros franceses tuviesen á bien decirles.

El baron, como era de suponer de entre los segundos, fue el que tomó la palabra, pronunciando con la mayor gracia posible la siguiente improvisacion, que ciertamente no podia menos de causar su efecto.

—Señores, siento que este palenque, porque en palenque se ha de convertir, sea tan estrecho para seis campeones de bandos opuestos.

—No os comprendo, caballero, replicó don Hugo de Moncada, pues lo único que sé es que este amigo, dijo señalando á Acuña, me ha avisado que tenemos hoy que concurrir á este sitio para tratar graves asuntos.

—Efectivamente, y deseo, dijo aquel, que tengais la bondad de esplicarnos el motivo de hallarnos en este sitio, puesto que aun ignoro si procede de vuestra parte el aviso que he recibido hoy mismo.

—Señor mio, contestó gravemente el baron, es muy justo satisfacer ese deseo; por lo cual empiezo diciendo á vueseñorías con toda lisura que segun mis informes, españoles como sois y valientes como lo acredita la fama de vuestro nombre...

Aquí los españoles se inclinaron dando las gracias por la galantería, y el baron prosiguió en el mismo tono:

—Debeis de haber venido á Alemania, á no dudarlo, á trabajar en la cuestion electoral del Imperio en favor de vuestro rey y señor...

—Y bien? preguntó con disgusto don Fernando.

—Nosotros continuó La Roche-Vermeille, saboreando la elocuencia de su improvisacion, somos franceses y leales sino muy valientes; y tratando de proteger en la eleccion á nuestro amo Francisco I, creemos hacerle un gran servicio evitándole vuestra perjudicial influencia, desplegada en contrario ó sea en favor de su coopositor al manto de escarlata.

—Y pensais vos, dijo gravemente Moncada, ó piensan

vueseñorías, que hemos de renunciar á ese plan si le tenemos, solo por vuestra indicacion, consejo ó amenaza?

— Tan seguro estaba yo de esa manera de pensar en caballeros de tal cuenta y valía, interrumpió el baron al momento, que no por otra razon calificué esta cuadra ó lo que sea con el nombre de palenque...

— Entiendo, se trata de un reto? dijo vivamente Moncada.

— Pero un reto triple: contestó alegremente de Foix.

— Me gusta la idea! exclamó resueltamente Acuña, y añadió: lo que ha de ser, sea pronto.

— Armados estamos todos: observó el baron. Ea pues, caballeros! somos tres contra tres; es preciso reñir hasta quedar fuera de combate, pero noblemente, puesto que caballeros todos somos. Y si por nuestra parte es cierto que ha habido sorpresa, no se diga al menos que hubo tambien alevosía. Yo, prosiguió levantando la voz, José Luis de Alembert, baron de la Roche-Vermeille, reñiré con cualquiera de vosotros que me haga el honor de recoger ese guante: dijo arrojando al suelo su manopla izquierda.

Con una rapidez inverosímil en su edad, aunque no avanzada ciertamente, recogió la prenda un caballero diciendo:

— Tendré yo, don Hugo de Moncada, el honor de ser vuestro adversario en campo cerrado y luchando hasta que uno quede fuera de combate.

Seguidamente uno de los jóvenes, imitando al baron, arrojó su guante diciendo:

— Yo el caballero Enrique, Carlos de Foix, señor de Foix y de Bonne-Ville, tendré la honra de medir mis armas con...

— Don Fernando de Acuña, capitán de la guardia del rey don Carlos de Austria: dijo recogiendo prontamente aquella prenda que fue á caer á sus pies.

Entonces se adelantó desnudando su mano izquierda el último jóven francés, y ofreciendo el guante al comendador le dijo:

— Yo Gustavo, Mánuel, Joaquin de Royer y de Blanc,

gentil-hombre y chambelan del rey de Francia, espero tener la honra de cruzar mi espada con vueseñoría: dijo dirigiéndose al último de los caballeros españoles, que contestó al punto:

— Don Garci Jofre de Loaysa, comendador de la muy veneranda orden de San Juan de Jerusalem y embajador que he sido cerca de Selim del rey mi amo: don Carlos de Austria.

Entonces, y como ensayados ó convenidos de antemano todos los caballeros se descubrieron ceremoniosamente, saludáronse con un movimiento de cabeza, y por último se dieron las manos de la manera mas galante del mundo.

Por un movimiento instintivo todos pusieron las manos sobre el puño de sus espadas y se lanzaron una escudriñadora, pero severa mirada. Cada cual pareció quedar satisfecho de su examen, comprendiendo ó deduciendo de él que tenia un adversario digno, pero probablemente no invencible.

Hubo entonces unos segundos de silencio, como si esperasen todos oír la señal del combate.

Aquellos momentos fueron solemnes.

Seis caballeros, de los cuales algunos acaso iban á perder la vida, se hallaban frente á frente, próximos á luchar tenazmente y con hidalguía por su rey, pero sin el menor rencor.

— Un momento! exclamó el baron: luego viendo la inmovilidad de todos los caballeros, prosiguió: que vengan el tabernero y su hijo para tener las luces y serán los jueces del campo.

— Qué vengan! dijo don Fernando.

Entonces el baron sin moverse de su sitio tocó un silbato, y al punto compareció Pablo en el umbral de la puerta.

— Está ahí Francisco? le preguntó el baron.

— Está para servir á vueseñorías, contestó Pablo.

— Pues tú y él venid al punto con hachones de viento y colocaos en ese sitio: dijo señalando junto á la mesa de los jarros.

Pablo obedeció, sacando antes esos estorbos y llamando á Francisco. Este volvió á poco y entonces, tomando un hachon que le dió su padre, se colocó mudo y grave en el sitio que el baron le habia designado.

Las espadas brillaron á un tiempo y al grito de *Santiago por España!* dado por dos de los españoles, al de *Dios lo quiere!* por el cruzado y al de *Saint-Denis et Montjoie* con que contestaron los franceses, los aceros se cruzaron y empezó una lucha terrible.

Figúrese el lector un espacio de veinticinco pies de largo por veinte de ancho y unos diez de altura, alumbrado por la oscilante llama de dos hachas de viento, que despedían una rojiza luz y gran cantidad de un humo denso y de un olor repugnante, alumbrando á ocho personas; seis de ellas con semblante ceñudo y en ademan constantemente agitado con el ataque y la defensa, seis personas sobre algunas de las cuales lucía el simple trage de caballeros, y sobre otras el fingido y modesto de soldados, pero sin armadura ninguna, ni siquiera la cota de malla; uno de ellos tan solamente dejaba ver sobre su oscura ropilla de vellori recortado la blanca cruz de la orden de San Juan, que entonces lucía, al resplandor siniestro de aquellos hachones, como una paloma blanca sobre el tronco de una vieja encina. Los dos mudos espectadores de aquella escena estaban visiblemente agitados, y todas las cabezas proyectándose en las cenicientas paredes hacían un efecto terrible; pero las del tabernero y su hijo aumentaban con su constante temblor la oscilacion perenne de las luces, contribuyendo á hacer mas imponente la perspectiva de aquel cuadro, verdaderamente sombrío, como un lienzo de David Tenniers. No se oía al principio de aquella escena mas que el crujir de los aceros y los redoblados golpes que los contendientes daban con sus pies sobre el suelo entarimado, formando un eco paavoroso y monótono, pero muy desagradable y que producía en los espectadores cierta escitacion nerviosa. Todos comprimian su aliento y tiraban mandobles, tajos y reverses con la

misma gallardía que si hubiesen estado en un torneo en presencia de la mas lucida y fastuosa corte de Europa en aquella época; pero con la decision propia del que quiere vencer á todo trance, porque cree que en ello le va mucho mas que la vida y la honra, que es el agradecimiento de su rey y la gloria de su nacion. Allí no peleaban Moncada, Loaysa y Acuña, tres hidalgos ó caballeros, contra La Roche-Vermeille, de Foix y de Blanc, és decir, otros tres caballeros: peleaban tres españoles contra tres franceses; tres españoles que querian dejar bien puesto nuestro nombre y contribuir á la elevacion suprema de su rey contra tres franceses igualmente hidalgos, valientes y ganosos de honra y prez por su patria y por su rey.

Habian pasado cinco minutos y ni una voz se habia escapado de aquellos varoniles pechos, ni ningun cuerpo habia tocado el suelo mas que con la grave planta: ya empezaban á dar los de uno y otro bando señales inequívocas de impaciencia; notábase que la línea del norte, que la componian los españoles, se movia menos en el ataque, pero en cambio era mas resistente en la defensa.

De pronto uno de los combatientes dobla la rodilla en tierra y baja al mismo tiempo la punta de su espada, pero sin articular una sola palabra ni siquiera escaparse de sus labios la menor esclamacion.

— Qué es eso, estais herido, señor de Foix? le preguntó cariñosamente su adversario.

— Ha sido un traspie que me ha dejado sin movimiento, perdonad, señor Acuña: contestó sencillamente aquel y, volviendo á levantarse aunque con alguna dificultad, siguió la lucha empezada.

Casi al mismo tiempo una voz gritó:

— Tened cuenta, caballero; creo que estais herido!

— No es nada, un pequeño reves... que no tendrá consecuencias... continuemos, señor comend...

No pudo acabar la frase el buen francés Gustavo de Blanc, y palideciendo instantáneamente, perdió luego el

equilibrio, dejó caer los brazos lánguidamente y arrojando un caño de sangre por la boca, que fue á salpicar la anteaada bota del comendador, cayó desplomado en tierra.

— Dios le haya perdonado! exclamó gravemente aquel caballero.

— Dios haya tenido misericordia de él! dijo el baron melancólicamente, lanzando una mirada de compasion sobre el cuerpo inanimado.

— Era todo un valiente! murmuró de Foix, apartándose un tanto con respeto, pero sin perder la guardia.

Entonces el comendador con la gravedad con que, segun cuentan, en aquella misma época otro comendador convertido en estatua sepulcral anunciaba á don Juan Tenorio su trágico fin, se retiró á un rincon diciendo:

— Malo! primera mano ganada, juego al postre perdido!

Y se mantuvo en pie mudo, sombrío é inmóvil, esperando el desenlace de aquel drama sangriento.

Desde entonces siguió el combate con mas encarnizamiento, pues los franceses, viendo su bando mal parado, redoblaron sus esfuerzos.

— Hola, señor de Foix, parece que quereis vengar á vuestro camarada! dijo con intencion don Fernando de Acuña á su adversario, tirándole un reves que le desarmó. La espada de Foix fue á parar á los pies de don Garcia Jofre, quien se apresuró á recogerla y entregársela al francés.

Este entonces dijo friamente:

— Estoy á vuestras órdenes, señor capitán.

— Continuemos: repuso sencillamente este último con cortés ademan.

— Sentiria mataros, despues de vuestra generosidad: dijo de Foix.

— Eso probaria mi buena estrella, señor caballero: replicó prontamente Acuña.

Y como si aquellas palabras hubiesen sido un fatal pre-

sentimiento, al querer este evitar un tajo de su contrario tirado con mucha fuerza y suma ligereza, don Fernando retrocedió un poco, puso la planta en falso, y aprovechándose instantáneamente el francés de aquel incidente, repitió al desprevenido capitán otra estocada que, hiriéndole en el costado derecho junto á la cintura, le hizo caer en tierra, dando antes un fuerte golpe con la cabeza en las tablas que formaban la pared.

— Estamos en paz! exclamó entonces el baron, viendo cerrar los ojos al buen don Fernando, y rodar ensangrentado por el suelo.

— Efectivamente; mala estrella tenia el de la guardia del rey! exclamó de Foix.

— Ahora nos toca á nosotros. Animo, señor baron, que es mengua ya nuestra tardanza: dijo don Hugo, tirando un mandoble á la cabeza de su enemigo.

— Por *Saint-Remy!* que sois atroz, el marino, y yo os creía menos sereno en tierra: dijo chanceándose y parando perfectamente el golpe La Roche-Vermeille.

— Los marinos españoles somos anfibios, señor francés: gritó Moncada.

— Guardad la cabeza! exclamó el baron, y de un tajo hizo bambolear al marino, que al fin cayó atontado, con el estruendo de un roble que tronchase el huracan.

— Vencimos, señor de Foix! Viva Francia! concluyó gozoso el baron.

— Viva! exclamó su compatriota.

— Soy vuestro! dijo entonces el comendador adelantándose.

— Los valientes como vos son siempre libres. Podeis marcharos, señor comendador, dijo prontamente La Roche-Vermeille.

El comendador saludó cortesmente, y echándose al hombro el embozo, salió del cuarto gravemente precedido de Pablo, que le alumbraba temblando como un azogado.

— Dios sea con vos! buen comendador: murmuró sencillamente de Foix, y envainó su larga espada.

— Ahora seguidme, caballero: le dijo el baron á este, y ambos salieron de aquella estancia, precedidos tambien de Francisco, aunque este no temblaba.





CAPÍTULO XLV.

EL COMENDADOR LOAYSA.



FUERA de la estancia el baron, acompañado del caballero de Foix le dijo en la taberna:

— Hemos logrado mucho mas de lo que yo esperaba, porque en verdad, señor caballero, los españoles son valientes como leones: pero como quiera que mi objeto fue el poner fuera de combate á ese jóven lla-

mado Acuña, muerto en el lance por vos, valeroso de Foix, por cuanto estaba reclutando gente para ponerla á disposicion de un esforzado capitán en este círculo, obligando con la intimidacion de los electores del Imperio á que ellos votasen á Carlos; y como quiera tambien que conocia yo la importancia que allá en España tenia el caballero Moncada, por lo cual le he supuesto el gefe natural de los en-ganchados por Acuña: de ahí mi resolucion de provocar ese duelo que ha sido favorable en su resultado para Francisco de Valois, aunque no ha de llevar á bien, y yo deploro mucho, la muerte del malogrado y valiente de Blanc.

— Y ahora, qué pensais hacer, señor baron? contestó el caballero de Foix.

— Es muy sencillo. Buscar gente con que custodiar esta taberna, para que entierren á los muertos.

— Y sino estuviesen verdaderamente muertos los dos españoles? Observó con sorna el francés.

— Quiero decir que si alguno de ellos resucitase, porque en mi concepto muertos estan, serian por las leyes de la guerra nuestros prisioneros, al menos mientras dure la eleccion: dijo el baron á su interlocutor.

— Para eso podreis valeros del hijo del tabernero, no es verdad, baron?

— Precisamente ese bergante está por Acuña en tanto cuanto que recibe soldada de él: replicó La Roche-Vermeille.

— Entonces podeis dar vuestras órdenes, señor baron: dijo con indiferencia de Foix.

El baron tocó el silbato, dió efectivamente sus órdenes al tabernero, é hizo andar delante de sí al hijo para que no pensase en hacerles traicion.

Mas al poner el pie en la puerta el buen Francisco echó á correr con la velocidad de una corza, y aunque trató de ir en su seguimiento el baron, renunció á esa idea cuando vió que el mozo fugitivo se lanzó por la pendiente escabrosa y empinada de un barranco, cuyo fondo estaba á una

gran profundidad lleno de agua. El baron no conocia aquellos sitios, y abandonó al hijo de Pablo, porque tampoco se sentia con grandes fuerzas despues de la lucha sostenida á costa de muchos golpes y de algunos rasguños recibidos durante aquella, y que le produjeron alguna pérdida de sangre.

Las tinieblas de la noche, que estaba ya muy entrada, envolvieron completamente á los dos caballeros.

El buen Pablo, causa inocente por su imprudencia de aquella catástrofe, se fue al camaranchon á reconocer el lugar del combate y á prestar sus socorros al que por dicha tuviese aun necesidad de ellos.

Antes que amaneciese, ya estaba don Garci Jofre en la taberna con algunos soldados compañeros, ó por mejor decir, enganchados como Francisco, en compañía de este, los cuales se llevaron el cadáver de Blanc y trasladaron á su casa á don Hugo y á don Fernando, que aunque vivos aun, se hallaban en muy mal estado, no solo por los golpes y heridas que recibieron, sino principalmente por la sangre que habian perdido, mientras Pablo, solo, tuvo que atender á ellos hasta la venida de su hijo.

Por eso cuando poco despues llegó el baron con gente á la taberna, ya esta estaba enteramente desalojada, y sin mas que su ordinario señor el francés Pablo.

El baron oyó las escusas de este, pues comprendió al punto que su hijo le habia ganado de mano, como asi fue en efecto.

Dejemos al baron marcharse de nuevo en busca del caballero de Foix, al tabernero limpiando la sangre del pavimento, y á don Fr. Garci Jofre de Loaysa, nuestro valiente comendador, curando y asistiendo en casa del diácono á sus amigos el bizarro Moncada y el valiente Acuña, gravemente heridos y perdida la razon aun, efecto del derramamiento de sangre que habian experimentado, y don Hugo especialmente atontado del golpe recibido en la cabeza al caer, aunque no tan herido como Acuña; dejémosles por

ahora, y vamos á ocuparnos ya de otras personas que reclaman nuestra atencion.



Pasaron algunos dias de aquel sangriento suceso. Una mañana al salir un caballero de una iglesia observó que le miraba con gran curiosidad un jóven, cuya fisonomía no le era del todo desconocida: queria recordar dónde habia visto aquel rostro que se hallaba en su mente impreso y en relacion ideológica con algun suceso reciente ó al menos no muy remoto de su vida, y evidentemente por tanto fuera de aquella ciudad; pero el buen caballero no atinaba con aquella idea, y sin embargo, la insistencia del jóven en mirarle al soslayo y en seguir disimuladamente sus pasos le fijó por completo: decididamente él conocia á aquella persona, y queria salir de dudas, por lo cual echó á andar de frente hácia el que era objeto de su curiosidad, y le habló en estos términos:

— Jóven, á lo que juzgo ni vos ni yo somos completamente desconocidos el uno para el otro, y evidentemente habláis mi idioma, como no se os ocurra ser turco.

— Ciertamente, señor caballero, que tengo el honor de ser vuestro compatriota, y de haber cruzado mi palabra con la vuestra mas de una vez en la severa corte de nuestro rey y señor don Carlos de Austria: contestó al punto el jóven mirando ya con aire risueño al caballero.

Ambos seguian por el mismo camino, y pasada la primera pausa ó sea interrupcion natural en su marcha, el caballero con viva impaciencia y tendiendo al jóven una mano le preguntó:

— Quién sois, pues, doncel?

— Seguidme y lo sabreis, que os juro por mi fé que mas aun que el conocerme os ha de agradar el conocer á otra persona. Estamos cerca ya, caballero, y podeis ver la casa desde esta esquina: dijo el jóven haciendo alto en

la primera que doblaron, señalando al mismo tiempo en la direccion que denotaban sus palabras. Veis, continuó, aquella casa de oscura fachada, á manera de casa solariega ó castillo, con algunas almenas chicas y que está desviada de las demas de esa calle?

— Ciertamente, y á lo que parece con vistas por la espalda á ese hermoso torrente que hay por aquel sitio y que va á desembocar fuera de la ciudad?

— La misma, caballero; allí vive hoy mi amo don... perdonad, no debo ser indiscreto, y es menester que antes prevenga al mismo...

— Es muy justo, jóven. Podeis anunciarme como su compatriota don...

— Os conozco, señor caballero; os he dicho que os conocia.

El caballero bajó la cabeza en señal de asentimiento, y pocos momentos despues pisaban los umbrales de una gran casa á la manera de los palacios.

Cruzaron ambos el zaguan, un gran patio y comenzaron á subir una ancha y cómoda escalera. Atravesaron algunas habitaciones, y en una interior se quedó el caballero al fin á una indicacion del jóven, quien, abriendo con presteza una puerta, despues de haber llamado con la mano de una manera particular y oido el sacramental *adelante!*, entró con prontitud, cerrando tras sí la puerta.

Evidentemente el jóven anunció al caballero, porque á pocos momentos volvió á aparecer muy risueño, haciendo ademan á aquel de que entrara.

El caballero entró.

— Bien venido, caballero! le dijo un gallardo jóven saliéndole al encuentro con la mayor galantería y benevolencia.

— Bien hallado! contestó sencillamente y aun casi podria decirse con alguna frialdad el caballero, porque al ver á aquel jóven le sucedió lo mismo que antes le acababa de suceder con su page, doncel, escudero ó lo que fuese el

uno del otro; es decir, que recordando perfectamente aquellas facciones, no podía caer en la cuenta de dónde las había visto ni de quién era él.

El joven dueño de la casa se sonrió comprendiendo el embarazo del caballero, y por eso le hizo ademán de que se sentara en un sitio que su page le había ofrecido, y le habló al punto de esta suerte:

— El caballero don Fr. Garci Jofre de Loaysa no me conoce, ó no recuerda mis facciones completamente? Será preciso ayudar algo su memoria?

El caballero, nuestro amigo, á quien con mas frecuencia conocemos por el comendador, estuvo á punto de reconocer á la persona que le dirigia la palabra; sin embargo, no tuvo esa perspicacia al fin, á pesar de que estrañó aquel eco de voz tan delicado en la hermosa y hasta cierto punto arrogante figura del joven.

— Os confieso, caballero, dijo don García, que hoy estoy bastante torpe...

— Si me viéseis con otro trage, probablemente, sin duda me conoceriais, señor comendador. Este que hoy llevo disfrazo mi sexo...

— Ah! entonces... os recuerdo ya perfectamente: exclamó sorprendido el caballero. Sois doña...

— Callad! No es conveniente que suene mi verdadero nombre en esta ciudad.

El caballero se encogió de hombros, como quien reconoce el deber de respetar un secreto que no le pertenece.

— Y bien, señora, continuó el caballero, podré servir de algo en estos lugares en el poco tiempo que debo permanecer en ellos?

— El conde de Ricote sabia que ibais á venir á esta ciudad, señor don García, con vuestro compatriota don Hugo de Moncada: dijo la señora, señalándose á sí propia.

— Cómo! vos teniais nuevas de nuestra venida?

— A vuestra llegada á Francia no faltó quien os viera y os conociera, y de ello volaron noticias hasta Francofor-

día (1), señor Loaysa. No tuvisteis que dejar alguna suma en Marsella, que luego pensásteis recibir en algunos puntos de vuestro tránsito y últimamente aquí?

— Ciertamente; nos valimos de unos judíos...

— Que os han facilitado vuestros escudos, y á mí la nueva de vuestra venida.

— Comprendo, señor conde; dijo sonriendo el caballero.

— Y veniais á ayudar en la eleccion al rey, añadió Estrella ó sea el conde de Ricote; no es eso, don García?

— Nada de eso, señora. Ese es negocio que no nos concierne absolutamente á Moncada ni á mí.

— Pero que no obstante os hace batiros en recia y descomunal batalla con tres adversarios franceses.

— Cómo! tambien sabeis?...

— Erais tres contra tres... vos, Moncada, y un capitán de la guardia del rey, contra el baron de la Roche-Vermeille, el caballero de Foix y el de Blanc, que ha muerto en la misma noche del 30 de abril, en que tuvo lugar el combate en la taberna de la Liebre...

— Pero quién, señor conde, os ha dicho todo eso que...

— Vos creiais tan oculto? Y qué tal se hallan los heridos... estan mejor? Ah! el lance fue cruel...

— Señora!

— Conde os he dicho que soy aquí... no seais, por Dios, tan indiscreto, señor hospitalario de San Juan, porque entonces no podré ser nada esplicita con vos.

— Me maravilla, conde...

— De que esté tan orientado, no es eso, comendador? Pues si asi no fuera, esto es, sino me ocupase de lo que les pasa á mis compatriotas en estos lugares, á qué venir? Pensais que el conde de Ricote acepta este título, condicion y sexo viniendo desde España solo por gusto de sufrir las penalidades de un viaje ó de ver esta antigua y triste ciudad?

(1) Llamábase así en aquella época á Francfort.

— Teneis razon, ilustre conde. Entonces podré saber...
 — Sin duda! podreis saber cuanto yo os diga, pero antes dadme una prueba de vuestra galanteria diciéndome dónde se halla don Antonio de Leiva.

— Lo ignoro, conde.

— Que lo ignorais?...

— Por mi fé de caballero.

— Ni le habeis visto en Alemania?

— Tampoco.

— Y dijisteis que no veniais á influir en la eleccion de emperador?

— Ni por sueño.

— Ni tampoco don Hugo de Moncada?

— Por lo menos que yo sepa. Hasta ahora su objeto y el mio son el mismo, uno solo: hacernos con una persona, y llevárnosla á España.

— Cómo! y quién es esa persona, don García?

— Es decir, ya debiamos estar en camino...

— Comprendo; mas el duelo habido con los franceses y sus consecuencias os habrán detenido: no es eso?

— Sin duda: el hombre propone y al fin Dios dispone, es decir, que don Carlos tendrá paciencia sino nos llevamos tan pronto al diácono...

— Al diácono Cristian Bleimberg, quereis decir? Pues no es ese uno de los mejores servidores del principe?...

— Y sin embargo, conde, el arzobispo de Tréveris, que en un principio estuvo indeciso, se ha declarado abiertamente...

— Sí, sí; lo sé perfectamente, contra Carlos de Austria, gracias á la influencia de Leon X. Por fortuna el francés hoy no tiene mas que ese voto que habeis dicho y el de Luis, conde palatino del Rhin, y urge ganar votos, porque la eleccion se acerca.

— Para cuándo se ha señalado, conde?

— Para dentro de quince dias ha hecho la convocatoria el elector arzobispo de Maguncia.

—Entonces vamos perfectamente, porque la eleccion está ya asegurada en favor de Carlos.

—Acaso no; contestó sonriendo irónicamente doña Estrella por la violencia que se estaba haciendo; podeis vos responder, prosiguió ella con interes, ni nadie, de que á última hora no haya quien olvide sus compromisos, ó lo que es peor aun, ceda al oro corruptor?

—Cómo! sería posible?

—Ah! comendador, comendador: si supiérais que desde que murió Maximiliano corre el oro á rios por estas comarcas y se subleva á todo el mundo escitándole á cada uno sus pasiones é intereses, para que tome parte en favor del uno ó del otro monarca de los aspirantes á la silla imperial? Las intrigas son incesantes, y la impureza, la intimidacion, la mentira, todo se pone en juego de la manera mas escandalosa que es posible imaginar... Pero dejemos eso á un lado, don García, y hablemos de algo que nos pueda interesar mas directamente.

—Os escucho, conde, y es escusado decir que estoy pronto...

—Gracias! asi lo espero, comendador. Ahora, francamente decidme, no buskais al diácono Bleimberg para llevároslo con don Hugo á Barcelona?

—Ciertamente.

—Y no sabeis dónde se halla?

—Hemos perdido la pista al amo y al criado... despues del suceso de la taberna de *la Liebre*; hemos buscado en balde á ese galopin que teniamos en rehenes del diácono, y no parece á pesar de nuestros esfuerzos.

—Yo os lo puedo presentar.

—Cómo, conde, es cierto lo que me decís?

—Evidentemente. Nuño, podrás presentar aqui á Livinus?

Nuño, que habia permanecido en pie durante toda esa conferencia junto á la puerta de entrada, al oir que su ama le dirigia la palabra, se acercó unos cuantos pasos y dijo:

— Vendrá, señor conde, facilmente.

— Ya lo oís, don Garci Jofre.

— Basta, señor. Ahora bien, cuándo creéis que podré verle aqui?

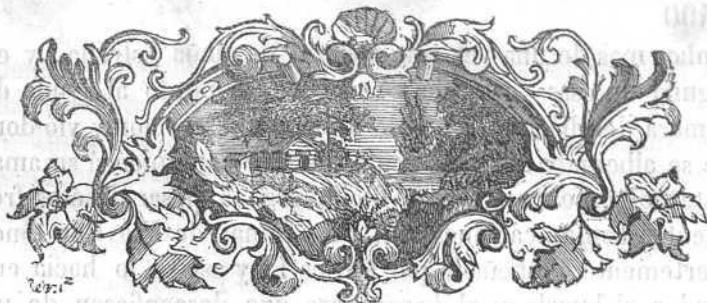
— Mañana al caer la tarde, al oscurecer: dijo Nuño desde aquel mismo sitio.

— Ya lo oís, señor don Garcia: añadió la duquesa.

— Vendré, señora, porque me interesa mucho el verle.

Pocos momentos despues salió el comendador muy satisfecho, porque tras del criado esperaba hallar al amo, y en ello estaba muy interesado su amor propio ademas del deseo de complacer á su rey.





CAPÍTULO XLVI.

LA HORA DE LA EXPIACION.



uño Fuensalida conocia el asilo de Livinus Judas Van-Gel, y por eso contaba con llevarlo á su casa al siguiente dia. La averiguacion de aquel hecho era cosa muy sencilla, y el lector quedará de ello convenido cuando le digamos, que por la necesidad que Estrella tuvo de ponerse de acuerdo con el legado del Papa en union del baron, porque los tres tenian en aquella eleccion el mismo interes, Fuensalida fue á la casa de

ambos mas de una vez con encargo de doña Estrella, y en alguna de esas veces vió y reconoció al punto al ayuda de cámara del diácono. Nuño le espió con discrecion y vió donde se albergaba, lo cual como siempre comunicó á su ama. Esta por entonces creyó á Bleimberg, á pesar de esas frecuentes comunicaciones con Fr. Tomas de Vio Cayetano, fuertemente empeñado por Carlos I; y asi se lo hacia entender al legado y al baron para que desconfiasen de un hombre, en cuya lealtad ella instintivamente y por sus presunciones legítimas de criminalidad ademas no confiaba.

La conversacion tenida con el comendador Loaysa le hizo ver á Estrella cuán conveniente deberia ser el ponerse ya en contacto directo con aquel hombre, y contando desde luego con la sagacidad de su page, esperaba entonces su llegada.

A consecuencia de su oferta terminante, Nuño Fuenzalida habló con Margarita para que sirviese á los fines de su ama. Creía, y creía perfectamente, que á una invitacion de un hombre se puede faltar, pero que á la cita de una muger, y sobre todo linda, nadie se resiste. Y que Margarita lo era, era tambien cosa averiguada por Nuño hacia mucho tiempo.

Margarita oyó primero á Nuño, colocóse luego en la situacion critica del doncel, y para dejarle airoso, en lo cual es fama que tenia muchos deseos, siguió por último las instrucciones del pagecillo.

Consecuencia de ello fue el envolverse en su ancho y airoso manto negro, y con las señas de la habitacion del diácono, dirigirse sin titubear en busca de Livinus. Mas cuál no fue su sorpresa al ver que ya no moraban alli amo ni criado, y que nadie le daba razon de ellos. En tal conflicto comunicó Margarita á Nuño el desenlace de su aventura, y este se fue al momento á la casa del legado de Leon X. Reconocido inmediatamente por toda la gente que encontraba al paso, logró llegar hasta Fr. Tomas, el cual, sabedor del nuevo albergue de Bleimberg, y no pu-

diendo dudar de la lealtad de Nuño, se lo reveló con suma complacencia de este.

Dueño ya de ese secreto, que le ponía en comunicacion con Livinus, volvió precipitadamente á instruir de ello á Margarita, la cual, escudereada á una distancia respectiva por el mismo page, llegó hasta la casa nuevamente designada por él mismo.

La comision de Margarita era sencilla y en aquellos tiempos muy frecuente, sobre todo en nuestra patria, y de ahí el no resistirse á nada la buena doncella de doña Estrella.

Llegó á la casa, preguntó por Livinus, compareció este, recibió verbalmente la súplica de presentarse aquella misma noche en casa de la duquesa, porque ella tenía que hablarle, y dejándole entrever su agraciado rostro y dando además á sus palabras todo el aire de una aventura amorosa, se huyó de él en la seguridad de que no faltaría Livinus á la cita á la hora convenida, que era la puesta del sol.

En efecto, Livinus se presentó á la oracion en la casa, en donde como era esperado por el mismo Nuño, no se le detuvo ni un momento, y se halló desde luego en presencia de la impaciente doña Estrella.

A una indicacion de la duquesa, la persona que habia introducido á Livinus cerró la puerta y se situó delante de ella.

— Puesto que habeis estado algun tiempo en España, le dijo desdeñosamente ella, entenderéis nuestra lengua, ¿maese Livinus?

Este comprendió al punto que se habia usado con él de fraude, y aunque turbado contestó:

— Estoy á vuestras órdenes, señor caballero.

La duquesa vestía de hombre.

— Recordais, continuó ella, lo que pasó una noche del mes de abril del año pasado junto á la ermita de San Nicolás en las márgenes del Esgueba?

Un jarro de agua fria echado sobre la cabeza de Livinus no le hubiera sorprendido mas ; pero era digno discípulo de Bleimberg, y dominándose quiso saber hasta qué punto se conocia aquel secreto, que él creía ya completamente olvidado hasta de su propio amo. Por eso contestó sencillamente:

— No comprendo, señor, á qué suceso aludís... si vuestra señoría tiene á bien esplicarse mas...

— Qué fuiste á hacer en el silencio de la noche, maese Judas, acompañado de cuatro hombres?...

— Señor! dijo aterrado el ayuda de cámara.

— Qué llevábais en hombros?

— Obedecia á mi amo, señor caballero.

— Y qué contenia aquel cajon, cuya conduccion capitaneabais, Livinus?

— Lo ignoro, señor. Yo obedezco á mis amos sin examinar...

— De suerte que ignorais realmente lo que contenia aquel cajon?... Por qué pues hubo tanto interes en arrojarlo al fondo del rio de noche, tarde y sin testigos?... Ah! confesadlo, Livinus; aquel cajon encerraba un crimen, porque se sumergió en las ondas del Esgueba para no volver á aparecer, pero no tuvisteis la dicha de sepultar en su cauce ese horrible secreto: el ojo infatigable de la Providencia estaba allí y no permitió que el crimen quedase oculto á los ojos de los hombres... eso es, infame, lo que vos ignorábais.

El ayuda de cámara estaba aterrado.

Estrella lo conoció en la lividez que habia tomado lentamente aquel rostro cetrino y de mala catadura.

— Qué es lo que vuestra señoría desea?

— Que me digais al punto lo que contenia aquel cajon.

— Un cadáver, señor!

— Bien me lo presumia yo! Y de quién era ese cadáver?

— De un hombre del pueblo, de un cualquiera...

— Su nombre! Su nombre al punto! dijo la duquesa de la manera mas imperiosa y amenazadora posible.

— Se llamaba Alfonso García...

— No conozco ese nombre... podeis darme algunas señas mas?...

— No señor... solo que era el padre de una linda jóven llamada Ursula, que murió á poco...

— Basta! Van-Gel, hay testigos de vuestro crimen porque os vieron en aquella noche, como os he dicho. Ahora si lo dudais, miradlo: acercaos, Nuño.

La duquesa hizo una seña á su page, el cual, separándose de la puerta en donde habia permanecido desde la entrada del flamenco, se adelantó con grave continente hasta colocarse en frente de Livinus.

Este retrocedió espantado algunos pasos por un movimiento instintivo de terror.

— Si, yo os vi, dijo el jóven, escondido tras de unos matorrales.

— Perdon! exclamó el flamenco cayendo de rodillas delante de Estrella, la cual se retiró haciendo al propio tiempo un marcado movimiento de desprecio. Ella le preguntó todavia:

— Decid, quién fue el matador de Alfonso García?

— Señor, yo no hice mas que obedecer... mi mano hi-
rió, pero fue dirigida por *meinher* Cristian Bleimberg...

— Es decir que fuisteis el vil instrumento de aquella castástrofe, sin duda el bárbaro ejecutor de una venganza ale-
vosa é infame?...

— Yo fui mandado, señor; ademas mi amo se veía en peligro, luchando cuerpo á cuerpo con el valeroso padre de la jóven que se hallaba en nuestro poder...

— Eso mas? Un rapto!... Está bien; necesito que vuestro amo venga aqui al punto sin la menor dilacion: enten-
deis? Os va en ello la cabeza, pues estais en mi poder y de él no saldreis tan facilmente.

— Señor, no veo medio...

— Yo os lo daré. Escribidle que os hallais en una casa oculto, porque los agentes de los caballeros españoles Moncada y Leiva junto con el comendador de los hospitalarios de San Juan de Jerusalem os habian preparado una emboscada; pero que gracias á la lealtad de la persona portador de este mismo pergamino, estais en salvo y le rogais que venga inmediatamente, pues como ya conocen su paradero va á caer en manos de los caballeros españoles. —

Livinus escribió en aquella misma estancia lo que le acababa de decir doña Estrella, y esta, acercándose á Fuen-salida, le dijo lo que debia hacer con Livinus y con el pergamino.

Un instante despues Van-Gel estaba en un aposento custodiado por fuera con gran vigilancia, y el segundo corriendo en direccion de la morada del diácono; habiéndose llevado á prevencion una prenda de Van-Gel para que, presentándosela al primer criado que saliese á su encuentro, pudiese ser reconocida por Bleimberg, y lograr el ver á este sin dilaciones de ningun género. Livinus sabia que ese medio adoptado era seguro, y que por lo mismo dentro de breves instantes su amo se hallaria en aquella casa. Escusado es decir que su impaciencia era suma y sin duda superior á la de Estrella, por lo interesado que él se hallaba en aquella criminal aventura, cuyo descubrimiento le hacía espantár hasta de su propia sombra.

Estrella llamó á Margarita á seguida de la marcha de Nuño y le previno que estuviese don Garcí Jofre de Loaysa en una antecámara contigua esperando á que se le avisase.

Pero este, al llegar á su casa el dia anterior con el ánimo resuelto de volver á la de la duquesa, solo comprendió que no podia ser como él se lo figuraba, pues que habia poderosos motivos para cambiar de plan.

Ya se halla don García en casa de Estrella, y ha logrado llegar hasta la habitacion en que la doncella Margarita le ha indicado muy cortesmente de parte de su señora que

tenga á bien esperar; es decir, de parte del señor conde de Ricote.

Entre tanto que se le avisa, Nuño llega hasta el caballero, que venia acompañado, para reconocer á las personas que entraron con él y eran efectivamente dos de igual clase. Al reparar en ambos, los conoció al punto Fuensalida, y avisó de ello á su ama con gran alegría por su parte por el hallazgo en aquel sitio de uno de ellos, á quien no creía allí ni remotamente.

Estrella mandó avisar al comendador que ya podia pasar á su estancia, y él lo hizo en el acto acompañado de las dos personas que hemos indicado.

—Bien venidos, señores! Cómo asi, dijo la duquesa, tan pronto os reponéis de vuestros descalabros, caballeros? Yo creía que ibais á estar postrados en el lecho muchos dias mas, Moncada, y vos tambien, valiente jóven.

—Señora, contestó el nombrado, comprendiendo que hablaba con una dama á pesar de su trage, me lisonjea vuestro interes; mas no puede menos de maravillarme el que vos os halleis en esta ciudad, y sobre todo que conozcais ese suceso...

—Ciertamente, don Hugo. Podeis comprender que habiendo venido á Alemania en esta ocasion solemne, deberé ocuparme mucho por razon natural de todos los compatriotas que aqui se hallan; el reto de la taberna del navarro Pablo no podia yo desconocerlo, ni menos que ese viejo sirva al rey de Francia, mientras que su hijo Francisco está á sueldo de los españoles... no es cierto, capitan? exclamó Estrella, dirigiéndose al mas jóven de los caballeros.

—Tambien eso, señora? contestó el aludido.

—Capitan Acuña, continuó ella, puedo aseguraros que el duelo ó choque con el baron de la Roche-Vermeille, de Foix y Blanc lo sabia yo aun antes que vosotros mismos, como no ignoraba que vos Moncada y vos Acuña quedásteis por muertos en el campo. Sino se os hubiese asistido tan bien, con tanta solicitud y esmero, probablemente á estas

horas no existiríais. Ni os estrañe, señores el que yo haya hecho tales averiguaciones, porque los hombres han nacido para obrar y las mugeres para tocar los resultados y hacer sus aplicaciones.

— Es verdad, señora, dijo entonces el comendador; pero eso se entiende cuando las mugeres son como vos... el vulgo de las mugeres suele no servir para gran cosa sino es para enloquecernos.

— Y vos, señor capitán, repuso ella dirigiéndose á Acuña, conocísteis á una muger, una hermosa jóven probablemente, llamada Ursula García?

— Que si la conozco, señora, cuando es la luz de mis ojos y el norte de mi vida desde que la vi por la vez primera! contestó el enamorado jóven. Por qué me lo preguntais? añadió el mismo, por qué, señora? Tiene que deplorar desde mi salida de España alguna nueva desgracia?

— Perdió á su padre esa pobre niña, no es cierto? —

— Ah! sí, señora!... tiene que deplorar horribles desgracias, infortunios muy grandes en tan pocos años.

— Asesinaron á su padre, es verdad don Fernando? preguntó tristemente la duquesa.

— Es cierto!... y desde entonces, señora, busco al matador con la misma solicitud, con idéntico afán que la hiena busca al cachorro que le han robado de su guarida en un momento de ausencia; desde entonces, creedme, algunas veces estoy loco, porque llevo á dudar hasta de la justicia divina que esconde á mis ojos al monstruo de perversidad que hundió en el pecho de un honrado anciano el puñal homicida, precisamente cuando el anciano volaba en alas de un santo amor paternal á salvar á su hija de la deshonra y de la muerte misma.

— Calmaos, jóven, dijo de nuevo doña Estrella, y comprended que si he podido hablaros de cosas que tanto os afectan naturalmente, no habrá sido por mera curiosidad, no! Al mismo tiempo debo advertiros que la Providencia es inescrutable en sus designios, y que acaso cuando

menos lo penseis os encontrareis con el matador del padre de vuestra amante.

— Qué quereis decir, señora? por ventura le conoceriais vos, acaso tambien sabeis su paradero? Ah! por piedad si es asi, señora, os pido por lo mas santo, por lo mas querido que haya en el mundo para vos, que me digais sin tardanza dónde se halla el asesino...

— Hélo ahí! dijo entonces doña Estrella señalando á una puerta que acababa de abrirse y al mismo tiempo que una voz, la del page, esclamaba anunciando:

— El diácono Cristian Bleimberg!

— Maldicion! gritó con un rugido el capitán.

— Traicion! osó apenas articular el diácono.

— Dios lo quiere! exclamó el caballero de San Juan.

Aquel momento fue solemne.

El estupor se pintaba en todos los semblantes, porque todas las personas que alli se hallaban presagiaron una castástrofe.

— No te escaparás esta vez, vil asesino! gritó colérico don Fernando, blandiendo su larga espada y corriendo á lanzarse sobre el diácono.

Estrella habia desaparecido por una puerta que daba á la parte opuesta por donde acababa de entrar el diácono y, como siempre, el page con ella; de suerte que en aquel momento los caballeros se vieron solos con Bleimberg.

Entonces don Hugo y don García, que se hallaban inopinadamente con su fugitivo, se interpusieron entre el capitán y el diácono y dieron á este tiempo para que huyese por donde mismo. Estrella salió un momento antes. Mas el jóven Acuña, que estaba furioso con la embriaguez de la cólera, cuya satisfaccion creia llegada, se desasíó rápidamente del nervudo brazo de Moncada, y fué en seguimiento del que ya miraba como su víctima.

Todo ello fue obra de un momento.

— Dejadle! gritó Loaysa al ver que Moncada se disponia á cortar la carrera al mozo: dejadle! y suceda lo que quie-

ra, don Hugo! prosiguió el comendador: Dios lo quiere!

La Providencia al parecer trataba de salvar á Bleimberg ó por mejor decir de evitar el que don Fernando se tomase la justicia por su mano, pues ya este habia perdido la pista á su fugitivo en los largos y lóbregos corredores del ala deshabitada de aquella casa ó castillo.

El diácono huía con rapidez, á pesar de sus hopalandas que llevaba con frecuencia en Alemania: acaso habia alguna fatalidad en ello, porque el dia de su crimen horrendo en la capilla y antes el de la muerte de Alfonso Garcia llevaba Bleimberg el mismo sayo talar. A pesar de todo, deciamos, el diácono corria con la velocidad que infunde el miedo, cuando al dar la vuelta al extremo de un corredor débilmente iluminado por una elevada claraboya, se le presentó un inesperado socorro.

Era Judas Van-Gel, que huyó, de la estancia inmediata donde se hallaba, en seguimiento de su amo y realmente con ánimo de salvarle.

—Huid por ahí! le gritó Judas á Bleimberg, señalándole en direccion opuesta.

—Tú aqui, infame? gritó tambien el diácono con un acento que revelaba una alegría satánica: tú aqui, Van-Gel? continuó Bleimberg; pues para que otra vez no hagas traicion á tu amo, toma... vaya tu alma al infierno!

Al decir estas palabras descargó el diácono en el pecho de su criado un fiero golpe con una daga que oculta tenia bajo su sayo, y que habia desnudado para defenderse al emprender la fuga.

—Asesino! gritó con un ronco gemido Van-Gel, cayendo al impulso del golpe que acababa de recibir. Maldito seas! añadió revolcándose con la agonía y las bascas de la muerte á los pies del diácono.

En aquel momento los gritos de la víctima sirvieron de reclamo al desorientado Acuña, que espada en mano y con toda la apostura de un angel vengador por su hermosura y la cólera pintada en su semblante, llegó al sitio de aquel

nuevo delito de Bleimberg, y este le vió delante de sí, como el rayo de la venganza divina pronto á caer sobre él reduciéndole á cenizas.

Bleimberg estaba en pie junto á Livinus, que no era todavía cadáver, pero que por eso estaba mas repugnante aun con los visages de su rostro, y las contorsiones de su cuerpo bañado en su propia sangre.

A la espalda del diácono habia una ventana grande por donde entraba la luz de la luna, que reflejaba sobre aquellos sombríos corredores y galerías interminables de esbeltas ojivas, perdiéndose en la oscuridad, y aquel rayo resplandeciente del astro de la noche iluminaba completamente á los dos personajes que estaban en pie, proyectando sus sombras de una manera colosal sobre el pavimento.

—Un nuevo crimen! exclamó en tono de horrible reconvencción el jóven capitan, clavando sus ojos en Bleimberg. Y tirándole al mismo tiempo una estocada al costado izquierdo, que no pudo evitar el diácono por hallarse de espaldas á la pared, y teniendo á sus pies á Van-Gel que le cerraba el paso; muere, exclamó el jóven, á mis manos, vil matador de Alfonso García y raptor y violador de su hija! Dios es justo! tu primer crimen fue á esta misma hora, monstruo!

Y así era la verdad. Dios quiso que á la misma hora del delito fuese la expiacion.

El diácono cayó al golpe de don Fernando junto á Van-Gel, que aun seguia revolcándose con movimientos convulsivos y horribles.

El capitan se horrorizó á la vista de aquel cuadro tan sombrío y repugnante, y creyendo ya satisfecha su venganza, huyóse despavorido y desolado de aquel lugar de terror.

Pero don Fernando se habia equivocado.

El diácono no habia muerto. La Providencia le reservaba una agonía mucho mas larga y mas horrorosa en expiacion de sus enormes crímenes.

Al caer herido Bleimberg junto á su ayuda de cámara su horror fué invencible, y sintiéndose con algunas fuerzas, pasado el primer momento, hizo un gran esfuerzo, y apoyado en la pared con su cuerpo alargó la mano derecha hasta el borde de la ventana, pretendiendo incorporarse.

Livinus notó el movimiento, y con una intención diabólica quiso devolverle la muerte que de él habia recibido, pues conocia muy bien que iban sus ojos á cerrarse para siempre muy pronto.

Una vez en pie Cristian, dominando la ventana, recibió un violento empuje por la espalda al sentarse sobre el alfeizar, para lo cual tuvo aun fuerzas y serenidad bastante. Aquel esfuerzo causó la muerte del ya moribundo Vangel, y lanzó á la parte exterior del muro al diácono.

Este, habiendo perdido mucha sangre por la herida del costado y sintiéndose desfallecer á causa de la debilidad consiguiente, pasó por el nuevo susto de sentirse lanzar por la ventana, y la sangre que aun le quedaba se le heló en las venas. Su cuerpo atravesó el alfeizar y en un momento habria ido á medir la profundidad del torrente que se oía hervir sordamente á cien pies de profundidad, si su implacable estrella no le hubiese deparado un estéril socorro por algunos momentos para hacerle aun mas horrible su agonía.

La ventana por la parte de afuera estaba adornada de relieves de escultura en los cuales el diácono, que no pudo evitar su caída á la parte exterior, pudo lograr asirse de los intersticios que formaban los adornos de la piedra; pero su cuerpo quedó colgando perpendicularmente sobre el torrente.

Aquellos momentos fueron una eternidad. La horrible situacion en que se halló Cristian Bleimberg era indescripible: la imaginacion se arredra al querer formarse una idea de ella, de aquellos horribles momentos que parecian al desdichado siglos de duracion. El mismo peligro evidente y horroroso en que se veía al fin, le quitó el re-



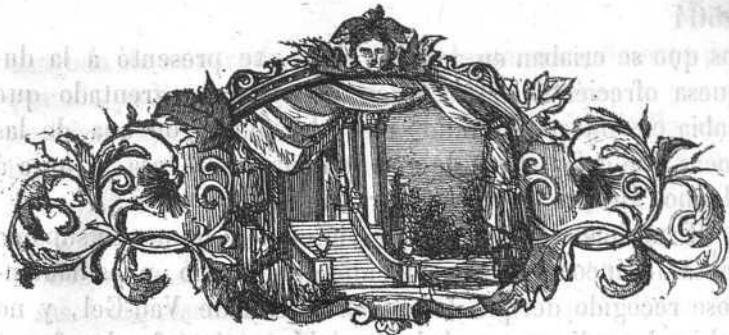
Siete Embajadores. — Lám. 15.

cuerdo del que acababa de pasar pocos momentos antes, y con él huyó hasta el dolor físico de su herida grave, pero que estaba bien lejos de ser mortal, y sus ojos midieron con la superioridad de la inteligencia la distancia exacta que le separaba del torrente. Contaba por las pulsaciones de su corazón los segundos que pasaban, porque aquella situación se prolongaba sorprendentemente, merced á los esfuerzos sobrehumanos que hacia aquel hombre. Pero al fin, ni sus fuerzas eran inagotables, ni su espíritu invencible: la contracción nerviosa que le dominaba, y por la cual tenia los dedos de las manos adheridos á la piedra, como la concha al marisco, empezó á relajarse y concluyó por desaparecer, para dar lugar á un estado de flexibilidad que fue últimamente sustituido por un total abandono de fuerzas. Sus ojos empezaron á entornarse, despues de haber ido enturbiándose en las pupilas los objetos, y perdiendo aquellas su brillantez natural; el rostro estaba lívido y lleno de manchas amoratadas; sus cabellos, erizados sobre la frente, se habian vuelto blancos en su mayor parte en los momentos que llevaba de suspensión sobre el abismo que le esperaba; su oído no le indicaba ya el rumor del agua, y sus manos estaban haciendo el último, el supremo esfuerzo para no huir de la piedra. Al fin, la debilidad, el cansancio, el dolor físico de la herida obraron necesariamente; entonces la reacción fue instantánea para que el último momento de aquel hombre fuese también horrible hasta donde la imaginación no puede llegar. Bleimberg oyó á un tiempo de nuevo el ruido atronador del torrente, volvió á ver claro con aquellos ojos ya marchitos, la herida le dió una dolorosísima punzada, sintió resbalar sus dedos de la piedra y de pronto que atravesaba el espacio... nada más vió, pero sintió.

Su cuerpo fue á estrellarse sobre las salientes rocas que formaban la base ó sean los cimientos del edificio gótico, y los huesos del diácono crujieron como si fuera un saco de conchas lanzado desde lo alto. Un ay! horri-

ble se escapó aun de aquel cuerpo; ay! que siguió repitiendo el eco de un modo fatídico y pavoroso, mientras el cuerpo iba cayendo hácia el fondo de aquel precipicio desencajándose y despedazándose todos sus miembros, como si hubiese sido pasto de las aves de rapiña. Por fin, aquellos sangrientos restos, ya informes, se perdieron en las ondas del torrente, y salpicadas de sangre las rocas inmediatas, dieron mudo testimonio de la catástrofe durante muchos dias.





CAPÍTULO XLVII.

UNA VISITA INESPERADA.



Al saber Estrella que se había hallado junto á la ventana de un corredor el cadáver de Van-Gel, quedó sorprendida, porque no era ese la victima probable cuando su destino trajo á la casa al diácono.

Hizo la duquesa buscar á este en balde, á pesar de que ya se habían practicado mil diligencias con ese objeto; mas á la mañana siguiente á aquella triste noche un hombre, que con frecuencia iba al torrente á coger algunas yerbas de

las que se criaban en aquellas rocas, se presentó á la duquesa ofreciéndole un cordon de oro ensangrentado que habia encontrado prendido entre las puntas de una de las rocas que caían al pie de una ventana de la casa y junto á algunos girones de ropas negras.

Examinada la ventana, se vió que era la que se suponía causa del incomprendible suicidio del diácono, pues habiéndose recogido del pie de ella el cadáver de Van-Gel, y no habiendo nadie presenciado la doble catástrofe, les fue á todos imposible calcular la verdad del hecho con sus horribles accidentes.

Cuando Estrella llamó á Acuña para oír los pormenores de su lucha con el diácono, supo que este habia recibido una estocada del jóven; pero calcularon que no pudo ser mortal, puesto que aquel luego necesariamente debió haberse precipitado al torrente, suponiendo, como tenia el jóven derecho de suponer, que Van-Gel era ya cadáver cuando él acometió á Cristian Bleimberg.

Estrella entonces mostró á don Fernando el cordon de oro encontrado en las rocas del torrente como un recuerdo de aquella catástrofe, y al punto lo reconoció el jóven por ser el mismo que al partirse él de Valladolid habia regalado en prenda amorosa de despedida á su amada Ursula.

— Dios, exclamó pensativo el jóven, no ha querido que esa prenda de mi santo amor hácia la víctima de ese monstruo, que ya recibió el castigo de sus crímenes, le acompañase hasta la tumba; sino que volviese á mi poder, como un recuerdo vivo de la justicia divina.

— Teneis razon, capitan! contestó gravemente la duquesa, y desde luego esta alhaja os pertenece: tomadla, puesto que el cielo os la devuelve por un medio tan extraordinario. Dios haya tenido piedad del criminal!

— Amen! contestó el capitan, y salió de la estancia.

Doña Estrella al llamar á Bleimberg estaba muy agena de que iba á suceder aquella catástrofe; ella ignoraba las razones que tenia el capitan contra Bleimberg, pues lo que

el ayuda de cámara le habia indicado no era suficiente para que ella pudiese prever aquel trágico desenlace, y por último ignoraba que llegase allí Acuña. Doña Estrella creía firmemente á Bleimberg, como hemos dicho, dispuesto á favorecer á Carlos I y seguir engañando al legado Fr. Tomas, por medio de la seducción empleada con el arzobispo de Tréveris: de ahí su deseo de atraer al diácono á su casa, ó sea á la presencia del caballero Loaysa, para que, sano Moncada, ambos se lo llevasen á España en cumplimiento de su comision. Pero el destino de Bleimberg lo dispuso de otro modo, superando los deseos de la intrigante duquesa.

Sabedora esta luego por don Fernando del encargo especial que para don Antonio de Leiva habia traído á Alemania el jóven capitán, comprendió desde luego que no solo necesitaba impedir á toda costa que los caballeros Moncada, Loaysa y sobre todo el mismo Acuña se encontrasen con don Antonio, sino que además, como medio mas seguro, era menester á todo trance obligarles á salir de aquella ciudad lo mas pronto posible.

Con ese fin hizo comprender á don Hugo y Loaysa que, terminada ya su comision de una manera tan inesperada, debian volverse á España á dar cuenta de ella al monarca. Los caballeros, que veían la cuestion del mismo modo, creyeron deber emprender inmediatamente su marcha y asi se lo manifestaron á su amiga, la cual les supo hacer comprender que iba á trabajar en la eleccion en favor de Carlos I.

Faltábale pues aun deshacerse de don Fernando, porque el jóven continuaba su enganche con constancia siempre, con la esperanza de hallar á don Antonio para ofrecerle el mando de aquellas fuerzas. Sin embargo, el hacer abandonar el territorio alemán á don Fernando, como á los otros dos caballeros, no era cosa tan facil; de ahí la necesidad de buscar con mas empeño á don Antonio de Leiva, de quien nadie le daba razon.

Pero como quiera que el buscar no es sinónimo de ha-

llar, ni siquiera causa *causal*, *eficiente* ni *material*, como decian los peripatéticos, sino causa contingente ó fortuita, esto es, causa que puede muy bien quedarse sin efecto, ó lo que es lo mismo no llegar á ser causa, claro es que la duquesa, á pesar de su buen juicio, pudo muy bien hacer lo que, con menos ingenio acaso pero no con menos decision, hizo don Fernando; esto es, buscar en balde: porque en realidad para no ser uno hallado si le buscan ni encontrado aunque no le busquen, no hay como esconderse muy bien; y eso lo sabia perfectamente don Antonio de Leiva, que ademas de valiente no era nada lerdo. Y como quiera que aun no ha aparecido, ni menos ha sido hallado ni encontrado, le dejaremos hasta que podamos volver á ocuparnos de él.

Nuestros lectores no habrán olvidado ciertamente la conferencia que en ciertos dias tuvieron sucesivamente el buen cardenal de Gurck y Federico el Sajon por una parte, de otra el escelente obispo Erardo La Marck y Luis, rey de Bohemia, y por último el imberbe Guillermo de Croy con el indeciso marqués de Brandeburgo; tampoco habrán echado de menos probablemente nuestras lindas lectoras que el tesorero de Carlos I, Almerstoff, segun les dijimos, tuvo tambien sus entrevistas con el arzobispo de Maguncia; y no recordamos esto precisamente para decir que los tres electores estaban ya en la época de estos sucesos completamente en favor de Carlos, porque á pesar de todo lo dicho por La Roche-Vermeille y de lo mismo que Estrella creía, podria muy bien no ser del todo exacto. Mas ya vendremos luego á esos detalles; cumple ahora manifestar que hemos recordado eso para decir que desde su escondrijo don Antonio de Leiva, aunque no se ha presentado todavía en la escena alemana, y al recordar las personas que habian salido de España para aquellos paises, segun propia confe-

sion del rey, no sospechó ni remotamente por su alta dignidad de ninguno de los eclesiásticos que él sabia haber en Alemania, y del tercero por la sencilla razon de que no tenia noticia de él; ademas de que aun cuando la hubiese tenido habria visto que, residiendo en Gante Guillermo de Croy, mal podia haber asesinado al conde de Burgos que no salió de Valladolid.

Don Antonio de Leiva se fijó en los cuatro restantes embajadores, á saber: el canciller Brabanzon, el tesorero Almerstoff, el francés La-Chaud y el flamenco Cristian Bleimberg. La dificultad consistia en averiguar cuál era de los cuatro el autor de la muerte; empresa nada facil en atencion á que él los suponía á todos de ello muy capaces, y sobre todo porque luchaba con los inconvenientes del lenguaje de aquella tierra, de sus escasos medios y para colmo de desventura de su ocultacion por temor de ser reconocido por el matador, que probablemente huiria de su presencia.

Mas puede mucho la fuerza de voluntad, y tanto como ella al menos pueden los nobles sentimientos del alma, ó esos sentimientos que, naciendo de los que indudablemente lo son, llegan por una degenerada conciencia segun los tiempos y civilizaciones á pasar por legitimos, siendo realmente muy bastardos: y esto precisamente sucedia á don Antonio de Leiva, que guiado por el sentimiento justo y noble de la muerte de su hermano, queria sin embargo vengarse; lo cual él y toda su sociedad entoncés creían muy laudable y muy santo.



12. Una mañana en que el tesorero de España Nicolás Almerstoff estaba contando los dias que faltaban para la eleccion, satisfecho con el triunfo que al rey su amo contribuía á depararle, en su concepto evidentemente, y por lo cual esperaba verse pronto del cuello pendiente el cordero de

oro, que era el colmo de sus aspiraciones; una mañana, por cierto muy templada y hermosa, del mes de mayo, y cuando el sol con su sombra sobre los álamos que casi ocultaban su casa señalaba las ocho de la manera mas inequívoca del mundo; escondido entre finas sábanas y bajo hermosas colgaduras, creyó percibir un ligero ruido por la parte exterior de la ventana de su habitacion que caía al parque, colocado en la parte posterior de la casa. Fijó algún tanto la atención y nada mas oyó entonces, cuando pocos momentos después el ruido se repitió, y aquella vez como si hubiese caído algun cuerpo sólido sobre las maderas de la ventana. Incorporóse Almerstoff de pronto en el lecho por un movimiento mas bien de curiosidad que de miedo, é instantáneamente la ventana se abrió con grande estrépito, dando paso, como lanzado violentamente por la parte exterior, á un hombre y al parecer soldado.

El ruido primero que Nicolás había oído era causado por los garfios que aseguraron de golpe, y lanzados por una mano diestra, una escala de cuerda: el nuevo ruido lo ocasionó el hombre al acabar de subir por ella y tocando involuntariamente á las puerta-ventanas. El hombre ó el soldado que penetró por ellas, despues de saltar hechas pedazos, era un antiguo amigo, á quien no tardará en conocer el lector.

— Quién va? gritó sorprendido el bueno del tesorero, al hallarse con un huésped de manera tan inusitada.

— Un caballero, contestó el recién venido, que no pudiendo llegar hasta vos sin dar antes su nombre y sin satisfacer á otras cien preguntas, ha adoptado ese medio mas eficaz, aunque un tanto mas incómodo, y sobre todo, que siendo del género de los asaltos, pertenece á la escuela de la guerra...

— Y tambien á la de los bandidos! replicó colérico Almerstoff.

— Reportaos, menguado tesorero, y no me obligueis hablándome como un flamenco á que me conduzca con vos como un español.

— No os temo, señor soldado, á pesar de veros armado! repuso el flamenco asiendo un trozo de puerta-ventana, que habia ido á parar hasta junto á la cabecera de su lecho.

— Qué es eso, fanfarronadas á mi, señor Almerstóff? dijo tirando de su hermosa y luciente espada su interlocutor, y arrojando de un pinchazo la tabla lejos de la débil mano que la asia.

— Pues bien! concluyamos, señor soldado de qué sé yo quién: decidme quién sois? qué quereis? á qué habeis venido de esta manera tan rara en busca de quien no os conoce?

— Muchas preguntas son esas para satisfechas al punto, y sobre todo por quien viene mas decidido á hacerlas que á contestarlas.

— Eso mas? Por cierto que el advenedizo viene asaz descortés, por no decir insolente! replicó colérico el flamenco.

— Tened la lengua, Nicolás! y no me hagais que castigue antes de tiempo los que creo vuestros crímenes; esperemente yo al menós el placer de oír vuestra confesion. Decidme, no me habeis conocido aun, el tesorero?

— No por cierto, aunque si he de hablar francamente, vuestro rostro desmiente en verdad vuestro humilde trage, y vive el cielo! que no me es tampoco completamente desconocido, señor español; puesto que esa condicion no la negareis despues de haberos oido hablar.

— Ciertamente lo soy: contestó el recién llegado, y prosiguió: pero extraño que no tengais algo mas de fisonomista: los hombres como yo alcanzan á mi edad y con mis cicatrices el honroso privilegio de ser reconocidos facilmente por los que, como vos, no tienen ninguna, señor tesorero.

Este se mordió los labios. El caballero continuó:

— Decidme, señor flamenco, conocisteis allá en mi patria al noble conde de Burgos?

— Algo mas y mejor que á vos, señor castellano! contestó friamente el tesorero, y prosiguió: Mas no comprendo á

qué viene esa pregunta, ni menos qué interés pueda en ello tener ninguno de los dos.

— El conde era mi hermano!

— Qué decís? Entonces, caballero, sois vos don Anlonio de Leiva, no es cierto?

— El mismo, que ha venido á Alemania en seguimiento del matador de su hermano.

— Caballero, no os comprendo!

— Eso es lo que siento, y al mismo tiempo eso me obliga á reconciliarme con vos, como puede hoy un español leal amante de su patria reconciliarse con un flamenco.

— Explicaos, don Antonio, que, vive el cielo! cada vez os entiendo menos.

— Busco á un asesino y...

— Sospechásteis de mí, Leiva?

— Sois flamenco!

— Ira de Dios! y es esa razon bastante?

— Sino sois vos, es otro; el asesino es un flamenco, esa es la verdad, y uno de los que de orden del rey Carlos salieron hace algun tiempo hácia Alemania. Entendeis ahora?

— Estais seguro de lo que decís?

— Muy seguro, y si vos me ayudais á descubrir al matador de mi hermano creeré un dia en la hidalguía de un flamenco.

— Salieron de España, segun luego he visto, cinco personas conmigo...

— Ciertamente, tesorero.

— El venerable cardenal de Gurck...

— No se puede sospechar de ese, Almerstoff, cardenal y anciano...

— Lo segundo le abona para mí mas que lo primero: murmuró el tesorero por lo bajo.

— El obispo Erardo...

— Ese no tenia ningun interes en tal crimen; adelante, Nicolás.

— El consejero La-Chaud...

— Ese francés queis decir, Almerstoff?... es posible.
 — El canceller Brabanzon...
 — Señor tesorero, acaso?
 — Don Antonio, ya solo resta Cristian Bleimberg, el diácono favorito del rey, porque de Guillermo de Groy, que vino desde Gante á los círculos alemanes, supongo que no habreis sospechado.

— Es menester, Almerstoff, que me dirijais á esos tres, Brabanzon, La-Chaud y Bleimberg.

— Es imposible!... no sé dónde se hallan en este momento, ni sus casas de hospedage... Ah! si tanto empeño teneis, el cardenal, que vive al fin de esta calle á la derecha en su última casa junto á la iglesia de San Bartolomé, satisfará á todas vuestras preguntas...

— Acaso, Almerstoff?...

— Es el gefe de la comision que ha venido de parte del principe Carlos, y de consiguiente...

— Entiendo, entiendo. Escuso deciros que si una indiscrecion vuestra me ahuyenta la caza, me respondeis con vuestra cabeza.

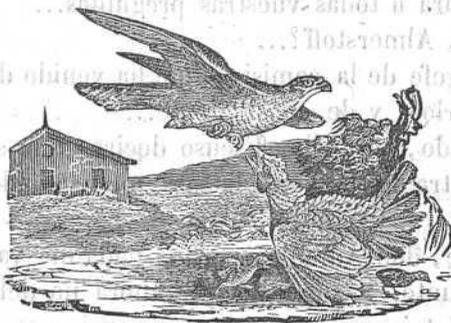
— Callaré, don Antonio, porque nada me va ni me viene en el asunto. Y supuesto que ahora no debeis salir por donde entrásteis, os ruego que os vayais por ahí: dijo el flamenco llamando con una campana, al mismo tiempo que señalaba la puerta á don Antonio.

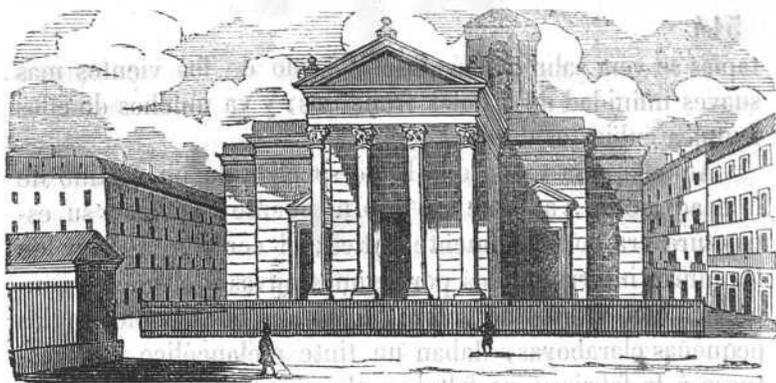
Este salió, poniendo por despedida su índice izquierdo sobre los labios.

Don Antonio de Leiva, desde que por la conversacion con Almerstoff se convenció de que no era este el que buscaba, quiso concluir y marcharse.

Dejémosle ir en busca del cardenal, pues en su impaciencia y con su carácter no tenia otra cosa que hacer; pero si el lector quiere ahorrarse esa pequeña molestia, conténtese con saber que Leiva logró su objeto de una manera muy sencilla. Diciéndole al cardenal, que le desconocia tambien, que iba comisionado por el rey Carlos

á ver á todos los caballeros que se hallaban en Alemania para ponerse á sus órdenes en caso de necesidad. Oído el nombre de Leiva, el cardenal se apresuró á decirle dónde y cómo podría ver á cada uno de los embajadores. Inútil es decir que aquel no desperdiciaría el aviso.





CAPÍTULO XLVIII.

EL JURAMENTO.

AQUEL mismo día había ya el sol magestuosamente andado un tercio de su carrera, y sobre toda Francfort resplandecía el oro de sus destellos, especialmente sobre la antigua y esbelta media naranja de la iglesia de San Bartolomé. Esta reflejaba á su vez los brillantes rayos solares sobre las vidriadas ventanas de una casa contigua cercada de un estenso parque, por encima de cuyas



tapias se veía salir meciéndose al soplo de los vientos mas suaves infinidad de árboles frondosos, y ya muchos de ellos frutales cubiertos de flor.

Aquella casa tenia toda la perspectiva de un castillo de la edad media, aunque sin foso ni puente levadizo: su estructura era completamente gótica; el ceniciento color de los muros interrumpidos por algunas ojivas y elegantes ventanas, con vidrios de colores tanto en ellas como en las pequeñas claraboyas, daban un tinte melancólico y magestuoso á la fábrica; no faltaban almenas y torreones elevados ni bien conservadas barbacas, á cuyo pie corrian las bullidoras aguas de un arroyo, mas como estudiado medio de comodidad que de necesaria precaucion; un parque al fondo, jardines laterales con abundantes aguas en ellos, atrio y verja en el exterior, sostenida por gruesos pilares de sillería, completan la descripcion de la casa en donde tenemos que introducir al lector. El exterior revelaba ser el dueño algun magnate, y asi era la verdad. El dueño era todo un caballero margrave pariente de uno de los personajes de nuestra novela, á quien tenia hospedado á poco de su llegada á Francfort.

Una escogida reunion habia en aquella casa á la hora, como las once, que hemos indicado al principiar este capítulo: componiase aquella de cinco personas todas de posicion social elevada; un cardenal, un arzobispo, un obispo, un canciller y un consejero á quien conoce ya el lector, aunque no de trato intimo.

La conversacion era animada, porque esas personas solo se ocupaban de una cuestion que halagaba su vanidad y hasta sus intereses, y al parecer se hallaban muy satisfechos.

— El éxito con nuestras probabilidades no puede ser dudoso; decia el mas jóven de los concurrentes. Yo por mi parte creo haber hecho lo posible con el magnífico marqués de Brandeburgo: ante la perspectiva de convertir en un trono su modesto titulo, lo cual Carlos hará indudablemente,

cuento con ese voto hasta el punto de impacientarme ya la tardanza.

—Estoy deseando ya que llegue el día de la elección, contestó otro, para que cese la impaciencia general, señor arzobispo de Toledo. Yo he logrado, añadió, que monseñor Herman, conde de Vied el prelado de Colonia apoye también á Carlos I.

—No he sido hasta el presente yo tan dichoso, replicó otro con acento muy flamenco, con el conde palatino del Rin... siempre le he visto poco dispuesto por el rey de España. Con que vos, dichoso La-Chaud, sois tan afortunado? dijo dirigiéndose al que le habia precedido en el uso de la palabra.

—Como quiera, canceller, le respondió este, que eso no es cuestion de fuerza, sino de habilidad...

—Gracias, señor tesorero! y como vos sois francés, aunque degenerado hace tiempo, de ahí el haber salido tan completamente airoso de vuestro empeño: concluyó con insolente ademan el canceller, lastimado en su amor propio. Y sobre todo, Brabanzon confiesa, *monsieur* de La-Chaud, que no ha conseguido su empeño. Veremos qué es lo que vuestra señoría habrá hecho el día de la elección... antes, todos los juicios son muy contingentes.

—*Pax, domini sit semper vobiscum*: esclamó el presidente de aquella reunion. Os ruego, señores, que no hay que olvidar aquel gran principio que en la union está la fuerza, *vis unita fortior*; y que aqui hemos venido á darnos cuenta así de nuestras halagüeñas esperanzas, como de nuestros probables desengaños... Mas noto, señores, que nos faltan nuestros buenos amigos y compañeros...

—El consejero Almerstoff y el buen diácono Bleimberg: dijo al punto el obispo Erardo de La Marek, á quien estaba por cierto haciendo muy mala obra el ignorar el paradero del último. La tardanza del primero á aquella reunion la creyó casual, y no habia motivo para otra sospecha.

Aqui llegaban de su conversacion los caballeros cuando

entró el ayuda de cámara del dueño de la casa, anunciando á un caballero español que iba de parte del señor canciller Almerstoff preguntando por el señor cardenal de Gurck.

— Que pase adelante: dijo este.

Al punto se presentó en el umbral de la puerta principal de la estancia un caballero en su porte y continente tanto como en sus facciones, pero un soldado en su traje.

— Dios guarde á vuestras señorías: dijo el recién llegado sin adelantar un paso.

— Don Antonio de Leiva aqui? dijeron unos.

— Don Antonio de Leiva con ese traje? dijeron otros.

— Pero siempre don Antonio de Leiva, contestó el mismo, pues no era otro el soldado, como ya habria adivinado el lector.

— Qué es lo que vuestra señoría demanda aqui? dijo con curiosidad marcada el cardenal. En qué se puede complacer á vueseñoría, valiente caballero? añadió el respetable prelado.

— Es cosa muy sencilla y breve la que aqui me trae. Por de pronto os pido mil perdones por haberos interrumpido, y aun de haberme valido del nombre del tesorero Almerstoff para llegar hasta vueseñorías; pero oidme y pronto despachamos. Hace algun tiempo que supe en Barcelona de boca de quien no puedo dudar que el matador de mi hermano, el buen conde de Burgos, debia salir por entonces de España con direccion á paises extranjeros... el mismo rey me confirmó luego en esa idea cuando ya vueseñorías habianse partido de nuestra corte.

— Pero qué quereis decir con eso? exclamó incómodo el francés La-Chaud.

— Quiero decir, señor consejero, repuso Leiva, que no sabreis nada como no me dejeis concluir.

— Continudad, caballero, dijo entonces el obispo de Lieja, que todos os escucharemos gustosos hasta el fin.

— En este supuesto diré como yo hube de averiguar que el matador de mi hermano era flamenco... tengo grandes

indicios, señores. Juré pues vengar su muerte y héme aquí demandando á vuestros rostros y á vuestro valor la confesion de ese crimen, porque, ya lo he dicho, he resuelto vengarme.

—Tened, señor Leiva! que esa acusacion asi tan terminantemente lanzada... interrumpió el cardenal.

—Perdonad, señor purpurado, escluyo de mis sospechas, y por tanto de mi reto, á vueseñoría y al obispo de Lieja, mas á ese jóven... dijo Leiva señalando á Guillermo de Croy.

—Arzobispo de Toledo para servir á Dios y á vueseñoría: dijo afectadamente el sobrino de Gesvres.

Al oir estas palabras se pusieron en pie instintivamente los dos caballeros La-Chaud y Brabanzon, y miraron con enojo á don Antonio.

—El buen Almerstoff está libre de vuestras sospechas? dijo colérico La-Chaud.

—Y el diácono Bleimberg? añadió Brabanzon, y tambien furioso y con ademan amenazador.

—Calma, replicó don Antonio haciendo un ademan significativo con la mano, y prosiguió: calma, señores. Escluyo al primero porque he probado ya su inocencia, y al segundo por su estado y mas aun por hallarse ausente. Justifiquense, vueseñorías primero, y luego yo obraré como deba.

—Es decir que nos acusais á uno de los dos de asesino? exclamó Brabanzon, echando mano á su espada.

—Me habeis comprendido... mas supongo que no es este sitio de reñir: contestó Leiva con gravedad.

—Lo es, replicó La-Chaud, todo lugar en que se ofende.

—Una palabra, señores! exclamó don Antonio ya receloso porque no veía en aquellos caballeros señales algunas que le presagiasen al asesino.

—Decid! contestó Brabanzon con su hoja brillante en la mano.

—Os escucho: añadió al mismo tiempo La-Chaud.

— De las tres personas sobre quienes aun tengo derecho á desconfiar falta aqui una ; ahora bien , juradme , caballeros , por la cruz de vuestras espadas que no habeis derramado ni contribuido á derramar la sangre de mi hermano ; juradme ademas que deseais la muerte del matador y que me ayudareis á hallarle con los medios que esten á vuestro alcance... Si sois inocentes , este juramento no os rebaja á mis ojos ni á los de nadie , y vuestro valor puede muy bien consentirlo...

— Dice bien el caballero ! exclamó Guillermo de Croy.

— Ademas tendré una satisfaccion inmensa en contaros en el número de mis amigos verdaderos , señores : concluyó don Antonio.

— Siendo como decís , lo juro , don Antonio , exclamó con voz segura Brabanzon el canciller , tendiendo la hoja de su larga espada ; y lo juro por la cruz de este acero y por la salvacion de mi alma !

— Y yo lo juro por las cenizas de mi padre , señor Leiva ! gritó La-Chaud puesta la mano sobre la cruz de su espada , la que envainó luego.

— Gracias ! gracias ! caballeros ; los criminales no juran jamas con esa entereza ; me habeis quitado un peso de mi corazon porque , caballeros como sois , me pesaba á mí de vuestra deshonra... Pero callad ! Uno falta y ese precisamente es el asesino... su nombre , Cristian... sí , sí , Cristian Bleimberg ! Ah ! dónde está ? decidme por favor , señores.

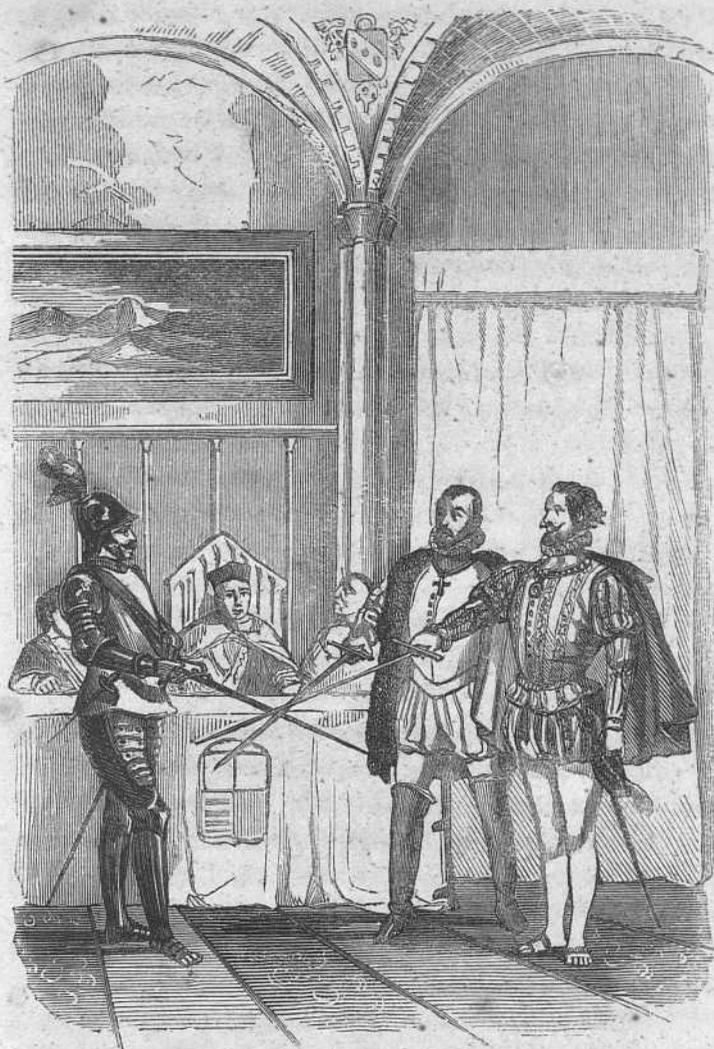
— Lo ignoramos á fé de caballeros : dijeron unos.

— Esperad , don Antonio : exclamaron otros.

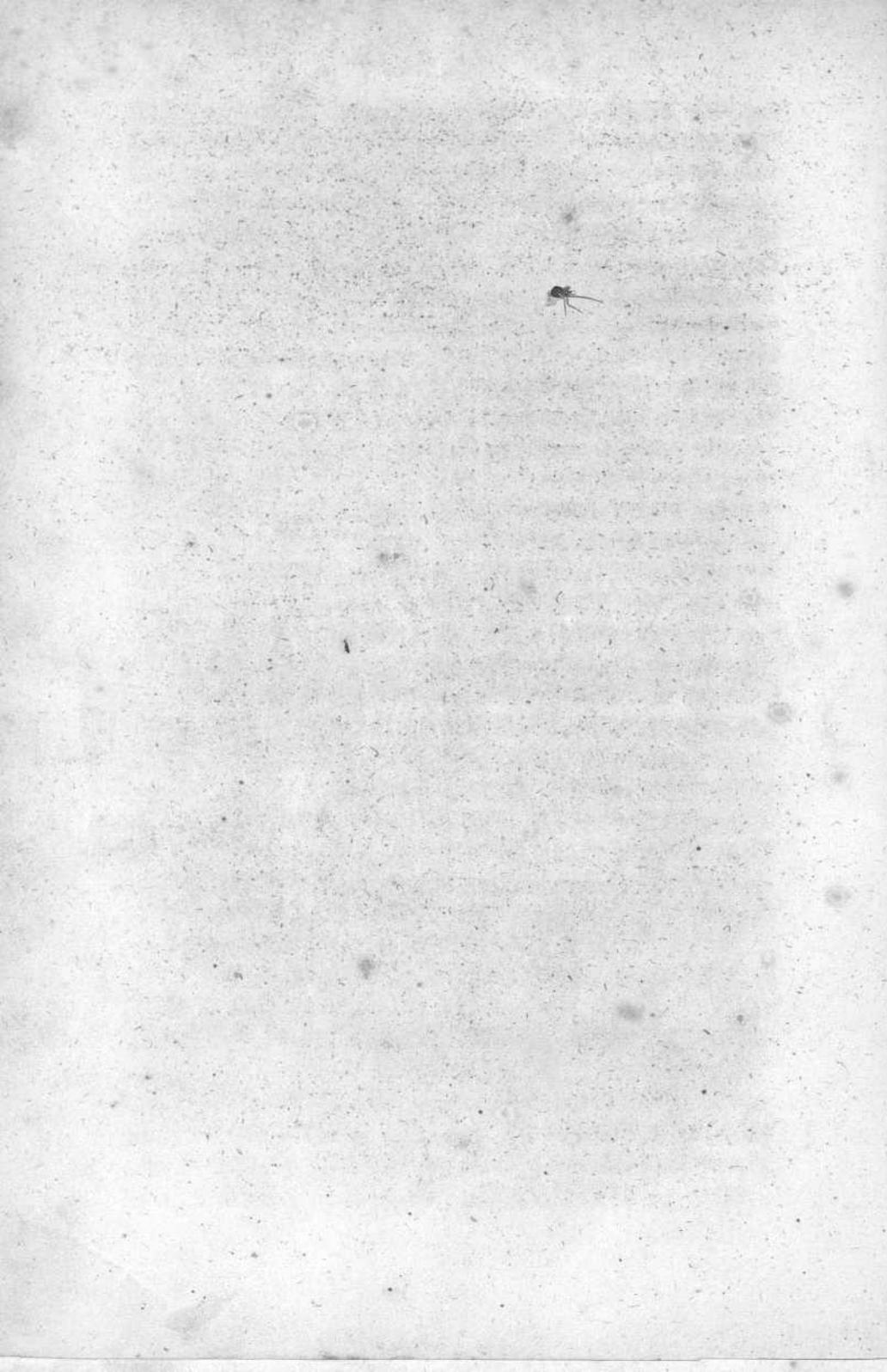
— La cólera es mal guia : observó el obispo Erardo.

— Mas tarde os diré su paradero... á las seis , en la plaza inmediata añadió por lo bajo Guillermo de Croy , apretando la mano de don Antonio.

— No faltaré ! gracias , caballero ; contestóle don Antonio , y saludando cortesmente salió con nuevas esperanzas de aquella casa , y contando los minutos que faltaban para la hora de la cita.



Siete Embajadores. — Lám. 17.



Llegada esta, don Antonio, que estaba allí con alguna anticipacion, vió dirigirse á él al caballero de Croy que dándole un papel se despidió al punto de él.

—He cumplido mi palabra! le dijo sencillamente, porque sé cuánto os estima mi querido primo Carlos de Austria.

—Gracias, señor de Croy! y no dudeis que mas os estimara á mi vez si otro nombre llevarais. De todos modos contad con mi agradecimiento.

Ambos se saludaron y se partieron de allí por opuestas direcciones.

Qué movió á Guillermo de Croy á hacer semejante revelacion al caballero? La natural antipatia que concibiera desde el primer momento contra Bleimberg, y el haber sabido cuánto era su valimiento con el principe: no hay que hacerse ilusiones; los celos lo mismo de amores que de envidia son siempre fruta venenosa.

Don Antonio corria con el pensamiento tras del diácono mientras sus piernas le llevaban con la posible celeridad. Las señas del aposentamiento y hospedage que de Bleimberg acababa de recibir eran por casualidad exactas, y las de la última morada del mismo, porque casualmente Guillermo de Croy lo habia oido de boca del cardenal de Gurck. Fuése pues en derechura Leiva, y cuando aquel mismo dia llegó á la casa, se encontró con que estaba ya anocheciendo: su traje de soldado no infundia desconfianza, y asi fue que habiendo llamado, salió á recibirle un criado ó galopin de corta edad que le dijo faltar de allí su amo y Van-Gel hacia unos dias, sin que hubiesen vuelto todavía. Instado el muchacho, se ofreció á acompañar al caballero á la casa donde su amo habia ido la última vez que de la suya habia salido.

Escusado es decir que don Antonio, aunque impaciente cada vez mas por cada nuevo obstáculo que se le presentaba, aceptó el ofrecimiento de mil amores.

La casa designada por el jóven, despues de andar al re-

dedor de una media hora, era precisamente la de doña Estrella.

Don Antonio expresó al muchacho su gratitud con una moneda de plata, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, emprendió la subida de la escalera con la mayor velocidad. Cruzó corredores, antesalas y salas, y por último llegó á una cámara en donde oyó hablar, pero sin haberse encontrado aun á persona alguna á quien preguntar. Detúvose un momento, y cuál no fue su sorpresa al oír que hablaban en puro idioma castellano dos voces y una de ellas que él creía muy conocida, aunque no podia acabar entonces de recordar.

—Es menester buscar al caballero sin dilacion... decía una voz de muger dentro de aquella cámara, cuya puerta estaba tan solo entornada, y por cuya juntura se puso á mirar don Antonio sin reparar en lo que hacia.

—Señora, le buscaré y en cuanto lo encuentre le diré que desee verle... mas no es facil empresa dar ahora con el capitan Acuña...

La voz del jóven tambien queria recordarla don Antonio; pero le estrañó oír llamar señora á una persona que, colocada de espaldas á él, aparecia vestida de hombre.

El jóven del diálogo iba á salir de pronto, tanto que para no ser sorprendido don Antonio tuvo que retirarse con presteza del paso y quedarse parado esperando á que saliera aquel.

—Don Antonio de Leiva aqui? exclamó alborozado el jóven al encontrarse tan inopinadamente de manos á boca con el caballero.

—Nuño acá? Loado sea Dios, y qué de tiempo he estado buscando á vuestra ama. Está ahí? dijo al momento don Antonio, señalando á la cámara de donde acaba de salir Nuño.

—Pasad, señor caballero... mas permitid que os anuncie; se halla sola.

Asomóse el page al umbral de la sala y exclamó con acento jovial:

— Don Antonio de Leiva!

— Servidor vuestro siempre, Estrella! dijo don Antonio entrando.

— Llegais á muy buena hora, amigo mio. Ya habia perdido la esperanza de encontraros: dijole afectuosamente Estrella, presentándole un cómodo sitial.

Ambos tomaron asiento y empezó la siguiente animada conversacion entre aquellos antiguos amigos, á quienes la casualidad reunia al fin cuando ya ambos casi habian perdido la esperanza de hallarse.

— Vos en ese trage tan humilde? qué significa eso, don Antonio?

— Precisamente os iba á hacer la misma pregunta, duquesa...

— Yo he adoptado este trage desde mi salida de España especialmente; el de mi sexo es muy incómodo para viajar. Mas vos disfrazado de soldado?

— Nunca va un caballero disfrazado con el trage de un soldado; por ventura soy yo mas que eso? A mi vez os diré, señora, que queria guardar aqui el incógnito porque lo creía mas conveniente para hacer mis indagaciones...

— Y decid, don Antonio, adelantásteis algo desde vuestra llegada á esta ciudad?

— Acabo de saber con evidencia quién es el matador de mi hermano.

— Lo sabeis con evidencia, Leiva? Sospecho que os engañais.

— Oidme, señora, y decid luego si tengo motivos para lo que os manifiesto. Salieron de España en la época que vos sabeis un cardenal y un obispo, Gurck y La Marck, de los cuales por su estado no he osado sospechar...

— Adelante, don Antonio...

— Salieron tambien el canciller Brabanzon, el tesorero Almerstoff y el consejero La-Chaud.

— Cierto, don Antonio.

— Y ademas un diácono muy querido del rey...

— Cómo, un diácono decís, Leiva?

— Precisamente, el diácono Cristian Bleimberg... oh! yo os juro que no se me ha de olvidar su nombre.

— Si supiéseis, don Antonio... mas decid, que os escucho.

— He visto á Almerstoff en su casa y puedo aseguraros que no es el asesino del conde... he visto luego á Brabanzon y La-Chaud y me han jurado, como buenos y leales caballeros, que no han tenido parte directa ni indirecta...

— Y siendo así, que no sospechais del cardenal, del obispo, del tesorero, del canciller ni del consejero, necesariamente dirigís vuestras sospechas contra el diácono, no es eso, don Antonio?

— Ciertamente, duquesa, y creo que mi razonamiento es muy lógico...

— Sin duda lo seria en el caso de que tuviéseis, como no teneis verdaderamente, evidencia de que entre esas personas nombradas no esté el asesino...

— Por ventura sabeis vos, Estrella?...

— Yo no sé nada mas sino que estais en un error. En mi concepto ese diácono no ha sido el matador de vuestro hermano...

— Por eso necesito verle, y por eso he tenido la dicha de encontraros: estuve en su casa y me han acompañado hasta aqui diciéndome ¡cosa rara! que ese hombre habia venido á esta casa la última vez que salió de la suya, adonde aun no ha vuelto hace algunos dias...

— Es cierto, don Antonio.

— Luego ya sabeis, señora, que espero con impaciencia que me digais qué se ha hecho de ese hombre.

— Venid conmigo y os satisfaré al punto.

Doña Estrella se levantó y salió de la estancia, acompañada de don Antonio, y cruzaron algunos corredores hasta llegar al sitio en que habia tenido lugar la catástrofe de Bleimberg y Van-Gel.

— Veis esa ventana? dijo doña Estrella señalando: pues

bien; por ahí herida se precipitó hace algunas noches la persona á quien buscais...

—Qué decís, señora! exclamó el caballero.

—Un capitán de la guardia del rey, llamado don Fernando de Acuña y uno de nuestros amigos de la liga, tenía que vengar grandes agravios y llegó á herir al diácono en este mismo sitio. El capitán le vió caer al filo de su espada, pero luego él, precisamente dominado por un vértigo horrible, se lanzó por esta ventana á ese torrente, cuya profundidad guarda en su seno los restos destrozados de aquel infeliz.

—Y se ha escapado de mi venganza! dijo colérico don Antonio.

—Dios se ha encargado de castigar sus crímenes, pero no el de la muerte que vos le imputais.

—No os comprendo, señora.

—Digo, don Antonio, que Bleimberg no asesinó á vuestro hermano.

—Pues quién es el matador? Explicadme ese misterio.

—No puedo: solo os diré que el asesino no está hoy en Alemania... yo creía que iba á venir á estos países, pero me equivoqué. El asesino de vuestro hermano mora aun en España y en la corte de nuestro rey: esto es lo que puedo aseguraros... Otra cosa no me es lícito deciros.

—Luego mi viaje ha sido infructuoso?...

—Y debeis por tanto volveros á España.

—Y lo haré al punto, señora.

—Hay además para eso graves motivos. Habeis caído de la gracia del monarca, hasta el punto de hacer que se os busque con ahinco en Alemania para llevaros preso á España.

—Es posible, señora?

—Marchad, don Antonio. En breve nos veremos en España y entonces os diré el nombre del matador de vuestro hermano.

—Me lo asegurais, duquesa?

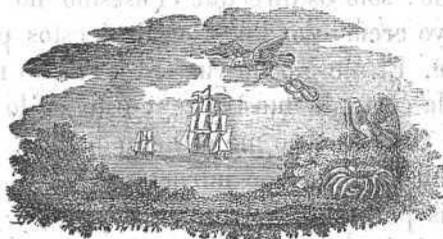
—Os lo juro, don Antonio.

— Ahora ya nada hago en Alemania. Mañana parto para España.

— Id con Dios, y esperadme allí, en Barcelona.

— Adios quedad, duquesa, dijo don Antonio, y guiado de Estrella salió de la casa resuelto á partir inmediatamente para España, viendo frustrado su deseo en aquellos países; pero tambien á averiguar lo que tanto tiempo hacia deseaba.

Doña Estrella quiso evitar que Leiva se viese con Acuña para que este no le enterara de la comision que para él llevaba de parte del rey, y que puesto don Antonio al frente de las tropas reclutadas por Acuña, inclinase la balanza de la eleccion en favor de Carlos. De esta suerte y con un engaño, que ella sabia justificar, se halló la duquesa libre de aquella persona tan temible.





CAPÍTULO XLIX.

EL ARZOBISPO DE COLONIA.



ESTRELLA, preocupada con su idea de la eleccion, calculó que solo con obtener dos votos ademas del arzobispo de Tréveris y del conde palatino del Rhin, habia triunfado de Carlos I; necesitaba pues á toda costa adquirir la seguridad de contar con otros dos votos. A este fin y sabiendo por su amigo el judío Efrain quién era la persona que en Alemania estaba encargada de facilitar oro á los agentes del príncipe, quiso ponerse desde luego en contacto con ella para frustrar los deseos de los últimos.

Tomada esa resolucion, dió sus órdenes á Nuño y este, dispuesto como siempre á complacer á su ama, evacuó perfectamente su encargo. La escena siguiente probará esto que decimos al lector.

Al oscurecer de aquel mismo dia dos jóvenes se encaminaron á una calle bastante escusada de la ciudad, y llegados á una casa de ruin apariencia, penetraron en ella sin dificultad, porque nadie apareció á interceptarles el paso.

Subieron una escalera de caracol, á cuya estremidad se veía un estrecho y oscuro pasadizo en el fin del cual habia una pequeña puerta. Llegados alli nuestros jóvenes, llamaron cautelosamente con el puño á falta de aldaba, y una voz le contestó el consabido: *Quién va!*

—Abrid! contestó el mas jóven de los que estaba á la parte de afuera: abrid, maese Isaac: venimos de parte de vuestro amigo Simeon Gerlerz.

—Allá va! contestó desde dentro la misma voz, y poco despues abrió á nuestros jóvenes.

—El Dios de Abraham sea con vosotros! exclamó un hombre de unos cincuenta y tantos años, vestido como solian los rabinos de la época: el Dios de Israel sea con vosotros! continuó, y ofreciendo dos viejas sillas á los recién venidos, sentaos, les dijo, en esta vuestra pobre casa.

—El Señor sea con vos! contestó el mayor de los jóvenes tomando asiento, mientras el otro permanecia en pie á una respetuosa distancia.

Entonces el que se habia sentado dijo á Isaac:

—Vuestro compatriota Santos Gonzalez, español de nacion y amigo de Gerlerz, nos ha dicho que vos erais aqui el que representaba á este para facilitar á unos caballeros españoles, hoy residentes en esta ciudad, todo el oro que necesitasen.

—Yo? contestó con desconfianza el judío.

—Sin duda, repuso el jóven, y os advierto, continuó, que no vengo á pedir os tambien dinero; al contrario trato de evitaros el disgusto de darlo.

El judío puso muy buena cara á estas palabras, y dijo:
— Podeis esplicaros, porque ciertamente me ha prevenido de vuestra visita mi amigo Santos Gonzalez.

— Tengo, repuso el jóven con una mirada enérgica y voz imperiosa, necesidad indispensable de evitar que esos caballeros reciban dinero de vuestra mano: Conocéis á Efrain, el rabino que se hallaba en la corte de España y solia asistir como médico al rey Carlos?

— Vaya si le conozco! mucho; es hombre de gran consideracion para todos los de mi ley.

— Pues bien: escuchad. Por sucesos que no son de este lugar, vuestro correligionario Efrain se encuentra hoy en Francia, adonde fue en busca mia para acabar de orillar asuntos muy importantes, que á mi salida de España dejé pendientes, y que interesan grandemente á todos los de vuestra ley.

— Esplicaos, jóven: dijo con curiosidad el anciano.

— Trátase de la posible vuelta de todos los rabinos á los dominios españoles...

— Cómo, qué quereis decir, se trata acaso de la revocacion del célebre edicto de los Reyes Católicos, por el que se nos espulsó de los dominios españoles?

— Precisamente: se piensa en anular aquel edicto por otro que os abra las puertas de la madre patria...

— Y qué es menester para eso, señor?

— Habeis entregado ya algunas sumas á los caballeros españoles que hay hoy en esta ciudad?

— Nada todavia, si bien tengo, como sabeis, orden de hacerlo en cuanto necesiten.

— Pues es menester que no les faciliteis ni un óbolo siquiera, Isaac; lo entendéis?

— Sí, señor, mas no alcanzo...

— Veis esta firma? dijo el jóven, sacando de su limosnera un pequeño pergamino.

— Es la de Carlos rey de España... Qué significa esa firma en blanco?

— Esperad: veis esta sortija? dijo el jóven, haciendo al judío que reparase en una magnífica, que llevaba puesta en el índice de su mano izquierda.

— Es un zafiro de gran valor y tiene grabadas las armas imperiales de este reino: dijo sorprendido Isaac.

— Pues bien: con la primera se logrará la revocacion del edicto de los Reyes Católicos, y con la segunda el indulto del abuso de esa firma; porque realmente Carlos la habia dado en resguardo de una fuerte suma pedida, la cual habrá de volver al buen Efrain, en cuyo poder se hallaba ese documento. Esta sortija ofrece al que la presente al rey de España el cumplimiento de una palabra solemne empeñada, el de hacer la gracia que se le pida. Pienso exigirle el indulto de Efrain, al mismo tiempo que reintegrar á este de su dinero.

— Podré contar con vos, Isaac? La suerte futura de todos vuestros hermanos depende de vos en este momento.

— Pero quién sois vos, señor? dijo el anciano sorprendido.

— Un amigo de Efrain, el conde de Ricote, que por altos fines de Estado tiene necesidad de anular hoy la influencia de esos caballeros españoles en favor de Carlos I, para proporcionarle el triunfo del Imperio á Francisco I de Francia. Luego este renunciará en favor de la persona que más convenga á todos los estados de Europa. Tengo encargo del buen Valois de inclinaros á obrar así y de entregaros en su nombre esta alhaja hasta que yo la rescate: dijo el jóven presentándole el broche de diamantes de la madre de Francisco I.

— El presente es magnífico! Convengo, señor, en lo que me pedis: dijo Isaac tomando la alhaja, en cuyo reverso se leía el nombre de Luisa de Saboya.

— Comprenderéis, Isaac, continuó el jóven, que elegido Francisco I, su preponderancia le hará temible á los ojos de Carlos y este tendrá que obedecerle en cuanto le exija tambien revocar dicho edicto. Altas razones de Estado obligan al mismo Francisco á desear esa medida.

— Necesito saber vuestro nombre para daros cuenta del resultado de las gestiones de los caballeros españoles.

— Me llamo el conde de Ricote y ahí teneis las señas de mi hospedage: dijo al judío doña Estrella, pues no era otra el jóven que hemos oido conferenciar con aquel.

— Lo mas prudente es que os oculteis donde no se os pueda hallar con facilidad, pues la negativa á esos caballeros acaso pudiera seros muy sensible.

— Es verdad, señor conde. No encontrarán aqui mañana el menor rastro del pobre Isaac, y solo vos tendreis noticia de mi asilo.

— Vamos, Nuño! dijo doña Estrella dirigiéndose al jóven que la acompañaba.

Pocos momentos despues atravesaban presurosos las mismas calles por donde habian venido.

Estrella habia calculado perfectamente que faltando los recursos á los embajadores en visperas de la eleccion, los electores movidos por el oro faltarian igualmente á sus compromisos. Y asi era la verdad.

Entre tanto necesitaba la duquesa tambien deshacerse de Acuña, como lo habia hecho de don Hugo y Loaysa, y al efecto dió orden á Margarita de que cuando se presentase don Fernando, si ella no se hallaba en casa, se le entregase un papel que para él escribió concebido en estos términos.

« Graves negocios me impiden el tener el gusto de veros, capitán, pero os escribo estos renglones para enteraros de que por una casualidad he averiguado que don Antonio de Leiva, que ha permanecido oculto por sus fines particulares en esta ciudad, ha estado á anunciarme su partida para España hace tres dias. Si volais tras él, acaso podais aun hallarle; entre tanto otro gefe español quedará aqui para ponerse á la cabeza de vuestras tropas. Sabeis que estoy en ello tan interesada como vos mismo. No perdais un mo-

mento, puesto que aquí sin don Antonio nada podreis hacer tampoco. Marzo de 1519 en la ciudad de Francfortia. De vuestra merced = La duquesa de San-Rafael. —

Quando don Fernando llegó á la casa de doña Estrella y se encontró con aquella carta, quedó un momento desconcertado y no supo lo que hacer. Mas luego, repuesto un tanto de su sorpresa, comprendió que doña Estrella tenia razon y resolvió marcharse; pero nunca sin saber quién se quedaba con el mando de las fuerzas de que hasta entonces disponia.

Escribió en este sentido á la duquesa, y como esta no podia darle ningun nombre, tuvo que recurrir á un medio violento para llevar á cabo su propósito de hacer que don Fernando saliese prontamente de la ciudad, y evitar de ese modo el que los caballeros españoles, que conocian el objeto de la permanencia del mismo en Francfort, sospechando alguna traicion del comun enemigo Francisco I, al verse privados de los recursos que les eran indispensables, atendida la desaparicion del judio Isaac, obligasen á permanecer alli al jóven don Fernando.

En tan critica situacion, y contando ella siempre con su amigo el baron, hizole llamar y le participó su entrevista con el judio y su propósito de hacer salir inmediatamente á Acuña de aquel punto.

El baron aprobó en un todo los planes de la duquesa, y se encargó de su realizacion.

A la mañana siguiente cuatro soldados pagados por los agentes del baron se apoderaron en una calle del jóven Acuña, y le llevaron fuera de la ciudad, desde donde desarmado, pero siendo objeto constante de los mayores cuidados y atenciones, se vió cabalgando sin saber de orden de quién en direccion de su patria.

Entonces echó muy de menos la grata compañía de su amigo Ignacio de Loyola, porque los que le acompañaban, gente toda del pais, no le entendian sino á duras penas, lo cual le causaba á él no poca:

Dejémosle marchar, que es menester volver á la imperial ciudad para ver si iba doña Estrella venciendo todos los obstáculos que se oponian á sus deseos.

De los informes que el buen baron de la Roche-Vermeille y Estrella habian tomado, resultaba por entonces que los electores mas fáciles de atacar eran el arzobispo de Colonia y el rey de Bohemia, por sus caracteres mudables y hasta por otras circunstancias particulares de los mismos.

Doña Estrella concibió al punto la idea de dirigirse á ellos personalmente, contando con sus propios recursos. Veamos cómo puso en juego su resolucion y sagacidad.

Muy próximo ya el dia de la eleccion, hallábase el buen arzobispo de Colonia comiendo unas magnificas lonjas de jamon frito, unas pechugas de aves y unos pasteles de nueva invencion, con sus correspondientes postres y buenos vinos nacionales y estrangeros; y comía con delectacion suma y casi sin acordarse de la eleccion, porque habia resuelto dar su voto en favor de Carlos, merced á los buenos oficios que por parte del príncipe habia hecho el conde de La-Chaud.

Un criado entró en su cámara anunciándole á un caballero español que necesitaba hablarle con urgencia, y obtenida la venia, pasó aquel.

—El arzobispo, monseñor Herman, conde de Vied? dijo el recien llegado con delicada voz en lenguaje español.

—Servidor de vuestra señoría, contestó en el mismo idioma el arzobispo, ofreciendo un asiento al forastero con la mayor cortesía.

—Con que es cierto, monseñor Herman, que estais decidido á dar vuestro voto para el Imperio al buen Carlos de Austria?

—Perdonad, jóven, mas deseo que me digais antes de contestaros á esa inopinada quanto grave pregunta, quién

sois vos para creerlos con el derecho de dirigirmela?

—Es muy cierto, señor conde de Vied; os bastará saber que soy español y conde, enemigo por razones que yo me sé del rey de España, y muy amigo del de Francia, en cuyo favor solicito vuestro voto; y os advierto que el conde de Ricote no se ha propuesto jamás nada que no haya conseguido, como también que vengo de España con ese firme propósito.

—Pues, conde amigo, lo siento, porque vinisteis tarde, sumamente tarde: como decís muy bien, estoy ya comprometido con Carlos I.

—Monsieur, no es con Carlos con quien estáis comprometido, sino con un representante ó enviado suyo; no es cierto?

—Cierto.

—Pues entonces, monsieur Herman, tened presente que nunca es tarde para enmendar un error.

—Cómo?

—Oídmelo: aun cuando podría ahora tratar, y lo que es mas, confiar en convencerlos probándoos los inconvenientes que hay para toda Europa de elegir emperador á Carlos y las ventajas de nombrar á Francisco, empezando porque Leon X le protege, y que á vuesañoría le conviene estar bien con este; aun cuando esto sea así, decia, quiero escusaros, señor, de tales prolijidades de que estareis á estas horas sobradamente satisfecho mas que de vuestros pasteles de Colonia, cuya moda veo que habeis introducido en Francofordia.

El arzobispo se sonrió, al reparar que Estrella señalaba al plato que estaba devorando con mas gusto el prelado y le contestó este entonces:

—Habeis hecho bien, y proseguid que ya os escucho.

—Decia qué pienso convencerlos hablándoos de una manera muy terminante. Vamos, conde, sed franco y decidme qué os vale vuestro voto en favor de Carlos?

—Cómo, qué quereis decir, conde de Ricote?

— Que cuánto dinero os han dado por vuestro voto. Entendéisme ahora, elector de Colonia?

— No me han dado nada: dijo el arzobispo coloreándose las megillas.

— Eso quiere decir que os han ofrecido tan solamente.

— Y bien? dijo con dificultad el prelado, que por poco se atragantó con un gran bocado al hacer al mismo tiempo esa pregunta.

— Pues yo os fio que no os darán lo prometido, monseñor.

— Cómo?

— Ciertamente: el que os ha ofrecido dinero contaba con él; pero yo me he interpuesto y sé que no lo tendrá, porque á estas horas ya nadie da razón del paradero del judío que debia entregarlo.

— Acaso sabiais vos tambien eso? Cómo pues se llamaba ese judío?

— Santos Gonzalez, el rabi español, habia escrito á Isaac Giler de Francofordia de parte de Simeon Gerlerz, residente en España, para que facilitase á unos caballeros españoles cuanto dinero necesitasen, y de consiguiente vos tendriais una orden contra ese Isaac...

— Efectivamente.

— Pues esa orden es nula, porque á estas horas no se halla ya en Francofordia el judío.

— Es cierto lo que decis, conde de Ricote?

— Como lo es que vos habeis concluido con todos los pasteles y el jamon.

— Y bien, ahora qué quereis?

— Es claro, buen Herman. Que no perdais el dinero ofrecido.

— Ahora os comprendo menos.

— Si atendeis á despachar esas pechugas y el javali fiambre y os ocupais tan seriamente en ver cómo corre el Borgoña, y cómo se empapa el Rhin en los vizcochos, positivamente no me entenderéis.

— Os chanceais, señor conde?... al fin español.

— Decia, monseñor, que estoy pronto á daros todo cuanto os habian ofrecido por el voto de Carlos.

— Es tarde; mi palabra, conde, vale mas que todos los escudos españoles y franceses... me gustan, por qué negarlo? pero tenedlo entendido, señor español, aunque las apariencias lo indiquen, no me vendo.

— Os daria, monseñor Herman, doble suma que...

— Os digo, conde de Ricote, que ni la suma doble del doble.

— Qué pues quereis por vuestro voto? terminantemente.

— No cedo un ápice de lo que me he propuesto; votaré á Carlos de Austria.

— Señor elector del Imperio, yo os digo que no le votareis. Lo entendéis? no le votareis, porque yo no quiero, porque yo os lo impediré.

— Cómo es eso? Qué es lo que decís?

— Suponed, señor arzobispo, que uno de los electores de vuestra clase antes de ordenarse, y por consiguiente de ser sacerdote, arzobispo y elector del Imperio hasta con el privilegio de coronar á los emperadores...

— Privilegio del arzobispo de Colonia, que por tanto á nadie cedo, interrumpió el buen Herman.

— Suponed, decia, que ese elector hubiese hecho algo que en su anterior estado nada tenia de particular, de irreligioso, de criminal ni sacrilego.

— Cómo? dijo con gran sorpresa el arzobispo.

— Por ejemplo, que ese hombre elevado á tan alta dignidad eclesiástica fuera casado anteriormente...

— Y qué pruebas teneis de eso? contestó demudado el semblante el arzobispo.

— No anularia ese hecho anterior todos los órdenes sagrados y la actual gerarquía del prelado?

— Pero y las pruebas?

— Aunque no existe hoy la esposa de ese prelado, porque murió recientemente, ni tampoco el sacerdote que santificó la union de Etelredo con Maria de Ricleff, queda

un documento poderoso para probar el matrimonio; el acta del mismo, autorizada con las firmas de los contrayentes y la del abad de Quedlimburgo en el círculo de la alta Sajonia.

— Y quién tiene ese documento?

— La hermana de María, Ildegunda Ricleff, recogió ese documento á la muerte de aquella, y cuando fue á España con Guillermo de Croy, su tutor, por cuya mediación llegó á ser abadesa del convento de Santa Engracia en Valladolid, lo conservó cuidadosamente. Gracias á ese cuidado, señor Eitelredo ó monseñor Herman de Vied, que es todo uno, la abadesa ha tenido grandes socorros del arzobispo de Colonia en favor de su convento...

— Y bien?

— Dejadme concluir, Eitelredo. Carlos I necesitó un día recurrir á la abadesa pidiéndole socorros pecuniarios para oponerse al Imperio; y la abadesa entonces le envió á su amigo, el príncipe Carlos, una cajita con una suma respetable, unas alhajas de oro, plata y rica orfebrería, y un pergamino en el fondo sellado con el sello del abad de Quedlimburgo, para que hiciese uso si lo había menester contra el arzobispo de Colonia.

— Pero y ese documento?

— Ese documento con la cajita de las joyas que tenía en su poder cierto capitán de la guardia del rey Carlos, enviado á Alemania con ese y algun otro importante objeto, ha caído en mis manos cerrado aun, porque la persona á quien debió de haberse entregado no ha parecido todavía, ni parecerá tampoco. El oficial tenía orden de respetar aquel sello que encerraba el secreto del arzobispo, y solo de hacer uso del dinero y de la orfebrería: de lo primero, ó sea el sello, no hay que decir que lo respetó el jóven oficial como tambien todas las alhajas; del dinero ha dispuesto en gran parte.

— Con qué vos poseis ese documento, señor conde?

— Precisamente, y podreis calcular qué consecuencias tan

desagradables tendria para vos, si yo lo hiciese presentar á Leon X por medio de su legado Fr. Tomas de Vio Cayetano, á quien tan disgustado teneis por haberos decidido en favor del rey Carlos.

— Y no hay mas medio de rescatar ese documento que el de faltar á mis compromisos anteriores?

— No hay otro. Si llegado el dia de la eleccion nos consta que votais á Francisco I, cualquiera que sea el resultado de la eleccion, buen Etelredo, tendreis por mi parte doble cantidad de oro de la que os ha ofrecido el representante de Carlos I, y de mano del legado del Papa recibireis el acta de vuestro casamiento con Maria de Ricleff. No hay medio.

El arzobispo estaba aturdido, y al ver levantarse á Estrella con aire de triunfo le dijo:

— Está bien: votaré á Francisco I.

— Tanto mejor para vos, monseñor de Vied.

La duquesa miró desdeñosamente al arzobispo, y salió diciendo para sí:

— Ya tenemos tres votos seguros contra Carlos; vamos á conquistar el cuarto, que es el decisivo.

Y salió precipitadamente de la estancia y de aquella casa, á cuya puerta la estaba esperando su fiel page Nuño.

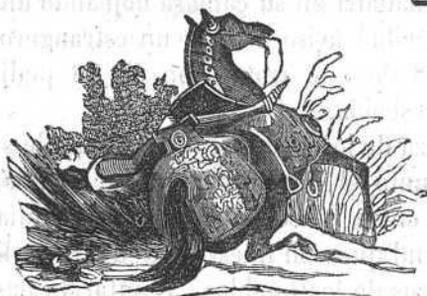


— Precisamente, y podreis tal vez dar consecuencias tan
— Con que vos pasaré ese documento, señor conde.



CAPÍTULO I.

VALOR DE UN SECRETO.



TRES días faltan para la elección del sucesor de Maximiliano I en el trono imperial de Alemania.

Luis, rey de Bohemia, hijo y sucesor de Ladislao II, subió al trono muy jóven en 1516, pues habia nacido por los años que Carlos de Austria, y fueron sus tutores el rey de Polonia y el mismo Maximiliano hasta su muerte, en cuya época el jóven Luis mandó por sí, desentendiéndose de Segismundo el rey de Polonia.

Con este antecedente se comprenderá desde luego la simpatía que Luis debía de tener hácia el nieto de su buen tutor, mas que hácia otro cualquiera pretendiente al Imperio. Por otra parte, el título de rey halagaba su vanidad completamente, de manera que ya no era posible tampoco estimular su ambicion: la amistad y apoyo del rey de Polonia, su antiguo tutor, sino eran suficientes para no temer al turco por las fronteras de la Hungría, le suministraban algunos recursos; sin embargo, su deuda á Federico el Sajon seguia sin extinguirse, porque en realidad no habia recibido el dinero que le ofrecia Selim para que se decidiese á combatir á Carlos en su pretension del globo imperial, y entre tanto, como *el Sajon* tenia empeño en favorecer al hijo de doña Juana la *Loca*, no apremiaba á Luis; de ahí pues el que la deuda seguia en pie. Además es lo cierto tambien que el obispo Erardo de La Marck sembró desde el principio en buena tierra, porque, en definitiva, Federico *el Prudente* se inclinó de buen grado por Carlos á poco de iniciada la contienda, y ejerció con Luis de Bohemia todo el influjo que le daba su nombre.

En esta situacion, de ánimo resuelto, y orgulloso por carácter, se comprenderá que no era facil empresa hacer variar de resolucion al jóven Luis.

Una mañana que se hallaba en su cámara hojeando una historia de Alemania, recibió aviso de que un extranjero, que tenia asuntos de Estado que tratar con él, le pedia venia para llegar á su presencia.

Luis, con la franqueza de los pocos años y propia de su carácter, le otorgó al punto el permiso con una facilidad que no se ve hoy nunca entre personas de otras gerarquías sociales; con una prontitud que, en nuestros tiempos de libertad y derechos políticos de los pueblos, reputarian hasta de mal tono no ya los ministros, palaciegos y otros funcionarios de menos importancia del Estado, sino hasta el último galan de nuestros teatros ó el menos ostentador de nuestros banqueros ó contratistas de ejército. Merced pues á que

vivia en el siglo XVI y solo en atencion al sagrado derecho de hospitalidad, el extranjero se halló á pocos momentos de su demanda en presencia de todo un rey de Bohemia.

Este estaba en pie cuando entró el extranjero y le contestó en aleman al saludo ceremonioso que el recién llegado repitió dos veces con la cabeza, aunque solo lo hizo de palabra una en estos términos y en mal flamenco, pero que Luis comprendió perfectamente.

— Dios guarde á V. A., príncipe augusto y rey de Bohemia.

— Y á vos, jóven, contestó el rey y continuó: qué deseais? Ya os escucho.

— Deseo hablar con vos, señor, sobre el asunto grave que preocupa ahora el ánimo de los siete electores del Imperio, y que debe resolverse dentro de tres dias en la Dieta.

— Cómo, quién sois vos y con qué derecho?...

— Perdonad, príncipe, si yo hubiese querido presentarme á V. A. con un título aristocrático, podria haberlo hecho; si escudado en nombres de ilustres protectores, os nombraria á los primeros reyes de la cristiandad y os probaria que no me es desconocido el trato de algunos de esos monarcas; si hubiese preferido el brillar con el fausto de las riquezas, podria haber superado en ostentacion á cualquiera de los magnates de vuestro pais sin esceptuar á ninguno de los mismos electores del Imperio; pero sabia, señor, que una sola palabra pronunciada en vuestra presencia me facilitaria el honor de que V. A. me escuchase.

— Pero observad que aun no habeis pronunciado esa palabra, extranjero.

— Estais vendidos!

— Quiénes? Es acaso esa palabra la que?...

— Necesariamente debia fijar vuestra atencion, príncipe.

— Mas de quiénes hablais, jóven?

— De los electores del Imperio de Alemania, que estais por Carlos de Austria.

— Explicaos, porque extraño vuestras palabras.

— En un principio, rey de Bohemia, estuvisteis vacilando entre Francisco de Valois y Carlos de Austria; luego la constante persuasión de ese obispo La Marck y vuestro propio interes en complacer á Federico *el Sajon*, os hicieron desestimar las ofertas de Selim de mantener á vuestra disposición quinientas lanzas para ensanchar el territorio bohemio, y daros la suma que necesitais para pagar vuestra deuda á Federico.

— Y cómo sabeis vos?...

— Perdonad, hijo de Ladislao, eso no es lo que importa. Pienso atacaros y para ello, como enemigo leal, quiero antes haceros ver que conozco los flancos del contrario.

— Sea en buen hora; me gusta todo lo que no es vulgar, y hasta ahora incita á escucharos el misterio con que os presentais.

— Gracias, señor! Decia que Federico *el Sajon*, ademas de que le mueve á votar á Carlos el que este posee estados limítrofes de los del duque, lo que no le sucede á Francisco I de Francia, con lo cual ó ha de tener un buen aliado ó un enemigo formidable el buen Federico; cierto cardenal, que obra por cuenta del rey de España, ha ofrecido montes de oro al Sajon, no solo para que le dé su voto á Carlos, sino tambien para que influya con los demas electores con idéntico objeto.

— Qué decis?

— La verdad, que comunicada al rey de España por el cardenal, y que debió enviar por medio de un emisario sigilosamente, he tenido yo ocasion de sorprender, dejando luego marchar á su destino el aviso.

— Proseguid.

— Pero Federico no sabe que esas ofertas de dinero no se realizarán por parte de Carlos de Austria, pues que el cardenal prometió para despues de la eleccion, y esta se pierde por el hijo de Felipe.

— Cómo es eso?

— Ademas se han tomado medidas infalibles para evitar

que esos caballeros que han venido de España con el fin de influir en la Dieta, reciban socorros pecuniarios para llevar á cabo la empresa. La persona que debia facilitar el dinero ha desaparecido ya de esta ciudad.

— Es cierto?

— De consiguiente V. A. no podrá tampoco pagar su deuda á Federico, quien á falta de otros recursos con que contaba ya como seguros, os la reclamará con urgencia.

— El marqués de Brandeburgo, que ya ha tomado dinero del Papa, obedecerá en un todo las instrucciones del mismo y del Nestor alemán, pues tiene sobradas razones para ello y... Observad, príncipe, que ya esos dos votos seguros para Carlos se convierten en dudosos y hasta V. A. mismo vacila, porque los monarcas no siempre pueden en materias de Estado obrar segun sus deseos é inclinaciones. Y por último Leon X ha hecho grandes ofrecimientos á los arzobispos para que voten al francés, y yo os respondo de que el de Tréveris y el de Colonia le votan, como igualmente Luis el conde palatino del Rhin.

— Por qué esa evidencia, jóven?

— Porque el archieanciller de Arlés naturalmente ha de votar por Francisco, rey de las Galias. El de Italia porque la posesion de un secreto importante me hace dueño de su voto, y Luis el conde palatino tiene gran empeño en favorecer al francés y ninguno al español.

— Todavía tres votos son la minoría de la votacion.

— Es que cuento con el voto del rey de Bohemia, tanto ó mas que con el de los tres mencionados...

— Con el mio? Es singular! Esplicaos.

— Prestadme unos momentos de atencion.

El rey se hallaba ya fatigado y tomó asiento porque realmente se habia picado su curiosidad. Comprendió que el desconocido que le hablaba era persona de gran valía, y por eso le invitó repetidamente á que se sentara. El jóven accedió á la tercera invitacion.

— Os escucho: dijo Luis de Bohemia.

El joven prosiguió en estas ó semejantes palabras.

— Hace cuarenta y seis años que despues de las luchas sangrientas de que fue teatro la Bohemia, se celebró un tratado por el cual se dió el título de rey á los dos pretendientes á la corona, Ladislao II, vuestro augusto padre, y Matias Corvino, rey de Hungría y yerno del célebre Podiebrad. Ladislao recibió realmente el reino por dicho tratado y Matias las tres provincias de Lusacia, Moravia y Silesia con condicion de que si el último moria antes, Ladislao entraria en quieta y pacífica posesion de aquellas provincias.

— Y como Matias, interrumpió con calor el príncipe, murió, mi padre reunió á sus estados lo que de derecho le pertenecia.

— Eso es lo que hace veintinueve años creyó la Bohemia; pero bien sabe V. A. que Matias no ha muerto...

— Qué decís? exclamó sobresaltado el rey.

— Digo que hace veintinueve años que en un castillo, situado en la falda del Spieglitz, en la Silesia, hay encerrado un hombre; que si lo supieran los habitantes de Moravia, Lusacia y Silesia se alzarían en masa por libertarle de su eterno cautiverio y pondrían en combustion á todo vuestro reino.

— Qué decís, temerario? exclamó colérico el rey, levantándose de su asiento.

— Que el prisionero de Spieglitz es Matias: contestó friamente el joven.

— Ah! callad, callad! No veis, imprudente, que ese nombre encierra todo un misterio que hace cerca de treinta años que se está sosteniendo?...

— Un crimen diriais mejor, rey de Bohemia, que empezó vuestro cruel padre y ha seguido impasible su hijo...

— Pero crimen, añadió bajando la voz el rey y echando en torno suyo una mirada escudriñadora, que ha de costar la vida necesariamente al que lo conozca. Imprudente! no veis que estais en mi poder y que desde este mis-

mo instante os declaro compañero de prision de Matías?
 — Nada adelantariais con eso. La persona que me ha revelado ese secreto es alta y poderosa, casi tanto como el rey de Bohemia, y está fuera del alcance de vuestros tiros. Si tardo dos horas en dar cuenta de mi persona, la Dieta tendrá prontas nuevas del suceso y todos los electores, principes reinantes como son, os obligarán á devolver á Matías lo usurpado, y el crimen de Ladislao y el vuestro será patrimonio de toda la Alemania para mengua de vuestra raza.

— Quién os ha hecho tal revelacion? Y vos qué quereis, pues, á qué costa he de comprar vuestro silencio? Hablad.

— No importa que sepais que el arzobispo de Tréveris es la persona que ha confiado ese secreto á un caballero francés, el cual me lo ha revelado á mí.

— Con qué objeto? Y qué pruebas hay de eso?

— Las pruebas no hacen falta. Matías hizo saber su desgracia al arzobispo, su antiguo amigo, en el acto de ser arrancado de su palacio; secreto de que el buen Ricardo de Greffenklan no ha hecho jamas uso no solo por mezquinas rivalidades, sino atendiendo á los vínculos de la sangre que le unen con vuestra familia; pero hoy está pronto á revelar públicamente el hecho sino condescendeis con lo que se os exige...

— Y qué se exige de mí?

— Vuestro voto en favor de Francisco I.

— Y podré contar con el silencio del arzobispo?

— Y con el mio, con el del conde de Ricote, español de nacion; pero interesado, por razones que no son de este lugar, en favor del rey de Francia.

— Qué garantías?...

— Dentro de dos horas doble cantidad de la que necesitais para pagar vuestra deuda á Federico, estará en vuestras arcas... y pasada la eleccion contareis con la amistad poderosa de Francisco de Valois.

— Os empeño mi palabra, conde.

—No echaré en olvido que es la del rey de Bohemia.

Doña Estrella se despidió y fuese inmediatamente en busca del barón de la Roche-Vermeille, que la estaba esperando ya con alguna impaciencia.

—Es nuestro, barón! Vuestro secreto era cierto.

—Albricias, señora! Francisco I no sabrá nunca premiar vuestro celo en favor suyo. Os deberá el Imperio.

—Y yo me habré vengado! murmuró para sí la duquesa, aunque me cueste tan inmenso sacrificio, porque á pesar de tu accion yo te amo, Carlos, con toda la energia de mi alma y todo el sentimiento de mi corazón.

Una lágrima se desprendió entonces de sus ojos y un sollozo se escapó de sus labios.

La lucha interior de Estrella era horrible. Grande en su amor, era tambien grande en su venganza. Con aquel paso moria para el rey, ante el cual ya que no podia presentarse como digna esposa, queria presentarse como demasiado grande para dama suya.

—En último caso si Francisco I no fuese el elegido conatad con que tampoco lo será Carlos: dijo la duquesa por un resto de desconfianza que abrigaba en su seno respecto á las seguridades que le habian dado los electores.

—La partida entonces se habria hecho tablas tan solamente, señora, y tendríamos que volver á trabajar para anular esa eleccion: contestó el caballero.

—La verdad es que nosotros tenemos asegurados solos dos votos, el del rey de Bohemia y el del arzobispo de Colonia por la posesion de muy importantes secretos; respecto á los otros dos el arzobispo de Tréveris y Luis conde palatino del Rhin, quién es capaz de saber las influencias que en estos tres dias pueden desplegarse en favor bien de Carlos, bien de otro cualquiera de entre los mismos electores, por ejemplo *el Sajon* Federico? Además ya han venido tambien agentes de Enrique VIII.

—Pues por nuestra parte hemos hecho cuanto es posible y ese ha acordado tarde. Lo demas...

— Lo hará Dios, baron, esto es, lo que mas convenga para la felicidad de los reinos.

— Por de pronto, señora, habeis obligado á marchar á todos los caballeros españoles, y el único que se resistia ha ido á la fuerza: habeis arrancado á este un secreto, que en el fondo de una caja custodiaba, para que don Antonio de Leiva lo hiciese valer en favor de vuestro rey, y por mi aviso os habeis apoderado del de Bohemia. Habeis dejado las tropas de Acuña sin gefe, proporcionásteis la fuga al judío que debía facilitar el dinero á los emisarios de Carlos; qué pues quereis mas?

— Pues aun no estoy satisfecha, baron. He sido causa inocente, es verdad, pero al fin causa de la muerte de un hombre...

— El diácono? Era un vil asesino, señora.

— Acaso pude tambien, evitando el duelo vuestro, salvar la vida de un caballero.

— La del valiente Blanc? Esos son altos juicios de Dios!

— Auguro por esa muerte mal de nuestra empresa, amigo baron.

— No os comprendo, señora.

— Creo esa muerte de mal agüero para Francisco I.

— Creéis en agüeros, duquesa?

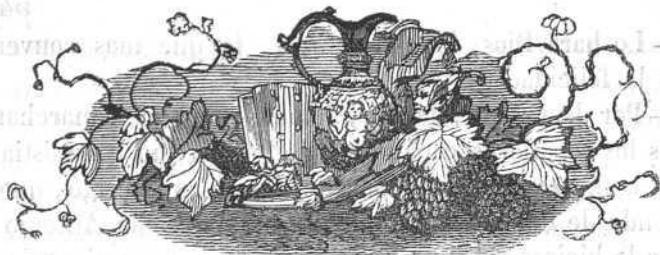
— No los niego ni los concedo, buen La Roche; pero tampoco fio en el triunfo de Francisco de Valois.

— Muger al fin! murmuró el baron y prosiguió en el mismo tono. Al cabo le ha faltado la confianza: todas son lo mismo, irresolutas por naturaleza.

— Dentro de tres dias, dijo la duquesa, tendrá sucesor el emperador Maximiliano!

— Dentro de tres dias habrá sido derrotado Carlos de Austria, amiga y señora mia.

— Y acaso tambien Francisco de Valois, señor baron.



CAPÍTULO LI.



CONCLUSION.



L treinta y uno de abril de 1519 brillaba el sol en todo su esplendor sobre la hermosa ciudad de los condes en el Mediterráneo, reflejándose en sus altas torres góticas y esbeltos campanarios, como torrentes de luz desprendidos de cien máquinas eléctricas, yendo luego á perderse en vagas y sorprendentes irradiaciones sobre los parduscos techos de pizarra de los innumerables y suntuosos edificios. El cielo de un azul vivísimo contrastaba sorprendentemente con la oscura techumbre de los mismos, y la brisa deliciosa del mar refrescaba y purificaba el ambiente. De una parte de la ciudad la muralla recortando

el agua que venia convertida en rizada espuma á estrellarse al pie, y los buques con sus innumerables remos batiendo las olas formaban una perspectiva encantadora por la animacion que, partiendo de todas las galeras surtas en el puerto, iba estendiéndose á la playa, al muelle y hasta á lo interior de la ciudad. De otra parte la ciudad descansando al pie de la hermosa montaña, cuyo nombre Monjuich, recuerda aun el que en lo antiguo se hallaba dedicada á Jove, y á la espalda una cordillera de montes resguardándola de los frios ó como separándola del resto de aquellas comarcas, era un espectáculo magnifico que pudiera hacer creer al viajero desorientado hallarse respirando el ambiente del cielo puro y transparente de Italia. Nada mas pintoresco, nada mas poético que el paisaje que se descubria en torno del espectador admirado, desde un torreón del palacio de los condes de Barcelona en una mañana del mes citado.

Abiertas las pintadas vidrieras de una alta y ojiva ventana, que descomponia con sus brillantes colores la luz de que se hallaba inundada la estancia, el rey Carlos estaba contemplando aquella hermosa perspectiva desde un sitio elegante y cómodo, colocado junto al alfeizar mientras jugueteaba con la varilla de su enano Justino, el cual apoyaba su cabeza sobre las rodillas del augusto mozo.

El rey se hallaba completamente abstraído, y el enano auguraba que no estaba lejos el mal humor. Quería conjurar la tormenta y para ello llamó dos veces la atencion del príncipe con sus manecitas, golpeándole en el brazo.

— Qué quieres, Justino? preguntó el rey con sequedad.

— Que no pienses en eso.

— Y sabes tú en qué piensa Carlos de Austria?

— En lo mismo que hace cuatro meses, en el Imperio. Pero no tienes que incomodarte por eso; los electores lo han tomado con calma.

— Calma que me mata.

— Porque eres impaciente, y sabes que mis predicciones han salido ciertas hasta ahora. Doña Estrella te hace una

guerra implacable, porque es muger; el buen Leon X te hace la guerra como doña Estrella, porque es clérigo, y Francisco de Valois te hace la guerra como la duquesa y Leon X, porque es rey.

—Y á pesar de todos...

—Sí, rey mio; á pesar de todos tus emisarios el cardenal, el arzobispo, el obispo, el canciller, el tesorero, el consejero y el diácono con don Antonio de Leiva por añadidura, á pesar de tu oro y de tus armas, me temo mucho un desengaño.

—Qué dices?

—Digo que ha llegado don Antonio de Leiva de Alemania.

—Cómo, Justino? Sin haberseme presentado?

—Eso es mala señal. También ha venido don Fernando de Acuña.

—Tampoco se me ha presentado á darme cuenta de su comision.

—Esa es, Carlos, peor señal todavía. Pero al fin don Antonio ha venido aunque tarde anoche, pero Acuña no ha venido.

—Pues no me acabas de decir que...

—Le han traído, príncipe, lo cual es muy diferente.

—Esplicate.

—Él te lo explicará cuando lo suelten.

—No te entiendo.

—Ah! Carlos, mira, mira: exclamó entonces el enano que se habia subido en un taburete junto á la ventana.

—Qué es ello? preguntó el rey, viendo á un hombre llevado en tropel hácia el palacio gritando la muchedumbre: justicia! justicia! al asesino! al francés!

—Ferran! que venga al punto aqui ese hombre, y que nadie sea osado tocarle ni un pelo de su cabeza: dijo Carlos al gentil-hombre, que habia á la parte exterior de la cámara real.

Pocos momentos despues entró un anciano en la entancia y entregó su espada al príncipe, doblando una rodilla.

— Qué es ello? Quién sois, estrangero? preguntó con enojo Carlos.

— Señor, un caballero francés; me llamo José Luis de Alembert, soy vasallo de S. A. el rey de Francia y baron de la Roche-Vermeille. Antes de ahora he tenido el honor de ver á V. A.

— De qué os acusa mi pueblo?

— De un homicidio, Alteza Católica, y es cierto.

— Qué decís, baron?

— Qué he matado á vuestro tesorero interino Selvagio.

— Y qué causa ó razon ha habido?...

— Os diré, señor; hace algunos meses que un compañero mio, llamado Roberto Dupuy, y que, como yo, tuvo el honor de representar á Enrique de Albret cerca de V. A. C., fue cobardemente asesinado arrojándosele desde la casa de Selvagio á la calle, y he vengado la muerte de mi amigo.

— Cómo? dijo el rey.

— Riñendo noblemente con Selvagio en su propia casa, como no dudo que lo estaria haciendo mi pobre amigo al ser arrojado, pues tenia la espada rota junto al sitio donde cayó. Despues de matarle le he lanzado á la calle para conservar la identidad en la forma del castigo. Esa es la única diferencia que ha habido; mi compañero atravesó vivo y sin herida alguna la ventana, y Selvagio la atravesó muerto de antemano por mí. Ahora, monarca español, que he dado al pueblo de Barcelona la leccion ó sea el escarmiento que no han sabido darle los tribunales; ahora, principe, castigad mi atrevimiento: es muy justo.

— Baron, dijo el rey mordiéndose los labios, estais perdonado. Pero os advierto que salgais pronto del territorio español.

— No venia á España y á Barcelona, señor, solamente á vengar la muerte de mi amigo Dupuy...

— Pues á qué mas, baron? interrogó con disgusto el rey.

— A daros una mala nueva.

— Decidla al punto, el francés, porque no me sorprende nada hace mucho tiempo.

— Francisco I ha sido derrotado en la Dieta de Alemania.

— Ah! y es esa la mala nueva, baron? dijo el rey brillando de alegría sus ojos. Luego he triunfado yo? es decir que á estas horas el sucesor de Maximiliano, el emperador augusto de Alemania...

— Es Federico, el duque de Sajonia! dijo entrando con magestad una jóven.

— Doña Estrella de Ulloa! exclamó el rey quedándose petrificado en su sitio.

— La duquesa de San-Rafael! dijo anunciando el gentil-hombre.

La jóven se inclinó.

Hubo unos momentos de silencio.

El rey se hallaba sorprendido: la duquesa le contemplaba con cierto aire de triunfo: el baron de la Roche-Vermeille miraba alternativamente á ambos: el enano en pie sobre un cojin de terciopelo y junto al rey murmuraba por lo bajo:

— Estalló la tempestad! Carlos la presentia.

— Señor, el horóscopo se ha cumplido! dijo entrando con trémula planta un anciano, que fue á echarse á los pies del rey.

— Vos aqui, Efrain? exclamó el rey.

— Viene escudado con mi proteccion, señor: añadió Estrella colocándose á la derecha del israelita y entre el baron y el rey.

— Qué quereis, señora duquesa? preguntó aquel.

— Es Efrain el que os pide, Carlos de Austria, la revocacion del edicto de los Reyes Católicos contra los judios.

— Qué decis, señora? estais en vos, anciano, cuando tengo que pedir os cuenta de la muerte de mi tesorero? insistió con calor el príncipe.

— Aqui está el que tan solamente debe responder de ella, señor! prorumpió entonces el baron.

— Vos, señor baron? dijo sorprendida la duquesa.

— He vengado la muerte de Roberto Dupuy, mi amigo, como vos habeis vengado la del conde de Burgos, vuestro amante.

— Qué significan esas palabras? preguntó el jóven monarca mas sorprendido á su vez que aquella. A quién habeis...

— Yo no he muerto á nadie, señor, como el baron, contestó la duquesa, pero realmente me he vengado. Ahora se os exige, señor, la revocacion del edicto de 1492.

— Y con qué fundamento? preguntó Carlos.

— Al precio de esta firma! dijo el buen Efrain presentando la del rey, que le acababa de entregar Estrella en la misma presencia de aquel.

— De esta firma? de la firma del rey? Mas cómo teneis vos este documento, israelita? gritó furioso el príncipe. Ah! ya recuerdo, os ha costado...

— Trescientos mil escudos! interrumpió el judío humildemente.

— Que yo te daré: prosiguió el rey, y rescataré esa firma real empeñada solo para eso, pero luego te mandaré ahorcar per haber tratado de sorprender al rey, abusando de su confianza...

— Soy yo quien le ha movido á ello: dijo con intencion la duquesa. Con la muerte de Selvagio, señor, continuó ella, solo hay media deuda pagada.

— Pues bien, pagaré el resto á Efrain: repuso el rey.

— Efrain no quiere dinero: dijo tranquilamente la duquesa.

— Pues qué quiere ese judío, señora, y qué quereis vos? insistió Carlos impaciente.

— La revocacion del edicto el israelita, yo veros abrumado bajo el peso de un deseo vehemente frustrado, y de una palabra vuestra comprometida: dijo ella por lo bajo al príncipe.

— Es imposible! Yo di esa firma en garantía de dinero,

y no de otra cosa... Ferran! gritó entonces el monarca; llevaos á ese anciano.

El gentil-hombre obedeció al punto.

— Señor! dijo el judío.

— Nada temais! murmuró á su oído la duquesa.

— La revocacion del edicto de mis abuelos! Qué mas quisiera yo que enmendar aquel error! Pero hoy no es posible... sería echar por tierra el principio que pienso llevar adelante... el rey puede cuanto quiere; por eso yo enmendaré aquel error proporcionando otros bienes á mis buenos vasallos: el rey murmuró estas palabras reclinado en el borde de la ventana.

Entre tanto doña Estrella, que conservaba aun el documento al cual se referia el monólogo del rey, lo hizo pedazos y los arrojó por la ventana.

— Qué haceis? preguntó Carlos.

— Quitar á los demas el derecho de quejarse de vos. Ese precioso derecho solo á mí me corresponde.

— Don Antonio de Leiva! anunció entonces el gentil-hombre.

— Os esperaba! dijo el rey y prosiguió: Cómo desde ayer en Barcelona sin venir á recibir mis órdenes?

— Es verdad, señor; pero avisado de que habia llegado tambien en mi busca desde Alemania el capitan don Fernando de Acuña, le he andado buscando á mi vez.

— Cómo, Leiva, no habeis llegado á encontrar en Francofordia á Acuña? dijo el rey.

— No he logrado encontrarle aqui. Alli ignoraba que hubiese ido, señor, porque estuve oculto observando á las personas que enviásteis de España, buscando como sabe V. A. al matador de mi hermano el conde.

— Y le habeis hallado, Leiva?

— Cómo, señor, si me aseguraba la duquesa que no era ninguna de las personas de las cuales yo habia sospechado!

— Teneis razon, don Antonio, y juré deciros quién era el matador: contestó doña Estrella acercándose al rey y

llevandó consigo á Leiva, de manera que ya los tres no pudieron ser oídos por las otras personas que allí habia.

— Decídmelo, pues; hace tanto tiempo que deseo saberlo! exclamó don Antonio.

— Tomad y leed: contestó entonces la duquesa sacando de un bolsillo el pergamino que le escribió Bleimberg á poco de la muerte del conde, y en que bajo el velo del anónimo le hacia creer que era el rey el asesino del de Burgos.

— Señor, es posible? dijo alterado Leiva mirando á Carlos... vos... vos el...

— Qué papel es ese? preguntó admirado el príncipe.

— La prueba de que me he vengado del matador del conde de Burgos: dijo Estrella dándoselo á leer al rey.

Este entonces comprendió la razon que tenia la duquesa para suponer que habia cometido el crimen de Bleimberg:

Ella continuó:

— Os amaba, príncipe, con toda la efusion de mi alma ardiente y apasionada, pero hubiera dado mi mano al conde, que era digno de mi amor: os interpusisteis en mitad de mi camino y el conde murió á vuestras manos; desde entonces os juré venganza eterna. Me puse de acuerdo en un principio con los de la liga para hacerlos la guerra como española y en contra de los flamencos, que estan causando la desgracia de mi patria. Luego comprendí que os opondríais al Imperio, y á pesar de vuestro oro, de vuestra influencia y de vuestras armas, he logrado inutilizar todos esos recursos, y evitar que recayese en vos la elección. Para ello he hecho salir á tiempo de Alemania á dos caballeros españoles y á don Antonio, he mandado traer violentamente al capitán Acuña, de cuya caja que contenia un secreto me he apoderado; he obligado á huir al que tenia encargo de facilitar el dinero necesario á los electores y estos se han encontrado burlados en los momentos críticos... en fin, me he vengado de vos, como merecía vuestra conducta, matando vuestros sueños de ambicion; he vencido á siete emisarios vuestros, que iban á lograr que os diesen el Impe-

rio... ved pues de lo que es capaz una pobre mujer ofendida!

El enano, que se habia ido acercando paso á paso á don Antonio, al decir Estrella estas palabras señaló al rey la daga que llevaba como siempre en la cintura don Antonio: aquel se la arrebató á este al punto.

El enano la tomó de manos del rey, y en un instante enseñó la espiga al mismo, dándole á leer el nombre que tenia grabado.

— Pues bien, Estrella, ahí teneis por toda contestacion mia ese nombre; leed: dijo el rey.

— Cristian Bleimberg! exclamó la duquesa.

— El diácono! Qué significa eso, señora? preguntó don Antonio.

— Significa, dijo entonces el enano, que el matador del conde de Burgos fue el diácono, y que el rey por amistad á él mismo ha callado ese delito...

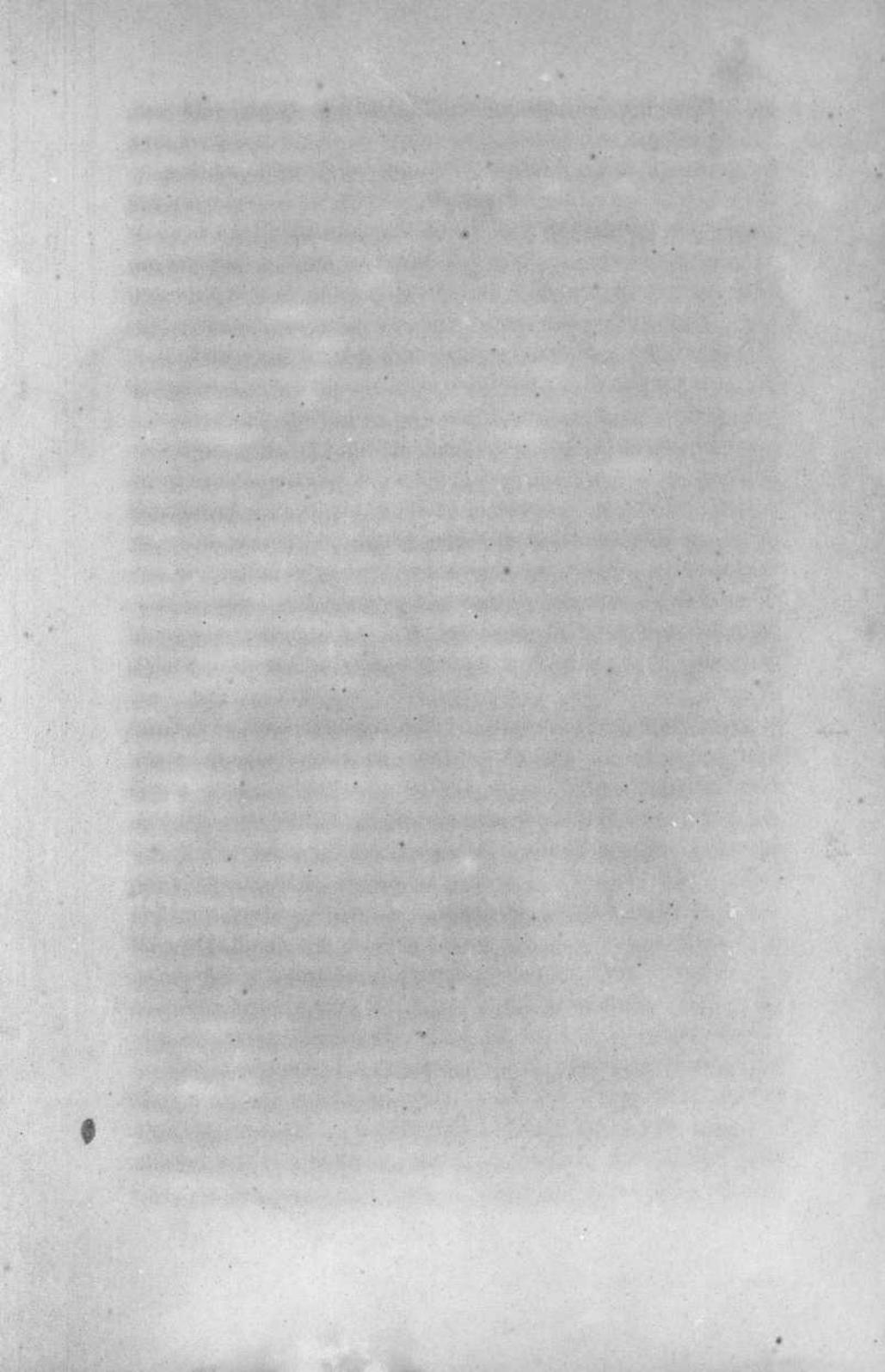
— Justino! con esa imprudente revelacion habrias condenado á muerte á un hombre, si el rey no declarara que hubo un duelo entre el diácono y el conde: exclamó Carlos dirigiéndose á Leiva. Las apariencias engañan, señora, dijo volviéndose á la duquesa. Y ahora creo, prosiguió, en el asesinato despues del duelo, porque aquel hombre me estaba haciendo traicion.

Y ademas habia cometido grandes crímenes, que yo esperaba castigar, señora: añadió el rey, mirando á Estrella.

— Pero que Dios lo ha dispuesto de otro modo, pues ha hecho que Acuña vengase á su amada y á su padre, como con esta revelacion ha castigado en mí la venganza que he llevado injustamente á cabo.

— Y bien, ahora qué quereis, señora? Por mi parte soy mas generoso que vos; yo os perdono la grave ofensa que me hicísteis suponiéndome el matador del conde...

— Necesito, dijo Estrella entonces presentándole la sortija, regalo del mismo rey, el perdon para Efrain, puesto que yo dirigia sus acciones.





Siete Embajadores. — Lám. 16.

— Concedido, duquesa.

Entonces la separó el rey de don Antonio y de Justino diciéndole con ternura:

— Y ahora me amareis, doña Estrella? Os he perdonado el creermé indigno de vuestro amor, y os perdono hasta el haberme arrebatado el Imperio.

Estrella miró al rey en aquel momento con una ternura indefinible, con una de esas miradas que solo tienen las mugeres de cabeza y de corazón, y le dijo:

— Yo cultivé pura en mi corazón la flor de la esperanza de un amor encantador, sublime, como el amor de los ángeles, señor; yo amé por amar, por instinto, por necesidad, sin darme jamás cuenta de la causa de ese sentimiento, que despertó con sus efectos mi vida. Hubo un hombre á quien hubiera dado mi mano, pero mi corazón no era suyo y me habria consumido lentamente con ese martirizador remordimiento... Dios no quiso que el conde llegase á ser mi esposo... Luego vos, príncipe, os colocásteis en mi camino amoroso y tierno, como yo habia soñado, altivo y con la mirada del águila, como yo concebía al rey: entonces os amé, sí, os amé mucho, os daba culto desde el primer momento en que fijásteis en mí vuestros ojos; pero comprendí que tras de vuestro amor estaba mi deshonor y supe vencerme. Cuando despues os creí vengativo é indigno de llevar la corona, porque atacabais á una pobre muger matándole el esposo que se le destinaba, mi amor se convirtió en odio ardiente como la lava de los volcanes, y humillé vuestra altivez combatiendo vuestra ambicion. Hoy me he convencido de que sois aun digno del amor de la primer muger del mundo, y por ello mi alegría es inmensa al par de mi dolor, porque os he causado un mal que ya no tiene remedio.

— Pues bien, señora, os repito que todo os lo perdono, que olvidéis lo pasado como yo lo olvido; pero amadme!

— Sí, don Carlos, os amaré mientras viva, porque vuestro amor engrandece á la misma muger amada; os amaré

con toda la efusion de un amor puro y desinteresado, que será mi consuelo, el único apoyo de mi contrariada existencia, que no puede contar ya mas con la felicidad; pero os amaré lejos de vos, pensando en vos y pidiendo al cielo por vuestro engrandecimiento y vuestra eterna dicha, única manera que me resta hoy de corresponder al amor del rey.

— Qué decís, duquesa, lejos de mí?

— Sí, lejos de vos, separada eternamente de vos: dijo la duquesa, y haciendo un violento esfuerzo sobre sí propia, lanzó otra mirada al rey, mirada en que se hallaba pintada toda su pasion, y salió precipitadamente de la estancia.

El dia siete de julio de aquel mismo año Federico, duque de Baviera, se presentó al rey de España anunciándole que la Dieta, por renuncia de Federico *el Sajon*, le habia elegido el veintiocho de junio emperador agosto de Alemania.

Al concluir de decir al rey tan fausta nueva, el duque puso en manos del primero el cetro, el globo y la corona, y colocó sobre los hombros del agosto mozo el manto de escarlata del Imperio.

Mi corazon leal presentía tanta grandeza, á pesar del horóscopo! murmuró para sí el príncipe lleno de alegría.

Las campanas de la ciudad se echaron á vuelo para anunciar á todos sus habitantes tan fausta nueva.

Aquel mismo dia el rey hizo celebrar el casamiento de Ursula con el capitán de su guardia don Fernando de Acuña, al cual entregó su despacho de gentil-hombre; y otro de capitán para su amigo Ignacio de Loyola.

En el mismo dia tambien tomó el velo en el convento de Santa Clara de aquella ciudad una jóven castellana de ilustre cuna y no comun hermosura, que hasta entonces

habia sido uno de los mas bellos ornamentos de la corte del rey de España.

Entre los concurrentes á aquella sagrada ceremonia se veía á dos caballeros el uno español, y extranjero el otro, ambos al parecer muy conmovidos. Este último salió precipitadamente de la iglesia apenas oyó pronunciar los votos, mientras el español se confundía entre la muchedumbre.

— Muger admirable! cómo supo vencerse! murmuró para sí el caballero.

— Esa muger habia nacido para esposa de un rey y no para esposa de Dios! dijo para sí el anciano, poniendo el pie en el estribo y partiendo á la carrera sobre un brioso alazan.

Aquella jóven, que tomó el nombre de Sor Angélica, llevaba en el mundo el de doña Estrella de Ulloa, duquesa de San-Rafael.

El caballero español se llamaba don Antonio de Leiva.

El extranjero José Luis de Alembert, baron de la Roche-Vermeille.

En la iglesia permanecieron hasta que la cerraron un jóven y una muchacha que no cesaban de llorar.

Eran el page Nuño y la buena Margarita.

FIN DE LOS SIETE EMBAJADORES.

INDICE

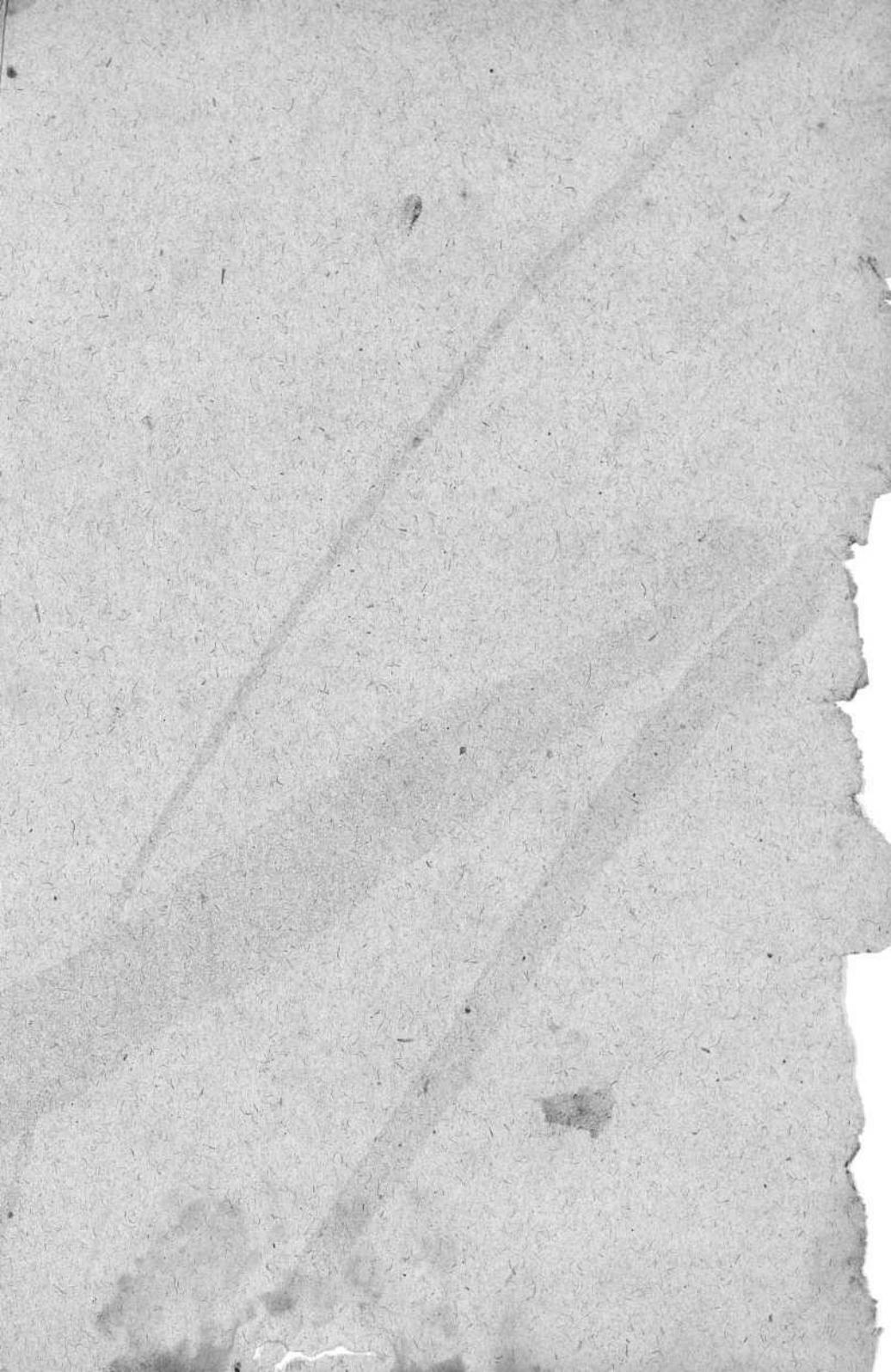
DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE ESTA NOVELA.

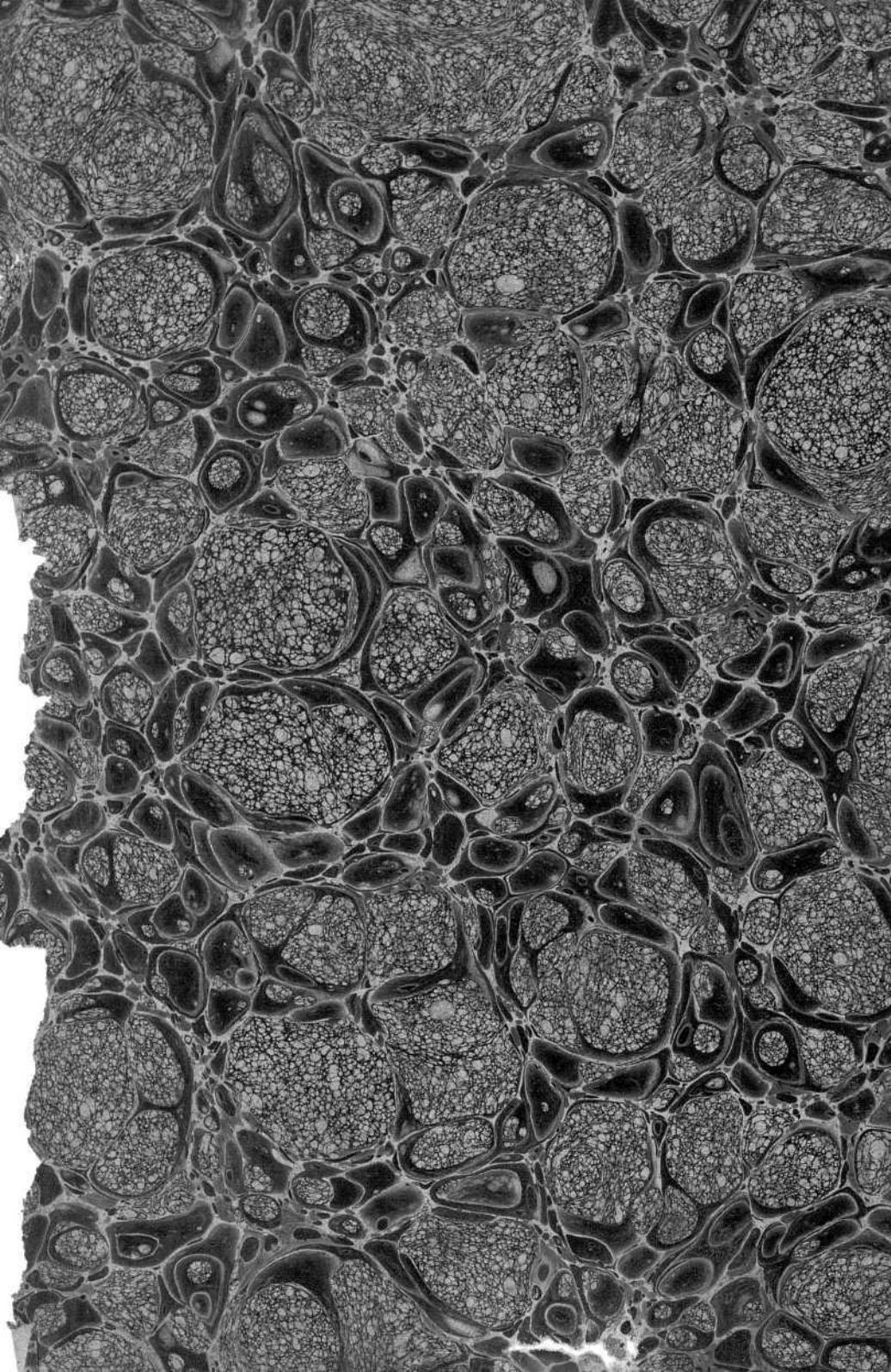
	PAG.
CAP. I. <i>Estrella.</i>	7
CAP. II. <i>Cristian Bleimberg.</i>	21
CAP. III. <i>El interrogatorio.</i>	31
CAP. IV. <i>Guerra á los flamencos!</i>	42
CAP. V. <i>Injusta acusacion.</i>	55
CAP. VI. <i>Ursula.</i>	63
CAP. VII. <i>Angel y demonio.</i>	73
CAP. VIII. <i>El convento de Santa Engracia.</i>	86
CAP. IX. <i>Tardío arrepentimiento.</i>	99
CAP. X. <i>El tigre y la oveja.</i>	106
CAP. XI. <i>Un encuentro en el Esgueva.</i>	122
CAP. XII. <i>La abadesa de Santa Engracia.</i>	130
CAP. XIII. <i>Una flor agostada.</i>	141
CAP. XIV. <i>Contra Flandes. — Castilla y Leon.</i>	153
CAP. XV. <i>El consejo.</i>	175
CAP. XVI. <i>Carlos I.</i>	186
CAP. XVII. <i>Casual encuentro.</i>	200
CAP. XVIII. <i>Astucia y buena intencion.</i>	208
CAP. XIX. <i>Los siete embajadores.</i>	216
CAP. XX. <i>Discrecion y dinero.</i>	229
CAP. XXI. <i>Esplicaciones.</i>	238
CAP. XXII. <i>Un buen amigo.</i>	246
CAP. XXIII. <i>Una firma en blanco.</i>	255
CAP. XXIV. <i>El judío Efrain.</i>	264
CAP. XXV. <i>El caballero Dupuy.</i>	274
CAP. XXVI. <i>Prediccion cumplida.</i>	283
CAP. XXVII. <i>Una firma, un diamante y un horóscopo.</i>	293
CAP. XXVIII. <i>Un duelo y una conferencia.</i>	303
CAP. XXIX. <i>Un aviso y una evasion.</i>	315
CAP. XXX. <i>El cardenal de Gurck.</i>	326
CAP. XXXI. <i>Francisco I.</i>	336
CAP. XXXII. <i>Erardo de La March.</i>	345
CAP. XXXIII. <i>Leon X.</i>	355
CAP. XXXIV. <i>Nuevas de España.</i>	364
CAP. XXXV. <i>Guillermo de Croy.</i>	372
CAP. XXXVI. <i>Justicia! justicia!</i>	380
CAP. XXXVII. <i>Dos buenos amigos.</i>	389
CAP. XXXVIII. <i>Tomas Wolsey.</i>	401
CAP. XXXIX. <i>Los presos de Hamptoncourt.</i>	413
CAP. XL. <i>Un diálogo en el mar y otro en la tierra.</i>	424
CAP. XLI. <i>Una fuga á tiempo.</i>	434
CAP. XLII. <i>Una evasion á tiempo.</i>	444
CAP. XLIII. <i>Scila y Caribdis.</i>	459

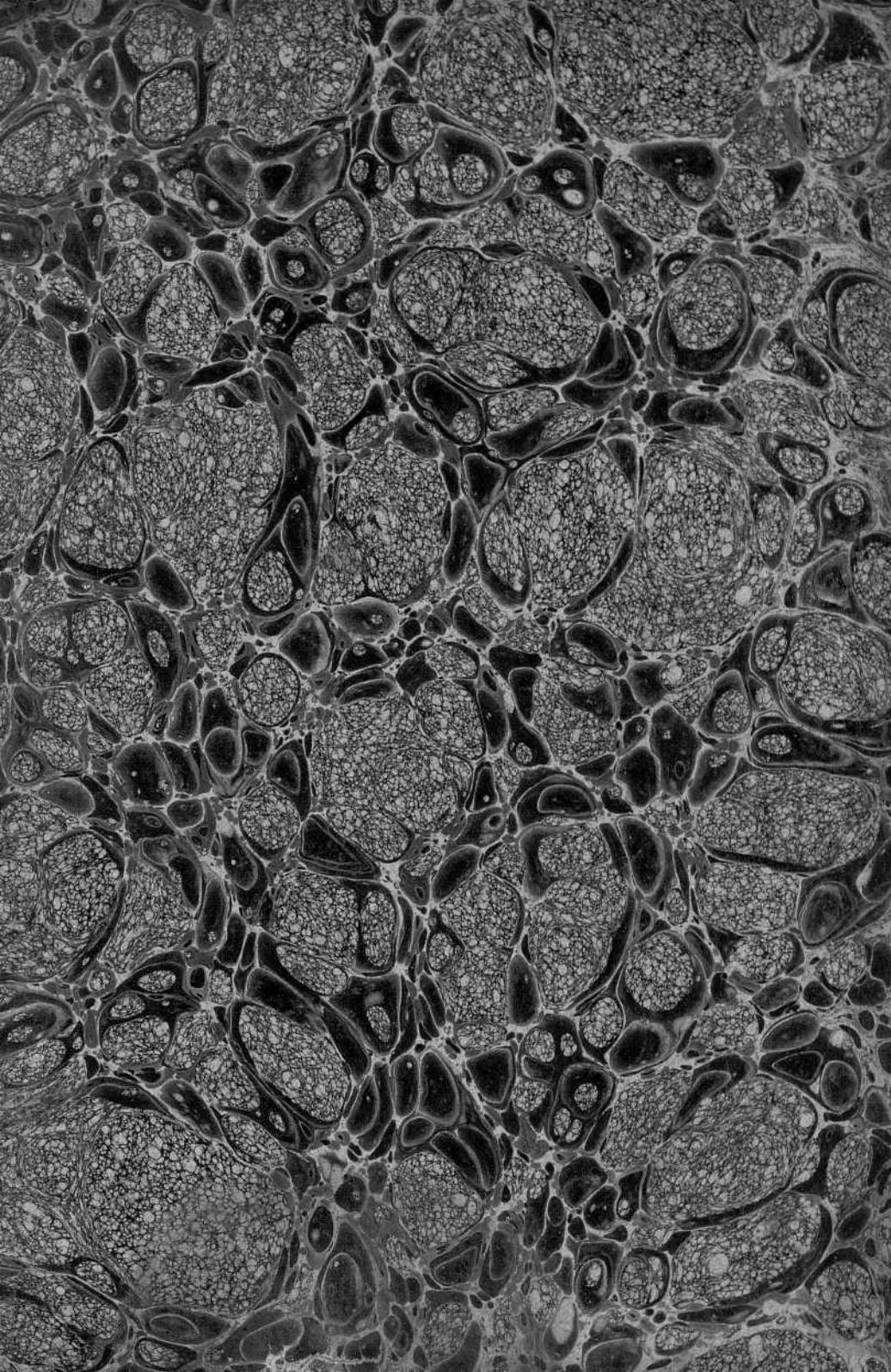
ERRATAS NOTABLES.



PÁG.	LÍN.	DICE.	LEASE.
14.	4.	histórica original.	histórica, del siglo XVI, original.
29.	23.	único.	cinico
32.	22.	estre.	entre
37.	34.	aquel.	este
40.	33.	patria.	patron
47.	9.	cortes.	Cortes
99.	4.	Livinus.	Livinus Judas
146.	22.	hombre en la.	hombre la
188.	17.	equellos.	aquellos
189.	6.	deferencia.	diferencia
196.	10.	cardenal.	obispo
id.	24.	Zaragoza.	Barcelona
id.	32.	Zaragoza.	Barcelona
201.	19.	Temeroso de.	Temeroso el rey de
203.	15.	Zaragoza.	Barcelona
209.	2.	llevaban buen.	llevaban á buen
222.	23.	Gurck.	La Marck
226.	51.	titulareis.	titulará
239.	25.	se ideó.	se terminó
337.	17.	almirante, y.	almirante Bonivet, y
343.	1.	la.	La
390.	32.	se colgaban.	colgaban
406.	14.	Cesar.	Cæsar
id.	51.	Cesaris.	Cæsaris
454.	epigrafe.	Una fuga á tiempo.	La prision de un embajador.
456.	26.	bacer.	hacer
468.	12.	solado.	soldado
472.	8.	Pero un.	Pero de un
id.	51.	dijo recogiendo.	dijo aquel recogiendo
501.	12.	la concha al marisco	á la roca el marisco









CARLOS I

G 31738